

EL CICLO  
DE LA  
LUNA  
ROJA

LA  
SOMBRA DE  
LA LUNA

JOSÉ ANTONIO COTRINA

Lectulandia

La Luna Roja ha llegado. Y los miembros del Consejo Real y los supervivientes de la cosecha deberán elegir bando para la batalla decisiva. Rocavarancolia se prepara para contemplar la mayor de sus leyendas.

¿Quién gobernará el reino tras la última Luna Roja?

LA LUNA ROJA CONCLUYE AQUÍ SU CICLO.

**Lectulandia**

José Antonio Cotrina

# **La sombra de la Luna**

**Ciclo de la Luna Roja 3**

ePub r1.3

epublector 05.10.14





Título original: *La sombra de la Luna*

José Antonio Cotrina, 2011

Editor digital: epublector

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Éste sigue siendo para mi hermana

No se puede decir nada en tu favor. Guarda tu secreto. Ocúltalo bajo tu áspero plumaje, nigromante.

**Marianne Moore,**  
*A un arte de gobernar embalsamado*

Antes de que el sol se ponga, esos hombres habrán sido aplastados; otros hombres surgirán y también serán aplastados, y volverán a cometerse los mismos atropellos, y la tiranía resurgirá de nuevo como lo hace el sol, y la injusticia rebrotará, fresca como las flores en primavera. Y la torre de piedra lo contemplará todo siempre desde su pedestal. La materia, con su brutal belleza, seguirá contemplando desde lo alto a cuantos en su locura se resignan a morir, y a cuantos todavía son más locos porque se resignan a vivir.

**G. K. Chesterton,**  
*El Napoleón de Notting Hill*

Yo tengo una ciudad. Dejad que se levante o caiga.

**G. K. Chesterton,**  
*El Napoleón de Notting Hill*

# Prólogo

## La historia hasta aquí

Las cosas han cambiado.

Ahora los muchachos del torreón Margalar tienen la magia de su parte y eso puede marcar la diferencia entre sobrevivir y perecer. Gracias a los libros que han encontrado en la torre Serpentaria, Natalia y Bruno comienzan a aprender hechizos y sortilegios que les ayudaran a enfrentarse a Rocavarancolia. Para su sorpresa, ellos son los únicos capacitados para la magia de todo el grupo, los demás ni siquiera son capaces de lanzar el hechizo más sencillo. De hecho, es el italiano quien tiene que encargarse de curar las heridas que a punto han estado de matar a Adrián y Natalia. Pero hay heridas que ni siquiera la magia puede sanar. A todos les cuesta asimilar la muerte de Alexander, sobre todo, por supuesto, a su hermana, que vaga por el torreón como un alma en pena. Y aunque Bruno ha conseguido salvar a Adrián, éste en poco se parece ya al muchacho extrovertido que llegó a Rocavarancolia. Se ha vuelto huraño y está obsesionado con el joven que, sin mediar provocación, le hirió en aquella escalera. Lo que Adrián no sabe es que éste, un muchacho brasileño llamado Darío, no tuvo la menor intención de hacerle daño, fue la espada encantada que empuñaba la que, por su propia cuenta, intentó acabar con él.

Los días pasan y finalmente los jóvenes deciden que ha llegado el momento de enfrentarse a Rocavarancolia y sus misterios. Lo ignoran casi todo de la ciudad donde han ido a parar. ¿Por qué los necesitan? ¿Qué es lo que les hace tan especiales para el reino? Y, sobre todo, la pregunta que más les inquieta: ¿Qué va a suceder cuando salga la Luna Roja? Exploran la ciudad durante semanas a la búsqueda de respuestas que no terminan de encontrar.

Varios miembros del Consejo Real siguen incumpliendo la ley de no interferir en la cosecha, y hacen lo posible para ayudarlos. Lo que desconocen es que hay una segunda conspiración en marcha en Rocavarancolia, una conspiración muchísimo más peligrosa. Hurza Comejos, uno de los fundadores del reino, ha vuelto a la vida en el cuerpo del asesinado Belisario. Quiere recuperar su grimorio, el libro de hechizos en el que guardó buena parte de su poder antes de que lo mataran. Y quiere traer también de regreso a la vida a su hermano Harex, uno de los magos más



poderosos que han existido jamás. Poco a poco se va infiltrando en el Consejo Real, captado adeptos para su causa. A dama Serena le promete la muerte, a Solberino la destrucción del reino, a Ujthan una guerra...

Tras la muerte de otros dos miembros del Consejo, asesinados ambos por Hurza, Denéstor Tul da un ultimátum a Mistral, que sigue infiltrado en el grupo del torreón Margalar: tiene que abandonarlos y debe hacerlo cuanto antes. Como despedida, el cambiante los lleva a un magnífico palacete que él cree lugar seguro. Allí el grupo, por primera vez en mucho tiempo, se relaja. Y es entonces cuando sobreviene la tragedia: Lizbeth se pone al cuello una gargantilla encantada que la convierte en un monstruo y, enloquecida, ataca a Rachel. Héctor logra reducir a la criatura en la que se ha convertido su amiga, pero ya es demasiado tarde: Rachel está muerta.

Es el propio Héctor quien lleva el cadáver al cementerio de Rocavarancolia. Allí, por fin, se desvela su destino. Allí comprende qué les aguarda cuando salga la Luna Roja: se van a convertir en monstruos. Van a transformarse en las mismas criaturas que habitan esa ciudad maldita.

La revelación de lo que está por llegar hunde el ánimo de la cosecha. No ven salvación posible, pero aún así, deciden no rendirse. Bruno está convencido de que debe existir un modo de eludir ese destino y promete encontrarlo. A medida que la Luna Roja se acerca, notan cómo ésta comienza a afectarles. Son más fuertes y rápidos, y los capaces de hacer magia sienten cómo su poder aumenta de forma considerable. Adrián también parece estar cada vez más descontrolado. Su obsesión por Darío sigue creciendo y, a la par, le surge una nueva: quiere despertar al dragón que se encuentra petrificado en una de las plazas de Rocavarancolia. Es justo en esa misma plaza donde los muchachos se enfrentan a uno de los antiguos miembros del Consejo Real: Roallen, un trasgo desterrado de Rocavarancolia tras devorar a la anterior cosecha que ha regresado del desierto para intentar saciar su hambre. El trasgo asesina a Ricardo y a punto está de acabar con el resto, pero la intervención de Denéstor Tul pone punto y final al conflicto, aunque no antes de que Roallen hiera a Héctor gravemente.

Todo augura que el muchacho no va a sobrevivir. Sus amigos hacen lo imposible para evitar su muerte, pero la magia que podría salvarlo está fuera de su alcance. Sumido en un profundo sueño lo trasladan al torreón.

Mientras Héctor lucha por su vida, la muerte vuelve a ensañarse con el Consejo Real. Esta vez es Denéstor Tul, el demiurgo de Rocavarancolia, quien cae víctima de Hurza y sus conspiradores. Pero para sorpresa del demiurgo, la muerte no es el final. Dama Sueño, la anciana hechicera que vaticinó el fin del reino, ha capturado su alma. No sólo la suya, dentro de los sueños guarda las almas de muchos de los que han muerto en Rocavarancolia en los últimos treinta años. La propia hechicera es la que salva a Héctor. Lo visita en sueños y en ellos le da a beber un elixir que restablece su

salud. También le muestra una batalla que tuvo lugar doscientos años antes. Y un bosque que contiene el alma de un mundo.

Cuando Héctor despierta, la Luna Roja ya está en el cielo y Rocavarancolia ha enloquecido. Y, de nuevo, todo es diferente. Todos lo sienten. Hasta el último habitante del reino se da cuenta de que la ciudad entera está cambiando.

Bruno ha dejado atrás su frialdad e intenta lidiar con una vorágine de nuevos sentimientos que lo desequilibran y aturden. Maddie, a medio transformar en loba, decide abandonar el torreón y llevarse con ella a Lizbeth. Marina cae sumida en un profundo desmayo que casi parece más muerte que inconsciencia. Natalia domina ya por completo a las onyces, las criaturas sombrías que durante mucho tiempo sólo ella fue capaz de ver. Adrián, el muchacho que vivió aterrado por el fuego, ahora es capaz de controlarlo y está convencido de que, con la Luna Roja en el cielo, sí será capaz de despertar al dragón de la plaza. Darío, el muchacho solitario, comienza a transformarse en trasgo, en la misma criatura horrible a la que él también se enfrentó en la plaza el día en que murió Ricardo.

Rocavarancolia se estremece bajo la Luna Roja.

Hurza espera, Hurza aguarda. Necesita a Héctor, el muchacho con más potencial de la cosecha, para resucitar en su cuerpo a su hermano Harex del mismo modo en que él resucitó en Belisario. Y también necesita a un vampiro para recuperar el poder que almacenó en su Grimorio. Alguien hechizó su libro de tal modo que sólo un ser de esa especie puede tocarlo sin ser destruido. Pronto habrá un nuevo vampiro en Rocavarancolia. La Luna Roja también se está encargando de ello. Hurza teje sus planes en la oscuridad, conspirando con sus nuevos aliados. Proporciona a dama Serena un hechizo de dominio, un sortilegio de gran poder que deberá usar cuando llegue el momento.

Esmael también nota que el curso de los acontecimientos está llegando a un punto crucial. Ha averiguado que Mistral ayudó a la cosecha a sobrevivir y que Denéstor Tul y probablemente dama Desgarro, estaban implicados en la conspiración. Con esa información lograría hacerse con el poder en Rocavarancolia, pero, por una vez, está indeciso. De descubrirlos, la cosecha sería ejecutada y eso traería aparejado el final del reino que él quiere gobernar.

Mistral, el cambiante, enloquecido y perdido, reza a todos los dioses habidos y por haber para conseguir recordar el nombre que una vez tuvo en la Tierra y que, desde hace tiempo, ha olvidado. En sueños se le presenta una antigua amiga y le ofrece ese nombre. Pero a cambio le pide que haga una promesa: la próxima vez que lo visite en sueños, le pedirá algo y él deberá hacerlo sin preguntas, sin dudas, sea lo que sea.

Y Héctor, por supuesto, también está cambiando.

Una nueva mano sustituye a la que perdió en su enfrentamiento con Roallen, una mano negra y poderosa, una mano de ángel negro. Su espalda se desgarró y dos alas

rojas emergen de ella. La locura de la noche alcanza su clímax. El mundo entero aguarda. Todo está a punto de consumarse. Esta es la noche en la que, de verdad, comienza a escribirse el fin de la historia. El joven da un paso al frente y se dispone a volar por primera vez. Extiende sus nuevas alas. A lo lejos brama la tormenta, a lo lejos se escucha el rugido de un dragón que despierta de su largo letargo. La Luna Roja vigila.

Y Héctor salta.

# I

## El demiurgo

En el reloj del torreón Margalar era ahora la estrella la que permanecía inmóvil en lo alto de la esfera, mientras la diminuta Luna Roja comenzaba a recorrer el camino que a su compañera le había costado meses realizar. Héctor lo descubrió cuando cruzaba el puente de regreso al torreón bajo la tormenta, con el labio roto y su orgullo maltrecho después del calamitoso fracaso con el que se había saldado su primer intento de vuelo. Tras desplegar las alas y saltar desde el pedestal fue a dar de bruces contra el suelo; había sido un golpe doloroso y humillante, más si cabe cuando, todavía aturdido, había escuchado reír a una de las sombras de Natalia. Además del labio roto y varios arañazos, Héctor regresaba con una lección bien aprendida: una cosa era tener alas y otra diferente saber usarlas.

Se encontró a Bruno sentado junto a la cama de Marina, con los hombros hundidos y la mirada perdida; tenía la chistera entre las manos, retorcida con tal saña que parecía cualquier cosa menos un sombrero. El italiano abrió los ojos de par en par en cuanto Héctor entró. Se le acercó veloz; a medio camino se detuvo en seco, contempló espantado la chistera destrozada y la recompuso con un gesto. Suspiró con exagerado alivio y luego ya prestó toda su atención a Héctor. Su rostro mudó de expresión al instante.

—¿Qué te ha pasado en la... —Retrocedió un paso, con la cara desencajada ahora por el más absoluto pasmo. Héctor pensó que si el italiano continuaba comportándose así acabaría añorando al Bruno inexpresivo de antaño—. ¡Tienes alas! —exclamó entusiasmado—. ¡Te han salido alas!

—¿No me digas?! —le soltó con sorna, intentando con poco éxito imitar su tono de voz.

Sin hacer caso a su burla, Bruno se colocó tras él para examinar sus alas. Héctor suspiró con amargura y le dejó hacer mientras le ponía al corriente de su charla con Natalia y de la obsesión de sus sombras por matar a Adrián. Cuando le contaba su frustrado intento de vuelo, Bruno soltó algo parecido a una risilla. Sonó como un graznido desafinado.

—¿Qué pasa? —le preguntó mirándolo de reojo—. ¿Te hace gracia que me parta

los dientes o qué?

—Lo siento, lo siento —se apresuró a contestar el italiano, aunque por su tono era evidente que no lo sentía en absoluto—. Es que... —volvió a soltar su risita graznido —, te acabo de imaginar estrellándote y me ha resultado una imagen muy cómica.

—Qué simpático —gruñó él.

Bruno se centró de nuevo en las alas. Héctor comenzaba a sentirse como una atracción de feria. Se pasó una mano por la cara. Notaba un leve escozor en las magulladuras de su rostro; era un lento bullir, semejante al que había sentido en el muñón de la mano al despertar. Sospechó que ese picor indicaba que las heridas estaban sanando. Según dama Desgarro la capacidad de regeneración de los ángeles negros era fabulosa y al parecer estaba asistiendo a una demostración.

—¿Te importaría extender las alas, por favor? —le pidió Bruno. Héctor las desplegó y a continuación las alzó sobre su cabeza.

—Tienen un ligero parecido a alas de murciélago aunque más estilizadas y grandes, por supuesto —dijo Bruno. Parecía hablar consigo mismo más que tratar de explicarle lo que veía—. Extendidas deben medir cerca de metro y medio. ¿Me permites tocarlas? —Héctor se encogió de hombros—. El tacto es curioso, como tela. Y dan la impresión de ser muy endebles. Lo que resulta curioso si tenemos en cuenta que tu congénere fue capaz de decapitar a Roallen con ellas... ¿Qué notas cuando te toco?

—Que me tocas. Y me pone nervioso —rezongó él.

Se cruzó de brazos y depositó su mirada en Marina. Su amiga parecía aún más pálida que antes. Le habría gustado preguntarle a dama Desgarro cuánto tiempo iba a pasar en ese estado, pero el pájaro metálico llevaba mucho sin dar señales de vida. Aun con aquella palidez cadavérica encima, Marina estaba preciosa; recordó entonces que lo había besado cuando yacía inconsciente en la cama del cuarto contiguo. Se acarició los labios, sin importarle el dolor de sus heridas, buscando la huella de esa otra boca en la suya.

«Me besó».

—Estás enamorado, ¿verdad? —preguntó de pronto Bruno.

Héctor se giró en redondo y debió de ser tal su expresión de perplejidad que el italiano retrocedió, alarmado.

—¡Lo siento! —dijo—. No quería molestarte. Hablo sin pensar; la mayor parte del tiempo no sé ni lo que digo. Lo siento, lo siento mucho... —sus ojos se humedecieron.

—¡No! —exclamó. Se negaba a asistir a un nuevo ataque de llanto—. Me has cogido por sorpresa, ¿vale? Hay ciertas cosas que no se deben soltar así sin más... —Recordó a Ricardo y la conversación que habían mantenido en el riachuelo instantes antes de que Natalia los sorprendiera y averiguara que estaba enamorado de Marina.

El repentino recuerdo de su amigo muerto le hizo vacilar.

—Perdóname —balbuceó Bruno. Se apoyó contra la pared y resbaló por ella hasta quedar sentado—. Soy un estúpido. Un estúpido... —golpeó la cabeza suavemente contra el muro. Lo hizo tres veces, a la segunda la chistera cayó al suelo, a la tercera rompió a llorar.

—Deja de hacer eso —le suplicó Héctor. Se acuclilló frente a él—. Tienes que tranquilizarte, ¿vale? No permitas que tus sentimientos te arrastren. Contrólalos...

—¿Y cómo lo hago?! —preguntó Bruno, desesperado—. ¿Cómo lo hago?! No puedes comprenderlo. Todo se me ha echado encima esta noche. Todo. ¡De golpe! —y como si quisiera subrayar sus palabras dio un cuarto cabezazo contra la pared, bastante más fuerte esta vez. Después se inclinó hacia delante y añadió, bajando la voz—: Siento como si hubiera venido una ola y me hubiera revolcado por mi propio interior. No hago más que pensar en mis padres, en mi abuela... En Alexander, en Rachel... En todos los que han muerto por mi culpa.

—Tú... tú no tuviste la culpa de esas muertes. Métete eso en...

—¿No me escuchas?! —le cortó en un súbito arrebató de furia que cogió a Héctor desprevenido. Por un momento, Bruno pareció a punto de ir a saltar sobre él e, inconscientemente, se preparó para repeler la agresión—. ¡Fue por mi culpa!, ¡por mi culpa! —bramó. A continuación le miró a los ojos y le preguntó con voz ronca—: ¿Sabes lo que soy? ¿Sabes en qué me ha convertido la Luna Roja?

Héctor negó con la cabeza. Vigilaba a Bruno con atención, alerta a cualquier movimiento que supusiera una amenaza. El italiano sacó el reloj de su abuelo de un bolsillo de su gabán y se lo mostró. El reloj caminaba por la palma de su mano, abriendo y cerrando la tapa; de vez en cuando miraba indeciso hacia abajo, como si sopesara los riesgos que correría de saltar al suelo.

—Soy un demiurgo —le anunció Bruno con un hilillo de voz—. Soy capaz de dar vida. Yo, que tanto daño he causado, yo que he crecido rodeado de muerte, ahora doy vida... Qué paradoja, ¿verdad? —las lágrimas no dejaban de correr por sus mejillas mientras observaba el deambular del reloj—. Antes de nacer ya robaba la esencia de los que tenían la desgracia de estar cerca de mí —continuó—. Era igual que los talismanes que cargamos: me llenaba de la energía de los demás, sólo que ellos no me la cedían voluntariamente. Yo se la robaba, aunque no supiera que lo hacía, aunque fuera de manera inconsciente...

»La robaba. Y creo que... de algún modo, esa fuerza, esa energía, es lo que nos mantiene vivos. Es..., es lo que nos hace seguir adelante —se limpió las lágrimas con el antebrazo—. Cuando cargamos talismanes les cedemos energía, pero no tardamos en recobrarla. Ella misma se restaura, se regenera. Pero no sucedía así conmigo. Yo la robaba de manera permanente; dejaba secas a mis... a mis víctimas. Y esa carencia las hacía más propensas a morir —sorbió sonoramente por la nariz—. Por eso siempre



he sido el más poderoso, Héctor. No por mí, no por mí mismo. Es por todos a los que les robé la vida. A mis padres, a los criados, a mis tutores... A todos los que murieron por mi culpa. A todos los que salen en mis sueños.

—¿Y eso lo has averiguado esta noche? —le preguntó, asombrado. Bruno era un demiurgo, como aquel que se había presentado en su cuarto hacía tanto tiempo, como Varago Tay, que se había enfrentado al octavo rey trasgo de Rocavarancolia en un mundo lejano.

Su amigo asintió con desgana.

—Hoy he atado los cabos sueltos que me han martirizado toda la vida —señaló—. Esta noche, por fin, he podido acceder a esa energía robada; acceder de verdad, no de la manera incompleta con que venía haciéndolo hasta hoy. Antes era capaz de hacer magia... lo que puedo hacer ahora ni siquiera sé si tiene nombre —sonrió con tristeza—. La Luna Roja me ha completado. Denéstor tenía razón: en la Tierra nunca habría conseguido alcanzar mi destino.

Héctor lo observó en silencio. De nuevo aquellas palabras, tan parecidas a las que ya había oído en boca de Maddie y Natalia. ¿Sería verdad? ¿La Luna Roja los había transformado en monstruos o simplemente había sacado a la luz lo que guardaban en su interior? Desvió la mirada hacia Marina y, sin dejar de mirarla, preguntó:

—¿Todavía sigues robando esa... energía a los que están cerca?

Bruno se encogió de hombros.

—No lo sé. Aunque sospecho que algo ha cambiado en los últimos tiempos. Creo que ahora el proceso no funciona igual, o puede que haya llegado al tope de energía que puedo almacenar. O tal vez vosotros sí sois capaces de regenerar la esencia que os quito. No lo sé, son sólo especulaciones. Me queda mucho por aprender de mí mismo.

—No sólo a ti —dijo él con un deje de amargura. Se incorporó y le tendió una mano para ayudarlo a levantarse. Bruno la tomó tras una leve vacilación.

—Lo siento, Héctor —repitió. Parecía a punto de romper a llorar otra vez—. Lo siento tanto. Quizá de no haber sido por mí Alexander, Ra...

—¡Ni se te ocurra empezar otra vez! —le advirtió—. Tenemos que hacer algo para que te controles. No puedes seguir así.

Bruno lo miró sin pestañear, con la chistera de nuevo en la cabeza. La llevaba torcida y Héctor tuvo que reprimir el impulso de enderezársela. Tenía aspecto de pájaro asombrado.

—¿Por qué no cuentas hasta diez antes de ponerte a llorar o a abrazar a la gente como si nunca más fueras a verla? Suena ridículo, lo sé, pero quizá te ayude mientras te acostumbras a...

—Que cuente hasta diez... —murmuró con desdén—. ¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Me tomas el pelo?

Héctor frunció el ceño.

—Oye, soy nuevo en esto de aconsejar a alguien cómo debe sentir. ¿Acaso me puedes enseñar tú a volar?

Bruno pestañeó varias veces y, tras una larga pausa en la que Héctor vio cómo sus labios contaban en silencio del uno al diez, le preguntó:

—¿Has probado a agitar las alas?

\* \* \*

La oscuridad se hizo eterna.

Las horas pasaban sin que se percibiera cambio alguno en las tinieblas del exterior, todo era negrura tintada con el rojo espeso de la luna. La tormenta había dejado paso a una lluvia violenta que restallaba sobre el mundo. Los temblores de tierra habían cesado y, a medida que fue transcurriendo la madrugada, se hizo cada vez más raro oír derrumbes.

Bruno y él charlaron durante horas, sentado uno en la silla junto a la cama, de cara al respaldo para dejar libres las alas, y el otro en el suelo. Era la conversación más larga que habían mantenido nunca. El italiano le habló de sus años vacíos, de la biblioteca atestada en la que había pasado la mayor parte de su existencia, de la frialdad de una vida sin cariño, sin amor, y de cómo, poco a poco, se había ido replegando dentro de sí mismo. Héctor escuchó más que habló. Le resultaba tan sorprendente y mágico ver batallar a Bruno en aquel nuevo mundo de sentimientos como su conversión en demiurgo. El que su amigo llorara, riera o se asombrara, era un milagro a la altura de las alas que le habían crecido a la espalda, del reloj viviente o de las onyces de Natalia.

Poco a poco, los silencios entre ambos se hicieron más y más largos hasta que, al fin, dejaron de hablar, perdidos ambos en sus propios pensamientos. Durante largo rato, lo único que se escuchó fue el repiqueteo de la lluvia, la acometida del viento y, muy de cuando en cuando, a Bruno llorar, pero ya no de la manera incontrolada de antes; ahora era un llanto manso, tranquilo, un llanto que sanaba heridas en vez de hacerlas más profundas.

Héctor trataba de poner orden en su cabeza, pero resultaba inútil, los acontecimientos de las últimas horas eran demasiado brutales como para racionalizarlos. Por más que lo intentaba, sus pensamientos escapaban a su control y se convertían en torbellinos de sinsentidos en los que todo se entremezclaba: la batalla en la torre de Varago Tay; dragones que caían del cielo; la fugaz vislumbre de un bosque; el beso de Marina; sus alas; su nueva mano, negra y terrible y magnífica; Maddie transformada en medio bestia avanzando encorvada, con Lizbeth tirando feroz de su cadena; Natalia y su corte de sombras... Y en aquella vorágine de

imágenes también aparecía Ricardo, desplomándose sin vida, atravesado por su propia espada. Para el resto del mundo podían haber transcurrido semanas, pero para él todavía era dolorosamente reciente. Bruno le había enseñado la urna que contenía las cenizas de su amigo. Estaba colocada abajo, en una mesita alta, y aunque había acabado en el suelo por culpa de los movimientos de tierra, ni la vasija ni su contenido habían sufrido daño. Bruno había anclado varios hechizos de protección en la urna para mantenerla a salvo de cualquier incidencia. Él también, le confesó entre lágrimas, se había encargado de reducir el cuerpo a cenizas. Su intención había sido cumplir el deseo de Ricardo y lanzarlas al mar de Rocavarancolia, pero habían decidido esperar a que éste estuviera en calma para hacerlo.

El amanecer no fue más que un engaño; el sol que emergió del horizonte era un sol sin fuerzas, un sol derrotado que no podía hacer otra cosa que flotar convertido en una mancha pálida en la noche interminable.

Héctor se estaba preguntando si sería buena idea intentar conciliar el sueño cuando, de pronto, se escucharon golpes en la puerta del torreón. Se levantó de un salto y se tambaleó hacia atrás, tomado por sorpresa por el peso de sus alas. Bruno también estaba de pie ya, con la cabeza girada en dirección a la escalera. Cruzaron una mirada de extrañeza. Los golpes se detuvieron, pero pronto volvieron a escucharse, en rápida ráfaga, antes de detenerse de nuevo.

—¿Quién puede ser? —preguntó Héctor.

—Sea quien sea no es de los nuestros —señaló Bruno—. El hechizo de reconocimiento le abriría las puertas —hizo un pase con la mano, musitó una sarta de palabras ininteligibles y, al momento, se formaron dos vaporosas nubes blancas en torno a sus pupilas.

—Vale, la veo —indicó entornando sus ojos hechizados—, es una mujer feísima; de hecho llamarla mujer es un insulto al género femenino —hizo otra pausa mientras entornaba aún más los ojos—. Y mira por dónde, no soy el único en perder la cabeza —murmuró antes de echar a andar hacia la puerta. De camino hacia allí, alzó la mano en dirección a su báculo, que permanecía apoyado contra la cama, y éste voló hacia él. Bruno lo atrapó al vuelo y salió del cuarto con el gabán ondeando a su espalda y Héctor pisándole los talones.

Los golpes en la puerta se reanudaron en cuanto llegaron abajo, más apremiantes si cabe. Héctor hizo una seña a Bruno para que no abriera todavía y buscó a su alrededor hasta dar con una espada entre el desorden de muebles caídos y porcelana rota. La desenvainó, miró a Bruno, y señaló hacia la puerta. El italiano la abrió sin tocarla, con un brusco giro de su báculo.

Una monstruosa mujer pájaro apareció en el vano.

Y fue tal la impresión que le causó a Héctor verla allí, semidesnuda y grotesca, que tardó unos instantes en darse cuenta de que sostenía una cabeza decapitada. La mujer,

como bien había dicho Bruno, era horrible; calva por completo, con un gigantesco pico de buitre que ocupaba casi la totalidad de su rostro y unos inmensos y acuosos ojos castaños que lo miraban todo con tremenda ansiedad, como si temiera que el mundo fuera a desintegrarse de pronto y quisiera memorizar hasta el último detalle antes de que eso sucediera. Los pechos le colgaban arrugados como odres secos entre las marcas de sus costillas. Las piernas eran humanas de las caderas hasta medio muslo, después se convertían en patas de ave rapaz, acabadas en zarpas; sus alas en poco se asemejaban a las suyas, las de aquella cosa se encontraban en un estado deplorable: las plumas estaban desordenadas y tan mugrientas que era imposible discernir su color original. Para completar aquel cuadro estaba la cabeza que la criatura llevaba en brazos, con el mismo cuidado que si se tratara de un bebé. Pertenece a un hombre adulto, con barba rizada pelirroja, ojos verdes y nariz chata. La cabeza estaba viva. Y hablaba:

—Os ruego disculpéis el modo salvaje con el que mi compañera acaba de aporrear vuestra puerta. Lo único que pretendemos es da... a... a... —su voz gangosa se convirtió en un gemido ahogado. Abrió la boca varias veces y torció el gesto, como si se estuviera ahogando, pero no consiguió articular ni palabra ni sonido alguno.

—Aggrrua —graznó la criatura pájaro por él y, sin aguardar a ser invitada, entró en el torreón llevando su siniestra carga auestas. Miró fijamente a Bruno y repitió—: Aggrrua.

El italiano asintió, pasó veloz junto a Héctor y regresó al cabo de un momento con una jarra. Se la tendió a la criatura que en vez de aceptarla profirió un graznido, se acercó a una mesa y dejó a su grotesco acompañante allí. Después recogió un plato del suelo y lo colocó ante la cabeza, que continuaba gesticulando con la boca abierta.

La mujer pájaro arrebató entonces la jarra a Bruno y vertió el agua en el plato. Acto seguido extrajo una pajita de madera de la bolsa que colgaba de su sucio faldellín y la introdujo entre los labios resecaos de la cabeza. Esta comenzó a sorber con fruición, poniendo los ojos en blanco. Héctor no pudo dejar de advertir la mancha de humedad que se iba extendiendo alrededor del cuello cercenado a medida que bebía.

—¿Cómo se supone que sorbe por la pajita? —le susurró Bruno al oído—. No tiene pulmones.

—¿Me estás diciendo que eso es lo que más te llama la atención? —preguntó él.

La cabeza decapitada dejó escapar un suspiro satisfecho y soltó la pajita cuando ya apenas quedaba líquido en el plato.

—Disculpadme... —dijo. Su voz reverberaba de forma desagradable, como si para llegar a ellos tuviera que atravesar capas y capas de mucosa—. Hemos venido volando desde el barrio de la Bocanada y me he tragado todo el polvo del mundo por el camino. El agua me ayuda a desengrasar la garganta.

Pestañeó varias veces, arrugó la nariz y los miró fijamente, primero a uno y luego

al otro, aunque Héctor se percató de que sus ojos se demoraban en Bruno más tiempo que en él.

—Permitidme que me presente: mi nombre es Alas-tor Borodín —señaló—, y tuve el grandioso honor de que la Luna Roja me bendijera con la inmortalidad hace ya doscientos ochenta años, una transformación tan rara que en el último milenio sólo se ha dado en otra ocasión. Aunque ahora mismo la inmortalidad, como podéis observar, no representa una gran ventaja para mí —con un rápido movimiento de cejas señaló a la mujer pájaro—. La criatura que viene conmigo es mi fiel compañera en la adversidad: dama Moreda, la última de las siete arpías oráculo de Beteles —la mujer emitió una serie de graznidos que intentaban, en vano, formar palabras—. Y estamos aquí para daros la bienvenida al reino.

—¿Darnos la bienvenida? —preguntó Bruno, vacilante.

—Eso mismo. Nos habría gustado hacerlo antes, pero somos celosos cumplidores de las leyes sagradas y decidimos que lo más correcto era no mantener contacto con vosotros hasta que no hubiera salido la bendita luna —sonrió—. Ahora que sois ciudadanos del reino nos hemos permitido el placer de venir a conoceros.

Héctor no sabía qué decir. Miró hacia la puerta y se preguntó si no les esperaba un desfile de monstruos aquella mañana. Quizá trajeran regalos con ellos, bandejas de fruta y centros de mesa. Apartó esa ridícula imagen de su cabeza.

—Y ahora, mis jóvenes amigos —dijo Alastor—, ¿qué os parece si terminamos con las formalidades y nos decís vuestros nombres? ¡Ardo en deseos de oírlos!

Los dos muchachos cruzaron una mirada de total desconcierto.

—Me llamo Bruno —dijo el italiano. No miraba a la cabeza ni a la arpía, toda su atención estaba centrada en su amigo, como si aguardara una confirmación de estar haciendo lo correcto al presentarse—. Y él..., él es Héctor... —indicó.

—¡Oh! ¿Todavía usáis vuestros antiguos nombres? ¡Qué gracioso dislate! —la cabeza se echó a reír. No era un sonido agradable; si su voz reverberaba, su risa producía un repugnante burbujeo—. Os ruego me disculpéis —dijo cuando logró controlarse—. Se me presentan tan pocas oportunidades de reír en estos tiempos que procuro aprovecharlas. —Su gesto se suavizó—. Pero ahora que me paro a pensarlo es comprensible lo poco al tanto que estáis de los ritos y tradiciones del reino. En mi época sabíamos más de Rocavarancolia que vosotros, era natural dadas las circunstancias...

Alastor Borodín suspiró y un hilillo de una sustancia grumosa resbaló por la comisura de sus labios. Dama Moreda se apresuró a limpiarle la cara con un sucio pañuelo. Alastor la dejó hacer mientras componía un gesto de distraída altivez, luego continuó hablando:

—Recuerdo que estábamos tan ansiosos por elegir nuestros nombres que muchos sabíamos cuáles iban a ser semanas antes de que saliera la Luna Roja —dijo—. Yo

escogí Alastor, el nombre del primer gran rey conquistador, y Borodín en honor al humilde guardia que llegó a convertirse en rey de Rocavarancolia hace más de mil años... —bajó la voz, como si estuviera a punto de compartir una confidencia particularmente maravillosa con ellos—: Hacedme caso: id cuanto antes a la Senda de la Perdición: es esa pequeña callejuela curva cerca de la Iglesia de los Descreídos. Allí se encuentra la única Capilla de los Nombres que quedó en pie tras la guerra. Dentro encontraréis consignados los nombres de los más ilustres varones y damas de Rocavarancolia. Estoy seguro de que encontraréis entre ellos alguno que os convenga. Creedme: os sentiréis mejor cuando lo hagáis.

—Yo... —Bruno frunció el ceño—. Ni siquiera había pensando en la posibilidad de cambiar de nombre —señaló pensativo—, pero..., no sé... quizá sea un buen modo de librarme del lastre que llevo encima. Un nuevo comienzo.

—¡Eso es! ¡Dejar atrás el pasado! ¡Qué rápido lo has entendido! ¡Ése es el espíritu de la tradición! —le explicó Alastor, mirándolo de nuevo como si se tratara de un bocado exquisito que estaba por llevarse a la boca.

Héctor no pudo contenerse más.

—No ha venido hasta aquí sólo para darnos una charla sobre tradiciones ¿verdad? —le espetó. Su tono de voz fue seco, cortante—. ¿Qué quiere? —la expresión de la cabeza decapitada no varió, pero bajo la sonrisa afable que esgrimía, Héctor vislumbró algo diferente, un arrebató de cólera mal contenida.

—¡Sin duda eres un ángel negro! —Alastor soltó otra carcajada, tan desagradable como la serie anterior—. ¡Directo a la yugular! ¡Bien hecho! Tienes razón, apreciado Héctor —sus labios tornearon una leve sonrisa al pronunciar su nombre—. Mi visita, aparte de social, tiene otra finalidad —dijo—. He venido a implorar un cuerpo al nuevo demiurgo de Rocavarancolia.

—¿Qué?! —Bruno dio un pequeño brinco al oír aquello—. ¿Un cuerpo? ¿Que yo le construya un cuerpo?

—Eso mismo —miró a Héctor con los ojos convertidos en dos estrechas rendijas—. ¿Me permites explayarme, muchacho? Haré lo posible por no aburrirlos.

Héctor no contestó, y Alastor pareció tomar su silencio como una respuesta afirmativa. La cabeza señaló a su compañera con un seco movimiento de ojos antes de hablar:

—Como podéis observar ambos somos seres incompletos —dijo—. Yo perdí mi cuerpo en la batalla de Rocavarancolia, pero dama Moreda perdió muchísimo más. Sus seis hermanas murieron y, para rematar su tragedia, un hechizo enemigo le destrozó la mente y prácticamente le arrebató su don de ver el futuro. Por eso permanecemos juntos, completándonos el uno al otro en la medida de nuestras menguadas posibilidades. Vaya pareja formamos, ¿verdad, compañera? —la mujer pájaro emitió una especie de trino compungido—. Pero aquí estamos. Sobrevivimos.



Dama Moreda me cuida, me trae y me lleva y yo pienso por ella. Pero desde hace algún tiempo soy consciente de su declinar, de los estragos que la edad está causando en mi buena amiga..., hasta ahora no me había preocupado en exceso de lo que me ocurriría una vez ella me faltara. Quizá porque creía, como todos, que estábamos viviendo los últimos tiempos de Rocavarancolia, un epílogo cruel tras la amarga derrota.

»Pero nos habéis devuelto la esperanza, niños. Al menos me la habéis devuelto a mí. Puede que me esté dejando llevar por el entusiasmo, pero todo indica que Rocavarancolia resurge y quiero ser algo más que una cabeza bien amueblada cuando eso ocurra. Por eso estoy aquí. Denéstor Tul se ofreció muchas veces a crearme un nuevo cuerpo y yo, necio, rechacé sus ofrecimientos. Pero ahora creo en Rocavarancolia —dijo con afectación—. Creo en vosotros. —Miró fijamente a Bruno—. ¿Podrías hacerme un cuerpo, niño demiurgo? ¿Podrías construirme un par de piernas, un torso y unos brazos, aunque sean de mala madera?

—Creo que... —Bruno se llevó la mano a la garganta y sacudió la cabeza en un gesto que no era ni una negativa ni una afirmación—. No lo sé... No hace ni un día que tengo estos... poderes o lo que sea... Yo... Ahora mismo no sabría ni por dónde empezar... —resopló con fuerza—. ¿Y por qué no se lo pide a Denéstor Tul si tantas veces se lo ha ofrecido?

—Porque Denéstor Tul ha muerto —dijo—. Y eso te convierte en el único demiurgo del reino.

Héctor se envaró al oír aquello. La noticia lo aturdió. Sólo había visto en dos ocasiones a aquel hombrecillo gris: la primera le había cambiado por completo la vida y la segunda le había salvado de morir a manos de Roallen. Los recuerdos de la lejana charla en su cuarto permanecían indelebles en su memoria. Hacía tiempo que no revivía aquella conversación. Y regresar a ella ahora, tras todo lo sucedido, era revelador; ahora las palabras del demiurgo cobraban una dimensión nueva. No, Denéstor Tul no había mentado aquella noche.

«Porque este mundo no es el tuyo», le había asegurado en la habitación inundada por el humo verde de su pipa. «Éste no es tu lugar. Y yo he venido a ofrecerte la posibilidad de escapar, de venir conmigo al único lugar de toda la existencia donde podrás ser quien realmente eres. He venido a invitarte a Rocavarancolia».

«Ser lo que realmente soy», pensó Héctor mientras contemplaba su mano negra, y sentía el peso de sus alas a la espalda.

—¿Qué..., qué le ocurrió? —quiso saber.

—Murió en la Bahía de los Naufragios. Por lo visto se acercó demasiado a algo a lo que no debía —respondió Alastor—. Era uno de los mejores demiurgos que ha tenido Rocavarancolia, creedme. Pero hasta los mejores nos abandonan —aseveró, aunque sin rastro de emoción, como si a fin de cuentas la muerte de Denéstor Tul le trajera

sin cuidado. De nuevo su atención se centró en Bruno—. Un cuerpo —insistió—. ¿Acaso es mucho pedir? Un cuerpo con piernas con las que sostenerme, con manos con las que poder empuñar un arma... No me hace falta corazón, ¿para qué? ¿Puedo vivir sin ese sucio latir en mi pecho! —Bruno retrocedió abrazado a su báculo—. Quizá nunca llegue a ser el que fui, pero poco me importará si consigo servir de alguna ayuda al reino. No me importa no volver a ser el de Mascarada o Ataxia, no me importa no volver a ser aquel a quien el mismo Sardaurar elogió tras la campaña de Almaviva. Oh, sí, creedme, fui grande una vez. Sobresalí en todas las batallas en las que participé, y fueron muchas... Pocos me igualaban en valor —Héctor hizo una mueca. Saberse inmortal le debía de haber ayudado a tener valor en combate, sin duda. De pronto cayó en la cuenta de algo que acababa de decir Alastor.

—Ataxia... —murmuró. Se estremeció al recordar la batalla que le había mostrado dama Sueño mientras yacía inconsciente—. El fin de Varago...

—¡Oh! ¿Conoces la historia del demiurgo traidor? —preguntó con extrañeza. Héctor asintió levemente—. Sí, le dimos su merecido aquel día. No fue sencillo, he de reconocerlo, pero el rey Castel nos condujo a la victoria.

Héctor frunció el ceño. Dama Sueño le había dejado claro qué tipo de criaturas habían acompañado al rey trasgo a aquel mundo: las más mezquinas y perversas del reino, aquellas a las que no podía afectar la belleza del bosque donde se ocultaba el alma de Ataxia.

—Lamentándolo mucho nos va a resultar imposible ayudarlo, lo siento. —Alastor le miró alarmado. La arpía graznó a su espalda—. Ahora mismo no nos encontramos en la mejor situación para ayudar a nadi...

—Creo que ayudarlo o no es una decisión que me compete tomar a mí, ¿no te parece? —le interrumpió Bruno con rudeza. Héctor se lo quedó mirando como si se acabara de teletransportar a la planta baja por arte de magia. Gruñó, le cogió del hombro y se lo llevó a unos metros de distancia de la cabeza, que los contempló alejarse con mal disimulada suspicacia.

—Es cierto, te incumbe a ti —le susurró Héctor cuando consideró que ya estaban lo bastante lejos de Alastor—. Pero no me fío de él, ¿vale? No quiero que le ayudes.

—¿Es por eso del fin de Varago?, ¿un demiurgo traidor? —le preguntó Bruno—. He visto la cara que has puesto al mencionarlo. ¿Quién es ese Varago y de qué traición hablaba Alastor?

—Algo que leí no sé dónde... —mintió—. En los pergaminos de Ricardo o en uno de tus libros... No lo recuerdo —Bruno le miró con desconfianza—. En esa batalla Rocavarancolia mandó a luchar a lo peor de lo peor, a las criaturas más perversas del reino. Por eso no puedes ayudarlo. Si luchó en Ataxia, es que no es de fiar.

—Ni siquiera sé si puedo ayudarlo —lo miraba con dureza—. Pero ése no es el caso, Héctor... Piénsalo un momento: si dice la verdad, lleva casi tres siglos en

Rocavarancolia. ¿Sabes lo que significa eso? ¿Sabes la fuente de información con la que nos acabamos de topar? Se acabaría el andar a ciegas...

Héctor resopló. Estaba convencido de que encontrarían fuentes más fiables que aquella cabeza, pero no quería decírselo abiertamente, al menos no en aquel momento.

—Pues dale largas... —dijo—. No te comprometas a nada...

—¿Y qué pensabas que iba a hacer? —le preguntó—. ¿Sacarme de repente un cuerpo del bolsillo, enroscárselo y dejar que se fuera? El hecho de que ahora pierda los papeles cada dos por tres, no significa que me haya vuelto estúpido.

—De acuerdo —admitió, consciente del error cometido—, me he precipitado...

—Tal vez también deberías empezar a contar hasta diez antes de comportarte como un idiota —apuntó Bruno—. Después de tu reacción va a resultar difícil hacerle confiar en nosotros.

Fue entonces, al mirar de reojo hacia la mesa y la cabeza, cuando se dio cuenta de que no había rastro de la mujer pájaro en la planta baja.

—¿Y la arpía? —preguntó alarmado a Alastor—. ¿Dónde está la arpía?

—Subió las escaleras mientras os confabulabais en mi contra —gruñó malhumorado—. Pero no te inquietes, ángel negro. Dama Moreda se hinchó a ratas anoche. No se comerá a nadie a no ser que resulte especialmente apetitoso a la vista.

Héctor empuñó con más fuerza si cabe la espada y corrió hacia las escaleras.

—¡Quédate con la cabeza! —le gritó a Bruno cuando se dio cuenta de que se disponía a ir tras él.

—Ah... El ímpetu de la juventud —escuchó murmurar a Alastor mientras subía a toda velocidad los escalones—. ¡No me la mates o tendrás que ser tú quien me lleve de paseo! —le advirtió.

Encontró a la arpía de pie ante el lecho de Marina, inclinada hacia delante y con las manos entrelazadas a la altura del pecho. Su postura y las alas encogidas le conferían aspecto de jorobado doliente. Apartó medrosa la mirada de Marina en cuanto Héctor entró espada en mano, dispuesto a saltar sobre ella. Pero la expresión de desamparo de la arpía frenó su carrera. No había traza de hostilidad en ella, ni en sus gestos ni en su pose, lo único que transmitía era una deprimente tristeza. Dama Moreda graznó algo que no logró comprender y volvió a fijar su atención en Marina cuando él bajó la espada. Héctor se acercó despacio.

—No deberías estar aquí —le dijo, en el tono con el que se habría dirigido a una niña pequeña que estuviera haciendo algo peligroso.

—Herrrrmosa —graznó dama Moreda y le miró fijamente con sus ojos acuosos—. Herrrrmosa —despedía un fuerte olor a excrementos y podredumbre, pero a Héctor no le importó. No lograba entender por qué, pero de pronto aquella criatura despertó en él una gran ternura.

—Sí, es hermosa... —convino. Estaba junto a la arpía, contemplando ambos a Marina. La serenidad de sus rasgos resaltaba en su rostro con una majestuosidad nueva. Recordó la primera vez que la había visto, en las mazmorras donde habían despertado, dormida ella en el lecho de piedra y él, tan atontado al contemplarla como ahora. Se estremeció. ¿Era posible que lo único que había permanecido inmutable en él desde su llegada a Rocavarancolia hubieran sido sus sentimientos por Marina?

Dama Moreda graznó de nuevo, mirándolo con devastadora ansiedad. Héctor se dio cuenta de que la arpía estaba haciendo un gran esfuerzo para comunicarse con él. Intentaba formar palabras con sus grotescos graznidos. Escuchó con atención, esforzándose por entender lo que dama Moreda decía:

—Yo..., yo... una vez yo... —cloqueó desesperada, sacudió la cabeza y por fin logró escupir la palabra que aunque antes había sido capaz de pronunciar ahora parecía resistirse a salir de su garganta. Tal vez porque ahora se refería a ella—: fui heerrrrmosa —y Héctor comprendió que aquello no era jactancia ni nostalgia de tiempos mejores. Dama Moreda se estaba disculpando ante él por ser lo que era. Le estaba pidiendo perdón por ofrecer un aspecto tan deplorable a sus ojos—. Herrrrmosa... Fui herrrrmosa.

—La Luna Roja puede ser muy cruel —murmuró, incómodo. No sabía qué otra cosa decir. No sabía qué esperaba aquella criatura de él.

Dama Moreda negó rotunda con la cabeza.

—Herrrrmosa... —le cogió del antebrazo. Parecía importante para ella que Héctor entendiera lo que quería decirle—. No antes... Fui herrrrmosa después... Después de la Luna Rrrroja —señaló a Marina y aumentó la presión con la que le apretaba el brazo. Sus ojos eran inmensos como mundos, mundos en los que él se reflejaba, pequeño y ceniciento—. No... la mates... —dijo dama Moreda—. No la mates...

Héctor sintió como si su interior se hubiera convertido de pronto en quebradizo hielo.

\* \* \*

Cuando regresó a la planta baja vio que los ojos de Bruno estaban rodeados de niebla mágica y comprendió que no se había perdido detalle de lo sucedido en la habitación. ¿Aquel hechizo le permitiría también escuchar a través de las paredes? El italiano estaba inclinado hacia delante, frente a la cabeza de Alastor, con las manos apoyadas en la mesa y la chistera inclinada. Héctor se llevó una mano al estómago, se sentía revuelto, mareado. Las siete arpías oráculo de Beteles... Maldijo en voz baja.

—Creo que deberías escuchar esto —le dijo Bruno cuando llegó hasta él, sin percatarse al parecer de su turbación—. ¿Le importaría repetir lo que acaba de contarme?

La cabeza de Alastor Borodín observó a Héctor con el ceño fruncido.

—Oh, por supuesto que no... ¿Por qué me iba a importar? —sonrió de forma exagerada—. Decía que las señales son claras, evidentes: Rocavarancolia vuelve por sus fueros. Y para ilustrar eso contaba que anoche tuve la suerte de poder contemplar un milagro cuando creíamos que éstos ya habían acabado para nosotros. Oh... Qué magnífico momento, qué indescriptible maravilla. Lo vimos con nuestros propios ojos, dama Moreda y yo, desde la torre norte de la plaza... Vimos cómo vuestro piromante despertaba al dragón.

## II

# El Poder

—Tiene un dragón —eso fue lo primero que dijo Natalia al entrar al torreón poco después de que dama Moreda y Alastor se marcharan. Entró escoltada por dos onyces; ambas con forma de reptil—. El niño tiene ahora un dragón...

Bruno, que estaba ensimismado tallando un muñequito de madera con un cuchillo, dio un respingo al verla y dejó caer el muñeco al suelo. El primero que había hecho y al que ya había dotado de vida se llevó espantado las manos a la cara y se precipitó al borde de la mesa para comprobar qué había sido de su compañero.

—Lo sabemos —Héctor miró de reojo a las sombras que acompañaban a Natalia, caminaban agazapadas, con aire de fiera a punto de saltar—. Hemos tenido visita y nos han puesto al tanto de la nueva mascota de Adrián —le informó mientras dejaba en un cesto un talismán ya cargado y cogía otro.

Antes de la salida de la Luna Roja, cargar aquel tipo de talismanes le costaba sus buenos treinta minutos, pero ahora era capaz de hacerlo en segundos. Al menos en ese aspecto había mejorado, porque en lo que se refería a la magia seguía siendo un inútil. Había probado suerte después de ver cómo Bruno ponía orden en el caos de la planta baja con un simple cántico, pero tras fracasar una y otra vez con los hechizos más sencillos no le quedó más remedio que rendirse. Aquello, por supuesto, no contribuyó a mejorar su ánimo. No podía sacarse de la cabeza el extraño ruego que le había hecho dama Moreda: «No la mates», le había pedido. ¿Qué debía de haber visto la arpía para pedirle que no hiciera algo que chocaba de forma tan demoledora con lo que él era? Se quitaría la vida antes de hacer daño a Marina.

—No le des más vueltas —le aconsejó Bruno—. Recuerda que Alastor nos dijo que un hechizo le había trastocado la cabeza. Si le queda algún don profético seguro que no funciona como debe.

Pero Héctor no podía dejar de pensar en ello. Era inevitable. Y no sólo por las palabras de la arpía. Dama Desgarro le había advertido que se aproximaban tiempos difíciles y que era probable que tuviera que tomar decisiones realmente duras, decisiones que podrían implicar la muerte de alguno de sus compañeros. Hasta las sombras le habían pedido a Natalia que matara a Adrián antes de que fuera tarde. Era



como si la realidad entera se confabulara para traerle malos augurios.

La joven bruja se sentó cansinamente en una silla tras dedicar una significativa mirada a las alas de Héctor. Natalia estaba empapada por la lluvia, pero no parecía importarle.

—¿Visita dices?, ¿cómo es eso? —quiso saber. Llevaba los labios pintados de negro y se había dibujado una pequeña espiral del mismo color bajo el ojo izquierdo.

—Han venido a darnos la bienvenida... —murmuró Héctor—. Por lo visto dentro de nada nos convertirán en hijos predilectos de Rocavarancolia —comentó con sorna. A continuación, le contó a grandes rasgos la visita de la arpía y Alastor y la curiosa petición que éste le había hecho a Bruno.

—¿Y vas a hacerle ese cuerpo?

Bruno parpadeó aturdido cuando Natalia se dirigió a él. Se la quedó mirando con la boca entreabierta, como si el hecho de que ella le hablara fuera un acto milagroso, algo en contra tanto de las leyes de la ciencia como de la magia. Héctor miró alternativamente a uno y a otro. La rusa todavía no se había percatado de la turbación del italiano ya que, tras formular su pregunta, se había levantado la falda mojada hasta medio muslo y ahora andaba concentrada en masajearse los pies descalzos.

Héctor carraspeó, incómodo por el largo silencio de su amigo, lo que significaba y lo embarazosa que se podría volver la situación si Natalia se daba cuenta. La muchacha frunció el ceño, extrañada por la tardanza de Bruno en contestar y alzó la vista. Justo entonces, el italiano comenzó a hablar:

—Le he dicho que lo pensaría aunque no tengo intención de hacerlo —habló de golpe, como si hubiera tenido todas esas palabras atoradas en la garganta. Luego se agachó para recoger el muñeco caído—. No me fío de nadie en esta ciudad y menos aún de una cabeza parlante. Además hay otros asuntos que tienen prioridad. Ahora que Héctor se encuentra bien, pretendo explorar la ciudad como es debido —Bruno seguía bajo la mesa, alargando en lo posible la búsqueda del muñeco—. Y quiero averiguar si los cambios de la Luna Roja son reversibles.

—Pues te deseo suerte —Natalia observaba con divertida curiosidad las evoluciones de Bruno en pos del muñeco—. Pero si encuentras algo ni se te ocurra probarlo conmigo —le advirtió—. Me gusta cómo soy ahora, ¿vale?

El italiano regresó al fin a la silla, con el rostro enrojecido y el muñequito en la mano.

—Vale —dijo—. Pero... no es por ti... ni por mí. Es por Lizbeth. Y por Maddie. —Estudió con atención el muñeco, como si quisiera comprobar que la caída no le había causado daños. Estaba claro que era una pantomima para no mirar a Natalia—. Le prometí que encontraría el modo de evitar que se convirtiera en un monstruo. Y puedo haber fallado a mi palabra, pero eso no significa que vaya a rendirme. Haré lo imposible para que vuelvan a ser humanas.

«Si es que ellas quieren volver a serlo», pensó Héctor.

—Bravo por ti —dijo Natalia y Bruno enrojeció todavía más. La joven guardó silencio, pensativa. Tabaleó con sus dedos en la mesa. Sus uñas también estaban pintadas de negro—. Creo que anoche vi a vuestra arpía en la plaza —señaló—. Sí. Seguro que era ella. Llevaba algo en las manos pero ni me fijé en qué era. Estaba demasiado ocupada viendo a Adrián en acción —se inclinó en la silla y apoyó los codos en la mesa—. Deberíais haberlo visto. Fue increíble. El dragón comenzó a resquebrajarse mientras él le cantaba sin parar. De pronto la piedra estalló ¡y allí estaba esa cosa! ¿Sabéis qué fue lo primero que hizo? ¡Escupir un chorro de llamas sobre Adrián!

—Y sobrevivió... —dijo Héctor. Acababa de recordar a los dragones que habían combatido alrededor de la torre de Ataxia y la potencia de sus llamaradas.

—¿Que si sobrevivió? ¡Estaba encantado! Sus ropas ardieron pero el fuego no fue más allá —aseguró—. Se quedó allí, desnudo delante del dragón. Los dos mirándose fijamente...

—¿Qué pasó después? —preguntó Bruno.

—Se marcharon. Adrián echó a andar, y el dragón fue detrás... No parecía en buenas condiciones. Cojeaba y arrastraba un ala. Los seguí un rato, luego me aburrí y me marché.

—¿Hablaste con Adrián?

Natalia se encogió de hombros.

—¿Para qué? No me cae bien y no tenía nada que decirle. A las onyces tampoco les hace gracia. Insisten en que deberíamos haberlo matado antes de que despertara al dragón.

—¿Y qué has estado haciendo por ahí desde entonces? —le preguntó Héctor con curiosidad. Natalia había vuelto a masajearse los pies.

—Bueno... —bajó la voz, como si no estuviera muy convencida de cómo se iban a tomar lo que iba a decir a continuación—, la verdad es que sólo he hecho tonterías... —se puso a jugar de manera distraída con un mechón de pelo—. Quería ver lo alto que me podían llevar las sombras —les confesó—. Lo sé, no es algo muy inteligente, pero... No he podido evitarlo. Me puse a caminar con ellas por el cielo, cada vez más y más alto... No os podéis imaginar lo bien que se respira allí arriba. Y entonces me puse a bailar en la tormenta, con mis sombras y los relámpagos... —los miró sonriente, con los ojos luminosos—: Creo que al fin me he vuelto loca de veras, ¡y me encanta!

—No estás loca —se apresuró a decir Bruno.

—¿No?

—En absoluto. Creo que... —vaciló, miró a Héctor, como si estuviera hablando con él y no con Natalia—. Es como una fiebre. Yo también la siento. Es la Luna Roja.

El cambio...

Natalia negó con la cabeza.

—Te equivocas. Es el poder —soltó una carcajada como si creyera haber dicho una majadería—. Es como si pudiera hacer todo lo que quisiera. Me siento capaz de arrancar las montañas de cuajo..., de cambiar el mundo de órbita... Sé que es mentira... Pero eso no hace que la sensación sea menos real.

Héctor no dijo nada. No sentía esa embriaguez de la que hablaban, al menos no al mismo nivel. Cruzó los brazos y estudió a sus amigos. De ellos sólo Natalia había cambiado físicamente, y habían sido cambios leves, sutiles: el pelo se le había oscurecido y sus rasgos se habían hecho más marcados, nada más. En definitiva, ambos seguían siendo humanos, pero resultaba evidente que algo había cambiado sustancialmente en ellos, algo que los hacía trascender a su propia humanidad. Quizá fuera ese poder al que se refería Natalia.

Héctor abrió y cerró su nueva mano, meditabundo, mientras Natalia seguía masajeándose los pies y Bruno retomaba la talla del muñeco. Los cambios que se estaban produciendo en él eran principalmente físicos. Sus alas, su nueva mano... Estudió su brazo, la piel parecía más oscura, y no cometió el error de achacarlo a su imaginación o a la luz del torreón. Recordó la celeridad con la que Maddie había ido cambiando mientras hablaban en la mazmorra. Era evidente que la velocidad del cambio no era igual para todos. Marina seguía arriba, sumida en ese profundo sueño que tanto se asemejaba a la muerte. Héctor se preguntó en qué se estaría convirtiendo el chico de los tejados e, inmediatamente después, se preguntó en qué se habrían transformado Alex, Marco, Rachel y Ricardo de haber sobrevivido.

—Me gustaría saber si Maddie y Lizbeth están bien —murmuró Bruno. Por lo visto, los pensamientos de su amigo habían discurrido paralelos a los suyos.

—Por lo que me han contado están teniendo problemas de adaptación —dijo Natalia—. Pero no te preocupes. Estarán bien —y sonrió enigmática—. Ya me encargo yo de eso.

\* \* \*

Roja, la loba que una vez fue Madeleine, trepó por la escarpada ladera hasta que los patios y jardines arruinados del castillo quedaron muy abajo, apenas visibles entre la bruma. Lizbeth intentaba seguirla, pero si ya le resultaba complicado mantener su ritmo en llano, poco podía hacer en aquella pendiente. Roja no se detuvo a esperarla, de hecho Lizbeth era el principal motivo por el que había comenzado el ascenso. Necesitaba alejarse de ella y su locura.

Finalmente, la inclinación de la montaña hizo imposible continuar subiendo y no

le quedó más remedio que detenerse en un saledizo. Miró abajo, con las zarpas delanteras apoyadas al borde de la plataforma rocosa. Lizbeth se hallaba a medio camino, luchando con denuedo por alcanzarla, pero todavía le llevaría tiempo conseguirlo. Mucho más abajo se encontraba el castillo, convertido en una mole oscura incrustada en la lluvia. Desde aquella altura los once lobos de la manada no eran más que manchas deslucidas, pero a pesar de ello no tuvo problemas en identificar la silueta de la enorme bestia que lideraba el grupo. Era el único que permanecía inmóvil bajo la lluvia, cerca del tronco retorcido de un árbol muerto. A pesar de la distancia, la loba supo que estaba vigilándolas.

«Mi nombre es Gris», se había presentado aquel lobo poco después de que Lizbeth y ella entraran en el patio tras atravesar una de las grietas que salpicaban la muralla del castillo. Era un lobo inmenso, con una cicatriz marcando en vertical su ojo derecho. El resto de la manada permanecía a unos pasos tras su líder, observando a las recién llegadas.

«Gris», repitió ella, más por escuchar de nuevo el sonido de aquel nombre que por confirmarlo. El lenguaje de los lobos era conciso, sin florituras ni adornos. Y aunque estaba formado únicamente por gruñidos, los vestigios de su antigua humanidad los convertían en palabras en su mente.

«Y tu nombre será Roja», añadió el lobo y ella agitó la cabeza en señal de aprobación. Aquel nombre no era una imposición ni un capricho. Roja era su nombre de loba, como Madeleine había sido su nombre humano. Y siempre lo había sido.

«¿Y ella?», preguntó mientras cabeceaba en dirección a Lizbeth. Su compañera estaba algo retrasada, contemplando suspicaz tanto al gran lobo como a los que aguardaban tras él.

«No merece nombre. No es de los nuestros. No es hija de la luna. Es hija de la magia».

«Tiene nombre. Es Lizbeth. Pertenece a mi vieja manada. Viene conmigo».

Gris la miró fijamente. Era con mucho el ejemplar más grande del patio, media metro y medio de alzada y dos de largo. La cicatriz que marcaba su ojo le daba un aspecto maléfico.

«Se llama Lizbeth», insistió Roja, temerosa de que la obligaran a separarse de su amiga. «Viene conmigo».

El lobo permaneció largo rato inmóvil, y de no haber sido por el fulgor de sus ojos y el retumbar de su respiración, habría parecido esculpido en piedra. Lizbeth gruñía por lo bajo. Gris tardó mucho tiempo en hablar:

«Puede quedarse. Pero no será parte de la manada ni tendrá nombre de loba. Y la mataré si da problemas».

«No lo hará», le aseguró Roja, sin saber lo poco que iba a tardar en averiguar lo equivocada que estaba.

En las escasas horas que llevaban allí, Lizbeth ya había provocado dos peleas. La primera, poco después de llegar. Había saltado sobre uno de los machos por el mero hecho de que éste se hubiera acercado demasiado a Roja. No hubo ni aviso ni advertencia, simplemente se abalanzó sobre él y ambos rodaron por el suelo, lanzándose fieras dentelladas hasta que Roja logró interponerse entre ambos y poner fin a la pelea. Tras ese primer encontronazo, la mirada de Gris no se apartó de ellas durante largo rato, y aunque el lobo no dijo nada la amenaza era evidente.

Fuera donde fuera Roja, allí iba siempre Lizbeth, gruñendo a cualquiera que hiciera amago de acercarse. Para la loba todo era una amenaza de la que defenderse o un adversario al que intimidar. Roja intentó hacerle comprender que aquellos lobos no les deseaban mal alguno y que debían permanecer con ellos, pero todo era inútil. Lizbeth no parecía entender el lenguaje de la manada y eso hacía casi imposible comunicarse con ella.

Lizbeth no tardó en enzarzarse en otra pelea. Esta vez el blanco de su ira fue una pequeña loba parda y no medió más provocación que la de un cruce casual de miradas. La loba se defendió con fiereza, aunque en cuanto tuvo oportunidad prefirió escabullirse a continuar la lucha. Se puso a salvo saltando primero a un árbol del patio y, de allí, a lo alto de la muralla. Lizbeth trató de seguirla, pero todos sus intentos de saltar del árbol al muro fueron en vano.

«Gris la matará», dijo un lobo junto a Roja. Se había acercado aprovechando que Lizbeth continuaba hostigando a la otra loba. Era el primero al que había atacado, un macho escuálido que atendía al nombre de Azor, de pelaje negro, con mechones claros en la espalda. «No es como nosotros», dijo. «Loba sin seso. Loba loca».

«Era de mi vieja manada», insistió ella.

«Ya no estás con tu vieja manada. Debe irse. Si no, Gris la matará. Y te matará a ti si intentas impedirlo».

Fue poco después cuando Roja comenzó su ascenso por la montaña. No podía soportar la mirada acusadora del lobo gris, ni la presencia constante de Lizbeth, dando vueltas a su alrededor.

Roja se llenó los pulmones del aire de las alturas. Las montañas olían a lluvia y quietud. Más allá se divisaban las sombras truncadas de los edificios. Su vieja manada seguía allí, en algún lugar de esa urbe en ruinas, y aunque ya comenzaba a olvidar sus rostros y sus voces, en su mente permanecían nítidos sus olores. Algo estaba ocurriendo con sus recuerdos; tenía la impresión de que comenzaban a diluirse, a fragmentarse, como si ellos también tuvieran que amoldarse a la nueva mente que los cobijaba. La idea de que tarde o temprano llegaría a olvidar que había sido humana le provocó cierta inquietud y a la par un fuerte deseo de que sucediera cuanto antes.

Tras un tiempo considerable, Lizbeth logró alcanzarla. Llegó con la lengua fuera, agotada. Se acercó despacio, mirándola implorante, como si tuviera miedo de que

volviera a abandonarla. Bajo la lluvia parecía más un cachorro que una verdadera loba. Pero esa imagen lastimosa no le llevó a engaño. La manada tenía razón: Lizbeth no era una de ellos, era otra cosa. Hasta su olor era diferente, había algo equivocado en él, un regusto a plata sucia que no debería estar allí. Pero por mucho que le pesara, existía un lazo entre ambas.

Y eso Roja no podía cambiarlo, aunque quisiera. Lo único que podía hacer era intentar explicar otra vez a Lizbeth lo importante que era para ellas quedarse allí.

«Éste es nuestro lugar», dijo. «No quiero irme. No quiero que te vayas. No quiero que te maten. Tenemos que quedarnos. ¿Me entiendes?, ¿me entiendes?».

Lizbeth, como única respuesta, intentó lamerle el hocico. Ella se apartó y le enseñó los dientes. La otra loba retrocedió desconcertada.

«Tenemos que quedarnos», insistió Roja. «Los necesitamos».

Y para su sorpresa, Lizbeth habló, de forma entrecortada, pero clara.

«No», dijo. «No los necesitamos. Tú y yo. Solas. Sin nadie más. Tú y yo y la luna y la oscuridad». Miró hacia el patio y las brumosas siluetas que caminaban entre la lluvia. «Los mataré. Desgarraré sus gargantas con...».

«¡No!», exclamó ella y, sin pensarlo, le lanzó un furioso mordisco que la otra no vio venir. No llegó a hundir los colmillos en la carne, pero lo inesperado del ataque hizo que Lizbeth se apartara sobrecogida. La miraba sin comprender y Roja supo que daba igual lo que dijera: no había modo de razonar con ella, entendiera el lenguaje de la manada o no. Roja pasó a su lado sin mirarla y comenzó a descender la ladera. Lizbeth lanzó un lastimero aullido y echó a correr tras ella, aun a pesar de encontrarse más allá del agotamiento.

Gris la mataría, o las mataría a ambas. Ése era el destino que las aguardaba abajo. La bajada era muchísimo más complicada que el ascenso, y hasta Roja tuvo problemas para asegurarse sobre las rocas mojadas. No habían dado una veintena de pasos, cuando escuchó a Lizbeth resbalar. Se giró a tiempo de verla caer pendiente abajo entre aullidos y piedras que rodaban. Pasó a su lado dando tumbos, hipando y gruñendo, lanzando bocados a la montaña como si pretendiera anclarse a ella con la fuerza de sus mandíbulas, pero pronto salió despedida de la ladera y cayó al vacío.

Una extraña sensación, mezcla de alivio y espanto, embargó a Roja al verla caer. El tiempo se detuvo, sólo fue un instante, un parpadeo en el que la loba pareció flotar ingrávida entre oleadas de lluvia y viento, antes de caer a plomo hacia la muerte. De pronto, varias sombras se desgajaron del cielo y planearon hacia Lizbeth; eran poco más densas que nubes, pero se deslizaban por el aire con evidente inteligencia. La loba desgarró de un mordisco el ala membranosa de la primera criatura que llegó hasta ella, pero el resto no se arredró, se agruparon veloces a su alrededor, frenaron su caída con sus propios cuerpos y comenzaron a arrastrarla de regreso a los riscos. Y aun a pesar de estar salvándola, Lizbeth no dejó de luchar, mordiendo y pateando a las

sombras mientras éstas la devolvían a la montaña. Roja las recordaba de sus tiempos de humana. Olían a alquitrán y devastación, a matanza y agua estancada.

Cuando finalmente lograron poner a salvo a Lizbeth, la loba no pudo evitar sonreír. Su vieja manada, a fin de cuentas, todavía velaba por ellas.



Dama Serena caminaba perdida en un mar de fantasmas.

Los millares de espectros contenidos en la habitación infinita deambulaban todos en la misma dirección, sin acabar de llegar nunca a ninguna parte. Aquel espacio imposible, creado por la hechicería para contener a los fantasmas que de otro modo vagarían por toda Rocavarancolia, estaba inscrito en una esmeralda engarzada a una pared del castillo. Allí el tiempo no tenía relevancia. El presente se dilataba, se hacía eterno. Dama Serena llevaba allí desde poco después de la salida de la Luna Roja, compartiendo el encierro de sus congéneres, sin dejar de pensar en la truculenta historia que Hurza le había contado. Tras conocerla, el Comeojos había cobrado una dimensión nueva a sus ojos. Al menos ahora entendía qué era lo que le motivaba.

—¿Quieres saber qué soy? —le había preguntado Hurza aquella noche. La fantasma todavía se estremecía con el hechizo de dominio que el nigromante acababa de hacerle aprender—. Está bien, te lo contaré. Te hablaré de mi pueblo: de los sin nombre. Te hablaré de los aesín. Te hablaré del dolor.

»Era el principio de los tiempos, y todo era nuevo. Las constelaciones aún no estaban alineadas y la luz de los soles recién nacidos comenzaba a abrirse paso en la oscuridad.

»Los sin nombre habitábamos un planeta al borde de una nebulosa roja. Compartíamos mundo con otra especie. Se llamaban aesín y eran majestuosos. A sus ojos no éramos más que bestias. Habitábamos en los pantanos que rodeaban sus ciudades, y nos alimentábamos de sus desechos, ¿cómo podían considerarnos otra cosa que alimañas? Los aesín se creían dioses y no puedo culparles. Vivían vidas tan largas que rozaban la inmortalidad, y su inteligencia, belleza y gracia superaban toda medida. Se sentían los dueños de la creación. Y no entendían por qué no podían modelarla a su voluntad.

»Por aquel entonces el universo era un lugar ordenado; todo tenía su espacio y férreas reglas lo gobernaban todo. Nada estaba dejado al azar porque el azar no existía. Pero era un universo joven, y eso lo hacía frágil. En cierta manera, el universo aún estaba naciendo. Y los aesín buscaban la manera de participar en esa creación. Imagina la realidad como un inmenso tapiz que se teje desde la nada, como una vasta alfombra que poco a poco lo cubre todo. Los aesín eran capaces de distinguir los

bordes de la realidad, allí donde las nuevas hebras urdían esa alfombra. Por muchos y diversos medios intentaron influir en esas hebras para retorcerlas a su antojo, pero todos sus intentos fracasaron. El universo se cuidaba muy mucho de que ninguna injerencia externa interfiriera en su desarrollo. Pero ellos no cesaron en su empeño. Hasta que dieron con una de las claves que modelan el mundo, uno de los motores de la realidad:

»El dolor.

»Lo descubrieron por casualidad. Los aesín, en un nuevo intento por cambiar la faz del universo, idearon un descomunal ingenio energético que apuntaba hacia los confines de la creación. Era invierno en mi planeta, un invierno cruel que estaba causando estragos entre mi pueblo. La noche anterior a la puesta en marcha del artefacto, una de nuestras partidas de caza, huyendo de una brutal ventisca, buscó refugio en las proximidades de la máquina. Cuando al día siguiente los aesín la activaron hasta el último de ellos murió. La sangre les hirvió en las venas. De alguna forma, su dolor acompañó a la energía proyectada desde nuestro mundo hasta los límites de la existencia.

Y algo ocurrió allí, los aesín detectaron una fluctuación, una vibración nunca vista. Repitieron el proceso pero esta vez las lecturas no mostraron nada. No tardaron mucho en comprender qué había ocurrido. No fue la lanzada de energía lo que hizo estremecer la realidad: había sido la agonía de los míos. El universo reaccionó a su dolor.

»Para nuestra desgracia, los aesín se fijaron al fin en nosotros. Nos volvimos útiles para ellos. Construyeron máquinas de tortura, artefactos ideados para generar dolor y proyectarlo, y nos forzaron a introducirnos a centenares en ellos. Mi pueblo se convirtió en materia prima, en combustible. Nos confinaron en granjas de cría, nos arrebataron todo lo que teníamos, todo lo que éramos. Sus máquinas sólo se detenían para sustituir los cadáveres de su interior por más carne viva que torturar. Mujeres, niños, recién nacidos... No hacían distinción. Los aesín enfocaban nuestra agonía a los confines de la existencia y el universo, horrorizado por lo que podía llegar a contener, se rebelaba contra sí mismo.

»Y un día los aesín lograron su objetivo: alteraron la realidad, aunque no del modo en que esperaban. Una grieta se abrió en el tejido del universo, una mínima brecha que duró abierta un periodo de tiempo tan insignificante que fue como si no hubiera existido. Pero durante ese lapso de tiempo la realidad se colapso: no hubo norma alguna, sólo caos y desorden. Entonces apareció la magia. Eso es, fantasma: la magia es fruto de nuestro dolor y de la ciega ambición de los aesín. Yo estuve presente cuando el universo cambió. Yo gritaba de agonía, empapado en mi sangre y en la sangre de mis hermanos, cuando la magia primordial irrumpió en el mundo.

»La magia es desorden. La magia es caos, es una fuerza capaz de retorcer lo



posible. Y así los aesín se convirtieron en los primeros hechiceros de la existencia. Las máquinas de tortura se detuvieron. Ya no eran necesarias. Habían encontrado una forma mejor de alterar la realidad. Gracias a la magia, los aesín podían transformar el mundo por sí mismos, podían tomar la urdimbre de la creación y retorcerla. Las máquinas se detuvieron, pero eso no significó la liberación de mi pueblo. La magia, como sabes, no surge de la nada, necesita energía que la nutra, una fuerza motriz que la ponga en marcha. Seguía siendo necesario un sacrificio. Y por eso nuestro papel en esta historia no cambió: continuamos siendo las víctimas. Unas veces era nuestra sangre lo que precisaban para sus hechizos, otra nuestras lágrimas... Nuestros gritos. Nuestro miedo. Nuestro dolor.

Y nosotros les dábamos todo eso, no podíamos evitarlo.

»Pero había algo que los aesín desconocían: ignoraban nuestra verdadera naturaleza. Sí, estábamos familiarizados con la muerte. Pero también con la reencarnación. Nuestra esencia, nuestra alma, reside en los cuernos que adornan nuestras frentes, y tras la muerte allí permanece aletargada a la espera de que alguien nos facilite un nuevo cuerpo. Ese es el modo en que mi especie protege a sus individuos más valiosos, así preservamos la vida de los más capaces. De haber conocido nuestra capacidad de resurrección, los aesín habrían destruido ellos mismos nuestros cadáveres, no nos habrían encargado a nosotros la tarea de arrastrarlos a los hornos crematorios. Desconocían que haciendo eso estaban fraguando su perdición. Antes de arrojarlos a las llamas, arrancábamos a nuestros hermanos muertos los cuernos donde reposaban sus almas.

»Perdí la cuenta de las veces que morí a sus manos. Pero regresé más fuerte con cada una de mis muertes. Sí. Volvíamos de la oscuridad más sabios y poderosos de lo que habíamos sido en nuestras vidas anteriores. Porque mientras gritábamos en los altares del sacrificio, mientras nuestros asesinos profanaban nuestra carne una y otra vez, sin que se percataran de ello, fuimos aprendiendo los rudimentos de la magia.

»Fue un aprendizaje largo, lento... Frases captadas al paso. Libros entrevistos en mitad de la tortura. Estábamos ávidos por aprender, pero nuestro tiempo era tan escaso...

Aun así nunca han existido alumnos tan aplicados. Desde el momento en que nos hacinaban en las jaulas para trasladarnos a las torres de hechicería, permanecíamos atentos a todo y a todos, ansiosos por vislumbrar el más mínimo atisbo de magia para analizarlo y memorizarlo.

»Las décadas pasaron sin que aquella rutina de horror y muerte variara. Los aesín inventaron distintas ramas de la magia: la necromancia, la hechicería de portales, la magia nivea y la oscura... Mientras tanto, nosotros, seguíamos con nuestro lento aprendizaje. Llegó un momento en que fuimos capaces de generar nuestros propios hechizos, simples juegos de manos al principio, pero más y más poderosos a medida

que transcurría el tiempo. Yo mismo sacrifiqué a dos niños para comprobar que podía devolverles la vida y ponerlos a mi servicio.

»Y llegó el día de la rebelión. No nos vieron venir. Durante siglos no habíamos sido más que dóciles reses que conducir al matadero, pero de pronto los corderos se transformaron en lobos sedientos de sangre. La batalla que supuso el final de los aesín fue larga, terrible, pero en ningún momento dudamos de nuestra victoria. No era sólo el poder lo que nos respaldaba: era la furia y la justa venganza. Sus ciudades ardían y nosotros avanzábamos entre las llamas como demonios rabiosos. Decir que los aesín fueron derrotados es quedarse cortos: los exterminamos. Borrarnos su civilización por completo. Sin dejar nada.

»Pero la venganza no fue suficiente. No cuando el fruto de nuestro dolor campaba libre por el cosmos. No puedes ni imaginar la rabia que sentimos al saber que había otros seres aprovechándose de él. Los aesín no eran los únicos magos. Había más, muchos más... El universo entero se había infestado de magos y hechiceros, de brujos y demiurgos; parásitos y alimañas que se servían de nuestro dolor, de nuestro sufrimiento. Escupían sobre nuestros muertos cada vez que realizaban sus sucios trucos.

«Entonces lo decidimos. No descansaríamos hasta que la magia fuera aniquilada, hasta que no quedara rastro de ella en toda la creación, aunque para ello tuviéramos que arrasar civilizaciones enteras. Seguíamos sin tener nombre, pero al menos teníamos un propósito.

»No te voy a aburrir con el relato de nuestra odisea. Durante siglos nos enfrentamos a la magia allí donde la encontrábamos, a veces en guerra abierta, otras con sutileza. En ocasiones salíamos victoriosos y otras derrotados. Mi pueblo acabó diseminado por buena parte del universo gracias a la magia de los portales, esa hechicería capaz de horadar el tejido de la realidad y de la que Harex era un maestro, la misma hechicería que impregna las piedras de Rocavaragálogo y que convierte Rocavarancolia en un maravilloso cruce de caminos a otros mundos.

«Durante siglos viajamos de sol en sol, en busca de magia que destruir. Hasta el día en que casi nos aniquilaron. Habíamos reunido al grueso de nuestras fuerzas para enfrentarnos a un enemigo inusualmente poderoso y, aun así, sufrimos la peor derrota que puedes concebir. No recuerdo el nombre del planeta ni de la especie que lo poblaba, pero su magia superaba a la nuestra. La superaba con creces. No nos quedó más alternativa que huir. Ellos desataron el infierno sobre nosotros. Abrimos a la desesperada portales por donde escapar. Huimos por tierra, mar y aire, enloquecidos, moribundos. Derrotados.

»El destino quiso que el barco en el que escapamos Harex y yo terminara en este mundo. Ya sabes qué ocurrió después. Fuimos traicionados, asesinados por las serpientes que dejamos medrar en nuestro seno. Pero la muerte, para nosotros, no es

más que un lugar de paso. Pronto mi hermano estará otra vez a mi lado y entonces retomaremos nuestra sagrada misión: erradicar la magia de la creación y exterminar a todo aquel que haya osado invocarla...».

Dama Serena todavía se estremecía al recordar la emoción con la que Hurza había relatado su historia. Tenía un vívido recuerdo de la furia del primer Señor de los Asesinos, del modo en que se le torcía el gesto al hablar de los aesín y del sufrimiento de su pueblo. La fantasma no podía ni imaginarse cuánto tiempo había transcurrido desde que Hurza y los suyos habían vencido a sus torturadores, pero el odio del Comejos seguía intacto, como si no hubiera transcurrido ni un solo día desde entonces.

¿Qué ocurriría cuando Hurza y Harex revivido se pusieran de nuevo en marcha? ¿Cuántos mundos sufrirían? ¿Cuánta gente, hechiceros, magos y brujas, morirían? Intentó pensar en un universo sin magia y la idea de que ésta desapareciera la consternó. Y el hecho de que ella estuviera ayudando a que eso pudiera suceder resultaba descorazonador.

Y a pesar de ello no pensaba echarse atrás.

En el universo la oscuridad era dueña absoluta. Siempre había fuerzas terribles intentado dominar o doblegar la existencia. Siempre existiría un Hurza conspirando. Daba igual lo que hiciera ella. Su tiempo había pasado. Sólo quería descansar.



El muñequito de madera contemplaba admirado el mundo que lo rodeaba. El asombro que reflejaban sus toscos rasgos resultaba conmovedor, sobre todo por su simpleza, por su pureza: aquel ser estaba asombrado por el mero hecho de estar y saberse vivo, nada más y nada menos.

Resultaba impresionante contemplar la facilidad con la que Bruno daba vida. Había algo indescriptible en ello, algo primordial. El italiano había tocado sin más la cabeza inerte del muñeco y éste, tras una rápida convulsión, había despertado a la existencia, con un brillo de indudable inteligencia asomando a las cabezas de aguja que Bruno les había puesto por ojos.

—Para darles vida debo prestarles parte de mi propia esencia vital —les explicó. El reloj de su abuelo había trepado a su hombro y dormitaba allí, enroscado sobre sí mismo como un incongruente lagarto—. Y hacerlo duele, es como si me rompiera por dentro.

—¿Puedes dar vida a todo lo que quieras? —le preguntó Natalia, que no apartaba la mirada de los hombrecillos de madera. Bruno miró fugazmente a la rusa con la misma expresión de embelesada conmoción con que venía haciéndolo desde que la

había visto entrar.

—No..., no lo sé —acarició la cabeza de una de sus creaciones, que se lo quedó mirando con exagerada expresión de sorpresa—. Mi información sobre la demiurgia es fragmentaria e incompleta. Necesito aprender más. Mirad estos hombrecillos, por ejemplo —dijo—, les he cedido parte de mi esencia, ¿pero es un préstamo temporal o algo permanente? Voy a ciegas en esto.

—Todos estamos igual —murmuró Natalia—. Pero aprenderemos, estoy convencida.

Héctor contempló con recelo a las sombras que acompañaban a su amiga. Una de ellas no se había movido del barril al que había saltado nada más entrar, pero la otra no dejaba de deambular de un lado a otro, como un jirón caprichoso de niebla. Y a buen seguro debía de haber más dispersas por el torreón aunque se mantuvieran ocultas. Natalia no había preguntado en ningún momento por Marina y Héctor estaba convencido de que si no lo había hecho era porque estaba al tanto de su situación.

Las onyces le ponían los pelos de punta. El resto del grupo había tenido semanas para acostumbrarse a ellas, pero él no había dispuesto de ese tiempo. Cuando las veía no podía dejar de recordarlas jaleando a Roallen. De pronto la imagen de Ricardo muerto se le presentó de nuevo, nítida y cruel, en la memoria.

—¿Cómo podemos saber que esas cosas son de fiar? —preguntó. El malhumor que le había rondado durante todo el día había vuelto a aparecer, más vivo que nunca.

Natalia se removió en la silla y lo miró fijamente. La espiral bajo su ojo pareció pulsar durante un instante.

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—Una que me preocupa, y mucho.

—Ya te he dicho que las controlo. ¿Por qué no vas a fiarte de ellas? Las domino, Héctor. Hacen lo que yo digo, creía que había quedado claro.

—Vaya... —la miró con dureza—. Qué pronto has olvidado lo mal que te lo hacían pasar, o cómo se reían de nosotros mientras Roallen nos destrozaba.

—Lo que hayan hecho o dejado de hacer me trae sin cuidado. Lo que realmente impo...

—¿¡Que te trae sin cuidado!?! —le cortó con brusquedad. Sintió un punto de inquietud al reconocer la semilla de un inminente ataque de cólera, pero no podía resistirse a ella—. ¿Te has vuelto loca? ¡Ricardo murió por su culpa! —exclamó, aun a sabiendas de que eso no era cierto. Señaló a la sombra del barril. Se había erguido y le contemplaba con el lomo erizado. La sombra que sobrevolaba la estancia aterrizó cerca de la primera y, por el rabillo del ojo, vio aparecer otras tres, avivando su rabia al confirmar su sospecha de que había más ocultas en el torreón—. ¿¡Nos querían muertos y me vienes con ésas!?! ¿Te has olvidado de cómo nos azuzaban al trasgo?!

—Eso ya pasó —le respondió con frialdad—. De haber podido, me habrían matado, lo sé, y no hace falta que venga un listillo a iluminarme. Pero ahora todo es diferente. Ahora las domino —Natalia le miró con suspicacia—. ¿O es que estás dando vueltas otra vez a eso de que me he vuelto oscura? ¿Te preocupa saber si mis sombras son de fiar o si lo soy yo?

—¡Quizá sea eso! ¡Quizá no sepa si me puedo fiar de alguien que se va tan alegremente con criaturas como ésas! —Se levantó de la silla, fuera de sí, con las alas desplegadas. Necesitaba sacarse de encima la furia que se le acumulaba dentro. Y para bien o para mal, Natalia era el blanco perfecto.

En ese momento, llamaron de nuevo a la puerta del torreón. Y la urgencia del golpeo era tal que dolía escucharlo; era una llamada angustiada, un sonido que sólo podía traer malas noticias. Héctor y Natalia se observaron, perplejos ambos, más por la violencia de la situación que ellos mismos habían provocado que por los golpes que acababan de interrumpirla. Héctor se dio cuenta de que tenía la mano en la empuñadura de la espada. La soltó como si quemara. ¿Qué habían estado a punto de hacer?, se preguntó. Los golpes continuaban, más y más fuerte, más y más angustiosos.

Bruno abrió el portón con un giro de su báculo.

Allí, desesperado, presa de un ataque de llanto, estaba Caleb, el hombrecillo de las hienas. Era la viva estampa de la devastación. Los miraba suplicante con los ojos inundados de lágrimas. Les mostró las palmas de sus manos, cubiertas de quemaduras y ampollas supurantes, como si estuviera convencido de que ese gesto bastaría para explicarles qué le había llevado allí.

Y al menos, Héctor sí lo comprendió.

—El dragón —murmuró. Y se sintió vacío.

—Prometisteis no hacer daño a mis niños... —alcanzó a decir Caleb con un hilo de voz. Las rodillas se le doblaron, tuvo que aferrarse al quicio de la puerta para no caer—. Me lo prometisteis... —balbuceó—. No os volverán a atacar, os dije... Nunca atacarán a los cachorros de Samhein, os dije. Y vosotros me prometisteis. ¡Lo prometisteis! Y ahora... ahora... Los están matando a todos... Vuestro amigo y su dragón... Mis niños, mis pobres niños...

\* \* \*

—Malnacidos niñatos —gruñó Alastor en brazos de dama Moreda mientras ésta se arrastraba por los cielos—. ¿Con quién creen estar tratando? ¡Me deben respeto! ¡Respeto! ¡Malditos sean! ¡Malditos sean mil veces! Los trato con educación, con deferencia, ¡y qué consigo?! ¡Desprecio y cuchicheos! La culpa es del ángel negro,

dama Moreda, no te equivoques, suya y nada más que suya. Ya tenía convencido al demiuuuu... —no le quedó más remedio que callar, su garganta reseca y sus cuerdas vocales acartonadas no le permitían hablar a voz en grito durante mucho tiempo. Y eso lo enfureció todavía más.

Dama Moreda graznó y continuó su vuelo. Cada batir de alas le causaba un dolor insoportable, cada metro que ganaba era un tormento para sus huesos. Pero Alastor quería que volara y ella volaba, con la obediencia insensata que da el amor ciego.

Alastor era por completo indiferente al sufrimiento de la arpía. Llevaba tantos años deseando un nuevo cuerpo que su desesperación por lo que consideraba un fracaso no conocía límites. Por supuesto nunca se le había pasado por la mente pedirle un cuerpo a Denéstor, ¿por qué iba a hacerlo cuando sabía que el demiurgo se negaría a ello? La ciudad entera lo despreciaba. Y era de entender: Alastor Borodín había sido el único en toda Rocavarancolia que había cambiado de bando durante la batalla que puso punto y final al imperio de Sardaurilar. Resultaba paradójico que en un reino tan dado a las traiciones, hubiera sido el único en traicionar a Rocavarancolia en la última batalla.

Alastor había sabido que todo estaba perdido nada más ver aparecer los primeros ejércitos enemigos a través de los vórtices y no le había quedado más remedio que obrar en consecuencia. En cuanto tuvo oportunidad se escabulló en medio del caos y no paró hasta dar con un oficial enemigo al que rendirse y jurar lealtad.

—La victoria es indudablemente vuestra —le aseguró—. Pero yo puedo acelerar las cosas y evitaros bajas innecesarias.

Alastor reveló al enemigo la ubicación de los túneles secretos que comunicaban todas y cada una de las torres de guerra que se repartían por Rocavarancolia y que tanto esfuerzo les estaba costando doblegar, así como el modo de esquivar los hechizos que las protegían. Alastor tuvo que poner a prueba muy pronto su nueva lealtad cuando, poco después de rendirse al enemigo, le ordenaron guiar un destacamento a través del laberinto de galerías subterráneas para tomar la torre Mediasangre, el principal bastión defensivo al oeste de la ciudad. El ataque a traición tuvo éxito y Mediasangre sucumbió, lo que aceleró todavía más la inevitable derrota de Rocavarancolia y le convirtió a él en uno de los personajes más odiados del reino.

Nunca se había arrepentido de su traición. Tal y como él lo entendía, Alastor Borodín sólo se debía lealtad a sí mismo. ¿Podía haber algo más valioso en toda la creación que la vida de un ser inmortal? Lo dudaba. Era un milagro, algo maravilloso que había que preservar a toda costa. Y ése era su deber: hacer lo imposible por sobrevivir.

Y todo habría salido a pedir de boca de no ser porque tuvo la mala suerte de toparse con un nutrido grupo de defensores de la ciudad, encabezados por el mismísimo Esmael, cuando guiaba otro contingente enemigo por las entrañas de

Rocavarancolia. La batalla bajo tierra fue brutal. Igual que su enfrentamiento contra el Señor de los Asesinos. Alastor luchó como una fiera acorralada. La magia del ángel negro podía haber desequilibrado la balanza, pero junto a Alastor combatían varios magos enemigos cuyo único cometido fue contener la hechicería de Esmael. Justo cuando creía que la victoria estaba por sonreírle, el ángel negro le cercenó el brazo de la espada con el ala derecha para luego decapitarle con la izquierda. Para rematar su mala fortuna, su cabeza fue encontrada el día después de que sus aliados abandonaran Rocavarancolia, cerrando los vórtices tras ellos.

Nunca olvidaría las palabras del ya regente cuando lo alzó ante su rostro, sujetándolo de mala manera por el pelo apelmazado.

—Ni siquiera merece el esfuerzo de acabar con él —dijo y el alivio que sintió Alastor al oír aquello hizo que rompiera a llorar. Por suerte para él, Huryel malinterpretó sus lágrimas, creyó que eran de horror ante lo que le esperaba cuando eran de alegría al saber que iba a evitar la muerte—. Sí... —continuó Huryel—, matarlo sería un acto de misericordia que no se merece. Es un despojo y así debe ser tratado. Que se lo coman las alimañas, si alguna tiene estómago para ello.

Y después de escupirle en la cara lo arrojó a su espalda. Esta vez el destino sonrió a Alastor: su cabeza cayó dentro de un barril donde permaneció durante dos años, a salvo de carroñeros. Lo que quedaba de su cuerpo, en cambio, no corrió tanta suerte: fue pasto de los gusanos de la cicatriz de Arax. Y él, que había sido grande, que había sido un héroe en decenas de batallas, quedó reducido a carroña olvidada. Quizá otro hubiera enloquecido en tales circunstancias, pero Alastor, en definitiva, había conseguido su propósito: sobrevivir, sin importar el coste ni el modo. Y cuando ya había asumido que pasaría la eternidad en aquel barril, llegó dama Moreda para rescatarlo.

La arpía estaba buscando comida, pero lo que encontró fue mejor: alguien capaz de pensar por ella. Para cuando Rocavarancolia supo de su reaparición, su relación con la arpía era tan estrecha que nadie se atrevió a separarlos, y no por consideración a él, por supuesto, sino por el perjuicio que causarían a dama Moreda al privarle de aquella servicial cabeza. Alastor no tuvo muchos problemas en hacerse con la mujer pájaro, la arpía era mentalmente poco más que una niña pequeña y él la gobernaba a su antojo y capricho. Pero desde hacía ya varios años, la decrepitud de dama Moreda le preocupaba, más que nada porque sabía que no podía esperar piedad de los habitantes de la ciudad cuando ella muriera.

Pronto quedó a la vista la torreta en la que vivían. Era la única superviviente de las doce que habían protegido los acantilados de posibles ataques desde el mar. La fachada occidental del edificio todavía estaba oscurecida por las llamas de Umbra Gala, el dragón de Basa que había muerto defendiendo esa posición. La arpía había construido en la azotea un gran nido a base de cascotes, cubierto por una techumbre

improvisada con tablones y alfombras. Alastor contaba con un lugar de honor dentro de aquel nido, justo en el centro, sobre un pedestal hecho con una columna rota.

La cercanía del nido hizo que dama Moreda redoblara sus esfuerzos, aun a pesar de que el dolor era ahora tan intenso que tenía la impresión de que se le iban a romper las alas. La visión de su hogar resultaba reconfortante. A veces se pasaban días y días sin salir del nido; la cabeza en el pedestal y ella a sus pies, dejando transcurrir el tiempo simplemente mirándolo o escuchando sus historias, sus recuerdos de otros tiempos... La arpía era capaz de escuchar a Alastor durante horas, aunque sólo entendiera una palabra de cada diez, el sonido de su voz era música para sus oídos.

Cuando la arpía se posó en la azotea y echó a andar hacia el nido, un escalofrío premonitorio le mordió la espina dorsal. Fue una visión fugaz, un ramalazo de oscuridad sobre la que se recortó la imagen de una mano humana, de color pardo, con largas uñas empapadas de sangre. La visión fue todavía más intensa que la del ángel negro haciendo trizas con sus alas a la niña vampira. Miró asustada en torno a ella y aceleró el paso hacia el nido, abrazando la cabeza de Alastor contra su pecho. La sensación de peligro era mareante. En el nido estaría segura, allí nada malo podía ocurrir. En esa plácida oscuridad sólo había espacio para ella y su amado.

Justo cuando llegaba a la abertura que hacía de entrada, la visión se repitió, con tanta fuerza que se estremeció, tropezó y, por primera vez en veintiocho años, dejó caer a Alastor.

El inmortal soltó un patético quejido al chocar contra el suelo y luego rodó dentro del nido. Dama Moreda se precipitó tras él, aterrada. La premonición batía con fuerza demoledora contra sus sienes, pero ella no le prestaba atención. Había perdido a Alastor y, fuera lo que fuera lo que pretendía mostrarle la visión, no podía ser peor que aquello. Irrumpió en la penumbra del nido, chapoteando en el agua de lluvia. Dama Moreda sólo tenía ojos para la cabeza que boqueaba en el suelo y por eso tardó en darse cuenta de que había alguien sentado con las piernas cruzadas en el centro del nido. Era un hombre pardo, con un cuerno en la frente. La cabeza de Alastor había ido a detenerse junto a su rodilla. El desconocido alargó la mano, la misma mano que dama Moreda acababa de ver en su mente, tomó la cabeza de Alastor del cuello y la alzó ante él.

—Alastor Borodín —murmuró girando la cabeza para poder mirarle a los ojos—. El inmortal... O el despojo traidor, como muchos te conocen.

Alastor contempló al extraño con ojos desorbitados. El porte de aquel ser era intimidante. Podía haber vivido más de doscientos años, pero los ojos que ahora le contemplaban parecían más antiguos que el mismo tiempo. Intentó hablar pero lo único que consiguió fueron unos hipidos patéticos.

—Soy Hurza Comeojos —se presentó el desconocido, balanceando a Alastor en la palma de la mano. En su aturdimiento no consiguió recordar de qué le sonaba aquel



nombre—. Y tengo curiosidad en saber qué es lo que desea una cabeza inmortal...  
¿Qué puede ser? ¿Una muerte rápida que acabe con su sufrimiento? ¿Venganza? —  
Hurza sonrió—. Comparte conmigo tu mayor deseo, Alastor, y yo te lo concederé.

### III

## El Dragón

Volaban rumbo al anfiteatro y, a pesar de las tinieblas de aquel día vuelto noche, podían ver claramente los estragos que la lluvia y los terremotos habían provocado en Rocavarancolia. Había zonas inundadas y verdaderos torrentes discurriendo por las callejas más estrechas y hundidas. Al menos divisaron media docena de edificios que se habían venido abajo; entre ellos una de las pocas torres de hechicería que aún aguantaba en pie. La Luna Roja se había hecho sentir con fuerza y Héctor se preguntó cómo había logrado Rocavarancolia sobrevivir a tantas noches como aquélla.

—Con magia —le dijo Bruno cuando planteó sus dudas en voz alta. Hablaban casi a gritos para hacerse oír sobre el estruendo del viento—. Pero no te fijes en los edificios caídos, fíjate en los que todavía siguen en pie después de tanto tiempo y tantas lunas. Los hechizos de protección que deben velar por ellos tienen que ser impresionantes.

Héctor se aferraba con fuerza a la cintura de Bruno mientras éste avanzaba sujeto a su báculo. Natalia marchaba más adelante, montada sobre una sombra. A Héctor no se le escapaba la paradoja que representaba que él, el único de los tres que contaba con alas, necesitara ayuda para volar.

La luna apenas se había movido desde la noche anterior. Era como si el tiempo hubiera quedado en suspenso. Héctor buscó el sol, pero no consiguió hallarlo. Sabía que estaba allí, en algún punto perdido entre las sombras y las nubes, pero resultaba imposible dar con él.

Tomaron tierra a cien metros escasos del anfiteatro. Natalia bajó de la sombra con una elegancia que Héctor estuvo lejos de alcanzar. Se apoyó en el hombro de Bruno para recuperar el equilibrio y contempló con aprensión el anfiteatro. La rampa que conducía a los sótanos se encontraba envuelta en la niebla de advertencia de dama Desgarro; bajo el continuo aguacero aquella bruma parecía más irreal si cabe. Héctor sonrió con amargura al contemplarla. Habían quedado atrás los tiempos en los que un puñado de hienas podían suponer una amenaza para ellos pero la advertencia seguía siendo acertada. Sólo que ahora el peligro que aguardaba dentro no provenía de las hienas, sino de uno de sus propios compañeros y de la criatura que había

despertado.

Los tres echaron a andar hacia la rampa, con más de una docena de sombras deslizándose en el aire tras ellos. Bruno las miró y se detuvo, vacilante.

—¿Es necesario que llevemos tanta escolta? —preguntó—. ¿No resultará demasiado amenazador?

—Eso es lo que pretendemos —contestó Héctor—: ser amenazadores.

—Él tiene un dragón —le recordó Natalia.

Bruno se encogió de hombros y reanudó la marcha. Héctor observó a las sombras agitarse tras ellos con un nudo en la garganta. Sintió un punto de inquietud al recordar que habían dejado a Marina al cuidado de esos seres. Había tantas oscuridades diferentes en Rocavarancolia que resultaba complicado contabilizarlas todas, pero si había algo que comenzaba a comprender era que la oscuridad más peligrosa no era la que campaba fuera sino la que albergaban en su propio interior. Todavía estaba viva en su recuerdo la furia que lo había dominado durante su discusión con Natalia. Héctor desvió la mirada de las onyces al sótano, preguntándose por la envergadura de la oscuridad que los aguardaba allí y lo que podía suceder si decidían enfrentarse a ella.

«Pase lo que pase, debo mantener la calma», se dijo mientras enfilaban la rampa. «No puedo perder el control».

El olor a carne quemada que les salió al paso fue tan intenso que casi parecía sólido. Héctor torció el gesto. Bruno sacó un pañuelo y se cubrió la nariz y la boca. Natalia se limitó a entornar los ojos y a acariciar el lomo de la sombra que marchaba a su lado.

Bajaron por la rampa, despacio, alertas a lo que pudiera emerger de la penumbra. El último tramo de cuesta estaba cubierto por una capa de arañas muertas sobre la que se veían, delineadas con claridad, las huellas del dragón y la estela que había dejado el paso de su cola.

Lo vieron nada más atravesar la arcada. Era imposible no hacerlo. Su silueta no era más que una sombra entre sombras, pero su cabeza resaltaba como la luz de un faro. Estaba cerca de la zona de corrales y sus ojos, de color amarillo, cortados en vertical por una alargada pupila verde, no se apartaban de ellos. Las fauces del dragón despedían un intenso resplandor, y Héctor no tardó en comprender el motivo: estaban repletas de fuego. Sus mandíbulas se movían lentas, de arriba abajo y, a continuación, de izquierda a derecha: aquella prodigiosa bestia estaba masticando llamas.

Bruno titubeó al verlo, pero Héctor se apresuró a tomarle del brazo para que no diera la menor muestra de debilidad y lo hizo avanzar. Se adentraron en las tinieblas, seguidos por Natalia y sus onyces. La oscuridad estaba salpicada por los múltiples chispazos de ascuas rojas que flotaban por toda Rocavarancolia y por la temblorosa

luz de docenas de fogatas; la mayoría no eran más que diminutas lenguas de fuego.

—Os habéis tomado vuestro tiempo en venir —se escuchó decir a Adrián desde algún punto cercano al dragón. Su voz era más ronca de lo que Héctor recordaba. Aunque sus ojos se estaban acostumbrando a una velocidad de vértigo a la penumbra, le resultó imposible dar con él.

—No queríamos molestar —dijo Natalia con voz engolada—. Por lo que nos han contado, tu amigo y tú os lo habéis estado pasando en grande.

—Hacemos lo que podemos —contestó él al cabo de un instante.

Bruno encendió el extremo de su báculo y al momento una claridad suave se extendió por el sótano. Por fin pudieron contemplar al dragón en su entera y maltrecha majestad. A Héctor le costó asimilar que aquella criatura era la misma que había visto tantas veces en la plaza. Allí había estado retorcida en una pose extraña mientras atacaba a los lanceros que la hostigaban, y su único color había sido el blanco de la piedra. Ahora, en cambio, el movimiento y los colores vivos la dotaban de una dimensión nueva. Sólo ver cómo su pecho se agitaba al ritmo de su tremenda respiración quitaba el aliento.

El dragón era verde claro, con delgadas ramificaciones amarillas en el pecho y en las alas. Muchas de las escamas del vientre habían desaparecido y dejaban a la vista grandes calvas de carne pálida, lo que le confería un aspecto enfermizo. Para aumentar más esa impresión, el ala derecha colgaba rígida a un costado. Y aun así no dejaba de ser un ejemplar impresionante. Y más impresionante resultaba contemplarlo allí, rodeado de hienas carbonizadas. La mayoría estaban esparcidas ante el dragón, como sacrificios recién realizados a un dios del fuego, como el recordatorio de lo que podía sucederles si tentaban a la suerte.

El dragón, sin apartar la vista de ellos, atrapó una hiena por una pata y la introdujo entera en el horno que tenía por boca. Masticó despacio su presa. Héctor se mordió el labio inferior al escuchar el crujir de los huesos y el crepitar del fuego que ardía dentro de las fauces del monstruo.

Adrián estaba sentado muy cerca de la cola verde y amarilla del dragón. La única prenda que vestía eran unos pantalones chamuscados. No se percibía cambio físico en él. Podía parecer humano, pero al igual que ocurría con Bruno y Natalia, resultaba evidente que había dejado de serlo. Héctor vio que tenía en las manos un pedazo de carne quemada. Entre sus dedos bailaban lenguas de fuego. El corazón de Héctor se disparó en su pecho. La carnicería del sótano no había sido culpa de aquella bestia, sino de quien lo había conducido allí.

«Se reía. El dragón quemaba a mis niños ¡y él se reía!», les había contado Caleb, histérico, fuera de sí, tirándose del pelo con las manos quemadas. A Bruno no le había quedado más alternativa que dormirlo para tranquilizarlo.

Héctor y Bruno se detuvieron a unos metros del dragón, pero Natalia continuó

avanzando, seguida por la riada de sombras. El monstruo comenzó a devorar otra hiena y de nuevo el sótano se llenó con el sonido de huesos quebrándose.

—¿Queréis un poco? —les preguntó Adrián mientras alargaba el pedazo de carne abrasada hacia ellos—. Es lo más delicioso que he probado nunca, os lo juro. Mucho mejor que las manzanas aquellas que encontramos al poco de llegar —parecía entusiasmado—. Es por el fuego de dragón, ¿sabéis? Da a la carne un sabor especial.

Natalia fue la única en contestar y lo hizo con una sonrisa en los labios.

—No tenemos hambre, gracias —dijo—. ¿Sabes otra cosa que nos han contado? —preguntó después—: Que te has vuelto loco. Loco de remate, ¿te lo puedes creer? —le soltó en falso tono jovial.

—¿Loco? —Adrián soltó una carcajada, un sonido tan desagradable como el masticar del dragón—. Esto es absurdo —dijo antes de incorporarse de un brinco y acercarse a ellos. Llevaba dos espadas al cinto; las vainas de ambas estaban sucias de hollín y llenas de quemaduras—. ¡Miraos! —les gritó—. Deberíais estar dando saltos de alegría. ¡Habéis sobrevivido! Mírate, Héctor: ¡estás vivo y tienes alas! ¿No te parece un milagro? —se giró hacia Natalia—. ¿Y tú? ¡Fíjate! Estás más hermosa que nunca y tienes un ejército de sombras, y... bueno... —frunció el ceño mientras examinaba a Bruno—: No sé qué decir de ti —señaló—. Por lo visto la Luna Roja te ha convertido en un llorica.

Héctor miró a Bruno. El italiano contemplaba a Adrián con el rostro desencajado mientras las lágrimas no paraban de correr por sus mejillas. Tenía los puños apretados y los labios le temblaban. Héctor tardó unos instantes en darse cuenta de que su amigo estaba contando en silencio hasta diez.

—¿Por qué las has matado? —preguntó con voz enronquecida una vez terminó.

—Porque el dragón tenía hambre —contestó Adrián con calma—. Y no es de extrañar. Llevaba treinta años sin comer. Las hienas de ese idiota fueron lo único que se me ocurrió.

—Estaban vivas —Bruno se adelantó un paso. El dragón dejó de masticar y giró la cabeza hacia él, pero el italiano ni se inmutó—. Estaban vivas y eran importantes para alguien —continuó—. Y eso ya debería haber sido suficiente para impedir que les hicieras daño.

—Así no funciona el mundo —le replicó Adrián—. Necesitaba algo y lo cogí. Así de simple. Las hienas han muerto pero el dragón vive. Y os aseguro que hemos ganado con el cambio. ¿Y qué si alguien ha lloriqueado un poco por el camino? ¿Quién es ese tipo para nosotros? Nadie. Y podía haberle matado, ¿verdad?, pero no lo hice...

—¡Qué magnánimo! —exclamó Natalia y rompió a reír. Las sombras sisearon tras ella.

Adrián sacudió la cabeza.

—No os entiendo —dijo—. ¿A qué habéis venido? ¿A reñirme por portarme mal? —Héctor no pudo distinguir si su perplejidad era real o fingida. Adrián se giró hacia él—. ¿Esta conversación no la hemos tenido antes? —le preguntó—. Sí, en la plaza, después de que acabara con los desgraciados que llevaban años quemándose vivos. ¿Vienes a lo mismo? ¿A reñirme por ser malo?

—Sólo quería ver en qué te había convertido la Luna Roja —dijo—. Y no veo mucha diferencia con entonces. Sigues siendo el mismo monstruo. Me podía haber ahorrado el viaje.

—Oh. Pero es que sí hay diferencia, amigo. Una diferencia abismal —dio un paso hacia él y Héctor, automáticamente, se puso en guardia—. Antes era capaz de sentir el fuego... Rugía en mis venas. Me abrasaba. Pero eso ya pasó. Ahora es diferente: ahora yo soy el fuego.

—Estás enfermo —dijo Bruno. Recorrió con la mirada los cadáveres que se repartían por el sótano, con una mueca de asco creciente en el rostro—. Enfermo...

—Lo estuve. Pero ya estoy curado. Y más vale que os acostumbréis cuanto antes a la nueva situación. Nada de lo que nos enseñaron en la Tierra vale en Rocavarancolia. Olvidaos del bien y el mal y todas esas estupideces —Héctor, al ver la vehemencia con la que Adrián se dirigía a ellos, comprendió lo importante que era para él hacerse entender—. Eso no tiene sentido aquí, y debéis aceptarlo si queréis sobrevivir. ¡No seáis ciegos! ¡Sentid el poder! ¡Sentid el fuego! ¡Dejaos llevar!

—No debiste matarlas —insistió Bruno, con la mirada vidriada fija en el pequeño bulto de un cachorro carbonizado. Héctor se preguntó en qué estaría pensando: ¿en toda la gente que había muerto porque él, sin saberlo, les había robado su esencia?, ¿o quizá en lo sencillo que sería rendirse a esos poderes de la forma en la que Adrián insistía en que debían hacerlo?

—¡Basta de tonterías! —le gritó Adrián. Parecía a punto de perder los estribos. De pronto se sosegó y respiró hondo antes de hablar—: Es normal que estéis confusos, todo esto es nuevo para nosotros. Hemos cambiado tanto que ya no somos ni siquiera hu...

—¿El fuego? —le interrumpió Bruno—. ¿Dices que eres el fuego? —su rostro y su voz volvían a ser tan inexpresivos como antaño, pero se intuía en su mirada un brillo que Héctor nunca había visto antes. Adrián no respondió a la pregunta. Se limitó a mirarlo con los ojos entrecerrados—. Está bien... —continuó Bruno, y la frialdad de su comportamiento no presagió lo que estaba a punto de ocurrir—: Arde —anunció.

Alzó el báculo, gritó tres palabras y el mundo se volvió loco.

—¡No! —gritó Héctor, pero ya era inútil intentar detenerlo.

Un lanzazo de luz salió despedido de la punta del báculo hacia Adrián. El muchacho dio un grito y con un giro brusco de muñeca desvió el haz de energía antes de que él saliera despedido hacia atrás y el trallazo de luz hacia arriba. Adrián chocó

contra una columna y su propio impulso lo hizo rebotar hacia delante mientras el relámpago de Bruno se estrellaba contra el techo. Una de las espadas de Adrián pareció saltar por voluntad propia de la vaina a su mano.

—¡No quiero esto! —chilló—. ¡No quiero luchar contra vosotros! —y había verdadera angustia en su voz.

—¡Déjate llevar! —le replicó Bruno lanzando una nueva descarga de energía que Adrián desvió con un golpe de espada y un contrahechizo apresurado.

—¡El dragón! —gritó Natalia.

Héctor se giró a tiempo de ver cómo la enorme bestia se levantaba en el mismo instante en que Bruno, enloquecido, se abalanzaba hacia Adrián. El dragón avanzó a la carrera, agitando su cabeza de un lado a otro. Héctor desenfundó la espada mientras se preguntaba cómo iba a sobrevivir a semejante locura. El sótano se llenó con los gritos de Adrián y Bruno, enzarzados en su duelo mágico, y los gritos de Natalia dando órdenes a las sombras.

El fuego de las fauces del dragón se avivó y de algún punto bajo su pecho llegó un sordo bramido. Estaba preparando su ataque, comprendió Héctor, pronto expelería un torrente de llamas. Por una fracción de segundo, el dragón desapareció de su vista cuando las onyces se interpusieron entre el monstruo y él. Un pandemonio de garras y colmillos de niebla negra se abatió sobre la criatura. El dragón bramó y se alzó sobre sus cuartos traseros, encorvado para no tocar el techo. Hizo pedazos a uno de sus atacantes con su garra derecha y partió a otro en dos de un mordisco antes de dejarse caer de nuevo a cuatro patas. A continuación proyectó su inmensa cabeza hacia delante, abrió la boca todo lo que daban de sí sus mandíbulas y lanzó un chorro de llamas en dirección a Bruno.

Héctor actuó por impulso. Desplegó sus alas y dándose media vuelta se interpuso en la trayectoria del fuego. La potencia de la llamarada estuvo a punto de derribarlo. Sintió una oleada de intenso calor y un dolor lacerante extendiéndose por su cuerpo. Se giró de nuevo cuando el chorro de llamas cesó. La espalda le dolía a rabiar, pero las alas, que habían recibido de lleno el impacto del fuego, no parecían haber sufrido daño.

Tenía al dragón a menos de un metro de distancia, rodeado de sombras que saltaban sobre él, le arañaban y se batían en apresurada retirada. Héctor lanzó un mandoble brutal contra el costado del monstruo. Fue igual que golpear un muro. La espada rebotó contra las escamas sin causar daño y Héctor retrocedió desequilibrado envuelto en onyces que iban y venían. La criatura escupió un nuevo latigazo de llamas, esta vez en dirección a los seres que la acosaban. El fuego trazó un espectacular arco en las alturas del que pocas sombras lograron escapar; la mayoría se desintegró bajo la llamarada, aullando de dolor.

Bruno y Adrián prestaban poca atención al dragón, sumidos ambos en una

extraña danza hecha de resplandores y destellos, hechizos y contrahechizos. Héctor desconocía qué tipo de magia usaban, pero algo en sus poses y gestos le dejó claro que era Bruno quien llevaba la iniciativa. De pronto, el dragón dejó de lado a las sombras y cargó contra el demiurgo.

El italiano invocó una racha de fuerte viento que desplazó a Adrián hacia atrás y luego se encaró hacia el monstruo. Dibujó un rápido pentagrama con la mano izquierda mientras señalaba con la derecha hacia una columna caída. La columna se alzó entre crujidos y baldosas arrancadas y salió despedida hacia el dragón. Este, sin detenerse, la hizo trizas de un soberbio testarazo y se arrojó sobre Bruno, envuelto en esquirlas de piedra, llamas, polvo y sombras que arañaban y mordían. Por un momento, Héctor perdió de vista a su amigo, pero luego lo vio ascender en el aire, atravesando intangible las fauces de la bestia.

Héctor echaba a correr de nuevo hacia el dragón cuando Natalia saltó sobre la espalda de Adrián desde lo alto de una columna truncada. La muchacha lo inmovilizó con brazos y piernas, se inclinó hacia delante y le puso una daga en la garganta. La hoja se hundió en la carne, no demasiado, pero sí lo bastante como para que brotara sangre. Adrián dio un grito y los ojos del dragón dejaron de perseguir los vuelos de Bruno y las onyces para fijarse en él.

Adrián estaba inmóvil, con el cuchillo en el cuello y una mueca perpleja en la cara. Héctor sabía que de haber querido, se habría librado con facilidad de Natalia, pero parecía demasiado sorprendido como para reaccionar.

—¿De verdad te parezco hermosa? —le preguntó la rusa.

—Mucho —respondió Adrián, jadeando—. ¿Vas a matarme?

De nuevo se escuchó aquella detonación sorda procedente del pecho del dragón que anunciaba una nueva llamarada.

—No lo sé —contestó ella—. Depende de ti. Dile a tu perrito que se calme o te abro la garganta. Sin trucos ni magia, por favor.

Adrián miró al dragón y, aunque sus labios no pronunciaron palabra alguna, su mirada bastó para que el monstruo se detuviera. Retrocedió dos pasos y se agazapó en el suelo, con los ojos fijos en Adrián y Natalia. Las sombras se retiraron a una orden de la muchacha.

—¿Así te parece bien? —le preguntó Adrián.

—Me parece perfecto —contestó ella. De pronto la rusa se tensó. Entornó los ojos y se mordió la comisura de los labios. Por un instante, un instante que se hizo eterno, pareció decidida a degollar a Adrián y algo dentro de Héctor, algo oscuro y terrible, deseó que lo hiciera, aunque supiera que eso significaría tener que enfrentarse a la furia del dragón. Se sintió asqueado consigo mismo, pero no pudo evitar que una parte de él disfrutara con la perspectiva de que todo terminara en una matanza.

Finalmente, Natalia se apartó de Adrián. Lo hizo con brusquedad, como si



quisiera apartarse cuanto antes, no de él, sino de la tentación de cercenarle el cuello. La muchacha se retiró el pelo de la frente de un manotazo y en ese instante Héctor pudo ver que la hoja del cuchillo había comenzado a fundirse. La hoja derretida comenzó a fluir sobre la empuñadura como mantequilla deshecha. Natalia arrojó el arma lejos antes de que le quemara la mano.

Adrián se giró despacio, frotándose la garganta. La sangre manaba lenta del arañazo y el gesto la esparció por su cuello. Bruno avanzó hacia él, dispuesto quizá a retomar la lucha, pero Héctor se apresuró a detenerlo. Le puso una mano en el pecho y le empujó hacia atrás.

Adrián contempló la sangre que manchaba su mano. Cuando habló lo hizo con voz estrangulada:

—¿Esto era lo que queríais? —preguntó. Nadie contestó—. Venís aquí... Mis queridos amigos vienen aquí y me insultan, me llaman monstruo, me escupen a la cara y luego... —les mostró la palma ensangrentada—, me atacan... Mis amigos. Mis propios amigos. Han intentado matarme. ¿Y se atreven a llamarme monstruo a mí!?

—Yo no... —comenzó Bruno.

—¡Marchaos! —aulló Adrián. Se enderezó y los fulminó con la mirada. Las llamas que corrían por su piel se avivaron, pero más impresionante resultaba la rabia que ardía en sus ojos—. ¡Fuera! —gritó. El dragón desnudó sus colmillos—. ¡Apartaos de mi vista antes de que olvide que fuimos amigos! ¡Marchaos o no habrá magia ni puñal que me impida reduciros a cenizas!

—Adrián... —comenzó Natalia.

—¡Fuera! —la cortó el muchacho y señaló hacia la puerta del sótano con la mano envuelta en fuego. El dragón comenzó a levantarse.

Héctor cruzó una mirada con sus compañeros y asintió. No tenían nada que hacer allí. ¿Y a fin de cuentas para qué habían acudido al anfiteatro? Sabían que ya era tarde para salvar a las hienas de Caleb. ¿Intentaban acaso salvar a Adrián de sí mismo? Si esa había sido su intención, no habían hecho nada por conseguirlo, más bien al contrario. Bruno echó a andar hacia la puerta, con los labios fruncidos en una expresión inidentificable. Al verlo pasar a su lado, Héctor se preguntó si no habrían acudido allí simplemente para ver qué les deparaba el futuro. Siguió a su amigo y Natalia, tras un momento de duda, fue con ellos. Ninguno miró atrás.

—Fuera... —escucharon repetir a Adrián cuando salían. Ya no había rabia en su voz, sólo la fragilidad de alguien que parece a punto de romper a llorar. Pero quizá hasta esa muestra de humanidad no fuera más que un espejismo provocado por la acústica del anfiteatro, el murmullo de la lluvia o la simple necesidad de creer que todavía quedaba esperanza para Adrián y para ellos.



Dama Desgarro bajó la escalinata del Panteón Real y echó a andar por el camino embarrado, a grandes pasos, con su corazón marchito encogido más que nunca en el pecho. Los muertos continuaban con sus charlas, más delirantes si cabe desde que la Luna Roja había aparecido, pero ni dama Desgarro les prestaba atención ni ellos parecían tener interés en ella. La lluvia que se colaba por sus cicatrices pronto le provocó una desagradable sensación de pesadez, una sensación acorde con su ánimo. Ya no quedaba nada de la alegría que había sentido con la Luna Roja. Habían bastado tres palabras para hacerle perder toda esperanza:

—Lo sé todo —le había anunciado Esmael, oculto en una esquina en sombras en la mismísima entrada del Panteón Real. Dama Desgarro apenas distinguió su silueta cuando miró hacia allí, con la mente todavía rebotando de las imágenes que le mostraba su ojo izquierdo desde el pico del pájaro—. Sé que Mistral asesinó a uno de los cachorros para ocupar su lugar. Sé que Denéstor sabía que el cambiante estaba contaminando la cosecha y aun así lo permitió, si no fue el propio demiurgo el instigador de tamaño sacrilegio —cada una de las palabras del ángel negro resonaba en su imaginación como los martillazos que hundían los últimos clavos del ataúd de Rocavarancolia—. Y aunque ahora mismo no puedo probarlo estoy convencido de que tú también estás implicada en la conspiración —añadió Esmael—. Y si no es así, si me equivoco y resulta, oh, sorpresa, que no tienes nada que ver, bueno, eso en esencia no cambia nada, ¿verdad? La cosecha está mancillada y sabes lo que eso significa.

Dama Desgarro sintió extenderse una execrable frialdad por su interior. ¿Así era cómo terminaba? ¿Ahora que estaban a las puertas de conseguirlo, venía Esmael a echarlo todo a perder? El destino no podía ser tan cruel.

—No sé de qué estás hablando —le aseguró con una firmeza que ni de lejos sentía. Los ojos del ángel negro fulguraban en las sombras—. Y no me interesa oír tus desva...

—Debería interesarte, querida, debería interesarte mucho —guardó un instante de silencio antes de continuar—: Porque sabes tan bien como yo lo que implica la traición de Mistral. Si lo delato, el regente ordenará la ejecución de los cachorros de Denéstor, y ése, sin duda, será nuestro final. Pero hay algo que puede impedir que dé ese paso, hay algo que puede comprar mi silencio —Dama Desgarro supo a lo que se refería aun antes de que hablara—: Renuncia a tus aspiraciones de ser regente —le pidió—. Habla al consejo y renuncia a ocupar el puesto de Huryel. Deja que sea yo quien dirija esta nueva Rocavarancolia y los niños vivirán...

—¿Dirigirla? ¿Tú? ¿Y hacia qué abismo piensas conducirnos? —estuvo a punto de

soltar una carcajada, pero se contuvo a tiempo—. No —sacudió la cabeza con tal fuerza que las cicatrices de su cuello se abrieron y cerraron—. Me niego a creer tamaña insensatez, me niego a creer que prefieras ver Rocavarancolia destruida a que yo sea regente.

—Contigo al mando, Rocavarancolia también estaría perdida, con niños o sin ellos. Prefiero un final digno a una agonía inmerecida en manos de una inepta. ¡Por todos los infiernos, mírate! No tienes las condiciones necesarias para gobernar. Eres patéticamente blanda, tu capacidad de liderazgo es nula, no sabes hacerte respetar y lo único que inspiras es lástima. Ni siquiera deberías ser comandante de los ejércitos del reino. Si ostentas este cargo es porque todos los que te superaban en escalafón han muerto. No puedes ser regente, dama Desgarro. Y ahora menos que nunca.

Ella miró con desprecio a la esquina en sombras, más si cabe porque ideas semejantes a aquellas, si bien expresadas de forma no tan cruda, eran las que pasaban por su mente siempre que consideraba la posibilidad real de ponerse al cargo del reino. La regencia le venía grande, lo admitía. Pero también estaba segura de otra cosa: el ángel negro era todavía menos adecuado que ella para el cargo.

—Y tú sólo sirves para matar —le dijo, e intentó que en cada sílaba de cada palabra quedara patente el desprecio que sentía por él—. Y hasta tú lo verías si no estuvieras tan pagado de ti mismo... Contigo todo sería dolor, todo sería muerte y oscuridad.

—Si fuera tal y como me describes, ¿estaría aquí ofreciéndote este trato?

—¿Trato? —dama Desgarro soltó una carcajada—. ¡No me estás ofreciendo ningún trato! Me estás chantajeando.

Esmael se echó a reír.

—¿Ves lo equivocada que estás? Esto no es chantaje: es política —dio un paso al frente y salió de las sombras. Y verlo emerger de pronto de la oscuridad, bello y salvaje, fue estremecedor. «Los monstruos no deberían ser hermosos», pensó dama Desgarro. «Los monstruos deberían ser como yo. O como dama Araña»—. Quiero el poder —siseó Esmael—. Quiero Rocavarancolia. Apártate de mi camino y sobreviviremos, sigue empeñada en interponerte y será el final para todos.

—¿Y si pienso igual? —le espetó ella—. ¿Y si prefiero el final antes a ver qué Rocavarancolia puede construir un loco como tú?

Esmael la evaluó con la mirada, tratando de averiguar si dama Desgarro hablaba en serio. Estuvo tentado de compartir sus sueños con ella, de hablarle de la Rocavarancolia que tenía en mente. Una ciudad que se cimentaría sobre el legado de Sardaurlar y el resto de reyes conquistadores, y que, tarde o temprano, ocuparía el lugar que se merecía en el engranaje de la creación. Él no pensaba cometer los errores de sus predecesores; no, no pensaba dejarse cegar por la ambición, como había hecho Sardaurlar, cuando fue doblegando mundo tras mundo, sin asentar realmente su

dominio en ninguno de ellos. Todo sería diferente con él al mando. Quizá no viviera para ver la Rocavarancolia que soñaba, pero sus sucesores sabrían sin ningún género de dudas que había sido él quien había sembrado la semilla de la futura grandeza del reino.

—Recapacita bien tu respuesta —le advirtió—. Y para que tengas una nueva muestra de mi crueldad, voy a darte tiempo de sobra para que lo hagas. Tienes hasta la última noche de Luna Roja para pensártelo. Antes de que se ponga la luna querré tu respuesta y obraré en consecuencia —ése era exactamente el plazo que se había dado a sí mismo para encontrar al asesino del demiurgo. La renuncia de dama Desgarro le abriría el camino hacia la regencia, y la cabeza del asesino de Denéstor despejaría todas las dudas que cualquiera pudiera tener sobre su validez como dirigente.

—¿Y si Huryel muere antes de que acabe el plazo? —quiso saber ella. Faltaban casi cuarenta días para que la Luna Roja abandonara Rocavarancolia y en ese tiempo podían suceder muchas cosas.

—Mi plazo morirá con él —contestó Esmael—. Lo primero que deberás hacer a su muerte será anunciar tu renuncia o no me dejarás más alternativa que desvelar los tejemanejes de Mistral y Denéstor ¿Está claro?

Por desgracia para ella lo estaba. O la extinción o el horror. Esas eran las únicas alternativas que le dejaba Esmael.

—Si estás tan seguro de que eres tú quien debe tomar las riendas de Rocavarancolia... —comenzó dama Desgarro, mirando con los ojos entornados al ángel negro—, ¿por qué conformarte con ser un simple regente? Si es tu destino, ¿por qué no das un paso adelante y te sientas en el trono?

—Te aseguro que tarde o temprano lo haré —le dijo.

—Daría mi vida por verlo.

Esmael sonrió aviesamente.

—Ten cuidado con lo que deseas —y nada más decir eso, dio media vuelta, desplegó sus alas y de dos potentes sacudidas se alzó en la noche, dejándola perpleja y furiosa.

Su deambular sin rumbo por el cementerio la llevó al mausoleo donde reposaban los restos de Rachel. Los muros de telaraña se habían apelmazado por las fuertes lluvias y la torre había perdido consistencia, ahora parecía más un cono de engrudo que una verdadera torre, pero la construcción de dama Araña seguía cumpliendo su cometido de impedir que el agua llegara al sepulcro de la niña. Dama Desgarro apretó con tal fuerza los puños que sus uñas le desgarraron las palmas.

¿Y si se habían equivocado al ayudar a los cachorros? Las leyes sagradas habían sido uno de los principales pilares de Rocavarancolia durante siglos y, de ellas, la que prohibía interferir en la cosecha, una de las más importantes. Tanto como para que sólo en última instancia, cuando ya se veían abocados al final, se hubieran atrevido a

quebrantarla. ¿Pero y si habían cometido un error al hacerlo?

Se preguntó qué habría ocurrido si Mistral y ella no hubieran ayudado a los muchachos y lo evidente de la respuesta la desalentó todavía más. Sin ellos, sin su interferencia, la mayoría habría muerto en sus primeros días en Rocavarancolia y el resto no habría tardado en seguirlos. ¿Pero y si eso era lo que debía ocurrir? ¿Y si ése era su destino y al rebelarse contra él sólo habían logrado empeorar la situación? ¿Acaso sería Esmael el precio que debían pagar por interferir? ¿Sería la Rocavarancolia del ángel negro el fruto de su traición? Recordó que en alguna parte, en un libro de historia antigua quizá, había leído que una cosecha contaminada podía llegar a mancillar el alma del reino. Dama Desgarro resopló, llena de dudas. En torno a ella, los enterrados del cementerio hablaban sin parar de tiempos pasados, de guerras legendarias, de las traiciones que los habían conducido a la tumba, de los amores que dejaron atrás...

Dama Desgarro se giró para dar la espalda al mausoleo de Rachel y justo entonces algo explotó en su cabeza. Fue un estallido de dolor puro que esparció relámpagos de hielo por su cerebro. Retrocedió entre alaridos. Tropezó y cayó al suelo. Su brazo izquierdo se desprendió del hombro, su cadera derecha se abrió en canal y su cabeza salió dando tumbos.

La cuenca vacía le latía con fuerza y a cada latido el dolor se redoblaba. Los dedos de la mano perdida se crisparon en el suelo mientras comenzaban a arrastrar penosamente el brazo hacia el cuerpo del que se había desprendido. La agonía no le dejaba pensar. Su ojo izquierdo, algo le había sucedido a su ojo izquierdo; algo terrible, definitivo. Lo último que había podido ver a través de él era una panorámica de Rocavarancolia vista desde la azotea donde el pájaro estaba posado, luego una sombra súbita se había cernido sobre el ojo y el ave, y cuando ésta se disponía a escapar, todo había terminado. Dama Desgarro intentó dar con el cauce de comunicación que mantenía siempre abierto entre su mente y el pájaro, pero allí tampoco había nada, era como buscar a tientas en un túnel anegado de oscuridad. Lo que había destruido su ojo había terminado también con el regalo de Denéstor.

Dama Desgarro, despedazada en el cementerio, gritó bajo la lluvia.

\* \* \*

Hurza se relamió en las alturas mientras se sacudía de las manos las esquiras metálicas del pájaro que acababa de destruir. El ojo de dama Desgarro sabía a musgo y a noche, a árboles cargados de lluvia y a cosechas agostadas. Había tenido la vaga esperanza de que devorarlo le hubiera concedido algún tipo de enlace con ella, semejante al que mantenía con los criados del castillo, pero lo único que había

logrado era un puñado de recuerdos fragmentarios. Daba igual. No era conveniente que aquel ojo anduviera a sus anchas por los cielos. Además, aquella noche, por primera vez desde su resurrección, había acabado con una vida sin concederse el placer de saborear los ojos de su víctima, así que se tomaba aquel bocado imprevisto como una suerte de compensación que el destino había tenido a bien concederle.

El primer Señor de los Asesinos de Rocavarancolia voló hasta el ventanal donde había dejado, a resguardo de la lluvia, la cabeza de Alastor. El inmortal sólo consiguió verlo cuando apenas le faltaban dos metros para llegar a la ventana; ésa era la distancia mínima a partir de la cual era efectivo el hechizo de opacidad que convertía a Hurza en una sombra brumosa en mitad de la lluvia. A los ojos de Alastor fue como si Hurza acabara de materializarse ante él y, para vergüenza del inmortal, la impresión le hizo soltar un gritito de sorpresa muy poco digno.

Alastor había aceptado sin dudar la propuesta de Hurza y no se arrepentía de ello, ni siquiera después de ver cómo mataba a dama Moreda. De hecho, en su opinión, la arpía era la única responsable de su muerte. Era ella quien, en un arrebato de estupidez, había atacado a Hurza. A Alastor le había sorprendido la furia con la que la arpía se había abalanzado sobre él, completamente enloquecida, fuera de sí, pero nada había podido hacer contra el hechicero. Hurza esquivó su embestida para luego quebrarle el cuello al mismo tiempo que le hundía la espada recién desenvainada en el estómago. Dama Moreda cayó al suelo, desmadejada y rota, con la cabeza en un ángulo imposible y las alas retorcidas. El inmortal sintió una punzada de congoja al contemplar cómo el brillo de los ojos de la mujer se apagaba.

—Yo no te pedí que me amaras —le susurró Alastor. Lo que le dolía no era la muerte de dama Moreda, lo que realmente le apenaba era que con su fallecimiento había muerto la devoción que ésta le profesaba.

Hurza, por una vez, no había hecho honor a su sobrenombre y había dejado los ojos de la arpía intactos en su rostro. No dudaba de que tanto los poderes proféticos como los recuerdos de su víctima habrían podido serle de utilidad, pero dama Moreda estaba loca y no quería arriesgarse a que se le contagiara su demencia.

El nigromante tomó la cabeza de Alastor entre sus brazos, luego echó a volar, paladeando aún el sabor a otoño cansado del ojo de dama Desgarro. Levantó la mirada y contempló la gigantesca Luna Roja. Hurza sonrió. En el ecuador se distinguían con claridad los desgarros que había provocado Harex en su superficie. Sí, su hermano siempre había sabido dejar huella. Y pronto volvería a caminar por Rocavarancolia, vistiendo un cuerpo nuevo.

En pocos días la última cosecha de Denéstor Tul alcanzaría la madurez; pronto sus cambios serían completos. En un principio en sus planes sólo habían tenido cabida el ángel negro y la vampira, pero las cosas habían cambiado cuando el piromante despertó al dragón. El muchacho se había vuelto, de pronto, sumamente interesante,

un valor a proteger: no quería correr el riesgo de que su muerte descontrolara a esa magnífica bestia.

Aquella criatura sería un regalo de bienvenida perfecto para su hermano. Harex, el fundador de Rocavarancolia, el primer monarca del reino, el asesino de hechiceros, regresaría de entre los muertos montado a lomos de un dragón resucitado.

## IV

# El despertar

Bruno sacó a Caleb de su sopor con un toque leve en la frente. El hombrecillo se incorporó de golpe en el butacón donde el italiano le había dormido y miró alrededor, desorientado. Su cabellera enmarañada y la larga barba le daban el aspecto de alguien que ha pasado décadas sumido en un profundo sueño. Un repentino brillo de espanto en su mirada dejó claro que acababa de recordarlo todo. Tomó a Bruno por los hombros y comenzó a sacudirlo sin dejar de llorar y preguntar a gritos por sus niños.

—Lo lamento —contestó el italiano, abatido—. Llegamos tarde. No pudimos hacer nada.

Caleb dejó de zarandearlo. Se quedó rígido un instante, con las manos crispadas y el rostro convertido en una máscara desesperada. A continuación se apartó de Bruno, asintió despacio y se levantó del butacón.

—¿Lo matasteis? —quiso saber, ansioso—. ¿Matasteis al monstruo?

—¿Al dragón? —preguntó Bruno.

—No. Al niño horrible, al asesino del fuego... ¿Acabasteis con él?

—No, no lo hicimos. —Fue Natalia quien contestó—. Discutimos, peleamos, pero no fuimos más allá...

—Hay que matarlo —insistió Caleb—. Hay que matar al monstruo —los miró uno por uno, sin dejar de asentir, como si pretendiera contagiarles con ese gesto de la urgencia de su afirmación—. Debe morir. Por lo que hizo. Por lo que es... ¡Debe morir!

—No podemos hacer eso —comenzó Héctor—. Queramos o no, Adrián es de los nuestros. Matarlo no es una opción —tenía un nudo en la garganta. ¿Acaso no era lo que habían intentado hacer en el anfiteatro?

—Mató a mis niños... —se quejó Caleb con el tono de voz de un muchacho resentido al que llevan la contraria.

—Y no sabes cuánto lo sentimos —le aseguró Héctor—. Pero aquí nadie va a matar a nadie —otra vez resonaron en su mente las palabras de dama Moreda.

Caleb asintió de nuevo, con más decisión si cabe. Pero no era, por supuesto, para aprobar las palabras de Héctor sino para reforzar la decisión que acababa de tomar:



—Lo matará Caleb —anunció. Y echó a andar hacia la puerta. Las piernas le temblaban tanto que tuvo que apoyarse en todos y cada uno de los muebles que encontró a su paso—. Lo hará Caleb, sí... —iba diciendo—. Él matará al niño del fuego.

Natalia se echó a reír y su risa fue tan cruel que Caleb se giró hacia ella tan sorprendido como si le acabaran de abofetear.

—¿Y cómo piensas matarlo? —le preguntó la joven con sorna—. ¿Silbarás con tu silbato hasta que muera? —soltó otra carcajada. Y aunque en aquel momento no había ni una onyce a la vista, el torreón se llenó con el murmullo de sus risas.

Caleb sacudió la cabeza, vacilante. Alzó la mano hacia el silbato que le colgaba de la cuerda anudada al cuello, sin llegar a tocarlo. Ya nadie acudiría a su llamada. No era más que un pedazo de madera inútil; madera muerta. Intentó sin éxito contener las lágrimas.

—Yo... —murmuró—. Caleb no sabe cómo matará al monstruo... Pero sabe que no puede vivir si él vive. Uno de los dos debe morir. Si muere el monstruo, mis niños serán vengados; si es Caleb quien muere, será feliz porque se reunirá otra vez con ellos.

Se irguió, asintió de nuevo y salió del torreón, dejando la puerta abierta a su espalda.

—Pobre desgraciado —dijo Natalia cuando el eco de sus pisadas quedó oculto por el bramar del viento—. Adrián lo va a hacer pedazos.

—¿Y si hablamos con él? —propuso Bruno—. Si está avisado quizá pueda manejarlo sin hacerle daño.

—¿Crees que nos va a hacer caso después de lo que ha pasado? —le preguntó Natalia. Bruno masculló algo ininteligible mientras se dejaba caer en una silla. Parecía hundido—. Olvídalo —dijo ella—. Si Caleb se le acerca, Adrián no se lo va a pensar dos veces: lo matará.

—¿Eso piensas? —preguntó Héctor—. No estamos hablando de hienas o de monstruos que arden. Estamos hablando de un ser humano. ¿De verdad crees que será capaz de matarlo? —le resultaba difícil imaginar que Adrián pudiera cruzar esa línea.

—Pregúntaselo al tipo de los tejados —contestó ella—. Cuando salía a buscarlo no era precisamente para invitarlo a tomar el té. Esta ciudad sabe cómo sacar lo peor de la gente. Fíjate en nosotros y lo diplomáticos que hemos sido con Adrián. Le hemos saltado al cuello sin pensarlo dos veces.

—No quería matarlo —dijo Bruno, apesadumbrado, mientras sacaba los dos hombrecillos de madera de un bolsillo y los depositaba sobre la mesa—. Quería darle una lección, pero de pronto todo se me escapó de las manos.

—No fue sólo a ti —dijo Natalia—. Tenía el cuchillo en su cuello y sólo podía

pensar en lo mucho que me gustaría ver correr la sangre...

Héctor se dejó caer en el mismo butacón en el que había estado tumbado Caleb; tuvo que desplegar las alas sobre la cabeza para que no le molestaran.

—Es la Luna Roja —murmuró mientras contemplaba la mano negra en la que terminaba su brazo derecho—. Nos cambia por dentro y por fuera...

—Tú también te estás volviendo oscuro —comprendió Natalia.

—A veces la furia me consume —confesó—, me roe por dentro —soltó un gruñido. Resultaba complicado poner en palabras aquellos sentimientos—: Es como si estuviera lleno de tinieblas y quisieran tomar el control.

—¿Y si sólo estamos retrasando lo inevitable? —Natalia lo miró fijamente—. ¿Y si luchar es inútil?

—¿De verdad crees eso? —preguntó Héctor. La idea era aterradora. No quería convertirse en un títere de las circunstancias, se negaba a que la sombra oscura que crecía en su alma lo dominara.

—Sí... —la rusa se encogió de hombros y suspiró—. No. No lo sé. Todo esto me confunde, ¿vale? Pero piénsalo un momento, ¿de verdad sería tan trágico ceder a lo que llevamos dentro? ¿Si la oscuridad habita en nuestro interior por qué luchar contra ella?

—¿Te arrepientes de no haberle cortado el cuello?

—No me arrepiento —contestó ella con rapidez. Había limpiado con los dedos la suciedad incrustada entre las losetas del suelo y ahora dibujaba una curva oscura en su pómulo derecho—. Por ahora —añadió—. Pero no has respondido a mi pregunta: ¿sería tan malo dejarse llevar?

—Lo sería.

—Es una batalla perdida —intervino Bruno y su voz sonó tan fría como antaño—. Seremos lo que la Luna Roja quiera que seamos y no podremos hacer nada para remediarlo.

—Me niego a creerlo —insistió Héctor—. Soy lo que soy, con Luna Roja o sin ella. Eso no va a cambiar. Para perder una batalla primero hay que lucharla. Y ésta todavía no ha terminado.

—Pero el resultado será... —Natalia se interrumpió de pronto. Se llevó un dedo a los labios para pedir silencio y miró en dirección a la escalera, alerta. No había transcurrido ni un segundo cuando un jirón de tinieblas descendió por ella—. Es Marina —anunció mientras se levantaba; nada más oír aquel nombre, el corazón de Héctor se disparó—. Ha despertado.

\* \* \*

Marina estaba encorvada en la puerta de la habitación. Se cubría los ojos con una mano mientras con la otra se aferraba a la pared. Parecía tan débil que Héctor se preguntó cómo se las había ingeniado para llegar allí desde la cama. La muchacha miró hacia ellos en cuanto escuchó sus pasos, aunque ni por un instante se apartó la mano de la cara.

—¿Chicos? —preguntó con un hilo de voz que dejó claro que estaba al borde de un ataque de nervios. Las ascuas rojas flotaban a su alrededor como una quieta llovizna de sangre.

—Somos nosotros, tranquila —anunció Bruno. El italiano era otra vez víctima de sus emociones y se acercaba a ella desbordado por las lágrimas. En cuanto Marina fue consciente de su proximidad, se soltó de la pared, se abrazó a él y enterró el rostro en su pecho. Héctor sintió una insensata punzada de celos y se preguntó cuántos monstruos moraban en su interior.

—¿Por qué hay tanta luz? —preguntó la joven; temblaba de pies a cabeza. Héctor miró alrededor, confuso. El pasillo estaba en penumbra.

—¿Marina? —preguntó mientras daba un paso en su dirección. Tenía el corazón en un puño—. ¿Estás bien?

—¡Héctor! —exclamó ella al oírle hablar. Levantó la cabeza para mirarlo, con los ojos prácticamente ocultos tras la mano inclinada. Y aunque no pudo distinguir su mirada con claridad, algo en ella, un chispazo rojo que antes no había estado allí, le hizo sentir una angustia terrible—. ¡Has despertado! ¿Pero dónde estás? ¡No te veo!

—Estoy aquí —no hubo ni un ápice de firmeza en sus palabras. Sentía como si el andamiaje del mundo se estuviera desmoronando a su alrededor, como si la realidad entera se fuera desarmando poco a poco para adoptar una nueva forma, horrible, dantesca. La atmósfera del torreón rebosaba malos presagios.

Marina se apartó de Bruno con los ojos cerrados y alargó una mano hacia Héctor, tanteando el vacío en su búsqueda.

—Estás vivo... —dijo, ajena a su desasosiego, ajena a la mirada inquieta de Bruno y al semblante sombrío de Natalia—. Sabía que lo conseguirías. Estaba segura...

Él la tomó de la mano y a punto estuvo de soltarla al notar su frialdad. Ni el cadáver de Rachel había estado tan frío. Dudó si abrazarla o no y, en ese instante de vacilación, perdió la oportunidad de hacerlo.

—La luz duele... —murmuró Marina—. ¿Podéis apagarla?

Natalia hizo un gesto y sus sombras se dejaron ver de nuevo. La mayoría había adoptado la forma de murciélagos grotescos, de grandes alas y cabeza deforme. Y fue al verlas con ese aspecto cuando Héctor supo en qué se había transformado su amiga. La frialdad de la mano que sujetaba se expandió por su ser como una corriente helada que congelaba todo a su paso: corazón, cerebro, pensamiento y alma. En su mente se vio a sí mismo subiendo la escalera del faro, al igual que el naufrago, sólo que él no

llevaba un arpón sino una estaca. Aquella visión le hizo soltar bruscamente la mano de Marina.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, asustada al verse otra vez sola. De nuevo, Héctor tuvo un atisbo del resplandor sangriento en su mirada—. ¡¿Qué pasa?! ¡¿Por qué hay tanta luz?!

A una orden de Natalia las sombras los rodearon como si de un cortinaje vivo se tratara. La única luz que quedó en el pasillo fue la de las ascuas que flotaban por doquier y que, a ojos de Héctor, se asemejaban más que nunca a una llovizna de sangre. Retrocedió un paso. Marina apartó al fin la mano de su rostro, pestañeó varias veces, abrió los ojos y los miró.

Héctor contuvo la respiración. Bruno, a su lado, emitió un sonido ahogado, una especie de silbido a medio atragantar. Los ojos de Marina habían cambiado tanto que eran irreconocibles. Sus ojos estaban repletos de oscuridad, de una negrura tal que parecía rebosar de sus párpados; sus iris eran dos círculos de color rojo brillante, sus pupilas dos pozos de tinieblas.

—Tus ojos —musitó Héctor y en esas dos palabras puso todo el horror y toda la angustia que había acumulado desde el instante en que había despertado en Rocavarancolia. Esos ojos representaban el fin de toda esperanza.

—¡¿Qué les pasa a mis ojos!? —chilló Marina, angustiada—. ¿Qué soy? ¡¿En qué me he convertido?! —se tocó la cara, pero su rostro era tal y como debía. De pronto se tensó—. ¿Qué tengo en la boca?

Se llevó una mano a los labios y al entreabrirlos pudieron ver sus dientes. Los colmillos superiores eran dos veces más largos que los inferiores, y descendían en vertical, afilados y rectos.

—¡¿En qué me he convertido?! —aulló, tan alterada que era incapaz de ver lo obvio.

—¡Marina! —Bruno, sin parar de llorar, intentó abrazarla, pero ella se revolvió con una fuerza endemoniada y lo apartó de un empujón. Y aun a pesar de su evidente debilidad, Bruno salió despedido y chocó contra la pared.

—¡¿Qué soy?! —gritó ella, furiosa. Sus ojos refulgían.

—Un vampiro —contestó Natalia, con una calma desconcertante, no exenta de crueldad—. Eso eres. Te has transformado en vampiro.

Marina la miró horrorizada.

—¡¿Qué estás diciendo?! —exclamó cuando logró sobreponerse a la tremenda impresión—. No, no, no... —sacudía la cabeza con cada negativa—. ¡Te equivocas! —se giró hacia Héctor—. ¡Dile que se equivoca! ¡Díselo! —le ordenó, pero lo único que consiguió de él fue estupor y silencio—. ¿Tú también? ¡No! ¡Bruno! —se giró hacia el italiano que lloraba desconsolado—. ¡Diles que es un error! ¡Diles que no soy...! Diles que... —se volvió de nuevo hacia Héctor, con la sorpresa en su rostro redoblada.

Había descubierto sus alas.

Marina retrocedió hasta chocar contra la pared. Héctor intentó acercarse, pero ella negó con la cabeza.

Algo cedió en el interior de la muchacha. Sus músculos se relajaron y toda la tensión de su cuerpo desapareció. Héctor no pudo precisar si era obra del agotamiento o de la resignación. Marina apoyó la espalda en la pared y se dejó resbalar por ella.

—¿Eso soy? ¿Una vampira? —preguntó con un hilo de voz—. Es imposible..., yo estoy viva —miró alternativamente a Héctor y a Bruno—. No estoy muerta; ¿no se supone que los vampiros...? —se llevó la mano a la garganta, buscando el pulso—. No, no... —lo buscó en su muñeca, en su pecho, cada vez más angustiada. No era sólo su temperatura lo que fallaba: no tenía pulso—. Estoy muerta —anunció al fin.

Natalia se acercó de dos zancadas, se acuclilló a su lado y le cogió la mano sin delicadeza para buscarle el pulso.

—Aguarda un instante... —dijo—. Me ha parecido sentir un latido —tras una larga espera cabeceó afirmativamente—. Sí ¡Otro! Están muy separados pero... Buenas noticias: estás viva... o algo parecido.

Marina se llevó la mano libre a la garganta y esperó junto a su amiga. Las dos asintieron a un mismo tiempo.

—¿Lo has notado? —le preguntó Natalia.

—Sí —dijo Marina—, pero apenas late —miró a Bruno que se había acuclillado ante ellas—. ¿Qué significa eso? ¿Tú lo sabes?

—Debo..., debo investigarlo —dijo él. Había dejado de llorar aunque los ojos todavía le brillaban—. No sé cómo ha afectado la Luna Roja a tu organismo pero no tardaré en averiguarlo. Tengo libros que tratan... que tratan de...

—Vampiros... —finalizó Marina. Alargó una mano y le acarició la mejilla húmeda—. Soy una vampira. Y tú estás llorando y Héctor tiene alas...

—Y una mano nueva —señaló Natalia mientras se incorporaba—. Y Adrián controla el fuego y ha despertado a un dragón.

Marina parpadeó aturdida. Se pasó una mano por la frente como si intentara limpiarla de sudor.

—No puedo creerlo —dijo—. Me niego a creer que esto esté pasando. Estoy tan cansada... —suspiró—. ¿Nunca más volveré a ver el sol? —se preguntó—. Viviré en las oscuridad y me alimentaré de sangre... —abrió los ojos, aterrorizada—. ¡Las mazmorras! ¡Debéis encerrarme antes de que haga daño a alguien!

—No harás daño a nadie —le aseguró Bruno.

—¡Lo haré! Yo... —de repente su rostro se iluminó—: Es un sueño —anunció—. Tiene que ser un sueño... Eso es —asintió con decisión y se levantó del suelo, ayudándose en la pared—. Nada más que un sueño. Sólo tengo que echarme un rato y

cerrar los ojos. Cuando los abra esta pesadilla habrá terminado y estaré de vuelta en casa. Marina echó a andar hacia la habitación. Héctor hizo ademán de ir tras ella, pero Natalia se lo impidió, cogiéndole del brazo.

—No —le susurró—. Tiene que hacerse a la idea de lo que le está pasando. Vamos a dejarla sola, ¿vale?

Héctor asintió aturdido mientras veía cómo Marina se dejaba caer en la cama, se aovillaba y cerraba los ojos. Luego siguió a la bruja, escaleras abajo, sin apartar la mirada de la habitación donde la nueva vampira de Rocavarancolia intentaba, en vano, despertar de un sueño que no era tal.



Valga Melquíades, el último dragonero de Rocavarancolia, aguardaba bajo la lluvia. Temblaba como un niño, y no era por el frío ni el aguacero, ni siquiera por el cansancio, era por la emoción de saber que, en esos mismos instantes, había un dragón a apenas unos metros de distancia. Hacía tanto tiempo que había perdido la esperanza de volver a ver uno vivo que la posibilidad de contemplarlo le llenaba de una alegría indescriptible.

Llevaba más de una hora vigilando el anfiteatro, a la espera de que el dragón y el piromante se decidieran a salir. En sus ansias por verlo había estado tentado de bajar al sótano, pero le bastó un solo vistazo a la rampa resbaladiza para darse cuenta de que no lograría llegar abajo, al menos no de una pieza. Optó por la prudencia y se sentó en una piedra a esperar.

El dragonero, a pesar de sus más de noventa años, se sentía un niño de nuevo, un niño al que le acaban de sorprender con el regalo que siempre ha deseado pero nunca se ha atrevido a pedir.

—Un dragón... —murmuraban sus labios amoratados de frío—. Hay un dragón en Rocavarancolia. Y podré verlo, sí, podré verlo...

Contuvo el aliento cuando al fin escuchó sus pasos, retumbando primero en el sótano y luego más amortiguados en la rampa. Valga Melquíades lo vio emerger bajo la lluvia, con las mandíbulas tiznadas de grasa y los ojos centelleantes. El dragonero se estremeció. Se llevó una mano al pecho e hizo un esfuerzo por tranquilizarse; a continuación, sacando fuerzas de flaqueza, se levantó de la roca.

«No lloraré», se dijo mientras echaba a andar hacia ellos. «Soy un dragonero. No recibiré a un dragón con lágrimas. No mancillaré el fuego con agua».

El muchacho no tardó en descubrirlo. Le observó aproximarse con curiosidad pero sin rastro de alarma. El dragón cabeceaba a su lado, satisfecho tras el festín; la lluvia no llegaba a tocarlo, se evaporaba a unos milímetros de su piel formando una

sinuosa, película de vapor a su alrededor.

Era un macho de buen tamaño que debía rondar ya el siglo de vida, y aunque ésa era una edad relativamente corta para un dragón de Transalarada, el tiempo transformado en piedra y las heridas lo habían avejentado terriblemente. Pero seguía siendo hermoso, tanto que si los dioses le hubieran arrebatado la vista en aquel instante, el dragonero habría aceptado su destino con la tremenda alegría de saber que lo último que iba a contemplar en vida iba a ser un dragón.

Cayó de rodillas ante el joven en cuanto llegó hasta él. Esa había sido su intención desde el principio, pero más que un gesto de reconocimiento fue una verdadera caída. Llevaba tres años sin salir apenas de los pequeños aposentos donde vivía, en una casona situada al norte de la cicatriz de Arax, y la larga caminata había agotado sus mermadas energías. Tardó unos instantes en articular palabra.

—Me llamo Valga Melquíades —se presentó, con la voz embargada de emoción—. Soy el último dragonero de Rocavarancolia. Me pongo a vuestro servicio y al servicio de vuestro animal.

El joven lo contempló con expresión huraña.

—¿De dónde diablos sales tú? —preguntó de mal cariz—. Hasta anoche esta ciudad era un cementerio y ahora no hace más que aparecer gente.

—Quedamos muy pocos —se apresuró a contestar él—. Apenas trescientos sobrevivimos a la guerra y más de la mitad han muerto desde entonces. No sé qué habrá empujado a salir al resto, puede que la Luna Roja o, quizá, como yo, sólo quieran ver al dragón.

—Yo lo desperté —dijo orgulloso.

—Y sólo por eso merecéis mi devoción —señaló él, mirando al fin al muchacho. Sí, era un piromante, no cabía duda. El brillo enloquecido, casi febril, de su mirada le recordó al instante a Arador Sala, el brujo que había incendiado buena parte de Rocavarancolia durante la última batalla—. Habéis hecho infinitamente feliz a un pobre anciano —aseguró—. Soy dragonero, como lo fue mi padre y el suyo antes que él. Los dragones han sido siempre mi vida. Y el enemigo nos los arrebató, los dioses los maldigan.

—¿Qué diablos es un dragonero? —preguntó el chico—. ¿Montabas en dragón o algo así?

Valga Melquíades notó cómo la sangre le subía a las mejillas. Negó con la cabeza. Sólo en sus sueños se había permitido imaginar que volaba en dragón.

—Nunca... nunca hubiera osado... —señaló—. Los dragoneros nos encargábamos de cuidarlos, sólo eso. Los manteníamos limpios y bien alimentados, con sus arneses siempre dispuestos. Sólo los bendecidos por la luna pueden cabalgar dragones. Yo, pobre de mí, sólo apaleaba sus excrementos y abrillantaba sus escamas. No hay criatura más maravillosa que un dragón. Ninguna. Ni los leviatanes de Ur

pueden compararseles... Ni siquiera los majestuosos unicornios de Alsabara.

El muchacho le dedicó una larga mirada. Valga Melquíades era consciente del aspecto deplorable que ofrecía a la vista. Los años le habían tratado mal y se había acabado convirtiendo en un anciano calvo, esquelético y desdentado; con el ojo derecho velado por cataratas. Para empeorar más aún su aspecto iba vestido con su uniforme de gala de dragonero, tan castigado por el tiempo como él mismo. Aquel uniforme había sido su orgullo y, a pesar de su estado, había querido ir al encuentro del dragón vistiéndolo.

—¿Y quieres ponerte a mi servicio, dices? —preguntó el piromante en tono dubitativo—. ¿Para cuidar mi dragón? No tienes pinta de poder cuidar de nada; ni siquiera de ti mismo. Mírate: eres viejo y estás enfermo.

—Soy viejo, sí; y no es la enfermedad lo que me ronda: es la muerte. Y moriré agradecido por haber visto de nuevo un dragón.

Continuaba de rodillas y hasta la última de sus articulaciones le dolía por mantener aquella postura tanto tiempo. Había esperado que el muchacho le pidiera que se levantara, pero a la vista de que no parecía tener intención de hacerlo, Valga Melquíades se levantó por propia iniciativa. Le costó conseguirlo, pero el chico no hizo amago de ayudarle. Cuando al fin logró recuperar la vertical, jadeante, continuó hablando:

—Pero que mi aspecto no os confunda —señaló—. Todavía puedo resultar útil. Mis manos y mis piernas tiemblan, pero mi cerebro sigue funcionando. Sé mucho de dragones, muchísimo.

De nuevo, el joven lo estudió con la mirada, aquella mirada de puro fuego.

—¿Sabes cómo curarlo? —preguntó mientras cabeceaba en dirección al dragón—. Lo he intentado pero mis hechizos no funcionan.

—Sólo la magia sanadora de alto nivel es capaz de curar a un dragón —dijo Valga—. Pero no hay por qué preocuparse. Acabará sanando por sí solo. Tardará tiempo, pero sus heridas se curarán.

—¿Volverá a volar?

—Por supuesto que volverá a volar —le aseguró—. Aunque puede que yo no llegue a verlo. La vida se me escapa y no hay magia, por poderosa que sea, capaz de curar la vejez que me desarma —le miró, y todo él, postura, voz y mirada, se convirtió en una súplica desesperada—. Por favor, piromante, permitidme permanecer con vos. Aún puedo preparar ungüentos que aceleren la curación del dragón, y aunque las manos me tiemblen nada me gustaría más que abrillantar sus escamas y masajear la carne para facilitar el brote de las nuevas...

—Piromante... —murmuró el joven. Ni siquiera parecía haber escuchado lo que le había dicho a partir de esa palabra—. ¿Eso soy?, ¿en eso me he convertido?

—Eso sois —contestó él—. La Luna Roja os ha bendecido con el poder del fuego.



Sois un piromante, un brujo de la llama y la ceniza. El primero que camina en Rocavarancolia tras la muerte de Arador Sala.

—¿Puedes contarme más cosas sobre mí? ¿Sobre lo que puedo hacer? —los ojos le brillaban con una luz nueva—. ¿Quién era ese Arador Sala? ¿Tenía un dragón como yo?

Valga Melquíades sonrió.

—Puedo contaros todo lo que queráis saber. He vivido noventa y tres años en esta ciudad y sé más cosas de las que podéis imaginar —asintió con decisión—. Os hablaré de piromantes, de dragones, de todo lo que se os antoje. Pero dejad que me quede junto a vos...

El joven hizo un movimiento ambiguo con la cabeza, algo que no terminaba de ser asentimiento ni negativa. Luego le dio la espalda y echó a andar. El dragón soltó un gruñido y lo siguió. Valga Melquíades se quedó inmóvil, absorto al contemplar cómo el dragón pasaba ante él. La sombra de la bestia lo envolvió como un sudario.

—Está bien, dragonero —dijo el piromante—. Acepto el trato. Me contarás todo lo que quiera saber y a cambio te dejaré jugar con la mierda del dragón.

## V

# El ansia

—La sangre lo es todo para un vampiro —dijo Bruno mientras pasaba las páginas del libro que tenía delante con la misma celeridad con la que su mirada se deslizaba por lo escrito—. Es lo que le da esencia y forma, y puede enloquecer si pasa demasiado tiempo privado de ella.

Estaban en la planta baja, con el italiano parapetado tras la mesa en la que había desperdigado los libros que había traído de arriba.

—No dudará en atacar a quien sea por obtenerla —continuó—, amigos, seres queridos, da igual, nadie estará a salvo si la sed lo ciega. Nadie —suspiró antes de añadir, abatido—: Nos va a dar problemas. Nos va a dar muchos problemas. Su naturaleza, su misma alma... han cambiado —explicó con voz temblorosa—. Ya no es la Marina que conocíamos.

Héctor, aturdido, se apoyó en un estante; se sentía alejado de todo y de todos. No podía apartar de su mente aquellos ojos cuajados de oscuridad.

—¿Nos puede convertir en vampiros si nos muerde? —preguntó Natalia.

Como siempre que ella preguntaba algo, Bruno se tomó su tiempo antes de responder:

—No funciona así, al menos no en Rocavarancolia —abrió otro libro y lo leyó durante unos instantes, con exagerada concentración—. La buena noticia es que ahora Marina podría hacer magia si quisiera, antes no era capaz por la sencilla razón de que su cuerpo no estaba preparado. Por lo visto los vampiros extraen de su sangre la energía necesaria para la magia —miró a Héctor fijamente—. No estaría de más tratar de encontrar algún libro sobre ángeles negros, ¿verdad?

Héctor hizo un movimiento con la cabeza que nada significaba. Aun a pesar de su aturdimiento sabía a qué se refería Bruno. El italiano obtenía la energía para la magia de la esencia vital que robaba, Marina de la sangre, Adrián del fuego y Natalia, probablemente, de aquellas siniestras sombras suyas. Era obvio que Bruno se estaba preguntando de dónde la conseguían los ángeles negros. No pensó mucho en ello; no era el momento.

—¿Entonces los vampiros son magos? —preguntó Natalia.

—Lo son. Pero muy limitados. Dependen exclusivamente de la energía que extraen de su corriente sanguínea y eso debilita mucho sus capacidades. Además existe otro problema: el proceso mediante el cual metabolizan esa energía es muy agresivo... de hecho destruye su sangre, los seca casi por completo. Por eso se ven obligados a alimentarse de sangre ajena.

—¿Hay algún modo de detener el proceso? —preguntó Héctor.

—Ninguno —contestó Bruno—. Su cuerpo lo realiza de forma automática. No se puede detener al igual que nosotros no podemos evitar que nuestro corazón lata — señaló el diagrama que ilustraba la página que tenía delante: un esquema de un cuerpo humanoide surcado por un entramado venoso; las únicas zonas coloreadas del mismo se situaban en el pecho y la cabeza—. Y aun así un vampiro nunca se vacía por completo. Por lo visto cuentan con reservas de emergencia situadas en el corazón y el cerebro. Esa sangre no circula por el cuerpo, se encuentra retenida en esos órganos y es lo que los mantiene vivos en tiempos de escasez.

—Por eso está tan fría... —murmuró Natalia.

—Y por eso para matar a un vampiro hay que clavarle una estaca en el corazón o cortarle la cabeza... —añadió Héctor. De nuevo se imaginó con una estaca en las manos, sólo que ahora no era la escalera del faro la que subía, sino la del torreón Margalar.

—Piensas en lo que te dijo la arpía, ¿verdad? —Bruno le observó con interés.

Él asintió de manera desganada. Pensaba en ello, sí, y en la advertencia de dama Desgarro que ahora cobraba una dimensión nueva. ¿Conocía aquella mujer cuál iba a ser el destino de Marina? Quizá. ¿Era de eso de lo que intentaba prevenirle? Lentamente Héctor fue volviendo en sí. Se había venido abajo al contemplar la transformación de Marina, pero necesitaba rehacerse; salir de aquel pozo. Respiró hondo. Se negaba a ceder a la fatalidad. No sin luchar.

—¿Con qué frecuencia necesitaría beber sangre? —preguntó.

—No lo sé —contestó Bruno—. De manera habitual, eso seguro. ¿Cuánta cantidad? Ni idea. Supongo que dependerá de la energía que consuma.

—¿Y si no consigue sangre, morirá? —preguntó Natalia.

—No, no morirá. Pero la sed la volverá loca.

—Os recuerdo que tenemos unas bonitas mazmorras justo aquí debajo — comentó la joven, ganándose una furibunda mirada de Héctor—. ¿Qué pasa? —preguntó—. Hasta ella misma lo ha dicho.

—No vamos a encerrarla —replicó él—. Encontraremos el modo de alimentarla, eso haremos. Rocavarancolia está plagada de alimañas. Cazaremos para ella si no puede hacerlo por sí misma.

—No funcionaría —dijo Bruno—. La sangre de animales inferiores es un mal sustitutivo. Puede beberla si no le queda otro remedio, pero no le servirá más que

para engañar la sed.

—Entonces la alimentaré con mi sangre —dijo Héctor y aunque en un principio sus palabras fueron fruto de la desesperación, no tardó en darse cuenta de que no era una idea tan descabellada—. ¡Claro! ¿Por qué no? ¡Me creció una mano anoche! Mi cuerpo no puede tardar mucho en recuperarse de esa pérdida de sangre, ¿verdad?

Bruno se encogió de hombros.

—No lo sé. Tu naturaleza es un completo misterio para mí, aunque lo que propones tenga su lógica —pareció sopesar por unos instantes las posibilidades de aquel plan y terminó asintiendo—. Puede funcionar, puede funcionar, pero deberemos ser cautos, ¿me oyes? Desconocemos qué efectos secundarios puede tener sobre ti una pérdida constante de sangre. Y no habrá hechizos de curación que valgan para ayudarte —señaló—. No estamos hablando de heridas, golpes o enfermedades, estamos hablando de pérdidas masivas de sangre y no conozco hechizo que la regenere.

—Saldrá bien. Estoy convencido —su cuerpo se curaría a sí mismo, ahí estaba su nueva mano para corroborarlo. La cerró con fuerza y la vitalidad encerrada en ella le llenó de optimismo. «Nadie morirá. Nadie matará a nadie», pensó.

—¿Vas a darle de beber tu sangre? —preguntó Natalia, incrédula—. ¿Te das cuenta de lo macabro y asqueroso que suena eso? —sacudió la cabeza—. Estáis locos. Tú por semejante idea y tú por alentarla. Pero allá vosotros, yo no quiero saber nada. Me lavo las manos, me lavo las manos...

—¿Se te ocurre algo mejor? —quiso saber Héctor.

—No, pero eso no cambia que sea mala idea —arrugó la nariz—. Dejádme que os dé un consejo, ¿vale? Ni se os ocurra decirle de dónde sacáis la sangre. Contadle un cuento, el que queráis, decidle que hay un hechizo capaz de convertir el agua en sangre o yo qué sé... Pero no le digáis la verdad. Sería una idea espantosa, ¿lo comprendéis?

Héctor no tuvo que meditarlo mucho para darse cuenta de que Natalia tenía razón. Lo mejor para Marina era ignorar la procedencia de la sangre.

—Y por el mismo precio otro consejo, pero este sólo para ti —observaba a Héctor de tal modo que el muchacho se puso a la defensiva de inmediato—. Habla con Marina, tienes que contarle lo que sientes; no te lo guardes más —dijo—. Dile que la quieres, ¿me oyes?

Héctor la contempló atónito, incapaz de creer lo que acababa de oír. Bruno dejó caer el libro que tenía entre manos y la miró boquiabierto también.

—Natalia, no sé que... —comenzó él, pero la rusa lo interrumpió antes siquiera de que tuviera claro qué iba a decir.

—No vas a darle ninguna sorpresa, te lo aseguro. Ella lo sabe; lo sabe muy bien. Pero tienes que decírselo. Va a necesitar que lo hagas real, ¿comprendes? Díselo. No

hoy, no con todo lo que le está pasando. Pero no esperes mucho o lo echarás todo a perder.

—No es tan sencillo.

—¿No? —puso los brazos en jarras—. Tú la quieres y no eres tan bobo como para no darte cuenta de que ella siente algo por ti. Ya ves: el mundo está lleno de bobas. Así que, ¿dónde está el problema? —entornó los ojos, retándole en silencio a que se explicara.

—Mira: no voy a... declararme —insistió él—. Da igual lo que sienta. No es el momento ni el lugar.

—Cuando creo que no puedes ser más idiota, te superas —dijo Natalia y después intentó imitar, con más que considerable acierto, su voz—: «No es el momento ni el lugar». ¡Ja! ¿Y a qué momento y lugar esperas? ¿A que todo sea perfecto y maravilloso? ¿A estar de regreso en la Tierra? ¿A que nuestros amigos resuciten? —bajó la voz—. Deja que te cuente un secreto: nada de eso va a pasar. —Héctor intentó hablar, pero ella lo detuvo con un violento ademán—. El amor tiene sentido por sí mismo, da igual las circunstancias, da igual cómo estén las cosas... —sacudió la cabeza—. ¿Cómo te atreves a pedirme que luche contra la oscuridad si tú no haces otra cosa que rechazar la luz?

Héctor abrió la boca para replicar y la cerró de inmediato, perplejo al darse cuenta de que no tenía nada que decir. Ahora mismo todos los argumentos que había usado para poner freno a sus sentimientos se le antojaban ridículos. Excusas y sinsentidos. Y de pronto recordó la luz del talismán que los alumbró a Ricardo y a él bajo tierra, cuando el mundo se derrumbó sobre ellos y todo eran tinieblas y espantos. ¿Qué había estado haciendo?

—Es en la oscuridad donde más brilla la luz, por minúscula que sea —murmuró—. Y es cuando más la necesitamos.

—Me lo pediste —le recordó Natalia—. Antes de desmayarte en la plaza, ¿recuerdas? Me pediste que no dejara que la luz se apagara. ¿Quieres que luchemos contra la oscuridad? De acuerdo. Lo haremos. Pero lo haremos todos. ¿Estás conmigo?

—Estoy contigo, bruja del demonio.

—Le dirás que la quieres.

—Se lo diré —y se sintió liberado al decidirlo, ingrátido, capaz de las mayores proezas. Sonrió y en un súbito arrebató abrazó con fuerza a Natalia. La joven gruñó y le golpeó en el estómago sin contemplaciones hasta conseguir que la soltara.

—A mí no. A ella —dijo mientras se apartaba—. Y después de meterme donde no me llaman, me voy —indicó. De pronto parecía incómoda—. Necesito aire fresco después de todo lo que ha pasado —se llevó la mano al pómulo embadurnado de suciedad y la expandió por todo su rostro.

—Ten cuidado —le advirtió Héctor—. No te confíes por mucho que tengas un ejército de sombras.

—No te preocupes, papá. Seré buena bruja y no me meteré en líos —dijo con una sonrisa.

De repente, Bruno salió de detrás de la mesa y se plantó ante ellos.

—Natalia... —se quitó la chistera—. Antes... antes de que te vayas, hay algo que debo decirte. Lo que has dicho... Lo que acabas de decir... Me ha hecho pensar y creo... creo...

Ella lo miró intrigada, pero Bruno no continuó hablando, se limitó a hacer girar la chistera entre las manos, de izquierda a derecha y luego de derecha a izquierda. El ceño de Natalia se fue frunciendo más y más mientras aguardaba.

—No sé cómo decir lo que me muero por decir —continuó Bruno al fin—. Nunca... nunca he tenido la oportunidad ni la necesidad de hacerlo. Pero es que nunca pensé, nunca imaginé que se pudiera sentir algo semejante —levantó la vista y la miró fijamente, y en sus ojos brillaban la expectación y el miedo—. Te quiero —confesó.

—¿Me tomas el pelo? —le preguntó Natalia, atónita, perpleja.

—No. Estoy enamorado de ti. Lo estoy desde el momento en que te vi, desde el día en que apareciste en aquella plaza con Ricardo y Héctor, con tu jersey enorme y la cara tiznada. Durante meses me pregunté qué podía ser ese calor sofocante que sentía al mirarte... Ahora lo sé. La Luna Roja también me ha enseñado eso. Te quiero.

Ella lo miró fijamente durante un instante. Luego hizo algo que cogió a Héctor desprevenido por completo: se echó a reír. Fue una risa cruel, una risa de verdadera bruja; más hiriente todavía que la que le había dedicado a Caleb. Bruno detuvo el girar de la chistera y la contempló horrorizado.

—¡Está hablando en serio! —exclamó ella entre carcajadas. Lloraba de risa—. ¡Es en serio! ¿Lo has oído, Héctor? —respiró hondo antes de seguir hablando—: Mira, Bruno... No quiero engañarte. No siento nada por ti, ¿comprendes? No me gustas, nunca me has gustado y nunca me gustarás —Héctor cerró los ojos. Hubiera deseado estar en cualquier otro lugar en aquel momento. No quería escuchar eso. Y Natalia no parecía satisfecha con esa rotunda negativa. Seguía hablando y con cada una de sus palabras, Bruno se hundía más y más—: Siempre me has parecido raro. Sé que no es culpa tuya, que no has tenido una vida normal y eso... pero aun así. Es que... todo lo que haces y cómo lo haces... me pone los pelos de punta —negó con la cabeza—. La mera idea de que tú y yo... de que tú y yo...

La mirada de Natalia se cruzó entonces con la de Héctor y lo que debió de leer en ella fue suficiente para hacerle comprender que estaba yendo demasiado lejos. El regocijo en su rostro dejó paso a la vacilación. Natalia estaba siendo cruel a propósito; y Héctor creía conocer el motivo. No podía ni imaginar el esfuerzo que le debía haber

supuesto aconsejarle que confesara sus sentimientos a Marina. Quizá Natalia ya no estuviera enamorada de él, pero eso no cambiaba lo mucho que había sufrido al saber que él prefería a otra cuando sí lo estaba. Sus ilusiones se habían hecho pedazos y ahora pretendía hacer lo mismo con Bruno. Quería hacerle sufrir del mismo modo en que había sufrido ella.

—Oh —el italiano se dejó caer en una silla, con las rodillas muy juntas y la espalda erguida—. Está bien. Siento haberte molestado.

—No, tranquilo. Has hecho bien en decírmelo. Estas cosas cuando antes se aclaren mejor —Natalia había relajado el tono, pero ya era tarde: el daño estaba hecho.

—Sí... —admitió él con una calma inusitada.

—Buen chico —dijo ella—. Yo... —estaba claro que se sentía más que cohibida por lo que acababa de suceder—. Me marchó ya, ¿vale? Mis sombras andarán cerca. Si me necesitáis, llamadlas y me irán a buscar —miró fugazmente a Bruno que contemplaba sus manos y su chistera con expresión inescrutable—. Y no os preocupéis por mí, ¿de acuerdo? Estaré a salvo. Estaré bien.

Héctor asintió y la vio alejarse deprisa, abrir la puerta de un fuerte tirón y cerrarla tras ella. Varias sombras la siguieron y, para su sorpresa, en esta ocasión sí se dejaron ver; algunas se filtraron bajo el portón en pos de su dueña; otras se escurrieron por las pequeñas troneras de la planta baja. La última de ellas, un retorcido jirón de oscuridad, se detuvo ante la puerta y soltó una insidiosa risilla antes de empezar a hablar, con voz burlona:

—Uno, dos, tres... —con cada cifra recitada una nueva boca se abría en su tallo, una hendidura que escupía el siguiente número de la serie para luego ceder la palabra a la siguiente boca... ocho, nueve, diez —remató la secuencia con una carcajada, idéntica a las de Natalia; luego desapareció.

Héctor se giró hacia Bruno.

El italiano permanecía inmóvil en la silla, con la vista perdida en el fondo de su chistera. Ahora lloraba sin cesar. Contaba una y otra vez hasta diez, en voz lo bastante alta como para que Héctor pudiera oírlo sin esforzarse. Se pasó una mano por el cuello y torció el gesto. Lo mejor que podía hacer era dejarlo solo y subir a ver a Marina; ella debía ser su prioridad, ahora lo sabía, aunque debería haberlo sabido siempre. Echó a andar hacia la escalera, pero el sonido monótono y desesperanzador de la secuencia repetida le impidió llegar a ella.

Bruno se pasaría horas allí, vencido por el dolor, sin dejar de repetir aquellos números, convertidos ya en simple ruido sin sentido. Resopló. El peso asfixiante de todo lo que estaba ocurriendo ya era lo bastante abrumador como para encima tener que soportar el lastre de un corazón malherido. No, no podía dejar a Bruno así. No dejaría a nadie a merced de la oscuridad; quizá las cosas habrían sido diferentes si

alguien hubiera hablado con Adrián antes de que perdiera el control.

—¿Sabes una cosa? —preguntó en tono jovial y, sin esperar respuesta, continuó hablando—: No me preguntes por qué, pero estaba convencido de que estabas enamorado de Maddie. Deberías haberte visto bailar con ella en el palacete... Estaba seguro de que ella te gustaba. Me ha sorprendido lo de Natalia.

Bruno tardó en reaccionar; de hecho continuó con su triste recitar hasta que, de pronto, sin previo aviso, lo miró con el ceño fruncido, como si hubiera sido consciente en ese preciso instante de lo que acababa de decir.

—¿Maddie...? —alcanzó a preguntar.

—Sí. Maddie.

—No, no... Yo nunca... —bajó la mirada, volvió a alzarla y la bajó de nuevo—. Madeleine es mi amiga, mis sentimientos no... —giró la chistera; sólo fue un giro, pero a Héctor le pareció buena señal—. Mis sentimientos por ella son... diferentes —señaló—, son los mismos que puedo sentir hacia ti o hacia Marina. Me... me incomodaba tenerla tan cerca, sólo eso. Me hacía sentir extraño.

—Lo entiendo. En eso las pelirrojas son expertas —arrastró una silla hasta colocarla frente a la de Bruno y se sentó en el borde para no aplastar las alas contra el respaldo.

—No me quiere —se quejó el demiurgo con amargura—. Y nunca me querrá. Lo ha dicho. ¿Qué hago?, ¿cómo supero esto?, ¿cómo consigo que deje de doler?

—No tienes que superar nada —dijo. Le cogió la chistera de entre las manos y se la colocó en la cabeza—. Lo que tienes que hacer es no rendirte, ¿vale?

—Se ha reído de mí, Héctor. Se ha burlado de mí.

—Eso ha sido cruel, es cierto. Pero tienes que olvidarlo. La Luna Roja nos ha vuelto locos a todos y a veces hace que nos comportemos... ya sabes cómo. Ya lo has visto.

—¿Le saltamos al cuello a la gente a las primeras de cambio?

—Algo así —sonrió, conciliador—: No era el momento. Sólo eso. Te has precipitado, la has cogido por sorpresa y ha reaccionado como la bruja que es.

Bruno le miró atentamente. Tenía el rostro embadurnado de lágrimas.

—¿No era el momento? —pareció dudar, luego negó con la cabeza—. ¿No has oído lo que ha dicho? Lo ha dejado claro: ni ahora ni nunca.

—Se equivoca. No puede estar segura de eso por un sencillo motivo: no te conoce. No sabe quién eres. ¿Cómo lo va a saber si ni siquiera lo sabes tú? —Bruno le miró con suspicacia, pero atento a sus palabras—. La Luna Roja no sólo te está convirtiendo en demiurgo, te está transformando en una persona totalmente diferente. El viejo Bruno ha muerto, y del nuevo apenas sabemos nada. Ella no te conoce.

—Ella no me conoce —repitió.



—Nadie te conoce —añadió Héctor.

—Ni yo mismo me conozco —sus labios esbozaron una sonrisa. De pronto, durante un fugaz instante, pa-recio a punto de echarse a reír—. No me conozco —dijo, mientras se limpiaba las lágrimas—. No tengo ni idea de quién soy. Ella no tiene base para decidir si me quiere o no. ¡Soy un extraño para todo el mundo!

—Eso es —sonrió al ver cómo Bruno se levantaba decidido de la silla. Lo que le tomó por sorpresa fue verlo avanzar con paso igual de firme hacia el portón—. ¿Qué haces? —le preguntó, alarmado, temeroso de que fuera a cometer alguna estupidez—. ¿Dónde se supone que vas, loco?

—Ella no puede amar a Bruno —contestó. Levantó un brazo y su báculo acudió al vuelo—. Pero es que Bruno ya no existe. Tú mismo lo has dicho: murió con la Luna Roja. El pobre idiota ya no está con nosotros —sonrió como si aquella fuera la mejor noticia que hubiera recibido nunca—. No sé quién soy, Héctor. No sé qué me deparará el futuro ni qué será de mí. Pero sí sé una cosa: necesito un nuevo nombre, un nombre que ella pueda amar. Y sé dónde buscarlo. Alastor nos lo dijo.

A continuación salió del torreón, dejando a Héctor solo y perplejo. Aquel súbito arrebató de Bruno le había cogido desprevenido. Se preguntó si debería ir tras él y decidió que no era necesario. Bruno podía cuidarse solo. Luego desvió su mirada a las escaleras. Allí arriba sí había alguien que lo necesitaba.



A pesar de las tinieblas, no tuvo problemas en distinguir a Marina; estaba tumbada en posición fetal en la cama, toda ella en tensión. La puerta se encontraba abierta, pero Héctor creyó que lo más oportuno era anunciar su presencia y llamó con suavidad. Marina se removió en el lecho, pero no dijo nada.

Héctor respiró hondo y entró en el cuarto. No había dado más que dos pasos cuando pisó los cristales. Bajó la mirada para encontrar a sus pies los restos de un espejo de mano hecho añicos. Apartó con el pie las esquirlas y siguió adelante.

—No puedo verme en los espejos —le anunció Marina en ese momento, la voz cansada y rota—. No es como cuentan las historias: sí me reflejo, simplemente no consigo verme. Sólo alcanzo a distinguir una sombra donde debería estar mi cara —se incorporó despacio, girándose hacia él en el mismo movimiento—. No es un sueño —dijo.

A Héctor se le aceleró el corazón aun a pesar de verla envuelta en sombras; no sólo fue por su belleza, que ahora había cobrado una dimensión nueva, un aura peligrosa y salvaje, fue, más que nada, por la decisión que Natalia le había empujado a tomar. Todo era diferente después de eso. El mundo había cambiado otra vez, y en

esta ocasión la Luna Roja no había tenido nada que ver. De pronto tuvo miedo, miedo de echarlo todo a perder, miedo de que fuera demasiado tarde.

Se acercó a la cama y se sentó en el borde, mirando de frente a Marina. Esta vez no tuvo problema alguno en sostener su mirada. Cogió su mano y la apretó con cariño. Estaba igual de helada que antes, pero poco le importó.

—En el torreón tenemos libros sobre vampiros. Nos ayudarán a entender en qué te has convertido —hablaba con delicadeza, siempre con una sonrisa—. Sé que tienes miedo. Lo entiendo, pero no olvides que estamos aquí y que te ayudaremos.

Ella se soltó de su mano; lo hizo de forma brusca, y a Héctor le impresionó la energía contenida en aquel gesto. Estaba claro que la fuerza física de su amiga se había incrementado con la Luna Roja.

—Soy una vampira —murmuró ella—. Nadie puede ayudarme, porque nadie puede cambiar eso. Ni siquiera debería estar aquí: debería estar abajo, encerrada —se dejó caer en la cama, y se tapó el rostro con el antebrazo—. Ese es mi sitio... Soy una sanguijuela. Un monstruo, eso es lo que soy.

Héctor, como única respuesta, abrió sus alas de par en par. El sonido que produjeron al desplegarse resonó en la estancia como un latigazo descomunal. Marina se incorporó y las contempló admirada.

—Mírame —le pidió Héctor. Se sentía inmenso en aquella habitación—. Soy un ángel negro, un demonio. Mírame —repitió mientras alzaba la mano derecha ante ella, la mano que había sustituido a la cercenada por el trasgo—. Esto es sólo el principio —dijo—. La oscuridad pronto me cubrirá por completo. Tú no puedes verte en los espejos y pronto yo no seré capaz de reconocermé cuando me mire.

La muchacha se arrodilló en la cama e hizo ademán de tocar sus alas. En el último momento retiró la mano, turbada y lo miró indecisa. Héctor asintió y ella repitió el gesto, llevándolo esta vez hasta el final. Él se estremeció al sentir sus dedos acariciar el reborde del ala izquierda. Fue consciente de lo cerca que estaban el uno del otro. Era capaz de distinguir el contorno de su propio rostro inscrito en el brillo rojo de su iris. Se preguntó qué ocurriría si la besaba. Sus labios atesoraban algo de color, apenas un atisbo. ¿Estarían tan fríos como su mano? Se olvidó de los consejos de Natalia. Tenía que besar esos labios; se moría por hacerlo. Tenía que decirle que la amaba. No podía esperar más. Pero de pronto el hechizo se rompió. Marina pareció darse cuenta de la intensidad con que la miraba y se apartó de él y sus alas, incómoda.

Héctor dio un respingo. Tenía la impresión de haber realizado un largo viaje en los breves instantes en que se había perdido en los labios de Marina.

—La oscuridad está en todas partes —murmuró, en un intento de retomar el hilo de lo que había estado diciendo—: Y no soy sólo yo. Ya nos ves... —susurró—. Te has convertido en vampira, sí; y el resto somos hechiceros, locos y demonios, en algunos casos todo al mismo tiempo —se inclinó y acarició la mejilla de Marina con una

ternura que hasta a él le sorprendió—. No estás sola —le aseguró—. Todos vamos en el mismo barco. Y no nos va a quedar más remedio que ayudarnos unos a otros si no queremos volvernos locos.

—Maddie ya no está en ese barco —señaló ella. Héctor plegó las alas y la observó con atención—. Sabía que podía ser peligrosa para nosotros y se marchó —le miró de soslayo—. Y yo también puedo serlo —apuntó—. Ya la siento, Héctor —se llevó las manos al estómago—. Es una punzada en el vientre, un vacío lleno de electricidad... Es ansia. Pura ansia. Y está viva. Es como si me creciera un animal dentro. Por el momento puedo controlarlo, pero va a ir a más. Lo presiento. Va a ir a más. Y si eso ocurre nadie estará a salvo.

—Confía en mí —le pidió Héctor—. Mantendremos a ese animal a raya, te lo prometo —le aseguró.

—Sólo hay un modo de hacerlo —dijo ella.

Él asintió. Sabía a qué se refería.

—Confía en mí —repitió. No quería entrar en detalles hasta acordar con Bruno qué mentira iban a contarle sobre la procedencia de la sangre con la que iban a alimentarla.

—Confío en ti —le aseguró ella—. Es en mí en quien no lo hago. No sé lo que puedo ser capaz de hacer... —lo miró de nuevo a la cara—. Ni siquiera sé... —hizo un gesto hacia el espejo destrozado en el suelo—. Mis ojos... ¿cómo son? —la ansiedad se adivinaba tanto en sus palabras como en su postura—. ¿Qué les pasa? ¿Cómo son mis ojos? Descríbemelos. Y no me mientas, por lo que más quieras; dime la verdad.

Héctor sonrió. Sólo había una posible respuesta a esa pregunta:

—Son los ojos más hermosos del mundo.

## VI

# Sedalar Tul

La aguja encontró más dificultades que nunca para atravesar la carne y entrar en la vena; en cuanto lo logró las extremidades articuladas de la enorme jeringa se afianzaron alrededor del antebrazo de Héctor y la sangre comenzó a brotar. El joven torció el gesto. Aquel cruce entre araña y mosquito se parecía poco a la jeringuilla que le había extraído sangre en su primer día en Rocavarancolia, pero aun así ambas tenían cierto aire de familia. Toque de demiurgos, supuso.

La sangre fluía por el interior de la jeringa e iba a parar al ánfora de cristal alojada en su base. Era tan roja como de costumbre aunque a Héctor no le habría sorprendido verla cambiar de color de un día para otro. Rocavarancolia seguía bajo el embrujo de la Luna Roja. Aquel enorme astro no llevaba ni una semana sobre sus cabezas, y a él ya le costaba reconocerse. Su cuerpo iba adoptando un tono cada vez más oscuro, aunque todavía lejos del negro rotundo de su mano derecha; su piel era más dura a cada jornada que pasaba, de ahí las dificultades de la aguja para atravesarla; y aquellas diminutas piedras cristalinas engarzadas a su carne aparecían cada vez en mayor número, concentradas sobre todo en las articulaciones.

La sangre, brillante y roja, llenó la redoma unida a la jeringuilla.

—Bruno —llamó y su voz le sonó extraña—, esto ya está.

El demiurgo estaba de pie, con la chistera y el gabán puestos, apoyado contra el muro en la postura tensa de alguien que lleva largo rato queriéndose marchar de donde está. Al oír a Héctor se acercó, con el ceño fruncido.

—Lo has vuelto a hacer —le advirtió, malhumorado, mientras cambiaba el ánfora llena por una vacía—. Me has vuelto a llamar Bruno. ¿Tanto te cuesta recordar mi nuevo nombre?

—Lo siento. Cuesta acostumbrarse, llevo meses llamándote Bruno —hizo una mueca cuando la aguja se clavó de nuevo en su vena—. Debes reconocer que es raro.

—Pues ponle empeño —le dijo—. Es importante para mí, ¿vale? Quiero dejar atrás el pasado y necesito que me ayudes no recordándomelo una y otra vez.

—Está bien. Intentaré enmendarme —y después de hacer una pausa añadió—: Sedalar...

—Eso es —el demiurgo sonrió complacido, sin percatarse del tono burlón con el que Héctor había pronunciado el nombre—. Sedalar Tul. Ese soy yo. Nada de Bruno.

Héctor sacudió la cabeza y suspiró. ¿Después de todo lo que estaba ocurriendo qué importancia tenía un cambio de nombre? Bruno era Sedalar ahora y por lo que Natalia le había comentado ella también estaba pensando cambiárselo. Y la noche antes Marina le había dicho que esa idea también comenzaba a rondarle por la cabeza.

—Ya no somos quienes fuimos —había asegurado—. Y es inútil fingirlo.

Pero él no pensaba hacerlo, se negaba a cambiar el nombre que había sido suyo durante toda su vida. Hacerlo sería condenarse al olvido, borrar su pasado y todo lo que contenía. Seguía siendo Héctor, en lo que realmente importaba seguía siendo él. Al menos quería creerlo.

Bruno miraba fijamente la aguja clavada en su antebrazo como si así la sangre fuera a fluir más rápido. Héctor se reclinó hacia atrás, con las alas desplegadas sobre el respaldo de la silla, y soltó un suspiro agotado. Era la tercera ánfora de la mañana. Ya el primer día había quedado claro que una no iba a ser suficiente para alimentar a Marina, y aunque durante las jornadas siguientes había parecido que con dos bastaba, el día anterior la muchacha había preguntado si era posible conseguir más. Aquella mañana era la primera vez que subían la dosis a tres.

—Terminado —anunció el demiurgo y procedió a retirar con celeridad tanto la jeringa como la redoma.

Héctor permaneció sentado mientras Bruno le lanzaba un hechizo vigorizante. Casi ni lo notó. Apenas se sentía sólido. Le zumbaban los oídos y su propia realidad se le escapaba. Acababa de perder más de dos litros de sangre y estaba pagando las consecuencias.

—¿Estás bien? —oyó preguntar a Bruno. Su voz sonó distante, como si se dirigiera a él desde un continente lejano.

—No —contestó—. Estoy mareado y tengo náuseas. Pero se me pasará, no te preocupes, lárgate si quieres.

El italiano soltó un bufido.

—No me está gustando esto, Héctor. Estamos llevando tu cuerpo al límite. Tu organismo regenerara la sangre a gran velocidad, sí, pero la pérdida es tan constante que no sabemos qué consecuencias puede traerte...

—No quiero discutir eso ahora, ¿vale? Hablamos luego, Bruno, Saladar o como diablos quieras llamarte —apenas podía pensar.

No necesitó abrir los ojos para ser consciente de la mirada reprobatoria de Bruno. Resultaba paradójico que a veces echara de menos la frialdad de su amigo, era más fácil ignorarlo entonces. Hizo un gesto para indicarle que podía marcharse y se recostó aún más en la silla, con las alas tan retorcidas que dolían. Escuchó, entre el persistente zumbido de su cabeza, cómo el demiurgo abandonaba el torreón y suspiró

aliviado al verse solo.

La tranquilidad duró poco. Apenas se habían apagado los ecos de los pasos de Bruno cuando escuchó a Marina llamarle. Hizo el tremendo esfuerzo de enderezarse en la silla y aunque el movimiento le mareó más de lo que ya estaba, lo consiguió. Los días anteriores no había tardado mucho en restablecerse, pero ignoraba cuánto tiempo le costaría tras subir la dosis.

—¿Héctor? —insistió Marina desde arriba—. ¿Hola? ¿Hay alguien?

Se tomó unos segundos antes de contestar. Quería que su voz sonara firme.

—Estoy aquí —anunció mientras se levantaba como podía de la silla mirando hacia la escalera. La muchacha no estaba a la vista, pero a juzgar por el sonido de su voz no debía de encontrarse lejos. Hizo un supremo esfuerzo por no aparentar debilidad—. ¿Quieres algo? —preguntó. La periferia de su visión giraba y giraba.

Ella también demoró su respuesta y él no pudo evitar pensar que los silencios de ambos eran mucho más elocuentes que sus palabras.

—Yo —contestó al fin. Había un matiz ansioso en su voz—. Sólo me preguntaba... —no terminó la frase. No hacía falta. Héctor miró las ánforas, alineadas en el suelo, repletas de sangre.

—Dame un minuto y subo —dijo—. Bruno acaba de marcharse y me ha dejado al cargo.

Ella dijo algo que él no logró entender, ¿quizá un «no tardes»? y luego la escuchó encaminarse hacia su cuarto. Héctor respiró hondo. ¿Hacia dónde se dirigían?, se preguntó, ¿qué iba a ser de ellos? Había momentos en los que no veía resquicio alguno a la esperanza, momentos en los que no podía pensar en otra cosa que no fuera el cuento de la farera y el naufrago y la premonición de la arpía.

Guardó las tres redomas en un morral y subió las escaleras despacio. Los oídos todavía le zumbaban, pero comenzaba a sentirse lo bastante fuerte como para fingir encontrarse bien.

Marina había regresado a la cama. Llevaba puesto un camisón negro y un pañuelo rojo al cuello. Pálida y hermosa se irguió en el lecho. Sus ojos refulgían. El tintineo de las redomas en la bolsa fue el único sonido que se escuchó en la habitación.

«Antes de hacerte daño, me mataría. Antes de hacerte daño, dejaría que me mataras», pensaba Héctor mientras se acercaba.

Sacó las redomas y las colocó en la mesita junto a la cabecera. Cuando terminó miró a Marina y sonrió.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó. Se moría de ganas de sentarse al borde de la cama, pero se refrenó: no quería mostrar ningún síntoma de debilidad.

—Igual que ayer, como si me hubieran dado una paliza... —se incorporó lo suficiente para apoyar la espalda en la cabecera—. Me duele la cabeza y la luz me deslumbra —dijo, a pesar de que la estancia estaba en tinieblas. Durante el día,

Marina siempre se encontraba débil y desconcertada. Sólo comenzaba a sentirse bien cuando el sol se ocultaba—. ¿Tú cómo estás? Tienes mala cara.

No le costó trabajo mentir, al menos en lo esencial.

—Es Bruno —dijo—. Me saca de quicio. Es imposible vivir con él, con sus ataques, sus rabietas y sus cambios de humor...

—Todos estamos igual. Dale tiempo.

—¿Qué remedio me queda? —dijo, y al mirar hacia ella vio cómo sus ojos buscaban ansiosos las ánforas alineadas en la mesilla. Sintió una punzada en la boca del estómago. Era aprensión, y repugnancia y un extraño sentimiento de orgullo por su sacrificio que le hizo sentirse miserable. Era hora de marcharse. Héctor no quería ver lo que estaba a punto de suceder ni Marina deseaba que él estuviera allí cuando ocurriera. No habían necesitado palabras para llegar a ese acuerdo.

—Estaré abajo si necesitas algo —dijo, con un nudo en la garganta.

—Gracias —contestó ella, de forma automática, más atenta a las ánforas que a él.

Héctor asintió, incómodo y se marchó de la habitación con paso firme. En cuanto llegó a las escaleras buscó el apoyo del muro y se dejó resbalar poco a poco por él.



Sedalar Tul caminaba bajo la lluvia y la noche perpetua que se cernía sobre Rocavarancolia desde que la Luna Roja había aparecido. El sol podía haber salido ya varias veces desde entonces, pero su presencia pasaba inadvertida en aquella oscuridad turbia.

—Sedalar Tul —murmuraba al caminar. Marchaba con su mochila al hombro y el báculo cruzado entre las correas de la misma—. Sedalar Tul, ése es mi nombre y no otro. Bruno está muerto. La Luna Roja lo mató. Bien por ella —mientras avanzaba no dejaba de tallar un pequeño pedazo de madera. En pocos días había ganado una habilidad notable—. Me llamo Sedalar Tul —repitió—, y no me llamo de ningún otro modo.

Sabía que su estado mental distaba mucho de ser normal. Nunca lo había sido, pero ahora, al menos, era consciente de ello. Durante toda su vida había estado trastornado, perdido, había sido una caricatura de ser humano.

La Luna Roja lo había salvado de sí mismo. Su hechizo no le había transformado, no, era algo más profundo: había renacido.

Pero todavía quedaban promesas por cumplir y gente a la que salvar. Los cambios de Marina, Maddie y Lizbeth habían sido brutales y debía hacer lo imposible por revertirlos. Se lo debía. Héctor estaba sobrellevando bien su transformación, al menos todo lo bien que era posible dadas las circunstancias y en cuanto a Natalia... Pensar

en ella y perder el hilo de sus pensamientos fue, como de costumbre, todo uno. El torbellino emocional en el que se hallaba sumido enloquecía todavía más sólo con pensar en la rusa. Todo se entremezclaba: amor, tristeza, esperanza, el dolor de haber sido rechazado...

Y, por extraño que pareciera, agradecía esa vorágine. Prefería mil veces el sufrimiento de un corazón roto a la apatía que había sido norma a lo largo de su vida, a contemplar el mundo y no sentir más que indiferencia. Sedalar se preguntaba si ésa sería también otra muestra de locura.

—Prefiero que me rompan el alma a no sentir nada —murmuró. Y le gustó tanto el sonido de la palabra «alma» que la repitió una y otra vez mientras caminaba, saltando de charco en charco.

Le costó trabajo apartar su mente de Natalia y retomar el hilo de sus pensamientos: la manera de revertir los cambios provocados por la Luna Roja. Estaba convencido de que debían existir formas de hacerlo. La única prueba con que contaba era, a su modo de ver, irrefutable: Lizbeth se había transformado sin que la luna estuviera presente, su cambio se había visto acelerado por el colgante que habían encontrado en el palacete. Y si aquel artefacto era capaz de acelerar el cambio, ¿por qué no podía existir otro que lo invirtiera? Sólo tenía que dar con él. Y si no lo conseguía, si no existía algo semejante... él lo crearía.

—Porque soy un demiurgo. Sedalar Tul, ése soy —se detuvo en una encrucijada de caminos, sin dejar de tallar la madera; en vez de escoger una de las callejuelas que partían desde allí, echó a andar en el aire.

Era un demiurgo. Pero poco sabía aún sobre sus habilidades, y ésa era otra búsqueda en la que se hallaba embarcado: entender su propia naturaleza, conocer sus límites y el alcance de sus poderes. Le habría gustado hablar de ello con Alastor, pero el inmortal no había vuelto a aparecer y los hechizos de localización que había probado para dar con él no habían surtido efecto. Sedalar sospechaba que la actitud de Héctor le había espantado. Y era una lástima. Aquel singular personaje era el único habitante de Rocavarancolia que se había acercado a ellos desde la salida de la Luna Roja.

Siguió su camino rumbo a la torre de hechicería. Esa era siempre la primera y la última etapa en su exploración diaria de la ciudad. Pasaba largo rato allí, intentando encontrar la manera de acceder a la última planta del edificio. Por el momento había fracasado en todos sus intentos, pero no pensaba claudicar; si había algún lugar en el que estaba convencido de poder hallar respuestas era allí.

Aunque era invisible a los ojos, Sedalar sintió el campo místico que rodeaba la última planta cuando aún faltaban más de cien metros para llegar a ella; era una sutil vibración, una bolsa de aire tibio centrada en la cúspide del edificio. Si la atravesaba, el hechizo que lo sostenía cesaría y caería a plomo, como ya le había sucedido



semanas atrás. Aquella burbuja impedía que la magia, al menos la que él era capaz de generar, permaneciera activa tras ella. Descendió por debajo del nivel de la barrera y atravesó el muro de la torre.

Fue a parar a una pequeña habitación de la segunda planta, repleta de estantes y libros que ya tenía más que hojeados. Todos estaban escritos en lenguajes incomprensibles, pero lo curioso de ellos, y era algo que no había podido detectar hasta que la Luna Roja lo había cambiado, era que estaban vivos. No sabía si eran obra de demiurgos, o que algo en ellos, ya fuera la tinta, el papel o, quién sabe, la encuadernación, tuviera vida propia. Acarició el lomo de todos los libros que encontró en su camino mientras salía de la estancia. Desconocía el nivel de consciencia con que contaban, pero le gustaba pensar que de, algún modo, esa caricia les reconfortaba.

Secó sus ropajes empapados con un gesto y se adentró en la torre. Se detuvo junto a la escalera. Tras una pequeña vacilación decidió bajar por ella. Poco importaba por dónde empezar a investigar. En los últimos cuatro días había registrado el edificio con tal exhaustividad que, prácticamente, no quedaba ya piedra por remover. Aquella torre sólo tenía un secreto para él: cómo acceder a su última planta.

De pronto un temblor incontrolable de sus manos le hizo detenerse. La madera que tallaba cayó escaleras abajo y él se tambaleó, a punto de seguirla en su caída. Metió las manos bajo las axilas para frenar el temblor y cerró los ojos. No era la primera vez que le ocurría aquello. Sabía muy bien qué era: agotamiento, puro y duro agotamiento, no en vano llevaba casi una semana sin dormir. No había dormido ni un solo minuto desde que había salido la Luna Roja, y no pensaba hacerlo nunca más. Se negaba a enfrentarse otra vez a las miradas de los muertos, a ese patio de butacas donde se sentaban todos a los que les había robado la vida. No, no pensaba dormir jamás.

El temblor fue remitiendo, pero la fatiga se le anudó como una cuerda a las articulaciones. Se sentó en un escalón y lanzó sobre sí mismo un hechizo de vela. Lo hizo despacio, balbuceando el sortilegio; al sentir una repentina quemazón en la frente, hizo intangibles sus dedos y los introdujo en su cráneo, justo donde el hueso ardía. Cuando los extrajo tenía sujeta entre ellos una esfera gomosa de color pardo. La aplastó contra la palma de su mano y luego restregó la porquería en la escalera. El cansancio desapareció al instante.

—Sin sangre ni sueños —murmuró Sedalar—. ¿Qué nos estamos haciendo, Héctor? ¿En qué terminará esto? —no quiso ni preguntarse qué habría ocurrido si aquel ataque de debilidad le hubiera sobrevenido mientras caminaba por los cielos—. Ya lo veremos, ya lo veremos. El camino sigue y sigue... Y ya no somos las mismas personas que lo comenzamos, como tampoco seremos los mismos que ahora somos si llegamos al final.

Se incorporó, ya restablecido, y bajó los escalones hasta dar con el pedazo de madera. Volvió a sentarse y se dedicó a terminar la talla. Era el cuerpo abombado de un insecto, con aire de escarabajo. Practicó ocho incisiones en él, cuatro a cada lado del abdomen, e introdujo en ellas las patas, fabricadas con juncos. Las alas que prendió del lomo eran alargadas y tan brillantes como los pedazos de vidrio que le colocó por ojos.

Una vez hubo terminado su obra, Sedalar insufló vida al insecto. Sintió un súbito espasmo al hacerlo, una lanzada eléctrica que le recorrió el vientre y que terminó en un pinchazo breve a la altura del pecho.

La primera noche, con el reloj de su abuelo, había actuado por impulso. La Luna Roja le hervía en la sangre y era su luz la que lo guiaba. Tomó el reloj entre las manos, enloquecido. Sabía qué debía hacer y cómo, pero desconocía el objetivo final de todo aquello. El dolor que sintió fue tremendo y tan inesperado que lo siguiente que supo fue que estaba gritando en el suelo. El reloj cayó junto a él, con la tapa abierta y la cadena enroscada alrededor. Y de pronto se movió: vivía, el reloj vivía. Fue en ese momento cuando supo en qué se había convertido. Desde entonces el reloj había muerto en dos ocasiones. Y en ambas había vuelto a animarlo. Tenerlo cerca le consolaba.

—Dar vida duele... —murmuró, todavía no sobrepuesto del aguijonazo. Observó al escarabajo recién animado. No podía saber a ciencia cierta cuán longevo iba a resultar, pero por el dolor que había sentido estaba seguro de que sería más de un día.

El insecto agitó las alas, con renuencia al principio y con remarcable seguridad después, y echó a volar ante el demiurgo. Sus ojos de cristal miraban a todas partes, desorbitados, alucinados.

Sedalar sonrió, se reclinó en el escalón y acarició el pico del escarabajo con la yema del dedo.

—Ve con ella —le pidió—. Dile que me llamo Seda-lar Tul. Sedalar por el demiurgo que intentó devolver la vida al corazón de su amada muerta. Tul por el que me trajo a Rocavarancolia. Díselo. Dile que Bruno ha muerto. Dile que aquí ya no queda nada de él. Y dile que Sedalar la ama.

## VII

# El fulgor

Un crepúsculo violáceo se coló entre la tormenta y la Luna Roja, borrando del cielo al sol. La noche se hizo más profunda.

En el patio del castillo, Lizbeth despertó y alzó su monstruosa cabeza para gruñir a la oscuridad, como si fuera una enemiga que le anduviera al acecho. Roja, a su lado, soltó un lento bostezo y se incorporó. El mundo era una magnífica sinfonía de aromas y colores atenuados por la lluvia. De pronto, un fuerte olor a carne cruda llegó del castillo. La manada entera miró hacia allí, ansiosa. Dos criados salían por una puerta lateral llevando entre ambos un gigantesco perol.

La manada se aproximó veloz a los hombres pálidos que no dieron muestra de inquietud al verlos llegar. Sólo Gris permaneció inmóvil, ajeno a la agitación de los suyos, mirando fijamente al cielo. La loba que una vez fue Madeleine se detuvo; estaba hambrienta y su instinto la empujaba hacia el montón de carne que los criados acababan de volcar, pero lo que perduraba de humana en ella le instó a detenerse. Siguió la mirada del lobo.

Allí, en lo alto, entre la ciudad y la Luna Roja, pulsaba un diminuto chispazo blanco, una luz que no había estado allí antes.

«El fulgor», gruñó Gris y la miró con sus penetrantes ojos. «Llega el fulgor».

«¿Qué es el fulgor?».

«Agujeros en el aire», contestó, «camino entre mundos».



Héctor tomó aliento y echó a correr tras una salida explosiva. Desplegó las alas al llegar al final de la muralla, se dio impulso y saltó. La gravedad lo reclamó al momento. Intentó frenar la caída aleteando de forma desesperada, pero el suelo se aproximaba a él a una velocidad de vértigo. Rodó sobre los adoquines y tras soltar una sonora maldición se incorporó de un salto.

Sacudió la cabeza y escupió un cuajaron de sangre. Se había mordido la mejilla al caer llevándose por delante un buen pedazo de carne. Daba igual, volvería a crecer. Subió de nuevo las escaleras, con el gusto metálico de la sangre en la boca. Pensó en Marina y en lo familiarizada que debía de estar ya con ese sabor.

Rocavarancolia se extendió ante su vista al llegar a lo alto del muro, un compendio de sombras apiñadas bajo la luna gigantesca. Una brillante luz en las alturas captó su atención. Se encogió de hombros: sería una estrella más, otro vórtice muerto que se abría en los cielos o algo maligno deseoso de matarlos. Tanto daba.

Gruñó y escupió otro buche de sangre al foso. Había perdido la cuenta de las veces que había intentado volar sin conseguir nada más que golpes y decepciones.

Se aproximó al borde del muro y se concentró en la dirección del viento. Desplegó las alas y se irguió, con las manos apoyadas en los hombros. Intentó visualizar hasta el último músculo que entraba en funcionamiento en su cuerpo al mover las alas. Luego saltó.

Por un momento creyó que volaba, pero sólo fue un segundo. Algo más denso que el aire le había recogido a medio salto y ahora lo arrastraba hacia delante entre susurros y risillas. Se revolvió desconcertado. Era una onyxe. No volaba, comprendió, cabalgaba un jirón de niebla que se burlaba de su inutilidad. El tacto de la sombra era repugnante, cálido, viscoso, sin resultar del todo sólido. Saltó a tierra, asqueado. La criatura le dedicó una grotesca carcajada y trazó una espiral a su alrededor antes de salir despedida hacia las alturas.

—¿Te diviertes? —preguntó Héctor.

Natalia estaba apoyada en el pedestal de la estatua del rey arácnido, observándolo sonriente. Sobre la gigantesca araña de piedra se agazapaba otra onyxe.

—No demasiado —contestó risueña—. Sólo quería ahorrarme el espectáculo de verte rodar por los suelos otra vez. Empezabas a resultar patético.

—Así me siento —murmuró él, malhumorado—. ¿De qué me sirven las alas si soy incapaz de volar?

—Nadie nace enseñado. Date tiempo, ya aprenderás.

—Tiempo —gruñó—. Ése es el consejo de moda. Vale para todo. «Tómame tu tiempo. Ten paciencia». Empiezo a hartarme —sonrió a su amiga y le acarició el hombro con cariño—. Anoche no viniste a dormir.

—Pues no te veo muy preocupado. Imagino que los bichitos de Bruno os mantienen al tanto de mis movimientos —Natalia también era incapaz de llamar al italiano por su nuevo nombre. Le había confesado que le parecía ridículo, aunque al menos había tenido el tacto de no decírselo a él a la cara.

—Por lo que me ha contado no funcionan así —dijo Héctor mientras miraba a su alrededor. Descubrió un escarabajo de madera y dos libélulas revoloteando cerca del pozo—. Dice que son sólo una medida de protección. Si te encuentras en peligro nos

avisarán, por lo visto no se fía mucho de tus sombras.

—Ni tú tampoco.

—Yo me fio todavía menos —admitió y miró de reajo a la que se encaramaba en la estatua. Por un instante sus miradas se cruzaron y Héctor fue consciente de todo el odio y el desprecio que sentía por él aquella criatura. La ignoró—. ¿Y dónde estuviste anoche, si se puede saber? —le preguntó a Natalia.

Ella se encogió de hombros.

—Por ahí —contestó—. Me dediqué a vagabundear. Y cuando me entró sueño me metí en la primera cosa con techo que encontré —miró a Héctor y sonrió—. Durante un tiempo no volveré al torreón —anunció—. Prefiero ir donde me lleve el viento —se echó a reír, como si hubiera dicho algo sumamente gracioso.

Héctor estudió a su amiga. Nunca había sido aficionada a llevar joyas o adornos, pero la Luna Roja también se había encargado de alterar esa costumbre. Ahora iba cargada de gargantillas, anillos y pulseras, y era raro el día en que no aparecía con adornos nuevos. Iba añadiendo a su colección todo lo que encontraba: anillos de hueso, pendientes de metales inidentificables, collares hechos de colmillos, nada era demasiado extravagante para ella. Además seguía con la desconcertante costumbre de dibujarse figuras extrañas en la piel. El efecto que causaba a la vista era perturbador.

—¿Pero por qué lo haces? —le preguntó la tarde en la que se presentó con el cabello adornado de lo que parecía ser un sinfín de huesecillos de pájaro.

—Es un impulso —le contestó—. Es mi forma de gritar al mundo que estoy aquí y que no podrán moverme. Mi manera de hacerle ver al universo lo especial que soy.

—Para eso no te hacen falta huesos en el pelo. Te bastas por ti misma.

—Qué halagador te has vuelto —rió ella—. Pero a mí no me tienes que piropear, ¿recuerdas? Me prometiste algo, ¿te refresco la memoria?

—No hace falta. Lo haré. Y lo haré pronto —le aseguró.

No había día que no estuviera a punto de decirle a Marina lo que sentía, pero nunca terminaba de decidirse. Y no era por falta de valor, simplemente la veía tan confusa por lo que estaba sucediendo que no se atrevía a hacerlo. A pesar de lo que pensara Natalia, Héctor dudaba que declararse ahora sirviera para algo que no fuera confundirla todavía más. No se le escapaba la paradoja que representaba que ahora que él estaba dispuesto a decirle que la quería, ella no parecía preparada para oírlo.

Natalia y Héctor pasaron dentro del torreón. Marina aguardaba allí, sentada con las piernas cruzadas en un butacón. La planta baja estaba iluminada con antorchas pero la luz parecía no molestarle ahora. Se levantó al verlos.

—Hola, preciosa —dijo Natalia—. ¿Cómo te encuentras?

Ambas se abrazaron brevemente.

—Mejor —contestó Marina cuando se separaron. Tenía buen aspecto, dentro de la palidez exagerada que era ahora norma en ella—. Así que supongo que debe haber

anohecido ya —sus ojos relucieron como los ojos de un gato en la penumbra.

Héctor las contempló charlar mientras recordaba las frecuentes discusiones que ambas habían sostenido en el pasado. Aquello había quedado atrás. La Luna Roja también había obrado el milagro de unirlos. O al menos había sofocado su animadversión.

—Traigo noticias —dijo Natalia, adoptando de pronto un tono repentinamente serio—. Y no son buenas, os aviso.

—¿Adrián? —preguntó Héctor.

La bruja estaba utilizando a sus onyces para detectar posibles amenazas en la ciudad, además de para mantener controladas a las que ya conocían. Era su modo de intentar convencerlos de que las sombras podían serles útiles, punto que Héctor ni discutía ni pensaba discutir, estaba convencido de que podrían servirles de ayuda, por supuesto, del mismo modo en que estaba convencido de que los traicionarían en cuanto tuvieran oportunidad.

—No, Adrián se está portando bien —contestó Natalia—. Sigue con su dragón y con ese viejito tan gracioso que se les ha unido. Mis onyces han encontrado al tipo de los tejados —les informó.

Héctor sintió el súbito ataque de celos acostumbrado.

—¿En qué se ha convertido? —fue lo primero que preguntó Marina.

Natalia miró de reojo a Héctor antes de contestar:

—De eso quería hablaros —anunció—. Su cambio todavía no ha terminado. Es... —se mordió el labio inferior—. Es un trasgo. Como Roallen.

—No. —Marina retrocedió un paso, con una mano en el pecho y los ojos muy abiertos. El recuerdo de la lucha terrible contra el trasgo hizo que Héctor se estremeciera; se acarició la mano derecha con la izquierda. Aquel monstruo casi había terminado con él.

—Un trasgo, sí. Aún está a medio transformación y... por lo que me cuentan está sufriendo mucho. No debe de ser un cambio agradable. —Marina la contemplaba horrorizada—. He pensado que quizá deberíamos... debería hacer que mis sombras... —tragó saliva.

—¿Quieres matarlo? —preguntó la vampira.

—No es que quiera. Pienso que es lo que más nos conviene, que es diferente. Recordad a Roallen. —Sus ojos por un instante se fijaron en la urna que contenía las cenizas de Ricardo.

—Lo recuerdo bien, y recuerdo que ese chico nos salvó la vida —dijo Marina—. Roallen nos habría matado de no ser por él.

—Y también apuñaló a Adrián.

—Y tú estuviste a punto de cortarle el cuello —le recordó Héctor con voz desabrida. Un trasgo, nada menos que un trasgo—. No mataremos a nadie —gruñó

aunque una parte de él hubiera estado encantada de ceder a la idea de N ataba.

—Sabía que dirías eso —la bruja sonrió mientras lo miraba de reajo. Se acarició la barbilla, pensativa, había algo que aún le quedaba por contar y era evidente que no sabía muy bien cómo hacerlo—. También han encontrado a tu amiga, la arpía loca — por el tono de su voz estaba claro que había decidido ser directa—: Bueno..., han encontrado lo que quedaba de ella.

\* \* \*

«Otra muerte más», pensó de forma lúgubre Esmael mientras salía del nido de dama Moreda, «si esto continúa así, acabaré gobernando un reino deshabitado».

Dama Araña había preferido aguardar fuera. Había sido ella quien había encontrado el cadáver cuando, como venía haciendo una vez por semana desde meses atrás, había llegado al nido con provisiones para la arpía. Dama Moreda, ayudada por Alastor, siempre había sido capaz de procurarse alimento, pero en los últimos tiempos su deterioro se había hecho tan evidente que el Consejo Real había decidido aprovisionarla desde el castillo, como se hacía con tantos otros habitantes de Rocavarancolia. Dama Araña suspiró, se quitó un monóculo y lo limpió en el faldón de su levita. Ya no haría falta que acudiera a aquel nido nunca más. Uno a uno, todos iban cayendo: Dama Moreda, Denéstor Tul, Enoch, Rorcual, Belisario...

—Pobre dama Moreda —lloriqueó la araña—. No se merecía terminar así.

—No, no se lo merecía —dijo Esmael. La lluvia hacía brillar la negrura de su cuerpo de tal forma que parecía recubierto de oscuridad viva—. Debería haber muerto en la batalla, junto a sus hermanas. La vida que ha llevado desde entonces no ha sido vida: ha sido un insulto a su memoria... Y encima en compañía tan deleznable —Esmael torció el gesto y añadió con dureza—: no, dama Moreda no se merecía estos años de indignidad.

Dama Araña agitó la cabeza. Era cierto que las facultades mentales de la arpía habían quedado mermadas tras la batalla, pero describir su vida como indigna era un error. Dama Moreda había vivido sus últimos años completa y absolutamente enamorada, y el objeto de su amor no se había separado nunca de ella en todo ese tiempo. Dama Araña estaba segura de que muchos la envidiarían. Pero no podía compartir aquellos pensamientos con el ángel negro, no sólo porque Esmael jamás llegaría a comprenderlo sino porque, en el fondo, ella tampoco lo entendía demasiado bien. Había sentimientos que se escapaban a su comprensión y el amor era uno de ellos. Sabía de su existencia y conocía la manera en que afectaban a otros seres, pero no terminaban de encajar en su propia concepción del mundo.

Esmael miró de reajo la construcción a su espalda, mientras se preguntaba si

aquella muerte podía tener alguna relación con los asesinatos del consejo. Dado el estado en que los carroñeros habían dejado el cuerpo, le había resultado imposible averiguar cómo había muerto dama Moreda. Quizá no había sido más que un accidente o alguna alimaña envalentonada con la Luna Roja. Dejaría que otros esclarecieran aquel punto.

—Lleva el cadáver a dama Desgarro —le pidió a la arácnida—. Y que ella y dama Serena averigüen la causa de la muerte. De entrada no será necesario convocar al consejo.

Se disponía ya a abandonar la azotea cuando dama Araña preguntó:

—¿Y la cabeza de Alastor, Esmael? ¿Intentarás encontrarla?

—¿Ese despojo? —El ángel negro hizo una mueca—. Algún carroñero habrá dado cuenta de él. A estas alturas no debe de ser más que una calavera roída tirada en... — se interrumpió, consciente de pronto de que aquella no era la primera muerte en Rocavarancolia en la que desaparecía una cabeza.

Entró de nuevo en el nido, maldiciéndose por no haberse percatado antes de algo tan obvio. Se acuclilló ante los restos y los examinó otra vez, con más detenimiento ahora. Recordó el cuerpo decapitado del criado asesinado junto a Belisario; las sirenas sin cabeza que habían servido de cebo para atraer a Enoch al salón del trono; el propio vampiro convertido en polvo; Rorcual tan despedazado tras ser obligado a sentarse en el trono que su cabeza bien podría haber desaparecido sin que nadie se percatara; y, por último, el cadáver de Denéstor Tul perdido para siempre en las profundidades del mar. Y ahora Alastor.

—Maldita sea. Se lleva las cabezas, pero ¿para qué? —se preguntó en voz alta—. ¿Son un trofeo o hay algo más? No... —murmuró—, si fuera así también se habría llevado la de Belisario y la de dama Moreda. Algo se me escapa.

Esta vez dama Araña sí le había seguido al interior del nido y lo observaba sin comprender. Las pinzas de sus mandíbulas se movían de un lado a otro.

—¿Esmael? ¿Qué es lo que pasa?

El ángel negro la ignoró por completo, sumido en sus pensamientos.

Quizá no se tratara más que de una casualidad, se dijo. ¿Pero y si no era así? ¿Y si el asesino de Denéstor había actuado de nuevo? Las preguntas se atropellaban en su mente. ¿Y si dama Moreda no era su objetivo?, se preguntó, ¿y si a quien buscaba era a Alastor? Se levantó con un gruñido de frustración. Antes de seguir especulando debería conocer la causa exacta de la muerte de dama Moreda.

—¿Esmael? —preguntó dama Araña, inquieta por su largo silencio.

—Haz lo que te he dicho —le ordenó con sequedad—: lleva el cuerpo a dama Desgarro y que ella y la fantasma averigüen cómo murió. Y hazlo ya. No te entretengas levantando mausoleos.

Y sin esperar a comprobar si la arácnida se disponía a cumplir su orden, salió y



levantó el vuelo. Había tenido la intención de regresar a su cúpula, pero el recuerdo del cuerpo deshecho de dama Moreda le perseguía. De pronto, un súbito impulso le hizo frenarse. La ciudad le rodeaba, silenciosa y oscura.

Tomó altura, impulsado esta vez por un hechizo de levitación, hasta que el contorno completo de Rocavarancolia se dibujó ante sus ojos. Se detuvo entonces, escupió en la palma de su mano derecha y, tras dibujar en la saliva una estrella de siete puntas, entonó un hechizo de localización general. Agitó la mano y la saliva, convertida en luz, se precipitó sobre la ciudad. Pocos segundos después, una diminuta chispa de luz blanca brilló sobre todos y cada uno de los habitantes de Rocavarancolia, al menos sobre todos los que no estaban protegidos contra un hechizo tan débil. Había muy pocas luces allí abajo. La mayoría concentradas en el castillo. No se detuvo a contarlas, pero no debían de llegar a los dos centenares. Se dejó caer, con las alas plegadas, un proyectil de oscuridad hendiendo la noche. Un murciélago de alas flamígeras se unió a él en su caída; el único que se había atrevido a desafiar a la Luna Roja desde que ésta había salido. Sus alas apenas ardían bajo la lluvia pero se mantenía tenaz en el aire.

Cuando apenas faltaban unos metros para llegar a la primera línea de tejados, Esmael detuvo su zambullida con un brusco desplegar de alas y voló hasta un pabellón de piedra. Desde un ventanal espió dentro, acuclillado como una gárgola que mirara en la dirección equivocada. El pabellón estaba en penumbra, pero pudo distinguir la voluminosa figura del monstruo que vivía allí. Barranta estaba tirado sobre un montón de paja; su respiración enferma reverberaba en el lugar como un trueno. Barranta era una mole inmensa, una criatura humanoide del tamaño de un mamut de combate. Era el último gigante vivo de Rocavarancolia. Barranta dejaba transcurrir los días dormitando, tan débil ya que no podía soportar su propio peso si se levantaba. Esmael lo observó con expresión inescrutable, luego regresó al exterior, con el murciélago revoloteando en torno a él.

Durante casi tres horas el Señor de los Asesinos voló por la ciudad, comprobando que todos los súbditos de aquel reino malherido se encontraran a salvo. Visitó a Crefala, el último hombre bestia, a Melgor, el anciano hechicero que vivía en una cueva en las montañas... Espió también a Mistral, que todavía vestía la forma del niño que había sido hacía tanto tiempo. Lo vio caminar por las calles, con aire furtivo, como si realmente creyera no ser más que un muchacho perdido en una ciudad encantada. Esmael se preguntó si habría recordado al fin su nombre y si eso había terminado de enloquecerlo.

El «último» cambiante, el «último» gigante, el «último» hombre bestia... Esa había sido otra señal inequívoca de la degeneración del reino: la aparición de ese adjetivo definitivo precediendo siempre a la especie de la que se hablaba: Roallen, el último trasgo, muerto bajo su mano; Denéstor Tul, el que durante tanto tiempo fuera

el último demiurgo, perdido en las profundidades del mar; y él mismo, hasta hacía poco, el último ángel negro.

Pero eso había terminado con la Luna Roja; la cosecha había sobrevivido y había desterrado, al menos de momento, aquel calificativo. También los visitó a ellos, por supuesto, sus cambios podían no ser todavía completos pero ya eran, en esencia, ciudadanos del reino: sobrevoló el torreón Margalar, donde se encontraban la vampira, el ángel negro y la bruja; espió al nuevo demiurgo mientras retomaba la exploración de la torre Serpentaria tras vagar durante horas por la ciudad; contempló, imperturbable, el sufrimiento del muchacho que se transformaba en trasgo; y, finalmente, se dejó caer sobre el alero de una torre de vigilancia, frente al templo en el que se guarecían el piromante, su dragón y el viejo dragonero.

Recordó lo poco en serio que se había tomado las esperanzas del Consejo Real cuando Denéstor les mostró las mediciones de la esencia de los cosechados. Qué distinto era todo ahora. Miró hacia el cielo, hacia el punto de luz blanquecina que se abría camino en la oscuridad.

—Empieza de nuevo —murmuró. El murciélago flamígero revoloteaba a su alrededor, incansable.

«Rocavarancolia resurge al fin», pensó sin apartar la mirada del fulgor blanco que centelleaba en lo alto. «Y seré yo quien la gobierne. Seré yo quien la lleve a una nueva época de gloria».

—Háblame de los dragones —le pidió el piromante.

El dragonero se inclinó sobre la hoguera para observar mejor al muchacho sentado al otro lado. Tras él, se recostaba el dragón de Transalarada, adormilado.

—¿Acaso os he hablado de algo que no fueran dragones en este tiempo? —preguntó Valga Melquíades.

Se encontraban en el pórtico techado de un edificio colosal, sentados entre las columnas que sostenían el altísimo techo. Aquella había sido la entrada al templo de oración de los gigantes de Hecatombe, una impresionante construcción que había dominado el noroeste de Rocavarancolia y de la que sólo permanecía en pie el pórtico.

—Eso no es cierto —dijo Adrián—. También me has hablado de piromantes.

Valga Melquíades soltó una risotada que le provocó un violento acceso de tos.

—Muchos os dirán que un piromante no es más que un dragón con forma humana —dijo en un murmullo cuando dejó de toser—. Pero está bien —concedió—, hablemos de dragones... —tomó aliento mientras contemplaba a la inmensa bestia dormida en busca de inspiración. No tardó en hallarla—: Ya os hablé de Balderlalsa, el coloso negro, el primer dragón vampiro; y de Godar Lenta, el Aliento del Mundo y la Devastación del Cielo. Bestias de leyenda que forman parte de la historia de Rocavarancolia. Permitidme ahora que os hable de otra criatura legendaria. No tuvo

la relevancia de los anteriores en el devenir del reino, pero puedo aseguraros que es el dragón más célebre que se conoce: dejad que os hable de Andras Sula.

El muchacho asintió, con los ojos brillantes, atento a cada palabra, a cada gesto del dragonero.

—Andras Sula, el dragón blanco. Su nombre, en un antiguo dialecto, significa: «el volcán que camina» —asintió con la cabeza mientras ordenaba sus pensamientos para proceder a contar la historia—. Antes de comenzar, he de ponerlos en antecedentes. ¿Habéis oído hablar de los destructores?

Adrián asintió.

—He leído sobre ellos —frunció el ceño al hacer memoria—. Son una desviación que puede darse en cualquier raza de dragones, una mutación o algo por el estilo.

—Eso es —confirmó el dragonero—. Su aparición es un fenómeno muy raro, sólo uno de cada diez mil dragones se convierte en destructor. Son fáciles de identificar: de cachorros son extremadamente nerviosos, con cambios de humor constantes... y son capaces de generar fuego mucho antes que sus hermanos. Una vez se detecta un destructor, debe ser sacrificado sin demora. Las consecuencias pueden ser nefastas si alcanzan la edad adulta —señaló la hoguera que ardía entre ellos—. Es el fuego —anunció—, el fuego los vuelve locos..., la llama que arde en su interior es demasiado intensa como para que puedan soportarla, hace que les hierva la sangre y los convierte en bestias imprevisibles.

»Y eso es algo que debe quedaros claro, piromante: el fuego es peligroso, por mucho que creas tenerlo bajo control es siempre él quien te domina. Y el fuego no tiene mente ni conciencia.

—Déjate de sermones, viejo, y háblame de Andras Sula —le espetó Adrián con brusquedad.

Valga Melquíades se revolvió incómodo y carraspeó para aclarar su garganta antes de continuar:

—Ocurrió en Querenia —comenzó—, un mundo vinculado hace más de mil años. No era un lugar demasiado llamativo, pero era idóneo para la cría de dragones: Querenia estaba infestada de volcanes y eso, como quizá sabéis, acelera su ciclo reproductor. Por eso vincularon a Rocavarancolia un mundo tan intrascendente como aquél. Se levantó un pequeño asentamiento cerca del vórtice y se trasladó allí un centenar de dragones de cría. Durante mucho tiempo todo funcionó a la perfección y cada pocos años una nueva remesa de dragones pasaba a engrosar las huestes del reino desde aquel mundo.

»Hasta que llegó Andras Sula. Es imposible saber a ciencia cierta cuáles fueron las circunstancias que facilitaron la aparición de aquel destructor. Quizá el culpable fuera un dragonero que cometió la locura de mantener con vida a una cría que debería haber matado. Puede que pensara que sería capaz de dominarla o tal vez pretendiera

enriquecerse con ella; oh, sí, los hechiceros están dispuestos a pagar fortunas por los despojos de un destructor. Cuentan que su sangre, debidamente tratada, concede la vida eterna y que aquel que mira en sus ojos puede ver en ellos el futuro con la misma claridad con la que ve el presente con los suyos.

»La primera noticia de que algo ocurría en Querenia llegó a Rocavarancolia cuando la nueva hornada de dragones no atravesó el vórtice el día previsto. Se envió un emisario a través del portal para averiguar la razón del retraso, pero de él nunca más se supo. Fueron más precavidos en la segunda tentativa de establecer contacto, esta vez se mandaron varios enjambres de exploradores, las criaturas que los demiurgos usan para averiguar qué se esconde tras los nuevos vórtices que se abren en Rocavarancolia.

—Y para buscar muchachos que cosechar —murmuró Adrián con frialdad.

El anciano asintió dubitativo y tras guardar unos instantes de silencio por si el piromante quería preguntar o añadir algo más, continuó su historia:

—Muy pocos exploradores regresaron, pero los que lo lograron trajeron consigo información suficiente para saber qué tipo de horror se había desencadenado en Querenia.

»Todos los dragones y dragoneros estaban muertos. Andras Sula los había matado. Sólo quedaban cenizas; hasta el mismo suelo se había licuado por la potencia de su llama. Y en medio de aquel caos estaba el destructor: un dragón blanco perlado, no mayor que un potro, un dragón que no podía tener más de unos meses de vida y que ya tenía fuego suficiente como para causar tal estrago.

»El destructor dividió al Consejo Real que por aquel entonces asesoraba a Su Majestad Jeremías, el inacabado. Unos argumentaban lo arriesgado que era mantener un vórtice abierto entre Rocavarancolia y aquella criatura y aconsejaban cerrarlo de inmediato, pero era una opinión tan minoritaria que ni se tuvo en cuenta. La mayor parte del consejo opinaba que debían intentar sacar provecho del dragón. Los demiurgos pretendían estudiarlo. Los nigromantes y hechiceros se decantaban, en cambio, por matarlo, unos para esclavizar su alma y otros para usar los restos en sus hechizos. Dama Aérea de la Espada Hambrienta se ofreció a cabalgar a través del portal y traer la cabeza de la bestia para colgarla en el salón del trono. Un piromante afirmó que sería un sacrilegio matar a una criatura tan perfecta y aseguró que él sería capaz de domarla y ponerla al servicio del reino.

»La única decisión que tomó Jeremías fue la de mantener el vórtice abierto. «Si alguien quiere la cabeza del dragón que cruce el portal y la traiga», señaló. «Si alguien quiere su alma que vaya él mismo a buscarla». Como única medida de precaución se dispuso un hechizo en el vórtice que impedía atravesarlo desde Querenia si antes no se había estado en Rocavarancolia; así, ocurriera lo que ocurriera, Andras Sula nunca sería capaz de entrar en nuestro mundo.

»Fueron muchos los que cruzaron el portal en aquellos primeros días: magos, piromantes, brujos y guerreros... Todos movidos por el ansia de gloria, todos deseosos de doblegar a la bestia para convertirse en leyenda. Pero lo único que encontraron fue la muerte. Sólo las criaturas ideadas por los demiurgos para estudiarla lograban sobrevivir y únicamente porque las mandaban en tal número que siempre lograba regresar alguna con vida.

»Nada podía contra el dragón blanco. Del mismo modo que no puedes derribar el cielo o partir en dos en sol, así de imposible era vencer a Andras Sula.

»Los escritos cuentan que era magnífico, hermoso como sólo lo que es capaz de matarte puede serlo. Se bañaba en el interior de los volcanes y se alimentaba de magma. No dormía jamás y el fuego que brotaba de su garganta era de un blanco tan puro como el de sus escamas. Con el paso del tiempo creció hasta superar con creces a cualquier otro dragón conocido. Y el planeta, como no podía ser de otro modo, comenzó a notar su influencia. El cielo de Querenia no tardó en arder envuelto en llamaradas blancas, la fuerza de su aliento colapsaba las montañas y secaba los mares. Andras Sula pronto dejó de ser un dragón para convertirse en una fuerza de la naturaleza, en un dios destructor con poder suficiente para cambiar la faz del mundo.

»Los reyes de Rocavarancolia se sucedieron uno tras otro y el portal a Querenia se mantuvo abierto. Hubo monarcas que ignoraron por completo la presencia de aquella bestia, otros, en cambio, intentaron aprovecharse de ella. No fueron pocos los que se libraron de prisioneros y enemigos arrojándolos a través del vórtice. Su Majestad Balente, por ejemplo, hizo entrar en aquel portal a todos los habitantes de Estraz, una ciudad fortificada de otro mundo cuya resistencia a la conquista había sido épica. Y aunque parezca imposible, de cuando en cuando todavía alguien se creía lo bastante poderoso o afortunado como para intentar acabar con Andras Sula. Ni uno solo regresó con vida.

»Y llegamos a los tiempos de Orestes, el loco. Ha pasado a la historia por su sentido del humor, retorcido y cruel, y por su afición desmedida a los juegos sangrientos.

Fue él quien mandó construir el anfiteatro de Rocavarancolia. Para su divertimento se enfrentaban en la arena los monstruos y guerreros más despiadados. Orestes gustaba de hacer todo tipo de apuestas, a cada cual más estrafalaria, mientras asistía a los combates: a un guerrero aldarkense le prometió un mundo vinculado entero si derrotaba a doce colosos de Arfes; a un hechicero le entregó en trofeo la calavera del cíclope Leviatán por acabar con una cohorte de muertos revividos.

»Una tarde llevó su locura al límite, después de asistir a un espectáculo particularmente sangriento prometió el trono de Rocavarancolia al único superviviente de la masacre, un brujo guerrero curtido en mil combates; sólo puso una condición para que pudiera reclamar el premio: debía entrar en Querenia y

regresar con vida. Todos pensaban que el brujo no aceptaría el reto, pero, para sorpresa de todos, aceptó. Dijo que había llegado su hora, su momento de gloria, que nunca tendría una oportunidad semejante y que bien merecía la pena jugarse la vida por ella. El brujo descansó esa noche y al día siguiente atravesó el vórtice a Querenia. Se estipuló que debería permanecer allí media jornada para tener derecho a reclamar lo prometido.

«Transcurrido ese tiempo, el brujo regresó. Oh, ni que decir tiene que no llegó a ser rey. Orestes le cedió la corona, sí... y acto seguido le obligó a sentarse en el Trono Sagrado que, ignorante de promesas, lo despedazó. Pero eso no cambiaba el hecho de que el brujo había regresado con vida. Pronto quedó claro el motivo:

»Ya no había mundo al otro lado del vórtice. El portal se abría a un campo de asteroides donde el brujo había sobrevivido gracias a su magia. El vacío del espacio resultó un enemigo más benévolo que la fiera con la que se hubiera topado en Querenia. Pero Andras Sula ya no estaba, y era evidente que había sido él quien había reducido el planeta a piedra y polvo. El dragón blanco había acabado con el mundo que lo vio nacer.

»Y es probable que eso también causara su final, sí, es posible que Andras Sula sucumbiera a su propio poder y muriera con Querenia. Pero hay quien dice que no sucedió así y que la destrucción de aquel mundo simplemente liberó al dragón. Cuentan que Andras Sula, majestuoso y eterno, vuela todavía en el vacío sideral, consumiendo todas y cada una de las estrellas que salen a su paso. Hay quien asegura que será él quien provoque el fin de la creación: irá apagando sol tras sol y devorando planeta tras planeta hasta que no quede nada más que fuego y oscuridad. Sólo entonces, Andras Sula quedará satisfecho, sólo entonces se detendrá y, según profetizan, será tal su satisfacción que estallará de puro gozo. Y la explosión que lo destruya será tan salvaje que de ella nacerá un nuevo universo.

»Así todo acabará en Andras Sula y todo volverá a comenzar con él.

Valga Melquíades guardó silencio. Durante unos instantes sólo se escuchó el aullido del viento, el siseo de la lluvia y la respiración bronca del anciano, agotado tras tan larga historia. El dragonero observó al piromante. Parecía curiosamente abstraído.

—Andras Sula —murmuró. En sus labios aquel nombre sonó a plegaria. Levantó las manos con las palmas abiertas hacia él y al instante se poblaron de llamas—. Gracias, viejo —dijo, sin apartar la mirada de las lenguas de fuego que recorrían sus dedos.

Valga Melquíades entrecerró los ojos; en todos los días que llevaba con el muchacho era la primera vez que mostraba agradecimiento o algo semejante a amabilidad.

—¿Gracias? —quiso saber—. ¿Me dais las gracias por la historia? Os he contado muchas mejores a lo largo de...

—No —le interrumpió—. La historia no vale nada, como todas las tuyas. Te doy las gracias porque me has dado un nombre: Andras Sula. Así será cómo me haré llamar a partir de ahora. ¿Sabes una cosa? Yo también invoqué el fuego cuando era pequeño, como ese dragón blanco. No necesité a la Luna Roja para conseguirlo. Sólo mis manos —seguía mirándolas, hipnotizado por el ir y venir de las llamas—. Incendí las caballerizas. Mis padres dijeron que no había sido yo, que había sido un accidente, un cortocircuito tal vez... Pero fui yo. Incendí los establos con las puntas de mis dedos. No necesité más. Lo había olvidado —asintió complacido como si aquel recuerdo recién recobrado fuera un preciado regalo—. Lo había olvidado —repitió.

—Puede ser... —murmuró Valga—. A veces los poderes de los piromantes se manifiestan en su infancia, no es normal que ocurra pero tampoco extraño, lo raro es que esos episodios se repitan con frecuencia —pero el muchacho no le prestaba atención.

—Andras Sula —murmuró de nuevo sin dejar de contemplar el fuego que bañaba sus manos y que encontraba su eco en el brillo enloquecido de sus ojos.

\* \* \*

Sedalar Tul levitaba bajo el techo de la penúltima planta de la torre Serpentaria, con las manos apoyadas en la piedra y la cabeza pegada a ellas. Podía olerla. La magia rebosaba allí arriba, a escasos centímetros de distancia, y sentía tal frustración por no poder alcanzarla que se tenía que morder los labios para no gritar.

Frunció el ceño al notar una repentina corriente de aire. Luego escuchó el siseo de las sombras de Natalia y supo que la bruja acababa de entrar. El demiurgo se dejó caer, con el gabán ondeando alrededor. Natalia estaba en el centro de la estancia, escoltada por varias onyces, con los brazos cruzados bajo el pecho y expresión sombría, más marcada si cabe por las espirales y dibujos que adornaban su rostro. Sedalar, al verla, se sintió deslumbrado.

—Deja de hacerlo, Bruno —le pidió la joven. Su voz era gélida, tajante—. Deja de mandarme tus bichos. Empiezas a cansarme.

—Siento haberte molestado —sobre sus hombros se posaron el escarabajo que le había mandado horas antes y dos libélulas de alas de papel—. Pero mi única intención es protegerte.

—Pues yo no quiero que lo hagas, ¿vale? Mis sombras y yo nos bastamos para mantenerme a salvo.

—No lo dudo, pero nunca está de más extremar las precauciones —insistió él. Se quitó la chistera, sacudió la cabeza para desenredar sus rizos y luego miró a Natalia. La intensidad de su mirada hizo sonrojar a la muchacha; sólo fue un instante, pero a

Sedalar no le pasó desapercibido—. No te equivoques. No estoy haciendo esto por lo que pueda sentir o no por ti. Me dejaste claro que tenía que olvidar mis sentimientos y en ello estoy —y aquella mentira sonó en sus labios como si fuera la única verdad que hubiera pronunciado en su vida.

—No me gusta que me espíen —insistió ella. Parecía realmente enfadada.

—Y no lo hago. Estoy seguro de que existen modos de mirar a través de los ojos de mis criaturas, pero todavía no los conozco.

—¿No? —preguntó sarcástica—. ¿Me estás diciendo que no pueden contarte qué estoy haciendo?

—No, no pueden. Natalia, te lo repito: no te estoy espi...

—¿Y si no puedes comunicarte con ellas cómo se supone que van a avisarte si me pasa algo, listillo? —le cortó ella sonriendo maliciosa.

—Hay un modo —le informó él—. Si corres peligro, mis criaturas se quitarán la vida. Cuando mueren no importa dónde estén ellas o dónde me encuentre yo: lo siento al instante. Es como si me retorcieran por dentro. Así sabré que algo ocurre. Y así podré ir ayudarte.

—¿Se matarán? —preguntó, pasmada—. No hablas en serio, ¿verdad?

Sedalar asintió con desgana.

—Claro que hablo en serio. ¿Tienes algún problema con ello? —le preguntó con exagerada frialdad—. No parecen gustarte, así que qué te importa la suerte que corran.

—Una cosa es que no me gusten y otra que se maten por mí y no me afecte. ¿Qué bestia sin sentimientos crees que soy?

—Todos morimos —dijo él y su voz sonó idéntica al Bruno de antaño—. Al menos así su muerte tendrá sentido —se puso la chistera y echó a andar hacia la puerta. Las sombras siseaban a su paso—. Si no te importa, tengo que irme. Se ha hecho tarde y no quiero que Héctor y Marina se preocupen por mí. Si tienes algo más que reprocharme, hazlo rápido.

—No sé a qué estás jugando, Bruno, pero no me gusta.

—No estoy jugando a nada —le dijo—. Y, por favor, deja de llamarme Bruno. Ahora soy Sedalar —señaló mientras se ajustaba con brusquedad la chistera—. Sedalar Tul.

A duras penas logró contener el impulso de echarse a reír cuando la escuchó insultarle a su espalda.

Héctor estaba curioseando uno de los libros de magia de Bruno cuando Marina bajó las escaleras. No la oyó llegar, pero fue capaz de intuir su presencia. Se giró y se sorprendió al verla a menos de un metro de distancia; llevaba puesto un grueso blusón con capucha y el arco y el carcaj colgados al hombro.

—Voy a salir —susurró. Con la mano derecha se masajaba las sienes, como si



intentara sofocar una migraña—. Hoy no se me quita ni la sed ni el dolor de cabeza —dijo—. Tengo que hacer algo —Héctor se levantó e hizo ademán de acercarse. La joven retrocedió y él se detuvo. No lo quería cerca, era evidente—. Con suerte puede que cace algo —murmuró insegura.

—Bruno no tardará en regresar —dijo él, con un nudo en la garganta—. Si le esperas, seguro que podrá ayudarte —se sentía restablecido de la sangría de aquella mañana, y aunque la idea de ponerse de nuevo bajo la jeringa le daba náuseas lo haría si no quedaba alternativa.

Marina negó con la cabeza.

—No es eso —murmuró—. Al menos no es sólo eso... No puedo quedarme aquí día tras día sin hacer nada. Necesito saber que puedo ayudarme a mí misma.

—Y no vas dejar que te acompañe, ¿verdad? Porque esta es una de esas estupideces que uno debe hacer solo y todo eso.

—Exacto —sonrió con desgana—. Pero te dejo acompañarme hasta el puente si quieres. No tienes que preocuparte tanto por mí. Además, mira, llevo protección —tras meterse la mano en el bolsillo le mostró la diminuta araña de miga de pan y palillos que Bruno había hecho para ella—: Tengo un bichito de demiurgos, ¿lo ves? Estaré bien —le aseguró—. Si me meto en problemas, la araña avisará a Bruno y acudirá al rescate...

—Por si acaso no te metas en líos —dijo él—. Bruno todavía no está en sus cabales.

Echaron a andar hacia el portón, con Héctor siguiendo de cerca a la muchacha. Algo había cambiado también en la forma de caminar de Marina, ahora parecía más etérea que nunca, dotada de una gracia especial.

Fuera continuaba lloviendo. Marina alzó el rostro un instante para recibir la lluvia en pleno rostro, pero no tardó en apartarlo, como si el contacto del agua le resultara repugnante. Se puso la capucha y aceleró el paso.

En el reloj de la fachada el símbolo de la Luna Roja continuaba su desplazamiento. Ya había llegado a la altura de las dos y, según los cálculos de Bruno, alcanzaría a la estrella en un mes.

Cuando llegaron al puente, Héctor se detuvo.

—Aquí me quedo —anunció Marina. Se giró hacia él, envuelta en un repentino torbellino de ascuas rojas. Por un instante Héctor vio cómo le sonreía, pero de pronto la sonrisa se vino abajo y fue sustituida por un rictus voraz.

El vello de la nuca se le erizó. El hambre de Marina, en aquel momento, la superaba. Héctor sentía la mirada de su amiga atravesándolo de parte a parte. La oscuridad se asomaba en esos ojos y la oscuridad era roja y brutal. Y él, de pie ante ella, notó una oscuridad similar removiéndose en su interior. Todos sus músculos se tensaron. Por un instante, un instante eterno, parecieron dispuestos a saltar el uno

sobre el otro, hasta que, de pronto, Marina parpadeó, retrocedió un paso y volvió bruscamente en sí. La expresión con que ahora lo miró fue de perplejidad.

Un relámpago rasgó el cielo en ese preciso momento y el trueno que le siguió fue de tal calibre que dio la impresión de que la misma realidad se tambaleaba.

—Nos vemos en un rato —le aseguró Marina con voz trémula cuando el estruendo se disipó. Luego huyó a la carrera.

Héctor la vio desvanecerse entre las sombras, inmóvil, aturdido, sin comprender muy bien qué acababa de suceder. La oscuridad se convulsionó en su pecho, era una fuerza despiadada que le impelía a ir tras ella y despedazarla. Dio un paso atrás, soltó un gruñido más animal que humano y, dando la espalda a la noche y a sus instintos, regresó al torreón.

\* \* \*

Hurza Comeojos permanecía acuclillado en la azotea de un edificio de piedra negra, envuelto en su hechizo de opacidad. Desde allí, fue testigo del tenso momento vivido entre Héctor y Marina. La muerte de cualquiera de los dos retrasaría sus planes de manera indudable, pero ni por un instante se le pasó por la cabeza intervenir. De hacerlo, Esmael caería sobre él antes de que tuviera tiempo de pronunciar su nombre.

Cuando vio cómo la muchacha echaba a correr bajo la lluvia, se deslizó en su persecución. Pronto le dio alcance. La vampira marchaba ahora a paso vivo, ignorante de la presencia que la acechaba. Se detuvo al poco tiempo, se limpió las lágrimas con la manga del blusón y comenzó a murmurar insegura un hechizo de rastreo. Era nueva en la magia y tuvo que recomenzar el sortilegio varias veces hasta dar con el tono adecuado. Finalmente consiguió invocar un tenue hilo de claridad que se fue desenredando despacio en dirección norte. Marina contempló con sorpresa aquel diminuto rastro, como si hasta a ella le asombrara haberlo conseguido. A continuación echó a andar siguiendo el hilo plateado.

\* \* \*

Sobre el castillo en las montañas flotaba dama Serena, encarada hacia el brillante fulgor que titilaba en el cielo. Aquella luz marcaba el punto final de una época, era la señal inequívoca de que la rueda giraba de nuevo, con todas las consecuencias que eso acarrearía. La fantasma estudiaba el fulgor con cierta extrañeza, preguntándose qué sentimientos se habrían despertado en ella si el devenir de los acontecimientos

hubiera sido diferente. ¿Se sentiría feliz de contemplar aquella luz si no hubiera vendido su alma, todo lo que tenía, todo lo que era en suma, a un monstruo? ¿Se sentiría esperanzada de ver cómo Rocavarancolia retomaba el camino que nunca debería haber abandonado? No lo sabía, no podía saberlo.

A sus pies, en el castillo, la vida continuaba, ajena a la fantasma y a la llamarada blanca que se abría camino en los cielos. Los pálidos criados se arrastraban por los pasillos, con la oscuridad de Hurza pulsando en sus sienes. La escasa guarnición de la fortaleza permanecía de guardia en sus puestos. En el castillo todo era silencio y penumbra.

En sus estancias de la torre norte, los hermanos Lexel se sentaban frente a frente a una mesa de mármol ajedrezada. Sus posturas eran simétricas, hasta el vuelo de sus capas al caer era idéntico. Las máscaras que portaban no tenían orificio alguno para facilitar la visión, pero aun así, se miraban con una tensión y un odio tan atroz que quedaba patente en todos y cada uno de sus músculos.

Los hermanos Lexel no eran hermanos. En el pasado habían sido un único ser, un cosechado más. Había sido la Luna Roja la que los había escindido en dos criaturas separadas, completamente autónomas y, a pesar de ello, dependientes. No podían vivir el uno sin el otro, se necesitaban con la misma ansia y furia con la que se aborrecían. Sus corazones latían en sincronía, cuando uno exhalaba el aliento de sus pulmones el otro inhalaba.

Los dos miraron de pronto y al unísono hacia el ventanal de la torre. A través de él se alcanzaba a distinguir el fulgor que había aparecido entre las nubes.

—Se abrirá esta noche —dijo el gemelo de la máscara blanca—. Y conducirá a un mundo magnífico, un mundo lleno de vida que retorcer y torturar. Apuesto mi alma, dos besos a las puertas de la muerte y una noche de masacre.

—Se abrirá esta noche —dijo el gemelo de la máscara negra. Su voz era idéntica a la de su hermano—. Y se abrirá a un erial desolado donde nunca podrá haber vida. Apuesto mi alma, el llanto de un niño muerto y un día aciago.

En el cielo, el fulgor se hizo todavía mayor.

\* \* \*

El dolor no acababa.

Darío se retorció en el suelo, entre la mugre y el polvo. La habitación apestaba a matadero. No había parte de su cuerpo que no fuera un tormento. Sentía que se estaba descoyuntando, que los huesos de su esqueleto se soltaban unos de otros para soldarse con sus vecinos, sin orden, sin coherencia, sólo por el placer de torturarlo. Las convulsiones a veces eran tan fuertes que el muchacho golpeaba el suelo y las

paredes con tal fuerza que la piedra se resquebrajaba.

Si hubiera tenido fuerzas se habría matado. De haber podido habría empuñado la espada y le hubiera dejado quitarle la vida. Pero lo único que podía hacer era retorcerse, muerto de miedo, muerto de dolor, y desear que en una convulsión se le rompiera el cuello y pudiera descansar por fin.

«Mírame bien», escuchaba decir a Roallen entre los alaridos de su cabeza, «porque esto será lo que veas en el espejo cuando salga la Luna Roja». Y por eso, sólo por eso, mantenía los ojos cerrados, se negaba a ver en qué se estaba convirtiendo, no quería tener el menor atisbo de ese cuerpo que ya no era suyo.

Estaba tan aturdido, tan perdido en su agonía, que tardó tiempo en darse cuenta de que alguien hablaba junto a él.

—No sé si lo estoy haciendo bien —decía la voz, rota y desolada—. Es la primera vez que intento un hechizo de curación... No sé si funciona, no sé si sirve para algo...

Por un momento pensó que el muchacho de la chistera había regresado, pero de ser así sus palabras no tenían sentido. Bruno conocía bien los hechizos de curación, y además... además no era una voz de hombre la que oía. Era una mujer. Entreabrió los ojos y las tinieblas lo deslumbraron.

Creó ver a un hombre desnudo, acucillado ante él, de piel parda, con un cuerno en la frente, pero pronto aquella imagen se desvaneció y se encontró con Marina, arrodillada a su lado. La joven apenas era una sombra en la oscuridad, pero era indudablemente ella. Sus ojos refulgían como faros, como soles gemelos que hubieran bajado del cielo para consolarle con su luz. Nunca había estado tan pálida, nunca había estado tan hermosa.

Quiso hablarle. No le importaba si lo que tenía ante él era un espejismo. Necesitaba explicarle que no era culpa suya, que no existía hechizo que pudiera salvarlo porque no había heridas en su cuerpo que sanar. Era la Luna Roja la que lo retorció por dentro y por fuera y contra ella nada podían hacer. Quería decirle tantas, tantas cosas... Quería contarle que, por estúpido que pareciera, se había enamorado de ella nada más verla, que sólo necesitó mirarla una vez para saber que su futuro y el suyo, de alguna manera incomprensible, mágica, estaban ligados. Pero no encontraba palabras. Y ella estaba ahí, tan cerca que podía olería sobre el hedor que despedía su propio cuerpo.

Hizo un supremo esfuerzo para frenar los temblores y alargó una mano hacia ella, una mano de dedos largos y retorcidos. Al verlos se vino abajo; y aun así encontró fuerzas para hablar. Sabía muy bien qué debía decir. Sabía muy bien lo que tenía que pedirle:

—Mátame... —le rogó. Las lágrimas comenzaron a verterse por sus mejillas imposibles. No reconocía su propia voz, ni la geografía de su cuerpo, pero reconocía a la muchacha que lloraba ante él. Y eso, en aquel momento, era suficiente—.

Mátame... —repitió.

Ella sacudió la cabeza, trató de incorporarse, tropezó y cayó al suelo. Se llevó una mano a la boca. ¿Se había relamido? Eso había creído ver. Su mano todavía la señalaba, suspendida en el aire.

—Mátame...

Marina negó por enésima vez con la cabeza, se levantó y echó a correr hacia la puerta. Él mantuvo la mano alzada, aquel horror ajeno, señalando en dirección al sonido de pasos que se desvanecía por la escalera.

—¡Mátame! —gritó.

Pero ella ya no podía escucharle.

\* \* \*

La tormenta crepitó en torno al vibrante fulgor que había aparecido en mitad de la noche. La oscuridad alrededor de la luz se vino abajo y el espacio se quebró y crujió. El fulgor, tras un brusco estallido, aumentó su potencia, se llenó de matices, de tonos rojizos y violáceos. Y aquella extraña mancha de luz floreció, comenzó a girar más y más rápido, hasta que la brecha, rodeada de luz cambiante, se hizo mayor.

Y el primer nuevo vórtice en treinta años se abrió en Rocavarancolia.

## VIII

# Monstruos

El portal conducía a un mundo muerto.

Ante los ojos de Esmael, dama Serena y los Lexel, se extendía una tierra cuarteada, jalonada de montañas retorcidas que se asemejaban a colmillos de piedra. En el cielo centelleaban tres portentosos soles. Su luz era deslumbrante.

—No hay rastro de vida —murmuró la fantasma con desidia—. Ni lo habrá jamás. Esta tierra es un yermo.

El consejo se había reunido la noche antes, poco después de que aquel vórtice se abriera, para discutir cómo encarar la exploración de los nuevos mundos que fueran apareciendo en Rocavarancolia. Con la muerte de Denéstor habían perdido también a sus exploradores. Al final se optó porque fueran ellos los encargados de explorar los vórtices dado que eran los más capacitados para sobrevivir en cualquier ambiente.

—Y se abrirá a un erial desolado donde nunca podrá haber vida —recitó un Lexel, con los brazos cruzados ante el pecho. Se giró hacia su hermano—. Me debes tu alma, dos besos a las puertas de la muerte y una noche de masacre. Los he ganado en buena lid.

—Tuyos serán —contestó el otro con frialdad.

—Pero es un principio —murmuró Esmael, ajeno al diálogo absurdo de los gemelos—. Es la primera puerta, pronto se abrirán más. Y tarde o temprano alguna conducirá a una tierra útil.

Algo en el tono de Esmael hizo que dama Serena lo mirara con atención.

—¿Optimismo? —preguntó—. ¿Un ángel negro optimista? ¿Qué maravilla es ésta?

—No es optimismo, es simple estadística —sonrió. Hacía tiempo que no estaba de tan buen humor—. Ya ha pasado lo peor, dama Serena. Hemos sobrevivido. Ya no estamos aislados en la oscuridad. Lo intentaron, pero no pudieron con nosotros. Ahora es cuando nos toca resurgir. Y nadie nos volverá a parar. Jamás.

«No, bastardo del infierno», pensó ella. «Lo peor está por llegar. Ahora viene Hurza y nos arrastrará a todos a la destrucción».



Héctor estaba recostado en un butacón en el patio. Era noche cerrada y una suave brisa hacía susurrar las hojas secas que se amontonaban en el suelo. Héctor se preguntó de dónde habrían llegado, pero no concedió importancia a aquel misterio. Si le daban a escoger entre que llovieran hojas o arañas prefería mil veces las primeras. Se tumbó en el butacón, con la vista fija en el cielo estrellado. Por fin había dejado de llover y en el patio todo era calma. Era como si Rocavarancolia se hubiera decidido a concederles una tregua.

—¿Duermes? —preguntó una voz a su espalda.

Marina estaba en la puerta del torreón, convertida en poco más que una sombra a contraluz. Lo único que se distinguía era el brillo de sus ojos.

—No. Dejo pasar el tiempo, sin más —contestó él, con una sonrisa. Y aun a pesar de hallarse envuelta en sombras, Héctor adivinó que Marina sonreía a su vez. La tensa situación en el puente levadizo había quedado ya olvidada. La oscuridad, aunque sólo fuera por unos instantes, había sido vencida.

—¿Puedo sentarme contigo? —le preguntó ella—. ¿O estás haciendo una de esas cosas que se deben hacer solo?

—Mejor en compañía —Héctor se incorporó para dejarle sitio.

La silueta de la muchacha se fue dibujando poco a poco a medida que se acercaba, provocando a su paso remolinos de hojas secas. Héctor contuvo la respiración. Marina vestía un camisón blanco, tan liviano que era como si no llevara nada encima. Su cuerpo se reveló a sus ojos de manera clara, perfecta. Se sintió desfallecer.

—Hace una noche espléndida —susurró la joven. Se estiró apenas a un paso de él, arqueó la espalda y respiró hondo, con una mano en la cadera y la otra acariciándose el cuello—. Quita el aliento, ¿no crees? —le miró con sus ojos relucientes.

Asintió, incapaz de articular palabra.

Marina se sentó a su lado y apoyó la mejilla en su hombro. Héctor esperó notar el frío glacial de la joven, pero lo único que sintió fue un calor sofocante.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella. En el tono de su voz quedó patente que sabía muy bien lo que le estaba ocurriendo. Se apretó aún más contra él mientras pasaba una mano por su espalda, subiendo despacio, una a una, las vértebras de su columna. Alzó la cabeza para susurrarle—: ¿Estoy demasiado cerca?, ¿es eso? ¿Me aparto un poco?

—No —contestó él—. No lo hagas —dijo y luego añadió—: Si no quieres...

—¿Tú crees que pienso en alejarme? —hablaba tan cerca que Héctor respiraba su aliento y tenía el sabor de las cerezas maduras, de los sueños cumplidos y del mar embravecido... Los labios de Marina rozaron su mejilla, fue un toque liviano, una

caricia lenta—. Me he vestido así para ti, ¿te gusta? —le preguntó. Héctor escuchó el sonido de la seda al rozar contra la seda cuando Marina subió las piernas a la butaca. El camisón no era suficiente barrera entre sus cuerpos y, por un instante, sintió el de ella con mayor rotundidad que el suyo propio.

—Es el blanco —dijo, sin aliento—. Se me hace raro verte de blanco.

—¿Eso es lo que te pone nervioso? —Hizo un mohín, decepcionada. Se echó hacia atrás y se llevó las manos al vuelo del camisón—. ¿Quieres que me lo quite? No hay problema —comenzó a subírselo, resuelta y decidida. Héctor se apresuró a detenerla cuando a punto estaba de rebasar sus caderas. La sujetó con firmeza de las muñecas.

—No es el camisón lo que me está matando —dijo y tiró de ella hacia delante. La muchacha cayó sobre él.

La abrazó por la cintura y la miró a los ojos. En ellos ardía un fuego más allá del control de piromantes y dragones, un fuego que consumía infiernos y soles en cada parpadeo.

—¿Y qué es? —preguntó ella. Hablaban boca contra boca. Los dientes de Marina eran de un blanco immaculado.

—Lo sabes.

—Pero quiero oírlo. ¿Qué te está matando?

—Tú. Me estás matando tú —e incapaz de contenerse, se lanzó hacia delante y la besó en los labios. Cerró los ojos y se perdió en ese beso y en las manos que se enredaban en su pelo.

Una nueva fiera se desató en su interior y ni podía ni quería detenerla. La besó con ansia, con furia, y ella respondió a sus besos con la misma pasión. Sus bocas se abrían la una en la otra, sus manos buscaban los lugares más recónditos de sus cuerpos y se deshacían en caricias que los electrizaban. Marina gimió. Lo besó en la boca, le mordió el lóbulo de la oreja y luego descendió hasta el cuello. Una cálida oleada de placer estalló en su garganta, ahí donde Marina le besaba en ese instante. Era una agonía irresistible, absoluta y tremenda, una agonía exquisita. Cerró los ojos y se dejó llevar.

Entonces despertó.

Y se encontró en la cama, con Marina montada a horcajadas sobre él y sus colmillos hundidos en la garganta. Los ojos de Héctor se abrieron de par en par. Estaba a punto de morir. Llegaba el final, una ola lo arrastraba, una ola que estaba a punto de arrasarlo todo. La vampira lo desangraba con tal rapidez que notó el ímpetu de la sangre al abandonar su cuerpo. Reaccionó por instinto. Se revolvió y le propinó una rabiosa patada en pleno vientre que la lanzó despedida de la cama. Ella profirió un grito terrible. Cayó de pie y siseó, furiosa. Héctor se irguió, dispuesto a atacar. El velo rojo había regresado a su mirada. No pensaba. No era nada. Sólo furia. Y Marina no era más que un adversario que destrozar. Saltó hacia ella, ciego de ira, incapaz de



contener el fuego que ardía en sus venas al igual que había sido incapaz de contener su pasión en el sueño.

Sus alas se afilaron a una orden mental que ignoraba haber dado. Las desplegó y lanzó la derecha hacia Marina en un golpe sesgado que cortó el aire con un silbido penetrante. En el último instante, Héctor recordó a dama Moreda suplicando por la vida de Marina. «No la mates», le había pedido desesperada, «no la mates». Héctor vaciló, pero sólo una fracción de segundo, luego culminó el golpe. El ala sajó el cuello de la joven de parte a parte.

Héctor replegó sus alas y el espacio entre ambos se pobló de perlas sangrientas. Y de pronto fue realmente consciente de lo que acababa de suceder, de lo que acababa de hacer... La conmoción le hizo caer de rodillas, fulminado por sentimientos más allá del horror.

Marina retrocedió un paso, con una fina línea roja marcada a fuego en el cuello, y cayó también de rodillas. El instante mínimo de vacilación al recordar a la arpía había evitado que le separara la cabeza del tronco.

Los ojos de la muchacha rebosaban oscuridad. Parecía estar despertando de un profundo trance. Gimió. Se llevó las manos a la herida abierta en su garganta, al tajo brutal que rodeaba su cuello como un truculento collar. Era tan profundo que poco había faltado para decapitarla. La sangre brotaba mansa por esa brecha y Héctor sintió una frialdad execrable al darse cuenta de que esa sangre era, en definitiva, suya.

Marina lo miró, perpleja, sin comprender qué hacía allí ni qué estaba ocurriendo. Cuando descubrió el cuello desgarrado de Héctor un relámpago de comprensión cruzó sus ojos.

—Me alimentabais con tu sangre... —susurró, horrorizada.

—Marina —la llamó. O al menos creyó hacerlo, pero de sus labios no brotó el menor sonido. Comenzaba a desfallecer. No se resistió al desmayo, al contrario, se abrazó con todas sus fuerzas a él. Cualquiera cosa era mejor que contemplar aquella herida, aquel tajo que él mismo había abierto y que ponía fin a tantas cosas.

\* \* \*

Héctor abrió los ojos con la absoluta seguridad de que no había pasado más de un segundo inconsciente. Se incorporó deprisa, pero en vez de encontrar a Marina ante él, se topó con Bruno, que lo miraba preocupado. Y no era el único cambio de escenario. Lo habían trasladado a otra habitación.

Tras Bruno estaba Natalia, el gesto tan sombrío como el del demiurgo.

—¿Marina? —preguntó Héctor. Se encontraba tan débil que le costaba trabajo hablar—. ¿Dónde está Marina?

Intentó levantarse, pero Bruno se le acercó y le obligó a permanecer tumbado. Su mareo empeoró. Tenía náuseas y el mundo parecía no estar fijo a su alrededor.

—¿¡Dónde está!?! —se temía lo peor. «La he matado», se dijo, «como Lizbeth mató a Rachel, como Roallen mató a Ricardo...».

—Tranquilízate —le pidió Sedalar mientras lo sujetaba de los hombros—, no quiero que te exaltes. No sabes lo cerca que has estado de morir.

—No, no, no... —negó con la cabeza—. No me pidas que me tranquilice. No me pidas que me calme —se abalanzó hacia él y lo aferró del chaleco, aunque no tuvo fuerzas para más—. ¿¡Dónde está Marina!?!

—Se ha ido —le contestó Natalia desde la puerta.

Héctor soltó al demiurgo y la miró, aturdido.

—¿Qué?

—Que se ha ido. Se ha marchado del torreón.

El alivio de saberla viva sólo duró un instante.

—¿Habéis dejado que se fuera?

—Estaba decidida —le contestó Sedalar—. Y dadas las circunstancias quizá sea lo mejor. Discúlpame, Héctor, en parte lo sucedido es culpa mía. Debí haber supuesto que podía ocurrir algo así. Al alimentarla con tu sangre creamos un vínculo entre su apetito y tú. Cuando tuvo hambre fue instintivamente hacia ti.

Héctor no le escuchaba.

—Qué locura —musitó—. ¿Habéis dejado que se vaya! —comenzaba a recuperar las fuerzas. Su metabolismo de ángel negro se había puesto en marcha—. ¿Qué os pasa? ¿Os habéis vuelto locos?!

—Marina sabe cuidarse sola —le replicó Natalia—. No dejes que te cieguen tus sentimientos, ¿vale? Como te pongas en plan protector de damas desvalidas me liaré a patadas contigo.

—No me haces gracia.

—Ni tú a mí tampoco.

Héctor negó con la cabeza. Natalia no sabía de qué estaba hablando. Ella no le había cortado la garganta a Marina, no había visto su mirada de horror al descubrir lo que se habían hecho el uno al otro. No podía dejarla sola, no en aquellas condiciones.

—Tengo que verla —dijo—. Tengo que ir con ella. ¿Dónde está?

—La curé y se marchó —le explicó Sedalar—. Va bien provista de talismanes y mis criaturas y las onyces la vigilan. Estará bien.

—¿No te he preguntado eso! —se levantó de la cama. El demiurgo frunció el ceño pero no intentó detenerlo. Héctor se tambaleó al recuperar la vertical, se apoyó en la mesilla y se giró hacia Natalia—. Dile a tus sombras que me lleven hasta ella —le ordenó.

Natalia parpadeó, tomada por sorpresa por el tono autoritario de su voz.

—Lo siento pero no voy a hacer eso —dijo—. Ella no quiere verte.

—Va a necesitar tiempo...

—¡A la mierda con el tiempo! —le espetó—. ¡Casi la mato! ¡Tengo que verla! — todavía estaba débil, pero eso no iba a detenerlo.

—Y ella casi te mata a ti —le recordó Natalia.

—Voy a buscarla —murmuró mientras se aproximaba a ella—. Apártate de la puerta o te aparto yo.

Natalia lo fulminó con la mirada, pero se hizo a un lado.

—Las haré volver —le aseguró Sedalar cuando Héctor ya salía—. A ella, a Maddie y a Lizbeth. Encontraré el modo de deshacer lo que hizo la Luna Roja.

—Deja de engañarte —dijo él desde la puerta—. No hay vuelta atrás. Somos monstruos. Y eso no va a cambiar jamás.



Cuando Lizbeth saltó sobre la loba negra, Roja tardó en reaccionar. Quizá fue la sorpresa o tal vez porque estaba tan harta de refrenarla que, inconscientemente, quería que todo acabara. Fuera como fuera, cuando se puso al fin en marcha era tarde: ambas lobas rodaban por el suelo enzarzadas en una pelea brutal. El resto de la manada, que había estado dormitando al resguardo de los muros se levantó al momento, alterada por la trifulca; muchos desnudaron sus colmillos y gruñeron quedamente. Todos los gruñidos iban dirigidos a Lizbeth.

Roja había perdido la cuenta de las veces que había contenido a Lizbeth. No había habido lobo contra el que no hubiera querido arremeter, hasta en una ocasión, en el colmo del absurdo, había intentado atacar a Gris. No es que Lizbeth tuviera problemas para adaptarse, era, simplemente, que estaba loca, a eso se reducía todo.

La loba negra se llamaba Éter y era la hembra preferida de Gris. Por eso, cuando Roja vio al enorme macho levantarse y aproximarse a trote rápido, supo que Lizbeth estaba perdida; la paciencia del lobo había llegado al límite. El instinto le decía que no se inmiscuyera, pero el vínculo de lealtad que la unía a Lizbeth era demasiado fuerte. Cuando iba a echar a correr hacia Gris, Azur se interpuso en su camino.

«Os matará a las dos», dijo. «Olvídala. Está muerta. Ayúdala y tú también lo estarás».

Roja se quedó donde estaba, con el lomo encrespado y los colmillos a medio mostrar.

Gris separó a las lobas a empujones. Éter retrocedió, cojeando de una pata; Lizbeth se revolvió rabiosa; la locura desorbitaba sus ojos. El macho se abalanzó sobre ella. Prácticamente la arrolló. En comparación con él, Lizbeth parecía un cachorro

lisiado. No tenía la menor oportunidad. Roja de nuevo sintió el impulso de correr en su auxilio, pero consiguió dominarse. No podía hacer nada. No podía salvarla. Logró mantenerse firme hasta cuando los gruñidos feroces de la loba dieron paso a unos terribles chillidos de dolor. Aguantó la respiración, con la vista fija en los ojos de Azur. No pensaba mirar.

De pronto, la manada entera, Roja incluida, levantó la cabeza al unísono. De la tormenta se desgajó una sombra, un borrón de oscuridad del que comenzaron a brotar garfios y espolones. La onyxe cayó sobre Gris, hendió sus erizadas extremidades en su lomo y lo alzó en volandas, apartándolo de Lizbeth, que gemía en el suelo. El lobo soltó un gruñido y, lejos de amedrentarse ante aquel nuevo contrincante, se revolvió en el aire y le soltó un mordisco. Sus mandíbulas se llenaron de tinieblas. La sombra siseó y cayó a tierra, con Gris firmemente afianzado en su cuerpo oscuro.

Ambos se revolcaron furiosos por el patio. La onyxe no era lo bastante sólida como para poder rasgar la carne del lobo, pero sí lo suficiente como para golpearlo. El lobo mordía con saña a su adversaria. La lluvia se llenó de retazos oscuros, goterones de una sangre turbia que más que sangre parecía humo. Un remolino de oscuridad sobrevolaba la escena. Había más sombras en el aire, todas expectantes, todas alerta. El resto de la manada se puso en movimiento, dispuestos a intervenir de ser necesario.

Tras la verja los dos centinelas contemplaban el creciente pandemonio con desinterés. Las sombras se camuflaban en las tinieblas de la falsa noche y lo único que podían ver era que la manada estaba más agitada de lo habitual.

Gris se irguió, entre sus colmillos colgaba un desgarrón de oscuridad del que rezumaba icor negro. En el suelo ante sus patas se veían varios jirones más, deshechos y humeantes. El lobo escupió un pedazo de tiniebla y gruñó satisfecho. Sangraba de una oreja, tenía un ojo medio cerrado y golpes por todo el cuerpo, pero la victoria lo engrandecía bajo la tormenta. Echó a andar hacia Lizbeth que durante la lucha no se había movido del suelo. La loba se levantó como pudo y le enseñó los dientes. Le temblaban las patas y ofrecía un aspecto lamentable. Las sombras descendieron y se posaron entre el lobo y ella, formando una compacta barrera oscura. Gris volvió a gruñir, dejando claro que no le importaba cuántas sombras se interpusieran entre su presa y él: pensaba acabar con todas hasta llegar a ella. Y no estaba solo, el resto de la manada comenzó a aproximarse también.

Roja se decidió a actuar. Corrió hacia Lizbeth que a duras penas lograba mantenerse en pie tras las sombras que la protegían. La golpeó con la testuz para hacer que se girase hacia ella.

«Quiero que te vayas», dijo. «Quiero que te marches. Este no es tu lugar. Vete. Estás loca. Te matarán y harás que me maten. ¡Vete!».

«Eres mi manada», murmuró Lizbeth. Ahora que la tenía delante, Roja podía ver

los estragos que el ataque de Gris había causado en ella. Tenía el hocico destrozado y la oreja izquierda le colgaba apenas unida a la cabeza por finas tiras de carne. «Mi manada», insistió la loba en lo que sonó como un patético ladrido. «Dónde tú vas, voy yo; dónde tú estás estoy. Si te quedas me quedo, si te vas me voy».

«¡No!». Antes siquiera de darse cuenta de lo que estaba haciendo, saltó y mordió a Lizbeth en plena faz, con saña, con rabia. «No somos nada», dijo mientras se apartaba. La boca le sabía a sangre. Lizbeth reculó, atemorizada ante su embestida. «Reniego de ti. Reniego de tu locura. ¡Vete! ¡He dicho que te vayas! ¡Si te quedas yo misma te mataré!».

Lizbeth sacudió la cabeza. Tenía una decena de heridas abiertas en el cuerpo, pero la turbación de su mirada dejó claro que lo que más le dolía era la traición de Roja. Retrocedió unos pasos.

«Vete o te mataré», insistió con un gruñido. «Lo juro por la luna y por el suelo que piso». Mentía, sabía que si Lizbeth se negaba a irse no podría cumplir su promesa. Pero Gris la cumpliría por ella, aunque hasta la última sombra y el último lobo acabaran muertos. Le enseñó los dientes. «Vete o te mato». Avanzó un paso.

Lizbeth retrocedió, con el rabo entre las patas. Tan aturdida que era incapaz de oler la mentira en sus palabras. La sangre corría por su faz, manchaba su pelaje y goteaba al suelo.

Agachó la cabeza, se dio media vuelta y echó a andar hacia una de las muchas grietas de la muralla. De un salto salió fuera. Roja se quedó donde estaba, respirando pesadamente bajo la lluvia. Sintió una punzada en el pecho al verla marchar. Era lo mejor. Lo mejor para ambas.

Alzó la mirada y aulló a la inmensa luna. Luego corrió de regreso junto a los suyos. Azur le dio la bienvenida con una sacudida de cabeza y ella gruñó satisfecha. Había hecho lo que debía. Miró atrás, al lugar por donde había desaparecido Lizbeth y pensó en lo mucho que le costaba recordar cómo era su vida antes de que la Luna Roja cambiara el mundo. Tenía recuerdos vagos de esa vida, nada concreto, sólo sensaciones ambiguas, como si hubiera vivido un sueño antes de que la luna la despertara a la vida real. Y tenía la impresión de que pronto esos recuerdos difusos también se desvanecerían. No le importaba. El pasado, como Lizbeth, quedaba atrás.

Y ella estaba donde debía estar.



Héctor marchaba a paso vivo por los senderos embarrados del cementerio. Estaba convencido de que Marina se ocultaba allí, aquel cementerio era su lugar preferido. ¿Qué mejor sitio para buscar refugio? ¿Dónde podía encontrarse mejor una vampira

que entre tumbas y criptas?

No podía recordar las veces que se había perdido en el trayecto hacia el cementerio. Rocavarancolia, más que nunca, se le había antojado un lugar cruel y oscuro. En algunos momentos había tenido la impresión de avanzar a través del organismo de un enorme ser vivo, las venas transmutadas en calles arruinadas y sucias, los órganos vitales convertidos en edificios destartados. Agitó la cabeza bajo la tromba de agua; le costaba gran esfuerzo pensar. Habían intentado matarse. No había excusa que suavizara aquel hecho.

Los muertos no dejaban de hablar, unos pocos le interpelaban, preguntándole qué había ido hacer allí o insultándolo por el mero hecho de estar vivo, pero la mayoría de los enterrados se limitaba a delirar con monólogos destinados más a sí mismos que al mundo que los rodeaba.

—Tanto tiempo esperando, tanto tiempo deseando... —murmuró una voz desde una tumba que apenas era un montón de tierra—. Y cuando estaba a punto de conseguirlo, cuando casi la tenía en mis brazos, ella me mató.

—Callaos —gruñó Héctor. Apenas fue un susurro lo que salió de entre sus labios.

—Vi una luz en las alturas, un destello indescriptible por lo bello y por lo puro —le llegó desde una tumba a la izquierda—. Vi legiones de ángeles abriéndose camino por esa brecha milagrosa. Venían a salvarnos. Y los matamos a todos.

—¡Callaos! —Héctor retrocedió, sorprendido por su propio grito.

Caminaba sin rumbo. El recuerdo de lo sucedido le asaltaba a cada paso: la intensidad del sueño, el brusco despertar con Marina montada sobre él. Se estremeció al recordarlo, pero fue un estremecimiento de placer lo que sintió; había disfrutado de los colmillos de Marina en su garganta, de dejarse devorar por la oscuridad que ella representaba. Era una locura, un sinsentido.

Se detuvo al escuchar un ruido furtivo. Entrecerró los ojos. En una fracción de segundo pasó de estar a punto de perder la cabeza a la alerta absoluta. Vio salir a un muchacho del mausoleo de Rachel, apenas a unos metros de distancia. No era nadie que conociera. Era un joven bajo, de rasgos árabes, moreno de tez y cabello, vestido con una túnica oscura. Y aunque Héctor no lo conocía había algo en sus movimientos que le resultaba tremendamente familiar.

Fue tras él, en silencio, como un depredador que acecha a su presa. Al pasar junto al mausoleo de Rachel echó un rápido vistazo dentro y, entre las telarañas apelmazadas por la lluvia, alcanzó a distinguir un ramillete de rosas negras sobre el sepulcro.

«¿Quién eres?», pensó Héctor. «¿Por qué estoy tan seguro de que te conozco si no te he visto jamás?». En ese mismo instante el árabe se detuvo en seco como si hubiera captado sus pensamientos y miró sobre el hombro. Sus miradas se cruzaron y de nuevo una terrible sensación de familiaridad estremeció a Héctor. Lo siguiente que

hizo el desconocido fue echar a correr.

—¡Espera! —gritó Héctor y aceleró el paso.

El joven dobló veloz un recodo del sendero y quedó oculto a su vista por un monumento plagado de gárgolas. Para cuando Héctor llegó allí no encontró ni rastro del muchacho. Parecía haberse desvanecido en el aire. Levantó la mirada hacia los techos de los mausoleos pero tampoco allí vio nada, sólo gárgolas de piedra observándolo con rudeza. Por un instante, creyó ver a una moverse, pero debió de ser un espejismo provocado por la lluvia.

Héctor gruñó, furioso. Estaba harto, harto de sí mismo, de su inutilidad. Daba igual lo que se esforzara, daba igual lo que intentara hacer, fracasaba una y otra vez.

Y como muestra palpable de su inutilidad sintió el peso muerto de sus alas a la espalda. Todo sería más sencillo si pudiera usarlas, todo sería más sencillo si pudiera buscar a Marina desde el cielo, pero lo único que había conseguido con aquellas cosas era degollarla.

Se tragó otro grito y miró alrededor. Muy cerca había una tumba alta, de piedra negra, colocada en un desnivel del terreno de tal forma que había una considerable caída desde la cúspide de la lápida al suelo. Héctor se acercó y trepó a ella. Una vez arriba, flexionó las rodillas y, de un potente salto, se lanzó al vacío mientras agitaba las alas con furia. Cayó a plomo sobre la tierra húmeda y rodó de mala manera cuesta abajo. Su rodilla izquierda golpeó contra una piedra, pero apenas sintió dolor. Se incorporó y desplegó las alas otra vez. Su sombra se proyectó contra un panteón. Y era, sin duda, la sombra de un monstruo.

Regresó a la carrera hacia la tumba.

—Te rogaría que dejaras de saltar desde mi sepultura, niño —le pidió una voz bajo tierra—. Para serte sincero resulta tan molesto como humillante.

—Cállate —le espetó Héctor.

—¡Maleducado! ¡Si supieras quién soy no te atreverías a hablarme así! ¡Soy Alarad, el príncipe desplazado! ¡Yo vencí a las huestes de Desdémona en el mundo de Cáliz! ¡Yo conquisté...!

—No eres nada. Sólo un muerto que habla.

«Y yo soy un monstruo», pensó Héctor.

Se aupó a lo alto de la lápida sin hacer caso a la algarabía de voces subterráneas que se habían unido a la primera para recriminar su actitud. Volvió a extender las alas y saltó otra vez. Por un instante creyó que volaba, pero sólo estaba cayendo. Esta vez la caída le dejó aturdido y mareado. Se sacudió el barro, tomó aliento y volvió a encaramarse a la tumba.

Antes de saltar por tercera vez, una voz le interpeló desde las alturas:

—Si lo que quieres es suicidarte, te aconsejaría buscar un punto más alto.

Alzó la mirada. El ángel negro que había decapitado a Roallen se sostenía en el

aire con una elegancia insultante, parecía fundido en la tormenta. Contemplar a la criatura en la que pronto se convertiría le atenazó las entrañas. Sus alas rojas y la negrura terrible de su carne no hacían otra cosa que recordarle su humanidad perdida.

—Estás interfiriendo con la cosecha —dijo con voz estrangulada mientras desenvainaba la espada. Seguía aturdido tras la caída y su gesto no resultó tan amenazador como le hubiera gustado—. Lárgate de aquí.

—¿Esa rabia también es regalo de la Luna Roja?

Entrecerró los ojos. No pensaba dejarse amilanar.

—No. Es por arrancarme de mi casa y traerme a este infierno. Es por asesinar a mis amigos y convertirme en una cosa horrenda.

—Asumo la responsabilidad que me corresponde en tu venida y en la muerte de los otros cachorros, formo parte de Rocavarancolia y no puedo eludir esa carga. Pero te equivocas en tu tercera acusación: nadie te ha convertido en una cosa horrenda.

Héctor se echó a reír. Desplegó de nuevo las alas y alzó su mano oscura.

—¿No tienes ojos en la cara? —preguntó—. Esto no soy yo, soy una rareza —lanzó un puñetazo rabioso contra la lápida—. ¡Un monstruo!

—¿Un monstruo? —con un recio golpe de alas, el ángel negro aterrizó sobre la tumba. Le sacaba más de medio metro de altura, pero más que su envergadura era su presencia lo que resultaba imponente—. Lo que nos convierte en monstruos es lo que hacemos, no nuestro aspecto. ¿Has cometido alguna monstruosidad en los últimos días? —preguntó—. Es eso, ¿verdad? Has hecho algo que te reconcome y por eso insultas a los muertos y a todo lo que se cruza en tu camino. ¿Buscas a alguien en quien descargar la culpa?

—¿Qué quieres? —quiso saber Héctor—. ¿Qué has venido a hacer aquí?

—Antes permíteme que me presente —contestó—. En nuestro anterior encuentro no hubo tiempo para formalidades. Soy Esmael, el Señor de los Asesinos de Rocavarancolia, hasta hace poco era el único ángel negro que volaba sobre esta ciudad.

—Y lo sigues siendo —rezongó él—. Yo no vuelo sobre nada —contempló a Esmael con reticencia—. ¿Y qué quiere de mí el Señor de los Asesinos de Rocavarancolia?

—Darte la bienvenida a la familia, por expresarlo de algún modo —Esmael extendió los brazos como si quisiera dejar claro que no tenía nada que ocultar—. Para serte sincero, me alegra dejar de ser el último ángel negro del reino. Era un honor que pesaba demasiado sobre mis hombros.

A Héctor se le ocurrió más de un comentario hiriente, pero prefirió guardárselos.

—Familia... —se limitó a decir.

—Nos guste o no, así es: ahora estamos hermanados —Esmael remontó el vuelo y



fue a posarse en lo alto del obelisco junto a la tumba. Allí se agazapó, como un insecto enorme—. La Luna Roja y Rocavaragálogo nos han unido. Eso no habría significado nada en otro tiempo, pero ahora, al menos para mí, tiene importancia. Y quiero ayudarte.

—¿Cómo?

—Enseñándote qué eres. Y mostrándote lo que eres capaz de hacer.

—Ya sé lo que soy. Y sé muy bien de lo que soy capaz —dijo mientras recordaba cómo sus alas habían estado a punto de acabar con Marina.

Esmael negó con la cabeza. Comenzaba a perder la paciencia.

—Todavía no tienes ni idea de en qué te has convertido —le dijo—. Te ofrezco mi guía y, por difícil que resulte de concebir, la ofrezco de buena fe —Esmael miró de reojo hacia una zona en sombras del cementerio. La luz de las antorchas no iluminaba aquel lugar—. ¿Lo has oído, vieja Desgarro? Hasta yo puedo actuar de buena fe —dijo—. ¿Qué me dices de ti? Acechando en las tinieblas como un vulgar ratero... ¿no tienes vergüenza? ¿Acaso no te queda dignidad?

Héctor escuchó cómo el murmullo de los muertos bajo tierra cesaba. Casi creyó oírles contener la respiración cuando de entre las sombras surgió dama Desgarro, con su paso vacilante y torpe, tan monstruosa como de costumbre. Le faltaba el ojo izquierdo.

—Dama Desgarro y Esmael —murmuró un muerto—. Se avecina tempestad.

La custodia del Panteón Real se acercó a la tumba.

Y le dedicó a Héctor una sonrisa ennegrecida.

—Mi dignidad está a buen recaudo, Esmael —dijo después, mirando de reojo al Señor de los Asesinos—. Tú nunca te has preocupado por la tuya porque siempre has carecido de ella.

—Cuánto rencor, cuánto veneno en tan pocas palabras —murmuró el ángel negro sacudiendo la cabeza—. ¿Éste es el ejemplo que queremos dar a las nuevas generaciones? Podrías haberte presentado para participar en nuestra conversación, en vez de dedicarte a espiar. De hecho tu punto de vista podría resultar interesante. Hablábamos de monstruos. ¿Cuándo te convertiste en uno, vieja? —preguntó, burlón.

Y para sorpresa de Esmael y de la propia mujer, dama Desgarro se encontró respondiendo a su pregunta, aunque en ningún momento miró al ángel negro. Mantenía la vista fija en Héctor.

—Fue en la batalla de Ardid, en el reino de Faza, hace cuarenta años —dijo—. Allí me convertí en monstruo, aunque hacía tiempo que ya lo era de aspecto —se aupó en la tumba y se sentó en ella. El olor a musgo rodeó al instante a Héctor—. Me ordenaron arrasar una de las principales ciudades de ese mundo para demostrarles que su única salida era aceptar el dominio de Rocavarancolia. Sardaurlar no quería supervivientes. «Que no quede nada vivo. Que no quede nada en pie», me ordenó. Y

yo cumplí. No hubo piedad ni misericordia. Dirigí a las huestes de espantos a esa ciudad y la borré del mapa a sangre y fuego. Hicimos... hice cosas terribles.

—¿Disfrutaste, dama Desgarro? —le preguntó Esmael.

—¿Disfrutaste tú cuando Sardaurar te ordenó volar al reino de Iin y asesinar a toda la familia real?

—Lo hice. Y mucho. Soy malvado, lo reconozco. Ahora contesta a mi pregunta.

—No, no disfruté —respondía a Esmael, pero era a Héctor a quien miraba—. En lo único que podía pensar era que toda aquella carnicería tendría un sentido si el resto de Faza se rendía sin luchar. No pensaba en la gente que estaba asesinando, pensaba en todos los que podía evitar que murieran masacrando a esos desdichados —dama Desgarro suspiró.

—Nunca serás un monstruo de verdad. Eres blanda. Blanda y llorona.

—Tu opinión me importa un bledo, Señor de los Asesinos. Y mis manos están tan manchadas de sangre como las tuyas. No lo olvides. Que yo no haya encontrado placer en derramarla no cambia lo que hice.

Esmael soltó una carcajada.

—¿Se rindieron o no? —preguntó Héctor mientras se sentaba junto a ella—. ¿Sirvió de algo?

Dama Desgarro negó con la cabeza.

—De nada. Recrudesció la resistencia todavía más. Esa ciudad se convirtió en un símbolo para ellos. Lucharon hasta el último aliento, hasta la última gota de sangre.

—Aquellos sí que eran buenos tiempos... —el ángel negro gruñó y se estiró en lo alto del obelisco—. Tanta charla emotiva me produce náuseas. Me retiro. Héctor: te espero mañana al amanecer en lo alto del faro. Allí comprobaremos lo fuertes que son tus alas.

—No he aceptado tu ayuda.

—Mañana al amanecer —insistió—. Si no acudes, no volveré a perder el tiempo contigo. Deberás seguir el camino lento.

El joven lo contempló desvanecerse en la noche con los ojos entrecerrados. No sabía qué le crispaba más los nervios: la arrogancia de aquel engendro o lo impresionado y amedrentado que se sentía en su presencia.

—No quiero convertirme en eso —murmuró, tajante—. No quiero ser como él.

—¿Y por qué deberías serlo? —preguntó dama Desgarro—. Esmael es un depravado, un asesino sin conciencia... No tienes por qué terminar así.

Héctor se sumió en un pesado silencio. La vista fija en la mano oscura que tenía sobre las rodillas. Aquella fue toda su respuesta. Dama Desgarro no necesitó más.

—No fue la Luna Roja quien convirtió a Esmael en un ser despreciable —dijo—. Fue el propio Esmael quien decidió seguir esa senda. Tú no tienes por qué imitarlo.

De nuevo sintió un frío arrebatado de furia en sus entrañas. Quería girarse hacia esa

mujer horrible y gritarle que había estado a punto de asesinar a la joven que amaba y que una parte de su ser todavía se arrepentía de no haberlo hecho. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para contenerse.

—Casi la mato —confesó. Y poner en palabras aquella terrible verdad obró el milagro de tranquilizarlo—. Me desperté y ella... estaba sobre mí. Bebiéndose mi sangre... —se llevó las manos al cuello, al punto exacto donde los colmillos de Marina habían penetrado en su carne—. Intenté matarla. No lo pensé... No... —mientras hablaba se sentía profundamente avergonzado, como un niño que confiesa una travesura que se le ha escapado de las manos—. Y ahora se ha ido y yo... yo quería matarla... —miró a dama Desgarro—. ¿Y os atrevéis a decir que no soy un monstruo? Alguien capaz de hacer daño a quien ama no merece otro nombre.

—Todavía está viva —le recordó ella—. Puedes ponerte todo lo tremendo y dramático que quieras. En cierto modo tienes excusa, pero no te dejes arrastrar por la culpabilidad. Sigue viva. Y tú también. No ha ocurrido nada definitivo. Todavía.

—Voy a buscarla —dijo Héctor y de un salto bajó de la tumba.

—Si se ha ido por su propia voluntad deberías respetarla. Tu amiga es una vampira y ahora está descontrolada. Y aun así me sorprende lo bien amueblada que tiene la cabeza, demuestra tener más seso que tú. Sabe que ahora no podéis controlaros. Poniendo distancia de por medio os hace un favor a todos. ¿No te das cuenta?

—No —Héctor apretó los puños—. Podemos controlarnos. Claro que podemos...

—¿Con esa luna en el cielo? Ni lo sueñes. Estáis en pleno cambio y eso significa que sois más vulnerables que nunca.

—¿Podemos hacerlo! —insistió—. Si nos apoyamos los unos a los otros... si estamos juntos, si no nos ren... —se calló de pronto. ¿A quién pretendía engañar? Había estado a punto de decapitar a Marina. Y ella de desangrarlo. Y Bruno y Natalia habían saltado sobre Adrián y sólo un milagro había evitado que la rusa lo degollara—. No, no podemos —admitió—. Pero no quiero que sea así —dijo—. No quiero... Tengo que hablar con ella. No puedo permitir que esté ahí fuera y que lo último que recuerde de mí sea que intenté matarla. Tengo que pedirle perdón.

—Me repito: esa chica es mucho más inteligente que tú. Te conoce. La conoces. ¿Crees que no sabe que te arrepientes de lo que pasó? ¿Crees que no se arrepiente ella?

—Necesito decírselo —aseguró.

—Vamos mejorando. Lo necesitas. Eso es: tú lo necesitas. Es tu debilidad lo que te arrastra tras ella.

Héctor guardó un hosco silencio. Volvía a sentirse pequeño y frágil, y, de pronto, se dio cuenta de lo mucho que le reconfortaba tener a dama Desgarro cerca. Contempló aquel rostro marchito, las cicatrices y úlceras que se abrían en su piel, el hueco oscuro de su ojo izquierdo y, por primera vez, no sintió repugnancia al mirarla.

Resultaba difícil concebir que hubiera sido alguna vez algo diferente al horror llagado y pálido que era ahora.

—¿Cómo fue para ti? —quiso saber.

—¿Para mí?

—Que te sacaran de tu mundo y te trajeran a Rocavarancolia. El cambio. La salida de la Luna Roja. ¿Cómo fue?

—Oh. Eso —apartó la mirada del muchacho. No era una pregunta sencilla. Guardó silencio, perdida en sus recuerdos—. Eran otros tiempos... Y aunque te cueste imaginarlo, Rocavarancolia era aún más peligrosa que ahora. Los cosechados no sólo teníamos que enfrentarnos con una ciudad hostil, también teníamos que vérnoslas con sus habitantes. Muchos no podían contenerse y olvidaban la ley de no interferir para satisfacer sus apetitos con nosotros. Su hambre, su lujuria, sus ansias de hacer daño... —señaló hacia el oeste—. Yo pasé mi tiempo de criba en el torreón Auralar, la mayor de las torres de acogida. Ahora no queda nada de ella. Eramos ciento veinte y la mitad no sobrevivió al primer mes. Vi morir a muchos de ellos. A muchos. Y eso te cambia casi tanto como la Luna Roja... —Héctor asintió despacio. No podía estar más de acuerdo—. Para cuando salió la luna apenas continuábamos treinta con vida —prosiguió dama Desgarro—. Caí sumida en un estado de letargo similar al de tu amiga y cuando desperté era esto que ves. Me había convertido en una bruja. ¡Qué afortunada! ¿Sabes cuál es mi campo de dominio? Mi propio cuerpo.

»Mi propia magia me descompone. No puedo evitarlo. Y debo usarla a diario para mantenerme viva, lo cual me pudre cada día más. Mis heridas no cicatrizan, mi sangre apenas corre por mis venas y cada mañana tengo que hechizar mi cerebro para pensar con claridad. ¿Una bruja? No, la Luna Roja no me convirtió en bruja... Soy una semimuerta, un engendro horrible como los que reviven los nigromantes para ponerlos a su servicio.

Dama Desgarro guardó silencio, con la vista fija de nuevo en las tinieblas que anegaban el cementerio. Héctor se removió incómodo. No sabía si la mujer esperaba que dijera algo y él tampoco sabía muy bien qué decir dado el caso, ¿que lo sentía?, ¿que no comprendía cómo había permitido que le hicieran lo mismo a más muchachos? Antes de que pudiera decidirse, dama Desgarro retomó su historia:

—Los primeros días fueron una pesadilla —le relató—. No soportaba mi cuerpo y estaba tan perdida, tan confusa que... me hacía daño a mí misma. Me odiaba. Me odiaba con todas mis fuerzas. Y por eso no podía parar de golpearme y cortarme con todo lo que tenía a mano... Odiaba la forma en la que se enlentecían mis pensamientos, odiaba mi propio olor... Habría terminado matándome. Estoy segura. Pero llegó Marea y me salvó.

»Marea pertenecía a la cosecha del año anterior. La Luna Roja lo había transformado en un hombre bestia. Era grotesco. Jorobado, asimétrico y cojo... Su

cabeza era la de un jabalí deforme, recubierta de cerdas... Me encontró tirada en un callejón... En mi enésimo arrebató me había golpeado contra la pared hasta caer desmayada. Recuerdo verlo cernirse sobre mí, gigantesco, y mirarlo agradecida al pensar que había venido a terminar lo que yo había empezado. Pero no hizo eso. Se limitó a mirarme. «Estás viva. Pero si sigues ahí tirada pronto dejarás de estarlo. Alguien te matará para vender tu cuerpo a los nigromantes o para dar de comer a las bestias», dijo. «Que me maten. Es lo que quiero», dije yo. Lo animé a que lo hiciera él. Se me quedó mirando largo rato, como si estuviera sopesando de verdad hacer lo que le había pedido. En vez de eso, me ayudó a levantarme y me llevó a caminar por Rocavarancolia, bien agarrada para que no me cayera.

»Dos monstruos en la ciudad de los monstruos. No guardo gran recuerdo de aquella noche ni de lo que hablamos, pero nunca olvidaré la calidez que me transmitió en aquellas horas. Puede que me hablara del batallón donde le habían destinado al finalizar su transformación... O de las tardes en las que luchaba en el circo, matando hombres y bestias para ganarse un nombre. No lo sé. Sólo recuerdo el reconfortante sonido de su voz, su compañía, su fortaleza... Y... recuerdo también que hubo un momento en que pensé, y lo sé, es un pensamiento terrible, que Marea era tan espantoso que yo, en comparación, resultaba hermosa.

»Al día siguiente volvimos a encontrarnos. Y al siguiente. Yo acudía a nuestros encuentros con los brazos desgarrados, con arañazos en la cara y la carne magullada. El nunca lo mencionó. A la cuarta noche me llevó a ver los dragones. Las dragoneras eran como lanzas alzadas ante las montañas, pobladas de criaturas fastuosas, bestias de una perfecta hermosura. Marea sonreía al verlos. Quería cabalgar dragones, me confesó, nada le gustaría más que montar un dragón. Y luego, después de contarme cuál era su sueño, hizo algo maravilloso, magnífico:

»Marea cantó.

»Era una canción sobre un guerrero y su dragón, sobre el vínculo que los unía y cómo al morir el jinete el dragón veló su cuerpo durante años. Era una canción hermosa, por la letra y la melodía, por la historia, pero, sobre todo, por la voz de quien la cantaba. La voz de Marea era un milagro.

En ese momento los muertos interrumpieron su historia.

—¡Que cante la perla, dama! —le pidió uno—. Muéstrale al niño insípido de lo que era capaz Marea.

—¡Haz cantar a la perla y te librarás de canciones de cuna hasta que la Luna Roja abandone el cielo!

Dama Desgarro frunció el ceño en gesto vacilante. Se removió en la tumba y, tras mirar de soslayo a Héctor, sacó de un bolsillo de su gastada túnica una pequeña concha marina. Héctor sólo necesitó ver el cuidado y el cariño con el que trataba a la concha para darse cuenta de lo mucho que significaba aquel objeto para ella.

—No se parece en nada a oírle cantar de verdad —le advirtió—. Grabó esta canción para mí, la grabó en una perla encantada... —sus dedos abrieron no sin dificultad la concha y, al momento, una voz melodiosa surgió de ella.

Y el cementerio, dama Desgarro y Rocavarancolia entera se desvanecieron para Héctor. Aquella voz resultaba embriagadora, terrible en su perfección, hasta dolorosa. Cantaba en una lengua extraña, pero a Héctor no le importaba no entenderla. De hecho no le hacía falta hacerlo. De alguna forma la voz que surgía de la perla no necesitaba del lenguaje para hacerse comprender. Cada verso trascendía las palabras que lo formaban para explicarse a sí mismo. Héctor sabía que la canción hablaba de pérdida y, a la par, de esperanza; de oscuridad y, a la vez, de luz. En ella alguien moría y alguien encontraba el sentido de su vida en algo mínimo, en algo común y cotidiano que había pasado por alto durante mucho tiempo. La canción no duró demasiado, apenas un par de minutos, pero aunque lo hubiera hecho, aunque se hubiera prolongado durante horas, no habría sido bastante. La eternidad entera no habría sido suficiente para hacerle justicia.

Cuando dama Desgarro cerró la concha, Héctor se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos. Se las limpió con disimulo, sintiéndose algo estúpido y, al mismo tiempo, orgulloso de que una canción pudiera todavía emocionarlo.

—Es el único recuerdo que conservo de él —dijo dama Desgarro—. Al poco de darme la perla desapareció. Nunca pude averiguar qué le ocurrió. Pero esto es Rocavarancolia. La gente desaparece. Muchos mueren sin que sus cuerpos sean jamás encontrados. Sea como fuere, la ciudad se llevó a Marea. Y al milagro de su voz con él —entrecerró los ojos. La cuenca vacía parecía todavía más siniestra—. Pero aquella noche... ante las dragoneras, la noche que cantó por primera vez para mí, fue como si la Luna Roja hubiera salido de nuevo. Marea me cambió de una manera tan total y definitiva como ese astro. No fue sólo la canción, no, fue lo que dijo después.

«Lo que importa no son los dragones ni sus dragoneras», me dijo. «Lo que importa no es la canción ni mi voz. El verdadero milagro, dama Desgarro, lo que de verdad importa es que, aquí y ahora, tú me has escuchado cantar. Y si hubieras muerto en aquel callejón jamás podrías haberlo hecho».

Dama Desgarro guardó de nuevo la concha y bajó de la tumba.

—No sé si eso responde a tu pregunta —dijo, sin mirar a Héctor. Escuchar la voz de Marea siempre la sumía en un incómodo estado de melancolía—. Pero es lo único que puedo darte. La Luna Roja me convirtió en lo que soy y un monstruo me ayudó a aceptarlo con una frase melodramática, pero era la frase que necesitaba, la frase justa que me ancló de nuevo, que me hizo poner los pies en tierra. Avanzamos a trompicones, Héctor, tú, yo, el más sabio de los sabios y el más estúpido entre los estúpidos; avanzamos a tientas en la oscuridad y a veces una frase, tonta o no, te centra durante un rato, o un repentino resplandor o una mirada te señala el camino.

Héctor se reclinó en la tumba y cerró los ojos. Por primera vez en mucho tiempo sintió algo parecido a la calma. Era agradable notar la lluvia y el viento en la cara.

Todavía resonaba en sus oídos la increíble canción que acababa de escuchar.

—No la buscaré —anunció, casi al mismo tiempo que tomaba la decisión—. Dejaré que siga su camino y regrese cuando esté preparada.

Dama Desgarro asintió. Le habría gustado tranquilizar más al muchacho diciéndole que procuraría mantener un ojo siempre sobre su amiga, pero ya sólo le quedaba uno y lo necesitaba para desentrañar su propio y confuso camino.

—¿Acudirás a tu cita con el Señor de los Ególatras?

Héctor sonrió al oír llamar así a Esmael.

—No lo sé —contestó—. No me fío de él.

—En otras circunstancias te diría que confiaras en tu instinto y te apartaras del ángel negro. Pero vivimos tiempos extraños y creo que lo mejor será que te familiarices cuanto antes con tu nuevo ser. Aprende todo lo que puedas, pero no cometas el error de confiar en él.

—¿Y en ti puedo hacerlo?

Dama Desgarro se echó a reír.

—Soy blanda y estúpida. Ya lo has oído —dijo—. Pero ya llevas el tiempo suficiente en esta ciudad como para saber que aquí no te puedes fiar nunca de nada ni de nadie.

Héctor asintió, con una sonrisa en los labios. No, no se fiaría de dama Desgarro, no completa ni ciegamente al menos. Pero aún así...

—Gracias —dijo.

—¿Gracias? —dama Desgarro se volvió hacia él. No había esperado un «gracias»—. ¿Por qué?

«Porque sin ti no habríamos sobrevivido ni un solo día», pensó Héctor. «Por permitir que Alex muriera en calma, por brindarle el consuelo de esa última caricia. Porque aunque tus motivos para hacerlo quizá sean oscuros y egoístas nos has ayudado a seguir vivos».

—Por la canción —se limitó a decir.

# IX

## Lecciones

Sedalar Tul contempló asombrado cómo la trampilla se iba delineando en el techo. Había empezado a aparecer de pronto, al poco de retomar la búsqueda, como cada día, de la manera de acceder a la última planta de la torre Serpentaria. Primero pensó que era una alucinación producida por la falta de sueño, pero pronto quedó claro que el fenómeno era real. La portezuela no tardó en quedar completa. Era una trampilla laboriosa y recargada, llena de filigranas doradas, runas y tallas. Saber a dónde conducía le alteraba casi tanto como la salida de la Luna Roja.

La magia le aguardaba allí arriba. Una magia hasta entonces vedada.

—Una puerta secreta... —murmuraba sin dejar de retorcerse las manos—. ¿Una puerta temporal que sólo se abre en determinada fecha? ¿O siempre ha estado aquí, oculta a mis ojos? Pero de ser así ¿por qué puedo verla ahora?, ¿qué ha cambiado?, ¿yo?, ¿habrá finalizado mi transformación?

Puso las manos a ambos lados de la trampilla. Se moría de ganas de abrirla; no podía pensar en otra cosa. Pero conocía demasiado bien Rocavarancolia como para no extremar las precauciones. De su morral extrajo un detector de magia: una piedra ovalada sensible a todo tipo de sortilegios. Luego sacó una salamandra fabricada con cubiertos a la que todavía no había dado vida. Con una navajita talló en una cuchara de madera un hueco del tamaño del detector que a continuación fijó en la oquedad con una pizca de masilla.

Acarició la salamandra y al transmitir parte de su esencia a aquella amalgama de tenedores, tijeras y cucharas sintió un frío mordisco en las entrañas; una punzada de dolor intenso que le hizo encogerse aun a pesar de estar sobre aviso.

La salamandra se alzó sobre sus patas traseras y contempló el mundo con los espejos incrustados en los ojos de la tijera que era su cabeza. El demiurgo no sólo le había conferido vida, también un propósito: explorar, indagar; estaba programada para acercarse a todas las fuentes mágicas que encontrara y analizar su naturaleza. Sedalar la dejó en el techo y la criatura se afianzó a éste con sus patas dentadas. Luego echó a caminar hasta la portezuela.

El demiurgo retrocedió y cruzó su báculo ante sí cuando la salamandra, a fuerza



de empujones, abrió la trampilla y se coló dentro. No sucedió nada, ni el menor atisbo de magia. Sedalar aguardó, expectante, con varios hechizos defensivos preparados. La salamandra continuaba viva. De haberle sucedido algo, lo sabría. A cada segundo que transcurría sin recibir malas noticias de la exploradora, más confiado se sentía. Aun así se obligó a esperar. Contó hasta cien. Luego hasta mil. Al fin se decidió. Abrió la trampilla con cuidado y coló la cabeza por ella, alerta a cualquier movimiento, sonido o reverberación mágica.

Lo primero que vio fue a dos guerreros cruzando sus espadas a unos metros de distancia, embutidos ambos en llamativas armaduras estriadas. No tuvo tiempo de alarmarse, la inmovilidad de los combatientes era demasiado marcada. Torció el gesto al comprender que estaban disecados.

Se aupó fuera y miró con cautela a su alrededor. Sedalar llevaba meses deseando entrar en aquella estancia, pero no pensaba precipitarse. Vio una mesa amplia, arcones y cajas, estantes repletos de libros, redomas y cachivaches extravagantes... Se respiraba poder allí arriba.

La salamandra deambulaba por una estantería, tan plagada de libros que parecía a punto de reventar. El demiurgo se acercó con el báculo cruzado ante el pecho. Examinó los títulos, con una avidez bien distinta a la frialdad con que estudiaba los libros en la biblioteca de su abuelo. *Los cien reyes de Rocavarancolia. Dama Korma: Grimorio y Testamento. Ingeniería demiúrgica. El tejido del universo: uso y destrucción.* Cada vez que leía un título sentía una intensa emoción, como si acabara de descubrir un nuevo idioma, una nueva lengua que a punto estaba de abrirle las puertas de un mundo hasta entonces prohibido. La salamandra correteaba sobre los lomos de los libros, dando su visto bueno a la magia contenida en ellos. Sedalar guardó el báculo y comenzó a sacar volúmenes del estante. Su peso entre las manos les confería una realidad aplastante. Los fue llevando a la mesa de estudio. *Transformación y transmigración. Nuestra Señora la Tuna Roja. Nigromancia y Necromancia, el arte de tratar con muertos.*

Abrió uno al azar, incapaz de resistir por más tiempo la tentación. Leyó el primer párrafo en que se posaron sus ojos:

«Si tomamos en su verdadera medida los hechos acontecidos en la villa de Rábana podemos afirmar que lo que unos consideraron matanza no fue más que un ejercicio artístico extremo; la forma en la que el poeta descuartizó a esa familia no puede, de ninguna manera, ser tachada de atrocidad, sino de poesía. Val no era un asesino, era un artista».

Sedalar hizo una mueca y saltó a otro volumen. De nuevo leyó el primer párrafo que le deparó el azar:

«El rey Badaret cometió tres errores el día de su entronización, errores que años después le costarían primero la corona y después la vida: confió su espada y su

ejército a Latro, el hombre que le decapitaría; otorgó un puesto en el Consejo Real a Gideón, el nigromante que haría bailar su cadáver por las calles de Rocavarancolia; y, el peor de todos, entregó su corazón a dama Estrella, la mujer que se lo haría pedazos».

Durante unos minutos curioseó en la vida de los monarcas de Rocavarancolia. Leyó sobre los reyes arácnidos y su desmedida crueldad; encontró un pasaje en la biografía de Castel, el octavo rey trasgo, que mencionaba a Varago Tay, el demiurgo traidor... Pero poco le duró a Sedalar el interés por la historia. Cerró el libro y, ansioso, saltó sobre otro, un tratado sobre magia nivea. Era tal la cantidad de información que tenía ante sí que se sintió sobrepasado, como un hambriento que tras muchas privaciones se halla de pronto en mitad de un banquete colosal y no sabe por qué manjar decidirse. Así, enloquecido, febril, fue de libro en libro, sin pausa, sin respiro. Y cada poco tiempo regresaba a las estanterías en busca de más, insaciable.

Pronto su búsqueda, aunque errática, fue definiéndose. Había tanto que ansiaba saber: vampiros, transformaciones, demiurgos..., tantas preguntas, tantas cuestiones que resolver. Pronto la mesa fue un maremágnum de libros que versaban sobre demiurgia, transformaciones y sobre la Luna Roja.

«La premisa básica del demiurgo, el único mandamiento que debe seguir es sencillo en planteamiento y difícil en ejecución: si eres capaz de concebirlo, debes ser capaz de crearlo. El único límite del buen demiurgo debe ser su imaginación. Si puedes idearlo pero no llevarlo a cabo, no eres demiurgo: eres titiritero».

Sedalar acarició el libro que tenía ante él, *Ingeniería demiúrgica*. Era un grueso volumen, repleto de consejos, diseños y biografías de los más renombrados demiurgos. Aquel libro podía resolver la mayor parte de sus dudas sobre su propia naturaleza. Durante unos instantes caviló sobre la posibilidad de centrarse de una vez y estudiar ese libro con detenimiento. Finalmente decidió que podía esperar, había otras preguntas que le acuciaban más.

«La Luna Roja nos hace grandes», leyó a continuación en un libro titulado *Al filo de la luna*, «la Luna Roja nos convierte, nos transforma, pero nunca debemos olvidar que las criaturas espléndidas que emergen bajo su luz seguimos siendo nosotros mismos, los que siempre hemos sido, pero sin cadenas ni restricciones, puros y libres. La Luna Roja nos muestra lo que había estado oculto, nos saca de las tinieblas: nos despierta».

—Y lo que despierta la luna, ¿puede volver a dormir otra vez? —se preguntó Sedalar, deslizando la mirada por el texto—. Lo que se ha hecho visible, ¿se puede volver a ocultar? ¿Hay algún modo de deshacer la metamorfosis?

Siguió hojeando el libro, pero no encontró nada que hablara del tema. A continuación contempló el caos de volúmenes que se desplegaba a su alrededor y, mientras decidía cuál iba a ser el siguiente en abrir, un súbito dolor en el vientre le

lanzó contra la mesa.

Por un momento creyó tener una garra hundida en las entrañas, un pedazo de hielo ardiente que le abrasaba por dentro. Se incorporó jadeando, con la mano izquierda en el estómago y la derecha ya en su báculo, dispuesto a repeler cualquier agresión. Pero nadie le atacaba, no a él al menos. Miró a su espalda. La salamandra acababa de morir, y su muerte había sido la causa del intenso dolor. Sus restos retorcidos estaban al pie de un monstruoso atril situado entre dos estanterías. Sedalar se aproximó despacio, todavía no recuperado de la repentina lanzada de dolor. Dar vida dolía, pero sentirla morir dolía aún más.

—Perdóname... Lo siento, lo siento tanto —dijo sin apartar la vista de lo que había sido su criatura—. Te he creado sólo para morir...

Tomó aliento y contempló el atril a cuyos pies había muerto la salamandra. Era ocre, tallado en hueso y terminado en una mano enorme, de ocho largos dedos sobre los que reposaba un libro cerrado. La cubierta del mismo era de un rojo brillante y parecía confeccionada en algún material a medio camino entre el estado sólido y el líquido. ¿Podía ser sangre?, ¿sangre a medio coagular? Sedalar olfateó el libro. En los últimos días se había familiarizado con el olor de la sangre y era idéntico al que desprendía aquella cosa. Había sido aquel libro lo que había matado a su criatura, no le quedaba ninguna duda.

En la portada se veían espirales en movimiento, un constante rebullir sangriento. Cuanto más miraba, más velocidad tomaba aquel hipnótico vaivén. Cuando iba a apartar la vista, una súbita revelación le detuvo. Había una pauta en ese movimiento, una suerte de patrón que si lograba descifrar, comprendió, le daría la solución a todos sus problemas, a todas sus dudas. Aquel libro lo encerraba todo. Todo el saber de la creación estaba contenido en sus páginas: la respuesta exacta a cualquier pregunta que alguien hubiera formulado de palabra o pensamiento alguna vez. Allí se explicaba el modo de regresar a la Tierra y de recuperar la inocencia, en aquel libro se escondía el secreto con el que conquistaría el corazón de Natalia y restablecería, de una vez por todas, su cordura.

Sin ser consciente de lo que hacía, Sedalar se acercó al libro. La atracción era demasiado fuerte. Una parte de su ser le gritaba que era una trampa, pero nada podía hacer por remediarlo. Lo que le llamaba era, en definitiva, un libro, y los libros habían sido sus únicos amigos durante mucho tiempo.

Sedalar se veía reflejado en la cubierta: un manchón de oscuridad enmarcado en sangre. Acercó decidido la mano al libro, dispuesto a acariciar su superficie, a probar la textura de esa tétrica encuadernación. En el preciso instante en que iba a tocarla, el reloj de su abuelo, hasta entonces en un bolsillo de su gabán, le saltó a la cara y le golpeó con saña. Sedalar trastabilló, roto el hechizo que le empujaba hacia la cubierta. El reloj le enredó la cadena alrededor del cuello y tiró hacia atrás, estrangulándolo.

Sólo cuando se apartó del atril aflojó su presa. Sedalar gimió, demasiado aturdido como para comprender qué había ocurrido. El reloj correteaba ahora frenético sobre sus hombros, dando latigazos con su cadena.

El joven contempló con ojos nuevos aquel libro. La sangre de la cubierta seguía agitándose, intentando atraerle otra vez, pero ahora estaba prevenido. No sabía qué magia contenía aquella cosa, y no tenía intención de averiguarlo. Se aproximó a la pared más cercana, arrancó el tapiz que colgaba de ella y lo arrojó sobre el atril y el libro.

\* \* \*

Héctor observó el arpón con un nudo en la garganta. El arma estaba profundamente clavada en la pared, en un lateral de la mancha renegrida que una vez fuera sangre. Según el cuento de Marina, el náufrago había matado allí a la criatura con la que se había estado comunicando a base de destellos y notas durante años, la misma de la que estaba enamorado.

El arpón se le antojó algo obsceno, terrible; la rotunda confirmación de lo que ya sabía: el amor no valía nada en aquella ciudad maldita. El amor no había conseguido salvar a la farera y al náufrago, como tampoco había logrado salvar al rey que transformó a su amada en fantasma. Y tampoco los salvaría a ellos.

—Llegas tarde —escuchó tras él. Se giró mientras desenvainaba la espada—. Y no me extraña si te paras a contemplar embobado cada mancha de sangre que encuentras en tu camino.

Esmael estaba apoyado en la pared, con su sempiterna sonrisa burlona en los labios. El sigilo del ángel negro resultaba inquietante.

—¿Tienes que acercarte siempre así? —le preguntó con hostilidad. Levantó la espada, aunque no lo bastante para resultar amenazador.

—Guarda tu arma. En ciertos círculos se considera un sacrilegio desenvainar si no vas a derramar sangre —le advirtió. El Señor de los Asesinos llevaba el torso desnudo y un pantalón largo de cuero con un delgado cinto escarlata.

Héctor envainó la espada, sin dejar de mirarle con los ojos entrecerrados.

—Todavía no tengo claro por qué he venido —dijo.

—Por necesidad. Necesitas aprender y yo puedo enseñarte —señaló—. Y hay algo que debe quedar claro: soy mal profesor. No soy simpático ni resulta agradable tratar conmigo. Estoy aquí para enseñarte a lidiar con lo que eres, no para ser tu amigo. Y será duro. Sobre todo porque no tengo ninguna intención de perder mucho tiempo con esto. Seré directo, cruel y desagradable. Y ahora que estás advertido, eres libre de marcharte. Decídelo, pero hazlo rápido.

Héctor se mordió el labio inferior. No podía rechazar la oferta de Esmael, necesitaba aprender cuanto antes a manejarse en su nuevo cuerpo, conocer de qué era capaz y, quizá, cómo controlarse. Se negaba a ser víctima de sí mismo.

—Estoy de acuerdo —concedió—. No eres simpático ni resulta agradable tratar contigo. Y yo tampoco tengo intención de ser tu amigo.

Esmael le dedicó una sonrisa perversa.

—Ese es el camino —dijo—. Ahora que los dos tenemos las cosas claras podemos ponernos en marcha. Sígueme. Cuanto antes empecemos antes acabaremos.

Le dio la espalda y entró en la cúpula de la linterna. Héctor fue tras él. El ángel negro saltó sobre la barandilla y se encaramó con facilidad al tejadillo del faro. El muchacho se acercó a la baranda y miró abajo. Las sombras ocultaban el mar, pero era capaz de percibir la espuma de las olas al romper contra el acantilado y las formas difusas de los barcos naufragados. Recordó los tiempos en los que el vértigo le habría impedido acercarse a la barandilla. Hizo una mueca al darse cuenta de lo absurdo que era sentir nostalgia por sus debilidades pasadas. Se apoyó en la baranda y se impulsó hacia arriba. Las tejas estaban resbaladizas pero no tuvo problemas en caminar por ellas.

El ángel negro aguardaba cerca del borde, con la mirada perdida en el horizonte. Héctor se preguntó si hacerle subir allí arriba era alguna clase de prueba. No lo creía. No daba la impresión de que Esmael fuera dado a los retos sencillos y aquel, en definitiva, lo era. Miró a su alrededor. La vista desde el faro era espectacular. Desde allí Rocavarancolia era un caos de brumas y resplandores, sombras y centelleos. Alcanzó a distinguir en la distancia el brillo de varios vórtices muertos. La Luna Roja pendía del cielo y daba la impresión de estar al alcance de la mano.

De pronto tuvo a Esmael a su lado, de forma tan sorprendente que no pudo evitar sobrecogerse.

—Te enseñaré a volar —le dijo—. Es sencillo. No luches contra la gravedad, imponte a ella. Abre las alas y siente al aire. Eres un ángel negro. El viento es tu dominio, las nubes tu estandarte.

Héctor extendió las alas. Se sintió inmenso y magnífico como la criatura que tenía a su lado.

—Y ahora vuela —le ordenó ésta.

—No es tan sencillo... —murmuró mientras contemplaba la impresionante caída que se abría a sus pies—. Si lo fuera, no estaría...

—Tal y como lo veo, ahora mismo sólo cuentas con dos alternativas —le cortó Esmael—. Volar o caer —y nada más decir aquello, le empujó sin contemplaciones.

Fue un golpe seco que lo lanzó más allá del tejado y, de allí, al vacío. Héctor intentó buscar un asidero pero no había nada a lo que aferrarse. El mundo se transformó en un caos de sombras que subían aceleradas a su encuentro.

Y de ellas emergieron el mar enloquecido, los arrecifes y los barcos encallados, cada vez más reales, cada vez más cercanos y sólidos. Caía. Y era tal su horror que ni por un segundo pensó en sus alas. Quien caía no era un ángel negro, era un niño que aullaba al encuentro de la muerte. El choque contra el agua fue demoledor. Héctor estalló por dentro. Sintió sus huesos quebrarse y sus órganos ceder en su interior. Gritó con la boca desencajada y sus pulmones se llenaron de agua. En ese instante, una mano le aferró del pecho y lo arrastró hacia arriba.

Y él de nuevo se sumió en el dolor y la oscuridad. De nuevo se encontró perdido en un universo forjado a golpes y agonía. Y cuando se preguntaba qué sueño enloquecido soñaría ahora, qué nueva visión delirante se le mostraría, la realidad se montó otra vez ante sus ojos. Estaba de regreso en lo alto del acantilado y la Luna Roja brillaba en las alturas. Las nubes que la escoltaban se le antojaron aves carroñeras ansiosas de darse un festín con sus restos. Escuchó una letanía cercana y giró la cabeza en esa dirección. Notaba los pulmones encharcados, el cuerpo roto y deshecho. La boca le sabía a sangre, a agua salada y a hueso.

Esmael estaba acucillado junto a él. La magia culebreaba entre sus dedos. Le estaba curando, pero aquel hechizo poco tenía que ver con los de Bruno, era más rápido que los del italiano pero también más agresivo. En cuanto tuvo oportunidad, Héctor se revolvió e intentó atacar a Esmael. El ángel negro lo detuvo sin miramientos, le plantó una mano en el pecho para inmovilizarlo y continuó la cura. Tardó una eternidad en hacerlo y en ese tiempo el dolor no hizo otra cosa que aumentar. Héctor lo miraba transido de odio. Luego la agonía, simplemente, desapareció.

Esmael apartó la mano que lo mantenía sujeto y él trató de desenvainar su espada, pero el arma no estaba allí, había desaparecido con la caída.

—¡Bastardo! —gritó. La boca se le llenó de agua y sangre. Tuvo que escupir antes de continuar hablando—: ¡Me has tirado por el acantilado! ¡Estás loco!

—Te dije que no sería sencillo.

—¡Podría haber muerto!

—Es cierto. Y de haberlo hecho no habría podido hacer nada por ti. La nigromancia no está entre las artes que domino.

Héctor se incorporó e hizo lo imposible por controlarse. Los segundos de puro horror que había vivido mientras caía y la agonía atroz de su cuerpo descoyuntado estaban tan vividos en su mente que se moría de ganas de gritar. Esmael lo contemplaba entre divertido y curioso y Héctor a duras penas logró contener el impulso de saltarle encima. Ya le había avisado de que no iba a resultar sencillo, pero aquella primera lección había superado con creces las peores expectativas. Todavía estaba a tiempo de echarse atrás, todavía estaba... Se llevó la mano a la boca y descubrió que ya no le quedaban dientes humanos, debían de habersele roto en la

caída y el hechizo de curación los había sustituido por piezas pequeñas y afiladas, colmillos de ángel negro.

Se giró hacia Esmael.

—¿Por qué no puedo hacer magia? —preguntó.

—¿Quién te ha dicho que no puedes? —si le sorprendió el repentino cambio de actitud y tema no lo demostró.

—Lo he intentado mil veces —contestó Héctor. Le mostró las manos como si sostuviera en ellas las pruebas de sus fracasos—. Y da igual lo fácil que sea el hechizo, se me muere siempre en la punta de los dedos —dijo—. Y está claro que los ángeles negros son capaces de hacer magia.

—Si no fuera así ahora serías carnaza para peces.

—¿Y por qué no puedo? ¿Todavía no estoy preparado? ¿Tendré que esperar hasta que la transformación acabe?

—Eres perfectamente capaz de hacer magia. Lo has sido desde el día en que llegaste.

Héctor frunció el ceño. Eso confirmaba las sospechas de Bruno.

—Entonces hay algo más, ¿verdad? Algo que debo hacer. Marina necesita sangre... ¿Qué necesito yo?

—Matar.

—¿Qué? —sacudió la cabeza. Había oído bien, pero se negaba a creerlo—. ¿Matar? ¿Qué significa eso?

—No es una palabra que tenga tantos significados como para inducir a la confusión. Ya me has oído: necesitas vidas para poder hacer magia —Esmael sonrió—. Tu esencia por sí misma no es capaz de generarla. Tienes que matar. Cada vida que arrebatas aumentará tu caudal de poder.

Héctor no dijo nada durante un rato. Se quedó observando al ángel negro mientras asimilaba lo que acababa de explicarle. Recordó la furia que le había embargado en tantas ocasiones a lo largo de los últimos tiempos. Había tambores oscuros alojados en su cerebro, una llamada acuciante a la muerte, a hacer daño, a destruir.

—Matar... —murmuró con voz enronquecida.

—Se te revuelve el estómago, ¿no es así? Pobre niño, lo han arrojado a un mundo demasiado cruel. Ya sabes la verdad. Es la muerte lo que nos da poder, es la muerte lo que nos da fuerza. Para desarrollar tu potencial deberás mancharte las manos de sangre. Y tarde o temprano lo harás, créeme. Eres un ángel negro, y matar es lo que mejor se nos da.

—Yo no soy como tú —dijo.

Esmael se echó a reír.

—Te equivocas. En esencia lo somos. Que no lo admitas es parte del problema.

Pero va siendo hora de que comiences a despertar. Te aconsejaría que empezaras cuanto antes a aprender magia. Memoriza los conjuros, los gestos y las palabras aunque no seas capaz de usarlos. Así estarás preparado cuando llegue la ocasión.

—No soy como tú —insistió.

—Pero lo serás —le advirtió Esmael—. Para eso estoy aquí. Para encargarme de ello.

—Después me tuvo corriendo durante horas por los tejados —le estaba contando a Bruno mientras daba cuenta de un plato de carne. Estaba hambriento—. Siempre el mismo recorrido, una y otra vez; me hacía saltar de edificio en edificio y además tenía que hacerlo con las alas desplegadas. Para acostumbrarme a ellas, dijo. No paró hasta que me caí de una azotea. Tuve suerte —hizo una mueca al recordarlo—, sólo me rompí las dos piernas.

—No tienes por qué seguirle el juego —le aconsejó Sedalar. El demiurgo había asistido asombrado al resumen que Héctor había hecho de su primer día como pupilo de Esmael—. No necesitas a ese tipo. He encontrado un par de libros sobre ángeles negros. Pueden ayudarte a comprender en qué te has convertido.

Héctor gruñó mientras daba un bocado a un pedazo de carne. Se olvidó de la educación y rompió a hablar mientras masticaba. Sentía una agitación casi febril.

—¡Hasta me hizo recorrer ese circuito de azoteas con los ojos vendados! —anunció—. ¿Puedes creerlo? ¡Tenía que ir a ciegas! —sonrió al recordar lo impresionante que había sido correr a oscuras bajo la lluvia. No había dudado ni un instante. Había sabido en todo momento cuándo debía acelerar y cuándo saltar. Mientras avanzaba en las tinieblas, el mundo había cobrado una dimensión nueva, se había hecho más real, más rotundo. Cuando se quitó la venda y vio que había alcanzado la meta se sintió exultante. Curiosamente en el siguiente intento, con los ojos descubiertos otra vez, fue cuando cayó. No le hizo falta ver la expresión de Esmael para captar el mensaje: «No te confíes. No te confíes nunca o Rocavarancolia te matará».

—¿No me estás escuchando? —preguntó Bruno—. No tienes por qué pasar por eso si no quieres.

Héctor se recostó en la silla y miró al demiurgo, consciente por primera vez de lo que estaba proponiéndole.

—¿Libros? —lo meditó un instante—. Sí, gracias. Pueden servirme, claro... Pero seguiré con Esmael —se limpió la boca sucia de grasa con el antebrazo. Bruno le contemplaba con desconfianza, como si hubiera algo equivocado en su comportamiento. Intentó tranquilizarse—: Es una locura, lo sé, pero voy a seguir hasta el final con esto. Lo necesito. Quiero averiguar qué soy pero también necesito comprender qué es Esmael.

—¿Para saber en qué te vas a convertir?



—Al contrario. Para no ser jamás como él.

Por muy empeñado que estuviera el Señor de los Asesinos en modelarlo a su imagen, Héctor no pensaba consentirlo. Comenzaba a intuir el verdadero alcance de la locura de Esmael, se entreveía en su ego desmedido y en su desprecio absoluto por los demás. Esmael se sabía un monstruo, y lo aceptaba, de hecho hacía gala de ello siempre que podía; llevaba su monstruosidad como una insignia, como algo de lo que enorgullecerse. Esmael no habría refrenado el golpe con el que Héctor había estado a punto de decapitar a Marina. De hecho, el Señor de los Asesinos lo habría disfrutado.

De pronto cayó en la cuenta de que no había preguntado por su amiga desde que había llegado. Aquel olvido le parecía imperdonable.

—¿Cómo está Marina? —preguntó.

El demiurgo tardó un instante en responder. No le gustaba mentir a Héctor, pero decidió que lo más correcto era ocultarle la verdad. No necesitaba saber que la noche antes Marina había intentado entrar otra vez en el torreón y que sólo los hechizos de protección de Sedalar se lo habían impedido.

—Sigue viva y sigue bien —dijo mientras observaba las idas y venidas del reloj sobre su brazo—. Las sombras de Natalia y mis criaturas no la pierden de vista, así que no tienes de qué preocuparte —se acarició la ceja izquierda con un dedo—. Lo que me recuerda que tengo algo para ti —murmuró antes de sacar de un bolsillo de su chaleco un collar de piedras policromadas que procedió a tenderle a Héctor.

—¿A qué viene esto? —Héctor lo contempló sin mucha curiosidad. Había ocho piedras en total, todas de diferente forma y tamaño, todas con una runa grabada en su superficie. No era un adorno demasiado estético—. Ni es mi cumpleaños ni creo haber hecho nada para merecerme una cosa tan horrible.

—Es mi regalo de despedida —dijo Sedalar—. Voy a instalarme en la torre Serpentaria, al menos un tiempo. No tiene sentido que me pase el día de un lugar a otro.

—Te vas —murmuró Héctor, con la mirada fija en el collar—. Tú también te vas...

—He anclado un hechizo en cada piedra —le explicó—. La mayoría son detectores de magia, zumbarán cuando estés cerca de un hechizo peligroso, así que si lo hacen, ya sabes, aléjate de prisa. Las piedras negras son disipadores, si eres blanco de algún sortilegio nocivo rebajarán su intensidad. La piedra roja es importante. Si estás en peligro sólo tienes que presionarla. Al momento sabré que andas en problemas y acudiré en tu ayuda.

Héctor se sumió en un silencio meditabundo, sin dejar de contemplar el collar.

—Todos me abandonan —murmuró—. Y a ti ni siquiera he intentado matarte... Sedalar sonrió.

—Lo tradicional es que la cosecha abandone las torres de acogida cuando sale la

Luna Roja —le explicó. Aquella tarde también había tenido tiempo de familiarizarse un poco con las costumbres de Rocavarancolia. Uno de los libros que había encontrado hablaba largo y tendido sobre las cosechas—. Es algo simbólico. Abandonas las torres para empezar a formar parte real de la ciudad.

—Pues yo por el momento no tengo otro lugar donde ir —comentó Héctor—, así que espero no molestar a nadie si rompo la tradición y me quedo aquí un tiempo.

—No creo que le importe a nadie. Sospecho que las tradiciones del reino sufrieron un duro revés con la guerra —señaló. Luego cabeceó en dirección a la escalera—. Voy a seguir preparándome para marchar. Dejaré aquí la mayoría de mis libros, pero todavía tengo que decidir cuáles me llevo —el reloj dejó de correr por su brazo para saltar a su hombro. El demiurgo lo acarició con cariño—. ¿Estás bien? —le preguntó a Héctor.

El muchacho asintió con desgana. De un modo vago se sentía traicionado. Sabía que no era así, que eran las circunstancias las que se habían confabulado para dejarlo solo, pero no podía evitar pensar que todos lo abandonaban. Pronto sólo le quedarían las sombras de Natalia.

—Bruno —llamó cuando su amigo estaba a medio camino de la escalera. El demiurgo no contestó a su llamada y Héctor corrigió al momento—: Sedalar —ahora sí, el italiano se giró, con una sonrisa en los labios—. No te arrepientes de haber venido, ¿verdad? —le preguntó—. No te arrepientes de haber aceptado la propuesta de Denéstor.

—No —contestó Sedalar al momento. No tenía ninguna duda al respecto—. Pero ya sabes que mi vida en la Tierra no fue precisamente feliz. No me arrepiento en absoluto. ¿Y tú?

—No lo sé —contestó—. Me cuesta ser objetivo... cada vez que intento responder a esa pregunta no dejo de pensar en todo lo que he perdido. Mi familia, mi hogar, mis amigos... Todos los que han muerto aquí... Pienso en toda la angustia y el horror que hemos vivido, en la locura del cambio, en la maldita oscuridad que me bulle dentro. Con todo eso, debería tener la respuesta clara, ¿verdad? No tendría que tener dudas. Pero aun así...

—Si no hubieras venido a Rocavarancolia no habrías sabido que la magia es real —dijo el demiurgo. Sobre su hombro el reloj cabeceó adelante y atrás, como si subrayara sus palabras—. No habrías tenido el privilegio de conocerme. Ni de conocer a Marina. No habrías perdido a Rachel ni a Alex ni a Marco ni a Ricardo, por la sencilla razón de que nunca los habrías encontrado.

Cuando Bruno/Sedalar le dejó solo, Héctor se levantó de la silla, suspiró, y miró a su alrededor. La planta baja del torreón Margalar era un caos de muebles y desorden, pero en poco se parecía al desastre con el que se habían topado cuando entraron en el torreón por primera vez. Héctor, de pronto, se sintió invadido por la nostalgia al

recordar ese día: por aquel entonces no eran más que un puñado de niños metidos en una aventura que les venía grande. Todavía no sabían lo que les aguardaba. Qué ingenuos e inocentes eran.

Recordó cómo habían limpiado y ordenado aquel lugar bajo la dirección de Lizbeth. Sonrió con amargura. Tenía una imagen muy clara de sí mismo aquel día, intentando armarse de valor para acercarse a Marina y hablar al fin con ella mientras Alex no paraba de gastar bromas. Se preguntó qué pensaría de él el pelirrojo si pudiera verlo ahora. Se preguntó si le reprocharía el haberle fallado. «Sálvalos, Héctor. Puedes hacerlo», le había pedido mientras agonizaba ante la torre Serpentaria. «Mantenlos unidos». Pero él no había podido hacer ni una cosa ni otra.

Vio algo en una mesa que todavía le entristeció más. Se acercó con paso lento allí. En el centro estaba la urna que contenía las cenizas de Ricardo, a la espera de que el mar se tranquilizara lo bastante como para cumplir en condiciones el deseo del muchacho de que fueran esparcidas allí. Héctor acarició la vasija. No, no se habían ido todos.

—Tú sigues conmigo, compañero —murmuró, con un nudo en la garganta. Ricardo había soñado siempre con ser un héroe, pero Roallen no le había dado la menor oportunidad. Había querido salvarlos a todos, pero ni siquiera había conseguido salvarse a sí mismo. A él también lo habían superado las circunstancias.

En la misma mesa de la urna descubrió un libro manoseado. Era uno de los primeros libros de magia que Bruno había conseguido. Llevaba por título *Magia negra, roja y ámbar: La esencia del caos*.

Héctor lo tomó entre sus manos y lo abrió al azar. Eran hechizos de combate, agresivos en su mayoría; Bruno había garabateado notas junto a buena parte de ellos. En muchos casos se reducían a una fecha en el encabezado: el día en que el italiano había dominado el sortilegio. Héctor se guió por esas anotaciones para buscar los más sencillos, considerando que debían de ser los que Bruno había aprendido primero.

Después se sentó en un gran butacón y comenzó a estudiarlos, atento, absorto, como si la vida le fuera en ello.

# X

## Ritos de paso

La Luna Roja se negaba a bajar del cielo.

Permanecía clavada en las alturas, tozuda, dispuesta a resistirse con todas sus titánicas fuerzas a los designios del universo que pretendía enviarla de regreso a la oscuridad del espacio.

Rocavaragálogo se disparaba hacia las alturas, empequeñeciendo a las figuras a sus pies; hasta el dragón que en aquellos momentos bebía lava del foso parecía ridículo en comparación con la obra de Harex.

Andras Sula se cruzó de brazos mientras contemplaba los muros de aquel edificio siniestro.

—Parece más real que la propia ciudad —murmuró impresionado.

El dragonero asintió. Estaba sentado en una roca e intentaba, en vano, recuperar el resuello. El piromante había querido visitar Rocavaragálogo y, aunque la catedral estaba cerca de la mansión donde se alojaban desde el día anterior, el camino hacia allí había sido una tortura. Llevaban unos minutos detenidos, pero lejos de recuperar el aliento notaba un peso cada vez mayor en los pulmones, era como si la cercanía de la catedral le estuviera arrebatando el poco aire que le quedaba. Alzó la cabeza; el rojo de los muros, torretas y pináculos de Rocavaragálogo, intenso de por sí, aparecía inflamado ahora. El obelisco de Cuanlampar, el edificio más cercano, era brumoso en comparación, como si fuera menos denso que la obra de Harex, menos real. El piromante tenía razón, por supuesto. La catedral había ganado en solidez. Era por la Luna Roja, su presencia insuflaba energía a Rocavaragálogo.

—Es... —rompió a toser al intentar explicárselo. El dragonero sentía que los pulmones querían salirse del pecho. Se llevó un puño a la boca, intentando frenar el ataque pero lo único que logró fue mancharse la mano de hebras de sangre.

—Bebe —le ordenó Ara mientras le tendía un odre de agua que se apresuró a aceptar. Tardó unos instantes en poder beber, pero cuando lo consiguió sintió un alivio inmediato. El agua, tibia y amarga, debía de tener alguna propiedad curativa.

Devolvió el odre a la mujer e intentó sonreírle en muestra de agradecimiento, pero a sus labios sólo acudió una mueca dolorida. La mirada de Ara era de una dureza

implacable.

—Te vas a morir pronto, viejo —le advirtió.

Valga asintió con desgana. La tos había cesado, sí, pero notaba un silbido en el pecho, una suerte de respiración ajena, como si algo se le hubiera colado en los pulmones y estuviera sirviéndose de ellos para su propio provecho.

—El frío se me ha metido en los huesos y no me lo quitaré de encima jamás —murmuró. «Sólo la muerte logrará que entre otra vez en calor», se dijo.

Ara se había unido a ellos el día antes. Era una mujer enorme, de casi dos metros y medio de altura; su físico dejaba claro que tenía sangre de gigante en las venas. Iba envuelta en pieles sucias, tenía el rostro picado de viruelas, mirada triste y la nariz enorme y quebrada. Le faltaba el brazo izquierdo, arrancado de cuajo por una de las bestias de Rocavarancolia. La misma bestia que había devorado a sus hijos y a su compañero. Había acudido a ellos por el dragón, como Valga Melquíades, y lo primero que había hecho había sido conducirlos hasta un nido de alimañas semejantes a la que había acabado con su familia. El dragón se había dado otro festín con ellas.

—¿Hay algún modo de entrar? —quiso saber Andras Sula mientras cabeceaba en dirección a Rocavaragálagó—. No se ven puertas ni ventanas.

Ara negó con la cabeza antes de contestar.

—Es maciza, mi señor. Un bloque de Luna Roja al que Harex dio forma de edificio.

—Yo he oído otra cosa —anunció Valga—. Historias antiguas que cuentan que Harex y su hermano pasaban largo tiempo dentro de Rocavaragálagó, dedicados a sus oscuros quehaceres. Se dice que ellos eran los únicos que conocían el modo de entrar en la catedral.

—¿Nadie ha intentado nunca atravesar sus muros? —preguntó el piromante. Su tono de voz evidenciaba lo mucho que le sorprendería una respuesta negativa.

—Claro que lo han hecho —contestó Ara. Se frotó el labio superior con su única mano—. Y no han encontrado otra cosa que piedra allí dentro. Olvide las necedades del dragonero, mi señor. Rocavaragálagó es un pedazo de luna. Ni más ni menos.

El dragón rugió y los tres miraron en su dirección. El enorme animal estaba junto al foso de lava, con la vista fija en los pináculos que se alzaban en las alturas. Rugió de nuevo y dio una potente sacudida de alas; la izquierda, la herida, quedó retorcida en una postura antinatural que le hizo sisear de dolor. Quería volar, pero aquella ala se lo impedía.

—Un dragón atado a tierra es un animal lastrado —comentó Valga con pesadumbre—. Necesitan de las alturas para sentirse vivos... —recordó las torres dragoneras, plagadas de ellos, y se estremeció—. Las calles no son su lugar.

—Dijiste que volvería a volar.

—Y lo hará, tenedlo por seguro, pero le llevará tiempo. Recordad que hace sólo unos días que le devolvisteis a la vida. Tened paciencia y volará.

Andras Sula contempló al dragón, meditabundo. El piromante ya no tenía aire de mendigo. Ahora vestía una elegante casaca roja y unos pantalones negros ajustados que le daban aire aristocrático. Había hechizado los ropajes para hacerlos resistentes al fuego.

El joven desvió la mirada hacia la fortaleza que se levantaba en las montañas.

—Y si el dragón es tan importante para el reino como dices, ¿por qué no ha venido nadie a hacerse cargo de él?

—El dragón os ha escogido a vos, mi señor —se apresuró a contestar Ara. Siempre que se dirigía a él lo hacía con exagerado respeto; y al piromante parecía agraderle ese trato—. Nadie os podrá separar en contra de vuestra voluntad sin que el dragón haga lo imposible por detenerlo.

—No he preguntado eso —le cortó—. Donde quiera que vaya el dragón, iré yo; eso es algo que tengo claro. Lo que no entiendo es por qué no han mandado a alguien que pueda tratar sus heridas mejor que un viejo idiota.

—Porque en todo el reino no hay nadie mejor que este viejo idiota para cuidar dragones y en el castillo lo saben —murmuró Valga Melquíades en tono cansado. No le importaban ni las maneras del piromante ni sus insultos. De hecho estaba más que acostumbrado al desprecio, ése era el trato habitual que los bendecidos por la luna dispensaban a los simples mortales—. Dedicué la mayor parte de mi vida a cuidar dragones y he aprendido dos o tres cosas sobre ellos. Quizá cuando yo falte, el Consejo Real mande a alguien a proseguir mi tarea.

—El Consejo Real... —murmuró Andras. Luego se giró hacia ellos—. ¿Qué van a hacer con nosotros? —quiso saber—. ¿Qué va a ocurrir ahora?

—¿Ocurrir? —preguntó Ara—. No os comprendo, mi señor.

—Sí. La Luna Roja ya ha salido. ¿Qué se supone que pasa a continuación? ¿Nos van a tener vagando por la ciudad hasta que se harten? ¿Qué va a ser de nosotros?

—Yo... —Ara desvió la mirada hacia Valga Melquíades, confusa. El dragonero asintió y recogió la pregunta.

—No sé la respuesta —anunció de entrada y al ver la mueca del piromante alzó una mano en un intento de refrenar su lengua. Para su sorpresa lo consiguió—. Y no la sé porque los tiempos que vivimos son nuevos para todos. Es la primera cosecha que llega a buen puerto en treinta años y esta Rocavarancolia no tiene nada que ver con la de antes de la guerra. Pero puedo explicaros qué pasaba en aquel entonces...

»En los días siguientes a la salida de la Luna Roja, el Consejo Real se reunía para decidir el destino de los cosechados. Su tarea consistía en encontrarles el mejor acomodo posible dentro del engranaje del reino, dar con el puesto idóneo para cada uno de ellos. Los distintos gremios y torres intentaban por todos los medios interferir

en su decisión; todos querían contar con la bruja o el mago más poderoso de la cosecha en sus filas... A veces la rivalidad era tan enconada que asesinaban a cosechados sólo por no verlos en algún gremio que no fuera el propio.

»Mientras el consejo decidía su destino, los nuevos habitantes de Rocavarancolia intentaban familiarizarse con sus transformaciones. Unos pocos eran apadrinados por bendecidos de cosechas anteriores, pero a la mayoría no le quedaba más remedio que bregar en solitario con su cambio. Era rara la cosecha en la que un muchacho no moría consumido por su poder, o en la que antiguos amigos no se asesinaban entre ellos, enloquecidos por sus nuevos apetitos...

—Yo no me consumiré —aseguró Andras Sula—. Ni dejaré que me maten.

—No he insinuado eso en ningún momento —replicó Valga—. Sólo respondo a vuestras preguntas. Nada más. Queríais saber que ocurre tras la salida de la Luna Roja y eso os estoy contando —tomó aliento antes de continuar—: Ahora es el tiempo del acomodo. La hora de los ritos de paso. Y muchos cosechados cometían el error de creer que lo peor ya había pasado. No es así. Tras la salida de la Luna Roja las posibilidades de morir se multiplican. Ya no existe la ley de no interferencia, por ejemplo, y cualquiera puede asesinar a un cosechado por el motivo más nimio o por simple capricho. Los piromantes, por ejemplo, eran presas codiciadas en otros tiempos... Sus órganos internos, igual que los de los dragones, son el ingrediente fundamental de potentes hechizos de magia roja, y había hechiceros que no reparaban en medios para hacerse con ellos.

El joven frunció el ceño al oír aquello.

—No debe tener miedo, mi señor —intervino Ara en tono amigable—. No quedan hechiceros rojos en Roca...

—¿Miedo? —le interrumpió Andras Sula—. Yo no tengo miedo a nada. Hubo un tiempo en que era un pelele estúpido, un niño asustado. Pero eso quedó atrás —sus ojos azules centelleaban—. No, ya no tengo miedo —anunció—. Ahora tengo un dragón.

\* \* \*

Más allá de Rocavaragálago, oculto tras un murete lejano y solitario, Caleb espiaba al piromante y su dragón. Tenía la misma expresión de furia contenida con la que había salido del torreón Margalar. La rabia no se había suavizado con el paso del tiempo. Seguía igual de viva, igual de intensa. Su determinación de matar al muchacho no había disminuido. Aferró el cuchillo con fuerza. La mano le temblaba. No podía evitarlo. Intentó controlarse, pero lo único que logró fue que aquel temblor, aquel espasmo, le trepara por el brazo.

Era débil. Lo sabía. Siempre lo había sido. Tampoco era listo. Lo admitía. Nunca había estado capacitado para más tarea que la de cuidar a sus niños. Aquel cometido había bastado para dar sentido a su vida y al arrebatárselo le habían dejado vacío.

Se apartó las lágrimas con el dorso de la mano y continuó con su vigilancia. Tarde o temprano llegaría su oportunidad. Estaba convencido. No sabía si el destino le permitiría cumplir su objetivo, si lograría matar a aquel monstruo o moriría en el empeño. Lo único que sabía era que, llegado el momento, su mano no temblaría.

\* \* \*

El segundo día, Esmael también escogió los tejados para sus lecciones. Héctor creyó que iba a ser una repetición de las carreras y saltos con los que había terminado la jornada anterior y, aunque no se equivocó, había una diferencia importante. Antes de empezar, Esmael le tendió una bolsa de cuero repleta de baratijas: collares, tobilleras y pulseras, todas plagadas de campanillas. El ángel negro le hizo ponerse hasta la última de aquellas cosas. Un tintineo constante punteó cada uno de sus movimientos. Y precisamente eso era lo que debía evitar. No sólo tenía que correr de tejado en tejado, debía hacerlo en silencio.

—Si escucho el menor campanilleo, comenzarás de nuevo —le advirtió Esmael—. Una de las principales bazas de los ángeles negros es el sigilo. Y a estas alturas ya deberías ser capaz de manejarte lo bastante bien como para moverte en silencio sin importar lo que lleves encima.

Sus primeros intentos se saldaron con un rotundo fracaso, le resultaba imposible dar un paso sin que las campanillas tintinearan como locas. Esmael le aconsejó concentración. Según él, ahí residía la clave.

—Olvida las campanillas —le dijo—. Tú eres quien las controla: ellas dependen de ti, no al revés. Mide tus pasos, acompasa el movimiento. Tienes que ser consciente de hasta dónde puedes llegar sin que suenen. Una vez lo consigas, todo será más fácil.

Pero ningún consejo servía de ayuda. Héctor no lograba ni siquiera acercarse al alféizar donde el ángel negro había situado el punto de partida del ejercicio. Las campanillas tintineaban hiciera lo que hiciera; ni siquiera inmóvil conseguía mantenerlas en completo silencio. Se sentía ridículo, un estrambótico árbol de Navidad plagado de adornos. A medida que los fracasos se acumulaban, la frustración del muchacho iba en aumento. Y también la del ángel negro. Esmael no alcanzaba a comprender a qué se debía tal inutilidad. No había esperado un éxito inmediato, aunque sí cierta progresión. Pero se estaba dando el progreso contrario: Héctor iba de mal en peor.

La rabia de Esmael no era sólo culpa del muchacho. También tenía que ver mucho



con su propia inutilidad. Se había jurado encontrar al culpable de las muertes en el consejo antes de la puesta de la Luna Roja, pero, por el momento, no había avanzado lo más mínimo en esa dirección. La única pista tangible con la que contaba eran las escasas palabras que Denéstor había entrevisto en el pergamino robado a Belisario. Pero nadie parecía saber siquiera en qué idioma estaban escritas y, mucho menos, su significado. Y luego estaba la muerte de la arpía. Ni dama Serena ni dama Desgarro habían podido precisar si la muerte había sido accidental o no. Esmael había intentado localizar a Alastor, pero aquel despojo parecía estar bien protegido contra hechizos de búsqueda. Y eso no tenía sentido: ¿quién intentaría ocultar la cabeza del traidor? ¿Y por qué?

Por enésima vez, Héctor se acercó al alféizar envuelto en un repiqueteo constante. El sonido de los cascabeles trajo de regreso a Esmael al mundo real. El muchacho soltó una maldición y el Señor de los Asesinos decidió dar por finalizada la jornada.

Estaba rabioso. Y muy cansado.

—Vuela o cae —le dijo a Héctor mientras le empujaba sin contemplaciones al vacío. El joven cayó desde lo alto del edificio, rodeado de un ridículo ruido de campanillas que terminó abruptamente al estrellarse contra el suelo.



Lizbeth aulló al sentir en el costado la dentellada, tan brutal que los colmillos del colaespina arañaron el hueso.

Se revolvió e intentó alcanzar a su atacante, pero éste la esquivó con facilidad. En condiciones normales, la loba habría sido más rápida, pero los dos días vagando a solas en la ciudad habían hecho mella en ella. Estaba agotada, hambrienta y llena de heridas. Los cuatro colaespinas a los que se enfrentaba no eran las primeras alimañas contra las que se las tenía que ver desde que la habían expulsado del castillo.

El animal más alejado sacudió la cola y dos de los huesos afilados que se arracimaban en su extremo salieron despedidos para clavarse en el lomo de Lizbeth. El dolor la enloqueció; se revolvió hacia su atacante y, justo en ese momento, otro se acercó a la carrera y le mordió. Cuando se giró para repeler el ataque, la criatura ya se había puesto fuera de su alcance. El círculo a su alrededor se iba estrechando más y más. Atacaban, huían, y ella no podía hacer nada más que revolverse rabiosa.

De pronto, las sombras irrumpieron en la lucha. Descendieron por la tormenta entre siseos y susurros. Docenas de ellas; espectros turbios plagados de garras y agujones, con bocas rebosantes de cuchillas. Las onyces saltaron sobre los colaespinas. No eran del todo sólidas, pero sí lo bastante como para causar daño al cargar en buen número. Los colaespinas se vieron superados por aquel repentino

ataque. No intentaron defenderse, huyeron al trote, hostigadas por varias sombras.

Lizbeth ni siquiera se dio cuenta de que sus atacantes habían escapado y continuó embistiendo a cuanto la rodeaba. Las sombras danzaban alrededor de la loba, disfrutando de su confusión. Algunas llegaron al extremo de adoptar la forma de colaespinas y hostigarla del mismo modo en que lo habían hecho las verdaderas, aunque sin llegar a tocarla. Los ojos de Lizbeth estaban desorbitados; no pensaba, no había ni un ápice de racionalidad en su cerebro trastornado.

Las onyces reían mientras se dedicaban a aquel macabro juego. Su dueña les había ordenado proteger las vidas de sus compañeros y de ningún modo podían desobedecerla. Pero sí podían dilatar su intervención, retrasarla todo lo posible y actuar sólo cuando el peligro de muerte fuera inminente. Como lo habían hecho en aquella ocasión y en tantas otras con la loba estúpida a la que ahora azuzaban. Aunque su dueña les había prohibido hacer daño a sus amigos, no había dicho nada sobre que no pudieran divertirse a su costa.

La criatura que una vez se llamó Lizbeth bailaba al ritmo que marcaban las onyces. Tenía las fauces manchadas de espumarajos y sangre y su corazón latía a tal velocidad que no había separación apreciable entre latido y latido. Después de un torpe salto, las patas le fallaron y se desplomó sobre al adoquinado. Quedó inmóvil, los ojos abiertos pero sin consciencia tras ellos.

Las onyces alzaron el vuelo al momento, dejando a la loba tirada en el callejón. Unas cuantas permanecieron en las cercanías, aferradas a las fachadas de los edificios o colgando de los alféizares, sus ojos fijos en el cuerpo quieto. El resto se fundió con la noche y la tormenta.

El tercer día, Esmael lo llevó a los restos del anfiteatro.

No tomaron la rampa que descendía a los sótanos. En vez de eso, el ángel negro lo hizo bordear una zona en ruinas para colarse en lo que antes fue la arena. Sólo quedaba en pie una porción de las gradas, el resto estaba reducido a escombros. El ángel negro le hizo detenerse en mitad de aquel desastre. Héctor se preguntó qué había llevado a Esmael a escoger aquellas ruinas. Ignoraba que en aquel mismo lugar, hacía más tiempo del que el ángel negro quería recordar, dama Fiera le había impartido la misma lección que estaba a punto de impartirle a él.

Esmael alzó una mano en un gesto tan elegante que, por un momento, Héctor temió que fuera a ponerse a bailar. Los dedos del ángel negro aletearon en el aire, primero hacia arriba y luego en rápido descenso hacia el punto de origen del movimiento. Pronto el olor a plata quemada de la magia lo inundó todo. Aquel aroma le provocaba un profundo desasosiego. No por la magia en sí, sino por lo que debería hacer si quería servirse de ella.

Esmael terminó el hechizo y, de pronto, tras un brusco crujido, una espada transparente apareció de la nada. La tomó por la empuñadura antes de que cayera al

suelo.

—Magia aérea —le explicó mientras comprobaba el arma. Era tosca, como una espada dibujada por un niño de escaso talento, pero de una solidez evidente—. He condensando una porción de aire para crearla —continuó—. No te fíes de su apariencia, puede resultar frágil a la vista, pero no lo es. Un arma de aire nunca se quiebra si está bien forjada. El único problema es que se desintegra al poco tiempo —comprobó el equilibrio de la espada dando un par de mandobles al aire. Asintió satisfecho para después señalar con la cabeza a Héctor—. Desenvaina —le pidió.

—¿Dónde quedó eso de que es un sacrilegio desenvainar la espada si no vas a derramar sangre?

—Por eso no debes preocuparte —dijo Esmael—: habrá sangre.

Héctor empuñó la espada con un movimiento rápido. Tenía una idea bastante clara de cuál iba a ser el ejercicio de aquel día. Esmael cruzó el arma aérea ante su cara y Héctor le imitó.

—Obsérvame —le pidió el ángel negro. Su espada emitía un leve fulgor—: Trata de encontrar mis puntos débiles mientras luchamos. Busca mis zonas vulnerables e intenta alcanzarlas. Quiero que intentes matarme —le pidió—. Sin contemplaciones. Suelta esa oscuridad que dices llevar dentro. Usala contra mí —sonrió con malicia—. Y no te preocupes. Si consigues matarme, merezco estar muerto.

—No voy a contenerme —le advirtió Héctor. Tuvo que reconocer que la idea de luchar contra Esmael le atraía.

—Perfecto, porque yo tampoco pienso hacerlo —señaló a Héctor con la espada—. Hay un sinfín de puntos donde puedo herirte sin causarte heridas mortales. Vamos a comprobar cuánto dolor soportas. ¿Estás preparado?

Héctor asintió. Y no había acabado de mover la cabeza cuando Esmael se le echó encima. Ni siquiera lo vio venir. La espada silbó en el aire y se hundió en su pantorrilla. El joven reculó, tomado por sorpresa tanto por el ataque del ángel negro como por el mordisco del arma. Mientras retrocedía, Esmael le hirió tres veces más: en el pecho y en cada una de sus muñecas. Héctor correspondió a cada herida con un grito. El arma cayó de su mano.

—¡No! —aulló Esmael, furioso—. ¡No retrocedas! ¡Eres un ángel negro, por todos los infiernos! Si te atacan, devuelve el ataque. Si alguien te hiere, devuelve el daño centuplicado. ¡No te eches atrás!

Héctor gruñó. Se inclinó para recoger la espada. Y en cuanto la tuvo en su mano saltó hacia delante. Esmael le esperaba con la guardia alta. Detuvo sus golpes, girando a izquierda y derecha. Tras cada bloqueo, con cada movimiento, lo hirió con la misma facilidad con la que esquivaba sus acometidas. Esta vez Héctor no se detuvo; a pesar del dolor siguió embistiendo, sin más técnica que la rabia, sin más impulso que el sufrimiento. La espada de Esmael trazaba brillantes signos en el aire que iban a

terminar en su cuerpo. La furia lo embargó. Redobló su ataque. En su mirada florecieron las mismas lunas rojas que había visto cuando corrió en pos de Roallen.

De pronto, no tuvo sólo que defenderse de la espada de Esmael. Su adversario había afilado las alas y éstas se le venían encima también como si de cimitarras brutales se tratara. Héctor, a su pesar, retrocedió, superado por aquel triple ataque.

Esmael apretó los dientes. No se iba a contener, ya se lo había advertido a aquella parodia de ángel negro.

Mientras hería una y otra vez a Héctor, recordó la noche en que dama Fiera y él entablaron un combate similar al que estaba teniendo lugar allí. La furia de Esmael había conseguido igualar la contienda; no pudo doblegar a dama Fiera pero sí forzar tablas. Logró derribarla para ir a caer después extenuado sobre ella, ambos empapados en sangre. La Luna Roja, como hoy, flotaba en los cielos. No había nadie en las gradas del anfiteatro pero se escuchaba por doquier el pulso de la ciudad soliviantada por aquel cuerpo celeste: la tormenta, el rugido de bestias en las sombras, el vuelo de los dragones, canciones de borrachos en la distancia... Se habían mirado a los ojos, enfebrecidos y, con aquella mirada, se lo habían dicho todo. A pesar del agotamiento, encontraron fuerzas para amarse de forma desesperada sobre la arena, con la pasión desmedida, brutal, de los que conocen la oscuridad y no temen a la muerte.

Aquellos recuerdos lo enfurecieron todavía más. La criatura que tenía ante él no merecía ser llamado ángel negro.

—¡Afila las alas! —gritó sin parar de atacar, con más ímpetu si cabe.

Héctor resopló sangre. Desde que había estado a punto de matar a Marina no había afilado sus alas y, en aquella ocasión, había actuado por instinto, sin ser consciente de lo que hacía. No había intentado repetirlo desde entonces; la idea de que una parte de su cuerpo se pudiera convertir en un arma le repugnaba. Pero eso no lo detuvo. Notó cómo la consistencia de sus alas cambiaba, las desplegó y las lanzó sobre sus hombros intentando frenar a Esmael. Pero su contrincante desarbolaba cada uno de sus golpes con tal rapidez que era como si no existieran. Héctor no supo cuánto tiempo duró aquello. Las alas y la espada del ángel negro sajan y cortaban, a veces eran heridas profundas, otras cortes superficiales, pero siempre encontraban el modo de clavarse en su carne.

De pronto todo acabó.

Las alas de Esmael cortaron de forma simultánea ambas rodillas de Héctor mientras el arma aérea se colaba de nuevo en su pecho, tan profunda esta vez que el muchacho sintió la hoja atravesar su espalda. Se derrumbó. La última estocada de Esmael había hecho un daño terrible en su organismo.

Esmael contempló con desprecio al despojo ensangrentado que yacía en el suelo.

«Miradme. Soy un ángel rojo» había gritado dama Fiera cuando cayó

ensangrentada en la batalla, hermosa aun en la muerte. Y él, lejos de ella, no pudo hacer nada más que verla caer y morir. Ni siquiera había tenido la oportunidad de vengarla.

—Por hoy es suficiente —sentía un vacío atroz en el pecho, y un sentimiento enrevesado forjado a la par de nostalgia y de desprecio a sí mismo por sentirla—. Llama a tu demiurgo o a la bruja para que te curen las heridas.

—Y hazlo rápido si no quieres morir. Yo hoy no estoy para buenas acciones —dijo.

Héctor lo maldijo mientras se llevaba la mano al collar de Bruno, en busca de la piedra de llamada. Esmael echó a volar, y él quedó inmóvil sobre la arena, en el centro de un mar de sangre que se iba extendiendo a su alrededor.



—Todo está perdido, muchacha —susurraba el vacío con la voz demoledora del que dice la verdad definitiva, la única verdad que importa—. No hay nada que puedas hacer y lo sabes. Si ni siquiera eres capaz de controlarte ahora, ¿cómo lo harás cuando seas una vampira completa? Matarás a tus amigos. Sabes que no miento, sabes tan bien como yo que sólo te queda una salida si pretendes salvarlos.

Marina apoyaba sus manos en la barandilla del puente, con la vista fija en la insondable oscuridad de abajo.

—Saltar —dijo el abismo—. Esa es tu única opción, la única salida valiente: sacrificarte por ellos.

Ella asintió despacio y comenzó a trepar la baranda. La lluvia empapaba los barrotes y resultaba complicado afianzarse entre ellos.

—Ven a la oscuridad —le animaba la voz—. Aquí no habrá dudas, ni hambre. Aquí no podrás hacer daño a nadie. Éste es el único final feliz al que puedes aspirar.

La vampira desvió un instante la mirada para observar el revoloteo de un escarabajo de Bruno.

—No te preocupes por el demiurgo. No llegará a tiempo. Y las sombras de la bruja no intentarán salvarte porque será tu propia voluntad la que te guíe. Salta, niña. Pon fin a la pesadilla.

Ella se alzó al fin en el último tramo de baranda. No lloraba, pero las gotas de lluvia que corrían por sus mejillas bien podían ser lágrimas. Extendió los brazos.

En el mismo momento en que sus pies se despegaben de la barandilla, Darío salió de las sombras, la atrapó de la cintura y la lanzó sin contemplaciones de regreso al puente. Luego se apartó todo lo que pudo. Quería alejarse de Marina para que no viera el horror en que se estaba convirtiendo, pero no podía arriesgarse a irse muy

lejos por si intentaba saltar otra vez.

—No le escuches —gruñó con su nueva voz de trasgo—. Se alimenta de desesperación y muerte. No le escuches...

—¿Qué? ¡¿Qué?! —Marina retrocedió en el suelo ayudándose con los codos, mirando alternativamente a la barandilla desde la que había estado a punto de saltar y al ser que se acuclillaba a unos metros de distancia.

—¿Por qué ese empeño en retrasar el final? —preguntó el abismo y su voz sonó tan razonable que Darío estuvo tentado de escucharla—. ¿Acaso no veis que no hay salida? ¿No os dais cuenta de que es un sinsentido luchar contra lo inevitable? Matarás a tus amigos, vampira, si ellos no te matan antes.

—Cállate —dijo Darío, la vista fija en Marina.

—Y tú, trasgo ¿cuánto crees que podrás resistirte a tus propios apetitos? Pronto el ansia será tan fuerte que no podrás soportarlo. Enloquecerás, como Roallen... Y ya viste de lo que es capaz un trasgo loco —bajo el puente se escuchó una risilla, un sonido de ultratumba—. Sería paradójico que acabaras matando a la mujer que acabas de salvar, a la mujer que amas —Marina, que hasta ese momento había estado mirando atónita más allá de la barandilla, desvió la mirada hacia Darío al escuchar aquello.

—¡Cállate! —aulló el trasgo.

Darío se acercó a Marina, consciente de lo grotesco que debía parecer a sus ojos. Las manos, grandes, deformes, sus ojos empequeñecidos y la cabeza hinchada. Había crecido más de cuarenta centímetros en los últimos días y se sentía torpe al caminar.

—¿Eres tú? —preguntó ella, con los ojos muy abiertos—. Darío... Bruno me dijo tu nombre. ¿De verdad eres tú?

Él no supo qué responder, no tenía muy claro quién era. Se limitó a tenderle la mano intentando no mirar esos dedos largos y fibrosos.

—Vámonos de aquí —dijo—. El puente te hechiza con su palabrería.

—No... —sacudió la cabeza—. Tiene razón. No tengo fuerzas. No puedo soportarlo más.

—Eso quiere que creas. Escarba en tu debilidad. Se aprovecha de ella. No lo dejes ganar. No abandones. No abandones así.

Ella lo miró fijamente. Sus ojos eran perturbadores. Era una mirada ansiosa, sedienta. Sin dejar de mirarlo, Marina cogió la mano que Darío le tendía. Estaba helada pero poco le importó al trasgo. Había soñado muchas veces con hablar con ella, con tenerla cerca, pero nunca con tocarla. Su mano en la suya era un milagro que, en comparación, eclipsaba la magia de la Luna Roja. Y aunque sabía que Marina estaba a punto de atacarlo, aunque sabía que en apenas unos segundos debería enfrentarse a ella, al sentir el contacto frío de aquella mano, Darío, por primera vez, creyó en el calor.

Luego, la mano de Marina se transformó en una garra y la vampira se abalanzó sobre él. Darío la sujetó de los antebrazos con energía, manteniéndola apartada. Ella se revolvía, con el rostro desencajado, la boca abierta y los colmillos relucientes de saliva. No era la sed lo que la impulsaba ahora: era la desesperación. Quería apartarlo de su camino para llegar al puente.

—No voy a soltarte —le advirtió él. Acercó su rostro al suyo, sin ponerse al alcance de sus colmillos, para que viera la determinación en su mirada—. No vas a saltar, ¿me oyes?

—Y a ti qué te importa lo que haga —gruñó ella.

—Ya has oído al abismo —su voz sonó resignada, acababa de aceptar el destino del que durante tanto tiempo había intentado huir—. Te quiero y no voy a dejar que te hagas daño.

Marina no respondió. Se limitó a mirarlo con una intensidad dolorosa, como si intentara escrutar su interior y comprobar si lo que decía era cierto. Luego, sin previo aviso, una cortina de oscuridad veló su mirada; la vampira trastabilló y cayó hacia delante. Darío la acogió en sus brazos para evitar que fuera a parar al suelo. La lluvia daba bandazos a su alrededor, el viento murmuraba en su lengua insensata. El trasgo estrechó el cuerpo desmayado contra el suyo. Fue consciente de su peso, de su suavidad. De su fragilidad. Aspiró hondo el olor de la muchacha, repleto de matices. Se llenó los pulmones del aroma de su cabello, luego, sin poder contenerse, se inclinó para oler su piel. La carne de Marina exhalaba un aroma fragante, embriagador. Darío posó los labios en la curva de su cuello y se llenó de ese aroma dulce. Algo se removió en su interior, algo perverso y nauseabundo que le animaba a morder aquella carne. Apartó la cabeza de Marina, asustado de sí mismo.

—Mátala —le aconsejó el abismo—. Es tu oportunidad. Mírala, rendida a tus brazos. Muerde y desgarras, trasgo. Aliméntate. ¿Cuánto tiempo podrás contenerte? ¿Cuánto tiempo crees que podrá contenerse ella? Vuestra historia acabará mal. No puede hacerlo de otro modo.

El saber que la oscuridad no decía otra cosa que la verdad hacía la situación aún peor. Estaban condenados. La Luna Roja los había condenado a ambos. El trasgo alzó a Marina entre sus brazos y echó a andar con paso lento, inseguro, como un monstruo deforme que arrastrara a la doncella desmayada a su guarida.

\* \* \*

La cuarta jornada con Esmael como maestro fue otro día de pesadilla.

Héctor entró cojeando en el torreón. No recordaba haber estado tan cansado en su vida; era una debilidad total, tanto mental como física. Aquella tarde, Esmael le

había hecho caminar por una soga tensa tendida entre edificios y había perdido la cuenta de las veces que se había precipitado al vacío. Ni en una sola ocasión había llegado al otro extremo.

Y ser consciente de que podía morir con cada fracaso no le ayudaba a concentrarse. La situación había cobrado pronto tintes surrealistas: caer una y otra vez; sentir su cuerpo reventar contra el suelo; la magia de Esmael, recomponiéndolo de ese modo salvaje que, aunque sanaba, dolía muchísimo más que la caída; y, a continuación, sin tiempo de recuperarse, de regreso a la cuerda floja.

No le había quedado claro cuál era el sentido del ejercicio, no sabía si la intención de Esmael era mejorar su equilibrio, hacerle volar por desesperación o, simplemente, matarlo. El ángel negro había estado muy parco en palabras, se había comunicado lo justo para corregir su postura o intentar enseñarle a caer en condiciones para tratar de reducir los daños. Tras la enésima caída, Héctor anunció que ya no podía más, aquel ejercicio estaba más allá de sus capacidades. Había esperado un estallido de furia por parte de Esmael, pero éste había accedido tan rápido a dejar la cuerda que Héctor intuyó que algo marchaba mal.

Habían finalizado el día combatiendo, empleando únicamente las alas. Y Esmael se había aplicado con tal ferocidad que Héctor no tardó en comprender que aquello no era una lección más: era un castigo por haber fallado con la soga. Después de una arremetida particularmente violenta, Héctor cayó al suelo, con profundos cortes en el pecho, la cara y los antebrazos. Fue entonces cuando Esmael dio por finalizada la jornada.

Héctor se dejó caer en un butacón del torreón. Estaba mareado. Roto. Esmael había curado una y otra vez sus heridas, pero el recuerdo del dolor sufrido estaba muy presente. Eso era en mayor medida lo que le lastraba. Eso y la impresión de estar fallando constantemente. Los últimos días lo único que había conseguido con Esmael era frustrarse.

A los pies del asiento descubrió uno de los libros de magia que estaba estudiando: *Magia perdida y magia encontrada*.

Lo tomó y comenzó a hojearlo, más por distraer su mente que por verdadera intención de aprender algo. La cabeza le palpitaba.

De pronto, dos onyces aparecieron de la nada; habían adoptado la forma de gigantescos ofidios y reptaban por el suelo sin dejar de murmurar. Héctor las contempló con desgana por encima del libro. Unos segundos después, el portón se abrió y Natalia entró seguida de un nutrido cortejo de sombras. La bruja llevaba el lado izquierdo del rostro embadurnado de hollín y había añadido a su colección de collares y amuletos el esqueleto de un diminuto roedor.

—Tienes mal aspecto —le dijo en cuanto se aproximó a él.

—Me siento mucho peor —dijo Héctor. Y era cierto. Se incorporó todo lo que



pudo, sin llegar a levantarse. La expresión de la joven le inquietaba.

—Pues, sintiéndolo mucho, no vengo precisamente a alegrarte el día —comentó ella, confirmando sus temores—. Tengo noticias de Marina que he creído que debías sa... ¡Tranquilo! ¡No le ha pasado nada! ¡Está bien! La cuestión es con quién está.



—¿Estás enamorado de mí? —le preguntó Marina al poco de recuperar la consciencia.

Darío se irguió en la silla. Se había pasado horas sentado allí, contemplándola dormir. Estaban en uno de los dormitorios del acuartelamiento que el muchacho había convertido en su refugio.

—Lo estoy —le confesó. Hubiera sido absurdo negarlo—. Por tonto que suene te quiero desde la primera vez que te vi —se sentía tan incómodo, tan torpe...; se sentía como una bestia estúpida que intentara expresar en voz alta sus sentimientos sin dominar siquiera los rudimentos del lenguaje—. Fue en la plaza, el primer día. Estaba escondido tras una esquina y no podía dejar de mirarte. Te reconocí aunque no te hubiera visto nunca... Supe que... que tú... que yo... —la miró con los ojos muy abiertos, implorando su ayuda, su comprensión.

—Supiste que tu futuro y el mío estaban unidos —murmuró ella. Y Darío se estremeció al oírlo, no por la frase que describía a la perfección lo que había sentido, sino por el modo en que la había pronunciado—. Te entiendo —le aseguró—. Te entiendo porque yo sentí lo mismo cuando te vi en aquel tejado.

Darío guardó silencio. En otras circunstancias ese comentario habría desatado la alegría en su pecho, pero tanto el rostro de Marina como su tono eran demasiado sombríos como para albergar esperanza.

—Por eso te disparé —continuó ella—. Por eso intenté matarte. No por lo que le hiciste a Adrián, te disparé porque te reconocí. Sé quién eres. Lo sé. En la Tierra soñé contigo —lo miró fijamente y a él le costó un gran esfuerzo no apartar la vista de aquellos ojos fulgurantes—. No fue amor lo que sentiste al verme: fue predestinación. Nuestros destinos están unidos. Eso sentiste.

—No lo entiendo... —confesó él.

Y entonces ella le habló de sus cuentos, de esos relatos que había creído imaginarios y que habían resultado ser reales en Rocavarancolia.

—Esos cuentos se me ocurrieron en sueños —le explicó—. Y fue en un sueño donde te vi por primera vez. Yo también aparecía en él. No recuerdo los detalles, están borrosos... supongo que porque intenté olvidarlo..., aunque me quedé con lo esencial. Pensé que algún día podría escribir un relato sobre él. Era la historia de dos seres malditos que se enamoraban en Delirio; cada uno de ellos estaba poseído de un

apetito insaciable que lo empujaba a querer devorar al otro. Tenían que luchar contra esa ansia, contra esa locura... y debían hacerlo cada segundo de sus vidas, pero se amaban y ese amor equilibraba la voracidad que los consumía. No llegué a escribir el cuento. No me atreví.

—¿Cómo terminaba?

—Terminaba mal. Se mataban entre sí —lo miró con sus ojos terribles—. Nos matábamos el uno al otro. Porque el amor se acaba pero el hambre es eterna.

Era lo mismo que había profetizado el abismo, lo mismo que él temía que fuera a suceder. Darío agitó la cabeza, se negaba a creer que el destino estuviera escrito, se negaba a creer que estuvieran abocados a destruirse, aun a pesar del ansia que notaba en el estómago cada vez que miraba a Marina, a pesar del hambre que intuía en sus ojos cuando ella lo miraba.

—Me reconociste —se apresuró a decir—. Dices que me reconociste en el tejado... Yo no tenía este aspecto entonces —buscaba desesperado argumentos con los que zafarse de aquel destino y lo único que conseguía era balbucear de manera patética—. En tu sueño no podía ser el monstruo que soy. De haberlo sido, no me hubieras re...

—Cambiabas de forma —le cortó ella con desgana—. Unas veces eras un ser humano y en ocasiones otra cosa. Un ser grotesco. No lo recuerdo bien. Sé que el monstruo que aparecía en mis sueños tenía dedos largos y afilados... —Darío no pudo evitar mirar de soslayo sus propias manos—. Tengo que irme, eso es lo que tengo que hacer. Si me quedo aquí nos ponemos en peligro los dos.

—¡No! —exclamó, furioso. Ella lo miró con los ojos sumamente abiertos. Intentó calmarse, no quería asustarla ni reforzar sus argumentos con un ataque de rabia—. Me niego a creer que estemos condenados a matarnos. Por mucho que lo hayas visto en un sueño estúpido, por mucho que tus cuentos se hayan hecho realidad. No... —se dejó caer y acabó sentado, apoyado contra la pared, las piernas arqueadas y una mano en la frente—. Nada está escrito. Nada.

—Debería irme —insistió ella.

Negó con la cabeza. Pero no era a su marcha a lo que se negaba. Era a lo ineludible, al destino que los condenaba. Marina hizo ademán de levantarse pero antes de poder abandonar la cama volvió a derrumbarse sobre ella.

—Estás muy débil —le dijo él mientras se incorporaba. Una calma fría le dominó de pronto—. Y no tiene sentido que te vayas. Ahora mismo no corremos peligro... —su voz sonó apesadumbrada—. Por el momento estamos a salvo...

—Ahora soy yo la que no entiende lo que dices —aseguró ella—. ¿Qué significa eso?

—Según tu sueño nos pasaremos años luchando contra el ansia, ¿no es así? —dijo—. Todavía ni hemos empezado. No sientes nada por mí. Eso no cuadra con tu

historia —desenvainó la daga que llevaba al cinto y se cortó con rabia la muñeca izquierda. Marina lo observó entre horrorizada y ávida—. Tu sueño nos protege —aseguró Darío mientras fluía la sangre—. Podemos hacer lo que se nos antoje. Correr cualquier riesgo —se acercó a ella, con el brazo extendido, ofreciéndole la herida abierta de la que no dejaba de manar sangre. Ella encontró fuerzas para incorporarse, se abalanzó sobre su antebrazo y hundió los colmillos en la carne abierta—. Estamos a salvo —repitió Darío y cerró los ojos.



Esmael le esperaba acuclillado sobre uno de los unicornios de piedra que decoraban las escalinatas del edificio en cuya azotea habían luchado el día antes. Era una estatua de tamaño natural, imponente en su postura encabritada.

—Apesta a furia —fue lo primero que le dijo cuando llegó a su altura.

Héctor no contestó. No estaba de humor para los ataques verbales de Esmael.

—¿Es por tu amiguita? —insistió éste mientras saltaba del unicornio—. ¿Te preocupa que le guste más la sangre de trago que la tuya?

—Métete en tus asuntos —replicó Héctor, incapaz de contenerse. Esmael sabía cómo hacer el mayor daño posible con el menor número de palabras. Resultaba demoledor.

—Un trago —murmuró, implacable—. Nada menos que un trago. Eso debe de hacerlo todavía peor, ¿verdad?

Por toda respuesta, Héctor bufó y avanzó hacia la puerta del edificio, con el ánimo cada vez más sombrío. Sentía la necesidad de liberar a golpes la rabia que llevaba dentro. Necesitaba emprenderla a golpes con el mundo. La perspectiva de luchar contra Esmael le resultaba tremendamente atractiva. Debió suponer que el ángel negro no iba a concederle tal alivio.

—Cambio de planes —anunció con sequedad—. Tenía una excursión prevista para los próximos días, pero creo que ha llegado el momento de hacerla —dijo—. Sígueme —le ordenó mientras bajaba ya las escaleras—. No vamos lejos.

Héctor apretó los puños, soltó una maldición y fue tras él.

Atravesaron las calles desoladas de Rocavarancolia hasta adentrarse en una barriada oscura, desconocida para Héctor. Los edificios allí eran de piedra gris, sin la menor abertura en su superficie, ni puertas ni ventanas ni nada similar. Sin previo aviso desembocaron en una zona arruinada; varias casas se habían venido abajo, arrastrándose unas a otras hasta formar una montaña de escombros. Los cimientos de los edificios al derrumbarse habían reventado la calzada y, justo ante ellos, a los pies de los restos, se veía uno de los muchos pasajes subterráneos que cruzaban

Rocavarancolia.

Héctor frunció el ceño al ver a Esmael saltar dentro. Al parecer su destino estaba bajo tierra. Adentrarse en las entrañas de la ciudad no le hacía mucha gracia; no había olvidado la odisea sufrida allí cuando aquel engendro alado había raptado a Marina. Dudó un instante, luego se encogió de hombros y saltó a la galería.

Esmael lo miró, sonrió y continuó su marcha hacia las profundidades. Héctor no tardó en acostumbrarse a la oscuridad. Sabía que su visión nocturna había mejorado pero hasta no estar inmerso en aquellas cerradas tinieblas no supo hasta qué punto. Veía prácticamente igual que a la luz del día, con algo menos de profundidad quizá, envuelto todo en una monótona escala de grises.

El ángel negro lo guio entre el caos de encrucijadas que se desplegaba bajo tierra. Aquellas galerías se encontraban igual de pobladas de espantos que las que habían recorrido en su día. Héctor los veía con toda claridad: seres grotescos que acechaban en las sombras, desesperados y hambrientos. No se atrevían a aproximarse, aunque en esta ocasión no era la luz lo que les disuadía: era Esmael.

—Deja que te planteo un pequeño dilema ético—anunció éste de pronto. El sonido de su voz en aquellos pasadizos sonaba más lúgubre que de costumbre—. El planteamiento es sencillo. Escucha: tenemos a dos personas modélicas en actitud y comportamiento. Ambos son virtuosos, generosos, siempre dispuestos a ayudar a sus semejantes o a sacrificarse por el bien común. Ambos son ejemplos de rectitud y decencia. Dos verdaderas joyas. Pero echémosles un vistazo de cerca, ¿de acuerdo?

Una sombra gruñó desde un pasaje cercano y algo blancuzco poblado de tentáculos y agujijones dio un paso hacia ellos. Esmael miró hacia allí y eso bastó para hacer retroceder a la criatura. Luego continuó hablando:

—La bondad del primero es innata. No le cuesta trabajo seguir el camino recto: ha nacido para el bien. En cambio, el segundo... —resopló de manera teatral—. Entraría dentro de eso que tú llamas monstruo, al menos lo es de pensamiento. Su mente está llena de atrocidades, sus impulsos lo arrastran a la oscuridad, a hacer el mal, a ser dañino. Es una criatura perversa, nacida para la violencia. Pero se niega a ceder a esos impulsos y su vida es una lucha constante contra su naturaleza. ¿Me entiendes?

—Por el momento todo está bastante claro.

—La cuestión que te planteo es la siguiente: ¿quién tiene más mérito? ¿El santo por naturaleza o el demonio que se resiste a sus impulsos? ¿Cuál de los dos te parece más noble?

Héctor sopesó su respuesta. Estaba convencido de que había alguna trampa en esas preguntas. La respuesta era demasiado obvia:

—El monstruo que pese a todo sigue el camino recto —contestó—. Él lo tiene más difícil y aun así no cede. Es evidente que tiene más mérito.

Esmael soltó una carcajada.

—Tu monstruo es un hipócrita, y hay pocos pecados mayores que la hipocresía —contestó—. Luchar contra lo que eres es de débiles, de cobardes. El valor reside en aceptarte y hacerlo con todas sus consecuencias.

—No estoy de acuerdo —replicó Héctor—. El valor reside en ser quien quieres ser, a pesar de lo que dicte la naturaleza, a pesar de por dónde te quieran llevar los demás, a pesar de todo...

—Eres un necio —escupió—. No estás de acuerdo porque te ves reflejado en tu buen monstruo: eres un hipócrita que no acepta en qué se ha convertido, eso eres.

—Si lo que pretendías era insultarme podrías haber sido más directo.

—El insulto es un arte, aunque muchos lo menosprecien. Los mejores insultos requieren su tiempo de elaboración, como los buenos guisos —Esmael señaló hacia un ramal de la galería antes de adentrarse en él. Esta vez Héctor dudó un instante antes de seguirlo. Acababa de darse cuenta de lo furioso que estaba Esmael. Y él era la causa.

Un movimiento a su espalda le hizo mirar atrás. Una figura caminaba encorvada tras ellos, casi a la carrera, tan pegada a la pared que era difícil discernir qué era. Pronto otra criatura se unió a la primera. Hasta el momento, los seres que se habían topado en su camino se habían limitado a vigilar su paso, aquéllos eran los primeros en reunir suficiente valor para seguirlos. Pero más sorprendente fue descubrir de qué clase de criaturas se trataba: eran mujeres, demacradas, bestiales, pero mujeres en definitiva.

Mientras miraba, dos hombres se unieron a ellas. El aire de salvajismo que despedían era abrumador. Sucios y esqueléticos, de una palidez casi translúcida, repletos de llagas y con la ferocidad grabada a fuego en sus rasgos. Un quinto hombre apareció desde una bifurcación de la galería, tenía el cuerpo plagado de costras y una cicatriz enorme partiéndole el pecho. Tras él apareció otro. Y otro más, con un brazo cubierto de sanguijuelas. Emitían sonidos perturbadores, mitad gruñido, mitad gimoteo.

—Hombres bestia —anunció Esmael con repugnancia—. Pueden parecer humanos, pero no te engañes: son alimañas. Son los descendientes de los esclavos a los que Eradianavela introdujo almas animales hace dos siglos. Su meta era crear especies híbridas, pero no al modo de los genemagos, que mezclan partes de diferentes seres para obtener criaturas nuevas ni, por supuesto, a la manera natural en que los crea la Luna Roja. Lo que pretendía era intercambiar el espíritu de unas especies con otras, soñaba con crear gigantes con alma de dragón, quimeras con la inteligencia de los altos hechiceros...; era un visionario, y como la mayoría de los visionarios fracasó. Los esclavos enloquecieron, lo asesinaron y durante días sembraron el caos por toda la ciudad. Dieron caza a la mayoría, pero unos cuantos lograron refugiarse bajo tierra.

—¿Es que nunca pasa nada agradable en esta ciudad? —preguntó Héctor.

Como contestación, Esmael señaló de forma enérgica el ramal que se escindía hacia la izquierda. Nada más tomar ese camino la algarabía de gruñidos aumentó de grado. Era evidente que los hombres bestia no querían que siguieran esa dirección. La inquietud de Héctor crecía por momentos.

El nuevo pasaje terminaba unos metros más adelante, en una arcada natural que conducía al interior de una gran gruta. La luz era diferente allí, tenía un matiz distinto, como si parte de ella proviniera del exterior. Esmael se detuvo antes de llegar a la entrada y le indicó a Héctor que pasara delante. El muchacho entornó los ojos. El hedor era insoportable. Aquel lugar apestaba a podredumbre. En vez de obedecer al ángel negro, se detuvo y miró atrás. Ahora eran decenas las criaturas que se apiñaban al otro extremo de la galería, formando una pared compacta que cortaba el camino. Si querían regresar por él, no les quedaría más remedio que abrirse paso luchando. Y a cada segundo que transcurría llegaban más, empujándose unas a otras.

—¿Dónde me has traído? —pregunto Héctor en un murmullo apagado.

—Entra y lo verás —se limitó a ordenar Esmael.

Héctor lo fulminó con la mirada pero obedeció.

Fueron a parar a una gruta de gran tamaño, de paredes cenicientas y forma ovalada. El techo estaba muy dañado; grandes porciones del mismo se habían desprendido sembrando el suelo de cascotes, y el resto estaba tan agrietado que resultaba sorprendente que no se hubiera venido abajo. A través del techo se veía la ciudad, con la Luna Roja en lo alto. Un edificio se inclinaba peligrosamente hacia ellos, como si espiara las profundidades a las que tarde o temprano iba a ir a parar.

En otras condiciones el aire allí debería haber sido más fresco que en la red de pasadizos, pero no era así. La caverna apestaba. Y a Héctor no le costó trabajo averiguar el motivo. En el centro de la caverna había dos cadáveres, uno sobre el otro; el de arriba era el cuerpo de un murciélago similar al que había raptado a Marina, el de abajo se encontraba en un estado tan deplorable que resultaba imposible distinguir a qué especie pertenecía. Ambos estaban parcialmente devorados. Había esqueletos y huesos roídos por toda la caverna.

—Carroñeros —murmuró el joven mientras se llevaba la mano a la espada. Por el rabillo del ojo captó un movimiento rápido. Una silueta sombría corrió a ocultarse tras unas rocas. Algo gruñó. Escuchó ruidos de pasos a la carrera pero cuando volvió la vista no vio nada. Había sombras por todas partes.

—No son carroñeros —le anunció Esmael—. Es un nido de hombres bestia. Aquí almacenan a su prole para mantenerla a salvo de depredadores. Por eso están tan nerviosos allí fuera. A ningún padre le gusta que dos desconocidos se cuelen en el cuarto de sus hijos.

Héctor miró alrededor, horrorizado. Esmael no mentía: la caverna estaba repleta

de niños, había más de medio centenar disperso por el lugar, algunos no aparentaban tener más de un año, los mayores rondarían los diez. Los veía ahora con toda claridad; agazapados, a la espera, mostrándoles los dientes en una pose de advertencia animal. Estaban tan desnudos y demacrados como sus progenitores, pero resultaba todavía más terrible contemplar la ferocidad de su mirada, de sus gestos. Y aun así seguían siendo niños.

Una muchachita de no más de seis años le bufó como un gato. Estaba acuclillada junto a los cadáveres y por la inmundicia que chorreaba de su barbilla era evidente que la habían sorprendido alimentándose. No pudo evitar recordar a su hermana Sarah.

En la entrada se agolpaban los adultos, sin dejar de gruñir, divididos entre enfrentarse a los extraños que habían invadido su nido y el terror que les provocaba Esmael. Una mujer echó a correr hacia ellos, pero a medio camino se frenó y retrocedió, siseando de impotencia y rabia mientras miraba a un niño escuálido.

De pronto, Esmael echó a andar hacia la arcada, alzó un brazo y, tras un fulminante resplandor, buena parte del techo se derrumbó. Los niños bestia huyeron dando gritos. Cuando la polvareda se disipó, Héctor pudo ver que Esmael había bloqueado la entrada. Del otro lado, los hombres bestia proferían alaridos y aullidos enloquecidos a los que respondían desesperados los niños de dentro. Sólo entonces fue consciente Héctor del alcance de la prueba a la que estaba por someterle el Señor de los Asesinos de Rocavarancolia.

—¡Maldito bastardo! —gritó, fuera de sí—. ¡Son niños! ¡No puedes hacerme esto! ¡Son sólo niños!

—Mata o muere —se limitó a decir Esmael.

Pretendía abandonarlo allí. Iba a dejarlo a merced de los niños bestia. Fuera los padres se lanzaban contra las piedras, los escuchaba apartarlas desesperados por llegar al otro lado.

—Son sólo niños —repitió Héctor. Le resultaba incomprendible que Esmael no comprendiera la bestialidad de lo que le estaba proponiendo. Le resultaba imposible que necesitara más argumentos que aquellas tres palabras para convencerle de la locura que le pedía cometer.

—Estoy harto —dijo Esmael con desprecio—. No eres un ángel negro. Nunca lo has sido. Y no eres un ángel negro porque te niegas a serlo. Reniegas una y otra vez de tu naturaleza. Y no estoy dispuesto a perder más tiempo contigo. Por eso estamos aquí. Es hora de que tomes una decisión. Es hora de que aceptes lo que eres. O de que mueras.

Héctor miró alrededor. Unos cuantos niños habían corrido hacia el derrumbe y arañaban las piedras, mientras proferían lastimeros gemidos llamando a sus padres. Pero la mayoría seguía atenta a ellos, observándolos con rostros hambrientos.

—Con matar uno debería ser suficiente —le dijo Esmael—. Un solo cachorrito te dará bastante poder para salvar la situación. Podrás recurrir a la magia para salir de aquí. Y estoy convencido de que ya manejas los hechizos suficientes como para escapar sin matar a ninguno más.

—No puedes hacerme esto —dijo Héctor.

—Evidentemente puedo. De hecho lo estoy haciendo. Y no esperes que las sombras de las brujas vengan en tu ayuda: ellas nunca bajan aquí.

Héctor se llevó la mano al collar que le había dado Bruno. Siempre le quedaba la alternativa de llamar al italiano. Pero ¿llegaría antes de que lo mataran? La noche en que Esmael lo había abandonado desangrándose en el anfiteatro apenas había tardado unos minutos. ¿Conseguiría mantenerse vivo durante tanto tiempo?

Esmael desplegó las alas y levantó el vuelo. Héctor gritó al verlo elevarse. El ángel negro se frenó a apenas dos metros de tierra.

—Sólo uno, Héctor —dijo, sin mirarlo—. Sólo uno y conocerás de verdad qué es el poder.

El muchacho apretó los puños. Esmael remontó altura, con calma, sin mirar atrás. Y antes siquiera de que el ángel negro llegara hasta las grietas del techo, los niños bestia cayeron sobre Héctor, aullando enfebrecidos. Aferró la piedra del demiurgo y la apretó con fuerza.

—¡Esmael! —gritó, aun a sabiendas de lo inútil de su llamada. Soltó la piedra e intentó repeler la acometida. Pero eran tantos...

Se revolvió entre manos que arañaban y bocas que trataban de morderlo. Todo su ser le impelía a afilar las alas y dar rienda suelta al salvajismo que le corroía por dentro, pero se negaba a ceder a ese impulso. Eran niños, sólo niños. Uno de ellos le saltó encima y le mordió con saña el hombro. Le cogió del cuello y lo lanzó lejos. Eran tantos que se estorbaban unos a otros, pero su número y su rabia les otorgaba una ventaja contra la que Héctor no podía luchar. De un puñetazo tumbó a un muchacho de no más de cuatro años que se revolvió en el suelo, se aferró a su pantorrilla y le mordió con fuerza. Otro saltó sobre su espalda.

Héctor aulló. Abrió las alas y al momento un montón de manos desesperadas se aferraron a ellas. Volvieron a morderlo. Dos. Tres veces. Notaba cómo la oscuridad le reclamaba mientras luchaba desesperado por su vida.

«Deja de luchar. Me necesitas», murmuraban las tinieblas. «Estás incompleto sin mí. Ríndeme pleitesía y te haré inmortal. Mata, Héctor. Vive».

Volvió a gritar, furioso con Esmael por haberlo abandonado allí; furioso consigo mismo por ser débil y albergar tantas dudas; furioso con la creación entera, por ser un lugar hostil y terrible, por no dejar resquicio a la esperanza. Embistió hacia delante y las manos lo soltaron, incapaces de contener toda la potencia que era capaz de generar su cuerpo. Se giró, libre al fin, aunque sólo fuera por unos instantes. Sangraba por



decenas de heridas y tenía la certeza absoluta de ir a morir en los próximos minutos. Bruno no iba a llegar a tiempo. Se imaginó al italiano irrumpiendo en aquella gruta para encontrar su cuerpo a medio devorar en el suelo. Aquella visión lo enloqueció. Los niños volvieron a la carga y Héctor, más allá de la desesperación, saltó hacia ellos, hacia esa locura y ese horror que se le venía encima. No, no podía luchar contra lo inevitable. Había sido un estúpido por intentarlo. Abrió las alas. Endureció su filo.

Lo siguiente que supo fue que estaba en el aire, a más de dos metros de altura. Sus alas le impulsaron primero hacia delante, luego hacia arriba. Se elevó aún más, con torpeza, inseguro. La gravedad tiraba de él de regreso a tierra, pero Héctor la evitaba a golpe de pura adrenalina. Sentía como si de pronto hubiera encontrado un interruptor oculto en su organismo, una nueva forma de poner en marcha los músculos y tendones que unían su espalda a las alas. Volaba, estaba volando. Y, nada más ser consciente de ello, se desprendió del aire y cayó a tierra. Rodó por el suelo, pero antes de que los niños bestia pudieran retomar su ataque, se incorporó, abrió las alas y se impulsó hacia arriba.

Salió despedido, gritando de puro alivio. Sus alas partían el aire, lo rasgaban y lo acercaban a las grietas del techo. Nuevas fuerzas, hasta entonces sólo intuitas, se le desvelaban ahora, y eran magníficas. La euforia lo poseyó mientras el viento aullaba: hacía sólo unos segundos que había estado convencido de ir a morir y ahora volaba. Volaba. Los niños bestia estaban cada vez más lejos, la oscuridad quedaba atrás y Héctor, libre, más vivo de lo que se había sentido nunca, atravesó como una exhalación el techo destrozado y se adentró en un mundo nuevo.

La Luna Roja lo recibió en las alturas. Y él, ya por fin entero, rio a carcajadas mientras volaba, cada vez más alto, cada vez más rápido. Las calles se fueron desdibujando hasta dejar de ser calles y convertirse en meros trazos en la tierra; el mundo se iba haciendo cada vez más pequeño y él más y más grande. Cerró las alas de golpe y miró a su alrededor, extasiado. Estaba entre nubes de tormenta, salpicado de lluvia y de su propia sangre y, a su alrededor, volaban varios murciélagos flamígeros.

Alargó la mano hacia uno de ellos y, al mismo instante, un trueno retumbó a lo lejos y él comenzó a caer de regreso a tierra. Se dejó arrastrar, dejó que aquellas fuerzas que acababa de burlar tomaran otra vez el control de su cuerpo. Los murciélagos caían junto a él, como estrellas fugaces, como meteoros vivos que trazaban espirales alrededor de su cuerpo. Héctor decidió que había llegado el momento de volar de nuevo y desplegó las alas.

Descendió en picado, de regreso a la ciudad, seguido de cerca por los murciélagos. Vio a Esmael, en lo alto de la cúpula redondeada que remataba una torreta. Tenía los brazos cruzados y desde la distancia no pudo precisar si era una sonrisa lo que se dibujaba en sus labios o una mueca de desprecio. Daba igual. No importaba.

Volaba.

—¿Héctor?! —escuchó a su espalda.

El muchacho se giró, tan deprisa que trazó un círculo completo y acabó mirando de nuevo en la misma dirección. Se dio la vuelta otra vez, con más calma ahora. Bruno estaba a unos metros de distancia, suspendido en el aire, con el báculo entre las manos y una expresión de absoluto pasmo en la cara.

—¿Estás bien?! —le preguntó—. ¿Qué...? ¿Qué te ha pasado? Pero... ¿Estás volando!

—¿No me digas?! —se aproximó como una exhalación hasta el demiurgo y trazó dos rápidos círculos a su alrededor sin dejar de reír—. ¡Lo he conseguido! ¡Vuelo! ¡Nunca me había sentido tan bien! ¡Tengo alas y sé usarlas!

—¿Eres consciente de lo mucho que estás sangrando y de que es más que probable que tengas una severa conmoción?

—¡La tengo! —admitió él—. ¡Y estoy en shock! Pero no importa. ¡Mírame, Sedalar! ¡Vuelo! ¡Estoy volando!

Ambos se contemplaron en las alturas. Alrededor del demiurgo revoloteaban insectos de madera; en torno al ángel negro una docena de murciélagos en llamas. Héctor sonrió. Era la primera sonrisa real y sincera de los últimos meses. La sonrisa de un niño que, maravillado, ha descubierto un nuevo juego.

Acto seguido se alzó en la tormenta, cada vez más alto. Los murciélagos fueron en su persecución.

—¡Atrápame si puedes! —aulló.

El demiurgo lo contempló elevarse, convertido en una silueta recortada contra la Luna Roja. Sonrió también. Era la primera vez que Héctor lo llamaba directamente por su nuevo nombre. Su sonrisa se hizo mayor al ver las piruetas demenciales de Héctor y los murciélagos. Sus propias creaciones parecían ansiosas de unirse a ellos. Se echó a reír, sacudió la cabeza y decidió dejarse arrastrar por la locura de Héctor. Era probable que no tardara en arrepentirse pero, por un rato, iba a olvidarse de sus investigaciones, de la magia y el mundo oscuro que los rodeaba.

Sedalar Tul echó a volar dispuesto a ser, por primera y, quizá, última vez, un simple niño que juega con un buen amigo.

## XI

# El principio del fin

Dama Sueño dormía. La realidad hacía tiempo que había dejado de tener sentido para ella. Para la anciana no existía la cama en la que reposaba, ni el criado que, sentado junto al lecho, velaba su sueño, ni el centinela que custodiaba la entrada. De lo único que era consciente, y de modo vago, era del hechizo de vigilancia que Esmael había colocado a la cabecera de la cama.

La hechicera, en el fondo, no estaba allí. Se encontraba inmersa en su sueño, escondida en lo más recóndito del mismo. Para ella su cuerpo no era más que un simple cascarón, un lastre necesario e incómodo con el que debía cargar. Habitaba en el sueño. Allí había levantado una segunda Rocavarancolia, una ciudad totalmente diferente a la real y, al mismo tiempo, la misma.

En esa ciudad soñada, en la balconada del palacete que dominaba la urbe, dama Sueño se sentaba a una mesa de cristal. En ella se hallaba dispuesto un tablero ajedrezado. La anciana no era tal en su sueño, había engalanado su presencia con la hermosura de la juventud: así era como le gustaba recordarse; esa licencia a la coquetería era una de las pocas cosas que le ayudaban a reconocerse como humana.

Miró más allá de la baranda. La ciudad se extendía a sus pies, espléndida, prodigiosa. La Rocavarancolia real había sido y era un caos total, un delirio de formas y arquitecturas dispares que se arracimaban sin orden ni concierto. En esta otra Rocavarancolia, en cambio, todo casaba a la perfección, las distintas zonas urbanas encajaban entre sí como melodías de una misma partitura. Mirara donde mirara todo era armonía.

Pero para dama Sueño lo más milagroso no era la ciudad; de lo que realmente estaba orgullosa era de las estatuas que se esparcían por la plaza y la avenida. Esa era su mayor obra. Allí, encerradas en sus réplicas de cristal, descansaban las almas de muchos de los que habían muerto por Rocavarancolia en los últimos treinta años. La mayoría había caído defendiéndola en la batalla final, pero había otros, demasiados, que habían sido víctimas de las circunstancias: los niños cosechados por Denéstor.

—Es una ciudad muy bonita —aseguró una voz. Dama Sueño se giró y se vio a sí misma entrar en la terraza. Una réplica infantil, de pelo plateado, con una larga trenza

que le colgaba hasta media cintura. Llevaba una caja de madera en las manos. Se acercó a rápidos pasitos, dejó la caja junto al tablero y luego trepó a la silla—. Aunque yo hubiera hecho el cielo un poquito más azul...

—Si te portas bien quizá te deje colorearlo a tu gusto después —afirmó ella mientras se contemplaba con una sonrisa.

La niña suspiró y entrelazó las manos en el regazo. Su rostro se ensombreció como si las palabras de su representación adulta hubieran enturbiado su pensamiento.

—Pronto no habrá un «después». No nos queda mucho tiempo, ¿verdad?

Dama Sueño nunca estaba del todo segura de lo que iban a decir sus réplicas, pero la melancolía de su yo niña al hablar de su más que seguro fallecimiento la sorprendió. La tristeza de sus palabras era el reflejo de sus propios sentimientos.

—Hemos tenido muchísimo tiempo —dijo—. Más del que tiene la mayoría, más del que nos merecíamos. Y ha sido una buena vida —aseguró, en un intento de convencerse a sí misma.

La niña se revolvió inquieta.

—Pero aunque las cosas salgan bien no sabremos si el esfuerzo merecerá la pena. Ocurra lo que ocurra, nosotras no veremos cómo termina. ¿Y si nos equivocamos? ¿Y si al interferir empeoramos la situación?

Esas dudas eran suyas, aunque nunca las había expresado en voz alta. Sus representaciones infantiles actuaban a veces a modo de conciencia.

—Lo sé —dijo—. Pero merecerá la pena intentarlo, ¿no crees?

—Supongo... —murmuró la niña, poco convencida. Luego dedicó una mirada a la caja—. ¿Me dejas hacerlo a mí? —preguntó.

—Por supuesto —contestó ella.

La niña sonrió y metió las manos en la caja. Extrajo una figura de madera, pintada de verde y negro: la representación de un hombrecillo tocado con chistera, chaleco y gabán.

—El demiurgo. El niño vacío. Al principio me daba miedo, pero ahora le quiero un poquito —suspiró—. Me gustaría visitarlo en sueños y darle un beso, pero no duerme nunca.

—Si todo va bien, podrás hacerlo pronto.

La niña sonrió ante la perspectiva. Se irguió en la silla y contempló el tablero con atención. Asintió decidida y lo colocó en el centro, sobre una casilla negra. Nada más hacerlo, el mundo se deshizo: la terraza, la ciudad, el cielo, todo se fue destejiendo; las hebras del sueño se soltaron y comenzaron a trenzar un nuevo escenario en el que ellas no tenían cabida: una habitación donde un joven tocado con chistera leía un grueso tratado acodado en la mesa.



Sedalar Tul levantó la vista *de El Códice de lo Imposible* de dama Esmeril y miró a su alrededor con el ceño fruncido. Por un instante, había tenido la impresión de no encontrarse solo. Sus ojos se fijaron de inmediato en el extraño grimorio cubierto por el tapiz. En ocasiones había sentido que el libro, de algún modo, le espiaba. La mera proximidad de aquella cosa resultaba inquietante.

Si de él hubiera dependido, no habría entrado jamás en aquel cuarto, pero la mayoría de los libros que quería consultar estaba allí y, para su pesar, no había tardado en descubrir que muchos estaban hechizados de tal forma que resultaba imposible trasladarlos a cualquier otra habitación de la torre. Al intentarlo, una barrera mágica se interponía entre la puerta y él, impidiéndole pasar. Por lo visto, los libros se hallaban vinculados a la estancia en la que se guardaban.

Se centró en el libro que estaba leyendo. Por fin sentía que se encontraba en el buen camino, *El Códice de lo Imposible* era un catálogo de las alteraciones más extrañas producidas por la Luna Roja. Y el apéndice del mismo trataba sobre las provocadas por las joyas lunares.

«Estas joyas, encantadas en los primeros días de Luna Roja, tienen la capacidad de acelerar el cambio, aunque como contrapartida se pierde la pureza de la transformación natural y se corre el riesgo de destrozar la mente del hechizado», leyó.

En la mayor parte de los casos se habían limitado a matar al afectado, pero en ocasiones se había intentado curar a la víctima. La más significativa de esas excepciones había sido la de Correcta, hijo del rey Ban; al parecer una joya lunar lo había transformado en un engendro grotesco, una esfera de carne incapaz de moverse ni de comunicarse con el mundo, sin ninguna utilidad ni poder. De no haber sido hijo de quien era, habría terminado muerto, pero el rey no quería tal destino para su hijo y ordenó a sus hechiceros que lo restituyeran a su antiguo ser. Lo consiguieron, aunque el libro de dama Esmeril no especificaba cómo, lo único que mencionaba era que «la regresión se realizó con éxito».

—La regresión se realizó con éxito —murmuró Sedalar.

El reloj de su abuelo, que hasta entonces había deambulado a su aire por la estancia, saltó a la mesa. Sedalar acarició la tapa con cariño. El día antes había anclado el hechizo de vida en el reloj, convirtiéndolo en un ser independiente por completo de él. Los libros hablaban del dolor terrible que provocaba el hechizo de vida permanente, pero aun así nada le había preparado para semejante agonía. Había creído morir. El reloj se frotó contra su mano.

—Eso es —le dijo—. Los cambios se pueden deshacer. Siempre que quieras deshacerlo, claro. Regresión. Ésa es la clave, querido amigo. —Extendió la mano y el

reloj saltó a la palma—. Regresión —murmuró—. Ahora sólo queda averiguar cómo llevarla a cabo.

\* \* \*

La última planta de la torre Serpentaria se desdibujó, perdió consistencia y realidad; las hebras del sueño se descosieron para volver a tejer el escenario anterior. Y la dama Sueño niña y la dama Sueño adulta se encontraron de regreso en el balcón de la ciudad soñada.

—No quiero que le pase nada —dijo la pequeña mientras miraba a la única figura dispuesta en el tablero—. No quiero que muera.

—Lo que deba ser, será. Tiene decisiones importantes que tomar. Mucho depende de él. Demasiado.

La niña apartó la mirada de la figura, no sin esfuerzo, e introdujo la mano de nuevo en la caja. Esta vez sacó una estatuilla femenina, de madera negra, que compartía peana con la sombra que se alzaba a su espalda en un gesto que podía tomarse como protector y amenazante al mismo tiempo.

—La bruja —murmuró la dama Sueño adulta—. Las onyces tratan de pervertir su alma. Sólo permanecer cerca de ellas la contamina. La oscuridad la llama.

—Pero ella es fuerte —aseguró la niña y, sin dudarlo, la colocó en una casilla negra cerca del demiurgo—. No abandonará a sus amigos.

Nada más posar la figura en el tablero, la ciudad se vino abajo como un decorado mal montado. Tras él apareció una nueva escena: la noche y la tormenta se daban la mano sobre la Rocavarancolia real. La Luna Roja pendía del cielo, como una descomunal gota de sangre. Natalia estaba acucillada en la cúspide de un obelisco, indiferente a la tempestad. A excepción de sus amuletos y colgantes, iba completamente desnuda. Su cuerpo resplandecía bajo la lluvia. Una docena de sombras se aferraba con sus seudópodos neblinosos al obelisco; sus rostros atroces se elevaban hacia la chica como si estuvieran adorándola.

De pronto, la bruja se incorporó, alzó los brazos y adoptó la postura de una nadadora a punto de zambullirse. Flexionó las rodillas y se lanzó al vacío. Sonreía. Decenas de sombras la acompañaron en su caída. Cuando apenas faltaban diez metros para estrellarse contra el suelo, las onyces se desplegaron bajo ella y se unieron para adoptar la forma de una inmensa criatura alada. La joven se aseguró sobre su lomo, se agarró al nacimiento del cuello y gritó de euforia mientras las sombras la hacían volar sobre la ciudad en ruinas.

De nuevo las dos dama Sueño regresaron a la balconada. De nuevo introdujo la niña la mano en la caja. Extrajo la figura de un joven envuelto en llamas que llevaba

puesta en la cara una sonrisa de loco.

—Y a él ¿dónde lo pongo? —preguntó la muchachita.

—No lo sé —contestó la anciana—. No lo sé...



Valga Melquíades se moría.

Una somnolencia pesada se cernía sobre él y sabía que una vez cediera a ella no volvería a despertar. Su tiempo estaba cumplido. No le daba miedo morir. Había aprovechado la vida lo mejor que había podido y además había visto un dragón cuando ya había perdido la esperanza de hacerlo. Únicamente quedaba algo por hacer, un último deseo que, de serle concedido, serviría de broche perfecto a su existencia. No se hacía ilusiones al respecto, pero no perdía nada intentándolo.

—¿Por qué quiere hablar conmigo? —escuchó preguntar al piromante mientras se aproximaba por el pasillo.

—Dice que se muere y que tiene algo que decir, mi señor —le explicó una voz masculina, ronca y desgarrada—. No ha dicho nada más. —Valga no recordaba cómo se llamaba aquel sujeto, un feo guerrero con la mejilla plagada de cicatrices. Formaba parte del pequeño grupo que se había unido a ellos el día anterior. Eran tres veteranos del ejército de Rocavarancolia, los tres con la cabeza rapada y el cráneo tatuado de runas protectoras.

El piromante entró en el cuarto. Tenía la expresión sombría de alguien a quien molestan por una nadería. Arrugó la nariz ante el olor a enfermedad que llenaba la estancia y se acercó al lecho. El anciano no pudo ni incorporarse.

—Me has mandado llamar —dijo Andras Sula.

Valga asintió.

—Siento molestaros. Pero mi tiempo se agota y hay algo que deseo pedir —le costaba gran esfuerzo hablar; el aliento, la vida, se le iba en cada palabra—. Los dragoneros tenemos una antigua tradición para despedir a los nuestros. Significaría mucho para mí si tuvierais a bien cumplirla... —la expresión del muchacho era de una frialdad absoluta, pero Valga no se arredró—. Cuando uno de los nuestros muere se ofrecen sus restos a las llamas en presencia de un dragón. Aseguran que si éste devora el cuerpo antes de que el fuego lo consuma, el dragonero alcanzará sin dificultad la otra vida. Eso... deseo pedir.

—Que prenda fuego a tu cadáver para ver si el dragón se anima a comerte —resumió Andras Sula. En sus palabras no se dejó entrever rastro de burla o de crueldad y Valga se permitió albergar esperanza.

—Eso es, exactamente, lo que quiero.

El joven guardó silencio. El dragonero lo contempló, expectante. En el cuarto lo único que se escuchaba era la respiración rota del anciano. Después de lo que se le antojó una eternidad, Andras Sula asintió con desgana.

—Está bien —concedió—. Si eso quieres, haré una pira contigo. Lo que haga después el dragón será cosa suya.

El agradecimiento que sintió Valga al oírlo fue tal que por un instante temió que su corazón fuera a reventar de felicidad. Quería dar las gracias al muchacho, pero lo único que consiguió fue balbucear mientras sonreía sin parar. El piromante hizo una mueca y se apartó de la cama. Y hubo algo en su gesto, en la expresión de asco de su rostro, que el anciano, para su sorpresa, se encontró hablando de nuevo. La gratitud se vio sustituida de pronto por una pena inmensa, no por sí mismo sino por el joven que tenía ante él.

—Hay algo más... —era consciente del error que estaba a punto de cometer. Y aun así no se echó atrás, aunque eso significara que el muchacho le negara lo que ya le había concedido—. Algo que debéis saber.

Andras Sula se giró hacia él, sorprendido quizá por el repentino cambio de tono de voz de Valga.

—No sois el fuego... —comenzó el anciano—. No sois un dragón, aunque os hayáis otorgado el nombre del más grande de todos. Sois poco más que un niño. Y por mi alma, inmortal o no, os juro que no os estoy despreciando con estas palabras. Ser poco más que un niño es algo maravilloso. Algo único —tomó aliento aunque a decir verdad no le hacía falta. Las palabras salían solas de su boca, con una energía impropia—: Es un milagro.

—¿Vas a sermonearme? ¿Vas a darme un discurso en tu lecho de muerte? —parecía sorprendido—. ¿Eso pretendes?

—No es un sermón. Sólo os pido que no cometáis el mismo error que han cometido muchos antes que vos: no olvidéis quién sois. No os dejéis cegar por el poder.

»El fuego no es lo que os hace especial, el fuego no tiene mente ni sentimientos. Vos sí... Si alguna vez olvidáis que fuisteis un niño os convertiréis en el monstruo que muchos asegurarán que sois. No dejéis que eso pase. Porque si os empeñáis en ser el fuego, todos se apartarán de vos y, como el fuego, acabaréis muriendo solo. Escuchadme brujo, escuchadme... No olvidéis quién sois u os condenaréis a no ser nada más que miedo y cenizas... —La voz se le quebró en la última frase. Y Valga Melquíades fue consciente de que nunca volvería a pronunciar jamás palabra alguna. Había callado para siempre.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que Andras Sula no estaba en el cuarto. Y le resultó imposible precisar cuándo se había marchado. Probablemente antes de que terminara de hablar. Al menos lo había intentado, y si no le concedía su último deseo,



tanto daba, prefería morir con la conciencia tranquila.

Cerró los ojos, ganado al fin por el agotamiento. No sentía dolor, sólo una tremenda sensación de plenitud. Todo estaba hecho, todo terminado. Sonrió. Su conciencia caía en lentas espirales, notaba cómo se iba diluyendo, era un repliegue, una huida hacia delante. Se preguntó si soñaría algo antes de que llegara el fin. Y nada más preguntárselo escuchó una voz de mujer, cálida y tierna, en su mente: «¿Qué deseas soñar?»

Sonrió. Sabía bien qué responder a esa pregunta: «Me gustaría soñar con mi padre —pensó en su sueño—. El día en que me llevó por primera vez con los dragones...»

La voz guardó silencio, pero el dragonero fue consciente de que, en algún lugar dentro de su sueño, alguien sonreía. Era un delirio a buen seguro, un rapto de locura propio de una mente que se apaga, pero aquella sonrisa, fuera real o no, resultaba consoladora. A continuación, Valga Melquíades se hizo pequeño, muy pequeño, un niño de no más de cinco años que caminaba por las calles de Rocavarancolia de la mano de su padre. El día era magnífico, y él tenía toda la vida por delante.

—Umbra Gala es el más grande y feroz de todos —le estaba explicando su padre, y su tremendo vozarrón le hizo estremecer—, pero ni siquiera él se atreve a acercarse a Dorcas desde que sus dragoncitos rompieron el cascarón. Las hembras son temibles a la hora de proteger a sus crías y esa dragona es todo un carácter. Pero a nosotros nos dejará acercarnos. No le damos miedo.

—¿Veré dragoncitos?

—¿Verlos? Podrás tocarlos si te atreves. ¿Te atreverías a acariciar a un dragón, Valga?

El corazón del niño latía desaforado. Había visto en infinidad de ocasiones dragones volando en la ciudad, desde luego, pero nunca había tenido la oportunidad de verlos de cerca.

Vio las torres a lo lejos, altas, rutilantes y hermosas, plagadas de bestias colosales que copaban el cielo con su envergadura. La sonrisa de Valga se hizo tan grande que le dolió en la cara. Miró a su padre y éste le sonrió. En aquel preciso y maravilloso instante, Valga Melquíades conoció la verdadera felicidad. Y no tenía nada que ver con los prodigios que rugían a unos metros de distancia, no tenía nada que ver con esas torres magníficas y las maravillas que las habitaban. La verdadera felicidad para él consistía en caminar por esa calle de la mano de su padre.

Y así, con la dicha plena que sólo los niños son capaces de alcanzar, Valga Melquíades, el último dragonero de Rocavarancolia, se perdió más allá del sueño.

\* \* \*

—¿No vamos a traerlo con nosotras? —preguntó la niña.

—No —contestó la adulta—. Su papel en esta historia ya está cumplido. Se merece descansar en paz.

Las siguientes figuras que la niña sacó de la caja eran similares: dos criaturas aladas, una de menor tamaño que la otra. Las alas rojas de ambas estaban desplegadas de par en par. La niña, sin vacilar, colocó la figura pequeña sobre una casilla negra.



Le dolían las alas, pero Héctor no frenó su vuelo. Iba tan rápido que el mundo a su alrededor no era más que un borrón acelerado. Atravesó veloz las formas difusas de la ciudad, catapultado entre callejas y edificios. Cuando llegó a la cúpula que Esmael había fijado como meta, el Señor de los Asesinos ya estaba allí. Ni por un instante había creído poder vencerlo.

Héctor aterrizó trastabillado y la inercia le hizo avanzar a trompicones unos pasos. Consiguió detenerse a un metro escaso del ángel negro; estaba doblado por el agotamiento y jadeaba sin parar.

—No ha estado mal —comentó Esmael—. Has mejorado en mucho el desastre anterior. Ahora eres aceptablemente patético.

—Qué ilusión —trató de decir Héctor, pero sólo consiguió exhalar un silbido agotado. Se sentó en la terraza, con las alas desplegadas y las manos en la cintura. Intentó controlar la respiración como Esmael le había enseñado; «sudar el cansancio» llamaba el ángel negro a aquel ejercicio. Con cada toma de aire se fue sintiendo mejor.

Le había costado mucho decidirse a continuar su aprendizaje junto a Esmael después de que éste lo abandonara en la caverna de los niños besda.

—¡Podría haber muerto! —le espetó cuando el ángel negro voló a su encuentro al día siguiente de la encerrona. Héctor se debatía aún entre la rabia por lo que Esmael le había hecho y la euforia de haber conseguido volar.

—¿Y dónde reside la novedad? —preguntó sarcástico Esmael—. ¿Cuántas veces has estado a punto de morir desde que empecé contigo? —hizo una mueca—. Deberías estar orgulloso. Ha quedado claro que tienes más miedo de matar que de morir. Qué noble, qué estúpido —soltó un suspiro hastiado—. Te auguro una vida corta, muchachito, pero al menos te irás a la tumba con la satisfacción de haberte mantenido fiel a tus estúpidos principios.

La mayoría de los ejercicios que Esmael le había planteado en los dos últimos días estaban relacionados con maniobras de vuelo y a Héctor no le quedaba más remedio que reconocer lo mucho que estaba disfrutando con ellos. Esmael seguía igual de prepotente e insufrible, pero al menos, por fin, estaba aprendiendo algo.

—Alza las alas sobre tu cabeza todo lo que puedas —le pidió el ángel negro mientras se colocaba a su espalda—. Quiero ver si ya eres capaz de estirarlas al máximo. Cuanto antes lo consigas, más fácil se te hará maniobrar.

Héctor se aprestaba a cumplir su orden cuando un súbito fogonazo destelló en las alturas. Ambos miraron hacia allí. Una grieta colosal se estaba abriendo camino entre una agrupación de nubarrones. De pronto comenzó a ensancharse, a la par que un fulgor multicolor brotaba en torno a ella.

Un nuevo vórtice nacía sobre Rocavarancolia, y no uno cerrado como la mayoría de los que habían aparecido en los últimos días. Aquél era un portal activo: un camino a otro mundo.

—Por eso nos habéis traído —murmuró el muchacho mientras contemplaba cómo aquel desgarrón se iba consolidando en la realidad.

—Ése es uno de los motivos, sí —admitió Esmael. Era el tercer portal que aparecía en Rocavarancolia tras la salida de la Luna Roja. El segundo, al igual que el primero, había conducido a un mundo yermo—. Pero no el único —afirmó. A continuación echó a volar en dirección a la brecha en los cielos.

Héctor le siguió sin vacilar, y tuvo que esforzarse para mantener el ritmo del Señor de los Asesinos.

El vórtice medía unos siete metros de alto y dos de ancho. Era una abertura irregular, un desgarrón envuelto por luces fluctuantes que le daban aire de arco iris arruinado. El portal propiamente dicho estaba rodeado de una película de luz clara. Esmael estudió el resplandor.

—La atmósfera del mundo vinculado entra en contacto con la nuestra a través del vórtice —le explicó a Héctor mientras apoyaba la mano en la membrana de luz—. Fíjate bien en el color del portal: cuánto más oscuro sea menos respirable será el aire al otro lado. Nunca cruces un vórtice negro o morirás al instante.

—¿Vamos a atravesarlo?

—Yo sí. Tú puedes hacer lo que se te antoje.

No bien dejó de hablar, Esmael pasó al otro lado. La membrana de luz se agitó como si hubieran lanzado una piedra de gran tamaño a un estanque en calma. Héctor no se lo pensó dos veces y fue tras él.

La realidad parpadeó a su alrededor en cuanto entró en contacto con el vórtice. Al momento, una explosión de claridad le obligó a cerrar los ojos. Se sintió caer. Abrió las alas y se impulsó hacia arriba. La desorientación era total. Todos los estímulos que había estado recibiendo hasta una décima de segundo antes se habían visto sustituidos por otros completamente diferentes. El aire que respiraba ahora no era el mismo aire, llegaba a sus pulmones con una consistencia nueva, pura y límpida.

—Cambiar de mundo puede resultar perturbador. Cuesta acostumbrarse —escuchó decir a Esmael. Hasta su voz sonaba diferente, como si su naturaleza variara

en aquella atmósfera.

Héctor se forzó a respirar con calma mientras miraba a su alrededor.

Bajo sus pies, a cientos de metros de distancia, se extendía una tupida selva, un intrincado vergel de helechos y árboles gigantes. Se escuchaba una algarabía de extraños sonidos procedentes de allí: graznidos, gruñidos y otros difícilmente identificables. Aquella selva rebosaba vida.

De pronto, Héctor fue consciente de todo lo que implicaba haber cambiado de planeta. Hacía apenas unos instantes había estado en otro mundo, en unas coordenadas espaciales diferentes por completo a aquellas en las que ahora se encontraba. Era exactamente lo mismo que había sucedido meses atrás, cuando Denéstor Tul le sacó de la Tierra, pero en esta ocasión había sido su propio gesto consciente lo que le había conducido allí. El torreón Margalar, en aquellos momentos, estaba tan lejos como su antiguo hogar y, al mismo tiempo, a un paso de distancia. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el portal que acababan de atravesar había desaparecido.

—¿Y el vórtice? —preguntó inquieto.

—Lo primero que se debe hacer al entrar a un nuevo mundo es anclar en el portal un sortilegio de invisibilidad. Es mejor no correr riesgos —le explicó—. Pero no te preocupes, sigue aquí. La perspectiva de pasarme el resto de la vida contigo en este zoológico me resulta tan desagradable como a ti.

—¿Cuántos mundos había vinculados a Rocavarancolia? —quiso saber.

—Durante el reinado de Sardaurlar hubo ochenta y cuatro —le contestó Esmael. Una bruma blanca recorría sus ojos y Héctor dedujo que estaba explorando la superficie del planeta—. En otros tiempos llegó a haber cerca de un centenar.

—Cien mundos... —hasta ese momento no se había detenido a pensar en las implicaciones que tenían los vórtices. Ahora comenzaba a verlo claro y la perspectiva era mareante: cien planetas diferentes unidos a través de Rocavarancolia...—. Pero esos portales estaban abiertos de forma permanente, ¿no es así? ¿Por qué no el de la Tierra? ¿Por qué ese sólo se abre una vez al año?

—Por precaución —dijo—. Tu gente no nos gusta.

—¿Qué?

—Durante siglos tu planeta fue un mundo vinculado más —le explicó—. En ocasiones se debatió la idea de conquistaros, pero el espíritu belicoso de los tuyos disuadió siempre al monarca de turno. Sólo había que veros: os masacrabais entre vosotros por la excusa más nimia y llegabais a extremos de crueldad inimaginables sólo porque vuestras creencias o el color de vuestra piel fueran diferentes. No tenía sentido arriesgarse con vosotros, no cuando había a mano mundos más accesibles a los que someter. Lo más sensato era dejaros de lado y limitarse a las incursiones en tiempos de cosecha.

»Hace unas décadas la cosa cambió. Vuestro desarrollo tecnológico se aceleró de manera brutal.

Descubristeis energías tan destructivas como la magia más virulenta y no dudasteis en usarlas unos contra otros. Fue entonces cuando se decidió adoptar ciertas medidas de seguridad con respecto a tu mundo. Se tomó la decisión de desvincularlo, aunque no totalmente. Al reino todavía le interesaba seguir echando sus redes allí una vez al año, vuestras cosechas nunca eran muy numerosas pero no era raro que apareciera en ellas algún ejemplar digno de verse.

Y no fue la única medida de seguridad que se tomó: el portal se hechizó de tal forma que los tuyos sólo pueden cruzarlo si no queda nadie al otro lado que los recuerde y, además, deben acudir aquí por propia voluntad, sin coacciones ni engaños. El contrato que firmasteis formaba parte del hechizo que os permitió atravesar el vórtice. Por suerte, a los cosechadores les resultó fácil retorcer las reglas para hacer su trabajo más sencillo.

—Espera un minuto... —Héctor no daba crédito a lo que oía—. ¿Estás diciéndome que nos tenéis miedo? ¿Me tomas el pelo? ¿El reino de las pesadillas tiene miedo a mi planeta?

—El rey que ordenó todo eso era un estúpido y un cobarde. El Trono Sagrado debería haber masticado sus huesos cuando ese malnacido se sentó en él, eso debió hacer... Rocavarancia no teme a nada. De hecho, Sardaurar ya había trazado planes para conquistaros. Pero antes de que pudiera ponerlos en práctica nos derrotaron.

»Cuando los enemigos del reino cayeron sobre nosotros, la Tierra era el único mundo vinculado de manera puntual. Por eso no cerraron el vórtice que nos une a tu planeta, en aquellos tiempos, simplemente, no existía.

—Volverá a abrirse, entonces —dijo Héctor, meditabundo—. Y según el contrato nos daréis la oportunidad de regresar si queremos hacerlo. ¿O eso también era una verdad a medias?

—¿Regresarías a un mundo en el que nadie te recuerda? —preguntó Esmael—. ¿Volverías convertido en un vampiro o en un trago? ¿En un engendro con alas?

—Y si a pesar de todo quisiera volver, ¿qué ocurriría?

—Que te lo permitiríamos, por supuesto —sonrió con malicia—. Te despediríamos con todos los honores que te mereces y te mataríamos en cuanto cruzaras el portal. Probablemente yo sería el encargado de hacerlo.

El muchacho sacudió la cabeza.

—¿Por qué no me sorprende la respuesta?

—Porque empezas a conocernos —dijo Esmael.

\* \* \*

La siguiente figura en salir de la caja fue la de un trasgo.

\* \* \*

Darío hundió la punta de la daga en su muñeca y se cortó en vertical, sin que le temblara el pulso. La sangre comenzó a brotar, despacio primero, a borbotones después. La dejó fluir dentro de la jarra dispuesta sobre la mesa.

Sangre de trasgo, sangre de loco.

—Sangre hambrienta —murmuró en voz baja.

Llenó la jarra hasta la mitad. Luego apartó la mano y se vendó la herida de forma apresurada. Tomó la jarra y se encaminó a la habitación de Marina. Hacía dos días que estaba allí, hacía dos días que se había desgarrado la mano para darle a beber su sangre por primera vez. Había sido una estupidez, un impulso demencial al que no había podido resistirse. Ignoraba si su sangre era venenosa, por ejemplo, como ya sabía que lo era su mordisco tras lo ocurrido entre Héctor y Roallen.

Se había dejado llevar. Y no se arrepentía. Por mucho que viviera jamás podría olvidar lo que había sentido mientras Marina bebía su sangre. No había nombre para aquella locura, para aquella avalancha de sensaciones donde el placer, la pasión y el dolor se entremezclaban de un modo enfermizo y perfecto. No sabía cuánto tiempo había durado aquello y tampoco recordaba si había sido él quien se había apartado o ella la que había retrocedido, lo bastante saciada como para refrenar el ansia. Lo había mirado con esos ojos relucientes, con la barbilla empapada de sangre, y a duras penas había conseguido él resistirse a su propio apetito.

Ahora entraba otra vez en aquel cuarto, dispuesto a ofrecer de nuevo su sangre, aunque esta vez fuera en una jarra. Quería evitar en lo posible el contacto físico con Marina. De no hacerlo corría el riesgo de perder el control.

Ella estaba inmóvil sobre el lecho, pero sus ojos seguían con suma atención sus movimientos.

—Esto es una locura —murmuró. Sonaba hambrienta.

—No lo sé —dijo él—. Hace tiempo que no distingo la locura de la normalidad.

Le tendió la jarra y se sentó al borde de la cama. No miró mientras ella bebía. Permaneció con la mirada fija en la noche perpetua que se extendía tras la ventana. El sol continuaba con su discurrir diario por los cielos, pero no era más que una presencia inocua, un mero fantasma.

—He vuelto a ver a Héctor volando —dijo, no por verdadero deseo de informarle sino, simplemente, porque no sabía qué otra cosa decir.

Marina tardó en hablar.

—¿Está bien?

—Creo que sí —contestó. El interés de Marina por el ángel negro hizo que sintiera un rebullir de celos. La muchacha le tendió la jarra una vez terminada y él la dejó sobre la mesilla. La porcelana estaba tintada de sangre.

—Gracias —dijo Marina.

Darío asintió, apático, como si no concediera la menor importancia a su gesto, como si fuera algo cotidiano alimentar a alguien con tu propia sangre.

—¿Y tú estás bien? —quiso saber. La vampira parecía más demacrada que de costumbre.

Marina negó con la cabeza. Él la miró, interrogativo.

—No es la sed —dijo ella—. No es sólo la sed, al menos. Hay algo más y no sé cómo describirlo. Comenzó en el torreón y empeora cada día. Es una presión tremenda justo aquí —se llevó una mano a la frente—. A veces tengo la impresión de que va a estallarme la cabeza.

—Eso no va a pasar —dijo—. Recuerda que soy yo quien va a matarte. Nada de explosiones.

—Ese comentario no tiene ni pizca de gracia.

—Lo sé. Lo siento. Yo... —sintió un súbito calor en las mejillas. ¿Los trasgos enrojecían o era algo que la Luna Roja también le había arrebatado?—. La mitad de las veces no sé cómo comportarme contigo y la otra mitad no sé ni qué decirte.

—Háblame de ti —le pidió ella—. Eso debería resultarte fácil, ¿no? Apenas te conozco. ¿De dónde eres?

—De Sao Paulo —contestó. La joven lo observaba con atención y supuso que esperaba que añadiera algo más. Descubrió lo mucho que le avergonzaba hablar de su pasado—: Vivía en la calle, si es que se puede llamar vida a eso...

—¿Y tus padres? —preguntó Marina, espantada—. ¿No tenías familia?

Darío la miró fijamente. De verdad estaba interesada en su historia.

—Eramos ocho. Mis cinco hermanos, mis padres y yo. Vivíamos en la favela más miserable de la ciudad. Mi madre estaba loca. Mi padre era un borracho. Nos obligaban a robar y mendigar y nos pegaban si volvíamos a casa sin dinero. Un día mi padre me dejó medio muerto porque unos chicos me robaron lo poco que había conseguido. Cuando me recuperé me escapé para no volver. Tenía once años. Poco después a otro de mis hermanos también se le acabó la paciencia. Él no huyó, mató a mi padre a cuchilladas. Cuando lo supe robé una botella de licor y bebí hasta caer redondo. Quería celebrarlo. Quería celebrar que mi hermano había matado a mi padre. ¿No te parezco horrible?

—No. No me lo pareces. Yo... —parecía incómoda—. Ahora soy yo quien no sabe qué decir —confesó—. Lo siento. Lo siento muchísimo. No podía imaginarme que tu vida hubiera sido tan dura.

—¿De haberlo sabido no habrías preguntado? —Darío se encogió de hombros—.

Eso es lo que soy. Siempre he tenido que valerme por mí mismo. Hubo un tiempo en que odiaba a la gente normal, ¿sabes? —murmuró. Casi estuvo a punto de añadir «a la gente como tú»—. Los veía pasar, bien vestidos, bien cuidados... ¿Cómo se atreven?, me preguntaba, ¿cómo es posible que alguien pueda vivir así mientras nosotros nos morimos entre basura?

—Aprendemos a no mirar —contestó ella—. Es lo que hacemos. Si no lo ves, no existe.

Darío volvió a encogerse de hombros. No quería hablarle del horror que era vivir en la calle, de la miseria, el hambre y la enfermedad. No quería describirle las atrocidades que había visto ni las que había cometido. Pero había algo que sí quería contarle.

—De vez en cuando alguien se para y mira. Y a veces hasta nos tienden la mano —se pasó los dedos por el pelo enredado—. Se llamaba Adelaida —la voz se le quebró al pronunciar ese nombre—. Era una anciana pequeñita, siempre de buen humor. Una vez por semana aparecía con un carrito lleno de pan y chocolate y nos daba un pedazo a todos los niños que nos acercábamos. Si llegabas tarde te ibas con la promesa de que la próxima vez te guardaría algo.

—A veces cuesta recordar que la buena gente existe —dijo Marina.

Él asintió con tristeza.

—No se mereció lo que le pasó. En aquellos tiempos yo estaba en una pandilla —dijo—. Éramos bastantes, veintitantos chavales... era una forma de sentirnos seguros, de protegernos —murmuró—. Un día a uno de los cabecillas se le ocurrió la brillante idea de que Adelaida debía de ser muy rica para compartir así su comida. Si era tan generosa estaba claro que era porque tenía muchísimo más de lo que nos daba, pensó... Hizo que uno de los pequeños la siguiera y averiguara dónde vivía. Esa misma noche asaltaron la casa. La mataron a golpes y le robaron lo poco que tenía. La mujer resultó ser casi tan pobre como nosotros... No me enteré de lo que planeaban. Me gusta pensar que de haberlo sabido habría intentado detenerlos. Pero no estaba, no recuerdo qué hacía ni dónde. Cuando regresé me los encontré jugando con el carro de Adelaida. Estaba lleno de tabletas de chocolate. Y se sentían tan orgullosos de lo que habían hecho... —sacudió la cabeza—. Ese mismo día me fui. Decidí que prefería vivir y morir solo.

—Es horrible —dijo.

—Unas semanas después llegó Denéstor. Eres especial, me dijo, te llevaré al lugar donde perteneces, insistió. Estaba tan harto que no me paré a pensar si sería un loco, un perverso o... Me daba igual. Sólo quería escapar de aquel infierno. Y acabé aquí: en Rocavarancolia. Y al principio fue un cambio a mejor, te lo aseguro, pero ahora... ahora todo es diferente —dijo extendiendo sus monstruosas zarpas.

Marina apoyó la mano en su hombro, quizá en un intento de darle ánimos, pero



lo único que consiguió fue avivar el hambre de Darío. Se giró hacia ella, con la voracidad pulsando en los ojos. Marina retrocedió, en guardia. ¿Cómo se podía luchar contra esa hambre y no enloquecer? ¿Cómo luchar contra el ansia que te devora cuando tienes ante ti lo que necesitas para saciarte?

—Tengo que irme —Darío se levantó con brusquedad—: No puedo estar aquí. Ahora mismo no puedo. Si me quedo te haré daño. Y no quiero hacerte daño.

No la miró al salir, ni siquiera cuando le llamó por su nombre:

—¡Darío! ¡Tenemos que parar esto! ¡Debemos detenerlo!

Él cerró la puerta con la escasa calma que fue capaz de reunir. No había modo de pararlo. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no irrumpir otra vez en la habitación y caer sobre Marina.

Saltó por una ventana del primer piso; quería alejarse cuanto antes de ella y la tentación que representaba. Aterrizó sobre el adoquinado, con las piernas flexionadas. Marchó agazapado durante unos metros, casi a cuatro patas, olfateando el aire. Captó un olor reciente. Un animal había pasado cerca no hacía mucho. El rastro quedaba oculto bajo la lluvia y los distintos olores que poblaban Rocavarancolia, pero una vez que había dado con él era difícil que lo perdiera.

Avanzó a la carrera. En pocos minutos el olor se hizo tan nítido que pudo hacerse una imagen mental de la criatura que lo desprendía: un mamífero de mediano tamaño, macho, de pelaje largo. El hambre lo espoleaba. No tardó en verlo. Una suerte de zorrillo que caminaba pegado a una pared, olisqueando el suelo, quizá él también de caza.

El trasgo se desplazó contra el viento, sin hacer ruido, y en apenas unos segundos le dio alcance. Saltó sobre él. La criatura intentó revolverse, pero no se lo permitió. Cogió su cuello entre las manos y, de un brusco giro, lo quebró. El zorro dio una sacudida y quedó inmóvil. Comenzó a devorarlo en el acto, su presa no debía enfriarse, era del todo necesario que conservara el calor mientras la devoraba. Eso era lo único que podía comer, lo único que lo alimentaba: carne recién muerta.

Aquel zorro era un triste sustituto de la carne que de verdad deseaba. Su ansia, como la de los vampiros, no se saciaba con animales inferiores. La carne que necesitaba era de otra naturaleza bien distinta.

\* \* \*

La dama Sueño niña sacó esta vez dos piezas de la caja: una loba maltrecha y una figura sin rasgos reconocibles. Se las quedó mirando largo rato, con una expresión indescifrable en el rostro. La mano le temblaba cuando depositó ambas en una esquina del tablero.

Otra vez la realidad sustituyó al sueño.

\* \* \*

La loba cojeaba por un callejón atestado de desechos. Tenía un ojo cerrado y el otro a duras penas abierto. Se detuvo y olfateó el aire. Era un milagro que no hubiera perdido el rastro, dada la peste a podredumbre que la rodeaba. La loba hedía a infección y a muerte. Su cuerpo se estaba viniendo abajo. Se moría.

Lizabeth no podía concebir la idea de que su final estuviera cerca, en su mente animal no había cabida para su propia extinción. El instinto la empujaba a buscar un lugar donde recostarse y descansar, de encontrarlo el dolor desaparecería, estaba segura. Pero no le servía cualquier parte, no, era de crucial importancia dar con el sitio correcto. Había intentado regresar a la montaña para estar cerca de Roja, pero no había sabido encontrar el camino de regreso.

Ahora se movía a trompicones tras el rastro que se había topado unas horas antes. Era un olor nuevo, pero, de algún modo, le resultaba familiar aunque le fuera imposible precisar su procedencia o naturaleza. Necesitaba hallar la fuente de ese olor. Necesitaba encontrarla. Ignoraba qué iba a hacer cuando lo consiguiera. Eso no importaba. Tal vez allí estuviera el lugar que buscaba, un sitio donde descansar, o quizá se tratara, simplemente, de algo que debía matar... No lo sabía.

El olor se hizo más fuerte cuando, tras abandonar el callejón, se adentró en una zona en pendiente cortada por la cicatriz que dividía Rocavarancolia en dos. A través de su turbia mirada, la loba distinguió las osamentas de varias bestias espiándola en la brecha. Parecían aguardarla. Lizabeth desnudó sus colmillos mientras venteaba el aire. No supo por qué, pero aquellas miradas vacías le causaron pavor.

«Ahora nosotros somos tu manada», parecían decir. «Has encontrado al fin tu lugar».

El olor procedía de una construcción ruinoso, poco más que una choza, situada a orillas de la cicatriz. Se acercó. Cada paso era una agonía. Sólo importaba el olor. Los ojos descarnados de un sinfín de esqueletos la observaban aproximarse, cada vez más despacio, cada vez más insegura. Cuando apenas le quedaban unos metros, sintió cómo las patas traseras le fallaban. Se desplomó, sin fuerzas para continuar. Gimió bajo la tormenta.

De pronto, el olor se puso en marcha. Ahora era él quien se aproximaba. Entre tinieblas captó una silueta que se asomaba tras la puerta. Poco después, la sombra salió fuera y caminó en su dirección, despacio, alerta. Era un humano, un pequeño ser humano de piel cobriza. Y al olerlo de cerca, la loba se sintió inundada por la nostalgia. Había olvidado a aquella criatura que ahora se acuclillaba ante ella, pero el

hecho de que alguna vez hubiera sabido quién era la reconfortó.

—Te recuerdo —dijo el muchacho mientras observaba al monstruo moribundo—. Eras Lizbeth. Tenías una sonrisa espléndida y una mirada que enamoraba —acarició con cariño la cabeza deforme de la loba. Esta intentó responder al contacto pero no pudo hacer otra cosa que gemir—. No sabes la suerte que tienes. Has olvidado lo que has hecho. Has olvidado a quién mataste —dijo apesadumbrado—. Ojalá pudiera olvidar yo también. Pero no puedo. Al menos he recordado mi nombre.

Lizbeth cerró los ojos. El humano olía a pasado y a calma, a abrazos y esperanza. Era agradable estar allí, bajo la lluvia, escuchándole hablar. Ahora podría descansar.

—Me llamo Karim. Y voy a cuidar de ti.

Y empezó a cantar.

\* \* \*

La siguiente talla que sacó la dama Sueño niña fue la de una joven morena. Sus ojos eran de un rojo intenso.

\* \* \*

Marina estaba de regreso en su habitación de París.

Inclinada sobre un escritorio repleto de muñecas vestidas de negro, escribía sin parar en un cuaderno. Lo hacía con tal velocidad y concentración que parecía irle la vida en ello. De pronto, la puerta del cuarto se abrió, pero ella ni siquiera miró hacia allí. Una niña de cabello plateado entró de puntillas, vestida con un camisón blanco lleno de mariposas bordadas. La joven continuó escribiendo con la misma intensidad. La intrusa se aproximó al escritorio bailando sobre las puntas de los pies. Cuando llegó junto a Marina, la cogió con suavidad del antebrazo. La muchacha dio un respingo, pero no dejó de escribir.

—¿Qué haces? —preguntó la niña.

—Escribo —contestó.

—¿Qué escribes? —quiso saber mientras intentaba leer sobre su hombro.

—Mis sueños. Así no tengo que soñarlos. Los escribo y luego los olvido.

—Pero no puedes mantener encerrados tus sueños. Tienes que dejarlos salir o te harás daño.

—No me importa lo que me pase. Soy mala. Soy un monstruo. Si te acercas mucho te mataré y me beberé tu sangre —le advirtió.

—No podrás. Esto es un sueño y aquí mando yo. No podrías hacerme daño aunque quisieras —dijo. Luego frunció un poco el entrecejo—. No quieres, ¿verdad?

—No, no quiero —Marina suspiró—. Pero no puedo dejarlos salir.

—¿Por qué no?

—Les tengo miedo —confesó. Por vez primera, miró a la niña, como si quisiera comprobar cómo reaccionaba a sus palabras, como si temiera que fuera a reírse de sus temores—. Veo cosas en ellos. Cosas que, a veces, se hacen realidad.

—Eres una soñadora —le explicó la niña—. Como yo. Bueno, no exactamente como yo. Además de soñadora eres vampira. A veces pasa. En ocasiones la Luna Roja mezcla cosas que no deberían ser mezcladas. Eres algo nuevo. Algo que no había existido antes. ¿No es maravilloso?

—¿Una soñadora?

—Eso es. Puedes jugar con los sueños de los demás, cambiarlos a tu antojo y hacer que sueñen lo que tú quieras. Y a veces serás capaz de ver los futuros probables mientras duermes.

—No quiero soñar —se mordió el labio inferior (en el sueño no tenía colmillos) y prosiguió escribiendo a tal velocidad que el papel se rasgó—. En el torreón, el día en que me marché... de alguna manera conseguí entrar en el sueño de Héctor. Le hice ver cosas... Y luego resultó no ser un sueño, al menos no del todo. Estuve a punto de matarlo.

—La sed te dio alas —dijo la otra—. Habías probado su sangre y seguiste su rastro —la voz de la niña fue cambiando a medida que hablaba del mismo modo en que lo iba haciendo su cuerpo. Pronto fue una mujer adulta la que estuvo junto a Marina—. Deja de escribir y sueña. Si no los dejas salir, tus sueños te destrozarán.

—No me importa. Si sueño ocurrirán cosas terribles porque yo soy terrible. Lo sé. Y no quiero hacer daño a nadie —continuó escribiendo, con más fervor si cabe—. No quiero hacer daño a nadie —insistió en un hilo de voz.

—Eso es muy noble por tu parte —dijo dama Sueño—. Pero harás todavía más daño a los que te rodean si no aprendes a controlar lo que eres —luego sonrió con tristeza—. Perdóname por lo que estoy a punto de hacer, niña vampira, pero es algo necesario. Del todo necesario.

A un gesto de la hechicera el libro estalló en llamas. Marina se levantó de un salto. Se giró hacia la mujer, pero ya no estaba allí. El cuaderno ardía y las llamas que lo consumían no despedían humo, sino las palabras que ella misma acababa de escribir: los caracteres, todavía reconocibles, saltaban furiosos, espoleados por el fuego, y rasgaban el sueño con sus bordes acerados. Lo hacían pedazos. La habitación se desmoronaba, las letras rasgaban paredes, techo y suelo, mostrando tras ellos una nada tan voraz que su mera contemplación era una invitación a enloquecer. Marina retrocedió hasta la pared y allí, a tientas, buscó la puerta del cuarto.

—Lo siento, niña —se escuchó. Era imposible precisar de dónde procedía la voz.

La joven tomó la manilla con ambas manos, la giró y se arrojó al otro lado en un desesperado intento de huir de la destrucción que provocaban sus propias palabras.

Fue a parar a un paisaje atroz, demencial, un inmenso campo de batalla que se extendía hasta donde abarcaba la vista, lleno de columnas de fuego y hordas enfrentadas. Muy cerca, un grupo de extrañas criaturas, mezcla de reptil y homínido, cargaban contra un pequeño grupo de hombres en mitad de una explanada agrietada. Había cadáveres por doquier. Marina reculó, atónita, cuando uno de aquellos seres reptilesos pasó a través de ella como si de un fantasma se tratara. El engendro enarbolaba una lanza serrada contra un hombre embutido en una complicada armadura negra. La joven se giró, dispuesta a huir, pero la puerta que acababa de atravesar había desaparecido.

—Se llama Torrado, un viejo guerrero que pasa sus últimos días al cuidado de dama Gato en el Panteón Real —anunció la voz de dama Sueño—. Las pesadillas lo atormentan cada noche. Siempre iguales en esencia. Sus antiguos camaradas y él se enfrentan a una fuerza superior que, irremediablemente, acaba derrotándolos. Torrado es siempre el último en morir. —Mientras hablaba uno de los guerreros cayó partido en dos por un brutal golpe de hacha. Una mitad del cuerpo fue a parar a los pies de Marina.

—¡Haz que pare! —gritó mientras se apartaba de aquel despojo—. ¡Detenlo!

Dama Sueño no contestó. Podía hacer lo que le pedía, por supuesto, pero las consecuencias serían nefastas. Era esencial que Marina estuviera allí ahora mismo, sufriendo el tormento de los malos sueños que poblaban Rocavarancolia.

«Si te saco de aquí, mañana estarás muerta», pensó la soñadora, «si te salvo ahora, mañana Esmael te romperá el cuello y todo estará perdido».

Vio cómo la joven corría, buscando una salida a esa pesadilla ajena. En mitad del caos distinguió una puerta blanca que se alzaba, incongruente y solitaria, en un claro en la batalla. La vampira corrió hacia allí, ignorante de que había sido su propio poder como soñadora lo que había convocado aquella salida. Se abalanzó hacia la puerta, la abrió de un tirón y, sin mirar lo que aguardaba al otro lado, la cruzó.

La vieja hechicera fue tras ella. Se deslizó entre sueños con la facilidad de un pestañeo.

Marina trastabilló en una calle mal empedrada. Miró sobre su hombro para descubrir que la puerta desaparecía ante sus ojos. Era noche cerrada, pero la oscuridad no le impidió distinguir una figura que corría en su dirección. Dama Sueño la escuchó jadear sorprendida al descubrir la identidad de la persona que se aproximaba: era la misma Marina, vestida con un traje de noche similar al que había llevado durante el baile en el palacete. La Marina del sueño corría aterrada, mirando frenética tras ella. Era otra pesadilla, la pesadilla que, en aquel mismo instante, sufría

Darío en la habitación contigua a la de la joven. El trasgo había regresado de su caza y ahora se agitaba sumido en un sueño inquieto e insatisfecho.

La Marina soñada pasó junto a la Marina real, sin ser consciente de su presencia. Tenía el rostro desencajado por el miedo. Una silueta deforme apareció a su espalda. Era un trasgo, un trasgo monstruoso, de largos brazos y cabeza desproporcionada y deforme. Así se veía Darío a sí mismo, muchísimo más grotesco de lo que en realidad era. La Marina real dio un grito, tan aterrada como la que soñaba Darío.

Una nueva puerta apareció más adelante, en esta ocasión era de madera negra y estaba incrustada entre los ladrillos del callejón. La muchacha echó a correr hacia allí al mismo tiempo que la otra Marina tropezaba y caía sobre un montón de escombros. El trasgo se abalanzó sobre ella con un rugido de triunfo.

Marina no miró atrás. Se arrojó contra la puerta, la abrió y saltó al otro lado justo cuando los gritos de pánico de su otra yo se transformaban en gritos de agonía.

Dama Sueño se insistió a sí misma en lo necesario de todo aquello mientras contemplaba cómo la nueva soñadora se perdía de pesadilla en pesadilla. Ninguno de los que dormían en la ciudad en aquel momento parecía tener un sueño plácido que ofrecerle, al menos ninguno de los que iban jalonando su camino. Entró en la pesadilla de dama Desgarro, en la que la custodia del Panteón Real se soñaba enterrada viva, asfixiándose en un exiguo ataúd mientras los muertos del cementerio se burlaban de ella. La joven compartió encierro con dama Desgarro hasta que la tapa del ataúd se convirtió en una puerta por donde escapar.

No había pausa, ni respiro. Marina corría de horror en horror. Dama Sueño la vio atravesar la cubierta del barco donde Solberino, el náufrago, luchaba contra una horda de espantos idénticos al que había matado en lo alto del faro. Observó con una tristeza culpable el sueño de Huryel en el que el regente de Rocavarancolia se veía devorado por extrañas criaturas que nunca llegaban a darle muerte. De ahí pasó al mal sueño de Adrián, el piromante soñaba que se quemaba vivo en el barrio en llamas. Marina sintió también el mordisco del fuego; no era un dolor real, pero eso no restaba ni un ápice de angustia al momento.

Y entre el fuego apareció una puerta de mármol blanco, agrietada y maltrecha, con una manilla cenicienta con forma de cuerno. La joven, sin pensarlo siquiera, como ya había hecho tantas veces, abrió la puerta y cruzó al otro lado. Esta vez la anciana hechicera no fue tras ella. No quería ni imaginar qué clase de sueños soñaba la funesta criatura conocida como Hurza Comeojos.

\* \* \*

Marina abrió los ojos de par en par en la oscuridad de su habitación, despierta al fin.

Luego comenzó a gritar.

\* \* \*

—Ya está hecho —murmuró la anciana, de regreso a la terraza de la Rocavarancolia que había construido en el interior de sus propios sueños.

La niña sentada al otro lado de la mesa, colocó la figura de la vampira en una casilla negra. Lo hizo muy despacio y con sumo cuidado. Luego miró más allá de la baranda. Dama Sueño no pudo evitar fijarse en la expresión preocupada, casi de miedo, de su representación infantil. Aquella angustia era la suya por mucho que ella no la exteriorizase.

—Él está aquí —anunció la niña con un hilo de voz, la vista fija más allá del horizonte de la ciudad, más allá del horizonte del sueño.

La hechicera asintió.

—Está aquí.

\* \* \*

El primer Señor de los Asesinos de Rocavarancolia estudiaba a la anciana desde los ojos del criado que velaba por ella. Parecía sumamente pequeña, poco más que una momia reseca. No podía quedar mucha vida en aquel cuerpo. Pero seguía siendo una soñadora, y Hurza sabía que cuanto más tiempo vivían estas, más imprevisibles resultaban. Y era indudable que una soñadora había rozado sus sueños. La invasión había durado apenas un instante, pero él había sido plenamente consciente de ella. Y no había más soñadores en Rocavarancolia que la que ahora contemplaba.

Aunque el criado no miraba hacia allí, Hurza era consciente del sortilegio de vigilancia que palpitaba sobre la cabecera de dama Sueño. Esmael lo había colocado en previsión de que intentara asesinar a la hechicera. Hasta aquel momento, Hurza no había tenido intención de hacerlo. Dama Sueño era una bruja poderosa, sin duda, y su esencia de buen seguro resultaría una contribución notable a la suya propia. Pero la anciana estaba loca y no había modo de hacerse con su poder sin contagiarse de su locura.

Pero eso no significaba que no pudiera matarla, por supuesto. La soñadora, como todos los de su clase, resultaba una incómoda incógnita. Gracias a los recuerdos robados a Denéstor, Hurza había visto y escuchado lo mismo que el demiurgo cuando éste visitó el sueño de la hechicera tras la muerte de Belisario. Conocía la profecía de

guerra inminente y había escuchado a la soñadora asegurar que su intención era permanecer dormida y apartada hasta que todo terminara. Pero ¿y si había cambiado de opinión?

Hurza entró en el sueño de la anciana. No necesitó ningún brebaje, simplemente desgajó su conciencia de su propio ser y se coló dentro. En primera instancia notó cierta resistencia, pero ésta cedió enseguida. La hechicera le había permitido el paso sin luchar.

Allí todo era oscuridad y quietud. Nada se movía. Se escuchaba un llanto lejano, el lloriqueo bajo de alguien que no quería hacerse notar. Avanzó hacia allí. No había un suelo real en aquel escenario, pero aun así caminaba en dirección al sonido.

—No me hagas daño, por piedad, no me hagas daño —murmuró alguien en la negrura—. Aquí no hay nada. No hay nadie. Sólo sueños pequeñitos que no pueden molestarte. Te haré una guirnalda de ratones si me dejas vivir, tejeré un traje para ti con estrellas de mar y viento.

Distinguió una niña pequeña, aovillada en la oscuridad. No aparentaba más de doce años.

—Sabes quién soy —dijo Hurza. No era una pregunta.

—Eres el poder y la furia —dijo ella, atragantada de terror—. Junto a tu hermano levantaste Rocavarancolia y junto a él volverás a conducirla a la gloria. ¡Eres tan grande y yo tan pequeña!

—¿Por qué te adentras en mis sueños? —inquirió Hurza—. ¿Qué buscas en mi cabeza?

—¡No fui yo! ¡Lo juro por las cenizas del averno y el último ángel muerto! —el pánico que se veía en sus ojos complació sobremanera a Hurza—. Hay una nueva soñadora en Rocavarancolia. La niña sangrienta también cabalga sueños. Es algo nuevo, algo nunca visto.

Hurza frunció el ceño.

—Podía haber avisado de tu presencia hace tiempo —hipó la niña—. Podía haber entrado en los sueños de Denéstor y Esmael e indicarles la dirección en que debían mirar... —balbuceó—. No lo hice. No lo hice. Dejé que los fueras matando a todos.

—¿Por qué? —inquirió. No había curiosidad en su pregunta, sólo suspicacia.

—Porque no nos quedaba nada —aseguró la niña con la voz rota. Miró fijamente a Hurza. Aquel era un momento crucial. Debía convencerle de que no representaba el menor peligro para él. Y para conseguirlo no le quedaba más remedio que decirle la verdad y, aun así, quizá no bastara—: Estábamos condenados al olvido, a la oscuridad... No había futuro para nosotros —alzó una mano temblorosa ante sí como si palpase una pared invisible—. Entonces llegaron los niños... y sentí que llegaba la hora de tu resurrección y las corrientes del tiempo se pusieron de nuevo en marcha.

»Y en la oscuridad de mis visiones por primera vez hubo un resquicio para la luz.



Rocavarancolia te necesita, Hurza. Rocavarancolia os necesita a ti y a tu hermano para alcanzar el destino que merece —mientras hablaba a su alrededor fue apareciendo una nueva ciudad, más perversa y oscura que la Rocavarancolia real.

Edificios tenebrosos se materializaron en mitad del sueño, grotescas construcciones que parecían hechas para mover al vértigo a quienes las contemplaran, estructuras erizadas, de almenas y salientes retorcidos. En la Rocavarancolia de Hurza no había una única Rocavaragálo: había decenas de ellas, a cada cual mayor, a cada cual más espantosa. La Luna Roja que flotaba en aquel cielo estaba terriblemente mutilada, marcada por cicatrices catastróficas. Ríos de lava discurrían por las calles y decenas de vórtices pulsaban por todos lados, como tumores gangrenados en el mismo tejido de la realidad.

Hurza no daba crédito a lo que veía.

—Rocavarancolia volverá a ser grande —anunció la niña, mirando anhelante al hechicero—. Gracias a vosotros Rocavarancolia alcanzará el destino que merece —no señaló, por supuesto, que la ciudad a la que se refería era bien distinta a la que le mostraba.

—Por eso estamos aquí —dijo él. Su voz sonó firme, sin que dejara entrever la profunda emoción que lo embargaba. La visión de aquella ciudad lo conmovía más de lo que nada lo había hecho en siglos—. Por eso fundamos Rocavarancolia. Es nuestro lugar. Nuestra obra. Vosotros la pervertisteis —la acusó—. Vosotros la convertisteis en una parodia de lo que debió ser.

—Y ahora llega vuestro momento —replicó ella. Debía apelar al orgullo de la criatura que tenía delante. Su vida, el propio destino del reino, dependía de ello—. Vuestro triunfo. Ahora, por fin, el orden se restaurará... —se le quebró por enésima vez la voz—. Haznos grandes, Hurza. Resucita a tu hermano y tráenos la gloria que no supimos conservar.

A Hurza le costó un gran trabajo apartar la mirada del prodigioso escenario que los rodeaba para fijar su atención de nuevo en dama Sueño. Era consciente de que aquella anciana, de haber querido, podría haberlo detenido. No lo había hecho. Los motivos que pudiera haber tenido para no hacerlo le importaban bien poco, lo que se preguntaba era qué podía hacer aquella mujer ahora. ¿Debía matarla? Sabía demasiado para correr el riesgo de dejarla con vida. La hechicera pareció leerle el pensamiento.

—¡No puedes matarme! —gritó, histérica. El pánico que sentía era real, no necesitaba fingirlo—. Esmael se te echaría encima. ¡Lo sabes! ¡¿Por qué arriesgarse?! ¿Por una vieja loca? ¡¿Qué sentido tiene!?! Y una vez Esmael muera, ¿por qué deberías preocuparte por mí? ¿Qué podría hacerte yo? —rompió a llorar—. ¿Qué podría hacerte yo?

Hurza la contempló, meditabundo.

—¿Qué has visto? —preguntó entonces—. Dices conocer el futuro. ¿Qué me aguarda?

—La gloria —contestó.

—Para alcanzarla deberé enfrentarme a Esmael. Y ni con todo mi poder actual estoy seguro de poder vencerlo.

—Lo harás, lo harás... Mañana Esmael estará muerto —anunció—. Mañana Rocavarancolia será tuya.

Hurza contempló durante unos minutos la ciudad que la hechicera le mostraba. Aquel era su sueño, el suyo y el de su hermano. Convertirían Rocavarancolia en el epicentro de la destrucción, desde allí continuarían su labor y no cesarían con ella hasta que no quedara un ápice de magia en toda la creación. Dedicó una última mirada a la niña llorosa que, de rodillas, continuaba suplicando por su vida. Sonrió con desprecio. Aquella vieja no suponía ninguna amenaza para él. Replegó su conciencia y salió del sueño.

La hechicera permaneció largo rato inmóvil. Sentía un cansancio demoledor, asfixiante. No sabía si había superado la prueba, pero al menos había conseguido un respiro. Esperaba que fuera suficiente. Suspiró, borró con un gesto la ciudad terrible que la rodeaba y dejó que la Rocavarancolia de las estatuas de cristal ocupara su lugar. El suelo bajo ella se alzó para formar de nuevo la alta balconada que presidía la plaza. Ante sí apareció la mesa con su tablero.

Tomó la caja de madera y vació las figuras que quedaban. Luego, una a una, las fue depositando en su lugar. Por su mano pasaron dama Desgarro, Ujthan, Solberino, dama Serena..., todos y cada uno de los personajes que contaban con un papel importante en el drama por venir fueron disponiéndose en el tablero.

Cuando hubo terminado, miró más allá de la baranda y contempló las estatuas que se desperdigaban por la plaza. Un ejército dispuesto para la marcha.

—Mañana.

\* \* \*

—¿Qué trae el viento? —murmuró bajo su tumba en el cementerio dama Calumnia, muerta de fiebres mágicas hacía más de doscientos años—. No sé qué es. No sé qué es.

No tiene peso pero me asfixia, marcha en silencio pero su estruendo me aturde. ¿Qué es lo que trae el viento?

—El fin del mundo —contestó un muerto sin nombre. Y, acto seguido, rompió a reír—. Otra vez el fin del mundo.

\* \* \*

Andras Sula no apartó la mirada mientras el cuerpo de Valga Melquíades era consumido por las llamas. Tampoco la apartó cuando el dragón devoró el cadáver. Su rostro no mostró la menor expresión mientras cumplía la última voluntad del dragonero. La dureza de su gesto impresionó a la mujer y los tres hombres que lo acompañaban.

Una vez todo terminó, el piromante levantó la vista hacia el cielo.

—Ha dejado de llover —murmuró. Desde que había salido la Luna Roja no había dejado de hacerlo ni un solo instante.

—La luna se aleja —le explicó Ara—. Poco a poco se irá haciendo más pequeña y desaparecerá. Llega la calma, mi señor.

—La calma... —agitó la cabeza, como si despertara de un pesado sueño—. Voy a salir —les dijo—. Y será mejor que deje al dragón aquí. Hay algo que debo hacer y no quiero retrasarlo más.

\* \* \*

Lo que primero alertó a Héctor fue el susurro de las onyces. Luego una suerte de extraña premonición le hizo dejar de lado el libro de hechicería que estudiaba y levantarse de la mesa para acercarse, casi a la carrera, hacia la puerta del torreón. Atravesó el pasillo de entrada y salió fuera. Para entonces ya había empezado a escuchar los gritos.

Una figura deslavazada apareció caminando a grandes zancadas por el puente levadizo. Llevaba a Marina en brazos. La muchacha no paraba de gritar y retorcerse. Héctor echó a correr hacia allí. Por un instante pensó que era Roallen, regresado de entre los muertos, quien cargaba con la joven. Pero no era él, por supuesto; era el muchacho de los tejados, el joven que había acuchillado a Adrián. Cuando estaba a punto de arrojarlo sobre él, descubrió a Bruno a su lado. Y Natalia llegaba también, cabalgando una serpiente sombría de ojos descomunales.

—Comenzó a gritar —le explicó Darío. Le temblaba la voz—. Estaba dormida y de pronto empezó a gritar y no ha parado desde entonces.

Héctor no le escuchó. Sus oídos estaban repletos de los gritos de Marina, le taladraban el cerebro, le desgarraban por dentro; no podía evitar recordar a Alexander, chillando en el sortilegio de la puerta de la torre Serpentaria. No habían podido salvarlo. ¿Y si tampoco eran capaces de salvarla a ella?

Natalia aterrizó junto a él y, al momento, las sombras que había cabalgado se

dispersaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Tuvo que elevar la voz para hacerse oír sobre el griterío de Marina—. ¿Qué está pasando?

—¡Suéltala! —le gritó Héctor a Darío y, sin poder controlarse, intentó hacerse con ese cuerpo que se retorció y chillaba sin parar. El trasgo retrocedió sorprendido por aquel repentino arrebató. Abrazó con más fuerza si cabe a Marina—. ¡He dicho que la sueltes! —casi sin pensar, afiló las alas.

—¡Héctor! —le gritó Sedalar—. ¡Ha venido a pedir ayuda! ¡Cálmate!

—¡Suéltala! —volvió a repetir él, ajeno a las palabras del demiurgo.

Darío, tras una leve vacilación, le tendió a la muchacha. Héctor cayó de rodillas con ella en brazos. Extendió las alas alrededor de ambos, creando una pantalla que los separaba del mundo. El pelo de Marina ya no era completamente negro, varias mechass canas jalonaban ahora su cabello. ¿Qué le había ocurrido? ¿Qué le estaba ocurriendo? La vampira estaba tan fuera de sí que costaba trabajo mantenerla sujeta.

—Tranquila, tranquilízate. Estás a salvo —le susurró. No se dio cuenta de que había empezado a llorar hasta que no vio sus lágrimas caer sobre la joven—. Conmigo siempre estarás a salvo.

En ese momento los ojos de la joven se desorbitaron. Lo miró aterrada. Seguía gritando, pero ahora sus alaridos formaban palabras inteligibles:

—¡Viene la oscuridad! —aullaba—. ¡La he visto! ¡Viene la oscuridad y viene a por nosotros! ¡Nos devorará! ¡Nos devorará a todos!

De nuevo había reunión en la sala negra del castillo.

El único conspirador ausente era Alastor el inmortal, todos los demás se encontraban allí aun a pesar de la intempestiva llamada de Hurza. La urgencia de la convocatoria les había dejado claro que el fundador del reino tenía algo importante que comunicarles. No se anduvo con rodeos. En cuanto Solberino, el último en llegar, se sentó en su sitio, Hurza comenzó:

—Hay motivos para pensar que los acontecimientos se precipitarán pronto, quizá mañana mismo —les explicó.

—Por fin —murmuró Ujthan. El alivio que sintió al escuchar aquello fue indescriptible. No podía soportar ya tanta espera. Era hombre de acción, no de conspiraciones.

—¡Sí! ¡Matémoslos! ¡Matémoslos a todos! —canturreó dama Ponzña mientras alzaba los brazos en una estúpida parodia de baile.

Dama Serena emitió un lánguido sonido que bien podía tomarse por un suspiro. Estaba de pie, tras la mesa, con los brazos cruzados bajo el pecho. Ella también se sentía aliviada. Aquella calma enfermiza se había prolongado demasiado.

Miró de reojo la caja que guardaba el cuerno de Harex.

—Esmael y los suyos creen que actúo en solitario —continuó Hurza—. Eso nos

otorga cierta ventaja. Cuanto más tiempo logremos fomentar su error más beneficio sacaremos. Por eso quiero que permanezcáis en las sombras y que sólo actuéis a mi favor si la circunstancia es de verdad propicia.

—Seremos taimados —murmuró dama Ponzaña, meciéndose de atrás adelante mientras acariciaba la cabeza de una víbora—. Taimados y traidores.

—No. A ti te necesito cerca. Tú permanecerás a mi lado.

—¡Qué gran honor! —exclamó la mujer que comenzó a limpiar a manotazos su desastroso traje de novia, ensuciándolo y arrugándolo más en el proceso—. Seré su abanderada, mi señor —entrecerró los ojos y contempló al resto de conspiradores con desdén—. A la hora de la verdad ya veis a quién prefiere junto a él.

El hijo de Belgadeu soltó una carcajada burlona. Tenía una ligera idea del motivo por el que Hurza quería cerca a aquella estúpida bruja.

—En ti, dama Serena, recaerá la responsabilidad de capturar a la vampira y al ángel negro —dijo Hurza—. Eres la más adecuada para la...

De pronto llamaron a la puerta, con contundencia, tres rápidos golpes primero y, después, un cuarto. Se hizo el silencio. Dama Ponzaña soltó un ridículo grito, y miró hacia allí con el rostro denudado.

—¿Qué? ¿Qué? —parecía incapaz de verbalizar su sorpresa. Miró a Hurza al borde de un ataque de pánico—. Nadie sabe que estamos aquí. Nadie lo sabe —balbuceó.

—¿Alastor? —conjeturó Ujthan.

—No está en el castillo —contestó Hurza.

Dama Serena no apartaba la vista de la puerta. No quedaba nadie fuera que conociera la existencia de la sala secreta y, por tanto, nadie podía llegar hasta ella y, menos aún, llamar a la puerta.

Lo hicieron por quinta vez.

Hurza se levantó despacio y, nada más incorporarse, lo hizo también Ujthan, de un salto, mientras extraía el hacha tatuada en su hombro izquierdo. El nigromante le hizo un gesto para que se tranquilizara y echó a andar hacia la puerta.

El hijo de Belgadeu soltó una risita y el guerrero le fulminó con la mirada.

—Ya comienza —le anunció el engendro esquelético. Su mandíbula asomaba en el desagradable corte que había sido la boca de su creador—. ¿No era lo que deseabais? Ya está bien de demora, ya está bien de charla. Que comience la matanza, que comience el griterío.

Hurza lo miró de soslayo. El hijo de Belgadeu tenía razón: la hora había llegado. Dama Sueño no había mentido.

Abrió la puerta y todos pudieron ver, inmóvil al otro lado, al Lexel de la máscara blanca. Tenía el puño levantado como si le hubieran sorprendido en el acto de reemprender la llamada a la puerta. Su máscara reluciente reflejaba las sombrías siluetas de los conspiradores sentados a la mesa.

—Se acerca tormenta —anunció mientras, sin aguardar a ser invitado, pasaba dentro de la estancia. Hurza cerró la puerta tras él—. Bulle en el aire, me quema en el aliento y me arde en la sangre. La tempestad me reclama y siguiendo su llamada he acudido aquí, a una habitación que no existe —por el giro de cuello y la nueva posición de la cabeza quedó claro que miraba a Hurza—. Pronto mi hermano sentirá también la corriente de lo inevitable y se alineará con vuestros enemigos. No sé qué queréis. Desconozco vuestro propósito y vuestras intenciones. Y no me importan en lo más mínimo. Lucharé a vuestro lado porque mi hermano luchará contra vosotros y así es como debe ser. Enfrentados siempre.

\* \* \*

Dama Sueño cogió la figura del Lexel blanco y la desplazó a una casilla del mismo color que su máscara, adyacente a la que había estado ocupando.

—Allá vamos —anunció con voz queda—. Ahora toca el último acto. Mi última batalla. Por Rocavarancia. Por lo que pudo ser. Allá vamos.

## XII

# El Señor de los asesinos

Enoch no era más que polvo.

Danzaba sobre Rocavarancolia inmerso en un alocado baile que lo llevaba de una racha de viento a otra.

Todos sus intentos por reintegrarse habían sido inútiles. Daba igual lo que intentara, no era capaz de lograrlo. Y era comprensible. El trono lo había despedazado, había sufrido tales daños que necesitaría mucho tiempo para recomponerse. Lo último que recordaba de aquella noche era a Hurza frente a él, arrancándole los ojos ante el Trono Sagrado. Luego, tras un instante de fulgurante dolor, llegó la oscuridad.

Al principio no había sido consciente de sí mismo, se había limitado a existir, pero al modo indiferente de la materia inerte. Luego llegó el pensamiento, deslavazado en un inicio y, con él, la conciencia de su propia identidad: era Enoch el Polvoriento, un vampiro nacido a la luz de la Luna Roja y asesinado por una leyenda resucitada.

Con los días, poco a poco, consiguió el suficiente dominio de su forma polvorienta como para poder moverse aunque de modo lento y laborioso. Se arrastraba por el castillo incapaz de llamar la atención de nadie, incapaz de hacerse oír:

—¡Hurza ha vuelto a la vida! ¡El primer Señor de los Asesinos ha regresado! — gritaba con la voz mínima del polvo—. ¿¡Alguien puede ayudarme!?

En su estado era capaz de oír, ver y sentir; el mundo podía haber cobrado unas dimensiones ciclópeas, pero aun así no perdía detalle de nada de lo que ocurría a su alrededor. Pronto descubrió que resultaba más sencillo desplazarse si se dejaba caer sobre los criados o sobre cualquier otro que deambulaba por el castillo.

Fue la casualidad la que le llevó a precipitarse sobre dama Ponzóna la tarde en que la bruja acudía por vez primera a la sala secreta del castillo. Y así, Enoch acabó en el mismo epicentro de la conspiración, espionando desde el vestido de novia de la bruja. Allí permaneció hasta que el curso de los acontecimientos le obligó a ponerse en marcha. Pretendían matar a Denéstor. Querían asesinar al demiurgo de Rocavarancolia. Debía dar aviso, dar la alarma. Había llegado la hora de ser un héroe,

un héroe de verdad, no el bufón en que la sed lo había convertido.

No había sido capaz de prevenir al demiurgo, todo lo que había intentado había sido inútil. Nadie prestaba atención al polvo.

Ahora las cosas habían cambiado. Con el paso del tiempo había ganado dominio de su nueva forma y ahora que la tormenta ya no bramaba sobre Rocavarancolia se sentía lo bastante seguro como para dejarse llevar por el viento.

Esmael lo escucharía, sí. Él sabría qué hacer. El ángel negro pondría a Hurza en su lugar.

Y el polvo siguió su danza sobre la ciudad en ruinas, en busca del Señor de los Asesinos.



Esmael se soñó de regreso en la batalla que supuso la caída del reino. Era un sueño que le asaltaba con cierta regularidad aunque a lo largo de los últimos treinta años su frecuencia se había ido espaciando. En los primeros tiempos no había habido noche en la que no volviera a combatir hasta la extenuación en esa batalla.

En el sueño revivió a la perfección, hasta en el detalle más nimio, uno de los episodios del tercer día de lucha: las horas previas a la caída de la última torre de guerra. El mundo ardía. Dama Fiera había muerto y la victoria enemiga parecía irremediable. Malazul lideraba el destacamento que protegía el bastión situado al oeste de la ciudad. Ambos habían combatido juntos en sinfín de ocasiones y el respeto que se profesaban lindaba con la admiración. Malazul era un guerrero curtido en mil batallas, un hombre pequeño, de aspecto frágil tras el que se ocultaba una fuerza descomunal y una inteligencia despiadada. Las huestes del enemigo se acercaban y defender aquella torre era primordial.

Esmael ayudó a Malazul a ultimar los preparativos para el combate antes de regresar al castillo donde tendría lugar la última defensa en el caso de que la torre cayera. En el momento de la despedida, Malazul lo llamó.

—Hay días en los que todo te recuerda a tu propia muerte —le dijo, impávido el gesto—. A la inevitable hora final. Hoy es uno de esos días. No hay victoria posible, Esmael. La vida hiede a muerte.

Y ese fue el instante en que Esmael despertó, con las palabras de Malazul resonando como un mal augurio en la cabeza. El ángel negro había dormido en los aposentos arruinados de un palacete situado al este de Rocavarancolia. Miró a su alrededor, con el ánimo enturbiado. La noche anterior había decidido cambiar de lugar de descanso, y, en un estúpido impulso nostálgico, había escogido aquel palacio. Allí, en esa misma estancia, cuarenta años atrás, un heraldo enviado por el Consejo



Real le había traído la noticia de que se había convertido en Señor de los Asesinos.

—El cáliz de sangre proclama que nadie ha arrebatado tantas vidas como vos —le anunció el heraldo, arrodillado ante él, mientras le tendía el pergamino del consejo—. Sois el nuevo adalid del asesinato, el brazo ejecutor del reino. Sois el nuevo Señor de los Asesinos de Rocavarancolia. Que los dioses oscuros os guarden.

Dama Fiera estaba con él cuando recibió la noticia. Habían pasado la noche en una habitación de invitados en el palacete del duque Maradentra, tras la fiesta que había tenido lugar allí. Dama Fiera lo felicitó con voz, creyó Esmael, no exenta de envidia.

—Has llegado a lo más alto que puede aspirar un ángel negro, enhorabuena —le dijo—. Pero no olvides jamás que estás hecho de huesos que se pueden quebrar y carne que puede sangrar. No eres eterno. Y eso significa que, algún día, no existirás.

—Pero eso no será mañana —gruñó él.

Ahora, cuarenta años después, aquellas palabras, unidas a las de Malazul, se le antojaron un funesto presagio. Agitó las alas, malhumorado. Sólo había sido un sueño, nada más que un sueño. Sintió la imperiosa necesidad de salir de aquel lugar repleto de recuerdos. La fachada este de la habitación se había venido abajo y desde allí emprendió el vuelo. Distinguió a lo lejos la silueta del faro y no pudo evitar pensar en todas las ocasiones en las que, sentado en su tejado, había jugado con la idea de adentrarse en el mar y no regresar.

«Hay días en los que todo te recuerda a tu propia muerte».

—Basta —murmuró.



A Sedalar no le quedó más remedio que sumir a Marina en un sueño profundo para tranquilizarla y, aun así, la muchacha siguió agitándose durante largo rato. Hubo un instante en que, a pesar del hechizo, abrió los ojos de par en par y en su mirada se vislumbró tal pánico que el demiurgo miró sobresaltado sobre su hombro, como si esperara encontrar tras él la oscuridad anunciada por su amiga. Luego, poco a poco, la vampira se fue serenando hasta quedar inmóvil. Tras anclar un hechizo de vigilancia en el cuarto, Sedalar se reunió con los demás en la planta baja.

Resultaba extraño ver a Darío allí. Era alguien tan ajeno al torreón que costaba acostumbrarse a su presencia.

Su aspecto a medio transformar no ayudaba en absoluto; era complicado diferenciar dónde empezaba lo trasgo y dónde lo humano. Al muchacho se le notaba tan incómodo como a ellos. A pesar de haberse sentado en una silla amplia parecía comprimido en ella; todo en su postura denotaba tensión. Héctor aguardaba al pie de

las escaleras. Natalia, sentada de mala manera en un butacón, no apartaba la mirada de Darío.

—Por fin descansa —contestó Sedalar a la mirada interrogante de Héctor—. Y si me preguntas si está mejor, no sabría qué decirte porque sigo sin la menor idea de qué diablos le pasa.

Darío ya les había contado que Marina había empezado a gritar de pronto, sin causa aparente, y que nada de lo que había hecho había servido para calmarla. Las únicas frases inteligibles que había pronunciado la joven habían sido las que le había dirigido a Héctor a las puertas del torreón.

—Viene la oscuridad —murmuró Natalia en tono lúgubre—. Y viene a por nosotros... —suspiró—. Dama Tragedias vuelve a la carga —se giró hacia Héctor mientras cruzaba las piernas sobre el butacón—: ¿De verdad te gusta esa chica? No lo entiendo. Es una mala noticia con patas.

Héctor la fulminó con la mirada mientras Darío se removía en su asiento.

Sedalar se acarició la barbilla.

—Recordad sus cuentos. De alguna forma, Marina es capaz de predecir el futuro. Y de ver el pasado —añadió al recordar el relato del naufrago y la farera.

—¿Eso hacen los vampiros de Rocavarancolia? —preguntó Darío, dubitativo. La confirmación de que Marina podía adivinar el futuro le había desasosegado profundamente. Había hecho más real si cabe ese sueño premonitorio en el que ambos se mataban el uno al otro.

El demiurgo negó con la cabeza.

—No que yo sepa. Pero hasta ahora las predicciones de Marina siempre se han cumplido. Lo que significa que...

—La oscuridad viene, y viene a por nosotros —repitió Natalia con desgana.

—... estamos en peligro —terminó Sedalar.

—El pelo se le ha vuelto blanco —dijo la bruja y luego se llevó una mano a su propio cabello—. ¿Qué tal me quedaría a mí el pelo blanco? —murmuró.

Sedalar Tul se giró hacia Darío:

—¿Hay algo más que puedas contarnos? —lo preguntó, más por hacerle partícipe de la conversación que por creer que tuviera información útil que aportarles—. Piénsalo —le animó—. Puede ser cualquier cosa. Algo de lo que hablarais, algo que tocara...

—Mencionó que llevaba tiempo con dolores de cabeza —comentó Darío. Su voz sonó en sus oídos más gutural que unos minutos antes—. Dijo que a veces tenía la impresión de que iba a estallarle.

—¿Tendrá algo que ver? —preguntó Natalia que seguía estudiando su pelo con atención.

Sedalar se encogió de hombros.

—No lo sé —se dejó caer en una silla—. Lo único que podemos hacer es esperar a que se recupere y nos cuente qué le ha pasado. Y ser más precavidos que de costumbre.

Héctor asintió. El demiurgo tenía razón. ¿Qué más podían hacer aparte de esperar y estar vigilantes? Se le pasó por la cabeza la idea de preguntar a Esmael. Tenían una cita fijada esa tarde para aprender las bases del combate en vuelo. Su relación con el Señor de los Asesinos era extraña, tirante, pero no estaría de más conocer su opinión. Y siempre estaba dama Desgarro, también podía acudir a ella.

—¿Y las lobas? —preguntó Sedalar—. ¿Irá también esa oscuridad a por ellas?

—Ordenaré a mis sombras que las vigilen de cerca —murmuró Natalia—. Lo último que sé es que siguen a salvo en el castillo y no creo que eso haya cambiado, ¿verdad? —su pregunta iba dirigida a un punto del torreón que en aquel momento era ciego para todos menos para ella. La respuesta que recibió no pareció gustarle—: ¿Qué? —preguntó mientras se incorporaba. Se escuchó un siseo y el rostro de la bruja se ensombreció todavía más—. ¿Desde cuándo? —una pausa, otro siniestro barboteo—. ¿Y no creísteis necesario contármelo? —rugió enfadada. Se giró hacia sus amigos—. La manada expulsó a Lizbeth hace unos días —les informó—. Desde entonces anda sola por la ciudad. Dicen que la están protegiendo.

Sedalar frunció el ceño. Había enviado a algunas de sus creaciones al castillo con el fin de ver cómo se encontraban sus amigas, pero las inmediaciones de la fortaleza le estaban vedadas. Había protecciones en marcha que impedían que tanto sus criaturas como su magia espieran en la montaña.

—¿Y a Adrián? —preguntó entonces Héctor—. ¿Lo avisamos a él?

—¿Para qué? —quiso saber Natalia, parecía escandalizada—. ¿Y si es él quien nos amenaza? ¿No lo habéis pensado? —torció el gesto—. Está loco y tiene un dragón al que alimentar. A lo mejor está pensando incluirnos en su menú. Bruja asada y alitas de ángel negro.

Sedalar negó con la cabeza.

—Por muy loco que esté no nos haría daño sin provocación.

—No estoy tan seguro —gruñó Darío—. Yo preferiría no encontrármelo.

—¿Y te extraña, después de lo que le hiciste? —preguntó Héctor con cierta rudeza.

—Lo que la espada le hizo —apuntó el trago—. Sólo quería apartarlo de mi camino, ¿vale?

De pronto, Natalia se echó a reír. Todos la miraron perplejos, sin comprender qué podía haberle causado tal ataque de hilaridad. Sus miradas sorprendidas sólo consiguieron avivar la risa de la bruja.

—Lo siento, lo siento —dijo cuando logró calmarse—. Acabo de darme cuenta de que todos hemos intentado matar a Adrián. ¡Podríamos montar un club!

—No tiene gracia —dijo Héctor con el ceño fruncido—. Y te recuerdo que yo no

he intentado matarlo.

—Yo tampoco —insistió Darío—. Al menos la primera vez...

Héctor observó al muchacho. Desde la última vez que lo había visto, había crecido más de medio metro y ése, por supuesto, no era el único cambio operado en él. Su piel era ahora de un tono verdoso y sus extremidades se habían alargado de modo desproporcionado. Pero lo más llamativo eran sus ojos: se habían empequeñecido y redondeado. A Héctor le recordaban a los de un tiburón.

—¿Por qué no te uniste a nosotros? —quiso saber.

Darío se giró hacia él. No se había esperado aquella pregunta. Meditó unos instantes la respuesta.

—Preferí ir por mi cuenta —contestó mientras se encogía de hombros. No creía necesario darles más explicaciones a ellos—. Supuse que así tendría más oportunidades de sobrevivir.

Héctor se preguntó qué habría ocurrido si Darío se hubiera unido al grupo. Las cosas habrían sido distintas, desde luego, pero ¿acaso mejores? Estaba claro que Adrián no habría resultado herido en aquella escalera y Alexander no hubiera muerto mientras buscaba una forma de curarlo. Y a pesar de la tragedia que había representado la muerte del pelirrojo, no podía olvidar que su sacrificio les había facilitado la entrada a la torre Serpentaria. Y sin la magia que el grupo había conseguido allí, era probable que todos hubieran muerto. El destino era demasiado caprichoso como para desenredarlo. Y allí estaba el propio Darío para demostrarlo: había sobrevivido por sí mismo, como se había propuesto, y sin más magia que la que al parecer contenía una espada dotada de voluntad propia.

—¿Y cómo lo has hecho? —le preguntó entonces—. ¿Cómo has conseguido sobrevivir durante todo este tiempo?

—No lo sé —contestó—. Ni siquiera yo lo tengo claro.

Durante más de una hora los muchachos hablaron de sus andanzas por Rocavarancolia. Darío les habló de las continuas noches sin dormir, de las decenas de alimañas a las que había tenido que enfrentarse, del horror del abismo bajo el puente y de la obstinada presencia que lo había seguido durante varios días, sin dejar de gritarle ni un instante. Ellos le contaron la pesadilla que habían vivido bajo tierra el día en que aquel monstruoso murciélago atrapó a Marina; le hablaron de la casa trampa que usaba tus recuerdos para atraerte y de la tarde terrible que habían vivido en el palacete.

—Os vi —dijo Darío—. Parecíais tan felices... Resulta extraño cómo puede cambiar todo de un momento a otro.

La soledad y la desesperanza se intuían en cada una de las palabras del trago. Darío se había enfrentado a Rocavarancolia solo, y esa soledad parecía marcada a fuego en su alma. Lo que ellos ignoraban era que la desesperanza la había traído

consigo ya desde la Tierra.

—Tenías que haberte venido con nosotros —dijo Natalia mientras le estudiaba con divertida atención—. Las cosas habrían sido más interesantes contigo aquí. Eras mono y lo sigues siendo. La Luna Roja te está dando un aire interesante. Monstruoso, sí, pero interesante.

—Perdónala —le pidió Héctor—. Nunca piensa lo que dice. La mayor parte del tiempo su cerebro y su boca van por separado. Y cuando se unen es todavía peor.

—Pero estoy diciendo la verdad —señaló al trasgo con ambas manos—. Míralo. ¿No es mono? Ese pelo encrespado, esos ojitos... Hasta el color aceituna me gusta. ¿Nos lo podemos quedar?

Sedalar carraspeó sonoramente.

—Vale —dijo Darío, cambiando de postura en la silla—. Esta conversación me está empezando a resultar incómoda —el hecho de que alguien pudiera considerarlo «mono» en sus circunstancias actuales era desconcertante.

—Será mejor que lo dejemos, sí —murmuró Héctor dedicándole a Natalia una mirada de clara advertencia. Luego se giró hacia el demiurgo y el trasgo mientras buscaba cualquier otro tema de conversación. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba hambriento—: ¿Os apetece comer algo? —preguntó—. Soy un anfitrión horrible. Para una vez que tengo invitados y no os ofrezco nada...

Darío fue consciente de pronto de su propio apetito y, al serlo, éste se avivó. No lo bastante como para preocuparle mantenerlo bajo control, pero sí para recordarle que lo mejor sería marcharse cuanto antes.

—Debería irme —anunció—. Ya os he molestado demasiado.

—No estás molestando —le dijo Natalia—. Al menos no a mí, otra cosa es lo que pueda pensar Héctor...

—No le hagas caso —intervino el aludido—. De nuevo su cerebro y su boca van por separado.

—En serio... será mejor que me marche —murmuró Darío mientras se incorporaba para dejar claro que no pensaba discutir más sobre el tema.

Héctor no supo qué motivo lo llevó a acompañar al trasgo fuera. Quizá sólo fue un intento por quitar hierro a las palabras de Natalia.

—Creía que nunca iba a parar de llover —murmuró Darío con la vista alzada hacia el cielo una vez salieron.

Héctor miró también hacia arriba. Las nubes continuaban oscureciendo Rocavarancolia, pero no daba la impresión de que la tormenta fuera a volver. La Luna Roja seguía en las alturas, enorme, y aun así tuvo la impresión de que era algo más pequeña que el día anterior.

—Al final todo termina —murmuró.

Darío se quedó mirando fijamente a Héctor. La negrura ya teñía por completo el

cuerpo del joven. Estaba desnudo de cintura hacia arriba y en su torso se distinguían sus músculos con tal claridad que parecían cincelados, como si alguien hubiera esculpido el cuerpo perfecto en un pedazo de mármol negro. Las alas rojas eran de una fría hermosura.

—Es increíble cómo has cambiado —le dijo—. No te pareces en nada al chaval blanco y fofo que vi en las mazmorras la noche en que llegamos.

—La culpa es de la Luna Roja, no mía —replicó Héctor. De pronto fue consciente de lo que acababa de decir Darío—. Espera... ¿Me viste en las mazmorras? Creía que había sido el único en despertar aquella noche.

Darío negó con la cabeza.

—Denéstor me durmió en la Tierra con un abracadabra de los suyos. No sé cuánto tiempo estuve desmayado, pero cuando desperté algo me transportaba por un pasadizo.

—¿Viste qué era?

—No pude verlo bien, pero por el modo en que me llevaba debía de tener más brazos de lo normal.

Héctor sonrió. Tenía una ligera idea de quién había cargado con Darío por la mazmorra.

—Aquella cosa me dejó sobre un camastro y allí terminé de despertarme. Iba a salir a explorar cuando una jeringuilla llegó volando, me pinchó en un brazo y me sacó un buen montón de sangre.

—A mí también me pincharon —dijo Héctor y torció el gesto al recordarlo—. Fue entonces cuando desperté. Tenía esa cosa enganchada al brazo, como un mosquito enorme...

—Salí tras ella cuando se marchó volando. Me moría de ganas de echar un vistazo a ese mundo que según Denéstor tanto me necesitaba. Buscaba una salida cuando te vi. Estabas en mitad del pasillo, medio desnudo, con un montón de ropa en las manos y la boca abierta de par en par. Te seguí, sin acercarme demasiado. No sabía quién eras y no me inspirabas mucha confianza —prefirió no hablarle del desprecio que sintió al verlo. Era evidente que aquel muchacho no había conocido nunca la privación—. Poco después escuché pasos que se acercaban y me colé en la mazmorra que tenía más cerca.

—Yo me metí en la de Marina —sonrió al recordarlo. ¿De verdad sólo habían pasado unos meses?—. Luego llegó la araña de la levita y me dejó inconsciente. Cuando volví a despertar ya era de día.

—Tuviste suerte. Te perdiste la segunda jeringuilla voladora. Yo fingía dormir cuando entró —se puso una mano en el pecho—. Se me posó aquí y me clavó la aguja hasta el fondo. No sé qué me sacó, pero dolió a rabiar.

—Lo que está claro es que en Rocavarancolia nunca te aburres. Nunca sabes qué

vas a encontrarte en la próxima esquina —miró a Darío—. Oye... —dijo—. No sé qué puede ser esa oscuridad que se nos viene encima, pero lo mejor sería afrontarla juntos. Deberías quedarte. No tiene sentido que te vayas.

Darío se sorprendió al escuchar aquella propuesta. Dentro del torreón había tenido la impresión de que Héctor quería que se marchara cuanto antes. Y ahora le estaba ofreciendo quedarse con ellos.

—Yo... —dudó, pero luego sintió el latigazo del hambre en las entrañas y sus dudas se despejaron. Sacudió la cabeza—. No sería buena idea, créeme. Os pondría en peligro.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó Héctor.

—De mí mismo —contestó, sin dudar—. De lo que soy capaz de hacer —extendió los brazos y le mostró las palmas de sus grandes y grotescas manos—. De lo que sería capaz de hacer si no logro contenerme.

Héctor lo estudió durante unos instantes, con los brazos cruzados ante el pecho.

—No te conozco, no sé quién eres —dijo—. Durante un tiempo te odié. Por lo que le hiciste a Adrián, por la influencia que ejercías sobre Marina... Y tú nos salvaste la vida cuando Roallen nos atacó. Deja que intente equilibrar las cosas.

—¿Quieres salvarme? ¿Eso pretendes?

—Quiero que nos salvemos todos. Y sería más fácil si permaneciéramos juntos.

—¿Y si no quiero que me salven? ¿Has pensado en ello? ¿Y si prefiero morir siendo quien era, a vivir convertido en esta... en esta cosa?

—Sedalar está trabajando en eso —era la primera vez que llamaba por su nuevo nombre al demiurgo sin que éste estuviera presente—. Está convencido de que hay maneras de deshacer los cambios de la Luna Roja.

Durante un momento, Darío no fue capaz de articular palabra, demasiado sorprendido por lo que acababa de escuchar. No había pensado ni por un instante que las transformaciones pudieran ser reversibles.

—¿Podría volver a ser humano? —la expectación le enronqueció aún más la voz.

—Eso dice. Y confío en él. Si existe una forma de conseguirlo, la encontrará.

—Yo... —sintió removerse de nuevo el monstruo en sus entrañas. ¿Podía permitirse albergar esperanza?—. Lo pensaré, ¿de acuerdo? —dijo y, para su sorpresa, se dio cuenta de que de verdad pensaba hacerlo—. Pero por ahora será mejor que me vaya.

—Como quieras, pero recuerda lo que te he dicho —acto seguido refrendó sus palabras tendiéndole la mano. Darío se la estrechó sin dudar—. No tienes por qué enfrentarte solo a Rocavarancia —dijo el ángel negro.

—Cuídala —le pidió el trago.

\* \* \*

Enoch proseguía su viaje en brazos del viento. Debía ser precavido: de dispersarse mucho corría el riesgo de terminar transformado en polvo para siempre, sin esperanza de recobrar su antigua forma. Aun así no cejaba en su empeño, incluso a pesar del cansancio que comenzaba a hacer mella en él.

El vampiro tenía muy claro su objetivo, pero resultaba complicado dar con Esmael. Sobrevoló el torreón Margalar y al reconocerlo se llenó de orgullo. Allí se había enfrentado contra el monstruo sediento que anidaba en su interior y había salido victorioso. El capricho del viento lo hizo descender en perpendicular a los muros verdosos del edificio. Dos figuras hablaban al pie del puente. Un trasgo y un ángel negro. Pero no era Esmael, se trataba de uno de los muchachos, el que según Belisario contaba con sangre de reyes en sus venas, aquél al que Hurza quería utilizar para revivir a su hermano. No reconoció al trasgo, pero sin duda era otro cosechado. Vio a ambos darse la mano antes de tomar caminos diferentes, el ángel de regreso al torreón y el trasgo hacia el puente levadizo.

El polvo continuó su baile, esta vez rumbo al norte. No se había alejado doscientos metros del torreón cuando una silueta inmóvil entre dos edificios llamó su atención. Y si se había enorgullecido sólo con volar cerca del escenario en el que había logrado controlar su sed, lo que sintió al ver al muchacho al que a punto había estado de matar fue indescriptible. Aquel joven le había devuelto la dignidad.

—Vives gracias a mí —murmuró mientras revoloteaba a su alrededor—. Estás vivo porque decidí no matarte. No lo sabes, pero me debes la vida.

Andras Sula no prestaba atención al polvo que revoloteaba en torno a él. Miraba hacia la figura del trasgo que, poco a poco, se iba empequeñeciendo en la distancia. Su rostro era una máscara de furia. Las manos, convertidas en puños, ardían envueltas en llamas, como si las llevara enfundadas en guanteletes ígneos. Cuando el trasgo desapareció de su vista, miró hacia el torreón, sacudió la cabeza y echó a andar en dirección contraria.

\* \* \*

Estaba en el aire.

Era un hálito de tempestad por llegar, de calamidad a punto de desatarse. Muchos lo presentían. Los carroñeros y demás alimañas abandonaron las calles y se refugiaron en sus madrigueras; presencias astrales que hacía años que no se dejaban ver comenzaron a aparecer por toda la ciudad, atraídas por el aroma a catástrofe. Las



cúpulas arruinadas y las cornisas se llenaron de pájaros negros.

Los muertos del cementerio callaron al unísono, algunos a media frase. Dama Desgarro salió del Panteón Real poco después, sorprendida por el repentino silencio que se había abatido sobre el lugar. Recorrió los senderos del camposanto a paso rápido mientras acariciaba inquieta la cuenca de su ojo perdido. La calma del cementerio no presagiaba nada bueno; jamás lo hacía, pero esta vez la sensación ominosa de que algo estaba a punto de desencadenarse era más fuerte que nunca.

La manada en la montaña rompió a aullar. Roja unió su voz al resto. Ya no recordaba nada de su vida humana, apenas quedaba en ella rastro de Maddie. Aulló hasta que la garganta le dolió.

\* \* \*

Esmael se posó sobre la espalda de una enorme gárgola, más inquieto de lo que lo había estado en años. No era ajeno a la atmósfera que campaba sobre Rocavarancolia. De pronto fue consciente del lugar al que había ido a parar. Estaba frente a lo que un día fue el torreón Sendar, uno de los torreones que habían acogido a las cosechas de los diferentes mundos.

Poco quedaba en pie del edificio, restos de la primera planta y el portón de entrada, sujeto por un solo gozne.

Allí, ante esa puerta, Esmael había matado por primera vez.

En los tiempos en que fue cosechado, la criba contaba con una característica peculiar de la que las cosechas posteriores a la guerra se habían librado: el hambre. La cantidad de alimentos que Rocavarancolia hacía llegar a los puntos de abastecimiento era siempre idéntica, sin importar el número de cosechados que albergaran las torres ese año. Eso se traducía en una lucha enconada por conseguir víveres, por lograr ser los primeros en llegar a ellos o por tratar de arrebatárselos a quienquiera que los hubiera conseguido antes. De esa manera Rocavarancolia intentaba que la criba fuera lo más efectiva posible.

El torreón al que Esmael fue a parar, el torreón Alborada, estaba repleto de inútiles. Había una veintena de cosechados procedente de su propio mundo y casi medio centenar de otros planetas. Durante los primeros días, nadie probó bocado y pronto el hambre y la desesperación comenzaron a hacer mella en ellos. No conseguían nada en los puntos de abastecimiento y sus peregrinajes por la ciudad eran siempre en vano. Al cuarto día vieron cómo un hombre de túnica blanca sacaba un cubo repleto de despojos de una torreta espigada. Era tal su desesperación que se acercaron sin esperar siquiera a que el hombre regresara al interior del edificio. Esmael estaba tan hambriento como el resto, pero fue el único al que se le ocurrió

acercarse a aquel sujeto para preguntarle si lo que acababa de tirar era comestible.

El hombre sonrió y, tras mirar a izquierda y derecha, asintió levemente con la cabeza. El grupo llevó como bien pudo la carroña hasta el torreón; la mayor parte eran vísceras, desperdicios en los que sólo un hambriento repararía. El hambre les hizo olvidar toda precaución. Y lo pagaron caro. Casi todos los que comieron de aquella carne murieron ese mismo día, sin parar de convulsionarse y vomitar. El propio Esmael estuvo a las puertas de la muerte.

Al poco de recuperarse, cometió su primer asesinato. Nunca supo el nombre de aquel joven y hasta le costaba recordar su cara. Era uno de los cosechados del torreón Sendar. Siempre conseguían víveres con facilidad, y era comprensible: entre ellos había varios muchachos versados en el uso de las armas y eso les facilitaba las cosas. A diario, un grupo de jóvenes aguardaba la llegada de las barcas de víveres, armados con arcos, espadas y hachas. Esmael los siguió una tarde en su regreso al torreón Sendar y un detalle en el edificio vecino llamó su atención: buena parte de la manipostería del pórtico estaba en mal estado; había varias piedras de gran tamaño sueltas, piedras que se podían empujar sin dificultad desde arriba. Al día siguiente la emboscada estaba dispuesta. Cuando el grupo armado pasaba bajo el pórtico de regreso a su torreón, varios chicos empujaron las piedras sobre ellos. El resto, Esmael incluido, aprovechó la confusión para atacar.

La lucha fue corta y brutal. La trampa cogió por sorpresa a los del torreón Sendar y no pudieron reaccionar a tiempo. Dos cayeron inconscientes bajo la avalancha, y el resto también dio con sus huesos en el suelo. No hubo estrategia ni planificación, todo fue caos. Esmael golpeaba casi a ciegas y la debilidad de su brazo la suplía con la desesperación de saber que estaban ante una de sus últimas oportunidades de sobrevivir. De pronto, se vio rodando por el suelo con un adversario encima que lo inmovilizó con facilidad. Era demasiado fuerte para él. Las manos de su enemigo le rodearon la garganta y comenzaron a estrangularlo. Esmael notó cómo la vida se le iba y lo único que pudo hacer fue bracear desesperado. Cuando ya daba todo por perdido, su mano topó, por simple azar, con un adoquín flojo. Lo terminó de arrancar y golpeó con él la cabeza de su contrincante una y otra vez, cada vez más fuerte, cada vez con más violencia. Las manos soltaron su cuello, el aire regresó a sus pulmones y él se sintió nacer de nuevo en el mismo instante en que el cráneo que golpeaba se abría con un crujido.

Cuando se incorporó, resollando enfebrecido con una mano en la garganta y la otra aferrada aún a la piedra, todo había terminado. Los suyos apenas habían tenido bajas. Algunos de sus adversarios continuaban con vida, aunque maltrechos y desmayados en el suelo.

—¡Matadlos! —ladró Esmael. Su voz sonaba ronca en su garganta lastimada. Un adversario muerto no empuñaría jamás un arma en su contra, un enemigo sin vida

nunca buscaría venganza—. ¡Matadlos a todos!

Mientras sus compañeros le obedecían, las puertas del torreón Sendar se abrieron y varios muchachos salieron fuera. Nada más ver el modo en que empuñaban las armas, Esmael comprendió que no eran tan diestros como a los que se acababan de enfrentar. Y estaban asustados, conmocionados al ver cómo un grupo de desharrapados había terminado con los suyos. El que mucho tiempo después se convertiría en Señor de los Asesinos se encaró a ellos, sin más armas que aquella piedra manchada de sangre. Una flecha pasó cerca de su cabeza. Él ni se inmutó, se limitó a mirarlos, implacable. Y esa mirada bastó para hacerles retroceder. Siempre se preguntó qué fue lo que vieron en él para dar ese paso atrás, ¿quizá un atisbo de en lo que se iba a convertir o, simplemente, a alguien capaz de todo por sobrevivir? No se quedó a comprobar si recuperaban el valor, echó a correr hacia los suyos, recogieron a toda prisa las provisiones y huyeron hacia el torreón Alborada.

Ese mismo día, Esmael mató por segunda vez. Regresó a la torreta cuyos desechos habían diezmado a sus compañeros y se apostó allí hasta que vio salir al hombre de la túnica blanca. Se deslizó como una sombra tras él y, cuando entraba en una calleja oscura, le cortó el cuello. Se quedó a su lado hasta que murió, mirándole a los ojos mientras le cubría la boca con una mano para evitar que gritara. La satisfacción que sintió al verlo morir le hizo sentir inmenso; allí, en aquel callejón, con las manos manchadas otra vez de sangre, Esmael se sintió un dios.

Ése había sido, en esencia, su primer asesinato real. Pero fue aquella primera muerte, la del joven del torreón, la que le había hecho cobrar conciencia de su propia identidad. La Luna Roja podía haberle dado su forma definitiva, pero fue ante esa torre, con una piedra en la mano, cuando el Señor de los Asesinos de Rocavarancolia comenzó a gestarse.

Si no hubiera dado con ese adoquín suelto, la historia habría sido muy diferente. Y mucho más breve.

Esmael desplegó de nuevo sus alas y abandonó la gárgola para zambullirse en las tinieblas. Unos instantes después, el viento condujo hasta ese mismo lugar a una nube polvorienta que, tras trazar varias rápidas espirales, siguió el rumbo del ángel negro.

\* \* \*

No quedaban alimañas en Rocavarancolia. O al menos esa impresión daba. Darío llevaba horas de caza y no había podido encontrar absolutamente nada. La ciudad estaba desierta. Los escasos rastros que encontraba terminaban en el subsuelo o en grietas o pasajes demasiado angostos para él. Cerca de la cicatriz de Arax captó una pista prometedora: un olor a bestia salvaje acompañado del de una criatura

desconocida. Se dirigió hacia allí. En esa misma dirección se escuchó un portentoso aullido, pero él no aminoró el paso, al contrario: lo avivó.

A las puertas de una cabaña junto a la cicatriz se encontraban una grotesca loba y un niño de no más de doce años. La loba aullaba desaforada mientras el chico acariciaba su testuz. Darío los acechó durante largo rato. En su mente anticipaba el placer de la caza. Quebraría el cuello al niño para luego encargarse de la loba. Se relamió en las sombras mientras decidía a cuál de los dos devoraría primero, probablemente al pequeño, sí, su carne tier... Retrocedió asqueado, consciente de pronto de lo que estaba pensando. ¿Devorar a un niño?

Se llevó una mano al estómago para intentar apaciguar el ansia y se marchó de allí, horrorizado. ¿Cómo había podido siquiera sopesar la posibilidad de unirse a Marina y los suyos? Estaba perdido, irremediablemente perdido. Echó a correr, intentando, en vano, escapar de sí mismo.

Corría cerca de dos torres de granito verdoso, cuando una sombra se precipitó sobre él. Por un momento fue como si la mismísima noche se le estuviera viniendo encima, una noche plagada de escamas y colmillos. Luego vio que era un dragón lo que le embestía. De sus fauces entreabiertas brotaba humo negro. Su ala izquierda estaba desgarrada y se agitaba al viento de tal forma que parecía a punto de desprenderse.

Darío buscó la empuñadura de su arma, pero antes de poder desenvainarla, el dragón le golpeó con su ala rota en el pecho y salió despedido. Cayó sobre el adoquinado y, tras varios tumbos, chocó contra un muro. Se quedó inmóvil, aturdido. Entre la niebla de la semiinconsciencia alcanzó a escuchar el retumbar atronador del dragón aproximándose. Rodó sobre sí mismo un instante antes de que la zarpa de la bestia barrierá el suelo e hiciera saltar varias hileras de ladrillos de la casa contra la que había chocado.

Darío se incorporó entre los cascotes que volaban y echó a correr. A unos doscientos metros de distancia descubrió una callejuela cuya entrada era demasiado estrecha como para que aquella mole pudiera atravesarla. El dragón bramó a su espalda y él miró sobre su hombro. El monstruo había abierto las fauces y estiraba el cuello hacia él. El humo y las llamas se enredaban entre sus colmillos y saltaban sobre su lengua bífida. Se escuchó un sonido a medio camino entre una detonación y un resoplido y, acto seguido, el dragón escupió un chorro de fuego. La llamarada pasó muy por encima de la cabeza de Darío. El joven se frenó en seco. El aire olía a mundos abrasados y a cuerpos en llamas. Resopló. No podía escapar, aquella llamarada había sido una advertencia, comprendió, si seguía corriendo el dragón no fallaría. No había huida posible. Se giró y desenvainó la espada.

La bestia se alzó sobre sus cuartos traseros y agitó las alas, tanto la inútil como la sana. Luego se dejó caer y el mundo tembló. El fuego se había replegado al fondo de

su garganta; allí saltaba y burbujeaba, a la espera de ser invocado otra vez.

Pero no hubo más llamas, sólo una risa baja, procedente del jinete del dragón. Darío levantó la vista aunque ya sabía de quién se trataba. Montado en su lomo estaba Adrián. El joven se inclinaba hacia delante y lo observaba con aire burlón.

Darío había pensado muchas veces en cómo sería su siguiente encuentro con Adrián. Se había prometido a sí mismo que no habría violencia cuando tuviera lugar; trataría de ser conciliador, intentaría reconducir las cosas... Nada de lucha, no más sangre derramada. Aquello tenía que terminar. Pero estaba hambriento, acababa de dejar a Marina con Héctor, y Adrián le había atacado a lomos de un dragón. Darío dejó que el trasgo hablara:

—¿Cuántas veces voy a tener que matarte? —preguntó—. ¿Dos no es bastante?

Adrián le dedicó una sonrisa torva y descendió del dragón de un salto. Pequeñas lenguas de fuego corrían sobre su piel, como insectos incendiados.

—Eres más alto —dijo, observándolo de medio lado. Su voz sonó diferente.

—Y tú estás más loco —Darío cambió la espada de mano y dio un paso al frente. La sombra del dragón cayó sobre él.

—Hay un asunto pendiente entre nosotros. Algo que debemos zanjar de una vez por todas.

—Estoy de acuerdo —no había vuelta atrás. Había sido un ingenuo sólo con pensarlo. Levantó la espada y se colocó en posición defensiva—. Cuando quieras.

—Así no. Nada de armas mágicas esta vez. Juguemos limpio. Tú no usas tu espada y yo no uso ni el dragón ni el fuego. Un trato más que justo, ¿no crees?

—No tengo más espadas.

—Yo he traído dos —Adrián desenvainó una de ellas, la tomó de la hoja y se la ofreció por la empuñadura.

Darío la contempló con los ojos entornados. La guarda, de color pardo, tenía forma de cruz con los brazos curvados. Enfundó su acero, miró de reojo a Adrián y en un rápido movimiento se hizo con el arma que éste le tendía. El piromante retrocedió un paso. Darío sopesó la espada, era liviana pero transmitía una curiosa sensación de seguridad. Comprobó el filo de la hoja con la yema de un dedo y amagó un par de rápidos mandobles al aire.

Adrián sonrió, levantó un dedo pidiéndole tiempo y se acercó al dragón. Éste bajó la cabeza hasta ponerla a la altura del piromante. Adrián palmeó la frente del animal y le susurró algo que Darío no alcanzó a escuchar.

El monstruo se alejó unos pasos, arrastrando su peste a fundición con él. Darío se preguntó qué ocurriría si mataba a Adrián. Dudaba que aquel animal se mantuviera al margen. Descubrió que tampoco le importaba demasiado.

Su contrincante desenvainó la espada mientras se acercaba.

—Estoy listo —dijo Adrián.

—Estoy listo —dijo Darío.

Y cargaron el uno contra el otro bajo la mirada del dragón y la Luna Roja.

\* \* \*

Esmael se detuvo en seco en pleno vuelo. Le había entrado algo en los ojos, en ambos al mismo tiempo. Pestañeó con fuerza y se los frotó con la mano. La molestia no sólo no desapareció, sino que aquel repentino picor se le extendió por cara y pecho.

Varias espirales de un polvo finísimo giraban a su alrededor, como diminutos anillos planetarios que lo orbitaran. Voló hacia delante y el polvo le siguió, obstinado. Comenzó a trenzar un hechizo de defensa, pero a medio sortilegio se detuvo, asaltado por una repentina sospecha.

—Por todos los infiernos —murmuró—. ¿Enoch? ¿Eres tú? —la nube se retiró y se deslizó en el aire en lo que bien podía tomarse como un asentimiento.

Enoch había quedado reducido a polvo a los pies del Trono Sagrado. Esmael, como todos, había pensado que ése había sido el final del vampiro, pero era evidente que no había sido así. Debía de haberse disgregado para escapar del suplicio del despedazamiento.

—Enoch, Enoch... Quién me iba a decir que algún día me alegraría de verte —tendió una mano hacia la nube difusa—. Necesito saber quién te mató. Necesito saber quién te obligó a sentarte en el trono.

La nube de polvo se agitó en un extraño contoneo. Esmael prestó atención pero no logró escuchar nada. Había sido un sinsentido siquiera intentarlo. ¿Cómo iba a hablar aquello?

—El polvo no tiene lengua —nada más decirlo la nube comenzó a moverse contra el viento. Y lo hacía en dirección sur. Era evidente que el vampiro quería que lo siguiera.

Esmael fue tras él, consciente de que todo aquello bien podía tratarse de una trampa. Pronto quedó claro lo tedioso que iba a resultar seguir a Enoch. El vampiro avanzaba despacio y a veces el viento conseguía apartarlo de su ruta. La paciencia de Esmael no tardó en agotarse.

Adelantó a su guía y lo obligó a detenerse. Miró en la dirección hacia la que habían estado avanzando; allí, a lo lejos, se distinguían los muros afilados de la catedral roja.

—¿Quieres que vaya a Rocavaragálogo? Si es así, indícamelo de algún modo. Muévete, rueda sobre ti mismo, haz algo —el polvo no varió su lento ondular en dirección sur—. No quieres que vaya allí —Esmael hizo un repaso a los lugares reseñables que se encontraban en esa dirección—: ¿El edificio de las luces? ¿Las

mazmorras? ¿El túnel de los poseídos? —tras cada pregunta guardaba unos instantes de silencio atento a la reacción de Enoch—. ¿La barbacana? ¿La torre Serpentaria?

Al mencionar la torre, la columna de polvo se desintegró al momento. Cada partícula que la formaba tomó una dirección diferente en lo que pareció una súbita explosión. Esmael se quedó contemplando el vacío dejado por lo que una vez había sido Enoch.

—La torre Serpentaria —repitió mientras el vampiro disgregado reaparecía ante él—. ¿La misma torre o un lugar cercano? —sacudió la cabeza. Era absurdo solicitar más indicaciones.

Trazó con sus manos un círculo en el aire y una esfera translúcida apareció de la nada. A un gesto de Esmael una racha de aire empujó a Enoch dentro de la burbuja. El ángel negro la tomó en sus manos.

—Ponte cómodo, polvoriento —murmuró antes de echar a volar.

Llegó a la torre en apenas cinco minutos. Detuvo su vuelo sobre la última planta, la que no casaba con el resto del edificio y miró alrededor. No había nada extraño, sólo la misma atmósfera cargada de premoniciones que flotaba por toda Rocavarancolia. Esmael contempló a Enoch en la esfera, el polvo se había adherido a las paredes cristalinas de la burbuja. El ángel negro la hizo estallar. Tras una leve vacilación, Enoch voló hacia una ventana de la torre. Estaba claro que lo que quiera que el vampiro quisiera mostrarle se encontraba allí.

Esmael se coló por la ventana tras comprobar que, efectivamente, la estancia estaba vacía. Las antorchas inextinguibles destellaron sobre la pedrería de su cuerpo y multiplicaron su sombra contra las paredes. El torreón podía estar vacío, pero la sensación de amenaza era constante.

Enoch flotaba en torno al grimorio de Hurza como una nube de insectos inquietos. Esmael se acercó a paso lento. Alguien había tapado el libro de mala manera con un tapiz; el ángel negro lo descubrió de un tirón y dejó caer la tela al suelo. Allí estaba el libro de hechizos del primer Señor de los Asesinos, con su cubierta sangrienta pulsando en la penumbra.

—¿Esto era lo que querías que viera? —preguntó al polvo.

Por toda respuesta, Enoch se derramó sobre la cubierta del libro para luego deslizarse entre las páginas cerradas. Cualquier otra cosa que no hubiera sido un vampiro hubiera muerto al tocar el grimorio, aniquilado por el hechizo de protección. Esmael hizo una mueca mientras se preguntaba cuánto cerebro podía tener el polvo. Enoch nunca había sido demasiado listo y era probable que su conversión hubiera limitado más si cabe su inteligencia.

—Enoch... —murmuró Esmael, en su voz se evidenció la impaciencia—. ¿Qué tiene que ver el libro de Hurza en esto? —preguntó.

El ángel negro escuchó el murmullo del polvo entre las páginas del grimorio.

Susurraba al contacto con el pergamino. El libro dio una sacudida. Enoch estaba intentando abrirlo y, para sorpresa de Esmael, no tardó en conseguirlo: el volumen se abrió de par en par, y la casualidad quiso que lo hiciera por la página que explicaba el hechizo de resurrección breve que había usado para regresar a la vida al rey de dama Serena.

—¿Qué demonios tratas de decirme? —se inclinó hacia delante—. ¿El grimorio de Hurza tiene algo que ver con tu muerte?

El polvo resbaló por las páginas para trepar luego hasta el margen superior. A continuación se dejó caer en dos riadas paralelas. Esmael frunció el ceño. El polvo estaba intentando dibujar una palabra sobre el pergamino, una palabra de dos letras. El ángel negro intuyó cuál era antes de que Enoch consiguiera perfilarla como era debido.

—«Sí» —leyó. Sus ojos se convirtieron en dos rendijas reticentes—. No tiene sentido. No tiene ningún sentido. Nadie que no sea yo puede servirse de este libro. Sólo el Señor de los Asesinos es capaz de usarlo, para el resto no es más que un libro vacío.

El polvo volvió a chorrear sobre las páginas, formando una nueva palabra: «No».

—¿No a qué? —Comenzaba a desesperarse—. Ya era un verdadero calvario hablar contigo cuando tenías lengua. Ahora es todavía peor. ¿No a qué, maldita sea?

El polvo dibujó trabajosamente otra palabra.

«Hurza», leyó Esmael.

—¡Ya sé qué libro es, estúpido! —a punto estuvo de golpear las páginas abiertas con la palma de la mano. La retiró veloz, sin ni siquiera permitirse pensar qué hubiera ocurrido de ceder a ese impulso.

El polvo borró la palabra para volver a escribirla de nuevo. La borró y la escribió otra vez. Y otra. Esmael casi podía escuchar al polvo susurrar ese nombre: Hurza. Negó con la cabeza. Sabía lo que intentaba decir Enoch, pero resultaba del todo imposible. Ni siquiera cuando el vampiro añadió una nueva palabra a la que con tanta insistencia se empeñaba en escribir, lo creyó.

«Es Hurza».

—Descerebrado. Vampiro sin seso —gruñó—. Hurza murió hace dos mil años. No puede ser él. No...

«Ha vuelto», escribió el polvo.

¿Y si fuera cierto? Hurza no sólo había sido el primer Señor de los Asesinos, había sido el primer nigromante del que se tenía noticia. Y si de algo sabían esos hechiceros era de burlar a la muerte; pero eran dos mil años de ausencia, demasiado tiempo como para creer aquella necedad. De pronto recordó el sobrenombre con el que se había conocido al hermano de Harex.

—Comeojos —murmuró. Esmael dio un paso atrás—. Por eso se llevaba las



cabezas...

«Mis ojos», escribió el polvo entonces y lo escribió a grandes trazos, como si gritara: «Se comió mis ojos».

—Hurza —susurró Esmael. ¿A eso se enfrentaba? ¿Al pasado más pretérito de Rocavarancolia?—. ¿Por qué? ¿Por qué ha vuelto? No lo entiendo. ¿Qué busca?

El polvo cubrió de nuevo el pergamino, las frases se borraron con un siseo granuloso. Enoch estaba agotado: la búsqueda del ángel negro hacía tiempo que le estaba pasando factura. Había creído que sólo con mostrarle el libro, Esmael comprendería el alcance de la conspiración y que sabría cómo actuar, pero por lo visto necesitaba más información. Enoch maldijo su falta de lengua.

«Héctor», escribió. «Esencia de reyes», añadió después. Frases cortas, muy cortas, escritas cada vez con mayor esfuerzo ya que a cada segundo que pasaba más débil se sentía. «Hurza resucitó en Belisario». Despacio, muy despacio. «Harex resucitará en Héctor». Trazar cada palabra, cada letra, era una agonía. Y mientras escribía, mientras intentaba desgranar la conspiración de Hurza Comeojos, era consciente de que la impaciencia y la urgencia de Esmael crecían. Enoch estaba más allá del agotamiento y aun así se forzaba por seguir escribiendo consigo mismo sobre aquel libro maldito. «Vampira»; «Grimorio»; «Recuperar su poder»; «Tomar Rocavarancolia».

Se derrumbó. El polvo se vino abajo y a punto estuvo de precipitarse fuera del libro y el atril.

—¿Hay algo más que deba saber? —preguntó Esmael. Sentía la imperiosa necesidad de ponerse en marcha cuanto antes—. ¡Contesta, Enoch! ¡¿Te falta algo por contarme?!

Era tal el cansancio del vampiro que le costó un ímprobo esfuerzo escribir la primera palabra de la corta frase con la que pensaba responder a esa pregunta.

«No», escribió, y, para su sorpresa y horror, Esmael apretó los puños, desplegó las alas y echó a volar antes de que pudiera añadir las dos palabras que completaban su respuesta:

«No está solo».

\* \* \*

Marina volvió en sí a media mañana. Las sombras de Natalia y el hechizo de Sedalar informaron de ello casi al mismo tiempo. Natalia y Héctor se habían quedado dormidos la una junto al otro en un sofá mientras Sedalar se dedicaba obsesivo al estudio de un pequeño tratado sobre magia metamórfica. Cuando subieron a la habitación, se encontraron a Marina a medio incorporar en la cama, contemplando el mundo que la rodeaba con ansiedad. Al verlos, la preocupación se convirtió en alivio.

Les sonrió, pero su sonrisa se desvaneció al instante.

—¿Y Darío? —preguntó. Por el tono de su voz parecía temer que algo le pudiera haber sucedido.

—Nadie le ha hecho nada, si eso te preocupa —le contestó Natalia mientras se sentaba junto a ella—. Hemos sido tan civilizados con él que no nos habrías reconocido.

Y a ti ¿qué te pasaba? ¡Gritabas como una loca!

—Pero ¿está bien? —insistió Marina—. ¿Seguro que está bien?

—Lo está —afirmó Héctor—. Al menos lo estaba cuando se marchó —la miró con severidad—. ¿Qué te ha pasado?

—¿Qué me ha pasado? —murmuró ella—. Fue un sueño... —por un instante dudó, como si no supiera por dónde empezar. Se llevó una mano al cabello para apartárselo de la frente pero la blancura de uno de sus mechones la detuvo. Contempló el pelo encanecido con expresión atónita. Luego miró fijamente a sus amigos—. No, no era un sueño. Era real. Escuchadme: hay algo terrible en Rocavarancolia.

—¿Sólo algo? —Natalia parecía a punto de echarse a reír pero la expresión de su amiga la contuvo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Héctor.

Marina se sentó por completo en la cama. Sus ojos resaltaban lúgubres en la palidez de la cara.

—Entré en la mente de esa... de esa cosa —les explicó. Una criatura de Sedalar, una suerte de araña de múltiples patas, se acercó a la vampira. Ella la cogió con delicadeza y la depositó sobre su regazo—. No sé cómo lo hice. Se me apareció una mujer en sueños —Héctor frunció el ceño—. Dijo... dijo... que yo era algo nuevo, algo nunca visto antes. Una vampira, sí, pero una soñadora al mismo tiempo. ¿Tú sabes lo que es eso? —le preguntó a Bruno.

El demiurgo asintió.

—Una bruja onírica. He leído sobre ellas. Dominan los sueños, tanto los suyos como los ajenos.

Ahora fue Marina quien asintió, con la vista fija en la araña de Sedalar.

—Esa mujer me hizo algo —explicó—. Me obligó a soñar sueños que no eran míos. Iba de uno a otro y todo era una locura y nada tenía sentido. Y de pronto me encontré dentro del sueño de esa criatura —negó con la cabeza mientras acariciaba la araña de forma maniática. Parecía tan afectada que daba la impresión de estar a punto de ponerse a gritar de nuevo—. No podéis imaginaros qué clase de sueños tenía. Mirara donde mirara todo era atrocidad y tormento. Nadie puede soñar eso y estar cuerdo. ¡Nadie! Lo que he visto, lo que he sentido... —miró a Héctor, desesperada—. Esa cosa nos quiere a ti y a mí. Nos necesita. Viene a por nosotros. Y no vamos a

poder detenerla.

—'Tranquilízate —le pidió Héctor—. ¿Qué más puedes contarnos? ¿Qué era ese ser? ¿Cómo eran sus sueños?

—Créeme —dijo ella—, no quieres saberlo.

Sedalar Tul se puso rígido de pronto. La barrera de seguridad que rodeaba el torreón acababa de ser burlada. Alguien había atravesado las defensas como si éstas no existieran, haciéndolas pedazos a su paso. Héctor captó al momento la preocupación de su amigo y le dedicó una mirada interrogativa. Natalia se incorporó también. Las sombras siseaban fuera de la vista del grupo, inquietas.

—Tenemos compañía —anunció la bruja.

—¿Está aquí? —preguntó Marina con un hilo de voz que pronto se convirtió en un verdadero grito. La araña escapó de su regazo a la carrera—: ¡¿Está aquí?!

Héctor le hizo un gesto para que guardara silencio. En el torreón sólo se escuchaba el murmullo de las onyces. A un gesto de la bruja, varias se hicieron visibles. Una de ellas tenía el lomo encrespado y su faz monstruosa fija en la puerta; otra permanecía aferrada con un sinfín de extremidades afiladas al techo. Héctor miró de reojo a Sedalar y éste indicó con un cabeceo hacia el suelo. Había alguien en la planta baja.

Y en ese mismo instante, Esmael, el Señor de los Asesinos de Rocavarancolia, entró en la estancia, con paso lento, medido. Las sombras retrocedieron al verlo.

—¿Qué...? —alcanzó a decir Sedalar, demasiado sorprendido por la repentina aparición como para reaccionar. A punto estuvo de dejar caer el báculo.

—¿Esmael? —preguntó Héctor mientras daba un paso en su dirección. El alivio que había sentido al ver al ángel negro sólo duró un segundo. Algo marchaba mal y era tan evidente que se puso de inmediato en guardia—. ¿Qué haces aquí?

Esmael tardó un instante en responder.

—He venido a mataros a la vampira y a ti —explicó con desgana—. No te lo tomes como algo personal, por favor. Es una simple cuestión de estado.

—¿Qué? —Héctor retrocedió el paso que acababa de dar.

—Si las circunstancias fueran diferentes, ambos estaríais ya muertos —dijo, sin que el tono de su discurso variara un ápice—. Pero dada la relación que se ha establecido entre nosotros, al menos te mereces conocer la razón por la que vais a morir. Es lo justo.

Los cuatro muchachos observaban incrédulos al Señor de los Asesinos. La calma de la que hacía gala no tenía nada que ver con la tensión del momento. Todo tenía el aire de una espantosa broma.

—La cuestión es que una entidad de poder desmesurado ha hecho su aparición en Rocavarancolia —continuó Esmael—. Y, por lo visto, os necesita a vosotros dos para alcanzar sus objetivos. Debo impedir a toda costa que lo consiga. Pienso enfrentarme

a él en breve, pero, dada la gravedad de la situación, no puedo permitirme el lujo de dejar cabos sueltos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Héctor—. ¿De qué diablos estás hablando?!

—Creo haber sido bastante claro —anunció Esmael—. Si te sirve de consuelo, la bruja y el demiurgo saldrán con vida de ésta. No tengo nada contra ellos.

—No voy a dejarme matar —gruñó el muchacho. Una rabia fría comenzaba a invadirlo. Y la certeza absoluta de que nada de lo que hiciera iba a servir para detener a Esmael—. Y no voy a dejar que mates a Marina.

—Contaba con encontrar resistencia —aseguró el Señor de los Asesinos. Suspiró apático—. Terminemos con esto cuanto antes, será lo mejor para todos.

Antes de que nadie se moviera, Natalia dio un grito y las onyces cargaron en tropel contra Esmael. Durante un segundo lo perdieron de vista, cubierto por completo por un torbellino de tinieblas vivas. Luego las alas del ángel negro se abrieron paso entre ellas, desmembrando y saizando como si sus atacantes no fueran más que papel pintado. Ni una sola llegó a rozarlo. Varias cayeron entre espasmos a sus pies y desaparecieron convertidas en humo graso.

Héctor miró a su alrededor, buscando una vía de escape. Se había enfrentado en suficientes ocasiones a Esmael como para saber que no tenía posibilidad de vencerlo.

—¡Héctor, atrás! —escuchó gritar a Sedalar.

Un haz de energía mística surgió del báculo del demiurgo y, a la vez, un hechizo fulminante brotó de las manos de Natalia. Esmael desvió el primero con un golpe de ala e hizo que el segundo regresara a su fuente con la potencia duplicada. Sedalar se interpuso en la trayectoria del rayo y recibió el sortilegio destinado a la bruja en pleno pecho. Salió despedido y chocó contra ella. Ambos cayeron al suelo, hechos un ovillo de brazos y piernas. Sedalar apretó los dientes. Sus talismanes de guarda habían mitigado la fuerza del hechizo, pero aun así el dolor era tremendo, sentía como si sus extremidades ardieran y el cerebro se le estuviera licuando.

—¡Quítate de encima! —le gritó Natalia con rabia, revolviéndose en el suelo.

Trató de incorporarse pero el cuerpo apenas le respondía. Su visión estaba descentrada y el caos de sombras que revoloteaba por la estancia no mejoraba la escena. Alcanzó a distinguir a Esmael, rodeado de una maraña de onyces que lo hostigaban. El ángel negro tejió dos hechizos de desmayo y los lanzó hacia ellos. El demiurgo los vio llegar sin fuerzas ni ocasión de repelerlos.

—¡No! —tuvo tiempo de gritar, desesperado. No quería dormir, no quería soñar, pero el hechizo se incrustó en su frente y la inconsciencia se lo llevó.

Héctor vio cómo Natalia y Sedalar caían desmayados el uno sobre la otra. Esmael apenas había necesitado unos segundos para dejarlos fuera de combate. Las sombras se replegaron siseando y desaparecieron veloces: al parecer la inconsciencia de su

dueña había dejado en suspenso la orden de ataque. Marina continuaba en la cama, en la misma postura en la que le había sorprendido la entrada de Esmael. El ángel negro miró hacia ella. La magia crepitó al momento en torno a su mano diestra, y esta vez no se trataba de un hechizo adormecedor. La habitación hedía a muerte.

—¡Esmael! —aulló Héctor.

El Señor de los Asesinos se giró hacia él, muy despacio; ambos quedaron frente a frente. Se estudiaron durante unos instantes, midiéndose, como habían hecho tantas veces a lo largo de los últimos días. Esmael cerró el puño que rezumaba magia mortal y dejó que ésta se desvaneciera. Héctor era un ángel negro y no se merecía morir fulminado por un hechizo. Y no sería la única deferencia que tendría con él. Lo mataría en primer lugar, así le evitaría tener que ver morir a la mujer que amaba. Un recuerdo pugnó de pronto en su mente pero él le negó el paso. No era momento ni lugar. Afiló las alas.

Héctor resopló. No había falla en la guardia de su adversario ni punto débil que alcanzar. No podía vencer, lo sabía. Pero no pensaba dejarse matar sin luchar. Saltó hacia Esmael, sin más estrategia que la furia y la desesperación. Las alas de su adversario se abatieron sobre él, tan rápidas que ni siquiera fue consciente de que las tenía encima hasta que empezaron a cortar y desgarrar. No pudo ni siquiera amagar un golpe. Cayó de rodillas a los pies de Esmael, con la espalda inclinada hacia delante y las alas abiertas y extendidas en el suelo como una capa ensangrentada.

El Señor de los Asesinos se dispuso a asestar el golpe final. Estaba a un instante de convertirse de nuevo en el último ángel negro, el último de su especie otra vez.

Héctor sintió la misma impotencia que le había embargado tras enfrentarse a Roallen. Nunca conseguiría salvar a nadie. Jamás. Por más que lo había intentado no había hecho otra cosa que fracasar una y otra vez. Alzó la vista, si tenía que morir al menos lo haría mirando a los ojos a su asesino. Fue entonces cuando descubrió a Marina a la espalda del ángel negro, con una daga en la mano: debía de haber abandonado la cama durante la corta lucha y ahora se disponía a atacar por sorpresa a Esmael. Héctor no cometió el error de albergar esperanza. Antes de que Marina pudiera asestar su golpe, Esmael, sin mirarla siquiera, proyectó el brazo derecho hacia atrás y la aferró del cuello. El cuchillo cayó al suelo. El ángel negro mantuvo a la vampira apartada de él, con el brazo extendido en toda su longitud. Héctor gimió. No, nunca podría salvar a nadie. Y el ser consciente de ello fue tan demoledor que se vino abajo. E hizo lo único que le quedaba por hacer: rogar por la vida de Marina.

—A ella no... —murmuró. Hablar le dolía. Su voz no era más que un lastimero gemido—. Acaba conmigo, pero no le hagas daño a ella...

—Los ángeles negros no suplican —le replicó Esmael, como si todo aquello no fuera más que otra de sus lecciones. Y le asaltó otra vez el recuerdo que unos instantes antes había logrado reprimir. Esta vez no lo consiguió.

Y se vio a sí mismo treinta años antes, gritando horrorizado al ver caer a dama Fiera en la batalla, bañada en sangre de dragón, una estrella fugaz que caía a la muerte riendo a carcajadas: «¡Miradme!», aullaba «¡Soy un ángel rojo!». En aquel preciso momento, Esmael lo hubiera dado todo por cambiarse por ella, por ser él quien se precipitaba sobre la ciudad herida. El ángel negro siempre había despreciado el amor, era un sentimiento debilitador, algo que te lastraba, que te reblandecía por dentro...

Y su desprecio se basaba en el conocimiento, porque allí, ese día, había descubierto que amaba a dama Fiera. Y nunca se había sentido tan débil.

—Entonces no soy un ángel negro —concedió Héctor—. No quiero serlo. Mátame a mí, pero perdónale la vida a ella, por favor...

Esmael entrecerró los ojos. En su recuerdo seguía viendo caer a dama Fiera, envuelta en sangre. Y por primera vez en su vida dudó a la hora de matar. Gruñó. Negó con la cabeza, incapaz de creer lo que le estaba sucediendo.

«Somos lo que somos», le había dicho dama Fiera la noche en que le confesó su sueño de sentarse en el trono de Rocavarancolia, «criaturas salvajes, hechas para la sangre y la matanza, no para el gobierno con sus intrigas y sutilezas. Nuestro reino es el campo de batalla y así es como debe ser».

Cuando soltó el cuello de la vampira tuvo que reprimir el impulso de examinar la palma de su mano para comprobar que allí no había nada que lo hubiera obligado a liberarla. Marina cayó al suelo y se revolvió como una serpiente para atacarlo. La inmovilizó con un gesto.

A continuación apretó los dientes y se acuclilló junto a Héctor. Le bastó con un hechizo suave para que las heridas que él mismo había provocado comenzaran a sanar. El muchacho cayó hacia atrás, atónito ante el repentino cambio de actitud del ángel negro. La curación era indolora esta vez, un lento cosquilleo que recorría sus heridas y las iba cerrando. Lo siguiente que hizo Esmael fue liberar a Marina de su inmovilidad. Luego se dirigió a ambos:

—Escuchadme: quiero que vayáis al Panteón Real y solicitéis asilo allí —les ordenó—. A dama Desgarro no le quedará más remedio que concedéroslo. Es la ley. No salgáis del panteón hasta que yo regrese, ¿queda claro? Es el único lugar de toda Rocavarancolia donde estaréis a salvo. ¡Ocurra lo que ocurra, no salgáis!

—¿Qué está pasando? —quiso saber Héctor. Sentía un miedo atroz a que el ángel negro cambiara de nuevo de opinión y decidiera terminar lo que había empezado—. ¿Qué significa toda esta locura? —insistió.

—Una leyenda ha regresado de entre los muertos —contestó Esmael—. Hurza Comeojos, el fundador del reino nada más y nada menos. Y voy a darle la bienvenida que se merece.



Esmael se elevó como un obús sobre Rocavarancolia.

Atravesó un banco de nubes, dejando un rastro de vapor tras él. Tal vez estuviera cometiendo un error, tal vez debería haber seguido su primer impulso y haber acabado con Héctor y la vampira. Pero ya no importaba. Había llegado la hora de actuar.

Se detuvo a más de trescientos metros de altura y plegó las alas. Ya no las necesitaba, era la magia la que lo sostenía. Miró alrededor. Rocavarancolia era un caos de sombras y de luces mortecinas que se extendía entre las montañas y los acantilados; la fosforescencia de la cicatriz de Arax reptaba al norte, en el sur palpitaba el brillo sangriento de Rocavaragálago y su foso de lava, más allá del fulgor del barrio en llamas. Hurza Comeojos se ocultaba allí, en algún punto de Rocavarancolia, conspirando para traer de regreso a su hermano y conquistar la ciudad.

—¡Hurza! —aulló desde las alturas.

Aquel grito retumbó como una explosión en su pecho antes de abrirse camino con la potencia de un cañonazo por la ciudad. Bandadas de pájaros dormidos despertaron alarmados y rompieron a volar, sin graznidos ni carcajadas, mudos de miedo. Las alimañas alzaron sus cabezas y se echaron a temblar en sus escondrijos. La manada dejó de aullar. Sus ojos agrietados miraban hacia lo alto, hacia la distante silueta que gritaba.

—¡Hurza! —repitió el ángel negro. Su grito no era un grito, era el trueno que hacía estremecer los cimientos del mundo—. ¡Soy Esmael, el Señor de los Asesinos de Rocavarancolia! ¡Te desafío!

Los ecos de su llamada se multiplicaban, tomaban las calles y retumbaban entre los edificios. Andras Sula y Darío hicieron una pausa en su combate y miraron hacia arriba, pero sólo un instante; aquello, fuera lo que fuera, no tenía nada que ver con ellos. El piromante no tardó en volver a la carga y al trasgo no le quedó más remedio que centrarse en la lucha. Ambos sonreían, y sus sonrisas eran dos muecas dementes, sin rastro de humanidad. El dragón, muy cerca, estiró el cuello y contempló sin interés al diminuto mosquito que aullaba en las alturas.

—¡Hurza! —gritó por tercera vez Esmael.

Dama Desgarro miró al cielo, confusa. «¿Hurza?», pensó, «¿Qué locura es ésta? ¿A quién está llamando Esmael?». De pronto, la comandante de los ejércitos del reino recordó el sobrenombre con el que se conocía al primer Señor de los Asesinos. Se llevó la mano a su cuenca vacía y volvió a revivir la intensa lanzada de dolor que había seguido a la pérdida de su ojo.

—Hurza... —murmuró—. No, no es posible.

Uno de los enterrados eligió ese instante para romper el silencio en el que se habían sumido todos desde hacía largo rato: de sus labios surgió una única palabra: «Hurza», susurrada en voz tan baja que sólo pudieron escucharlo los enterrados en las tumbas vecinas. La repitieron. Otros muertos la oyeron y la pronunciaron a su vez. Era una palabra importante, una palabra que necesitaba ser oída.

—Hurza —gargantas que llevaban siglos muertas se unieron para desenterrar el nombre de la criatura que, dos mil años antes, había llegado a las costas de Rocavarancolia para cambiar la faz del mundo—. Hurza —la palabra iba de tumba en tumba, cada vez más audible, ganando en sonoridad; rotunda, perversa—. ¡Hurza! —era como si un corazón colosal estuviera naciendo bajo el cementerio y ladera al ritmo de esa única palabra, como si la propia Rocavarancolia invocara la presencia imposible de su fundador—: ¡HURZA!

Y en el cielo, Esmael volvió a gritar, hermanado con las voces de los muertos:

—¡Vuestro tiempo ya pasó! —giraba sobre sí mismo a la par que hablaba, intentando abarcar con su voz y su mirada la mayor extensión posible de Rocavarancolia—. ¡Sois historia! ¡Vuestro lugar es el pasado, el recuerdo, no el presente! ¡No tenéis derecho a volver! —se llevó las manos a la boca—. ¡Hurza! —gritó de nuevo—. ¡Te desafío! ¡Aquí y ahora! ¡Te desafío! ¡Uno de los dos tiene que morir! ¡En Rocavarancolia sólo hay lugar para un Señor de los Asesinos!

Un punto de luz emergió despacio sobre las montañas, en vertical al castillo; era un vibrante chispazo de luz roja que dejaba una diminuta estela a su paso. Esmael frunció el ceño. No había esperado verlo aparecer tan cerca de la fortaleza. La luz se tomó su tiempo para entrar en la ciudad, volaba en su dirección, pero de un modo deliberadamente lento. Poco a poco, el chispazo de luz se fue convirtiendo en una silueta humana.

El ángel negro observó al ser que se aproximaba en mitad de la noche; iba desnudo a excepción de varias tiras de vendas negras que aleteaban a su alrededor como pseudópodos absurdos. Nada recordaba a Belisario ya en aquel cuerpo. Hurza lo había hecho suyo, lo había moldeado a su imagen hasta convertirlo en una réplica casi exacta del cuerpo que había vestido dos mil años atrás, la única diferencia era el color pardo que teñía su piel, fruto de la ponzoña que le había dado a beber Rorcual. Aquel ser rezumaba oscuridad por todos los poros de su piel. El cuerno en espiral que nacía de su frente era idéntico al que Belisario había usado para quitarse la vida.

Se detuvo frente a Esmael, sus movimientos eran toscos y desagradables. Pero lo que más llamaba la atención de aquel ser era la profundidad de su mirada: era insondable, terrible; en ella se evidenciaba la verdadera edad de la criatura que miraba a través de esos ojos. Sólo con verlos, Esmael comprendió que nunca se había enfrentado a nada parecido. Sintió un ramalazo de euforia, un arrebató de insana



felicidad que a punto estuvo de hacerle reír a carcajadas. ¿Cuándo había sido la última vez que se había enfrentado a un verdadero reto? ¿Cuándo se había sentido tan vivo como en aquel instante?

—Por fin nos encontramos —dijo Esmael con media sonrisa en los labios—. El fundador del reino, nada más y nada menos. Hurza Comeojos. El primer Señor de los Asesinos... No todos los días tengo la oportunidad de matar a una leyenda. Me siento abrumado.

—Como bien dices uno de los dos morirá esta noche —aseguró Hurza. Tampoco era la voz de Belisario la que surgía de esos labios. Era una voz antigua y despiadada—. Pero no seré yo. La historia está a punto de arrollarte, ángel negro. Estás asistiendo al final de una era.

—Puede ser —concedió Esmael—. Y tengo mucha curiosidad por ver qué nos deparará el futuro. Pero hay una cosa que tengo clara: tú no estarás en él. No deberías haber regresado —su tono se volvió severo—. Aquí no queda nada para ti.

—Te equivocas. Es ahora cuando llega mi momento. Tú y los tuyos habéis fracasado —extendió los brazos como si quisiera abarcar la realidad entera—. Mira a tu alrededor. Mira lo que habéis hecho con nuestro legado. Habéis destruido nuestro sueño, mancillado nuestro recuerdo. Es hora de que la historia retome su curso correcto. Es hora de proseguir con nuestra tarea. Y lo primero que haremos será enterraros.

—No te resultará sencillo —Esmael estaba disfrutando cada instante—. Podríamos seguir hablando durante horas, pero creo que ya está todo dicho.

—No. Todavía hay algo que debes saber. No sólo voy a matarte, ángel negro —Hurza apenas varió el tono de su voz mientras hablaba. Le parecía importante que Esmael comprendiera cuál iba a ser el alcance exacto de su derrota—. Me comeré tus ojos. Y cuando lo haga, te arrebataré todo lo que has conseguido hasta hoy: tus recuerdos, tu esencia, todo tu poder... Tu vida entera sólo habrá servido para alimentarme.

Esmael se encogió de hombros.

—Yo no soy tan ambicioso —dijo—. Me conformaré con matarte y clavar tu cabeza en una pica en Altabajatorre.

El ángel negro afiló las alas, invocó toda su magia y se preparó para el combate. Hurza dejó caer los brazos e inclinó la cabeza. La suerte estaba echada. La historia y la leyenda se daban cita en los cielos de Rocavarancolia.

Esmael fue el primero en atacar.

## XIII

# La magia y la furia

A su pesar, Sedalar Tul, el muchacho que una vez fue Bruno, soñaba de nuevo.

Era el sueño habitual, el que le había perseguido desde que tenía memoria. Estaba en el escenario de costumbre, y en la penumbra del patio de butacas se sentaban todos a los que les había robado su esencia; había más de treinta personas allí: sus padres, sus tíos, los niños del jardín de infancia... No dejaban de observarlo, sumidas en un silencio tenso, con los ojos muy abiertos. Alexander, Ricardo y Rachel estaban en la última fila, contemplándolo con la misma expectación que el resto.

Sedalar estaba aterrado. Podía ser el sueño de siempre, sí, pero él ya no lo era. La Luna Roja había matado a Bruno con la misma precisión con la que lo hubiera hecho una bala. A lo largo de su vida había construido un muro entre las miradas anhelantes de los muertos y su propia culpa, pero la transformación había derrumbado esa barrera y ahora se sentía perdido. Bruno había sido capaz de aguantar, noche tras noche, esas miradas ansiosas, pero a Sedalar le resultaba imposible. Si permanecía allí mucho tiempo se volvería loco.

Para su alivio, de pronto, un telón oscuro cubrió el patio de butacas. Dio un paso atrás, sorprendido. Aquel telón no formaba parte del sueño; era un elemento nuevo. Frunció el ceño. En la superficie del pesado cortinaje comenzaron a dibujarse formas y colores que, poco a poco, ganaron en profundidad. El escenario, hasta entonces vacío, también se fue transformando. Donde antes no había nada, aparecían ahora sillas, estanterías, mesas, alfombras y tapices. No tardó en reconocer el lugar: era la última planta de la torre Serpentaria.

Se encontró contemplando una estantería que había visto despierto decenas de veces. Casi todos los estantes y objetos que la ocupaban estaban en penumbra pero había uno en particular que aparecía iluminado con luz propia: una pequeña vasija blanca en una esquina. Se acercó despacio. Metió una mano dentro y sus dedos acariciaron los pequeños eslabones de una cadenita. La extrajo con cuidado. Era un medallón con forma de Luna Roja, y en su centro aparecía engastada una piedra similar a la de la gargantilla que había transformado a Lizbeth en el palacete.

Sedalar Tul contempló el collar con atención. Alguien le estaba haciendo soñar

con él, era evidente, pero ¿por qué? La piedra de la medalla parecía un inmenso goterón de sangre fresca.

Mientras la estudiaba sintió una convulsión bajo sus pies. El sueño temblaba. Captó el crepitar de la magia sanadora un instante antes de oler su peculiar aroma a plata. Lo estaban curando, comprendió, le arrastraban de regreso a la consciencia. Sedalar no opuso resistencia y se dejó llevar, cualquier cosa era preferible a enfrentarse de nuevo a las miradas de los muertos.

En el mismo momento en que despertaba alguien lo besó desde el otro lado del sueño. Fue un beso corto en la mejilla, repleto de cariño y afecto. El demiurgo abrió los ojos para encontrarse de regreso en el torreón Margalar. Natalia estaba de rodillas junto a él, con trazos de magia sanadora todavía enroscados en la punta de los dedos.

—Me acaban de besar en sueños —murmuró. Estaba tan desorientado que no se detuvo a pensar lo extraño que podía sonar eso.

—Qué suerte la tuya —rezongó la bruja mientras se incorporaba—. Yo he soñado que me pateaba un cocodrilo.

Sedalar se sentó en el suelo e intentó centrarse. Héctor estaba de pie junto a Natalia y, un poco más allá, Marina miraba a través de la única ventana del cuarto, espionando el cielo. La tensión que se respiraba era sofocante.

—¡Esmael! —exclamó Sedalar al recordar lo sucedido—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está? —El ángel negro le había dejado fuera de combate como si no fuera más que un niño indefenso—. ¡Quería mataros!

—Cambió de idea —le explicó Héctor—. Aunque si lo que nos ha contado es cierto todavía estamos en peligro.

—Pero..., pero... —Sedalar necesitaba respuestas. Por necesidad de saber, sí, pero también por enterrar cuanto antes el recuerdo de los muertos que habitaban sus sueños—. ¿Por qué nos ha atacado? ¿Qué está...

Una potente voz procedente del exterior le interrumpió:

—¡Vuestro tiempo ya pasó! —era un grito de una sonoridad tremenda—. ¡Sois historia! —continuó la voz, tan alta que a Sedalar le costó reconocerla—. ¡Vuestro lugar es el pasado, el recuerdo, no el presente! ¡No tenéis derecho a volver! ¡Hurza! —el demiurgo miró a sus amigos, completa y absolutamente perdido, pero nadie le prestaba atención. Todos tenían la vista fija en la ventana—. ¡Te desafío! ¡Aquí y ahora! ¡Te desafío! ¡Uno de los dos tiene que morir! ¡En Rocavarancolia sólo hay lugar para un Señor de los Asesinos!

—Eso es lo que está ocurriendo —señaló Natalia cuando se hizo el silencio.

—¿Hurza? —preguntó Sedalar Tul mientras se levantaba. Negó con la cabeza—. ¿El fundador del reino? ¿Ese Señor de los Asesinos?

—Hurza es la oscuridad que nos amenaza —musitó Marina. El rostro de la vampira evidenciaba una seriedad terrible—. Entré en sus sueños y casi me volví loca

—apartó la vista de la ventana y se dirigió hacia ellos—: Algo acaba de salir del castillo y viene hacia la ciudad —les informó—. Creo que es él.

—Tenemos que irnos —ordenó Héctor.

Natalia le tendió su báculo al demiurgo. Sedalar se lo quedó mirando como si no tuviera clara su utilidad. Volvió a sacudir la cabeza.

—¿Y dónde se supone que vamos? —preguntó.

—Esmael nos ha ordenado buscar refugio en el cementerio —le explicó Héctor—. Tenemos que llegar al Panteón Real y solicitar asilo. Por lo que dice, allí estaremos a salvo.

—¿Y te fías de él? —quiso saber el demiurgo. Natalia le encasquetó sin contemplaciones la chistera en la cabeza y lo empujó hacia la puerta—. Hace un momento quería matarte.

—Me fío más de dama Desgarro que de Esmael —aseguró Héctor mientras salían—. Y ella está en el cementerio. Quizá pueda contarnos qué está sucediendo. Además prefiero ponerme en marcha a esperar a que Esmael o cualquier otro venga a por nosotros. —Miró a Sedalar—. En el torreón ya no estamos seguros.

El demiurgo asintió, comprendiendo de pronto el alcance de las palabras de su amigo. Miró alrededor mientras bajaban la escalera. Habían vivido en el torreón durante meses, había sido el reducto del grupo en la tempestad, el único punto de la ciudad en el que se habían sentido a salvo. Aquel lugar había cumplido su cometido, pero había llegado la hora de dejarlo atrás. Siguiendo un impulso acarició la fría piedra verdosa de la torre cuando ya se acercaban al portón. Él mismo se encargó de abrirlo con un gesto mágico.

Marina se detuvo cuando avanzaban por el pasadizo que conducía fuera.

—¡Las cenizas de Ricardo! —exclamó—. ¡Las hemos olvidado! —Hizo ademán de regresar dentro, pero el demiurgo la tomó del brazo para impedirselo.

—Estarán a salvo pase lo que pase —le dijo. Y era cierto: los hechizos que había anclado en la vasija que las contenía la hacían prácticamente irrompible.

No había nubes alrededor de la Luna Roja y ésta brillaba cegadora, una circunferencia perfecta y sangrienta. Al contemplarla, Sedalar Tul recordó el medallón que acababa de ver en sueños.

A un gesto de Natalia, la noche se pobló de onyces. Por la expresión de la bruja al verlas, Héctor comprendió lo disgustada que estaba con ellas: las sombras los habían abandonado cuando ella cayó inconsciente. Se preguntó si ya le había quedado claro lo poco de fiar que eran sus mascotas o si precisaba de alguna prueba más.

—No voy con vosotros —anunció de pronto Sedalar—. Necesito hacer una parada en la torre Serpentaria. Si todo va bien, os alcanzaré antes de que llegéis al cementerio.

—¿Te parece buena idea separarnos? —le preguntó Héctor con el ceño fruncido.

—No. De hecho es una idea terrible. Pero hay algo en la torre que necesito. Seré rápido, lo prometo —hizo una mueca—. De todas formas, ya has comprobado lo útil que soy cuando nos enfrentamos a hechiceros de verdad.

—No era cualquier hechicero —le consoló Natalia—. Era el maldito Señor de los Asesinos de la maldita Rocavarancolia. Deberías estar orgulloso de haberle plantado cara.

Sedalar se encogió de hombros.

—No creo que el orgullo haya salvado muchas vidas.

—Chicos... —les interrumpió Marina. La muchacha miraba con suma atención al cielo. Un destello rojo sobrevolaba la ciudad a gran altura; un chispazo de luz que, mientras miraban, pasó sobre sus cabezas y puso rumbo a una pequeña silueta clavada entre las nubes: Esmael. Héctor se estremeció.

—Tenemos que marcharnos ya —anunció.



Eran pura magia desatada. Magia y furia.

Una sucesión de tremendas detonaciones marcó la trayectoria de ambos a través del cielo; la última no la provocó la magia sino la barrera del sonido al romperse. El escudo que Esmael había interpuesto entre él y los ataques de Hurza se resquebrajó en el mismo instante en que ambos se separaban. Esmael resopló. Un relámpago de luz viscosa salió despedido de las manos del ángel negro, un hechizo de consunción tan dañino que el aire a su paso ardió. Hurza lo colapso al momento, pero tuvo que recurrir a más energía de la que esperaba para lograrlo.

Cada ataque tenía su defensa, cada finta, su réplica. Tras los primeros compases del combate, Esmael supo que era más poderoso que Hurza. Pero su adversario equilibraba esa ventaja con una pericia que jamás había visto en ningún hechicero. Nunca en su vida había creído que pudiera existir alguien capaz de usar la magia con semejante habilidad. Además, recurría a hechizos de los que Esmael no tenía conocimiento, ramas de la hechicería que le resultaban del todo desconocidas. En más de una ocasión se encontró repeliendo ataques de una potencia demoledora sin saber muy bien qué daños podían provocar o cuál era su objetivo final.

Hasta la última criatura y objeto mágico de Rocavarancolia percibía el eco de aquella lucha: los grimorios temblaban en sus atriles y estantes, sortilegios anclados en los más diversos objetos y lugares vibraban con la magia desbocada en las alturas. La ciudad entera olía a leyenda. Aquella batalla estaba dando origen a una nueva era, a un nuevo ciclo en la historia de Rocavarancolia.

Lo que en aquellos instantes sucedía en los cielos iba a cambiar el mundo.



Las primeras explosiones provocaron que las sombras de Natalia huyeran en desbandada. La que transportaba a Marina se encabritó y pareció dispuesta a dejar caer a la vampira. Héctor se aproximó veloz, pero la muchacha no precisó su ayuda. Se afianzó a horcajadas en la sombra cambiante y la obligó a mantener el rumbo. A un grito de Natalia el resto de su escolta reapareció.

Reemprendieron la marcha. La bruja era quien la abría, seguida de cerca por Marina. La vampira se había negado a que fuera Héctor quien la llevara y él tuvo claro el motivo sólo con mirarla: estaba sedienta y no quería arriesgarse a tenerlo cerca.

Sobrevolaban Rocavarancolia rumbo al cementerio. Dejaban atrás zonas de ruinas y edificios intactos, pasaban sobre puentes, minaretes y templos. Era la enésima vez que Héctor tenía ante sí esas calles y plazas, pero, de alguna forma, todo resultaba nuevo a sus ojos.

Otra serie de explosiones cruzó las alturas y no bien su eco se desvaneció, Héctor creyó escuchar una voz que se dirigía a él. Se detuvo en seco y prestó atención.

—¿Dama Desgarro? —preguntó, aun a sabiendas de que no era ella.

Resultaba difícil precisar de dónde llegaba aquella llamada por el simple motivo de que parecía provenir de todas partes a la par. Y era del todo imposible comprender qué decía: aquella voz le interpelaba sin usar un lenguaje real, sin usar nada que se pareciera por asomo a las palabras.

Era la ciudad, comprendió de pronto. Era Rocavarancolia. Jadeó en el aire, asombrado.

No había voz que pronunciara palabra alguna, pero, a pesar de ello, Rocavarancolia hablaba: la propia urbe era adjetivo y verbo. Se dirigía a él con la disposición de sus calles, con sus lomas quebradas y sus ruinas dispersas. Rocavarancolia entera era un mensaje cifrado, un alfabeto hecho con torretas y puentes, con callejones y aceras maltrechas. Un alfabeto fabricado para él.

—¿Héctor? —le preguntó Natalia. La bruja había retrocedido y lo observaba intranquila.

El muchacho no reaccionó a la presencia de su amiga.

Era una voz dura, cruel. La voz de una ciudad que había crecido alimentándose de sangre y muerte. No lograba entender lo que intentaba decirle, sólo la urgencia, la terrible urgencia de su llamado.

—¿Qué quieres? —gruñó—. ¿¿Qué es lo que quieres?!

—Quiero que sigamos la marcha —le contestó Natalia en voz baja—. ¿Qué te pasa? ¿Te vas a volver loco tú también?

—¿No puedes oírla? —le preguntó, mirándola ansioso.

—¿Qué se supone que tengo que oír? —preguntó ella con los ojos entornados.

Héctor no tuvo oportunidad de contestar. Una nueva explosión se escuchó al oeste, tan potente que la onda expansiva que llegó hasta ellos los arrastró por el aire como la mano de un gigante invisible que pretendiera borrarlos de la faz de la realidad.

\* \* \*

En paralelo al combate en el cielo, otro se desarrollaba en tierra. Y en él tampoco había tregua ni respiro. Las armas entrechocaban sin cesar, la danza se hacía eterna por las calles de Rocavarancolia. Andras Sula y Darío apenas se separaban el uno del otro, se habían convertido en un único ser, unidos por los filos de sus armas. Tan pronto llevaba la iniciativa uno como la conseguía el otro. Un ataque se convertía en una defensa improvisada, una embestida prometedora se trocaba en un desesperado intento por esquivar un contraataque imposible.

Subieron la escalinata unguilada de un templo derruido. Bajo su pórtico, Andras cobró repentina ventaja cuando el suelo se hundió bajo los pies de Darío. El trasto se vio perdido. La espada del piromante lo buscaba y él, atrapado, se apoyó en la baranda de piedra y saltó sobre ella para esquivar el mandoble. Salvó los cinco metros de escalera que acababan de subir. Sus piernas absorbieron totalmente el violento impacto. Se rehízo y se giró hacia su adversario. Andras Sula ya volaba hacia él, lanzando un mandoble desde las alturas.

Darío tuvo que aferrar la espada con las dos manos para detener la acometida. Ambos quedaron frente a frente, con las armas cruzadas a la altura del rostro y mirándose a los ojos: toda la rabia de la creación parecía contenida en ellos. Los dos resoplaban, pero aun a pesar del tiempo que llevaban luchando no había traza de cansancio o debilidad en sus músculos. De ser necesario seguirían combatiendo hasta el fin de los tiempos.

\* \* \*

Huryel, el regente moribundo, se despertó sobresaltado por un repentino estallido que hizo temblar la fortaleza. Abrió los ojos y se preguntó, esperanzado, si ese sonido traería al fin su muerte. Se escuchó otra explosión. Las detonaciones procedían del exterior y eran de indudable carácter mágico. Algo pasaba fuera. Y él, para su desgracia, continuaba vivo.

De pronto se percató de que las joyas de la Iguana estaban vibrando. Las cuarenta piezas que las formaban zumbaban en contacto con su carne: los anillos, pendientes, talismanes y collares habían vuelto a la vida. Era la primera vez desde que era su portador que eso sucedía, pero conocía muy bien lo que significaba: en las cercanías alguien invocaba ingentes cantidades de magia.

«Quieren salir a jugar», decía siempre Sardaur al sentir el vibrar de las joyas. Y ahora comprendía el porqué de las palabras del monarca. Las joyas de la Iguana parecían tirar de él, como si le exigieran participar en lo que fuera que estuviera sucediendo. La magia llamaba a la magia.

Le costó un gran esfuerzo mover la cabeza para mirar alrededor. Hacía tiempo que no sentía una debilidad tan extrema. Gimió y antes de que su quejido terminara, dama Araña apareció junto a la cabecera, contemplándolo con sus múltiples ojos. El regente alcanzó a distinguir su propio reflejo en uno de sus monóculos, y la visión de la criatura miserable que agonizaba en aquel lecho le hizo cerrar los ojos. Se negaba a sentir lástima por sí mismo.

—¿Se encuentra bien, su honrada excelencia? —preguntó la araña mientras se frotaba inquieta sus extremidades superiores.

—¿Qué sucede fuera? —quiso saber él, ignorando su pregunta.

—De nuevo es tiempo de portentos, honorable regente —le explicó con voz engolada. Se sentía orgullosa de ser ella quien le comunicaba la noticia—: Esmael combate contra el mismísimo Hurza, primer Señor de los Asesinos y fundador del reino.

La sorpresa de Huryel llegó a tal extremo que a punto estuvo de incorporarse en la cama. Sus castigados huesos protestaron ante el movimiento que no llegó a consumarse y un dolor sordo se extendió por su cuerpo.

—Eso es imposible, arácnido —murmuró.

—Del todo imposible, sin duda, sin duda —admitió dama Araña—. Pero eso es exactamente lo que está sucediendo ahí fuera. Esmael lo retó a gritos y su oponente no tardó en acudir a la llamada. Y ahora el cielo rebosa magia de combate y el mundo tiembla.

Las joyas de la Iguana vibraron de nuevo, más fuerte esta vez, como si pretendieran refrendar así las palabras de dama Araña.

—Acércame a la ventana —le ordenó Huryel.

La arácnida recibió la orden con perplejidad. Hacía mucho tiempo que el regente no abandonaba el lecho, tanto que le resultaba imposible recordar la última vez que le había visto hacerlo. Retiró con cuidado las mantas que cubrían a Huryel, dejando a la vista su cuerpo demacrado: sus piernas y brazos, de un fuerte color azul, eran apenas varillas a las que la misma piel parecía venirles grande.

Dama Araña tomó a Huryel entre sus cuatro brazos y lo alzó como si de un bebé



se tratara. El regente estaba húmedo al tacto: un campo de magia lo cubría por entero, repleto de una fina película de agua en constante renovación.

—La ventana... —repitió. Su voz sonó herida, marcada por la agonía.

Pese a la delicadeza con la que dama Araña lo transportaba, el dolor era brutal. No había articulación ni terminación nerviosa que no lo torturara. Y a pesar de ello, el ademán de Huryel permaneció inalterable, lleno de una afectada dignidad que estaba lejos de sentir. Era el regente de Rocavarancolia y hasta a las puertas de la muerte se comportaría como tal.

Lo primero que vio cuando dama Araña lo llevó hasta la ventana fue la belleza inflamada de la Luna Roja. No recordaba cuándo había sido la última vez que la había visto. Hacía años, siete, ocho tal vez... Era tan hermosa como la recordaba. Aquel cuerpo celeste era la verdadera razón de la existencia del reino: era la fuerza motriz que había puesto en marcha Rocavarancolia. Meses atrás había soñado con dama Sueño y ésta le había asegurado que no moriría hasta ver de nuevo la Luna Roja. Huryel se preguntó si la hechicera había sido literal en sus palabras, si en verdad necesitaba contemplar la luna una vez más para que su agonía terminara. Era un pensamiento esperanzador, porque de ser así significaría que su muerte estaba próxima.

Ante la luna, en aquel preciso instante, floreció una lenta llamarada oscura. Brotaba de una figura alada. Una segunda presencia se abalanzó sobre la primera, envuelta en un resplandor nacarado. Las joyas de la Iguana vibraron de nuevo. Los dos contendientes se enzarzaron en un breve combate cuerpo a cuerpo que terminó con ambos retrocediendo, envueltos en humo y llamas.

¿En verdad sería Hurza Comeojos el hechicero con el que se enfrentaba Esmael? Las implicaciones de la resurrección de uno de los fundadores de Rocavarancolia se le escapaban. Y, para su desgracia, él nada podía hacer por intervenir en lo que quiera que estuviera sucediendo. En el fondo no era más que un lastre para el reino. Huryel debía haber abandonado el escenario hacía mucho tiempo. Ni siquiera tenía energías para valerse de las joyas de las que era poseedor.

El regente vio una tercera figura elevándose en el aire, cerca del castillo. Era dama Serena. La fantasma ascendía con lentitud, con la demora de alguien que se apresta a cumplir una obligación desagradable.

—Rocavarancolia es un lugar extraño —murmuró Huryel al verla—. Que mata a quienes ansían vivir y deja con vida a los que no deseamos otra cosa que la muerte.

\* \* \*

El ala izquierda de Esmael encontró al fin carne que desgarrar. Hurza aulló y

retrocedió con un vuelo acelerado mientras la magia curativa, murmurada de forma casi automática, restañaba la herida de su muslo. El ángel negro sonrió. Los ataques de Hurza habían perdido precisión conforme la lucha arreciaba. La balanza se estaba decantando a su favor: iba a vencer.

Esmael saltó sobre él, decidido a no dar ni un instante de respiro a su enemigo. Sus manos trenzaban hechizos de impacto mientras sus alas le catapultaban hacia Hurza. El Comeojos dio medio giro en el aire e interpuso una barrera elemental entre ambos. La superficie diamantina de la misma no tardó en agrietarse bajo la hechicería de combate.

Al otro lado del campo de fuerza, Hurza lo observaba con el rostro crispado, consciente él también de lo cerca que estaba de la derrota. Cuando la barrera se hizo añicos y su adversario se le echó de nuevo encima, Hurza se arrancó la punta de la lengua de un mordisco y la escupió hacia Esmael mientras gritaba un hechizo maligno tan antiguo como la misma magia. El aire en torno al ángel negro se endureció al momento. Quedó atrapado, inmovilizado como un insecto en ámbar: aquella prisión invisible comenzó a constreñirse a su alrededor como un puño colosal que quisiera descoyuntarlo. Esmael había anclado hechizos de protección y salvaguarda en todos y cada uno de los pequeños diamantes naturales que jalonaban sus articulaciones y la mitad de esos sortilegios, su última línea de defensa, se evaporó al instante, mitigando la potencia de aquella magia prehistórica y salvándole la vida en el proceso.

Apretó los dientes y empezó a invocar, uno tras otro, todos los hechizos de disipación que conocía. Hurza, por supuesto, no tenía la menor intención de aguardar a que se liberara. Se abalanzó sobre él con la celeridad del rayo, en sus manos apareció una espada de cristal que, sin frenarse, hundió de manera salvaje en el estómago del ángel negro. Luego giró la hoja y desgarró hacia arriba. Esmael no gritó al sentir el filo destrozándole las entrañas. Se limitó a mirar a Hurza y dedicarle una sonrisa asesina: había dado con el sortilegio adecuado para disipar la magia que lo mantenía preso. Lo primero que hizo al liberarse fue ejecutar otro hechizo, sin importarle en lo más mínimo la herida bestial que le abría el vientre.

Se escuchó una explosión en la distancia y, al momento, una sombra inmensa colapso los cielos. Hurza levantó la mirada instintivamente. Allí, ingrávida, flotaba la torre de piedra que, hasta un segundo antes, se había alzado en la Plaza del Estandarte. Tras un instante eterno, la torre cayó en picado sobre ellos, arrastrando tras de sí una estela de cascotes, rocas y guerreros petrificados.

Hurza se hizo intangible y, con él, la espada que se abría paso por las tripas de Esmael. El ángel negro se lanzó sobre su adversario mientras el edificio los atravesaba; hundió las manos, tan intangibles como el propio Hurza, en su pecho y lanzó el hechizo de impacto más demoledor que logró conjurar. El aullido de agonía del

Comejos se escuchó en toda Rocavarancolia. Sus ojos se pusieron en blanco y, a continuación, cayó en picado. Esmael fue detrás. Una lluvia mezcla de magia maligna y hechizos de combate se abatió sobre Hurza haciendo estragos en su cuerpo mientras se precipitaba a tierra. La torre que Esmael había arrancado de la plaza chocó brutalmente contra la azotea de dos edificios y se desplomó mientras éstos se venían abajo, arrastrando con ellos varias casas vecinas.

El nigromante impactó con tal violencia contra el suelo que rebotó dos veces antes de quedar inmóvil. Esmael aterrizó a unos metros, entre cascotes que caían y avalanchas de escombros, enseñó los dientes y se acuclilló, con una mano en el vientre abierto. Su cuerpo ya había comenzado a curarse pero el daño había sido tan severo que no le quedó más remedio que tomarse unos instantes para cerrar la herida con magia.

Hurza se convulsionó en el suelo, en un burdo intento de incorporarse. Esmael torció el gesto: el combate ya había terminado aunque su adversario parecía no tener la decencia de darse cuenta. Hurza parecía un muñeco roto, un pelele de miembros retorcidos, con la cabeza apoyada en un ángulo imposible sobre el cuello reventado. Esmael se levantó despacio.

—Mataste al demiurgo de Rocavarancolia, escoria —el sabor de su propia sangre en la boca le enardecía—. Te atreviste a matar al custodio de Altabajatorre... ¿De verdad creías que ibas a salirte con la tuya?

Hurza dio una nueva sacudida y se levantó a trompicones, envuelto en corrientes de magia sanadora. La cabeza había vuelto al ángulo correcto a medida que la hechicería restauraba su cuerpo. Siseó, miró a Esmael, rabioso y, un instante después, se desvaneció.

El hechizo de traslación no tomó por sorpresa al ángel negro. El Comejos había utilizado un truco semejante para escapar en su primer encuentro. Pero ahora no se saldría con la suya. La magia de transporte era tan reciente y el hechizo tan apresurado que el destino del mismo todavía se podía leer en las hebras de magia que flotaban en el aire. Esmael saltó siguiendo su rastro sólo un segundo después de que Hurza desapareciera.

Lo primero que vio al materializarse fue la mole oscura del castillo de Rocavarancolia cerniéndose sobre ellos. La proximidad de la fortaleza lo puso instintivamente alerta; tenía muy poco sentido que Hurza huyera en dirección al castillo. Luego vio a su enemigo. Flotaba ante la muralla agrietada, dando gritos, dentro de la burbuja de energía esmeralda que lo mantenía preso en el aire.

—¡Lo tengo, Esmael! —le anunció una voz a su espalda.

Se giró y descubrió a dama Serena. Mantenía ambos brazos extendidos hacia la esfera y Hurza. Ujthan estaba a su lado, enarbolando un espadón verde recubierto de runas. Al contrario que la de la fantasma, su atención estaba fija en el ángel negro.

—¡Apareció de pronto! —exclamó con voz estridente. Daba la impresión de estar tan nervioso que a Esmael no le habría extrañado que rompiera a chillar.

Hurza gritó y el ángel negro apartó la mirada de Ujthan. El Comeojos había pegado las manos a la esfera y lo contemplaba lleno de odio. Esmael se había prometido a sí mismo conseguir la cabeza del asesino del Consejo Real antes de que se pusiera la Luna Roja y estaba a punto de consumir su promesa.

—¡Hazlo bajar! —ordenó a la fantasma. Había llegado la hora de convertirse en el brazo ejecutor de Rocavarancolia, había llegado la hora de allanar su camino al trono. Alrededor de su puño izquierdo se enredó un hechizo sombrío.

Las manos de Hurza comenzaron a relucir en contacto con el campo que lo retenía. El nigromante desnudó los colmillos. Tenía la cara plagada de negros hematomas y los ojos inyectados en sangre.

—¡Esmael! —aulló la fantasma—. ¡Va a liberarse! ¡No puedo contenerlo!

Fue la mirada de Hurza, aquella mirada furiosa y ensangrentada, lo que le alertó. Había estado fija en él, pero, por un instante mínimo, el hechicero desvió la vista para mirar algo tras el ángel negro. Y en esos ojos había una exhortación urgente, una orden silenciosa que debía ser acatada sin demora. Aquellos ojos ponían en marcha la traición.

La sombra de Ujthan cayó sobre Esmael. Escuchó el siseo de una espada al cortar el aire y se giró a tiempo de verla abatirse hacia él. Se movió con celeridad y saltó hacia atrás para esquivar el ataque. La espada de Ujthan apenas le rozó el cuello; fue un corte mínimo, una fina línea roja de la que tan sólo brotó una gota, minúscula, de sangre.

Fue suficiente.

Esmael sintió cómo el arma lo vaciaba. La espada succionó al instante toda la magia de su ser y la sensación fue tan brutal que creyó que su propio esqueleto estaba por salirse del cuerpo.

El ángel negro se desplomó de rodillas, vacío, aturdido por su propia y repentina indefensión. Gritó en el mismo instante en que la esfera que aprisionaba a Hurza estallaba en mil pedazos. Dama Serena salió despedida por los aires, transformada en un cometa esmeralda que se perdió en las alturas.

—¡Me prometió una guerra! —aulló Ujthan y se lanzó hacia él, espada en mano.

Esmael se rehízo, detuvo el golpe con el ala izquierda y proyectó la derecha hacia el guerrero en un tajo transversal que buscaba decapitarlo. Pero algo se interpuso entre su ataque y su adversario, una barrera invisible contra la que impactó su ala. Intentó disipar aquel sortilegio, pero el hechizo se le murió en la punta de los dedos.

—Ujthan todavía me es útil —anunció Hurza. Caminaba hacia Esmael con toda la calma de la creación, sanándose a cada paso que daba—. No es mi deseo que muera y, por tanto, no morirá.

—Mal nacido bastardo —siseó el ángel negro—. Hijo de mil hienas...

—Tus insultos no me matarán. En cambio a mí me basta una sola palabra para acabar contigo —alzó el puño, envuelto en la misma magia turbia que Esmael había reservado para él—. Aquí acaba tu historia, ángel negro. Lo último que verás será mi mano arrancándote los ojos.

Esmael apretó los dientes mientras la magia vibraba alrededor de Hurza. Su instinto, su naturaleza, le instaba a luchar aun a sabiendas de que sus opciones de victoria eran nulas. Su destreza y su fuerza de poco le servían contra el nigromante. Estaba perdido. Un rayo de luz oscura hendió el aire e impactó contra él. El ángel negro salió despedido y quedó inmóvil a los pies de Ujthan. De su pecho brotaba humo y sangre.

Esmael jadeó. Los daños provocados por aquel hechizo fulminante eran menores de lo que deberían haber sido. A fin de cuentas todavía quedaba algo de magia en su cuerpo: los hechizos de defensa anclados a sus diamantes habían contenido el ataque.

—Me prometió una guerra —musitó de nuevo Ujthan, mirándole con el semblante descompuesto.

Esmael le devolvió la mirada, consciente de la barrera mágica que los separaba. El desprecio que sintió por el hombre tatuado no conocía límite. ¿Le estaba pidiendo perdón por su traición? ¿Intentaba acaso justificarse?

—Ojalá tengas una muerte indigna —le escupió con rabia—. Una muerte impropia de un guerrero.

Ujthan gritó aterrado, como si aquel deseo fuera una funesta profecía que, sin lugar a dudas, terminaría por cumplirse. Alzó la espada e intentó ensartar a Esmael. Pero el ángel negro ya no estaba allí: se había revuelto y puesto en pie.

A continuación echó a volar, tan rápido como fue capaz. Hurza dio un grito y fue tras él. Esmael se impulsó en la noche, al límite de sus fuerzas. Si aquél era en verdad el fin de su historia, al menos el privilegio de escribirlo le correspondería a él.

\* \* \*

Sedalar les dio alcance cuando el cementerio ya aparecía en la distancia. Volaba aferrado a su báculo, con una mano firme sobre la chistera. Ni la aparición del demiurgo, ni el hecho de que no hubiera habido ningún tipo de explosión ni resplandor en los cielos en los últimos minutos, tranquilizó a Héctor. Además, la extraña llamada que venía escuchando desde poco después de salir del torreón no sólo persistía, sino que iba ganando en intensidad y urgencia.

—¿Encontraste lo que fuiste a buscar? —le preguntó a Sedalar cuando se unió a ellos.

El demiurgo asintió. En la mochila a su espalda llevaba el colgante con el pedazo de Luna Roja, cuidadosamente envuelto en un pañuelo. El talismán estaba en el lugar indicado por el sueño. Sedalar no se había detenido a examinarlo en la torre Serpentaria. Quería reunirse con sus amigos cuanto antes, más si cabe tras descubrir que alguien había abierto el libro ensangrentado. Que las páginas del mismo estuvieran en blanco no había menguado ni un ápice el desasosiego que sentía al mirarlo. Verlo abierto le hizo preguntarse si ese libro no estaría relacionado con lo que estaba sucediendo.

Sedalar hizo un gesto con la cabeza en dirección al cementerio y Héctor asintió. La larga hilera de onyces que los escoltaba había comenzado a descender, con Natalia al frente. La bruja había llamado a la práctica totalidad de su corte y ahora era tal la cantidad de sombras que los acompañaba que daba la impresión de que un río de tinieblas discurría sobre Rocavarancolia. Natalia las había convocado poco después de que aquella sobrecogedora explosión los desperdigara por los aires. Nadie había sufrido daño, pero la joven había decidido extremar las precauciones.

La charla de los muertos comenzó a oírse bastante antes de que aterrizaran ante el Panteón Real. Era un pandemonio de voces entremezcladas y aun en su delirio el mensaje de los enterrados era similar:

—¡Ya están aquí! ¡Han llegado! ¡Tocad a rebato!

—¡Las huestes del enemigo se han puesto en marcha! ¡Aprestaos a la batalla!

—¡Guerra! ¡Ensillad los dragones! ¡Afilad vuestras armas porque hoy anegaremos de sangre el mundo!

—¡Guerra! ¡El enemigo cabalga desde la tumba! ¡Montan en leyendas y portentos! ¡No retrocedáis!

Dama Desgarro ni siquiera había intentado acallarlos. La locura que se había apoderado del cementerio era imposible de contener y además la propia mujer, en cierto modo, se sentía partícipe de ella. Estaba convencida de que la batalla que los muertos auguraban era la misma que le había profetizado dama Sueño a Denéstor Tul.

Centenares de onyces descendieron del cielo, una riada de oscuridad que se derramó sobre las tumbas y panteones, sobre los senderos y plazoletas. La bruja que las comandaba desmontó de un salto y se acercó a grandes pasos hacia dama Desgarro. La vampira y el demiurgo aterrizaron después, la muchacha bajó con torpeza de otra sombra y el joven de la chistera la ayudó a equilibrarse.

Héctor fue el último en tomar tierra. Lo hizo con la soltura y la elegancia propias de un ángel negro. Plegó sus alas y la miró.

—Solicitamos asilo —pidió el joven, elevando la voz para imponerse a la algarabía de los muertos—. Esmael nos ha ordenado refugiarnos en el Panteón Real. Dice que nos dejarás pasar...

—¿Habéis hablado con él? —preguntó dama Desgarro. Su rostro estaba más demacrado que nunca—. ¿Sabéis qué está ocurriendo?

—Esperaba que tú supieras más que nosotros —gruñó él—. Lo único que sabemos es que un tal Hurza ha resucitado y que por algún motivo nos necesita a Marina y a mí.

—Esmael quería matarlos a los dos —le explicó Natalia—. Aunque al final cambió de opinión. ¿No puedes hacer que se callen? —preguntó cabeceando en dirección a una lápida—. No me oigo ni pensar.

—¡Ya llega! —exclamó entonces el ocupante de la tumba a la que acababa de señalar la bruja—. ¡Desde aquí puedo verlo! ¡Un Señor de los Asesinos está a punto de morir! ¡Un combate acaba y la batalla comienza! ¡No habrá espacio bajo tierra para albergar tanta muerte!

—¿Siempre son tan agradables? —preguntó Natalia.

—Augures —murmuró dama Desgarro mientras miraba despacio en torno a ella—. Son augures. La conciencia de los muertos se mezcla con la tierra sagrada y los hace sensibles al futuro por venir. De todas formas, están tan trastornados que no sirven como oráculos. En contadas ocasiones se expresan con claridad y cuando lo hacen suelen equivocar sus vaticinios.

Pero era muy diferente ahora y ella lo sabía. Aquel cadáver estaba profetizando la muerte de Esmael, estaba convencida, la muerte del ser más poderoso de toda Rocavarancolia. Hurza iba a vencer. Lo sentía en los huesos. Hurza comandaría los ejércitos a los que deberían enfrentarse.

—¡Ya llega! —gritó otro muerto, y su voz se elevó sobre el cementerio como un ave de mal agüero—. ¡Un Señor de los Asesinos muere y otro se alza victorioso! ¡Ya llega! ¡Sangre, fuego, roca y sombra! ¡Que hablen las espadas! ¡Que arda la magia! ¡Ya llega!

—Vamos dentro —murmuró dama Desgarro con la mirada perdida en el cielo—. Habéis solicitado asilo y éste se os concede.



«¿Cómo me recordará el futuro?», se preguntaba Esmael mientras forzaba sus alas más allá del límite. Notó cómo la izquierda se desgarraba, pero eso no mermó ni su rumbo ni su velocidad.

«¿Cómo me recordará la historia?», se preguntaba, desesperado, enloquecido, mientras al borde de la extenuación se aproximaba a Rocavaragálogo, con Hurza a apenas unos metros de distancia. No habría regencia ni corona para él. Su ambición había quedado en nada. Dama Fiera había tenido razón.

Otro sortilegio ofensivo le acertó de lleno y de nuevo varios hechizos anclados en su propia carne se disiparon para contrarrestarlo. Hurza debía de estar también al límite de sus fuerzas; en circunstancias normales debería de haber podido derribarlo con facilidad.

«¿Cómo me recordarán? ¿El asesino que huyó? ¿El ángel suicida?». Fuera de los hechizos de defensa, no quedaba un ápice de magia en su cuerpo; el arma de Ujthan lo había secado por completo y la impotencia que sentía estaba más allá de toda descripción. Aquel maldito traidor lo había anulado, lo había reducido a nada. «¿Me recordarán? ¿O todo habrá sido inútil? Un apunte a pie de página, un nombre más en la lista de los que no llegaron a nada. Eso seré». Gritó de furia al darse cuenta de que sus restos ni siquiera reposarían en el Panteón Real.

No había dejado legado alguno. El tiempo lo condenaría al olvido.

Mientras volaba hacia la muerte, varios murciélagos flamígeros le salieron al paso para darle escolta. Eran apenas media docena y durante unos instantes revolotearon frenéticos alrededor del ángel negro, chillando alborozados ante su mera proximidad, como habían hecho tantas y tantas veces. Al siguiente ataque mágico de Hurza, el juego terminó; las alas de los animalillos se apagaron y cayeron, en una última pirueta, a tierra, girando despacio sobre sí mismos.

«Y sigo sembrando la muerte a mi paso», pensó Esmael, presa de la incoherencia, del horror, del vacío. Su última víctima iba a ser él mismo. Ésa era la única victoria que podía ambicionar: evitar que Hurza le robara sus capacidades y recuerdos.

«No era así como tenía que irme. No era así. Me merecía un final glorioso, un destello de gloria, no esto».

Los muros de Rocavaragálago estaban cada vez más cerca. El rojo cegador de sus paredes se le antojó una cascada de sangre que se precipitara desde el cielo. Una hemorragia pavorosa que iba a parar al foso de lava que rodeaba la catedral.

«No era así como debía morir».

Tras él, aulló Hurza, consciente al fin de cuál era el destino de Esmael. Los ataques se redoblaron; el nigromante invocó sus últimas energías para bajar al ángel negro del cielo.

El Señor de los Asesinos sintió desvanecerse el último sortilegio de defensa y un hechizo de consunción hizo estallar su ala y su brazo derechos. Cayó en picado, envuelto en sangre y pedazos de sí mismo. Pero ya no importaba: sin frenarse, sin dudar, Esmael se zambulló en la lava.

\* \* \*

La llamada que Héctor había escuchado mientras volaban aumentó de grado al



traspasar el portón del Panteón Real. Por unos instantes, no pudo prestar atención a nada que no fuera aquella voz sin voz. Sacudió la cabeza y observó a sus amigos, en busca de alguna señal que indicara que ellos también eran capaces de oírla, pero el estupor que se reflejaba en sus rostros se debía a un motivo diferente. Y pronto comprendió el porqué.

Las dimensiones interiores del Panteón Real no tenían nada que ver con su exterior. La sala a la que habían ido a parar ya sobrepasaba con creces el tamaño del edificio visto desde fuera, y de ella partían varios pasillos que se adentraban aún más en el lugar. Era una estancia de paredes, suelo y techo de impecable color blanco. En el centro se levantaba una gran estatua, rodeada por un estanque de azulejo azul; representaba a un hombre de aspecto hosco, de barba poblada y ojos hundidos, estaba sentado en un trono plagado de tentáculos afilados y apoyaba en sus rodillas un hacha de doble hoja. Una finísima corona ceñía su frente.

Por el lugar se diseminaban varios bancos de piedra negra. En el más cercano a la entrada se sentaban dos desconocidos, uno de indudable aspecto humano y el otro una mezcla extraña de mujer y vegetal.

—Como podéis comprobar no sois los primeros en acudir en busca de refugio — les explicó dama Desgarro mientras se aproximaban al banco. La mujer se levantó al verlos llegar; era una anciana arrugada con la piel recubierta de musgo y corteza, su cabello estaba formado por hierbajos secos—. Dama Acacia viene todos los años, siempre la noche antes de que salga la Luna Roja —la mujer hizo un gesto de saludo con la cabeza en dirección a los muchachos. Sus ojos eran de un verde movedizo—, y Sexto Cala apareció poco después de que Esmael se pusiera a llamar a gritos a Hurza.

—Veo venir las catástrofes de lejos —gruñó el hombre mientras se levantaba trabajosamente—. Y se aproxima una buena, cachorros, no me hace falta la cháchara de los muertos para saberlo. Y ya estoy mayor para correrías —era un anciano encorvado, de manos artríticas y mirada lúcida. Las variadas cicatrices que poblaban su rostro hablaban a las claras de un pasado violento—. Llamadme cobarde si os place, pero, con permiso de dama Desgarro, me cobijaré en el panteón hasta que escampe la tormenta.

—¿De verdad estamos a salvo aquí? —preguntó Marina mientras miraba reticente a su alrededor.

—Lo estáis —le confirmó dama Desgarro—. El panteón se encuentra protegido por una magia más antigua todavía que Rocavarancolia. Nadie puede ejercer ningún tipo de violencia entre sus muros ni recurrir a hechicería agresiva mientras se encuentre dentro.

—Por eso es uno de los lugares prohibidos para la cosecha —murmuró Sedalar. Seguía aferrado con fuerza a su báculo—. La criba no tendría sentido si parte de ella pudiera refugiarse aquí.

—Es cierto —corroboró la custodia del Panteón Real—. Además, no es necesario pedir refugio para conseguirlo, sólo se necesita traspasar el portón para beneficiarse de la magia de este lugar. Solicitar asilo es más una formalidad educada que una obligación.

—La estarna cambia de forma —anunció Héctor. El hombre del hacha había dado paso a una mujer de larga melena negra cuya frente estaba coronada por dos cuernos oscuros.

—La piedra viva talla los reyes pasados —les explicó la anciana herbal. Su voz tenía una cadencia melancólica, era el sonido del viento al acariciar las hojas de los árboles—. Dama Lanceta es quien aparece ahora ante vuestros ojos. Conquistó tres mundos, perdió siete y murió en la batalla.

—Eres una bruja, ¿verdad? —le preguntó Natalia. La observaba con tal intensidad que Héctor se sintió incómodo.

—Lo soy —a dama Acacia no parecía importarle el escrutinio de la muchacha—. La sangre corre verde por mis venas y las plantas cantan en mi honor —sonrió y, mientras lo hacía, una mariquita se dejó ver en la comisura de sus labios—. En otro tiempo fui grande, pero ahora no soy más que una vieja cansada cuyas fuerzas apenas le alcanzan para mantener con vida los jardines del cementerio.

—Yo domino un ejército de sombras —le explicó Natalia—. Te las enseñaría pero he preferido dejarlas fuera.

—Eso es lo que crees, niñita bruja. Pero donde quiera que vayas las sombras irán contigo. Las llevas dentro.

Natalia parecía a punto de replicar pero, de pronto, las puertas del panteón comenzaron a abrirse. Lo hacían despacio, como si fueran reacias a hacerlo. Todos miraban hacia allí, alertas a lo que fuera a aparecer al otro lado. Un destello verde comenzó a descender desde las alturas y por un momento pareció que una minúscula luna verde estaba abriéndose paso al interior del Panteón Real. Héctor sintió una punzada de inquietud al ver aquella esfera, por mucho que dama Desgarro asegurara que allí se encontraban a salvo. En la burbuja viajaba una figura humana: era dama Serena, la fantasma que durante tanto tiempo había creído responsable del hechizo que le hacía consciente de las zonas peligrosas de Rocavarancolia. La mujer descendió despacio, con los brazos cruzados ante el pecho y la expresión adusta.

—Aquí llegan malas noticias —rezongó Sexto Cala en baja voz—. A falta de pájaros de mal agüero tenemos fantasmas malditos para hacérnoslas llegar...

La burbuja que rodeaba a dama Serena se desvaneció nada más tomar tierra ante el pequeño grupo. Ni uno solo de los muchachos bajó la guardia, no podían olvidar que aquella fantasma había intercedido a favor de Roallen cuando éste les atacó. Dama Desgarro supo lo que la fantasma iba a decir antes de que ésta hablara:

—Esmael ha muerto —anunció.

—Esmael. Esmael.

Era una voz de mujer, y aunque le resultaba tremendamente familiar no lograba identificarla. Su mente parecía negarse en redondo a ello. Aun así esa voz despertó sensaciones olvidadas; recuerdos tan lejanos y difusos que bien podían formar parte de la memoria de otra persona.

—Esmael —repitió la voz y él volvió a ignorarla.

¿Y acaso importaba quién lo llamaba? Había sido derrotado. Estaba muerto. Hurza le había obligado a inmolarse en el foso de Rocavaragálago y la oscuridad que lo rodeaba era, sin duda, la muerte. Estaba convencido de ello, por mucho que sus sentidos le gritaran lo contrario, por mucho que su corazón se empeñara en seguir latiendo, Esmael se sabía muerto. No entendía qué espejismo era aquél. Quizá, se dijo, todo no fuera más que un último delirio, una fantasía urdida por su mente en el momento del fin.

—Te lo advertí, Esmael —dijo la voz—. Te advertí que no eras eterno, ¿recuerdas? Hecho de huesos que se podían quebrar y carne que podía sangrar...

Y ni su mente pudo esquivar ahora la identidad de quien hablaba:

—Dama Fiera... —murmuró. Aquel nombre sabía a dulce veneno, a asesinatos por amor y a pasión desbocada.

—Esmael, mi valiente guerrero —dijo ella—. No te mereces el final que has tenido, no mereces que tu leyenda se trunque a manos de esa alimaña de Hurza. Por eso estoy aquí. Vengo a ofrecerte venganza.

La oscuridad que rodeaba a Esmael se replegó y condensó hasta adoptar la forma de la mujer alada. La sutileza de su cuerpo, el reluciente rojo de sus alas a medio extender, la fuerza de su mirada, toda ella, en suma, se fue formando ante sus ojos, perfecta, maravillosa.

—¿Estamos muertos? —preguntó Esmael.

Dama Fiera se echó a reír. Y su risa era tan magnífica como la recordaba. Su risa, en cada carcajada, parecía a punto de crear un mundo nuevo donde todo fuera perfecto.

—Lo estamos, asesino —contestó—. Pero eso no va a detenernos. ¿No escuchas los tambores? ¿No oyes la canción de las espadas? Todo está dispuesto. Nuestros ejércitos y los suyos. Vuela conmigo, amor. Otra vez nos espera la batalla.

## XIV

# El Panteón Real

Las implicaciones de la muerte de Esmael eran tantas que, nada más pensar en ellas, dama Desgarro sintió cómo un sudor viscoso se extendía por su cuerpo. No era momento de aparentar debilidad, así que disimuló su turbación como bien pudo mientras dama Serena les relataba el enfrentamiento entre Hurza y el ángel negro y la traición de Ujthan.

—Sucia rata —rezongó Sexto Cala al escuchar aquello—. Ojalá una manada de perros sarnosos se dé un festín con sus tripas.

Dama Desgarro no había esperado que la muerte de Esmael pudiera afectarle tanto. Pero no se engañaba: sus sentimientos hacia él no habían cambiado, lo que la alteraba era el hecho de que el reino hubiera perdido a su principal valedor. Rocavarancolia nunca había estado tan indefensa. ¿Y si ella había contribuido a que aquello sucediera? Había interferido en la cosecha y eso siempre traía nefastas consecuencias.

—¿Qué se supone que vamos a hacer ahora? —preguntó Natalia, ignorante de que, en ese mismo momento, dama Desgarro se hacía esa misma cuestión.

—Esperar —contestó la custodia del Panteón Real tras unos instantes de silencio—. Es la única respuesta que puedo darte, chiquilla. Me temo que no nos queda más remedio que aguardar acontecimientos.

Héctor apenas prestaba atención a la conversación. La noticia de la muerte de Esmael lo había sumido en un profundo estado de confusión. ¿Qué debía sentir? ¿Tristeza? ¿Ira? Lo ignoraba. Estaba demasiado aturdido como para poner nombre a sus sentimientos o, simplemente, identificarlos. Encima, para acrecentar más su desconcierto, no dejaba de oír aquella insistente llamada; venía del interior del panteón y todo su ser le instaba a seguirla. Contempló los silenciosos pasillos que se adentraban en el mausoleo.

—Si al menos supiéramos qué quiere Hurza... —murmuró dama Desgarro—. ¿Conquistar Rocavarancolia? —de ser así, lo tema ya hecho—. ¿Destruirla?

—Quiere sembrar la creación de muerte —anunció Marina—. Eso quiere: lo vi en su sueño.

—¡Otra vez tu dichoso sueño! —estalló Natalia—. No haces más que hablar de él sin contarnos nada. ¿Qué fue lo que viste?

Marina la miró largo rato, su rostro no mostraba expresión alguna pero el brillo salvaje de sus ojos era tan intenso que Héctor no se sorprendió cuando Natalia desvió la mirada.

—Soñaba con un mundo infernal —comenzó la vampira—. Un lugar que hace que, en comparación, Rocavarancolia sea un paraíso. Había montañas de fuego, torbellinos de arena y humo, ríos de lava negra... Hasta el mismo cielo estaba hecho pedazos. Por todas partes se levantaban catedrales como Rocavaragálago, tan altas que atravesaban la atmósfera del planeta. Sus torres y muros estaban recubiertos de espinas y garfios, de lanzas y agujones..., y empalados en cada una de esas cosas se retorció un ser vivo. Hombres y mujeres, niños y ancianos... Y criaturas que no se parecían en nada a los humanos. Sobre sus cuerpos corrían insectos, bichos repugnantes que les arrancaban a mordiscos la carne de los huesos. Y a cada bocado que daban, la carne se curaba a sí misma...

—Magos —murmuró dama Serena, impactada a su pesar. El odio de Hurza hacia los hechiceros no conocía límite. ¿Ese era el destino que les tenía reservado?—. Magos forzados a regenerarse una y otra vez.

—Eso soñaba Hurza —dijo Marina—. Y de pronto se dio cuenta de que yo estaba en su cabeza y esa ciudad terrible se esfumó. Todo se volvió oscuro. Y la oscuridad era él y la oscuridad me buscaba... Antes de poder escapar, supe que esa cosa nos necesitaba a Héctor y a mí para convertir esa pesadilla en realidad... De algún modo formábamos parte de ese horror.

—Su grimorio —dijo dama Serena, consciente de que había llegado su oportunidad—. Para eso te busca, niña. Poco antes de morir, Hurza preparó un libro de hechizos. Quiere recuperarlo y por eso necesita un vampiro —explicó—. Por lo visto, tras la muerte del Comeojos alguien hechizó el grimorio para que sólo los de tu especie pudieran tocarlo sin ser destruidos.

Dama Desgarro asintió. Ese dato estaba recogido en el Compendio de Valcoburdo, el volumen que listaba la mayor parte de los grimorios conocidos y sus características.

—¿Puede estar ese libro en la torre Serpentaria? —preguntó Sedalar. Habló deprisa, emocionado al comprender que la corazonada que había tenido en la torre quizá fuera cierta. Dama Serena lo miró con el ceño fruncido y él se apresuró a añadir —: Las cubiertas parecen fabricadas con sangre y apesta a poder y magia diabólica. En cuanto lo vi supe que había algo extraño en él.

—Un sortilegio sangriento —murmuró la fantasma, pensativa—. Pudiera ser... —admitió. ¿Qué mejor lugar para esconder un libro mágico que donde hay cientos de ellos? El plan que había esbozado en su mente comenzó a clarificarse.

—No lo entiendo —señaló Natalia—. ¿Para qué quiere el grimorio? Hurza tiene que conocer de sobra los hechizos si él los escribió, no debería necesitar el libro para lanzarlos, ¿verdad?

—No es el libro en sí lo que busca —contestó dama Serena—, lo que quiere recuperar es el poder que dejó en sus páginas.

—¿Recuperar su poder? —Sedalar Tul negó con la cabeza—. Eso no tiene sentido. Hurza ha tenido siglos para recobrase —estaba bastante familiarizado ya con el proceso de elaboración de grimorios. De igual modo que los demiurgos recuperaban de forma natural la esencia que usaban para dar vida a sus creaciones, los hechiceros regeneraban la energía mágica de la que se servían para confeccionar sus libros de magia.

—Puede que haya resucitado con las fuerzas mermadas —especuló dama Desgarro—. O que sus correrías por Rocavarancolia lo hayan debilitado...

—Esmael casi acaba con él —señaló dama Serena—. De no haber sido por Ujthan, el ángel negro habría terminado con el nigromante; lo tenía vencido, os lo aseguro. Ahora mismo, el Comeojos no es ni una sombra de lo que fue. Para eso necesita a la vampira: quiere recuperar la esencia que dejó en el libro.

—¿Y por qué me necesita a mí? —intervino Héctor.

—Lo ignoro —mintió la fantasma.

—Yo también —murmuró dama Desgarro—. Pero sé qué te hace especial para Rocavarancolia y quizá eso esté relacionado con su interés por ti: tu potencial es tremendo, muchacho. Supera con creces a todo lo que se ha visto en décadas. Con tiempo y dedicación podrías ser uno de los hechiceros más poderosos que han servido al reino.

—¿Un hechicero? ¿Él? —preguntó Natalia. Héctor entendía su asombro: a lo largo de los meses de lo único que había hecho gala era de una marcada ineptitud para la magia.

—¿Este ángel negro es el muchacho del que todos hablaban? —preguntó Sexto Cala acercándose a él—. ¿El niño de la esencia de reyes?

—Estupideces —gruñó dama Desgarro—. Siempre que aparece alguien con un potencial semejante al tuyo se dice que está revestido de esencia real. Que no se te llenen los oídos con esas necedades —advirtió a Héctor mientras lo miraba con alarmante fijeza—. Muy pocos de los que se dice tal cosa acaban sentados en el trono. Pero la mayoría terminan siendo grandes hechiceros.

—No quiero ser hechicero, ni grande ni pequeño... —murmuró él—. Y no tengo la menor intención de hacer magia.

—¿Perdona? —Natalia se le acercó de dos rápidos pasos—. ¿Qué acabo de oír? ¿Has olvidado el sermón que me soltaste cuando dije que no quería aprender magia?

—No es lo mismo —Héctor negó con la cabeza—. El precio que me exige la magia

es demasiado alto. Y no estoy dispuesto a pagarlo.

—¡Vaya! ¿Y qué precio es ese si se puede saber?

—El asesinato —contestó con desgana. La mirada se le iba cada vez con más frecuencia a los pasillos que se internaban en el mausoleo. La llamada era cada vez más y más insistente.

—Es un ángel negro —intervino Sedalar—. Tú extraes tu energía de las onyces, Marina de la sangre y yo de los seres vivos que tengo cerca. Eso nos da fuerza y nos capacita para la magia. Héctor tiene que matar para conseguirlo. Cada vida que quita aumenta su esencia. ¿Comprendes?

Natalia guardó silencio durante unos instantes, pensativa.

—Que mate bichos. En Rocavarancolia hay muchos.

—No serviría —dijo Sedalar—. Tienen que ser especies superiores.

—Bueno, pues que mate a Hurza y asunto resuelto.

—No voy a matar a nadie —aseguró él.

—No creo que tengas que preocuparte por eso —le indicó el demiurgo—. Si Esmael no ha logrado hacerlo, dudo mucho que cualquiera de nosotros pueda conseguirlo —no podía olvidar la humillante derrota sufrida a manos del ángel negro. La idea de enfrentarse a la criatura que había vencido a éste se le antojaba una locura.

—Hurza está débil —insistió dama Serena—. Si tenemos alguna oportunidad de vencerlo es ahora.



La criatura exhausta que entró en los aposentos de Huryel, escoltada por buena parte del Consejo Real, no podía ser otra que Hurza Comejos. El regente se echó hacia atrás en el nido de cojines que dama Araña había dispuesto para él en la cabecera de la cama y estudió al hechicero pardo. Le recordaba vagamente a alguien pero le resultaba imposible precisar a quién. El combate contra Esmael había debilitado en grado sumo al nigromante, sus movimientos eran desacompañados y su respiración agitada y bronca. Dama Ponzña, el hijo de Belgadeu, el Lexel blanco, Solberino y Ujthan entraron con él. La presencia de tantos miembros del consejo bastó para que los centinelas que custodiaban la puerta se hicieran a un lado.

—Salid fuera —les ordenó Ujthan con sequedad y ambos cumplieron la orden de inmediato.

—Vamos a matar al regente —canturreó la bruja cuando la puerta se cerró tras ellos. Comenzó a bailotear con una de sus serpientes sobre los hombros y el vuelo de su vestido de novia alborotado—. A matarlo bien muerto, sí, sí, sí. Le arrancaremos los huesos y haremos con ellos una jaula para su triste corazón, sí, sí, sí.

Dama Araña observaba a los recién llegados con sus muchos ojos desorbitados. Se interpuso entre la cama del moribundo y ellos, pero un gesto de Huryel la hizo retroceder.

—Qué desagradable sorpresa —la firmeza y energía de su voz le sorprendió hasta a él. No era la de un hombre agonizante—. La corte de los traidores me honra con su visita. Disculpad que no me levante para recibirlos, pero mis condiciones actuales me tienen bastante limitado de movimientos.

—Sí, sí, sí. El regente va a morir...

—Que los dioses te escuchen, bruja estúpida —dijo el aludido. El hijo de Belgadeu respondió a su comentario con una carcajada. Huryel lo ignoró y centró su atención en Hurza—. No hemos sido presentados pero vuestra fama os precede: Hurza Comeojos, fundador del reino y primer Señor de los Asesinos de Rocavarancolia.

Hurza asintió con desgana, se acercó a la cama y se aferró al respaldo de la silla situada ante ella. La lucha contra el ángel negro lo había llevado más allá del agotamiento y cuanto antes terminara con aquella charada antes podría hacerse con las joyas de la Iguana y recuperar fuerzas.

—Ése soy. Y estoy aquí para liberaros del yugo de la existencia y concederos el descanso de la tumba —le anunció—. Vengo a mataros, regente.

—Pocas veces encontraréis una víctima más agradecida que yo —replicó él. Hurza tenía ojos de fiera. Era una mirada atroz, pero no tuvo problema en sostenerla—. ¿Cómo habéis regresado a la vida? —quiso saber.

—Hurza resucitó en el cuerpo de Belisario —se apresuró a contestar Ujthan—. Es por eso que...

—No estoy hablando contigo, carroña —le cortó con frialdad. Luego volvió a dirigirse a Hurza—: Hacedme el favor de contener la lengua de vuestros lacayos. Sus ladridos me perturban.

Desde la ventana había sido testigo de la lucha a los pies de la fortaleza y había visto cómo Ujthan había tomado por sorpresa a Esmael. No sabía qué le había hecho la espada del guerrero pero había cambiado las tornas del combate. Sin la traición de Ujthan, Esmael habría vencido. Paradójicamente, de haber sucedido eso ahora mismo no se encontraría a las puertas de la muerte.

—Belisario... —murmuró mientras estudiaba de nuevo a Hurza—. Sí, sin duda hay algo en vos que me recuerda a él.

—Era el último de mis seguidores —le explicó Hurza. El nigromante se sentó en la silla en la que había estado apoyado. Le costaba trabajo respirar—. Y me ha sido fiel hasta más allá de la tumba. Honraré su memoria mientras viva.

—Una fidelidad remarcable —admitió Huryel—. No esperéis encontrarla en la caterva de miserables de la que os habéis rodeado —se estiró todo lo que pudo entre los cojines. Sentía una calma extraña, casi mágica—. Terminad con vuestra tarea aquí,



os lo ruego. No tengo últimas palabras que pronunciar ni gana alguna de seguir viviendo.

—¡No, regente! ¡No! —dama Araña volvió a ponerse en marcha y de nuevo un gesto de Huryel la detuvo.

—Hace tiempo que debí haber muerto —dijo. Por un momento la ferocidad de los arácnidos había deformado aún más los monstruosos rasgos de la criatura araña—. Hace tiempo que mi alma debió sumirse en la oscuridad. Mi hora ha llegado. Y bendita sea.

—Os mataré en un minuto, no temáis —le aseguró Hurza—. Pero hay una última labor que me gustaría encomendaros en vuestra calidad de regente. Es una mera formalidad, una simpleza que hasta podríamos pasar por alto si tenemos en cuenta que buena parte del consejo me apoya...

—Os escucho.

—Es una cuestión delicada... —comenzó—. Permitidme que la aborde de manera directa: tengo pruebas irrefutables de que tanto dama Desgarro como Mistral han interferido gravemente en el desarrollo de la cosecha —explicó—. El día de la llegada de los muchachos, la custodia del Panteón Real hechizó a uno de ellos para sensibilizarlo a los peligros de Rocavarancolia, mientras que Mistral asesinó a un miembro del grupo, tomó su aspecto y ocupó su lugar. La cosecha está mancillada y según las leyes sagradas los culpables han de ser castigados. Dama Desgarro y el cambiante deben ser despojados de sus cargos y desterrados. ¿No estáis de acuerdo?

—¿A qué se debe esta pantomima? —se escuchó preguntar a Solberino—. ¿Por qué no mata al viejo de una vez?

—Sí... —susurró dama Ponzón—. ¿A qué viene tanta cháchara? ¿A qué viene tanto despropósito?

—Pruebas irrefutables... —Huryel sacudió la cabeza. Había tenido bastante claro que la cosecha de Denéstor estaba recibiendo ayuda externa. No había querido confirmar sus sospechas, por supuesto, ya que, de haberlo hecho, no le habría quedado más remedio que obrar en consecuencia.

—Si es necesario someteremos al muchacho y a dama Desgarro a un hechizo de revelación para que no quede duda alguna del lazo que la magia trenzó entre ellos —indicó—. Y traeremos a Mistral ante vuestra presencia si así lo deseáis. Será sencillo hacerle confesar. Por desgracia tanto una cosa como la otra llevarán su tiempo. Y eso retrasará vuestra muerte.

—No será necesario. Estoy seguro de que esas pruebas son concluyentes. Y aunque me quedara alguna duda, como bien habéis dicho, contáis con suficiente respaldo en el consejo como para dar validez a cualquier prueba —hizo una mueca—. Así pues, decidme: ¿qué deseáis de mí?

—Que cumpláis vuestro deber como regente, simplemente eso. Las leyes sagradas

han sido infringidas y los culpables deben ser desterrados.

—Pobre dama Desgarro. Ha pasado de pugnar por la regencia a ganarse el destierro... —sonrió con displicencia—. ¿Quién ocuparía el puesto que ella deja vacante? ¿Quién la sigue en la cadena de mando?

—Ujthan —contestó Hurza—. Él se convertiría en custodio del Panteón Real y comandante de los ejércitos del reino.

—Qué apropiado. Y sospecho que lo primero que hará tras su nombramiento será retirar su candidatura a la regencia.

—Es muy probable.

—Con lo que, a mi fallecimiento, el actual Señor de los Asesinos se convertirá en regente. ¿He de suponer entonces que habéis vuelto a ocupar ese cargo?

Hurza asintió:

—Esmael ha muerto. Y dudo que haya nadie en todo el reino que haya vertido más sangre que yo —gruñó—. Aunque eso bien poco debe importaros. Lo único que os pido es que sancionéis la falta de dama Desgarro y Mistral como la ley prescribe. Lo que ocurra después no os incumbe.

—No sólo debo castigarlos a ellos —señaló—. La cosecha está mancillada; del primero al último. Todos deben morir.

—Vayamos paso a paso —ahora le tocó a Hurza el turno de sonreír con condescendencia—. Primero sancionad el infame comportamiento de los dos traidores. Luego podréis disponer de la cosecha como se os antoje.

Huryel se echó a reír, sabedor de que su último acto en la vida sería condenar al destierro al cambiante y a dama Desgarro. Creía entender el sentido de la comedia que estaba teniendo lugar allí. El reino había traicionado a Hurza y a su hermano; con lo que Solberino había definido como pantomima, el Comejos buscaba la restauración del daño.

Quería que una fuerza viva de Rocavarancolia legitimara su ascenso al poder, y aunque el voto del consejo le habría bastado para ello, quería que fuera precisamente él, la máxima autoridad del reino, quien le concediera las riendas del gobierno. Pero había un detalle que Hurza había pasado por alto, una nimiedad que daría al traste con su ambición. Por supuesto no pensaba sacarlo de su error.

—Sea pues —dijo en cambio—. Yo, Huryel Sao, regente de Rocavarancolia, en presencia de las alimañas más rastreras que ha concebido el reino —por vez primera miró directamente a los traidores del Consejo Real. Tan sólo Ujthan bajó la mirada—, condeno al destierro a dama Desgarro y a Mistral por quebrantar nuestras estúpidas leyes. Desde este mismo instante dejan de ser ciudadanos de Rocavarancolia. Deberán abandonar los límites de la ciudad antes de que el sol se ponga o cualquiera podrá darles muerte allí donde los encuentren —una sonrisa beatífica se dibujó en su rostro—. Y eso es todo, Hurza. Está hecho. Ya soy tan traidor al reino como ellos —suspiró

—. Supongo que entenderéis que no os desee suerte en vuestra empresa...

—Es comprensible —murmuró Hurza.

—¿Puedo irme entonces?

—Podéis iros.

A continuación cerró su puño y el corazón del regente estalló; la piel azulada de su pecho se abombó como si hubiera recibido un puñetazo desde dentro y después se relajó. Huryel dio una última sacudida y cayó sobre los cojines apilados, con su última sonrisa fija en los labios.

Dama Araña soltó un grito y comenzó a gimotear en una esquina mientras intentaba cubrirse el rostro con los brazos.

El nigromante abrió la mano y contempló su palma extendida como si quisiera comprobar que no quedara allí rastro alguno del asesinato que acababa de cometer. Se levantó después, no sin dificultad, y se acercó al cadáver. Para acabar con Huryel había tenido que quebrar el sinfín de protecciones que lo guarnecían y ese último esfuerzo lo había puesto al límite de sus fuerzas.

Dama Ponzaña retomó su enloquecido baile. Se acercó a la cama, escupió al cadáver y retrocedió, riendo desahogada.

—¡Los ojos! —exclamó mientras señalaba con exagerados aspavientos al cuerpo de Huryel—. ¡Arráncale los ojos!

Hurza, a pesar de su extrema debilidad, no tenía intención de robar la esencia del regente. No quería correr el riesgo de que las enfermedades que habían doblegado a éste le afectaran de algún modo, no tenía sentido tentar a la suerte cuando estaba a punto de hacerse con las joyas de la Iguana. Poco a poco, los miembros del Consejo Real se dispusieron alrededor de la cama, como dolientes que procedieran a velar el cuerpo de un familiar recién fallecido. Solberino contemplaba el cuerpo con reluctancia, la muerte del Huryel no le había proporcionado satisfacción alguna, más bien al contrario.

—Sonríe... —susurraba para sí mientras apretaba los puños que colgaban como pesos muertos a sus costados—. No debería sonreír.

—Sufrió durante años, date por satisfecho con ello —le dijo Hurza.

—No es suficiente —y luego añadió en voz baja—: Jamás será suficiente.

El primer Señor de los Asesinos acercó la mano a la diadema que ceñía la cabeza del difunto. Era una fina cinta de oro blanco que se ensanchaba en su centro formando un pequeño óvalo. Gracias a los recuerdos que había ido robando desde su despertar, Hurza conocía bien la historia de aquellas joyas. A lo largo de los siglos, Rocavarancolia había ido haciéndose con los objetos mágicos más importantes y codiciados de los mundos que vinculaba; a veces los conseguía mediante el robo, en ocasiones por derecho de conquista, otras como tributo... En poco tiempo el arsenal mágico del reino no tuvo parangón posible con los de cualquier otro mundo. Fue

durante el reinado de dama Iguana cuando se decidió vincular a perpetuidad los objetos más poderosos a la figura del soberano. Se tardaron años en hechizar la treintena de piezas que las formaban por aquel entonces.

—Las joyas de la Iguana... —murmuró el hijo de Belgadeu, asqueado. Sus cuencas vacías saltaban de joya en joya—. Daría hasta el último hueso que me sustenta por verlas consumirse en el fuego.

Hurza y la criatura del nigromante compartían un odio similar por todo lo que oliera a magia. Belgadeu había construido a su hijo con huesos de hechiceros muertos en un intento de crear al mago más poderoso de todos los tiempos, pero lo que había conseguido era una criatura inútil para la hechicería y que además la detestaba con todas sus fuerzas. Hurza no había necesitado prometer nada a aquel esqueleto aberrante para conseguir su lealtad, el hijo de Belgadeu había hecho suya la causa del primer Señor de los Asesinos: le ayudaría a desterrar todo rastro de magia de la creación.

—Llegará ese día —dijo Hurza—. Pero por desgracia, no será hoy —desvió la mirada hacia Ujthan—. Es la hora, guerrero. Haz los honores.

El aludido asintió y, tras tragar saliva, comenzó a hablar:

—Soy Ujthan Matalobos, custodio del Panteón Real y comandante de los ejércitos del reino. Aquí, con varios miembros del Consejo Real como testigos, reniego por propia voluntad de cualquier derecho que por mi cargo haya adquirido sobre la regencia —a medida que pronunciaba aquel discurso su voz se apagaba más y más—. No soy digno, no soy capaz. Que otro asuma el puesto. Que el Señor de los Asesinos dé un paso al frente. Que las joyas de la Iguana reconozcan su derecho y su privilegio a ser su portador y ser regente del reino. Soy Ujthan Matalobos y... —el sudor moteaba su frente y hacía destellar los tatuajes de las armas inscritas en su cara—... y no soy digno.

Sin poder contener un gesto de repugnancia, Hurza tomó entre sus dedos la tiara y tiró de ella. La joya no se movió; permaneció anclada en su sitio, firme, tenaz. Hurza redobló su fuerza pero la diadema siguió en su sitio, sin moverse un milímetro. Entrecerró los ojos. Lo intentó por tercera vez y obtuvo el mismo resultado. Dejó la tiara y deslizó sus manos sobre las de Huryel, eligió un dedo, tomó un anillo e intentó sacarlo. Pero las joyas de la Iguana permanecían inamovibles, pesadas como mundos.

—¿Qué está ocurriendo? —gruñó Hurza. La frustración se unió al agotamiento.

Fue el Lexel blanco quién contestó:

—Las joyas no os reconocen, Comeojos. Para ellas no sois el regente de Rocavarancolia y, por tanto, consideran que no tenéis derecho a usarlas.

—Eso es imposible —Hurza se apartó de la cama, furioso, y miró al hechicero de la máscara blanca—. Esmael ha muerto y Ujthan acaba de renunciar.

—Cierto es. Ujthan acaba de ofrecer la regencia en bandeja al Señor de los

Asesinos. Pero, por lo visto, tú no eres tal.

Hurza le fulminó con la mirada.

—Llevo quitando vidas desde antes de que vuestro sol naciera —siseó—. Mis manos están tan rojas de sangre como la maldita luna que flota en las alturas.

—Sospecho que ahí, precisamente, radica el problema —el Lexel blanco ladeó la cabeza y el reflejo de Hurza en su máscara se escurrió hacia la izquierda, un manchón deforme y acuoso—. Las manos con las que habéis intentado tomar las joyas no son las vuestras: pertenecen al anciano Belisario, y ese buen brujo nunca fue un asesino a gran escala... Y para las joyas de la Iguana sois él, Belisario, no Hurza Comeojos. Les han enseñado a reconocer cuerpos, no los espíritus que los habitan.

Hurza entornó los ojos mientras asimilaba lo que el Lexel acababa de decir. Si estaba en lo cierto, y todo parecía indicar que así era, la regencia estaba vedada para él, sólo el custodio del Panteón Real o el Señor de los Asesinos podía reclamar aquel puesto y él no era ni una cosa ni la otra. Al morir el ángel negro, otro habitante del reino había ocupado su puesto, pero ese honor no había recaído sobre sus hombros. Contempló otra vez la sonrisa con la que había muerto Huryel y tuvo la certeza de que se estaba burlando de él desde el más allá.

—¿Quién? —se preguntó en voz baja, rabioso—. ¿Quién es? —se sintió desfallecer y buscó de nuevo el apoyo de la silla—. ¿Quién es el nuevo Señor de los Asesinos? —tardó un instante en recordar que había una forma sencilla de averiguarlo: un viejo artefacto mágico señalaría la identidad de la persona que acababa de hurtarle la regencia—. El cáliz de sangre, traedlo... —pidió—. ¡Traedlo ahora mismo!

Ujthan asintió y salió casi a la carrera de la estancia, agradecido de abandonar el lugar donde se había consumado de forma total su traición.

Hurza contempló sus manos extendidas. Temblaban. Resopló y un fuerte sabor a corrupción le subió al paladar. Estaba indefenso. De nuevo el azar y lo imprevisto habían venido a trastocarlo todo. No pensaba consentirlo. Había dispuesto medidas de seguridad para salvar cualquier eventualidad y había llegado la hora de poner en marcha la primera de ellas, demasiado pronto para su gusto, sí, pero no tenía alternativa.

Una serie de sonidos sofocados, mitad gruñidos, mitad quejidos, le hicieron mirar de nuevo hacia el lecho del regente. Allí, con la rodilla apoyada en la cama, dama Ponzña tiraba con insistencia de uno de los collares de Huryel, el rostro denudado, la lengua fuera. La bruja mascullaba para sí y tiraba con todas sus fuerzas, ajena a lo imposible de su tarea.

—Dama Ponzña... —murmuró Hurza. La bruja se estremeció y le dedicó una sonrisa culpable; por un momento pareció una niña sorprendida en plena travesura—. Sujetadla, por favor —ordenó.

La bruja le miró sin comprender. ¿Qué tenía que sujetar? ¿A qué se refería Hurza?

Antes de que pudiera preguntar nada, el hijo de Belgadeu se aproximó veloz a ella y la inmovilizó desde atrás. Dama Ponzña soltó un grito que sonó como un cacareo.

—¿Qué? ¿Qué es esto? —preguntó, perpleja, mientras miraba primero a Hurza y después a todos y cada uno de los ocupantes de la estancia. Hasta, en el colmo de la incongruencia, a dama Araña—. ¿Qué es esto? ¿Una broma? ¿Me gastáis una broma? ¡No es el momento! ¡No es hora de juegos! ¡Soltadme!

—¿De verdad creías que una criatura tan deleznable como tú podía tener cabida en la Rocavarancolia de Hurza Comeojos? —preguntó el hijo de Belgadeu a la enloquecida mujer—. ¿De verdad creías que formabas parte real de sus planes? Lo único que le ha interesado de ti desde el principio ha sido tu esencia. ¿Y sabes por qué? Porque la esencia de los brujos es descomunal, tremenda... —a cada frase del espantoso esqueleto, la bruja replicaba con un «¿Qué?»—. Es por el dominio, ¿sabes? El dominio os hace deliciosos para los que son como él. Por eso te quería a su lado: por si alguna vez necesitaba tus ojos. Si no te ha matado antes es por lo repugnante que resultas.

—¿Qué? —insistía dama Ponzña, incapaz al parecer de entender a qué se refería—. ¿Qué?

Hurza se levantó despacio de la silla. El hijo de Belgadeu tenía razón en parte. Era cierto que dama Ponzña le repugnaba, pero no era ese el motivo por el que no le había arrebatado su esencia antes; no lo había hecho porque la bruja estaba loca y corría el riesgo de contaminarse con su locura si se alimentaba de ella.

Dama Ponzña vio acercarse al fin a Hurza Comeojos y la comprensión llegó de lleno a su castigado cerebro.

—¡No! ¡No! —luego rompió a aullar, pataleando y chillando, presa del abrazo de hierro del hijo de Belgadeu—. ¡No! —las serpientes de la bruja intentaban morderlo, pero sus colmillos se astillaban al clavarse en el hueso. En aquel ser no había sangre que envenenar—. ¡Me lo prometiste! —le recriminó a Hurza—. ¡Me prometiste que siempre estaríamos juntos!

—Y no mentí... —apenas le quedaba voz—. Estaremos juntos para siempre. Tu esencia y tus recuerdos vivirán eternamente en mí.

Dama Ponzña dejó de debatirse cuando el fundador del reino llegó hasta ella. La mano parda del hechicero cogió su barbilla y la obligó a alzar la vista. Las lágrimas fluían sin parar de sus ojos aterrados, aquellos mismos ojos que a punto estaban de abandonar sus órbitas.

—Me vestí así para ti —confesó ella mientras agitaba su vestido de novia. Hurza no podía no conmoverse con esa revelación; aquellas palabras, estaba convencida, devolverían las aguas a su cauce, le harían ver la locura que estaba a punto de cometer.

Hurza asintió con desgana. Como si lo hubiera sabido desde siempre y le trajera

sin cuidado. Esa frialdad le dejó claro a dama Ponzoña que estaba condenada. Hipó. Y en su miserable ser encontró el poco valor que tenía para, a las puertas de la muerte, interceder por lo único que realmente le había importado en la vida:

—Mis serpientes... —murmuró mientras miraba a las víboras que se enroscaban en sus brazos—. No hagáis daño a mis pequeñas, por favor —rogó—. Dejadlas vivir.

El hijo de Belgadeu soltó una desagradable carcajada mientras redoblaba su presa. Luego inclinó su grotesca calavera hacia la mujer para susurrarle:

—Las reventaré a golpes con tu propio cráneo. Eso haré, vieja loca, eso haré. El alarido de la bruja se escuchó en todo el castillo.

\* \* \*

Sedalar estaba sentado en uno de los bancos del Panteón Real. Estudiaba el collar que había dispuesto sobre el pañuelo extendido ante él con total concentración. Había animado dos minúsculas criaturas para que le ayudaran: una de ellas, una suerte de hormiga que cargaba una lupa a su espalda, analizaba la intensidad de la magia en distintas zonas del talismán, mientras la otra, una polilla con cabezas en cada extremo, estudiaba cómo se repartía la energía en el objeto. Gracias a ellas, Sedalar era capaz de dibujar en su mente un diagrama del funcionamiento del hechizo anclado en el talismán.

Mientras estudiaba las excéntricas ramificaciones que adoptaba la magia en los eslabones de la cadena, un brutal escozor en los ojos le hizo apartar la mirada. Pestañeó varias veces en un intento vano de contener las lágrimas. Había potenciado su visión para investigar el talismán a nivel microscópico y el cansancio estaba pasándole factura. Cerró los ojos con la intención de descansar la vista unos minutos. Mientras se hallaba sumido en esa placentera oscuridad, notó cómo alguien se sentaba a su lado y no le quedó más remedio que, a regañadientes, mirar hacia allí. Al instante, las dimensiones del panteón se dispararon, afectadas por el hechizo que modificaba su visión; la fantasma y dama Desgarro eran colosos perdidos en la distancia; los bancos se transformaron en edificios descomunales y la estatua cambiante en una montaña de la que sólo era capaz de distinguir las estribaciones rugosas de su pedestal. Se frotó los ojos para hacer regresar al mundo a su escala normal y descubrió a Marina junto a él, mirándolo inquieta.

—¿Va todo bien? —le preguntó ella.

—¿Qué? —por un instante no supo a qué se debía su preocupación, luego se percató de las lágrimas que le corrían por las mejillas—. Ah. El llanto y eso. No te preocupes. Es cosa de la magia. Estoy en mitad de algo.

—Siento interrumpirte pero... —la joven se frotaba las manos, entre nerviosa e

impaciente—. Es importante... —él sonrió y la animó a continuar con un gesto. Marina suspiró mientras miraba de reojo la puerta del mausoleo—. No sabemos qué está pasando fuera y... bueno, me preocupan nuestros amigos: Lizbeth, Maddie... Darío. ¿Puedes hacer algo por ellos?

Sedalar Tul lo sopesó un instante.

—Maddie está en el castillo y no puedo llegar a ella de ningún modo —comentó—. Y tampoco se me ocurre cómo atraer a Lizbeth hasta aquí. Pero puedo intentarlo con Darío —a continuación sacó de su morral una araña tornasolada de cuyo abdomen nacían unas pequeñas alas de cisne. La alzó ante sus ojos—. Un hechizo de búsqueda y otro de regreso —murmuró mientras los anclaba—. Nada demasiado complicado. Y ahora un sortilegio de eco... —anunció mientras se acercaba el insecto a los labios, en el último momento cambió de opinión y se lo acercó a Marina—. Será mejor que Darío escuche tu voz y no la mía. Pídele que siga a la araña, dile que le guiará hasta lugar seguro.

Su amiga asintió e hizo lo que le pedía. Después Sedalar insufló vida a la criatura y la dejó marchar. Los dos la contemplaron volar, insegura al principio, decidida después, hasta el portón. Se coló por el exiguo hueco que quedaba entre ambas hojas y desapareció. Marina sonrió y luego hizo algo que tomó por sorpresa al demiurgo: se aupó en el banco y le besó en la mejilla.

—Muchas gracias —dijo.

—No tienes por qué darlas —murmuró, azorado. Las muestras de cariño seguían perturbándolo, no lo podía remediar—. De todas formas no creo que debamos preocuparnos por nuestros amigos, estoy seguro de que se encuentran bien. Que sepamos, Hurza no tiene nada contra ellos.

Los ojos todavía le escocían. Pestañeó despacio mientras miraba alrededor. Dama Serena y dama Desgarro seguían hablando ante la estatua cambiante, discutiendo quizá el mejor modo de plantar cara a Hurza; estaban relativamente cerca, pero ni esforzándose habría podido oír ni una palabra de lo que decían: ambas estaban protegidas por una campana de silencio que hacía del todo imposible que alguien pudiera escucharlas. Natalia estaba sentada en un banco cercano, charlando con la mujer herbosa; el corazón se le aceleró al preguntarse qué sentiría si fuera Natalia quien le besara. Apartó esa idea de su mente. Sexto Cala permanecía de pie cerca de las dos brujas, hablando con un hombre que Sedalar no había visto antes: un anciano guerrero que vestía una armadura de aire antiguo, sobre cuya pechera caía una intrincada barba cana.

—Vaya —murmuró el demiurgo, sorprendido—. No me había dado cuenta de que tenemos otro invitado.

Marina asintió mientras miraba hacia allí.

—No pidió permiso ni solicitó refugio, se limitó a entrar sin más —le explicó—.



Se llama Argos y dice que ha venido a poner su espada a disposición de dama Desgarro, aunque cuando la ha desenvainado apenas la ha podido levantar... —Marina se incorporó de pronto, con los ojos muy abiertos—. ¿Y Héctor? —preguntó al tiempo que miraba agitada a su alrededor.

Sedalar la imitó. Por ninguna parte se veía rastro del ángel negro.

—¿Dónde está Héctor? —preguntó la vampira, sin gritar, pero en voz lo bastante alta como para despertar ecos en la vasta sala.



Los pasillos que se adentraban en el mausoleo conformaban un laberinto tal que a Héctor pronto le quedó claro que no podría regresar sin ayuda. No se arredró y siguió adelante. La voz que no era voz tiraba de él, le obligaba a buscar su fuente. Y no podía resistirse a ella.

Los pasajes se cortaban unos a otros en todos los ángulos posibles y eran tan estrechos que difícilmente dos personas corpulentas habrían podido caminar una junto a otra; las paredes estaban compartimentadas en una multitud de nichos, todos con su placa de oro blanco indicando el nombre del ocupante de la tumba. En cada una de las encrucijadas y cruces se levantaba una estatua. Héctor pronto descubrió que también eran sepulcros: en ellos reposaban los restos de antiguos reyes.

Avanzaba consciente de que, en cierta forma, se estaba adentrando en la historia de Rocavarancolia. Caminaba entre sus muertos más venerados, entre los monarcas y héroes que habían construido la leyenda de aquel reino oscuro. Al contrario que los enterrados en el cementerio, allí todos yacían en respetuoso silencio. En ocasiones, Héctor leía los epitafios y nombres grabados en las placas de las lápidas y estatuas que encontraba en su camino.

«Vlad Laderian, el duque Lagarto», leyó en la placa de un nicho. «Escribió dos libros que nadie leyó, tuvo ocho hijos y mató a más enemigos de los que habría deseado matar».

En la siguiente encrucijada se topó con la estatua de una mujer que montaba un dragón negro. Héctor los reconoció a ambos. Había visto una estatua semejante, aunque a mayor escala, mientras exploraban la ciudad.

«Aquí reposan las cenizas de Su Majestad Sangrienta dama Irhina, junto a los de su dragón Balderlalousa», leyó en la placa de su base. «Unidos en la muerte como unidos estuvieron en vida. Que en la larga eternidad jamás conozcan la sed. Que la historia jamás olvide sus nombres».

Héctor conocía lo bastante bien Rocavarancolia como para sospechar que la mayoría de los que yacían en aquel mausoleo habían sido arrancados a la fuerza de

sus propios mundos, y a pesar de todo habían consagrado sus vidas a la gloria del reino. Como lo había hecho Esmael. Y Héctor comenzaba a comprender sus motivos: la grandeza, la magia, las maravillas sin cuento que debían haber contemplado tanto en Rocavarancolia como en los mundos vinculados... Rocavarancolia era oscura, temible, y a la par...

Abandonó sus cavilaciones cuando comenzó a escuchar un murmullo creciente en la dirección que seguía. En un principio creyó que la llamada al fin había cobrado forma real, pero al aproximarse se dio cuenta de su error. Distinguió una voz de mujer y unos sonidos que, de entrada, no fue capaz de identificar. Sólo cuando dobló la enésima esquina del enésimo pasillo se dio cuenta de que eran maullidos.

Al poco tiempo, cuatro gatos le salieron al paso y comenzaron a frotarse contra sus piernas. A Héctor le costó trabajo caminar sin pisarlos ni tropezar.

La encrucijada en la que desembocaba el pasillo estaba ocupada por una suerte de campamento formado por varios camastros y dos tiendas de campaña, dispuesto todo alrededor de la estatua de una mujer desnuda. Había casi una veintena de camas, todas ocupadas, y varios gatos deambulando entre ellas como si fueran los dueños del lugar. Una mujer ataviada con una túnica verde estaba sentada en una mecedora junto a uno de los lechos. Al verlo llegar, se incorporó y se acercó apoyada en un báculo de madera; caminaba con paso lento pero firme. Era de apariencia humana, aunque en ella también había trazas de felino. Tenía los ojos irisados; las orejas, peludas y móviles; el hocico chato; y, por el movimiento que se intuía a su espalda, también contaba con cola.

—Una visita del todo inesperada a las entrañas del Panteón Real —dijo la mujer. Su voz tenía algo de ronroneo comedido—. ¿Qué te trae por aquí, pajarito?

—No lo sé —respondió con sinceridad—. Algo en este lugar me llama y necesito averiguar qué es... —de los cuatro gatos que habían salido a su encuentro sólo uno permanecía bajo sus piernas; los otros tres deambulaban en torno a la mujer maullando para reclamar su atención. Héctor miró a su alrededor—: ¿Qué es este sitio?

—Has venido a parar al refugio de dama Gato —anunció—. Aquí cuido de los que no pueden valerse por sí mismos, de los que no conseguirían sobrevivir en la ciudad sin ayuda. Yo soy dama Gato. Así me llamaron cuando salió la Luna Roja y así me quedé. ¿Tienes nombre, pajarito? —inclinó la cabeza y entrecerró sus ojos felinos con curiosidad.

—Me llamo Héctor. Ese era mi nombre antes de la Luna Roja y no tengo intención de cambiarlo —mientras hablaba estudiaba a los ocupantes de los camastros. Los pocos rostros que alcanzaba a distinguir estaban marcados por la vejez y la enfermedad—. ¿Cuidas sola de ellos?

—No podría aunque quisiera —respondió dama Gato tras soltar una risilla—.

Dama Araña nos mantiene bien provistos de alimentos y pociones. Sin ella y sin la custodia del Panteón Real la mayoría de los que aquí ves habría muerto hace mucho —la mujer agitó la cabeza y le miró fijamente—: Ocurre algo fuera, ¿verdad? —su tono había cobrado seriedad—. Los gatos están tan inquietos que se subirían por las paredes si pudieran.

Héctor asintió mientras apartaba al macho negro con el pie. Éste volvió a la carga al instante.

—Un hechicero llamado Hurza ha tomado la ciudad —le explicó—. Mis amigos y yo nos hemos refugiado aquí.

Dama Gato suspiró.

—Hacía treinta años que no ocurría nada realmente interesante en el reino. Demasiado tiempo, demasiado tiempo —se frotó las manos—. Si crees que lo que estás buscando te ayudará a enfrentarte a ese Hurza, te equivocas.

—No me importa —dijo—. Sólo quiero saber qué es.

—Un pajarito curioso —canturreó ella—. Vas por buen camino. Eso que dices oír se encuentra sólo un poco más adelante —dijo mientras señalaba uno de los pasillos que confluían en aquella encrucijada—. No tiene pérdida. Héctor le dio las gracias y echó a andar hacia allí. Al pasar cerca de uno de los camastros, una mano le tomó del antebrazo. Se detuvo, más por la sorpresa que por la fuerza mínima con la que le sujetaban.

—¿Esmael? —preguntó el ocupante del lecho con un hilo de voz. Era un anciano decrepito; en otros tiempos debió de ser un portento físico, pero la edad y la enfermedad se habían ensañado con él. Sus ojos estaban velados por cataratas y Héctor comprendió que para él el mundo no era más que una conjunción de sombras y claroscuros—. ¿Sois vos? ¿El Señor de los Asesinos? —la voz le temblaba debido a la emoción. Intentó incorporarse, pero lo único que consiguió fue tirar la manta que lo cubría—. Qué honor que hayáis acudido a visitarnos. Qué inmerecido honor... —se lamía los labios temblorosos una y otra vez—. Es imposible que os acordéis de mí, pero en Almviva luchamos codo con codo un instante... Coincidimos en la refriega, vos con vuestras alas y yo con mi hacha... —el guerrero comenzó a llorar de pronto—. Qué gran día fue ése... Qué gran día...

Dama Gato se acercó hacia ellos, con una sonrisa de disculpa dirigida a Héctor. La mujer tomó la mano del anciano y procedió a apartarla con delicadeza.

—No es...

—Descansa, guerrero —le interrumpió Héctor—. No recuerdo a todos los que combatieron junto a mí aquel día. Pero sin vosotros, la victoria no habría sido posible. Descansa. Bien saben los dioses que te has ganado el reposo.

Después de eso se apartó del hombre y la cama, asintió en dirección a dama Gato en señal de despedida y, perplejo, aturdido por lo que acababa de hacer, continuó su

camino.

Rocavarancolia lo llamaba.

## XV

# El bosque

—No funciona —murmuró Hurza mientras contemplaba la copa que sostenía. La voz le fluctuaba al hablar, como si dos identidades diferentes pugnarán por decir a un tiempo esas palabras—. ¿Por qué no funciona? —se giró hacia la arcada que separaba la terraza del cuarto del regente—. ¡Solberino! —croó—. ¡Llévate esta basura! ¡No hay nada que ver en ella!

En cuanto el náufrago salió, Hurza Comeojos le tendió el cáliz de forma tan brusca que, de no haber sido por la magia que lo protegía, el contenido se habría derramado; a continuación le hizo un gesto apremiante para que se alejara. No soportaba la proximidad de nadie, le enervaba de tal modo que había advertido que mataría a cualquiera que contraviniera la orden de no acercarse a él.

Se aferró a la baranda de la terraza, agachó la cabeza y resopló. La esencia de la bruja le había fortalecido, sí, pero, como había temido, su locura había hecho estragos en su mente. La realidad había perdido consistencia, todo se le antojaba maleable y sus pensamientos se perdían en extraños vericuetos y sinsentidos.

Solberino le habló desde la habitación mientras estudiaba con una ceja enarcada el cáliz.

—Sólo veo sangre. Nada más que sangre —murmuró dubitativo. Hurza asintió furioso y al hacerlo en la periferia de su visión florecieron diminutas flores de fuego azul—. Debería enseñarnos dónde se encuentra y quién es el nuevo Señor de los Asesinos, pero no muestra nada.

El Lexel blanco se acercó al náufrago y escrutó él también la copa.

—O nuestro futuro regente está protegido por magia en verdad poderosa o se encuentra en algún lugar en el que el cáliz no se puede adentrar —murmuró—. ¿En el Panteón Real quizá?

—¿Quién puede haber vertido más sangre que yo allí dentro? —gruñó Hurza.

—Una vieja loca cuida a un puñado de vejstorios agonizantes. ¿Quién sabe? Quizá uno de ellos sea el afortunado.

En el cáliz que Solberino sostenía se entremezclaba la sangre de buena parte de los que habían ostentado el cargo de Señor de los Asesinos a lo largo de la historia. La

tradición disponía que al cumplir el primer mes en el puesto, su ocupante debía verter su propia sangre en aquella copa. La ceremonia era una forma de rendir homenaje a quienes le habían precedido y, además, servía para anular el sortilegio que permitía localizarlo a cualquiera que mirara en el cáliz.

—Todo debería estar medido, todo debería estar bajo control —Hurza gritó, frustrado y, acto seguido, la emprendió a puñetazos con la baranda—. ¡Maldita sea la magia mil veces! ¡Maldita la noche y el día! ¡Maldita la vida!

Le costó trabajo recuperar la compostura. Respiró hondo y se llevó una mano a la boca para comprobar por enésima vez que su lengua continuaba sin ser bífida. Tenía que hacer un gran esfuerzo para centrarse e hilvanar sus pensamientos con lógica. Esmael había muerto, eso era indudable, y con él fuera de juego no había nadie que pudiera hacerle frente. Que unas ridículas leyes mágicas le hubieran privado de la regencia no significaba nada. Había vencido: Rocavarancolia era suya.

—Tal vez no sea regente —murmuró—, tal vez no tenga las joyas de la Iguana para refrendarme... Pero cuento con mi propia fuerza —apretó los dientes, las manos firmes ahora en la balaustrada. Desde aquella terraza tenía una visión magnífica de la ciudad. Y aun así potenció su vista hasta que no hubo centímetro de Rocavarancolia que no pudiera contemplar desde allí si se le antojaba—. ¡¿Me oís?! —exclamó con su voz alterada—. ¡Todavía no sabéis de lo que soy capaz! —se echó a reír. Y su risa no era suya, era la de dama Ponzña.

Había llegado la hora de demostrar a Rocavarancolia quién había regresado de entre los muertos.

Sus ojos se posaron en la veintena de gárgolas que se inclinaban en el tejado del templo de los Suicidas Abnegados. La luz sangrienta de la Luna Roja les daba aire de depredadores al acecho. Aquél era un buen lugar donde empezar. Hurza invocó los poderes robados a Denéstor Tul. No era la primera vez que daba vida y estaba preparado para el estallido de dolor que le mordió las entrañas al hacerlo. Una gárgola salió bruscamente de su inmovilidad y a punto estuvo de caer del tejado al verse viva. Otra soltó de pronto el alféizar al que se aferraba y probó las toscas articulaciones de sus dedos, con la boca abierta de par en par. Una tercera se enderezó despacio, se llevó las garras a la sogá de piedra que se le anudaba al cuello y la acarició, más despacio todavía. Pronto el tejado fue una algarabía de alas en constante agitar, de zarpas que se abrían y cerraban, de fauces mordiendo el aire...

La mirada potenciada de Hurza saltó al tejado contiguo; allí sólo había una gárgola, una criatura enorme esculpida en roca negra. La estatua se convulsionó cuando el nigromante le inyectó vida. Preso de la locura febril que le había contagiado dama Ponzña, Hurza buscó nuevos soldados que añadir a su hueste.

En tejados, alféizares y terrazas, docenas de gárgolas fueron despertando a la existencia. La piedra tembló y retumbó, animada por la vida rabiosa que el Comeojos

le insuflaba; sin corazón que latiera en su interior, sin mente que la gobernara, pero vida en definitiva. Centenares de alas que no habían sido pensadas para volar sirvieron a sus dueños para, contra toda probabilidad y lógica, alzar el vuelo y abandonar los tejados en los que habían pasado su existencia de roca inmóvil. Pronto una horda de siluetas aladas tomó los cielos.

La magia de nuevo colapsaba la realidad, la magia de nuevo hacía vibrar el mundo y convertía en posible lo imposible. Comenzó a llover. Un relámpago se abrió paso en las alturas. La tormenta había regresado.

—¡Yo os convoco! —exclamó el nigromante con los brazos alzados y la mirada encendida—. ¡Atended a mi llamada, piedra y roca, mármol y basalto!

La estatua de bronce de un dios con cabeza de toro abandonó el altar del templo donde había sido adorada durante siglos. Empuñaba un hacha en cada mano, las mismas hachas que usó para abrirse camino en el caos de madera y cascotes que bloqueaba la entrada.

En el patio del torreón Margalar la estatua de Su Majestad Arachnihetheradon, el tercer rey arácnido, se estremeció cuando la vida invadió su cuerpo. Alzó una mano ante su rostro y observó cómo la piedra que le daba forma comenzaba a oscurecerse bajo la lluvia. El arácnido contempló aquel fenómeno con los ojos muy abiertos, embelesado.

—¡Yo os convoco! —gritó Hurza, preso del frenesí—. ¡Atended mi llamada y sembrad de muerte Rocavarancolia!

En el Jardín de la Memoria las colosales estatuas que tanto habían impactado a los muchachos también se pusieron en marcha. Maronet, el hechicero, esculpido en piedra ingravida, cruzó el báculo y el hacha que sostenía y aterrizó sobre el hombro del rey gigante de Esfronax, que se incorporaba despacio en toda su imponente estatura. Balderlalosa, el dragón vampiro abrió sus fauces y probó la fortaleza de sus patas mientras dama Irhina se afianzaba sobre su lomo; a una orden silenciosa de la primera reina vampiro de Rocavarancolia el dragón batió sus cuatro alas y remontó el vuelo dejando tras de sí un torbellino de aire y polvo. La propia estatua de Hurza despertó a la vida. Su sonrisa de piedra fue un calco preciso de la que, en aquellos mismos instantes, mostraban los labios del Hurza de carne y hueso en la terraza del castillo.

Por toda Rocavarancolia se repetía la misma escena. En los templos y plazoletas, en el cementerio, en los pasadizos del subsuelo... Por todas partes se obraba el milagro. Pronto cientos de estatuas vivas se congregaron en la ciudad en ruinas, tanto en aire como en tierra, aguardando expectantes las órdenes de la criatura que les había dado vida.

Hurza jadeó, estaba débil pero ni de lejos tanto como tras el combate con Esmael. Tomó aliento y se giró hacia la entrada de la terraza. Allí estaban todavía el Lexel

blanco y Solberino, aún con el cáliz en las manos. En la habitación también se encontraban Ujthan y el hijo de Belgadeu, además de los cadáveres de dama Ponzaña y del regente. Dama Araña había desaparecido sin dejar rastro. No le dio importancia. Sus horas, como las del resto de habitantes del reino, estaban contadas.

—Ha llegado el momento —anunció Hurza.

El hijo de Belgadeu soltó un gruñido de honda satisfacción y frotó sus dedos esqueléticos.

—¿Actuamos según el plan previsto? —quiso saber Solberino.

Hurza asintió.

—Respetad a los sirvientes. Necesito vivos a la vampira y al ángel negro. También al piromante y a su dragón, pero si cualquiera de esos dos da el menor problema, disponed de ellos como se os antoje —se giró de nuevo hacia la terraza, hacia la ciudad en tinieblas, hacia el ejército que acababa de invocar—. Al resto de Rocavarancolia, ya sean hechiceros o no, los quiero muertos. Que no haya piedad. Que no os tiemble la mano. Te prometí una guerra, Ujthan: aquí la tienes. Ahora comienza.

\* \* \*

No había nichos en los muros del pasillo por el que Héctor se adentró tras abandonar el refugio de dama Gato. La naturaleza del pasaje era muy diferente a lo que había visto hasta entonces. Estaba construido en una piedra porosa, de color blanco sucio, que al muchacho se le antojó antiquísima. Al fondo del pasillo se distinguía una apagada luz esmeralda que ondulaba de un lado a otro.

Héctor comenzó a notar un curioso hormigueo cuando ya llevaba recorrido la mitad del camino. La sensación era similar a la que sentía cuando fracasaba a la hora de lanzar un hechizo, sólo que en esta ocasión el cosquilleo procedía del exterior y no de él. Había magia allí, magia en grandes cantidades, y su cuerpo reaccionaba ante su proximidad como nunca antes lo había hecho.

No tuvo que llegar a la amplia arcada que ponía fin al pasaje para ver qué aguardaba al otro lado: era un bosque, un bosque incongruente de árboles oscuros y retorcidos. El muchacho no se había detenido a pensar en ningún momento qué podía encontrar dentro del panteón, pero, de haberlo hecho, ni por asomo habría pensado en algo semejante. La primera hilera de árboles nacía a apenas dos metros de la arcada; eran ejemplares de buen tamaño y tronco y ramaje negros. Héctor atravesó la arcada y sus pies pisaron tierra húmeda.

Levantó la vista y no pudo discernir si había techo sobre su cabeza o si se encontraba al aire Ubre. En las alturas flotaba una perezosa niebla esmeralda: la



culpable del resplandor que había visto mientras avanzaba; lo que no había podido ver hasta entonces era la segunda capa de niebla que se entremezclaba con la primera: una miasma negra, de aspecto grasiento, que le recordó al humo de advertencia que dama Desgarro había instalado en su cabeza. La niebla más abundante era la negra, que se aferraba a la esmeralda con sus tentáculos sombríos como si pretendiera asfixiarla.

Los árboles alzaban sus ramas como si suplicaran clemencia. Los nudos y marcas de sus cortezas se asemejaban a bocas abiertas, a ojos desorbitados. No había un solo árbol que no tuviera algún dibujo en su tronco, en su mayoría figuras humanas y animales con aires de pintura rupestre, o en el que no hubieran incrustado algún objeto: rocas, cuentas de colores, pedazos de hueso o cristal... Las ramas podían estar desprovistas de hojas, pero no por eso estaban desnudas; de ellas colgaban cuerdas deshilachadas, collares y retales de ropa... Era como si alguien hubiera puesto todo su empeño en luchar contra el aire siniestro de aquel lugar, adornándolo con lo primero que encontrara a mano.

Durante unos instantes, Héctor permaneció indeciso entre la arcada y los árboles. Comenzaba a sospechar dónde le había conducido la llamada de Rocavarancolia y no sabía cómo interpretarlo ni qué pensar al respecto. Finalmente se internó en el bosque. No tenía sentido retroceder ahora.

La sombra de los árboles cayó sobre él, casi sintió cómo entraba en contacto con su piel al hacerlo: un toque tibio, sin fuerza. Intentó relajarse, tenía los nervios a flor de piel. No había dado dos pasos dentro del bosque cuando un movimiento furtivo le hizo mirar a su izquierda. No vio nada, sólo un destello de plata que, sin saber muy bien por qué, le sumió en una honda melancolía.

¿Qué hacía allí? ¿En qué aventura insensata se había embarcado? De pronto le invadió el pánico. ¿Y si aquella llamada no era más que una trampa para separarlo del grupo? De ser así había caído en ella como un estúpido; quizá en aquel mismo instante Hurza estaba masacrando a sus amigos en la entrada del mausoleo. Se giraba ya, dispuesto a correr de regreso, cuando recordó que nadie podía ejercer violencia alguna en el panteón. Allí estaban a salvo, se dijo con un alivio tan desmesurado que los ojos se le llenaron de lágrimas, Marina estaba a salvo. Nada más pensar en ella sintió tal necesidad de verla que le dolió respirar.

—¿Qué me está pasando? —murmuró.

Intentó tranquilizarse. Aquella avalancha de sentimientos no era natural, era el bosque, el bosque la provocaba. Se centró en seguir adelante; había dejado de escuchar la llamada nada más dejar atrás el primer árbol y sabía muy bien por qué: ya estaba donde debía estar, ya estaba donde Rocavarancolia le quería.

Héctor había visto antes un lugar parecido. Había sido en sueños, desde lo alto de la torre donde Castel, el rey trasgo, había derrotado a Varago Tay, el demiurgo

traidor; allí, después de mostrarle el horror de la batalla y la ejecución de Varago, dama Sueño le había hecho mirar hacia el bosque de Ataxia, el lugar que había provocado la caída del demiurgo. Héctor sólo había tenido la oportunidad de contemplar aquel bosque durante un instante, ya que la hechicera había puesto allí punto y final al sueño. Ese bosque había contenido el alma de Ataxia, el alma de todo un mundo, y había sido, sin duda alguna, lo más hermoso que Héctor había contemplado en su vida.

Aquel bosque y en el que ahora se encontraba no se parecían en nada. El primero había sido un lugar de ensueño mientras el segundo tenía tintes de pesadilla, de grito contenido. Pero en esencia tanto uno como otro eran semejantes: el bosque del Panteón Real también contenía un alma: el alma de Rocavarancolia.

Y era un alma oscura, un alma terrible. La pesadumbre flotaba en el ambiente, tan sólida como los mismísimos árboles que se alzaban a su alrededor, con sus troncos encorvados y sus ramas retorcidas. Aquel lugar le superaba. Marchaba como en un sueño, a veces riendo otras llorando, sin ser consciente ya de lo que hacía. No pudo evitar pensar en Sedalar Tul, desequilibrado tras la salida de la Luna Roja.

Un nuevo movimiento fugaz, esta vez a su derecha, le hizo mirar hacia allí. Tuvo tiempo de ver una silueta femenina perdiéndose entre los árboles. La figura era transparente y su paso etéreo. Fantasmas, comprendió Héctor, el alma de Rocavarancolia estaba poblada de fantasmas.

Unos metros más allá se encontró con el espíritu de un anciano. Contemplaba con expresión entre incrédula y desconcertada la máscara de cobre que alguien había clavado en el tronco de un árbol. Su rostro apergaminado terminaba en una barbita cana que parecía más algún tipo de vegetal que vello.

—Conocí a la mujer que llevaba esa máscara —le confesó el espectro, sin girarse siquiera a él, cuando Héctor se detuvo a su lado—. Creo que estuve enamorado de ella y puede que ella me correspondiera. Ha pasado tanto, tanto tiempo y mi memoria siempre ha sido tan, tan nefasta.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó él.

—La voz ahoga la voz —respondió simplemente el fantasma. Y continuó la contemplación de la máscara clavada al árbol, sin prestar más atención a Héctor.

El muchacho prosiguió la marcha.

Poco a poco el paisaje a su alrededor fue cambiando. La negrura de los árboles se fue aclarando y, aquí y allá, comenzaron a verse brotes de verdor en ramas y troncos. El cambio se fue acelerando de manera progresiva: los árboles que salían a su paso cada vez parecían más llenos de vida y cada vez era mayor el número de hojas que adornaban sus ramas, hasta que, de pronto, Héctor desembocó a un paraje de verdor inusitado. El mismo suelo que pisaba aparecía cubierto por un manto de hierba y hojarasca. La sensación de vida y plenitud que se respiraba allí era difícil de describir.

Héctor giró sobre sí mismo, extasiado. Aquel lugar era de una hermosura tal que le daban ganas de gritar de euforia.

Estaba en el corazón del bosque, comprendió, el centro del alma de Rocavarancolia. Respiró hondo y sus pulmones se llenaron de frescor. Unos metros más adelante se veía un pequeño lago, apenas un estanque, y, sentados a su orilla, dos personas: un hombre castaño ataviado con una simple túnica gris y una mujer con un vestido negro de cola larga.

El hombre se puso en guardia al verlo llegar, pero pronto su postura se relajó, tras valorar, quizá, que aquel muchacho no suponía ninguna amenaza. La mujer se giró a medias hacia Héctor y le miró con unos grandes ojos verdes. Tenía la piel violácea y los labios cosidos en zigzag con un fino hilo negro. De no haber sido por ese detalle macabro, habría resultado hermosa.

—No sois fantasmas —fue lo primero que les dijo cuando llegó hasta ellos.

—Al menos de momento —puntualizó el hombre y, acto seguido, se echó a reír—. Eres uno de los cachorros de Denéstor. Los dioses honren la memoria del viejo demiurgo —dijo mientras asentía efusivamente. Tenía una mandíbula prominente y los rasgos muy marcados—. Echó el resto en su última cosecha, vaya si lo hizo —se incorporó, arrastrando tras de sí una estela de verdor, y se acercó a él mientras extendía una mano enorme—. Un nuevo ángel negro para Rocavarancolia —el muchacho vio desaparecer su propia mano en la manaza de aquel sujeto—. Tu nombre humano tenía resonancias heroicas según recuerdo. ¿Cuál vistes ahora?

—Sigo usando el mismo —dijo—. Soy Héctor.

—Yo soy Laertes y ella Medea —se presentó el hombre—. Los brujos malditos de Rocavarancolia.

—¿Malditos? —preguntó, casi sin pensar.

—Así es. Los dones de la Luna Roja nos hicieron ganarnos ese adjetivo. Yo extraigo el poder de mi dolor. Tengo que hacerme daño para poder hacer magia —le explicó—. Ella domina su silencio, de él saca su energía. No puede decir ni una sola palabra. De hecho, si lo hace, la magia que atesora dentro la haría pedazos. ¿He saciado tu curiosidad?

Héctor asintió, asombrado por la sinceridad que acababa de demostrar aquel brujo.

—Entonces corresponde tú a la mía: ¿qué te ha traído al corazón del bosque?

—Rocavarancolia me ha guiado hasta aquí.

—Has oído la llamada —dijo Laertes y sonrió al ver asentir de nuevo a Héctor.

La mujer violácea se incorporó con un grácil movimiento, recogió la larga cola de su vestido alrededor de un brazo y se aproximó. Con la mano libre comenzó a dibujar trazos en el aire.

—Medea asegura que son muchos los que escuchan la llamada, pero pocos

quienes responden a ella. Y de éstos, la mayoría tiende a malinterpretarla. Su Majestad Sardaurar tomó aquí la decisión de comenzar su campaña de conquista que tan nefastas consecuencias trajo al reino, por ejemplo —la mujer seguía trazando palabras en el aire mientras su compañero las traducía para Héctor—: El rey Molor escuchó la llamada en sueños y a la mañana siguiente se presentó aquí con su séquito. Tras esa visita dedicó los últimos años de su reinado a la creación de obras de arte que glorificaran el nombre de Rocavarancolia. Eso dice Medea. Y eso te transmito yo.

—¿Por qué tiene la boca cosida? —preguntó Héctor.

—Un gesto de cobardía —murmuró el hechicero—. Al menos eso asegura ella. Yo no lo veo así. Se cortó la lengua y cosió sus labios para evitar el riesgo de decir palabra alguna. Por esa cobardía, retiró el «dama» de su nombre. Dice no merecerlo.

En ese momento dos fantasmas cruzaron entre los árboles. El primero era el espíritu de una mujer morena que caminaba veloz, seguida de cerca por el espectro de una niña pequeña. La mujer no les miró al pasar, mientras que la chiquilla, en cambio, no les quitó la vista de encima. Pronto desaparecieron entre los árboles.

—Muchos fantasmas acaban aquí —le explicó Laertes al ver la curiosidad de su mirada—. Son afortunados. Este bosque es buen lugar para ellos, mucho mejor que la estancia infinita del castillo. Esa habitación es una trampa, los atrae como la miel a las moscas y los mantiene encerrados para siempre. Pero aquí su llamada no surte efecto.

—La voz ahoga la voz —comprendió Héctor mientras miraba de nuevo en torno a él. La sensación de paz que transmitía aquel lugar era tremenda. Miró hacia arriba. Había esperado que sobre aquel círculo de verdor la niebla fuera únicamente esmeralda, pero allí también persistía la niebla oscura.

—Tus amigas están aquí —anunció de pronto el hechicero.

Héctor se giró a tiempo de ver cómo una mariquita de madera se acercaba volando hacia él. El insecto se posó sobre su hombro y frotó sus patas delanteras, satisfecho de haberlo encontrado. Poco después, Marina y Natalia irrumpieron en la zona verde del bosque. Las lágrimas de la bruja habían convertido las pinturas de su cara en chorretones negruzcos que le daban aire de salvaje adornada con pinturas de guerra. La vampira caminaba con una expresión de deleite y asombro tal que hacía que su rostro resplandeciera.

Héctor sonrió al verlas. Se alegraba de que estuvieran allí, se alegraba de poder compartir ese lugar con sus amigas. Marina se le acercó casi a la carrera; por un instante pareció a punto de abrazarlo y aunque al final se contuvo, la mirada que le dedicó le hizo estremecer.

—¿Dónde estamos? —preguntó, ansiosa—. ¿Qué lugar es éste?

—El alma de Rocavarancolia —contestó—. Eso es lo que es.

—No, Héctor. No nos tomes el pelo, no es el momento, ¿vale? —dijo Natalia y retrocedió un paso al ver que en la sonrisa de su amigo no había traza de burla—. No

puedes hablar en serio.

—Estoy hablando en serio.

—No, no puedes —insistió la bruja—. ¿Estás diciendo que las ciudades tienen alma?

—Las ciudades no lo sé —confesó él—. Pero sí los mundos —sonrió al recordar la explicación que le había dado dama Sueño en la torre de Ataxia—: Todo lo que está vivo tiene alma; unas pequeñas, otras enormes, diminutos chispazos de luz o destellos cegadores... Tanto da. En el fondo todas son idénticas en lo que realmente importa.

—Esto se está volviendo muy raro —murmuró Natalia con gesto hosco.

—Sí, claro, porque hasta ahora todo lo que nos ha pasado en Rocavarancolia ha sido de lo más normal —dijo Marina de forma teatral.

—Calla, vampira mala —le espetó la bruja que ahora miraba con desconfianza a la extraña pareja que acompañaba a Héctor—. ¿Y éstos quiénes son? No parecen fantasmas...

—Medea y Laertes, los brujos malditos de Rocavarancolia —les presentó el ángel negro.

Medea le dedicó a Natalia una corta reverencia y luego sus manos dibujaron un rápido saludo en el aire. La bruja la miraba fijamente mientras se acariciaba los labios con dos dedos, como si estuviera sopesando cosérselos también.

—Vuestro amigo dice la verdad —dijo Laertes—. En otros tiempos el alma de Rocavarancolia estuvo repartida por muchas otras zonas del planeta. En lo alto del pico de los dioses, en la laguna Balda, en el Monte Rocalavadanta... Pero, poco a poco, esos fragmentos acabaron marchitándose y muriendo. Esto que veis aquí es lo que queda del alma del mundo que habitamos. El último rescoldo, de hecho.

—Da pena —dijo Natalia, quien al parecer ya había aceptado que le estaban diciendo la verdad.

—¿Pena? —preguntó Laertes, sorprendido—. El hecho de que haya resistido tanto es motivo de alegría, no de aflicción.

Marina se había acercado al estanque y contemplaba las aguas y los llamativos nenúfares que flotaban en su superficie, perdida en sus pensamientos. Héctor se preguntó si estaría buscando su reflejo en el lago, pero luego recordó que ella era incapaz de verse reflejada en nada.

—La pervirtieron —anunció Marina de pronto y apretó los puños, enfurecida—. Era un lugar bello. Un alma amable y brillante. Pero llegó la oscuridad y la contaminó. ¿Qué fue lo que le hicieron? —preguntó mientras se giraba hacia Laertes como si él fuera el responsable—. ¿Qué atrocidades han cometido en este mundo para que su alma se enturbiara tanto?

—Te equivocas, niña —dijo el brujo maldito—. Pero que no te pese: es un error común. Por lo que yo sé el alma de Rocavarancolia siempre ha estado cuajada de

tinieblas. Negrura y negrura, sombra tras sombra... Desde el principio, desde su nacimiento. Esto que contemplas, este reducto de vida y luz fue mínimo en su origen y ha ido creciendo, poco a poco, a lo largo de los años. Tras la guerra languideció, se hizo nada... Fue con vosotros cuando comenzó a resurgir de nuevo.

—No lo enti... —Marina se calló a media palabra, con la comprensión brillando en los ojos. Buscó a Héctor con la mirada y éste asintió—. ¿Esto lo hemos provocado nosotros?

—Así es —les aseguró Laertes.

Natalia se acercó al lago y se acuclilló en la orilla. Contempló su reflejo extrañada, como si pusiera en duda que la persona que veía reflejada fuera realmente ella. Acercó una mano y acarició su imagen, al instante varios círculos concéntricos se expandieron por la superficie del agua.

—Rocavarancolia nos cambió —dijo. Se llevó los dedos húmedos a la cara y comenzó a trazar espirales en las manchas informes en que se habían convertido los dibujos con que se había adornado aquel día—. Desde el mismísimo momento en que Denéstor nos trajo, Rocavarancolia empezó a cambiarnos. Lo que no sabíamos, lo que ni siquiera podíamos imaginar es que mientras eso sucedía...

—Nosotros cambiábamos Rocavarancolia —terminó Héctor.

## XVI

# El cerco

Los truenos de la tormenta pronto tuvieron que competir con otro sonido: el fragor de las alas de las gárgolas que sobrevolaban la ciudad. Decenas de sombras habían tomado Rocavarancolia, y no sólo los cielos. Gigantes de roca caminaban por las calles, impulsados por la voluntad del hechicero renacido. Buscaban vida que matar, para eso habían sido creados, no había mente que los guiara, ni sentimientos más allá de la urgencia de cumplir el deber asignado.

El hechizo de Hurza también había sacado de la inmovilidad a los combatientes petrificados de la plaza del Estandarte. Los cadáveres no habían resucitado, pero la magia había dado vida a la piedra que los recubría y ahora, tras treinta años de quietud, enemigos antaño enfrentados se ponían de nuevo en marcha, unidos esta vez en un mismo bando por obra de la demiurgia robada a Denéstor Tul. Aquellas falsas estatuas abandonaron la plaza a paso vivo, arrastrando con ellas el tétrico entrechocar de los huesos que llevaban dentro.

En el cementerio también se dejó sentir el hechizo de Hurza cuando decenas de estatuas descendieron de sus pedestales. Ángeles y demonios, reyes y reinas, dioses y diosas, todos abrieron a la par sus ojos pétreos y echaron a andar en la tormenta, indecisos, sin saber qué dirección tomar. De pronto, la estatua de una guerrera pretérita, armada con un tridente, captó un hálito de vida en el viento y se giró hacia allí. El Panteón Real resaltaba en la distancia como un barco varado. Hacia allí se dirigió, con paso cada vez más rápido; poco a poco otras estatuas se unieron a ella, guiadas algunas por el mismo trazo de vida y otras por la determinación que veían en sus compañeras.

\* \* \*

Sedalar Tul había llegado a tal punto que era capaz de ver mejor el talismán y la magia contenida en él con los ojos cerrados que con ellos abiertos. En su mente se dibujaba

de forma nítida el objeto que tenía ante sí, no había detalle que se le escapara, por minúsculo que éste fuera. El demiurgo permanecía encorvado en el banco, con la chistera inclinada y el vuelo de su gabán cayendo alrededor, pero en realidad no estaba allí, Sedalar se encontraba encerrado en su propia cabeza, estudiando y analizando el colgante.

Había diminutas runas talladas en la piedra y en los eslabones, marcas casi microscópicas que indicaban a la magia anclada qué debía hacer y en qué momento. Sedalar había comenzado a jugar mentalmente con esos símbolos, cambiándolos de orden, sustituyendo unos por otros e intentando después imaginar qué consecuencias tendrían esos cambios. Aquel ejercicio requería de su total concentración.

Y ésta quedó rota por completo cuando comenzaron a golpear con fuerza desesperada el portón del mausoleo.

—¡Abrid! —exclamó alguien al otro lado—. ¡Solicitamos asilo! ¡Asilo, por piedad!

Sedalar apartó la vista del colgante y miró hacia la puerta de doble hoja mientras sustituía el hechizo que potenciaba su mirada por el que le permitía ver a través de los objetos. Había cuatro personas en la entrada: una mujer enorme a la que le faltaba un brazo y tres hombres con la cabeza rapada. Uno de ellos tenía el rostro destrozado a golpes y se apoyaba en la pared para no caer. Era el único desarmado, sus dos compañeros empuñaban espadas mientras que la mujer enarbolaba un hacha mellada. Miraban hacia atrás, frenéticos.

—Algo se acerca —anunció dama Serena, ajena a la desesperación del grupo apiñado a las puertas del panteón.

—Estatuas —completó Sedalar con extrañeza—. Son estatuas. Decenas de ellas —levantó la vista—. Y hay gárgolas en los cielos —mientras hablaba una criatura alada aterrizó tras el grupo de la puerta. La mujer embistió hacha en mano contra ella nada más verla. La hoja se melló aún más al golpear contra la piedra. La gárgola, tras retroceder por el impacto, saltó hacia su adversaria, con los brazos extendidos y la boca, monstruosa, abierta.

Dama Desgarro no esperó más. Abrió el portón con un giro de muñeca y, al momento, los tres hombres se precipitaron dentro, tan deprisa que el herido cayó de bruces. Los otros dos se apresuraron a tomarlo de los brazos y alejarlo de la puerta. La mujer gigante intentó entrar también, pero la gárgola le agarró del pelo y tiró de ella hacia atrás al tiempo que le lanzaba un feroz mordisco en el hombro. El crujido del hueso al estallar fue terrible.

Sedalar extendió las manos hacia ellos, con la intención de atraer a la mujer dentro del panteón con un hechizo de salvaguarda y empujar a su atacante escaleras abajo con uno de presión. Pero no logró ejecutar ni uno ni otro. La magia del mausoleo se lo impidió, ni siquiera le dejó usar el hechizo de salvaguarda, como si pensara que la mujer podría resultar herida al verse arrastrada de tal modo. Dama



Desgarro se apresuró a ir en su ayuda. Traspasó el umbral del panteón y, entonces sí, lanzó un hechizo de consunción que hizo rodar a la gárgola por las escaleras.

La mujer gigante entró arrastrándose. Dama Desgarro la siguió, sin apartar la vista de lo que sucedía fuera. Docenas de estatuas acudían por los senderos, a paso veloz, con el rostro crispado. Eran las estatuas del cementerio, las mismas que había visto a diario durante años. Mientras miraba, un nuevo grupo de gárgolas aterrizó en las escaleras, una de ellas era diminuta, con cara de bebé suplicante. Dama Desgarro cerró el portón de un golpe.

—¡Nos atacaron cuando veníamos hacia aquí! —exclamó uno de los recién llegados—. A duras penas logramos escapar. ¡Engendros y demonios de piedra! ¡Eso son!

La mujer herida había caído de rodillas y se apretaba el hombro destrozado con su única mano mientras intentaba no gritar. Lloraba de dolor.

—¿Cómo puede ser? —murmuró dama Desgarro. Las estatuas habían comenzado a golpear el portón con fuerza—. Esto es magia de demiurgos y el único que queda en el reino está aquí.

—¡Yo no tengo nada que ver! —se apresuró a señalar Sedalar. Se había acercado a la mujer caída y había comenzado a sanar su herida.

—Lo sabemos, chiquillo —le tranquilizó Sexto Cala—. Es el tal Hurza el causante de semejante alboroto. Según cuentan las leyendas era capaz de robar el poder de sus enemigos muertos.

—Mató a Denéstor —murmuró dama Desgarro. Ella también había oído esas historias—. Y a Esmael —añadió—. ¿Cómo vamos a detenerlo si les ha robado el poder a ambos? —preguntó desesperanzada.

Dama Serena sacudió la cabeza. No era bueno para sus planes que cundiera el desánimo.

—Yo también conozco esas historias —apuntó mientras miraba al decrepito guerrero—. Y todas coinciden en lo mismo: para robar el poder a sus enemigos, Hurza necesita comerse sus ojos. Y no tuvo oportunidad de conseguir los de Esmael. El ángel negro se hundió en el foso de Rocavaragálago antes de que pudiera atraparlo.

Los golpes a la puerta arreciaron. Sedalar Tul miró hacia allí con los ojos repletos de bruma. Un tropel de estatuas golpeaba la madera con puños, garras y zarpas. Se hacinaban de tal modo que trepaban unas sobre otras para alcanzar al portón. Era evidente que éste estaba reforzado con hechicería o ya se habría venido abajo. El escándalo era atronador. De pronto recordó que no sólo había estatuas fuera del panteón. Se giró hacia la que ocupaba el centro del vestíbulo, alarmado, pero ésta permanecía inmóvil en su trono erizado.

—La naturaleza del Panteón Real impide que la magia del exterior se cuele dentro —le dijo dama Acacia. Estaba acuclillada junto al guerrero caído, curando sus heridas

con musgo que arrancaba de su propia corteza—. Nadie dará vida a nuestras estatuas, demiurgo, y menos con la intención de azuzarlas contra nosotros.

—¿Qué está pasando? —preguntó alguien a gritos para hacerse oír sobre el estruendo. Era Natalia.

Apareció casi a la carrera por uno de los pasillos, seguida de cerca por Marina y Héctor y una pareja que Sedalar no conocía, un hombre castaño ataviado con una larga túnica y una mujer violeta con los labios cosidos.

—¿Qué es este escándalo? —quiso saber Héctor cuando llegó hasta ellos—. ¿Nos atacan?

—Lo intentan, muchacho, lo intentan —comentó Sexto Cala.

—Hurza ha dado vida a todas las estatuas y gárgolas de Rocavarancolia y las ha lanzado contra nosotros —contestó Sedalar—. Nos tiene atrapados aquí.

—Eso no es correcto —anunció dama Serena—. Hay pasajes subterráneos que comunican el panteón con distintos puntos de la ciudad. Caminos secretos que sólo unos pocos conocen —aseguró—. Ya sabes lo que pienso, dama Desgarro. Debemos actuar cuanto antes.

—Esmael dejó claro que el Panteón Real es el único lugar seguro para nosotros... —le recordó dama Desgarro. Entendía la urgencia de la situación, pero también tenía claro que era una temeridad actuar sin pensarlo convenientemente.

—Esmael está muerto —le recordó la fantasma con acritud—. No cometas el error de seguir sus consejos ahora cuando no lo hiciste mientras vivía.

Héctor se acercó a la puerta y al momento dejó de escuchar la discusión de las dos mujeres. La madera retumbaba, pero no parecía dañada por la lluvia de golpes que le propinaban desde fuera. El ángel negro colocó la palma de la mano contra el portón. La apartó al instante, impresionando por la violencia de aquellas criaturas. Hurza les había dado vida. Aun estando débil como dama Serena aseguraba, aquel ser había hecho bajar de sus pedestales y tejados a todas las gárgolas y estatuas de Rocavarancolia. ¿Qué podría conseguir si recuperaba todo su poder?

Héctor pensó en el demiurgo traidor, en Varago Tay, aquel hombre había animado una ciudad entera para defender el bosque de Ataxia. Recordó a los gigantes de piedra y forja que volaban por los cielos, entre dragones y tiburones alados, en los ejércitos cercando la torre...

«Camino por tierra de leyendas», se dijo y de nuevo apoyó la mano en la madera. Los golpes resonaban contra su piel como latidos frenéticos. «Hace unos meses no era más que un niño pidiendo caramelos de casa en casa y ahora comparto asedio con prodigios y maravillas».

—¿Cómo va acabar esto? —murmuró para sí. Y el sonido de su voz le hizo estremecer.



Darío y Andras Sula cruzaron sus espadas por enésima vez. Quedaron inmóviles durante un instante, con las armas alzadas ante sus rostros, la una empujando a la otra en equilibrio perfecto. Su lucha les había llevado al patio exterior de un edificio con aspecto de templo, el suelo del mismo era un caos de grandes losas amontonadas. No flaqueaban. Ninguno de los dos había dado muestra de debilidad durante aquel duelo eterno. Se miraron fijamente entre las espadas entrecruzadas. Darío vio su reflejo en las pupilas del piromante y un escalofrío le mordió las entrañas. No era capaz de reconocer esos rasgos monstruosos; ese pelo enmarañado, esos ojos diminutos y esa boca torcida no eran suyos, no, no lo eran.

Darío rugió y redobló su empuje. No luchaba ahora con Adrián, luchaba contra el espanto que se asomaba en su mirada, ese monstruo que buscaba aniquilarlo, borrar su identidad y sustituirlo. Se preguntó qué vería Adrián en sus ojos.

Estaban tan inmersos en su odio que ninguno se dio cuenta de que el suelo retumbaba bajo sus pies. Tampoco vieron la sombra enorme que se les venía encima. Sólo cuando escucharon el tremendo siseo de algo que se abatía sobre ellos, reaccionaron. Miraron a la par hacia la izquierda a tiempo de ver una roca inmensa a punto de aplastarlos.

Darío saltó hacia atrás un instante antes de que la piedra impactara contra el suelo. El trasgo cayó, desequilibrado, envuelto en una lluvia de fragmentos de losa y roca. Rodó sobre sí mismo y se levantó de un salto. La piedra que había intentado aplastarlo era un puño gigantesco, y estaba unido al brazo de una criatura rocosa que les contemplaba con furia.

—¿Y de dónde demonios has salido tú? —escuchó preguntar a Adrián.

El brujo estaba subido en el puño del gigante, todavía medio hundido entre losas destrozadas. El rostro de aquella cosa se adelantó unos centímetros, como si quisiera observar mejor al insecto que le había trepado a la mano. Tenía la cabeza y los hombros cubiertos de excrementos de pájaro y unas diminutas alas inútiles creciéndole en mitad de la espalda. Frunció el ceño rocoso, abrió la mano y dejó caer al piromante.

La noche se pobló de sonidos extraños, una cacofonía enloquecida de aleteos y crujidos. Darío alzó la vista. Varias sombras se desgajaron de la tormenta y cayeron hacia ellos: eran gárgolas, al menos una veintena. No tuvo tiempo de prestarles atención. El gigante había comenzado a enderezarse y antes de completar su movimiento ya cargaba contra él. La piedra volvió a saltar por los aires, pero Darío se encontraba ya fuera del alcance del monstruo.

Las gárgolas se abalanzaron sobre ellos. Darío reconoció a más de una. No en

vano las había visto durante meses, dispersas por los tejados de Rocavarancolia. Y ahora las tenía encima, intentando acabar con él. Tiró el arma que le había dado Adrián, desenvainó su espada mágica y dejó que asumiera el control. De un tajo cercenó el brazo de una gárgola reptilésca y, sin tiempo para sorprenderse por la facilidad con la que el filo cortaba la piedra, esquivó el ataque de otra gárgola mientras descargaba el arma contra una tercera.

Andras Sula observaba fascinado la lucha, en guardia, sí, pero sin intervenir. No tenía por qué hacerlo. Las gárgolas le ignoraban por completo, pasaban a su lado sin siquiera rozarlo: su objetivo era Darío, no él.

—¿Qué está pasando?! —le gritó el trasgo mientras se revolvía frenético intentando esquivar la lluvia de golpes y mordiscos—. ¿Es cosa tuya?!

—No tengo nada que ver con esto —contestó el otro.

Darío cercenó la cabeza de otro atacante mientras notaba crecer la sombra de la gárgola gigante a su espalda. Hasta el momento había logrado esquivarla, pero el resto de monstruos le estaba empujando contra ella. El aire silbó cuando primero un brazo y después el otro se precipitaron hacia él. Darío se tiró al suelo y rodó sobre las losas hasta ponerse a salvo del puño izquierdo, pero poco pudo hacer para esquivar el derecho cuando éste corrigió su trayectoria y voló a su encuentro. Andras Sula apareció de la nada para interponerse entre la muerte que llegaba y Darío. El aire vibró cuando el puño del coloso impactó contra el campo de fuerza que el piromante acaba de levantar alrededor de ambos. Un segundo después, una explosión de fuego carbonizó el pecho del gigante y lo hizo retroceder dando brazadas en el aire. Al verlo, Darío fue realmente consciente de que Adrián podría acabar con él cuando se le antojara.

Los engendros de piedra no se arredraron por aquello, rodearon la cúpula de energía y comenzaron a golpearla y patearla con saña. Del cielo llegaron más y más gárgolas.

—No es así como quiero que sea —gruñó Andras Sula. Mantenía ambas manos apoyadas en la esfera que ya comenzaba a dar muestras de fragilidad en forma de grietas y melladuras—. No es así como tienes que morir. No, no es así —le miró un instante y el odio que Darío vio en su mirada le hizo temer que fuera a matarlo allí mismo, no con la espada, no con su manos, sino con la misma magia que estaba usando para salvarle la vida—. ¡Maldita sea! —el piromante redobló la fuerza con la que sostenía la esfera. Había tantas gárgolas que ya no se distinguían unas de otras, eran una masa rebosante de garras y fauces—. No puedo contenerlas... —el sudor resbalaba por su frente encendida—. Hay demasiadas... Demasiada presión —le miró de nuevo—. Tenemos que salir de aquí —le dijo—: ¿Estás preparado? —preguntó.

El trasgo respiró hondo, como si estuviera a punto de zambullirse en el agua, y después asintió.

Andras Sula soltó una carcajada y apartó las manos del campo de energía. Al instante éste se disipó. Justo entonces, el dragón de Transalarada embistió contra el ejército de gárgolas. El espacio se aclaró por el flanco barrido por el animal y los dos muchachos aprovecharon para escapar del cerco. Aquel respiro duró poco, antes de que pudieran pensar siquiera en qué hacer, el círculo se estrechó de nuevo a su alrededor. La gárgola gigante volvió a la carga, humeando aún por el ataque del piromante. El dragón rugió y salió a su encuentro. Ambos rodaron entre las losas, reventándolas a su paso. El gigante no hacía nada por defenderse. Lo único que intentaba era incorporarse para unirse a las gárgolas que atacaban a Darío.

El trasgo jadeó. Era imposible que pudiera salir con vida de todo aquello. Marina se había equivocado a fin de cuentas y su profecía no llegaría a cumplirse. Soltó un grito y cargó contra las gárgolas más cercanas, con Andras Sula a su lado.

Ambos se convirtieron en dos figuras vertiginosas danzando entre monstruos, hombro con hombro en la vorágine. Las gárgolas seguían centrando sus ataques únicamente en Darío y aunque el piromante hacía lo imposible por mantenerlo vivo, era más que evidente que sólo era cuestión de tiempo que acabaran con él. El enemigo combatía desde tierra y aire y por cada estatua que caía otras tres ocupaban su lugar. Quizá el dragón habría decantado la balanza a su favor, pero éste estaba demasiado ocupado intentando detener el avance de la gárgola gigante.

Un engendro de piedra verde burló la guardia de Darío, Andras Sula lo detuvo, aferrándole del cuello con su propia mano y dando tiempo al otro para que lo partiera en dos de un mandoble. Darío retrocedió, sin aliento.

—Ven —dijo de pronto una voz a su oído. Era Marina.

Fue tal su sorpresa al oírla que falló al intentar esquivar el ataque de una gárgola y ésta le acertó con un puñetazo brutal en la mandíbula. Andras Sula la hizo retroceder con un chorro de llamas mientras Darío se recuperaba. El trasgo sacudió la cabeza y miró perplejo a su alrededor mientras detenía, esta vez sí, el golpe de otro enemigo. No había ni rastro de Marina, por supuesto. Cuando creía que no había sido nada más que un delirio, volvió a escucharla, con más claridad si cabe:

—Aquí estarás a salvo —dijo la voz. Y esta vez, Darío pudo ver de dónde provenía. Ante sus ojos volaba una pequeña criatura, una araña refulgente con alas de cisne—. Ven —repitió aquella cosa con esa voz que no era suya. Luego se alejó unos metros para, a continuación, girar en redondo y volar de regreso—. Ven —insistió.

Andras Sula contemplaba también a la criatura, con el ceño fruncido. No tardó en comprender qué era aquello:

—Bruno... —escupió con rabia mientras hundía de un golpe el torso de una gárgola—. Tus amigos te reclaman —le espetó a Darío—. Será mejor que hagas lo que dice. No podré mantenerte vivo durante mucho tiempo más —clavó la mirada en él. Sus ojos ardían—. Pero recuerda que esto no ha terminado.

—Eres consciente de que me salvas la vida sólo para poder matarme después, ¿verdad?

—Lo soy —dijo y convocó un torbellino de llamas que le abrió al trasgo un pasillo de escape—. ¡Y ahora vetel! ¡Las entretendré mientras escapas!

El piromante no tuvo que repetirlo más. Darío echó a correr. Al momento las gárgolas fueron tras él. Se preguntaba cómo pensaba Adrián contenerlas cuando vio que su seguidora más cercana se empotraba contra una barrera invisible al intentar darle alcance. El brujo había levantado otra barrera de energía, tan grande esta vez que ocupaba la mayor parte del patio. Darío había quedado fuera de ella, pero más gárgolas se acercaban desde el aire. Antes de que pudiera alcanzar la calle, escuchó gritar a Adrián:

—¡NO TE DEJES MATAR!



La noche apeataba a matanza.

En las alturas, la Luna Roja se asemejaba más que nunca a un coágulo de sangre; su lúgubre resplandor se derramaba por fachadas y azoteas. La tormenta, invocada por las grandes cantidades de magia puestas en juego en la ciudad, iba creciendo más y más, como un tumor maligno, cuajado de relámpagos, que pretendiera devorar los cielos.

Hurza contemplaba el caos en el que se había sumido la ciudad, estremecido aún por la locura insana de dama Ponzaña. Sin saberlo había ejecutado el mismo hechizo que, unos días antes, Esmael había llevado a cabo no lejos de allí. El nigromante había escupido en su mano y luego esparcido su saliva al viento, del mismo modo en que lo había hecho el ángel negro. Y al igual que éste, Hurza había contemplado cómo decenas de diminutas estrellas florecían entre las calles y edificios de Rocavarancolia, cada una de ellas indicando el lugar donde paraba uno de sus habitantes.

El ángel negro lo había hecho para comprobar cómo se encontraban los moradores de la ciudad. Hurza lo hizo para ver cómo morían.

Vio caer a Derende, el hechicero sin magia, cuando las gárgolas irrumpieron en la casucha subterránea en la que habitaba. Una de las estatuas quebró la espada que desenvainó al verse atacado, otra le partió el brazo, la tercera, de un solo golpe, hizo estallar su cráneo.

Vio morir a Crefala, el último hombre bestia, reventado a golpes por una estatua con cabeza de rinoceronte.

—Yo os condeno —musitó Hurza entonces. Y la boca se le llenó de rabia y hiel.

Vio cómo el gigante Barranta despertaba de su sopor, alertado por un violento

batir de alas. Lo vio incorporarse a medias en su lecho de paja y mirar atónito el enjambre de gárgolas que se abalanzaba sobre él. No pudo defenderse. Las criaturas de piedra se arrojaron sobre su pecho, sobre su cara, algunas con tal potencia que se hundieron como proyectiles en la carne...

—Os condeno... —susurró de nuevo Hurza, con los ojos desorbitados y una carcajada enquistada en la garganta—. Por asesinos y traidores. Por adueñaros de un sueño que no os pertenecía. Os condeno por lo que sois... por lo que fuisteis... Aquí acaba vuestra historia. Aquí acaba Rocavarancolia.

Una a una, las estrellas del hechizo de localización fueron apagándose. Uno a uno, los últimos supervivientes de la guerra de Sardaurar fueron encontrando la muerte a manos de la piedra viva.



Ujthan salió del castillo envuelto en una capa negra. La lluvia le caló hasta el alma nada más cruzar el portón. Echó a andar a paso ligero por el camino destrozado que atravesaba el patio. La manada le acompañó en el trayecto, aullando y gruñendo, contagiados por la locura que había tomado la ciudad. El guerrero se detuvo en mitad del patio y miró al este. Varios grupos de gárgolas se dirigían hacia las montañas, dispuestos a continuar la masacre allí. Sólo la servidumbre quedaría a salvo de su ferocidad, así lo había designado el loco al que Ujthan había jurado lealtad. Se preguntó si las gárgolas acabarían también con la manada y comprendió que sí. Lo harían, claro que lo harían.

—Me prometió una guerra... —balbuceó en la tormenta. Pero no era eso lo que se había desatado en Rocavarancolia. Aquello no era una guerra: era una vil matanza y no había honor en formar parte de ella. Ujthan necesitaba vérselas con un enemigo que plantara cara, que luchara con la misma intensidad y pasión con que él lo haría...

«Ojalá tengas una muerte indigna de un guerrero», le había escupido Esmael. Y al recordar aquella frase a punto estuvo de resbalar.

El frenesí de la manada no se había contagiado a dos de sus miembros. El macho gris, con la cicatriz cruzando en vertical su ojo, y la loba roja que tan sólo unos días antes había sido una niña humana, le contemplaban desde la distancia. Y en sus miradas rotas creyó leer recriminación.

—¿¡Qué habríais hecho vosotros!? —les espetó mientras agitaba un brazo en su dirección.

Ninguno de los lobos contestó, por supuesto. Ujthan sacudió la cabeza, comprobó la distancia que separaba a las primeras gárgolas del castillo y, tras soltar un resoplido, se acercó al macho gris que lideraba la manada. Ambos se miraron a los ojos. El lobo

desnudó sus colmillos pero no gruñó, sólo quería demostrar al hombre inmenso que no le temía.

—Marchaos —les ordenó Ujthan con voz seca—. Sois libres, ¿me oyes? Dile a los tuyos que huyan. Buscad un lugar donde esconderos hasta que todo pase —la mirada gélida del macho le enfureció—. ¡Marchaos! —gritó, fuera de sí.

Se enderezó, respirando con dificultad. Los centinelas de la entrada a buen seguro que le habían oído delirar, aunque no dieran muestras de ello. No le importó. Volvió a mirar al lobo gris.

—¡He dicho que os vayáis!

El lobo entendió la urgencia de sus palabras. Agitó la testuz de un lado a otro. Habían sido designados para custodiar la entrada al castillo. Y, ahora, aquella orden quedaba revocada. Eran libres. Miró hacia la ciudad. Hedía a sangre, muerte y fuego. Y algo se aproximaba desde allí, algo peligroso. Soltó un corto aullido. Al momento, la manada se agrupó a su alrededor.

Ujthan no se quedó para ver qué hacían. Echó a andar a trompicones, mal envuelto en su capa. Aquel gesto no había calmado su conciencia, pero es que nada de lo que hiciera podría calmarla ya.

«Ojalá tengas una muerte indigna de un guerrero».

Llegó hasta la verja. Los dos centinelas que la custodiaban hicieron un gesto simétrico para flanquearle la salida. La lluvia repicaba contra sus yelmos con forma de dragón y sus armaduras doradas. Eran más altos que el propio Ujthan y el guerrero, incomprensiblemente, se sintió amedrentado por su presencia.

—Vuestra guardia ha terminado —les anunció, con la vista perdida en la distancia—. No podéis enfrentaros a lo que llega. Nada podrán vuestras armas contra la roca. Abandonad vuestros puestos, buscad un lugar donde esconderos y rezad a los dioses para que esos seres no os encuentren.

Los dos guardianes cruzaron una rápida mirada. No necesitaron más.

—Con el debido respeto, señor, ninguno de los dos abandonará su puesto —dijo el guardián de la izquierda—. Las puertas del castillo no deben quedar nunca desprotegidas, por destrozadas que estén. Ésa es la ley de Rocavarancolia.

—Vais a morir aquí —les advirtió Ujthan.

—Será un honor hacerlo —le aseguró el centinela de la derecha.

\* \* \*

Un grito lejano hizo que dama Araña se aproximara a la ventana. El alarido procedía de la ciudad y se prolongó durante lo que se le antojó una eternidad. El silencio que lo siguió estuvo a punto de hacerle gritar a ella. En la distancia se vislumbraban sombras



que en nada tenían que ver con la tormenta. Se asomó aún más a la ventana mientras hurgaba en su levita. Sacó un catalejo con alas de murciélago. Era una de las criaturas de Denéstor Tul, muerta ya, pero que seguía sirviendo a su propósito inicial. La había encontrado en una terraza y no había podido resistirse al impulso de conservarla: quería tener un recuerdo del demiurgo. Denéstor siempre la había tratado bien.

Dama Araña espió por el catalejo muerto. Criaturas aladas se aproximaban desde la ciudad. Eran gárgolas, docenas de ellas, una nube siniestra que portaba con ella su propia tormenta. No tardarían en llegar. ¿Las protecciones del castillo les impedirían entrar? Lo dudaba. El poder de la criatura llamada Hurza era demasiado grande como para que las barreras de la fortaleza pudieran salvar a sus habitantes.

Dedicó una mirada al lecho tras ella. En él, perdida entre las mantas, dormía dama Sueño. La anciana parecía poco más que un cadáver, una muñeca desgastada que alguien había dejado olvidada allí. Parecía tan frágil...

—Yo te protegeré, dama Sueño —le aseguró—. Nada te ocurrirá mientras yo siga con vida, lo prometo.

Bajó la vista. En el patio, los lobos corrían frenéticos de un lado a otro. Pero los ojos del arácnido apenas repararon en ellos, se centraron en Ujthan. Siseó furiosa. El guerrero se había acercado al macho gris que comandaba la manada y le hablaba haciendo grandes aspavientos. Dama Araña deseó que el lobo le destrozara la garganta. Ujthan se apartó de él y, medio tambaleándose, salió del patio tras intercambiar unas palabras con los centinelas. Dama Araña no pudo escuchar qué decían, pero fuera lo que fuera afectó sobremanera al guerrero porque retomó la marcha con paso aún más inseguro que antes.

Sus quelíceros entrechocaron al verlo abandonar el castillo, produciendo un ruido viscoso; un sonido gangoso que rozaba lo cómico. El odio la abrasaba. Nunca se había sentido así, eran sentimientos desbordantes, temibles. Una rápida sucesión de movimientos le hicieron mirar otra vez al patio. La manada se había puesto en marcha. Saltaron el muro destrozado y corrieron en tropel hacia uno de los caminos de montaña.

Dama Araña volvió a usar el catalejo. Las gárgolas estaban cada vez más cerca, batían sus alas en medio de la tempestad, creando torbellinos de lluvia. Se alejó de la ventana, sin dejar de frotar sus manos, nerviosa y alterada.

Ante la puerta se mantenía firme un miembro de la guardia. No mostraba ningún signo de inquietud aunque no apartaba la vista de dama Araña y su frenético caminar. En la estancia también se encontraba el mayordomo particular de dama Sueño, un criado pálido, de desmesurados ojos castaños.

Regresó a la ventana y se aferró al alféizar con las garras crispadas y la monstruosa boca entreabierta. Un brillo de acero destelló en sus ojos. Ella no entendía de conspiraciones ni de intrigas. Se limitaba a cumplir lo que le ordenaban. Siempre lo

había hecho.

—Servir y proteger... —susurró. Las gárgolas ya estaban tan cerca que las veía sin necesidad de catalejo. La luz de la Luna Roja resplandecía sobre la piedra mojada—. Servir y proteger, ése será tu único designio de aquí hasta el fin de tus días —murmuró, enfebrecida. Esas palabras formaban parte de la ceremonia mágica con la que los arácnidos eran amansados y quedaban marcadas a fuego para siempre en sus mentes—. Servir y proteger al Consejo Real y Su Majestad el Rey. Servir a Rocavarancolia sobre todas las cosas. Estas serán tus órdenes desde este momento hasta el instante de tu muerte —cloqueó de nuevo y volvió a mirar a la hechicera dormida. Dama Sueño formaba parte del Consejo Real y, por tanto, daría la vida por ella. Era su deber.

Se quitó, uno a uno, los monóculos con los que adornaba sus ojos, los hizo estallar entre sus garras para luego dejar caer las esquirlas de cristal al suelo. A continuación hizo jirones la levita que llevaba y emergió de la ropa destrozada desnuda y terrorífica.

—Venid... —susurró a la noche mientras se le erizaban las púas que recubrían su cuerpo—. Venid, venid. Moscas pequeñas y deliciosas. Moscas tontas. Os enseñaré por qué nos temen. Os enseñaré por qué nos amansan... —el cloqueo se hizo más intenso—. Venid y os enseñaré la furia de la araña.



El hijo de Belgadeu descendió de la gárgola que montaba y se acercó con dejada parsimonia al piromante y su dragón. La singular pareja se encontraba rodeada de cascotes humeantes y de extremidades que reptaban por el suelo en busca de los cuerpos de los que se habían desprendido.

La horripilante criatura creada con huesos de cadáveres avanzaba desnuda, sin piel que la cubriera esta vez. La había dejado a buen recaudo, como hacía siempre que se avecinaba conflicto; aquel pellejo era su propiedad más preciada y no quería correr el riesgo de que se dañara más de lo que ya estaba.

El dragón clavó sus ojos amarillentos en él mientras preparaba una bocanada de fuego. El piromante lo observó acercarse y si le sobresaltó su aspecto no dio muestra de ello. Quizá le tomara por otra estatua. Un latigazo de fuego brotó de pronto de la garganta del dragón y envolvió en llamas al hijo de Belgadeu. Sí, sin lugar a dudas había sido un acierto dejar la piel del padre en el castillo.

—Fui creado para ser el mayor hechicero de todos los tiempos —gruñó mientras continuaba aproximándose envuelto en llamas y humo—. No me convertí en tal cosa, mi creador fracasó. Pero a cambio me hizo imparable e inmune a la magia —justo en ese instante un hechizo desintegrador explosionó sin consecuencias entre sus costillas

—. Así que detén tu ímpetu, brujo. Guarda tus energías para cuando la ocasión lo merezca. No estoy aquí para hacerte daño. No esta vez.

El piromante entrecerró los ojos, trazó un semicírculo con una mano y al momento las llamas que rodeaban al esqueleto saltaron de regreso a su cuerpo. El fuego no había causado ningún daño al hijo de Belgadeu.

—¿Tienes algo que ver con esto? —preguntó Andras Sula mientras hacía un gesto que abarcó los cascotes humeantes que les rodeaban.

—Mentiría si dijera que no —contestó el otro. El dragón le respiraba en pleno rostro; era un hálito denso, carnoso—. Formo parte de este caos, sí. Y vengo a transmitirte un mensaje del hombre que lo comanda: mantente al margen, cachorro. No tenemos nada contra ti así que no te entrometas o nos obligarás a tomar medidas.

—¿Y en qué se supone que no debo entrometerme? —preguntó el piromante mientras miraba al hijo de Belgadeu con suspicacia.

—El poder cambia de manos en Rocavarancolia, un nuevo orden acaba de instaurarse y, como suele suceder, ese cambio traerá consigo un buen montón de cadáveres —si hubiera tenido lengua se habría relamido en ese punto—. La mayoría de los habitantes de esta ciudad no verá un nuevo día. Apártate de nuestro camino y sobrevivirás.

Andras Sula guardó unos instantes de silencio. Luego hizo una mueca de desprecio.

—Queréis mi dragón —dijo—. Pero sabéis que no podéis controlarlo sin mí.

—Eres ágil de pensamiento —dijo el esqueleto—. No te menospreciaré intentando engañarte. Lo que nos interesa de ti es el lazo que te une a la bestia que despertaste. Por eso respetaremos tu vida. Pero recuerda que no dudaremos en mataros a ambos si se os ocurre la mala idea de enfrentaros a nosotros.

—¿Y mis amigos? —quiso saber—. ¿Qué les sucederá a ellos?

—¿Amigos? —el hijo de Belgadeu se echó a reír—. Tú no tienes amigos. A no ser que te refieras a la chusma que te ha acompañado estos días, los guerreros tatuados y la gigante manca. Si es así, no me queda más remedio que anunciarte que correrán la misma suerte que el resto.

—No... yo... —negó con la cabeza. Por primera vez la seguridad de la que hacía gala se desvaneció. Parecía confuso—. ¿Y Darío?

—¿El trasgo con el que peleabas? Si no está muerto no tardará en estarlo.

—Pero es mío, no puede morir así... —en sus ojos hubo un atisbo del niño que había sido. Un niño al que le negaban algo que creía pertenecerle por derecho—. Soy yo quien debe matarlo... —se quejó.

—Bah... Eres joven. Tendrás la oportunidad de matar a muchos. Se ve a la legua que has nacido para asesino. Además, ¿qué tiene él de especial?

—Me mató —anunció Andras Sula.

—¿Eres un fantasma entonces? ¿La creación de algún nigromante? Porque de no ser así, algo se me escapa... —afirmó—. Olvida tu pendencia con él, no tiene sentido. Pronto será historia y tú le sobrevivirás, ¿qué mayor victoria que ésa? —las vértebras de su cuello crujieron al inclinar su calavera para mirar de soslayo al muchacho—. Oh, claro. No es tan sencillo. Ahora lo comprendo... Fue el muchachito que te apuñaló, ¿verdad? —el hijo de Belgadeu volvió a entrechocar sus dientes en aquella burda parodia de carcajada que era su risa—. ¿Le echas la culpa de haberte convertido en lo que eres? ¿Es eso? ¿Cuando no te soportas le culpas a él? —al ver la turbación que provocaban sus palabras en el piromante redobló su risa—. Yo también lo hice en mi tiempo. Sí. Maté a mi creador con mis propias manos y me vestí con su pellejo. Él me convirtió en el horror que ves. ¿Cómo no iba a hacérselo pagar? Niño, niño... cuánto nos parecemos.

—No tengo nada que ver contigo —gruñó el muchacho.

—¿Eso crees? Llevas el asesinato y la depravación marcados a fuego en el rostro. Ah. Hurza debería haberte reclutado para nuestra causa, pero tienes demasiada magia como para que se lo haya planteado siquiera. Qué lástima. Qué verdadera lástima.



Caleb se ocultaba entre las sombras; mantenía la mano izquierda apretada contra el pecho en un intento absurdo de refrenar los latidos de su corazón. En la derecha empuñaba el cuchillo. En el tiempo que llevaba al acecho del brujo de fuego nunca se había atrevido a acercarse tanto como hoy, estaba apenas a cinco metros de distancia, acucillado entre un montón de cascotes. Se encontraba situado contra el viento, aunque era consciente de que éste podía traicionarlo en cualquier momento y conducir su olor hasta el dragón.

Había seguido al piromante y al trasgo durante su largo combate a través de la ciudad en ruinas. Cuando llegaron las gárgolas, Caleb, intuyendo que también corría peligro, se pegó al muro del patio y cerró los ojos con fuerza, como si con ese gesto disminuyera la probabilidad de que los seres de piedra dieran con él. Al terminar la lucha, descubrió que el dragón y el brujo continuaban vivos y que el trasgo había desaparecido.

Ahora, desde su escondite, escuchaba atento la conversación que mantenían el brujo y el hombre esqueleto. La voz de éste era espantosa, tanto que cada vez que hablaba le daban ganas de gritar.

—Ya te he dado el mensaje que venía a entregarte —dijo aquel engendro—. En tu mano está hacer caso a nuestra advertencia o no. Para serte sincero, me encantaría que te entrometieras —se acarició la mandíbula—. Hace mucho tiempo que no mato

un dragón.

El hijo de Belgadeu, tras decir eso, inclinó la calavera, se acercó a su gárgola y montó en ella. El piromante le observaba con los puños apretados.

—No soy como vosotros —murmuró en voz lo bastante alta como para que el esqueleto lo escuchara.

Las lenguas de fuego que circunvalaban su cuerpo fueron todas a parar a su antebrazo izquierdo donde forjaron un guantelete de llamas. El hijo de Belgadeu le contempló con atención, iluminado por el resplandor del fuego. Aguardó unos instantes, inmóvil, retando quizá al muchacho a intentar algo, luego hizo castañear sus dientes con sorna y la gárgola alzó por fin el vuelo. En cuanto la oscuridad se tragó a la montura y su jinete, el guantelete ígneo del piromante se apagó. Nada más hacerlo, el brujo trastabilló, a punto de caer al suelo. Estaba agotado. Andras Sula se sentó sobre la pierna de una gárgola, con la cabeza apoyada en las manos y los codos en las rodillas, e intentó controlar su respiración.

En su escondrijo, Caleb sintió el pulso del destino latiéndole en las sienes. Llegaba el momento. Si sólo se separara un momento del dragón, se dijo.

Aferró el cuchillo con todas sus fuerzas.

Su mano ya no temblaba.



Darío atravesaba un laberinto de callejuelas estrechas y retorcidas. En más de una ocasión no le quedó más remedio que retroceder al toparse con un callejón sin salida. Aquellas calles eran una ratonera y ni siquiera la araña parecía capaz de guiarle a través de ellas.

Había estado tentado de trepar de nuevo a los tejados, pero aunque las alturas habían sido sus aliadas en el pasado, hacerlo ahora sería un suicidio. Sólo tenía que mirar hacia arriba para comprobarlo. Las gárgolas habían tomado los cielos, sus sombras se recortaban contra la Luna Roja mientras iban y venían, algunas arremolinadas en enjambres, en solitario otras.

Apretó los dientes y continuó corriendo. Unos metros más adelante volaba la araña y cada poco tiempo dejaba escapar la voz de Marina, siempre la misma secuencia: un «ven» seguido de un «aquí estarás a salvo».

El cansancio, tras la lucha contra Adrián primero y las gárgolas después, comenzaba a afectarle. Notaba las piernas pesadas y un dolor candente en las articulaciones que aumentaba a cada paso. Y no sólo le lastraba el agotamiento: el vacío de su estómago reclamaba otra vez su atención. El hambre había regresado.

Al fin la araña encontró la salida de aquel laberinto de callejas. Darío se acuclilló

en la esquina y estudió lo que aguardaba más allá: un descampado sembrado de escombros y, a unos cien metros, una de las rampas que conducían al cementerio. ¿Era allí donde esa cosa pretendía llevarlo?

«Ven», repetía la voz de Marina. «Aquí estarás a salvo». Pero a Darío le bastó un solo vistazo para saber que la araña se equivocaba: de toda Rocavarancolia, aquel era, con toda probabilidad, el lugar más peligroso esa noche. Había más concentración de gárgolas allí que en ninguna otra parte de la ciudad.

Darío se incorporó, con una mano apoyada en la empuñadura de la espada, y echó a correr hacia la rampa. Sólo era cuestión de tiempo que las estatuas le descubrieran. Descendió la cuesta a trompicones, a punto de caer rodando en más de una ocasión. En cuanto llegó al cementerio corrió agazapado hasta el mausoleo más próximo y se pegó a la pared. El lugar era un pandemonio de voces muertas. Los enterrados aullaban y gritaban, casi se les oía patalear enfurecidos dentro de sus tumbas.

—¡Fuera de aquí! —exclamaban sus voces entremezcladas—. ¡Fuera! ¡Sois mentira y corrupción! ¡Infamia perversa! ¡No estáis vivos! ¡Sois un fraude! ¡Un espejismo! ¡Marchaos de aquí!

—Esto es una locura —murmuró Darío, impresionado por aquel caos. Se preguntó si la rabia de los muertos tenía que ver con la invasión del cementerio o con el hecho de que aquellas cosas les recordaban su verdadera naturaleza.

—Mantente alerta, muchacho —le recomendó un muerto cercano—. El enemigo está en todas partes. Ojos abiertos y pies rápidos. Eso necesitas.

Darío sacudió la cabeza. Se negaba a entablar conversación con un cadáver. Permaneció allí unos instantes, armándose de valor para continuar. Ahora venía la parte más peligrosa del trayecto. Avanzó de panteón en panteón, ocultándose entre las sombras, intentando fundirse con ellas. Aunque no era consciente de ello, no dejaba de olfatear el aire como una bestia furtiva, atento a cualquier olor extraño. Mucho antes de llegar al corazón del cementerio, pudo escuchar el estruendo de las estatuas allí reunidas. Era un martilleo constante, un ruido atronador que se imponía al griterío de los muertos hasta el punto de silenciarlo. Darío se detuvo a cien metros del lugar, agachado entre setos.

Había cientos de estatuas alrededor del Panteón Real. Una multitud de engendros rompía contra el gran edificio como un frenético mar de piedra viva. Estatuas y gárgolas se atropellaban en su ímpetu por acercarse a sus puertas. Era del todo imposible llegar hasta allí. Y como si se tratara de una broma ridícula, la araña se empeñaba en que tomara esa dirección.

—Ven —le pedía—. Aquí estarás a salvo —añadió, y la incongruencia de esa frase estuvo a punto de hacer que se echara a reír de pura histeria.

Aunque Marina estuviera dentro, no tenía la menor oportunidad de reunirse con

ella. Lo que debía hacer era salir cuanto antes del cementerio y buscar un lugar donde refugiarse. Cuando se giraba, dispuesto a desandar el camino andado, descubrió una estatua a su espalda, observándolo con ávida fijeza. Era un ángel de piedra; tenía la cabeza atravesada por una flecha y abría y cerraba la boca como un pez que se asfixia. La estatua echó a correr hacia él, dando bandazos de un lado a otro. Darío saltó a su encuentro y de dos mandobles acabó con ella, tan deprisa que cuando se acuclilló en el suelo aún tenía la esperanza de no haber sido descubierto.

Entonces llegó el dragón.

Su sombra se abatió sobre Darío, un charco de oscuridad que ensombreció aún más la noche. El muchacho se giró entre torbellinos de viento y lluvia y el batir de poderosas alas. Era un dragón negro, tan inmenso como la mayor de las construcciones del cementerio. Aterrizó sobre la cúpula del mausoleo que se levantaba frente a él y extendió sus cuatro alas con una majestuosidad que rayaba lo sobrenatural. Sobre su lomo montaba una segunda estatua, una mujer de endiablada belleza que le dedicó una sonrisa rebotante de colmillos. Darío se incorporó, sabedor de que ya era inútil toda precaución. Decenas de estatuas se aproximaban a él, corriendo unas, volando otras... Se tragó una maldición y retrocedió un paso mientras empuñaba la espada y buscaba una vía de escape.

En ese preciso instante las puertas del Panteón Real se abrieron de par en par, con tal potencia que parecieron a punto de salirse de sus goznes. Darío tuvo un atisbo de una chistera verde entre las estatuas antes de que una explosión sobrecogedora las desperdigara por todas partes; algunas chocaron contra los panteones y tumbas cercanas entre las quejas y aullidos de los muertos.

—¡Corre, Darío! —le gritó el demiurgo—. ¡Corre!

El muchacho había despejado un pasillo entre el trasgo y la entrada. Era una brecha mínima, pero mucho más de lo que había tenido hasta entonces. Marina estaba allí, al otro lado de la puerta, observándolo ansiosa, junto al demiurgo, el ángel negro y un puñado de desconocidos armados. Darío echó a correr hacia ellos, tan deprisa que perdió el equilibrio en la arrancada. El dragón saltó de la cúpula, se impulsó en el barro y fue tras él. La locura en el cementerio subió de grado cuando alguien gritó desde el panteón y, en respuesta, una miríada de sombras saltó sobre el dragón y las estatuas que amenazaban con cortar el paso de Darío. Una batalla campal estalló a las puertas del Panteón Real, una batalla entre gárgolas y tinieblas, entre engendros de piedra y criaturas de sombra.

Darío corría sin prestar atención a las embestidas con las que su arma mágica le iba abriendo paso sin hacer distinción alguna entre onyces y estatuas. Ya había recorrido la mitad del trayecto cuando una explosión demoledora en el vientre le arrancó del suelo y le hizo caer de espaldas. La boca se le llenó de sangre. Algo le acababa de atravesar de parte a parte. Trató de incorporarse y descubrió una barra

afilada emergiendo de su estómago. Era un arpón. Le acababan de arponear, comprendió, alucinado. Y ahora le arrastraban por el barro, como si no fuera más que una pieza de pesca que alguien quisiera cobrar. Intentó girarse y el dolor fue tan brutal que, durante un breve lapso de tiempo, perdió la consciencia. Volvió en sí al momento para descubrir, a pocos metros de donde estaba, a un hombre rubio y fibroso que recogía la cuerda atada al otro extremo del arpón. Con cada tirón que el extraño daba, Darío sentía cómo se desgarraba por dentro.

Dirigió de nuevo la vista al panteón. Alargó una mano temblorosa hacia el grupo que se apiñaba en la entrada. Marina intentó salir en su ayuda, pero Héctor se lo impidió sujetándola por los hombros. Estaban tan cerca y a la vez tan lejos... Se revolvió en el suelo, respirando su propia sangre. La periferia de su visión era un caos de relámpagos y tinieblas y estatuas enfrentadas. Vislumbró a un hombre enorme, de cuerpo tatuado que corría hacia un grupo de sombras empuñando una espada bastarda. El mundo había enloquecido y él estaba a punto de morir arponeado en el barro.

Un centelleo de plata le envolvió de pronto. Cuando éste se apagó descubrió a un desconocido agachado junto a él. Llevaba el rostro cubierto por una máscara negra sin rasgo alguno y vestía un immaculado traje blanco al que no parecía afectarle, al igual que a su capa, ni la lluvia ni el barro. El desconocido agarró la soga con la que tiraban de Darío y ésta se desintegró entre sus dedos. El arponero cayó al suelo, víctima de la inercia, mientras el trago, tras una sacudida, quedaba inmóvil, a medio sumergir en un charco.

—Aguanta la respiración porque esto va a doler —le pidió el enmascarado. A continuación extrajo el arpón de su vientre de un fuerte tirón. Darío se convulsionó, aullando de dolor. La sangre manaba a borbotones. Intentó taparse la herida con las manos, pero el desconocido se las retiró con rudeza y posó su propia palma sobre el vientre abierto mientras canturreaba un sortilegio de curación. Al momento la agonía comenzó a desaparecer. Ya iba camino de volverse tolerable cuando el mago interrumpió el hechizo, repentinamente tenso.

Una figura se aproximaba a ellos, caminando veloz bajo la tormenta. Era un hombre idéntico al que acababa de salvarlo, con el mismo traje y la misma máscara, aunque con los colores invertidos. El que llegaba extendió una mano y al instante una lluvia de magia maléfica se precipitó sobre ellos. El hechicero de la máscara oscura desvió todos los ataques con su brazo libre, luego, olvidándose de Darío, se incorporó, desenvainó una espada negra y saltó al encuentro del recién llegado. El arma de éste era de un blanco cegador.

Darío los perdió de vista en segundos, se convirtieron en dos borrones acelerados que desaparecieron entre las tumbas. El cementerio era un caos de sombras y estatuas, de gritos y golpes. El hombre que lo había arponeado danzaba entre criaturas



tenebrosas que cambiaban de forma con cada ataque. Intentó incorporarse y para su sorpresa lo consiguió. Entrevió una estatua que se aproximaba, pero antes de que llegara hasta él voló en pedazos. El demiurgo estaba fuera del panteón, con las manos extendidas y unidas como si empuñara una pistola imaginaria. Los escalones eran un hervidero de combatientes. Distinguió a una mujer translúcida moviéndose entre ellos, y a un hechicero de pelo castaño que hacía retroceder a varias gárgolas a golpe de magia mientras se apuñalaba a sí mismo en el antebrazo. Cada vez acudían más estatuas a las puertas del mausoleo. Y a medida que su número aumentaba, el demiurgo y los suyos iban retrocediendo mientras las sombras intentaban contenerlas.

Darío reanudó el camino hacia allí tambaleándose, con las manos aferradas al estómago del que todavía manaba sangre. De nuevo, un destello plateado anunció la aparición del mago de la máscara negra. Se materializó un metro por delante, con la espada cruzada ante el rostro. Señaló a Darío y al instante el muchacho sintió cómo la magia lo impulsaba hacia las escaleras; prácticamente voló hacia allí. El hechicero corrió tras él, abriendo camino a golpe de sortilegio.

—¡Serena! ¡Desgarro! —aulló a mitad de las escaleras. Se había dado media vuelta, con las manos entrelazadas ante el pecho como si quisiera dar forma a una complicada sombra chinesca—. ¡Cae muerte del cielo y no puedo contenerla solo!

Por el rabillo del ojo, Darío vio vibrar el aire a su espalda. Una cortina luminosa flameó tras ellos, una barrera de protección para frenar lo que ya llegaba: por un momento pensó que se trataba de fuegos de artificio, torrentes de luces pardas y proyectiles ígneos volaban en su búsqueda.

Darío se preguntó si la barrera podría aguantar semejante embestida.

Luego todo explotó.

\* \* \*

A Karim no le quedó más alternativa que dormir a Lizbeth. La agitación del exterior comenzaba a alterarla y no quería correr el riesgo de que saliera del círculo de protección que había trazado en torno a ellos. Acarició su encrespada testuz mientras murmuraba un hechizo suave de sedación que, poco a poco, la fue induciendo a un profundo sopor. Aquel sortilegio era la magia más agresiva que se atrevía a usar con ella. El equilibrio mental de la loba era tan inestable que cualquier mínima incidencia podría enloquecerla. Sonrió al pensar que ese estado también lo describía a él a la perfección. Se encontraba más lúcido de lo que había estado en meses, por supuesto, pero no se engañaba: la locura le rondaba. El haber recordado su nombre había obrado el milagro de tranquilizarlo, sí, pero su mente y su alma estaban tan castigadas

que jamás recobraría del todo la cordura.

Una vez la loba cayó rendida, el cambiante recorrió el perímetro del círculo de protección para comprobar que las runas de amparo continuaran intactas. Nada más ver las primeras gárgolas en los cielos, Karim y Lizbeth se habían ocultado en unas viejas caballerizas situadas al sur de la cicatriz de Arax, muy cerca del anfiteatro. El cambiante no tenía claro qué estaba ocurriendo, pero no se le escapaba la gravedad de la situación.

Regresó al centro del círculo y se sentó junto a la loba, apoyando la espalda en su costado. La respiración de Lizbeth resultaba tranquilizadora, era un oleaje amable que mecía su cuerpo y calmaba su espíritu. El cambiante alzó la mirada, preso también de una repentina somnolencia. La techumbre sobre su cabeza estaba destrozada y le permitía contemplar el cielo y la lluvia precipitarse sobre ellos. Sonrió mientras las gotas de lluvia le corrían por el rostro. Agradecía aquel contacto tibio. Le hacía sentir bien. Le hacía sentir puro.

—¿Crees que algún día lloverá lo bastante para limpiar toda la sangre que mancha estas calles? —le preguntó a Lizbeth. La única respuesta que obtuvo de la loba fue su respiración sosegada—. ¿Quién sabe? Quizá el agua nos purifique a todos. Quizá limpie nuestros pecados y nos salve... —suspiró—. Lo sé, es una tontería. Una idea infantil, peregrina —sonrió con amargura. El hecho de plantearse la posibilidad de que existiera redención para ellos le hacía albergar la esperanza de que fuera cierto. Era un pensamiento paradójico, lo admitía, pero era lo único a lo que podía aferrarse. A eso y a su nombre.

El sueño le fue ganando poco a poco, cada vez le costaba más mantener los ojos abiertos. Quería continuar despierto y vigilante, pero la modorra terminó por vencerlo. En ningún momento se le ocurrió pensar que, al igual que él había hecho dormir a la loba, alguien le estuviera haciendo lo mismo a él.

Nada más cerrar los ojos, comenzó a soñar: se encontró de regreso en el patio del torreón Margalar, encarado hacia el muro que lo circundaba. La Rocavarancolia que se adivinaba tras ellos no tenía nada que ver con la real. Desde donde estaba, alcanzaba a distinguir minaretes de espléndida belleza, cúpulas diamantinas, torres de acabado magnífico... Karim se giró sorprendido. Había escuchado la voz de Alexander y, un instante después, en respuesta, la risa de Rachel. Pero el patio estaba desierto. Ni siquiera el rey arácnido se encontraba en su pedestal.

Caminó hacia la entrada del torreón. Se oía gente dentro. Eran ellos, los muchachos con los que había convivido durante tanto tiempo. Reconoció la voz de Lizbeth cuando la joven la alzó para reñir a alguien. Adrián se quejó y Maddie hizo un comentario despectivo que Alex remató con una broma. Natalia le insultó y Ricardo intentó poner calma.

Karim llegó hasta la puerta y contempló el pomo de la misma, indeciso. Quería

ver a sus amigos una vez más. Necesitaba hacerlo. Necesitaba explicarles lo que había hecho y el porqué. Si le perdonaban, quizá él lograra perdonarse a sí mismo. Pero ¿y si no lo hacían?

La mano le temblaba cuando abrió la puerta. Las voces del interior cesaron en el acto. Vio siluetas fantasmales a lo lejos, sombras que se desvanecían.

—¡Esperad! —rogó—. ¡Soy yo! ¡Marco! ¡Marco!

Una figura comenzó a materializarse ante él. Fue como si un ovillo de hebras blancas hubiera estallado ante sus ojos, un caos de cuerdas e hilos que comenzaron a anudarse entre sí hasta formar una figura humana. Era dama Brisa, vistiendo el mismo aspecto que había tenido en el final del sueño en el que le había revelado su nombre: una niña morena con vestido azul. La expresión de la pequeña delataba un hondo pesar. En sus manos portaba algo envuelto en un pañuelo negro.

—Ha llegado la hora —comprendió. Intentó sonreír, pero no fue capaz de hacerlo—. Me devolviste mi nombre y a cambio me arrancaste una promesa. Vienes a exigirme que la cumpla, ¿no es así?

—Estás en lo cierto —admitió la niña con pesar—. Ojalá fuera de otro modo. Ojalá hubiera otra manera de dar este paso —le tendió el objeto envuelto en el pañuelo y Karim, sin alternativa, lo recogió. Nada más tocarlo supo qué contenía. Sintió un mordisco gélido en el estómago al notar la empuñadura y el filo de un puñal. Pero nada le preparó para lo que dama Brisa dijo después—: Debes entrar en el castillo y matar a dama Sueño —le ordenó.

—¡No! —exclamó él, horrorizado. Quiso dejar caer el cuchillo al suelo, pero el sueño se lo impidió—. Haré cualquier cosa, pero no me pidas que le haga daño a nadie...

—Te devolví tu nombre —le recordó dama Brisa con severidad. Mientras hablaba dejó de ser una niña para convertirse en una mujer adulta, de rostro severo—. Y me diste tu palabra de que cumplirías mi mandato. Sin preguntas. Sin quejas. Lo harás. Tienes que hacerlo.

—No lo haré —insistió él. Le temblaba la voz. No era más que un niño perdido, un niño asustado.

—Lo prometiste —insistió dama Brisa.

—Prefiero romper una promesa a quitar una vida. Mistral era un asesino, pero Karim no. Karim nunca le hizo daño a nadie. No puedes devolverme mi nombre para pedirme luego que lo manche de sangre. ¡No puedes hacer eso!

—Y precisamente eso estoy haciendo —terció de pronto una nueva voz junto a él—. Porque si no cumples la tarea encomendada, Rocavarancolia se convertirá, de verdad, en un reino de pesadilla. ¿Eso quieres, Karim?

Era dama Sueño la que se dirigía a él. Había aparecido de la nada, envuelta en un camisón blanco, arrugada y marchita.

—Tienes que matarme o todo estará perdido —le aseguró. La benevolencia de su mirada le desarmó por completo. Y aun así...

—No puedo hacerlo —balbuceó. Aquellas mujeres no parecían comprender la magnitud de lo que le pedían. Con su nuevo nombre podía fingir que sus manos no estaban teñidas de horror, vistiendo el cuerpo del muchacho que había sido podía mentirse a sí mismo y afirmar que no era un monstruo.

—Puedes. Yo te lo pido. Mírame, Karim. Si no me matas, Hurza triunfará y convertirá Rocavarancolia en un infierno. Es la hora del sacrificio, la hora de la expiación —sonrió, benévola y extendió los brazos—. Amigo mío, ha llegado el momento de poner fin a las pesadillas y alumbrar una nueva esperanza.

—¿Y conseguiré eso asesinandote? —quiso saber él, enardecido—. Me encantaría que me explicaras cómo, dama Sueño. Me encantaría saber por qué el camino de mi redención pasa sobre tu cadáver. Déjate de misterios y habla con claridad. ¿Por qué debo matarte?!

—Está bien —concedió ella. Poco importaba ya que el Comeojos pudiera hacerse con los recuerdos del cambiante y descubriera así sus planes. Si Karim fracasaba, todo estaría perdido—. Te mereces saber la verdad, te mereces saber por qué es necesario que hundas ese cuchillo en mi corazón —se estremeció al decirlo—. Todo empezó hace treinta años, durante la batalla en la que tanto se perdió...

El escenario que los rodeaba se fue diluyendo a medida que dama Sueño hablaba hasta que, de pronto, Karim se encontró en mitad de una plaza desconocida, rodeado de edificios fabulosos y estatuas de cristal. El cambiante escuchó atentó lo que la hechicera le decía, al principio sin prestar atención al nuevo escenario del sueño. No supo en qué punto de la explicación comenzó a llorar, ni en qué instante cayó de rodillas, demasiado afectado como para permanecer en pie. No hizo ninguna pregunta, se limitó a escuchar.

—¿Lo entiendes ahora? —quiso saber dama Sueño cuando terminó de hablar.

Karim asintió y miró en derredor. Contemplaba el mundo que le rodeaba a través de una película vibrante y húmeda. Las lágrimas eran constantes, continuas. Descubrió la estatua de un joven negro a escasos metros de donde se encontraba. En su interior revoloteaba una mariposa de luz. Su continuo aleteo emocionó a Karim más allá de las palabras.

—Lo entiendo —susurró—. Cumpliré mi promesa, dama Sueño. Iré al castillo y clavaré ese maldito cuchillo en tu corazón, aunque eso me condene al más oscuro de los infiernos.

Después despertó.

Se incorporó tan sobresaltado que perdió el dominio de su ser y buena parte de su cuerpo se convirtió en hilachas mal hilvanadas. Las lágrimas todavía corrían por su cara. Hipó y moqueó. La loba deforme había despertado mientras él dormía y, a pesar

de sus temores, había permanecido a su lado, velando su sueño. Lizbeth apoyó el hocico húmedo en su pecho y le miró con sus ojos enloquecidos. Él se abrazó a su pelaje con fuerza. Al hacerlo un sonido amortiguado se escuchó justo a sus pies. En el suelo estaba el pañuelo que dama Brisa le había dado en el sueño. Lizbeth lo olisqueó con tanta fuerza que desenvolvió el puñal. Era pequeño, de un color gris uniforme tanto en la guarda como en la hoja. De hecho, todo parecía fabricado en un mismo material. En la empuñadura había una serie de palabras grabadas: las que debía recitar al hundir el arma en el corazón de la hechicera.

«Un cuchillo hecho de sueños», se dijo Karim mientras lo recogía. Apenas pesaba, pero le costó un notable esfuerzo alzarlo ante sus ojos. «Un puñal de sueños para terminar con las pesadillas».



Caleb empuñó el cuchillo con la fuerza desesperada del náufrago que se aferra a su única tabla de salvación.

El monstruo rubio estaba a apenas dos metros de distancia, de espaldas a él, indefenso. Se había levantado hacía sólo un instante para acercarse hasta un montón de piedras situado ante el escondrijo de Caleb. El muchacho desató el cordel de su pantalón y, poco después, comenzó a mear ruidosamente contra las rocas. Nunca tendría una oportunidad mejor. Era el momento. El dragón dormitaba con su enorme cabeza recostada sobre sus garras entrelazadas.

Tenía que matarlo de una sola puñalada. No tendría oportunidad de una segunda. Sabía dónde debía clavar el cuchillo: en la nuca, en el nacimiento del cuello, con toda la violencia de la que fuera capaz. Saber que iba a morir en los próximos segundos le infundió una calma extraordinaria.

Aunque triunfara en su empeño y matara al brujo, el dragón acabaría con él. Lo sabía y aceptaba. Su existencia había dejado de tener sentido tras lo ocurrido en el anfiteatro. Caleb había dejado de ser un hombre para convertirse en poco más que un arma, un proyectil que el destino había disparado justo en el momento en que el monstruo guio al dragón hasta sus niños. Y ahora ese proyectil, esa flecha disparada por el odio y la venganza, estaba a punto de alcanzar su destino. Redobló la fuerza con la que empuñaba el puñal y se incorporó, en silencio absoluto.

Sólo le separaban cuatro pasos del monstruo. Mientras los daba, despacio, tenso, recordó a una de sus hienas; había nacido en la última camada y era tan pequeña y enfermiza que ni siquiera le puso nombre, pensando en que no sobreviviría ni un solo día. Era demasiado débil, demasiado frágil. Pero lo logró. La vida se impuso a la lógica y la hiena se abrió camino. Aun así, Caleb nunca quiso darle nombre. Temía que al

hacerlo algo terrible pudiera pasarle, como si corriera el riesgo de llamar la atención de la mala suerte. Aquel animalito estaba lleno de una incontenible alegría, todo él rebosaba ganas de vivir. Parecía entender que su existencia era un milagro y quería disfrutarla al máximo. Hasta que llegó el dragón.

Mientras Caleb daba el último paso, mientras alzaba el cuchillo, se dio cuenta de que, una vez él muriera, no quedaría nadie en la creación para recordar a esa pequeña hiena que vivió cuando debería haber muerto.

Luego asestó el golpe.

Andras Sula se revolvió, alertado quizá por el silbido del arma al buscar su cuello. La hoja se hundió en su hombro mientras se giraba, ya con la espada en la mano. Golpeó sin pensar. Lanzó una estocada brutal que entró por la boca del estómago de Caleb y salió entre sus omoplatos. Caleb se estremeció y cayó hacia delante. Por un momento pareció a punto de abrazar a su asesino. A continuación le escupió en la cara. Un salivazo ensangrentado que hizo que el muchacho reculara, todavía desconcertado por lo que acababa de ocurrir.

—Monstruo —le espetó Caleb; la voz le reverberaba debido a la sangre que inundaba su garganta—. Monstruo... —no dijo más. No lo necesitaba.

El odio que se asomaba a los ojos de Caleb era algo más que un sentimiento, estaba vivo, rabiaba. El odio de Caleb habría erosionado mundos y hecho apartar la mirada a los mismísimos dioses.

—Lo siento... —murmuró el muchacho. No era Andras Sula quien hablaba, era Adrián, un niño que había actuado sin pensar, un niño superado por los acontecimientos, por aquella mirada que lo juzgaba y condenaba. Un niño que había olvidado que conocía magia capaz de restañar heridas—. Lo siento, lo siento. Creía que eras el maldito esqueleto... creía que eras...

En ese momento, el dragón escupió un chorro de llamas sobre ambos. Alguien había atacado a su hermano de fuego y él actuaba en consecuencia. El muchacho aulló, indemne a la llamarada, al ver cómo Caleb se consumía entre sus brazos. Absorbió de prisa el fuego, pero ya era tarde. El cuerpo, reducido a una tosca caricatura de ser humano, cayó sobre él, rígido y humeante.

El piromante resbaló en su propia orina y cayó contra los escombros. El cadáver se le vino encima. En un intento desesperado de apartarlo golpeó la calavera ennegrecida. El cráneo cayó a sus pies mientras el resto del cuerpo rodaba de lado.

Desde el suelo, las cuencas vacías de la calavera continuaban mirándolo, ya sin odio, pero de alguna forma, de algún modo, aquel vacío, aquella negra oscuridad circunvalada de hueso carbonizado era aún peor que la mirada rabiosa de Caleb.

## XVII

# Parlamento

—Me lo podía esperar de cualquier otro... pero ¿de ti? —Natalia sacudió la cabeza, apesadumbrada, mientras se golpeaba el pecho melodramáticamente con un puño—. Eres una traidora, una vendida. ¡Maldigo el día en que te conocí!

—Eres tan graciosa —masculló Héctor.

—No te hagas el tonto. También te ha dolido verla aquí.

Los dos muchachos estaban ante la estarna de Su Majestad Arachnihentheradon, el rey arácnido que durante tanto tiempo había presidido sus idas y venidas por el patio del torreón Margalar. Había sido una de las estatuas que se habían colado en el mausoleo antes de que lograran cerrar las puertas y ahora, como aquéllas, permanecía inmóvil, con sus garras crispadas, la boca entreabierta y el cuerpo tenso. La magia de Hurza la impulsaba a matar pero la hechicería que protegía el edificio se lo impedía. La tensión resultante era tal que daba la impresión de estar a punto de hacerse pedazos.

—¿No podríamos desactivarlas o algo? —preguntó Marina—. Me ponen nerviosa.

—Imposible —contestó dama Desgarro—. Un demiurgo podría hacerlo, pero no aquí dentro. No nos queda más remedio que soportar su presencia.

Cerca de medio centenar de estatuas se desperdigaban por el amplio vestíbulo. Natalia había decidido mantener con ellos a parte de su tropa de sombras, aun a sabiendas de que las estatuas invasoras no podían atacarles allí. Nadie le había llevado la contraria, no después de que tantas onyces hubieran caído en la escaramuza mantenida a las puertas del panteón. A Héctor le costaba olvidar la impotencia que había sentido durante la lucha. No le había quedado más remedio que mantenerse al margen cuando su naturaleza de ángel negro le instigaba a unirse al combate. Pero habría sido una temeridad, sólo necesitaba ver la avidez con la que aquellos engendros le miraban para comprender lo arriesgado que era poner un pie fuera. Al menos, descontando a las onyces, no habían sufrido bajas. El peor parado había sido Darío, y dama Serena no había necesitado nada más que un instante para curarlo.

El enemigo continuaba fuera, golpeando con saña la puerta del panteón. Al menos se habían librado del estruendo que producían. Sedalar Tul había anclado un

sortilegio de silencio para no tener que oír las continuas embestidas de sus sitiadores. Aun así, la sensación de amenaza pesaba como una losa sobre el mausoleo.

Calificar como extravagante el grupo que había terminado reunido allí era quedarse corto. Sólo hacía falta observar a su última adquisición para darse cuenta: el Lexel negro estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo y aunque era imposible saberlo a ciencia cierta dada la máscara que ocultaba sus rasgos, Héctor tenía la impresión de que no hacía otra cosa que mirarlo. Resultaba inquietante, había algo equivocado en él, aunque no podía precisar el qué, era algo inaprensible, un aura vaga y etérea que, de alguna forma, parecía interferir con los sentidos.

—El Lexel negro —dijo alguien a su lado. Era dama Desgarro. La mujer parecía más avejentada que de costumbre—. Su hermano y él forman, sin duda, la criatura más singular del reino.

—¿La criatura? —preguntó Natalia, extrañada.

—Así es. Son un único ente aunque lleven vidas separadas —el sonido de su respiración era grumoso, burbujeante—. Si hay alguien aquí en quien podemos confiar es él —indicó—. Mientras su hermano siga combatiendo junto a Hurza, tenemos su fidelidad garantizada. Ambos se odian a muerte.

—¿Por qué le llamas Lexel negro? —preguntó Héctor—. La máscara que lleva es de ese color, pero la ropa que viste es blanca.

—Es una simple cuestión de perspectiva —contestó ella—. Es así como él mismo se denomina. No tiene nada que ver con cómo le vemos nosotros, tiene que ver con la manera en la que él ve el mundo.



Darío se mecía de manera continua, casi convulsa, sentado al borde de un banco, con las manos en las rodillas y la vista fija en el suelo. Intentaba por todos los medios aislarse del mundo pero le resultaba imposible conseguirlo. El hambre se lo impedía; aquel vacío, simplemente, le despedazaba por dentro. Trataba de ordenar sus pensamientos, de razonar con lógica, pero era un esfuerzo vano. En lo único que podía pensar era en lo hambriento que estaba. Y en lo cerca que tenía la solución.

Marina se sentó a su lado. El trago ni la vio ni la oyó acercarse, pero sí la olió llegar. Arrastraba con ella olores a seda húmeda y a musgo, a especias dulces y a vino tinto.

—Llega un momento en que dejas de pensar en ellos como tus semejantes —dijo la vampira después de un largo silencio. Darío notó el aroma de su aliento, carnoso y tibio, en el aire—. Hasta tus amigos se convierten en simples presas en tu cabeza. No son más que... comida.



Darío se arriesgó a mirarla. Comenzó a salivar en el acto. En su mente no había espacio para admirar la hermosura de Marina, ni para los sentimientos que en otros momentos le habría provocado contemplarla. Sólo había lugar para la necesidad, brutal, demoledora, de alimentarse. Ya estaba familiarizado con su olor, lo que necesitaba ahora era adentrarse en su sabor, llenarse de él hasta quedar saciado. Se imaginó devorándola, se imaginó hundiendo sus colmillos en aquella carne blanca, desgarrando y mordiendo... Apartó la mirada.

—¿Cómo puedes soportarlo? —la pregunta sonó acompañada de un gruñido animal.

Marina se encogió de hombros y subió las piernas al banco. Su olor se hizo más intenso al cambiar de postura.

—No puedo —contestó—. La única diferencia entre tú y yo es que a mí un par de idiotas me han alimentado con su propia sangre. Estoy sedienta, sí, pero no tanto como debería estarlo. No tanto como lo estaré... —señaló con la cabeza hacia un banco cercano. Allí el demiurgo seguía inclinado sobre el talismán que apenas había dejado de estudiar desde que habían entrado en el panteón—. Sólo nos queda confiar en él.

—Perdona si no tengo demasiadas esperanzas... No me siento demasiado positivo ahora mismo. Estoy a punto de volverme loco —contempló las palmas de sus manos, ya casi zarpas—. No quiero ser esto. Me niego a serlo. Prefiero la muerte.

—No digas eso.

—¿Por qué no decirlo si es lo que pienso? Voy camino de convertirme en un engendro: tanto en cuerpo como en mente. Si cierro los ojos me veo haciéndote daño —le confesó—. Me imagino devorándote... —intentó sonreír y, para su sorpresa, lo consiguió—. ¿Y dices que en tu sueño nos pasábamos años enfrentándonos a esto? Lo siento. No me lo creo. Esta vez tus visiones no se harán realidad.

Ella guardó silencio durante unos instantes, como si estuviera sopesando qué decir a continuación.

—Alguien me ha dicho hace poco que lo que veo en sueños son futuros probables —le anunció—. No sé si lo entendí bien, pero si es así resulta que he estado equivocada todo el tiempo y que no veo el futuro: veo posibilidades. Mis sueños proféticos no tienen por qué cumplirse...

Sueño posibilidades, no futuros reales —se llevó una mano al cabello—. Lo siento. Me explico fatal.

—Te he entendido —dijo él tras una pausa—. Lo que quieres decir es que la vida juntos que soñaste no tiene por qué suceder. Es una posibilidad, nada más.

—Eso es —ella sonrió.

—Tiene que ser una posibilidad muy pero que muy pequeña —aseguró Darío mientras negaba con la cabeza—. Pero me alegra que exista...

—¿Te alegra? —parecía sorprendida—. ¿Aun sabiendo cómo terminaría? Lo de matarnos el uno al otro y eso...

—No, no me has entendido. No quiero que suceda, pero me alegra que exista la posibilidad, porque eso... —calló un instante, con una mano en el vientre para sofocar el agujonazo del hambre—... porque eso significa que existe la posibilidad, aunque sea pequeña, aunque sea ridícula, de que te enamores de mí.

Marina sonrió, fue la sonrisa más dulce que Darío había visto nunca. Y por eso fue aún más chocante ver cómo su expresión cambiaba de forma tan drástica, cómo pasaba, sin solución de continuidad, de la dulzura a la perplejidad y de ésta al pánico. Las puertas del Panteón Real se estaban abriendo, lo hacían despacio, muy despacio, y en el más absoluto de los silencios por obra y gracia del hechizo del demiurgo.

Primero entró la lluvia, a rachas salvajes, violentas; en cuanto hubo la separación necesaria entre los dos batientes, irrumpieron las estatuas, arrollándose unas a otras.

Su llegada resultó todavía más amenazadora envuelta en aquel silencio sepulcral. Los refugiados comenzaron a acercarse los unos a los otros; sólo el Lexel negro permaneció sentado, variando lo justo su postura para contemplar a la horda de piedra que llegaba. Las onyces de Natalia formaron una barrera de contención entre el grupo y las estatuas.

—Pase lo que pase, no perdáis la calma —les recomendó dama Desgarro—. Recordad que aquí estáis a salvo. No pueden haceros daño.

—Ni nosotros a ellos —gruñó Argos, el guerrero anciano, con la mano artrítica sobre la empuñadura de su arma envainada.

A pesar del consejo de dama Desgarro, Darío no pudo evitar que el corazón se le acelerara al ver acercarse tal cantidad de engendros. Echó mano a la vaina de su espada y descubrió que esta ya no estaba allí. La debía de haber perdido en algún momento de su carrera hacia el panteón. La ausencia del arma que tantas veces le había salvado la vida le intranquilizó todavía más.

La primera línea de estatuas se detuvo a apenas dos pasos de las sombras de Natalia. Dama Desgarro entrecerró su único ojo cuando aquel mar de piedra se abrió para flanquear el paso a las cinco criaturas que escoltaba en su seno. Cuatro eran miembros del Consejo Real: allí estaban Ujthan; Solberino; el hijo de Belgadeu, tan lúgubre sin la piel de su creador como vestido con ella; y el Lexel blanco, que se deslizaba levitando a un palmo del suelo, frotándose con deleite las manos mientras mantenía la vista fija en su hermano. Dama Desgarro nunca había visto al ser al que acompañaban los miembros del consejo. Era un hombre alto y recio, de anchos hombros y piel parda, que marchaba totalmente desnudo; tenía un cuerno en la frente y una mirada que asfixiaba. Había algo extraño en su caminar, cierta cojera.

—Es él... —susurró Marina, con tal aprensión que a nadie le habría sorprendido ver encanecer aún más su cabello—. Es Hurza.

Aun a pesar de ser la primera vez que veía a aquel hombre, dama Desgarro encontraba algo familiar en él. Cuando se detuvo frente al muro de sombras comprendió de qué se trataba: era el color de su piel; ese tono pardo era idéntico al que había cobrado Belisario al beber la pócima con la que Rorcual había pretendido averiguar el nombre del asesino del anciano. Y el cuerno de su frente era igual al arma con la que habían acabado con su vida.

—Belisario... —murmuró dama Desgarro. La voz le tembló. ¿Desde cuándo llevaba en marcha aquella conspiración siniestra? Y al instante se respondió a sí misma: desde el principio, desde el momento en que Hurza y Harex fueran asesinados. O antes quizá.

—Ese era el nombre del anterior habitante del cuerpo que visto, aunque lo he moldeado ya a mi imagen —anunció el hombre pardo. Sus palabras despertaban extraños ecos en aquel lugar. Casi se podía escuchar bajo ellas el murmullo enloquecido de una segunda voz, una voz de mujer que no dejaba de reír histérica—. Soy Hurza, Hurza Comeojos, ayudé a fundar este reino de traidores y alimañas y ahora he regresado para recobrarlo.

—No hay nada aquí para vosotros —le espetó la custodia del Panteón Real.

—Esmael dijo algo semejante y ahora está muerto, vieja —le anunció con desprecio. Luego miró alrededor—. Aunque tú, de momento, no correrás su misma suerte, bien te has asegurado de ello. Escondiéndoos aquí habéis demostrado qué caterva de cobardes puebla Rocavarancolia. La magia que protege este lugar es poderosa, ni siquiera yo podría quebrantarla.

El Lexel negro se levantó en ese momento, lo hizo despacio, como un hombre satisfecho tras una prolongada y reparadora siesta.

—Por desgracia el reino no estaba preparado para tu regreso, noble Hurza —anunció mientras se estiraba—. De haber aparecido hace treinta años te habríamos dado el recibimiento que mereces, no lo dudes. Pero no te falta razón: en los últimos tiempos Rocavarancolia se nos ha poblado de cobardes y traidores... En el Panteón Real nos hemos reunido los primeros, por lo que puedo comprobar los segundos decidieron irse contigo.

—¿Traidores? —gruñó su hermano, apretando los puños—. ¡Sin Harex ni Hurza no existiría Rocavarancolia! ¡Ellos levantaron el reino y como pago los asesinaron! ¡Esto no es traición, es justicia!

—La única traición aquí es la vuestra —apuntó Ujthan. No había tenido intención de hablar, pero de pronto, para su sorpresa, se encontró haciéndolo—. Has sido expulsada del Consejo Real, dama Desgarro —le anunció con desprecio—. Antes de morir, Huryel te condenó al destierro por interferir en la cosecha. Ya no eres la custodia del Panteón Real ni la comandante de los ejércitos del reino.

—¿De qué estás hablando?

—Hechizaste a un cosechado —le acusó—. Al ángel negro aquí presente. Tu magia le hizo sensible a los peligros de Rocavarancolia y así le ayudaste a evitarlos. Interferiste en la cosecha. Interferiste claramente. No te atrevas a negarlo. Lo sabemos.

—¿Que hizo qué? —quiso saber Natalia.

Héctor no dijo una palabra. No sabía con qué pruebas contaba aquel hombre, pero no pensaba cometer el error de confirmar sus acusaciones.

—Y no ha sido el único miembro del consejo que ha participado en la conspiración. Denéstor Tul lo sabía. Denéstor Tul lo alentaba... —a Ujthan le temblaba la voz de pura rabia, pero no por los crímenes que estaba desvelando. La rabia era para con él: intentaba legitimar su traición señalando la traición de otros. Nunca se había sentido más miserable. Aun así no se contuvo—: Y Mistral también colaboró en ello. Asesinó a uno de los muchachos para ocupar su lugar en el grupo. Se hizo pasar por un cosechado para poder ayudar desde dentro. ¡Los llevó al torreón Margalar y a la torre Serpentaria! ¡Les dio la magia!

Aquellas palabras cayeron como una bomba entre los muchachos. Natalia soltó una maldición y negó con la cabeza, incrédula. Marina retrocedió un paso y chocó contra Sedalar. La vampira le miró perpleja, como si también dudara de su identidad.

—¿Marco? —preguntó el demiurgo—. ¡¿Estás diciendo que Marco era de los vuestros?!

—No. Marco era un niño al que Mistral asesinó la noche en que Denéstor os trajo —contestó Ujthan—. Lo estranguló mientras dormía y tiró su cuerpo a la cicatriz de Arax para que fuera pasto de los gusanos. Ese era Marco. El que conocisteis por ese nombre no era más que un traidor miserable, un cambiante que adoptó la forma de su víctima.

—Él fue el primero en morir... —murmuró Marina con un hilo de voz—. Y no lo supimos nunca...

—¡Marco era Marco! —exclamó Natalia, girándose hacia ella hecha una furia—. ¡Sin él no habríamos sobrevivido! ¡Sin él estaríamos muertos! ¡Era nuestro Marco! ¡Nuestro amigo!

—Mistral eligió sacrificar a uno de vosotros para intentar salvar al resto —dijo dama Desgarro—. No debió de ser una decisión sencilla para él.

Héctor también estaba conmocionado, aunque no daba la menor muestra de ello. No pensaba mostrarse afectado por nada que dijeran aquellas criaturas. Además, ¿acaso importaba cuál fuera la verdadera identidad de Marco? Natalia tenía razón. Había sido su amigo, los había ayudado, les había mantenido con vida en Rocavarancolia. ¿No era eso suficiente? Pero resultaba imposible olvidar al otro Marco, al muchacho sacrificado...

—La cosecha está contaminada —sentenció Ujthan—. Rocavarancolia entera está

contaminada por su mera presencia. ¡Lo que está ocurriendo es por vuestra culpa! ¡Vosotros habéis desencadenado vuestra propia destrucción!

—Sucio hipócrita —gruñó dama Desgarro—. Yo no maté a Denéstor Tul ni ayudé a acabar con Esmael.

—No —dijo Hurza. El nigromante había estado balanceándose de un lado a otro mientras duraba la conversación—. Fui yo. Y aunque redujera esta ciudad a escombros, aunque resucitara a todos los que han vivido en ella a lo largo de los siglos y los matara uno a uno, el daño que nos hicisteis a mi hermano y a mí jamás podrá ser reparado... —de pronto se percató de que la voz con la que hablaba era la de dama Ponzona, no la suya. Se llevó una mano a la garganta, como si pretendiera estrangular aquella voz ajena, pero la bajó al momento. En su imaginación lo que nacían de sus nudillos no eran dedos, eran serpientes, diminutas víboras de bocas ponzoñosas—. Da igual. Ya está hecho: Rocavarancolia es mía —dijo con su propia voz sin apartar la mirada de las serpientes que tenía por dedos—. He vencido y nada podéis hacer contra mí.

Dama Serena no necesitó fingir extrañeza ante el comportamiento de Hurza.

—¿Y a qué debemos el honor de tu presencia? —preguntó—. ¿Vienes a regodearte en tu victoria?

—No —contestó él—. Vengo a parlamentar con la última cosecha de Denéstor Tul. Traigo una propuesta para ellos —sus ojos terribles se apartaron de sus dedos para posarse en el grupo compacto que habían formado los cinco muchachos—. Vengo a ofrecerles la posibilidad de regresar a vuestro mundo, de volver a la Tierra y de hacerlo además siendo otra vez humanos. Habéis oído bien: conozco la forma de sacaros la Luna Roja de dentro. Eso es lo que os ofrezco.

La atención con la que Sedalar Tul le observaba se redobló. Natalia sacudió la cabeza en un gesto de rotunda negativa. Marina y Darío, casi sin ser conscientes de ello, se dieron la mano. El gesto de Héctor no varió. Nada de lo que dijeran iba a afectarle. Ni siquiera eso.

—¡No le escuchéis! —exclamó Sexto Cala—. A buen seguro se trata de una argucia.

—No es tal. Os doy mi palabra y ésta es sagrada. Regresaréis a la Tierra siendo humanos. Sin trampas. Sin sorpresas. Y restauraré la memoria de todos los que os olvidaron en vuestro mundo. Podréis retomar vuestras vidas y dejar atrás esta pesadilla.

—No quiero ser humana otra vez —le advirtió Natalia.

—¿Y qué nos pedirías a cambio? —preguntó Héctor mientras hacía un gesto a la bruja para que se mantuviera al margen. Quería que Hurza continuara hablando.

—A ti —contestó el nigromante y nada más decirlo Natalia y Marina gritaron su desacuerdo, en un susurro la vampira y con un grito enérgico la bruja—. Tú no

regresarás a casa, ángel negro. Te necesito. A ti y a tu amiga vampira, pero, en su caso, mi necesidad de ella se limita a una tarea concreta. Una vez terminada, podrá regresar con los demás.

—Y volvería a ser humana —añadió Héctor.

—Por supuesto. Siempre que ella quiera volver a serlo —aclaró Hurza, mirando con toda la intención a Natalia.

—¿Y qué será de mí? —preguntó entonces el muchacho.

—Morirás —anunció el nigromante—. Morirás para que mi hermano renazca, como Belisario murió para que yo regresara —no veía motivos para ocultar la verdad. Héctor escuchó aquello sin inmutarse, la calma de la que se había rodeado era un escudo inquebrantable—. Tu esencia es la más fuerte de toda la cosecha, la más fuerte que ha visto Rocavarancolia en mucho tiempo. Esencia de reyes, aseguran. La única en la que podría resucitar una criatura tan singular como Harex —añadió—. Necesito tu vida, con ella pagarás la libertad y la supervivencia de los tuyos.

La mirada de Héctor se endureció. Aquella criatura hablaba de sacrificarlo para resucitar a su hermano muerto. Su vida a cambio de la de sus amigos, eso le estaba ofreciendo. Pensó en el Marco original, sacrificado por Mistral para ayudar al resto de la cosecha. Al menos a él le estaban dando la opción de decidir por sí mismo.

—¡Ni lo pienses! —le gritó Natalia.

—¿Y si no acepto? —preguntó—. ¿Qué será de nosotros?

—Os convertiréis en un incómodo cabo suelto durante un tiempo —admitió Hurza—. Mientras sigáis en el Panteón Real estaréis fuera de mi alcance —de pronto la voz de dama Ponzña volvió a colarse en su garganta—:

Pero algún día saldréis de aquí, sí, sí, sí... y os haremos cosas horribles entonces... Horribles —Hurza sacudió la cabeza de manera enérgica, como si pretendiera con ese gesto sacarse de encima la presencia incómoda que le enloquecía—. Lo que debéis preguntaros es cuánto tiempo seréis capaces de aguantar este encierro —señaló con una mano parda a Marina y Darío—. ¿Cuánto resistirá el trasgo su apetito y la vampira su sed? ¿Unos días? ¿Unas semanas?

—Y entonces llegará la noche de Samhein —intervino de pronto el hijo de Belgadeu, adelantándose un paso—. Sí. La mágica noche de la cosecha. Y las puertas entre nuestra querida Rocavarancolia y vuestro mundo se abrirán. ¡Oh, maravilla entre las maravillas! ¿Y sabéis qué ocurrirá entonces?

—No... —murmuró Marina, espantada. No era una respuesta a su pregunta. La muchacha se había anticipado a lo que aquel espanto estaba por decir:

—Sí, vampira, el vórtice se abrirá otra vez —hizo castañetear sus dientes—. Y visitaremos la Tierra y traeremos a Rocavarancolia a toda vuestra familia, a todos vuestros amigos. Absolutamente a todos. Y los despellejaré uno a uno en las escaleras del Panteón Real en vuestro honor. Quién sabe... Quizá acabe vistiendo la piel de uno

de vuestros padres.

Héctor apretó los puños, incapaz de mantener la calma por más tiempo. La ira que comenzaba a pulsar en sus sienes era absolutamente nueva. Trató de afilar las alas, pero la magia del mausoleo se lo impidió.

—No podréis hacer eso —intervino dama Desgarro, horrorizada por el cariz que estaba tomando la situación—. Nadie del mundo humano puede atravesar el vórtice sin haber firmado antes un contrato.

—Lo firmarán, vieja, lo firmarán —anunció el hijo de Belgadeu—. Les haremos recordar a sus niñitos y les diremos dónde encontrarlos. ¡Acudirán presurosos al rescate! —la criatura hizo una reverencia ridícula—. Mis queridos muchachos, mi palabra no es sagrada como la de Hurza, soy una criatura mezquina, lo admito... pero os juro por mis huesos y por el pellejo de mi creador que la noche de Samhein haré una pila con las cabezas de vuestros familiares si no cumplís los deseos de Hurza.

—No tenemos por qué llegar a ese extremo —anunció éste. La voz de dama Ponzña pugnaba por volver a su garganta—. He vencido. Eso es algo indiscutible. Y necesito a la vampira y al ángel negro para que mi victoria sea total. Pero no os engañéis. Mi necesidad no es tan grande como para hacer más concesiones de las que estoy dispuesto. ¿Sabéis por qué?

»Porque los vórtices vuelven a abrirse en Rocavarancolia. Es cuestión de tiempo que llegue un nuevo vampiro o que yo encuentre el modo de desactivar la protección del libro. Y es cuestión de tiempo que aparezca un nuevo muchacho con esencia de reyes. He esperado dos mil años. No me importa aguardar otros dos mil a que eso ocurra.

—Mi vida a cambio de las vidas de mis amigos —murmuró Héctor—. A eso se reduce todo —Hurza le miró fijamente, sin decir nada. El Comeojos estaba evaluándolo.

—Y por la de todos vuestros seres queridos —añadió el hijo de Belgadeu con amabilidad—. No te olvides de ellos, por favor.

—¿Qué será del resto de gente que se encuentra en el panteón? —quiso saber Héctor.

—Vivirán mientras permanezcan aquí. Morirán en cuanto salgan. Mi benevolencia no llega a tanto. La purga de Rocavarancolia debe ser total.

—¡Maldita rata! —rezongó Argos. El anciano guerrero, en un arrebató, dio un paso adelante mientras intentaba desenvainar su arma—. ¡Pongamos fin a esto ahora! ¡Os reto a duelo singular! ¡Que la espada ponga a cada uno en su...! —rompió a toser. Sexto Cala le echó un brazo sobre los hombros y le hizo retroceder.

—No vas a aceptar, te lo aviso —le amenazó Natalia—. No te dejaremos.

—¿Y si es nuestra última oportunidad? —preguntó él—. ¿Y si es el único modo de conseguir que salgáis con vida de esta locura? ¡Deja que lo piense al menos!

—Medítalo bien, muchacho —le instó Hurza—. O mueres tú solo o mueres junto a tus amigos. Tal y como lo veo no es una elección complicada, ¿verdad? Te estoy ofreciendo la posibilidad de salvar a los tuyos, de sacarlos de esta pesadilla antes de que sea tarde.

»Te estoy ofreciendo la posibilidad de que tu muerte no sea en vano.



## XVIII

# El engaño

—No vas a aceptar —le advirtió de nuevo Natalia una vez Hurza se hubo marchado del mausoleo. El nigromante se había llevado consigo a su séquito de traidores y a su ejército de piedra, pero aun así dama Serena había tomado la precaución de rodear al grupo con una esfera de silencio. El único que permanecía fuera era Sedalar, de regreso a su obsesivo estudio del talismán.

Héctor suspiró, harto de esa cantinela. No, no iba a aceptar, pero era imposible no tener dudas, no cuando había tanto en juego. Hurza se había atrevido a amenazar a sus familias. El muchacho se preguntaba si no estaría condenándolos a todos al rechazar su oferta.

—No podemos permanecer más tiempo mano sobre mano —afirmó dama Serena—. Hay que actuar y hacerlo cuanto antes. Cada minuto que malgastemos puede resultar crucial.

—¿Y cuál es el plan de combate? —preguntó Argos, ansioso—. ¿Tenemos alguno?

—Ninguno que incluya viejos caducos. Eso seguro —rio Sexto Cala.

—De entrada destruir el grimorio de Hurza —explicó dama Serena y añadió, adelantándose a la protesta de dama Desgarro—. Sé lo que vas a decir, vieja testaruda, pero por ahora es la única vía de acción posible. Necesita su libro. Por el grimorio en sí, por el poder que guardó en él o por razones que desconocemos. Sea como sea, debemos destruirlo.

—Manteniendo a la vampira aquí también evitamos que lo recupere —afirmó dama Desgarro—. Es una imprudencia exponerla sin necesidad.

—Ya oíste a Hurza: tarde o temprano encontrará el modo de desactivar la protección del grimorio —por el tono de su voz quedaba claro que comenzaba a perder la paciencia—. Y el riesgo es mínimo, ya te lo he explicado.

—¿Y si nos lo explicáis también a nosotros? —preguntó Héctor. Le molestaba el papel secundario que al parecer les habían otorgado.

Dama Serena le dedicó una mirada gélida, la mirada de una reina que no está acostumbrada a que los plebeyos la interrumpen.

—Ya os he hablado de los pasadizos secretos que comunican el panteón con la

ciudad —dijo, suavizando el gesto. No le quedaba más remedio que controlarse: sabía que no despertaba ninguna simpatía entre los muchachos—. Uno de ellos conduce cerca de la torre Serpentaria, prácticamente hasta sus mismas puertas —les explicó—. La vampira y yo lo usaremos para llegar a la torre y hacernos con el grimorio del Comejos. Después lo arrojaremos al foso de Rocavaragálogo. Da igual qué protecciones y salvaguardas tenga, la lava acabará con él —aseguró—. Cuando lo hayamos destruido regresaremos de un salto mágico a la entrada del pasaje secreto.

—¿Y por qué no saltáis directamente desde aquí a la torre? —preguntó Natalia.

—La magia de transporte no funciona entre estos muros, bruja —le explicó el Lexel negro—. Pero eso no es todo. La hechicería que permite saltar de un punto a otro es fácilmente detectable. Hurza sabrá que alguien está saltando en Rocavarancolia en el mismo instante en que lo haga. Se requiere mucho poder para camuflar una transportación instantánea.

—Por eso sólo daremos un único salto —indicó dama Serena—. En cuanto destruyamos el libro nos traeré de vuelta. No puedo materializarnos dentro del Panteón Real, pero sí a sus puertas —miró a Marina. Ella era la clave—. Estarás a salvo —mintió—. A la menor sospecha de peligro, saltaremos de regreso, te lo prometo. No hagas caso a los remilgos de dama Desgarro, no correrás ningún riesgo. Es de vital importancia que destruyamos ese grimorio.

—Estoy de acuerdo con dama Serena —apuntó Laertes, el brujo maldito—. Hurza ha dado vida a toda la estatuaria de Rocavarancolia —señaló—. Un prodigio de tal calado debe haberle debilitado considerablemente por muy poderoso que sea, más si cabe tras su enfrentamiento con Esmael. Además su comportamiento es errático. Todos pudimos verlo —la bruja de los labios cosidos asintió junto a él—. Puede que arrastre secuelas tras su resurrección o que su problema resida en otra parte, tanto da, la cuestión es que no podemos consentir que recupere el libro.

—¿Y si hay alguien vigilando la torre? —preguntó Héctor. La perspectiva de que Marina se pudiera encontrar con alguno de los engendros que acababa de ver era aterradora.

—Regresaremos al momento. La seguridad de la vampira será siempre lo principal —contestó la fantasma. Todavía miraba agradecida a Laertes, esperaba que aquel inesperado apoyo allanara la situación—. De todas formas, no estaría de más que vosotros crearais algún tipo de distracción a las puertas del mausoleo. La que sea: un amago de fuga, una masacre de estatuas...

—Mi presencia en el exterior atraerá a mi hermano como la carroña a los insectos —murmuró el Lexel negro—. Y dudo mucho que Hurza esté muy lejos del panteón.

—Entonces poco más hay que hablar —dijo dama Serena—. ¿Te convences ya, dama Desgarro? ¿Tienes alguna otra objeción que hacer?

—Y si Marina decidiera dejar de ser vampira, ¿cómo afectaría eso a vuestros

planes? —preguntó entonces Sedalar Tul.

Nadie le había oído acercarse. Y tanto su repentina aparición como lo que implicaba su pregunta le convirtió en el centro de atención de inmediato.

—Lo he conseguido —anunció mientras les mostraba el colgante, manteniendo la piedra lunar lo más alejada posible de sus dedos. La emoción que se entreveía en su voz era sólo un pálido reflejo de lo que de verdad sentía—:

Puedo deshacer los efectos de la Luna Roja. Puedo hacer que volváis a ser humanos.

La noticia fue recibida con absoluto pasmo. Darío contempló el talismán boquiabierto, olvidado ya Hurza, olvidado el peligro que corrían y olvidada la voracidad tremenda que le retorció las entrañas.

Dama Serena, sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No sé qué crees haber conseguido, muchacho —dijo—. Pero ahora no es el momento. Tenemos problemas graves que...

—Hurza tendrá que esperar —le interrumpió Héctor mientras miraba el colgante. El joven no vio la mirada de rabia que dama Serena le dedicó—. ¿De verdad puedes invertir los cambios?

El joven de la chistera asintió con entusiasmo.

—Puedo, puedo. ¿Veis esto? Es una joya lunar —les explicó—. Una joya parecida fue la que transformó a Lizbeth —agitó el colgante como si pretendiera hipnotizarlos a todos con su vaivén—. Imaginad el sortilegio anclado en la piedra como un circuito por el que discurriera la magia, ¿de acuerdo? Lo que he hecho ha sido invertir la orientación de ese circuito para que la magia marche en sentido opuesto. Por lo tanto, si no me equivoco, y no veo motivo para ello, el cambio debería ir también en sentido contrario. Este colgante debería sacarnos la Luna Roja de dentro.

—Es imposible —terció dama Serena—. La magia no funciona así, un río no pueda cambiar el curso de sus aguas.

—No, no puede, es cierto. Pero es que esta hechicería es muy peculiar —dijo—. La joya y la Luna Roja afectan nuestra esencia y la transforman. La empujan, por así decirlo, en una dirección concreta. Ahora, con los cambios que he hecho, este medallón debería llevarla en dirección contraria.

Dama Desgarro observaba al muchacho con suspicacia, que ella supiera había varios medios para revertir los cambios de la luna, pero todos implicaban un alto grado de complejidad; se trataba de hechizos costosos en elaboración y peligrosos en su mayoría. Si el demiurgo tenía razón, había encontrado la manera más simple de burlar los efectos de la Luna Roja. Si tenía razón...

Natalia retrocedió, con el ceño fruncido, al ver que Sedalar daba un paso hacia delante.

—No me acerques esa cosa —le advirtió. Miraba el collar como si se tratara de una

criatura repugnante.

—No es para ti —le aseguró él—. Es para Marina —señaló mientras le tendía el talismán a la vampira—. ¿Quieres volver a ser humana? —le preguntó.

—¡No! —se apresuró a gritar dama Serena—. No tienes ni idea de qué efecto puede producir ese colgante. ¡Podría matarla! Y ni siquiera podemos permitirnos el lujo de que funcione. ¡Necesitamos una vampira para destruir el grimorio!

—Eso es algo que le toca decidir a ella, señora fantasma —apuntó el demiurgo.

—Esperad, esperad —intervino Héctor—. Y recordad a Lizbeth, por favor —les rogó—. El cambio la volvió loca —se giró hacia Sedalar—. ¿Cómo estás seguro de que no le pasará lo mismo a ella?

El demiurgo no dudó en su respuesta:

—La joya obligó al cuerpo y la mente de Lizbeth a adoptar formas que no habían tenido nunca. Eso fue lo que la trastornó. Pero ahora no ocurrirá tal cosa. El cambio no será tan traumático, porque Marina recobrará su estado original, una forma con la que está familiarizada. A lo sumo volverá a quedarse dormida, pero de ser así no debería tardar mucho en despertar —miró de nuevo a su amiga—. Hay riesgos. Siempre hay riesgos. Pero, por favor, confía en mí. Sólo tienes que ponerte este colgante para volver a ser quien eras.

Ella negó con la cabeza, sin firmeza ni convicción. Miraba al colgante con la misma ansiedad con la que contemplaba las ánforas de sangre con las que la habían alimentado en el torreón Margalar.

—Confío en ti, Sedalar —dijo finalmente—. Pero... no puedo aceptarlo. Dama Serena tiene razón. Tenemos que destruir ese libro. Y para eso debo seguir siendo lo que soy. Además... —se mordió el labio inferior—. Hay alguien que necesita ese colgante más que yo —añadió mientras se giraba hacia Darío.

—¡No! —exclamó éste—. No lo rechaces por mí. Puedo resistir. Puedo aguantar...

—No, no puedes. Y lo sabes. No le hagáis caso. Hasta él mismo ha dicho que está a punto de perder la cabeza. Es para ti. Además tengo una misión que cumplir, acuérdate —dijo con una sonrisa firme.

—La joya te estará esperando cuando vuelvas —dijo el trago.

—Eso no es problema: puedo fabricar más —apuntó el demiurgo—. Sólo necesito encontrar más piedras lunares, tallar las runas adecuadas e inyectar la magia. Si esta locura termina, no debería llevarme mucho tiempo hacer otro colgante. Un día o dos a lo sumo.

—¿Lo has oído? —dijo Marina—. No hay nada que discutir. Además, si funciona contigo sabré que es posible revertir el cambio —señaló—. Eso me dará fuerzas para resistir mientras Sedalar consigue más de esas cosas.

Darío la miró a los ojos, y luego, muy despacio, desvió la vista hacia el talismán. El monstruo que moraba en sus entrañas se removió, casi creyó escucharle rugir. ¿Era

por miedo a desaparecer? ¿O era su modo de burlarse de él por atreverse a albergar esperanza?

—Sólo tienes que colgártelo y poner la piedra en contacto con la piel —le dijo el demiurgo.

El trasgo asintió y se aproximó a él, sin apartar la mirada en momento alguno de la piedra roja que centelleaba engarzada en el collar. Era tan pequeña y parecía tan frágil...

Tomó el colgante de la mano de Sedalar, manteniendo una prudente distancia entre su piel y la piedra. A continuación, casi sin pensarlo, se colgó la cadena al cuello y giró el talismán para que la piedra lunar tocara su carne. Un escalofrío le recorrió al momento, pero fue producto de la expectación, no de la joya. Aguantó la respiración. No sentía nada y nada ocurrió. Seguía siendo el mismo. Igual de monstruoso, igual de hambriento. La criatura de su estómago se removió, plena de fuerza y rabia. Aguardó unos instantes, con la garra presionando con tal firmeza contra la piedra que notó la carne desgarrarse.

—Debería de estar actuando ya... —murmuró Sedalar, vacilante—. El efecto se supone que es inmediato.

—Nada —anunció Darío. Se quitó el talismán y lo arrojó con desprecio al demiurgo. Sedalar lo recogió al vuelo—. No ha funcionado.

—Os lo advertí —les recordó el espíritu—. No se puede invertir el curso de la magia. Las cosas nunca son tan simples.

—Pero yo creí... —Sedalar contempló el talismán, aturdido—. Pensé... —La piedra lunar rozaba su piel pero nada ocurría. Frunció el ceño. Alguien apoyó una mano en su hombro, un gesto de ánimo que no sirvió para consolarlo. Había estado tan seguro de que iba a funcionar...

—Basta de tonterías —gruñó dama Serena. Su voz cobró un tono autoritario que hasta entonces no había tenido. Todos la miraron, hasta el demiurgo levantó la vista, con la mirada empañada por la decepción. La fantasma parecía furiosa—. Basta de perder el tiempo —continuó—. Ha llegado la hora. Vamos a por ese libro y hagámoslo arder.

\* \* \*

El niño se convirtió en un pequeño lobo negro nada más salir del círculo de protección que había trazado en torno a Lizbeth y él. Había estado tentado de sumirla en un sueño profundo y dejarla allí, pero, finalmente, se había echado atrás. Lo único que conseguiría con eso sería retrasar lo inevitable: tarde o temprano Lizbeth despertaría y saldría del círculo. Al menos, si la tenía cerca, podría protegerla.

—Los asesinos marcharán juntos —murmuró. La loba gruñó complacida al escuchar su voz—. Tal vez así es como debe ser. Tal vez no nos quede más remedio que compartir destino.

Era la primera vez que se transformaba delante de ella y temiendo que el cambio pudiera alterarla escogió una forma que, a buen seguro, debía resultarle familiar. Para su sorpresa, Lizbeth no prestó atención a su metamorfosis. Por lo visto, la loba confiaba más en su olfato que en sus ojos y ése le indicaba que la criatura que tenía delante seguía siendo la misma.

Aun a pesar de su apariencia lobuna, Karim mantuvo algunas características humanas: las zarpas delanteras seguían siendo manos de niño, al igual que sus cuerdas vocales. También alteró la arquitectura de su boca para poder hablar en caso de ser necesario. Era probable que tuviera que recurrir a la magia para llegar a la fortaleza y no quería tener que perder ni un instante en cambiar a una forma adecuada para ello. Habilitó en su piel una suerte de bolsillo interno en el que enfundó el cuchillo que dama Brisa le había entregado. Sentirlo tan estrechamente unido a él le movió a la náusea.

A continuación se puso en marcha, a la carrera, con Lizbeth siguiéndolo de cerca. La ciudad, envuelta en aquella noche turbia y violenta parecía más irreal que nunca. En la distancia vislumbraron la marcha lenta de una de las estatuas colosales del Jardín de la Memoria. Era como si un edificio hubiera echado a andar.

Los lobos corrían a la par, el uno junto a la otra.

«Un último esfuerzo», se dijo el cambiante. «Un último esfuerzo y todo terminará».

\* \* \*

El hechizo de dama Desgarro no hizo desaparecer el hambre, pero la desplazó a un segundo plano. Al menos ahora era capaz de pensar con claridad. Darío se esforzó en respirar con calma, todavía afectado por el fracaso del colgante del demiurgo; más que nada se sentía furioso consigo mismo por haberse permitido tener esperanza. Por el rabillo del ojo vio cómo la mujer pálida practicaba un sortilegio idéntico con Marina.

—No es más que un parche, un espejismo de saciedad que, por desgracia, no tardará en desvanecerse —anunció.

—¿Cómo era antes de la guerra? —preguntó Darío—. ¿Cómo se alimentaban los trasgos y los vampiros?

—Siempre había esclavos y prisioneros a los que recurrir —contestó dama Desgarro—. Y estaban los mundos vinculados, claro, todo aquel que necesitaba alimentarse sólo tenía que hacer una incursión a uno de ellos.

Darío asintió. Había esperado una respuesta similar. Miró a Marina. La joven le observaba con suspicacia, él intentó sonreír, pero lo único que consiguió fue una mueca devastada. Un vampiro siempre podía perdonar la vida a su víctima, un vampiro siempre podía dejar de alimentarse antes de que el daño resultara mortal. ¿Pero un trasgo? Era la carne lo que les daba vida, la carne fresca. ¿Cómo sobreviviría su presa a eso? ¿Cómo si además el mordisco de los suyos era infeccioso?

—Cuesta verla —murmuró Natalia, observando a Marina con los ojos entornados, estaban tan cerca que prácticamente tenían nariz contra nariz. La vampira agitó los brazos para que la otra se apartara, pero Natalia ni si quiera se inmutó—. Es como si parpadeara.

Héctor se acercó también a Marina. Natalia tenía razón. Su amiga parecía mal definida, como si no fuera del todo real.

—¡Dejadme respirar, moscones! —se quejó ésta—. ¡No me pongáis más nerviosa de lo que ya estoy!

—La he hechizado con todos los sortilegios de ocultación que conozco —les explicó dama Desgarro—. Ahora mismo no debe existir magia capaz de localizarla —aseguró.

Dama Serena asintió. Así era. Ningún hechizo de localización, por poderoso que fuera, daría con ella. Pero, en cambio, los sortilegios que ocultaban a la propia fantasma eran mínimos. En cuanto salieran, Hurza sabría dónde acudir.

—¿Listos? —preguntó mientras recorría con la mirada al pequeño grupo que formaban los cosechados y dama Desgarro. Habían insistido en acompañarles hasta la entrada del pasadizo y no le había quedado más remedio que aceptar.

La mujer marcada asintió tras una clara vacilación. Había llegado el momento.

El resto de refugiados del mausoleo estaban reunidos alrededor de la estatua cambiante, sólo el Lexel negro permanecía alejado, de pie ante las puertas del panteón. Las gárgolas y estatuas habían dejado de golpearlas. Sedalar Tul hechizó su mirada para poder espiar tras ellas y, al otro lado, en idéntica postura a la de su hermano, descubrió al Lexel blanco. El demiurgo miró preocupado a dama Desgarro, pero la mujer sacudió negativamente la cabeza antes siquiera de que llegara a compartir sus temores con ella.

—Nadie que esté fuera del Panteón Real puede usar magia para espiar lo que hacemos dentro —le dijo—. Al menos de eso no debemos preocuparnos.

Al fin se pusieron en marcha.

Dama Serena los guio por los pasillos del mausoleo. Caminaban en silencio. Darío marchaba encorvado, con una mano en el estómago como si pretendiera mantener así bajo control al monstruo que habitaba en su vientre. Héctor iba junto a Marina, mirando de cuando en cuando a su amiga. En ella se adivinaba una nueva entereza, algo que no tenía nada que ver con la metamorfosis que había sufrido. Su gesto de

concentración era total. El rostro de Sedalar, en cambio, era una máscara gélida, un reflejo del Bruno de antaño. El demiurgo no entendía qué había fallado con el talismán. Había estado tan convencido de que iba a funcionar, que aquel fracaso le había sumido en una tristeza demoledora.

Tras cinco minutos de caminar entre nichos, dama Serena les hizo un gesto para indicar que habían llegado a su destino. Se detuvo junto a la estatua de uno de los reyes de Rocavarancolia, un monarca con cabeza de toro que se sentaba sobre una montaña de cráneos. Aquella estatua le pareció a Héctor un fatal augurio. Miró al espíritu. Estaba estudiando las placas de los nichos mortuorios que jalonaban los muros.

—Aquí yace Sauro Canala —leyó—. Abrió puertas que debían mantenerse cerradas y cerró la única que debía permanecer siempre abierta —agitó la mano sobre la placa y, al instante, una gran porción de pared se deslizó hacia dentro, dejando ver un pasillo en penumbra—. El primer tramo del pasadizo forma parte aún del panteón así que todavía estaremos seguros durante un rato. Vamos, muchacha —dijo—. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Héctor se giró hacia Marina antes de que ésta hiciera ademán de cumplir la orden de la fantasma.

—Cuídate mucho, ¿vale? —le pidió. Se miraron a los ojos, oscuros los de él, rojos los de ella, y Héctor tuvo la impresión de que todo lo que no se habían dicho flotaba entre ambos, a un segundo de condensarse y tomar forma física—. Y regresa de una pieza.

—Voy, quemó el libro y vuelvo —le aseguró Marina, con una sonrisa—. Estaré de vuelta antes de que me echéis de menos.

—Y luego encontramos el modo de acabar con Hurza, ¿te parece?

—Es un buen plan —dijo ella y se echó a reír—. ¿Y después qué hacemos?

—Una merienda en el cementerio para celebrar la victoria —dijo Héctor—. Eso haremos. ¿Os apuntáis? —preguntó mientras miraba a sus compañeros.

—Sólo si hay sesos de mono, sorbete de iguana y criadillas de lirón —dijo Darío.

—¿Qué son criadillas? —preguntó Natalia mientras tiraba del gabán a Sedalar Tul.

—Créeme. No quieres saberlo —contestó el demiurgo.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —preguntó dama Serena, ya en el interior del pasaje.

—Combatimos el miedo —contestó Sedalar con dejadez—. Y aprovechamos para estrechar lazos entre nosotros. Eso hacemos.

Marina sonrió de nuevo. Asintió y señaló hacia el pasadizo y la fantasma.

—Nos vemos en un rato —prometió. Ignoraba, como ignoraban todos, que iban a verse mucho antes de lo que nadie podía sospechar.

Dama Serena cerró la puerta con el mismo gesto con que la había abierto. La



pared regresó a su posición inicial, ocultando a la vista de todos el pasadizo. Lo último que vieron fue cómo la fantasma invocaba una esfera esmeralda en torno a Marina y ella.

Durante un largo minuto permanecieron allí, inmóviles, contemplando el falso nicho de Sauro Canala.

—Vamos —ordenó dama Desgarro y al oír su voz, Héctor se estremeció—. Aquí ya no hacemos nada. Tenemos que reunimos con los demás y montar algo de ruido fuera. Es lo único que podemos hacer por ellas.

El ángel negro no se movió. Contemplaba la pared con fijeza, como si fuera capaz de ver tras ella. Natalia le tomó del antebrazo y tiró con suavidad de él. Héctor se dejó llevar.

Emprendieron el camino de regreso en un silencio todavía más sombrío que el que los había acompañado hasta allí. Dama Desgarro no estaba convencida de estar haciendo lo correcto. Pero dama Serena tenía razón: no podían quedarse sin hacer nada. Debían actuar. Al menos tenían que intentarlo. Hurza no podía recuperar su grimorio, era esencial que eso no ocurriera. No podían permitirle recobrar el poder almacenado en sus páginas.

Maldijo el día en que el ángel negro encontró ese maldito libro. Sacudió la cabeza, abatida. Paradójicamente todo habría resultado muy distinto de haber logrado Esmael su objetivo. La regencia le habría proporcionado las joyas de la Iguana y dudaba mucho que Hurza hubiera sido capaz de vencerle de disponer de ellas, con la ayuda de Ujthan o sin ella. La custodia del Panteón Real volvió a agitar la cabeza, cada vez más y más apesadumbrada. De haber cedido al chantaje de Esmael y rechazado la regencia, cuán diferente habría resultado todo... O si el ángel negro hubiera conseguido el apoyo de dama Serena, sin ir más lejos...

Entonces se dio cuenta. La comprensión llegó de forma abrumadora, absoluta. Se paró en seco, como si alguien acabara de inmovilizarla con un sortilegio. Los muchachos se detuvieron también, alarmados.

—¿Ocurre algo? —preguntó Héctor. La expresión de dama Desgarro era de una turbación absoluta.

—Lo había olvidado... —murmuró la mujer marcada. Le temblaba la voz—. ¡¿Cómo he podido olvidarlo?! —se giró de nuevo mientras gritaba—: ¡Es una trampa! ¡Va a entregarla a Hurza!

Sólo tardaron un instante en reaccionar, no hubo preguntas ni dudas. Héctor desplegó las alas y echó a volar pasillo arriba. Sedalar Tul le adelantó, aferrado a su báculo; la chistera salió despedida hacia atrás, pero no se paró a recogerla. Una onyxe apareció de la nada, un relámpago oscuro que dejaba una estela de niebla a su paso, Natalia se montó sobre ella a la carrera, se afianzó a su flanco y la hizo volar como si el fin del mundo los anduviera persiguiendo. Darío echó a correr también, pero a un

grito de dama Desgarro se frenó. Varias sombras más llegaban veloces por el pasillo. El trasgo saltó sobre la primera que pasó junto a ellos y dama Desgarro hizo lo propio con la segunda, formulando un hechizo de raigambre para no perder partes de su cuerpo en el trayecto.

¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Cómo podía haber sido tan tonta? Dama Serena haría cualquier cosa por morir, hasta aliarse con Hurza. Debería haberlo sabido. Era estúpida, una maldita estúpida. Esmael había tentado a la fantasma con el grimorio. Todo había quedado en nada, sí, pero la fantasma le habría ayudado a convertirse en regente de haberse confirmado que el ángel negro podía usar el grimorio del Comeojos para matarla.

Y Hurza ni siquiera necesitaba su libro para hacerlo.



Sedalar Tul fue el primero en llegar a la estatua del rey minotauro.

Con un solo gesto abrió la puerta secreta e irrumpió en el pasadizo. Alcanzó a distinguir las siluetas de Marina y dama Serena, disminuidas en la distancia, dentro de la burbuja en la que se trasladaban. El demiurgo intentó preparar un hechizo de aturdimiento pero la magia del panteón se lo impidió.

—¡Marina! —gritó en cambio. Su voz amplificadas resonó como un trueno en el pasaje. Vio cómo la vampira se giraba al escucharlo. Alcanzó a distinguir su expresión de asombro, más y más nítida a medida que se aproximaba veloz—. ¡Es una trampa! —le gritó—. ¡Está con Hurza!

El espíritu se giró también. Su rostro mostraba una frialdad implacable. Por un segundo, Sedalar creyó poder llegar a tiempo: el pasillo de mármol que iluminaba la esfera indicaba que todavía no habían abandonado el Panteón Real. Pero, justo entonces, el escenario cambió y la blancura del mármol dio paso al marrón de la tierra desnuda. La esfera de la fantasma atravesó los límites del mausoleo y, nada más hacerlo, se disipó. Y, apenas un instante después, de las sombras emergió Hurza. Fue como si la oscuridad lo hubiera vomitado, como si aquel engendro se hubiera fraguado en su seno. La vampira trastabilló y la inercia la arrojó contra el nigromante. Marina soltó un grito e intentó revolverse pero, de pronto, quedó inmóvil, en brazos del engendro pardo.

—¡No! —aulló el demiurgo y a pesar de su desesperación, frenó el vuelo, consciente de que nada podía contra Hurza. La riada de onyces llegó a su altura y lo superó, una ola de tinieblas que se abalanzó hacia el nigromante sin dejar de aullar a través del pasaje. La fantasma trazó un semicírculo con su mano derecha y un rayo de luz hendió el túnel, desgarrando a las sombras en vanguardia en cuanto atravesaron

los límites del panteón. Las supervivientes retrocedieron al instante, afianzándose con sus garras al techo y las paredes.

Héctor y Natalia fueron los siguientes en llegar. El ángel negro no lo dudó un momento y embistió hacia el hechicero al ver a Marina en su poder. Profirió tal grito que el demiurgo se estremeció: aquel sonido no podía surgir de una garganta humana, era imposible, era el alarido de un demonio que se lanza al combate.

—¡No! —exclamó dama Desgarro tras ellos, aferrada de modo grotesco a la sombra que cabalgaba—. ¡No crucéis el umbral! ¡NO LO CRUCÉIS!

Sedalar actuó por impulso, levantó el báculo y, a una señal suya, una cortina de energía blanca flameó entre Hurza y el ángel negro, justo en la intersección entre el camino de tierra y el de mármol. Héctor no pudo frenar a tiempo y chocó contra ella con tal violencia que salió despedido varios metros atrás. Dos sombras que le seguían se estrellaron contra la pantalla de energía y quedaron reducidas a grumo burbujeante.

El ángel negro rodó por el suelo, en un confuso montón de extremidades retorcidas. Acababa de comprobar en sus carnes que uno sí podía hacerse daño a sí mismo en el interior del Panteón Real. Los siguientes segundos fueron de total desconcierto, las onyces iban y venían, sin dejar de murmurar frenéticas, alguien se arrodilló junto a él y al menos dos voces pusieron en marcha magia curativa. En cuanto estuvo lo bastante restablecido, se incorporó, jadeando como si pretendiera introducir todo el oxígeno del mundo en sus pulmones en una única inhalación. Natalia y Sedalar estaban a su lado. Un poco más adelantado se encontraba Darío, observando en tensión a Hurza. El trasgo se apoyaba en la barrera del demiurgo, como si intentara probar su consistencia.

—¡Aparta la barrera! —aulló mientras se giraba hacia Sedalar—. ¡Apártala! —densos salivazos grises escaparon de entre sus fauces.

—No lo hará —dijo Hurza al otro lado—. Y sólo por eso conservarás la vida, trasgo.

—¡Déjala ir! —gritó Héctor.

El nigromante mantenía aferrada a Marina por la cintura. La joven estaba inmóvil, con la vista vidriada, sin resistirse a la presa con la que Hurza la sujetaba. La languidez de sus miembros y la apatía de su expresión no eran normales. El Comeojos acarició la barbilla de la muchacha con delicadeza mientras contemplaba a Héctor con una sonrisa.

—No la dejaré ir, niño —anunció con la ridícula voz de dama Ponzona—. De hecho serás tú quien se una a nuestro pequeño grupo.

—¡No le escuches! —le rogó Natalia—. ¡Encontraremos el modo de salvarla!

—Bastardo —escupió él. Temblaba de rabia. Sobre todo porque sabía que Hurza tenía razón.

—Puedes insultarme todo lo que se te antoje. Pero eso no cambiará la situación. Escucha, escúchame bien. Ahora, ante todos vosotros, renuevo mi oferta: ven conmigo por propia voluntad y te prometo respetar la vida de tus amigos. Podrán regresar a casa. Lo juro por la memoria de mi pueblo.

—No cumpliré su palabra —le advirtió Sedalar—. Recuerda dónde estamos, Héctor: Rocavarancolia. En esta tierra todo son medias verdades y promesas sin cumplir.

—La alternativa es la muerte —continuó Hurza, ajeno a las palabras del demiurgo—. La muerte para todos.

Y la primera en morir será ella —la caricia a Marina se convirtió en un gesto bárbaro, lleno de lascivia. Y la falta de reacción de la muchacha lo hizo todavía más atroz. La vampira era una simple muñeca en manos del nigromante—. ¿Quieres escuchar todo lo que le haré antes de matarla? —siseó aquel engendro pardo—. He tenido siglos para refinar el arte de la tortura, siglos para explorar los confines de la depravación.

Héctor dio un grito, retrocedió un paso y luego gritó de nuevo. Intentó afilar las alas, pero la magia del mausoleo se lo impidió otra vez. Eso le enfureció todavía más.

—Tienes un minuto para decidirte —anunció Hurza—. Tras ese tiempo, mi oferta quedará revocada para siempre. Y la próxima vez que veas a tu amiga, no tendrá cabeza.

—No me hace falta un minuto —gruñó Héctor—. Retira la barrera, Sedalar —ordenó, sin apartar la mirada de los insondables abismos de tiempo y crueldad que Hurza tenía por ojos. El hechicero asintió complacido. Ambos sabían que no le quedaba más rumbo de acción que ése.

—Héctor —dama Desgarro le tomó del brazo—. No tienes ni idea de la clase de criatura que Hurza pretende liberar.

—Ni lo sé ni me importa —admitió—. No me queda alternativa. Tengo que ir con ella.

—No hay que enamorarse nunca en Rocavarancolia —murmuró dama Serena con apatía. No parecía dirigirse a nadie en concreto—. El amor sólo trae sufrimiento en esta tierra. Sufrimiento y condena.

—¿Y para librarte de tu sufrimiento nos condenas a todos? —le preguntó dama Desgarro.

La fantasma se encogió de hombros.

—No soy nada. No te atrevas a pedirme lealtad, por favor. Si te sirve de consuelo me habría gustado encontrar otra alternativa.

—Y a mí que lo hicieras —murmuró dama Desgarro—. Espero que consigas lo que buscas, espero que desaparezcas de esta vida y que acabes por toda la eternidad en el más profundo y negro infierno —a continuación se dirigió a Héctor—: No puedo

permitir que lo hagas —le previno—. Lo siento por tu amiga, pero hay mucho más en juego aquí que nuestras vidas. No es sólo el destino de Rocavarancolia lo que se decide aquí esta noche.

—¿Y qué vas a hacer para evitarlo? —preguntó Héctor—. Estamos en el Panteón Real, aquí no puedes hacerme daño —se volvió hacia Sedalar y le hizo un gesto cansado—. Retira la barrera, por favor —le pidió.

El demiurgo asintió de forma mecánica, pero antes de poder deshacer el hechizo, el ángel negro le interrumpió con un gesto y un grito:

—¡Espera! —se giró hacia el resto del grupo—. Prometeme que no intentaréis nada.

Natalia temblaba de furia y en sus ojos se adivinaba claramente que no pensaba rendirse sin luchar. En el gesto del trasgo también se adivinaba una intención semejante. Sólo había que mirarlo para saber que saltaría sobre Hurza en cuanto desapareciera la barrera.

—No puedes hacernos prometer eso —alcanzó a mascullar Darío. Su voz era un rugido sostenido, el gruñido de un animal rabioso—. Y nadie te ha pedido que sacrifiques tu vida por nosotros.

—El minuto ya ha pasado, ángel negro —murmuró Hurza—. No pongas a prueba mi generosidad.

—Retira la barrera —le pidió otra vez a Sedalar. Entonces se percató de la expresión del demiurgo. Nunca había visto a su amigo tan tenso pero, a pesar de todo, supo que no intentaría nada. Sedalar comprendía tan bien como él que no era momento de heroicidades—. Manténlos a salvo, por favor —le rogó—. No les dejes hacer ninguna locura.

El otro no contestó. Se limitó a mover el báculo hacia arriba y, al momento, la barrera se evaporó con un siseo hirviente.

Héctor soltó un grito de impotencia y, de un solo paso, salió de los terrenos de panteón. Al instante una esfera de luz esmeralda se cerró a su alrededor. Aquella burbuja no era para mantenerlo cautivo, comprendió, era para protegerlo de dama Desgarro. La custodia del Panteón Real se había acercado a una velocidad de vértigo hasta el límite del mausoleo y por el modo en que miraba la esfera quedaba claro cuál había sido su intención: matar a Héctor para frustrar los planes de Hurza.

El Comeojos rio, pero fue la risa de una mujer enloquecida lo que brotó de sus labios. Darío soltó un rugido y se abalanzó hacia él. En el último instante se detuvo, justo en la línea en la que el suelo de mármol daba paso al de tierra, con las zarpas convertidas en dos puños convulsos. Natalia estaba un poco más retrasada, rodeada por sus onyces y era tal la agitación de éstas que parecía estar consumiéndose en una pira de llamas negras.

—No esperaba tanta mansedumbre —murmuró Hurza—. De hecho pensaba que

a estas alturas yaceríais todos muertos a mis pies. Me habéis sorprendido —sonrió—. Ya tengo lo que quería —señaló—. Y aun así, reitero mi promesa: la niña vampira regresará a vosotros sana y salva. Y cuando el vórtice a la Tierra se abra os dejaré marchar. Intentad algo contra mí, cualquier cosa, por mínima que sea, y ya no habrá trato —les advirtió.

Ambos grupos se miraron, cada uno a su lado del pasaje. Héctor estuvo tentado de rogarles que confiaran en Hurza y en su promesa, que le permitieran a él morir creyendo que su sacrificio no era en vano. No lo hizo. Sabía que harían lo imposible por rescatarlos. De estar en la situación contraria, él haría lo mismo. Exactamente lo mismo.

Y también sabía, con la misma certeza absoluta, que no todos vivirían para ver la luz de un nuevo día.

## XIX

# Tambores de guerra

Olían a muerte. Olían a tumba.

Era un hedor antiguo, caduco. Y lo despedían todas y cada una de las estatuas que de pronto salieron al encuentro de la manada. Un instante antes la calle por la que corrían había estado desierta y ahora era un hervidero de engendros de piedra blanca. Aparecieron por todas las callejas que confluían en la avenida, a paso rápido, alertados por la presencia de vida que matar. Había algo extraño en ellos, podían parecerse al resto de engendros con los que se habían topado aquella noche, pero mientras aquellos sólo olían a piedra y frío, éstos arrastraban consigo un intenso olor a podredumbre. A Roja le resultaron familiares, pero no consiguió ubicarlos en su memoria, probablemente porque aquel recuerdo pertenecía a su vida pasada.

La manada desnudó los colmillos, aun a sabiendas de que esas criaturas no se iban a amedrentar por ello. De los doce lobos que habían huido del castillo sólo quedaban siete con vida. En un primer momento, Gris los había guiado hacia los pasos de montaña que conducían al desierto, pero antes de alcanzarlos se habían visto interceptados por varias gárgolas. Fue entonces cuando comprendieron lo poco que podían hacer contra semejantes enemigos. Sus dientes apenas mellaban la roca y lo único a lo que podían aspirar era a destrozarse las mandíbulas al morderlos. Allí sufrieron las dos primeras bajas; un lobo cayó reventado a golpes, al otro lo abandonaron con el espinazo roto, profiriendo terribles aullidos de dolor. En lo único en que superaban a las gárgolas era en velocidad, así que no les quedó más remedio que correr. Era su única alternativa: huir y buscar un lugar donde refugiarse. Gris descartó los pasos de montaña. Nunca llegarían a ellos, no con la cantidad de terreno descubierto que deberían recorrer. Las criaturas de piedra poblaban los cielos, y muchas volaban ya en su dirección. La única salida que les quedaba era la ciudad.

En ella ya habían muerto otros tres miembros de la manada, entre ellos la primera loba a la que había atacado Lizbeth: la estatua de un dios la había aplastado mientras trataba de darles alcance. A otro lo arrastró a los cielos una gárgola que se precipitó sobre ellos desde un tejado; la vieron alzarse en la tormenta y soltar a su compañero desde tal altura que llegó ya muerto al suelo. La tercera en caer había sido la loba de

Gris: se había roto la pata en un mal salto y había sido incapaz de continuar. El enorme macho se acercó a ella, frotó el hocico contra el suyo, la miró a los ojos y después le rompió el cuello de un mordisco para no dejarla a merced de las estatuas. Luego les hizo reemprender la carrera, con los colmillos ensangrentados y la mirada vidriada.

Y ahora en aquella calle, las estatuas los cercaban, cerrando cualquier posibilidad de escape. Allí había guerreros de toda forma y condición, hombres a caballo, animales salvajes, monstruos horripilantes. Azur, el lobo de los mechones blancos, gruñó al reconocer entre ellos a una loba de la manada desaparecida durante los últimos días de la gran guerra.

«Corred», les ordenó Gris; la misma orden que había dado ya en tantas ocasiones. Al lobo se le adivinaban en los ojos las ansias de quedarse y luchar, pero era el líder y su objetivo era conseguir que la manada sobreviviera. «¡Corred!».

Roja saltó para esquivar la embestida de un unicornio. El cuerno le arañó el lomo, llevándose consigo una larga tira de pelambre; la loba resbaló en el adoquinado mojado y se incorporó a tiempo para escapar de la carga de un leopardo y un caballo montado por un hombre sin cabeza. Los dos atacantes chocaron entre ellos en su frenesí por darle alcance. El leopardo se rehízo y fue tras ella pero el caballo y su jinete cayeron al suelo. Ambos se hicieron pedazos contra el pavimento. Entre los restos que se desperdigaban en el suelo, Roja vio un sinfín de huesos rotos y de nuevo un recuerdo pugnó en su memoria. Corrió con el vientre pegado a tierra, intentando encontrar huecos entre aquel mar de piedra que trataba de ahogarlos.

«¡Corred!», aulló el lobo gris.

Y Roja, sin remedio, sin aliento, cumplió la orden.

\* \* \*

Dama Serena los arrastraba por los cielos de Rocavarancolia, envueltos los tres en una enorme esfera esmeralda, los dos muchachos estaban sentados en el suelo de la burbuja mientras la fantasma, de pie, mantenía sus manos en la superficie translúcida. Varias sombras aladas los escoltaban, pero en nada tenían que ver con las onyces: eran gárgolas, decenas de ellas, convertidas en siniestras siluetas por obra y gracia de la noche y la tormenta. Marina, recuperada ya del trance en el que la había sumido Hurza, le golpeó con un pie y señaló hacia arriba. Sobre sus cabezas volaba un gigantesco dragón negro; su figura parecía tatuada a fuego en la superficie de la Luna Roja.

—Balderlalosa, el primer dragón vampiro —anunció a voz en grito Héctor. La esfera en la que volaban no les protegía del aullido del viento.



La torre Serpentaria dejó de ser una sombra en la distancia para ganar poco a poco en detalles. Alex había muerto a las puertas de aquel edificio, víctima de la maldición que protegía la entrada. Héctor distinguió también la plaza en la que se levantaba la torre. Allí se había reunido el grueso del grupo en su primer día en Rocavarancolia. Se preguntó si las serpientes de piedra que adornaban la fuente también habían cobrado vida.

La burbuja estalló de improviso cuando apenas les quedaban unos metros para llegar a la torre. Héctor desplegó las alas y se dispuso a rescatar a Marina, pero Hurza se le adelantó. Atrapó a la muchacha de un brazo para luego volar hasta Héctor y lanzarlo hacia delante de un empujón. Héctor le escuchó murmurar un sortilegio un instante antes de que los tres atravesaran el muro del edificio como si éste no fuera más que una ilusión pintarrajeada en el aire. El joven cayó de rodillas sobre el piso alfombrado.

La estancia donde habían ido a parar apestaba a magia. Era un hedor tan intenso que Héctor lo notaba atravesado en la garganta. Se incorporó a medias y miró alrededor. La sensación que le provocó aquel primer vistazo a la última planta de la torre Serpentaria fue de auténtico ahogo: los múltiples tapices, los estantes llenos a rebosar de libros y objetos mágicos, los armarios y cofres repartidos por el lugar, tan repletos que parecían a punto de reventar, las armaduras y las distintas armas..., todo allí rebotaba magia.

El Comeojos arrastró a Marina hasta un atril colocado entre dos estanterías. Era de madera ocre, acabado en una garra de ocho largos dedos que sostenía un libro de aspecto pesado y lúgubre. Marina contempló espantada el grimorio como si temiera que fuera a saltar sobre ella. El primer impulso de Héctor fue gritarle que se apartara, que huyera antes de que aquella cosa la atrapara. Pero a su espalda había algo aún peor. Tras ella estaba Hurza, bamboleándose despacio de un lado a otro, como si estuviera consumido por la impaciencia.

—Mi grimorio —anunció—. Una obra de arte, el libro de hechizos perfecto. Y hasta eso han corrompido los perros que habitan este reino —empujó a la muchacha hacia delante, lo hizo con suavidad—. Toca el libro, no tengas miedo.

Marina, tras un momento de duda, levantó una mano temblorosa y la extendió despacio hacia el atril.

—Aguarda un instante —dijo dama Serena de pronto. La muchacha retiró la mano con presteza al oírla hablar. El espectro estaba ante una ventana y la luz de la Luna Roja atravesaba su cuerpo, tintándolo de rojo, como si toda ella estuviera esculpida en sangre—. Hay algo que no hemos considerado, Hurza. La niña está en pleno cambio. ¿Y si el libro no la reconoce como vampira? ¿Y si la destruye?

El Comeojos gruñó. Claro que había pensado en tal eventualidad. Y si las circunstancias hubieran sido diferentes habría optado por la prudencia. Pero no podía

esperar más. La locura de dama Ponzoña era un lastre insoportable. Tenía que sacársela de encima cuanto antes.

—Creo que vamos a correr el riesgo —rezongó Hurza—. Haz lo que te he ordenado, muchacha. Y hazlo ya.

Héctor contempló aterrorizado cómo la distancia entre la mano de Marina y el libro se reducía. La vampira giró la cabeza y la mirada de ambos se cruzó.

—No lo hagas —le pidió él. No llegó a pronunciar la frase, se limitó a darle forma con sus labios mientras se preparaba a saltar sobre Hurza. Afiló las alas. Marina se anticipó a sus intenciones y, decidida, tocó el libro—. ¡No! —exclamó al verla retirar la mano al instante como si acabara de recibir una potente descarga. Héctor sintió que el corazón se le partía en dos, convencido de estar a punto de verla morir.

—¡Estoy bien! —exclamó ella en un claro intento por tranquilizarlo—. Es sólo polvo. El libro está lleno de polvo. Es asqueroso...

El alivio fue tal que Héctor notó que las rodillas le fallaban.

—Todos somos polvo, niñita vampira —dijo la voz de dama Ponzoña—. Del primero al último: polvo estúpido, polvo hambriento, polvo desolado, polvo que se niega a ser polvo —Hurza se esforzó por dominarse—. Basta de pantomimas. Acabemos con esto.

El Comeojos la empujó hacia delante, prácticamente la lanzó contra el grimorio. La muchacha tuvo que apoyarse en el atril y el libro para no caer. Héctor pudo ver cómo el polvo se deslizaba entre sus dedos.

Hurza gruñó satisfecho al verla aún viva y se adelantó hasta pegar su cuerpo desnudo contra el de ella. La sujetó por las caderas y apoyó la frente en su nuca. Era capaz de sentir el poder del libro a través de la vampira. Estaba allí, almacenado en los trazos dispersos de las páginas, en cada palabra, en el borde de las hojas que lo conformaban... Había llegado la hora de recuperar lo que era suyo, esa parte de sí mismo que tanto le repugnaba y que, a la par, aunque nunca lo reconocería, tanto le atraía. Abrió un cauce entre su esencia y la esencia de la muchacha, un canal de comunicación que le condujo hasta la energía brutal contenida en el grimorio. Sintió cómo ésta vibraba al reconocer a su amo.

—Vuelve a mí... —susurró.

La vampira se estremeció cuando el caudal de poder la atravesó en su viaje de retorno al nigromante. El mismo hechicero se convulsionó al notar cómo la esencia recobrada se iba extendiendo dentro de su ser. La magia regresaba, fulgurante y terrible y Hurza sintió náuseas y, al mismo tiempo, un placer desmedido. Fuerzas inexplicables pulsaban contra sus terminaciones nerviosas y sus órganos internos, amoldándose a la estructura de un cuerpo que ya habían olvidado. Cerró los ojos, conmocionado, mientras aseguraba su presa aferrándose con más fuerza a Marina.

El paso de energía duró sólo unos segundos. Repleto, saciado, Hurza se separó de

la joven, que se desplomó de rodillas ante el atril. El nigromante se tambaleó a su vez, aturdido por el enorme flujo de poder que acababa de asimilar. Su mente volvía a ser suya, ya no quedaba rastro de la locura de dama Ponzoña. Hurza Comeojos estaba completo al fin, completo como no lo había estado desde hacía más de dos mil años. Cerró los puños, tentado de gritar de pura euforia. Lo había conseguido. Estaba hecho: había vuelto.

Dama Serena y Héctor se acercaron a Marina, que yacía medio desmayada, abrazada al atril. La fantasma envolvió a la muchacha en un hechizo sanador y, al instante, su respiración se normalizó hasta el punto de hacer amago de levantarse. Héctor intentó ayudarla, pero ella, aún aturdida, se zafó de su abrazo de malas maneras.

—No me toques, por favor... —murmuró—. Ahora no. Me siento sucia...

—No te preocupes por ella —le aconsejó la fantasma—. Se recuperará.

—Dejad que se vaya —dijo Héctor, girándose para mirar a Hurza que continuaba extasiado en medio de la estancia, asimilando la recuperación de su poder mágico—. Diste tu palabra. Cúmplela.

—La cumpliré según mis términos, no los tuyos —contestó el otro sin dignarse a mirarle—. En el libro aún quedan posos de energía y necesito a la vampira para recuperarlos —Hurza miró a dama Serena, que seguía atendiendo a la niña. No le gustó el modo en el que la fantasma le devolvió la mirada, como si cuestionara su intención de cumplir sus promesas—. Haz que se levante y coja el libro —le ordenó con sequedad—. Tenemos que ponernos en marcha. Aún nos queda una cosa por hacer.

—No —le replicó dama Serena—. No iremos a ninguna parte. Antes hay una promesa que sí puedes cumplir —su tono de voz fue casi amenazante.

—¿Quieres que acabe contigo? —preguntó él—. Podría hacerlo, es cierto. Ahora estoy más que capacitado para ello. Pero te ruego un poco de paciencia, fantasma. Te destruiré en cuanto mi hermano vuelva a la vida. No puedo arriesgarme a prescindir de tus servicios todavía.

Dama Serena sacudió la cabeza negativamente.

—No me refiero a eso. Hablo de tu espada. Prometiste liberar a las almas encerradas en ella cuando Esmael dejara de representar un peligro. Ha llegado el momento —dijo—. No tiene sentido que permanezcan presas por más tiempo.

Hurza la sopesó con la mirada. La fantasma le estaba desafiando, era evidente. Casi sonrió. Se preguntó si abogando por la liberación de los espíritus encerrados, dama Serena intentaba acallar su conciencia. Lo meditó un instante. Para liberar esas almas debería destruir el arma en el que se hallaban confinadas, una pérdida aceptable si con eso volvía a ganarse la confianza del espíritu.

—Te dije que lo haría, es cierto. Y no voy a echarme atrás.

Desenvainó la espada con un ágil movimiento y la alzó ante su rostro. En el interior de la hoja de cristal se veía un confuso caos de siluetas neblinosas, a veces llegaban a distinguirse pequeños rostros de bruma.

Hurza tomó la hoja entre las manos y la quebró de un golpe. A continuación dejó caer las esquivas al suelo.

—Está hecho —anunció—. Que las almas de los muertos recuperen su libertad. Considéralos tus heraldos hacia el más allá.

Dama Serena no dijo nada. Toda su atención estaba fija en los restos de la espada. Una neblina blanca comenzó a escapar del vidrio, despacio primero, con el ímpetu de una erupción volcánica después; los espíritus se daban a la fuga en un confuso tropel de almas entrelazadas que ganaban en individualidad a medida que ascendían. La primera en hacerse distinguishible fue una mujer de pelo largo, coronada con una tiara, que se desvaneció en el aire con una expresión de alivio infinito. La siguió un niño que lloraba.

Y tras éste una segunda mujer que ascendía abrazada a sí misma. ¿Cuántos habían caído víctimas de aquella fatídica espada y de su encantamiento?, se preguntó dama Serena mientras contemplaba cómo los espíritus se desvanecían.

De pronto uno adoptó los rasgos de un criado del castillo, el desdichado al que Belisario había decapitado, lo siguió después una notable cantidad de sirenas, moviéndose gráciles en el aire antes de diluirse. Tras ellas, le tocó el turno a Rorcual, el alquimista, y por primera vez en años, alguien tuvo la oportunidad de contemplar los rasgos del hombre que se había hecho a sí mismo invisible. Dama Serena sospechaba que los fantasmas escapaban del arma en el mismo orden en el que habían sido atrapados. Por lo tanto el jirón blanco que emergía ahora no tardaría en adoptar los rasgos de Enoch el Polvorientado y pronto aparecería Denéstor Tul. Pero el alma huidiza que en aquellos instantes contemplaba se transformó en una arpía, en dama Moreda, que desplegó un hermoso par de alas blancas antes de difuminarse en la nada.

Dama Serena esperó, pero ni un espíritu más salió del arma rota.

Miró hacia Hurza. El Comeojos no había prestado atención a la liberación de las almas. De haberlo hecho se habría dado cuenta de que al menos dos de ellas habían eludido el cautiverio. Se preguntó qué podía significar eso. ¿Estarían vivos el vampiro y el demiurgo? Lo dudaba. Denéstor había estado muerto más allá de toda duda. Bien lo sabía ella. Pero entonces ¿qué implicaban aquellas ausencias?

—¿Ocurre algo, fantasma? —le preguntó el hechicero.

—No —contestó, sin dudarle un instante.

Ni ella misma comprendía qué le llevaba a ocultar la desaparición de esas dos almas. Puede que no fuera más que un fallo de la espada, pero también existía la posibilidad de que se tratara de una señal de que algo no marchaba según los planes

de Hurza. Y aun así calló. Tal vez fue una última concesión a su conciencia, o una muestra más de su desgana absoluta ante todo o, quizá, un deseo soterrado de que tanto Hurza como ella fueran derrotados. ¿Acaso importaba? Decidió callar y así lo hizo. Se limitó a mirar a Hurza y a añadir:

—Sólo me preguntaba qué se sentiría al desvanecerse en el olvido. Al no ser nada...

—Pronto lo averiguarás —profetizó—. Te aseguro que esta noche será la última para ti en el mundo de los vivos —sonrió, eufórico. Dedicó una mirada a los muchachos. La vampira retrocedió, aturdida aún por las corrientes mágicas que la habían usado como canal; el ángel negro, en cambio, se mantuvo firme, desafiante—. Esta noche todo se consumará —dijo Hurza—. Te prometo, fantasma, que esta noche perdurará en la memoria de generaciones. Y yo siempre cumplo mis promesas.



—¿No hay nada que podamos hacer?! —preguntaba Natalia, histérica—. ¿Nada?!

—No se me ocurre qué —dama Desgarro se dejó caer en uno de los bancos del vestíbulo, abatida. No era la traición de dama Serena lo que más le dolía, era la constatación de que Esmael había tenido razón: era una inútil, una rémora para Rocavarancolia. Tenía que haberse dado cuenta antes de que dama Serena sólo sería fiel a sí misma—. Tal vez Hurza cumpla su promesa y os deje regresar a vuestro mundo —murmuró sin convencimiento.

—¿Regresar? —Natalia se llevó las manos a la cabeza—. No sé de qué estás hablando, vieja rara. Nadie se va a ir de aquí. Vamos a rescatar a Héctor. Eso es lo que vamos a hacer.

—Cuánta belicosidad —murmuró el Lexel negro—. Me gusta. No nos sirve de nada pero me gusta.

—Pensemos en alternativas de acción, ¿de acuerdo? —sugirió Darío mientras caminaba de un lado a otro—. Poniéndonos histéricos no vamos a conseguir nada. Tenemos que tranquilizarnos.

—¿No quiero! —exclamó Natalia—. Quiero estar rabiosa.

El Lexel negro se echó a reír. A duras penas habían logrado convencerla para que no saliera a la caza de Hurza con su ejército de sombras. Las onyces habían luchado con bravura a las puertas del Panteón Real, pero no tendrían ninguna oportunidad si se enfrentaban al nigromante y los suyos.

—¿Con qué contamos? —comenzó Darío. La voz le temblaba—. ¿Qué tienen ellos? En eso tenemos que pensar. ¿Cómo podemos...?

—¿Y mientras perdemos el tiempo pensando esos locos matarán a Héctor! —le

interrumpió Natalia—. ¡Tenemos que hacer algo y tenemos que hacerlo ya!

—¡Y si actuamos sin pensar nos matarán a todos, estúpida! ¡Y no podremos salvar a nadie!

—El trasgo tiene razón, bruja —intervino Laertes—. No ayudarás a nadie en ese estado. Estamos en clara desventaja. Ellos tienen de su parte el poder y un ejército de piedra que les respalda. Nosotros sólo tenemos migajas y una buena cantidad de rabia... El desequilibrio es abrumador. Necesitamos sutileza.

Sedalar Tul estaba sentado en otro banco, contemplando desilusionado el talismán. Permanecía ajeno a la charla que tenía lugar a escasos pasos de distancia. La sensación de impotencia que le embargaba era tan desalentadora que no se veía con fuerzas de contribuir en nada a los planes del grupo. Era un fracasado. Había estado convencido de que aquella joya funcionaría y todo había quedado en nada. Y lo único que había podido hacer en el pasaje era ver cómo Hurza y dama Serena se llevaban a sus amigos.

«Mantenlos a salvo, por favor», le había pedido Héctor antes de que la fantasma los arrastrara en su esfera. ¿Y qué había esperado el ángel negro? ¿Una promesa por su parte? No, no podía aceptar tal responsabilidad. No cuando todo lo que se empeñaba en conseguir parecía abocado al fracaso. El reloj de su abuelo escapó del bolsillo de su gabán y trepó por su brazo hasta llegar a su hombro. De ahí saltó a su chistera.

—¿Cuánto tiempo llevas sin dormir? —escuchó que le preguntaban. Se giró sobresaltado para descubrir sentada junto a él a dama Acacia.

—No mucho —contestó con desgana. Por supuesto no señaló que la última vez que había dormido había sido cuando Esmael lo dejó inconsciente en el torreón Margalar y que ese sueño apenas duró unos instantes.

La bruja asintió, como si hubiera sido otra respuesta la que acababa de escuchar.

—El poder es embriagador, más cuando lo sientes plenamente por primera vez —dijo—. Pero el poder puede destruirte. No lo olvides, muchacho. Tus amigos te necesitan, pero te necesitan entero —apuntó y luego, con un gesto, señaló hacia la nariz de Sedalar.

El demiurgo descubrió que un hilillo de sangre le fluía de una fosa nasal. Se lo limpió con el dorso de la mano.

—Poco puedo hacer por ellos —indicó—. Presumo de magia, pero a la hora de la verdad soy un inútil. Esmael me derrotó sin pestañear y contra Hurza ni siquiera intenté nada. Me limité a mirar cómo se los llevaban...

—Hiciste bien. Te habría matado. Eres un demiurgo. La magia directa es sólo una de tus alternativas. Cuentas con otros medios para enfrentarte a tus enemigos. Sólo tienes que encontrarlos.

La puerta del Panteón Real volvió a abrirse, pero nadie se percató de ello. El

hechizo de Sedalar seguía cumpliendo su cometido y no se escuchó el menor sonido cuando los batientes del portón se deslizaron hacia dentro. Una pequeña silueta entró en el mausoleo; el sonido de sus pasos quedó oculto también por el sortilegio. Fue Ara, la mujer gigante, la primera en verlo. Un joven rubio caminaba despacio hacia ellos, llevaba una espada en la mano pero su porte distaba mucho de ser amenazador. Lo observó extrañada, sin dar aviso al resto. En primera instancia no fue capaz de reconocerlo. Sólo cuando vio al dragón en la escalinata cayó en la cuenta de quién era.

—Andras Sula —murmuró, atónita y, al instante, la atención de todos se fijó en el recién llegado.

Darío fue el primero en reaccionar. La presencia del piromante allí sólo podía significar una cosa: la tregua había terminado y quería continuar la lucha. Y le resultó tan absurdo que a punto estuvo de gritar de pura furia. Pero fue al ver que Adrián empuñaba su espada mágica cuando de verdad perdió el control.

—No puede ser. ¡No puede ser! —se acercó a él a la carrera, frenético. Lo habría golpeado de no ser por la magia que protegía el edificio—. ¡Por qué no revientas de una vez, maldito loco! —le gritó en plena cara—. ¡Tenía que haberte matado la primera vez! ¡Me oyes? ¡Eso tenía que haber hecho!

El piromante retrocedió un paso y lo miró con la sorpresa dibujada en el rostro, como si no tuviera ni idea de a qué venía semejante reacción. Parpadeó varias veces, aturdido. Intentó hablar, pero las palabras no parecían salirle, se limitaba a abrir y cerrar la boca, como si le resultara imposible expresarse, como si lo que pretendía decir estuviera más allá del lenguaje.

—Hoy he matado a un hombre —anunció al fin. La perplejidad en su voz era demasiado marcada para ser fingida—. El loco de las hienas —«Caleb», dijo alguien; «pobre imbécil», apostilló el Lexel negro—. Me cogió por sorpresa y le atravesé con la espada. Antes de morir me escupió en la cara. Y me llamó monstruo —dijo—. Me odiaba. Yo no sabía que se pudiera odiar tanto... —señaló hacia la puerta que acababa de atravesar, como si Caleb le viniera siguiendo todavía—. Ya no me odia. Ahora está muerto y no puede odiar a nadie.

Sedalar Tul se levantó del banco, con el colgante todavía en la mano y se acercó al grupo. Adrián había pasado a cuchillo a todos los que ardían en el barrio en llamas. Según dijo eran engendros, monstruos horribles entre los que no había nada parecido a un ser humano. Ahora había traspasado esa línea. Pero Sedalar no se llevaba a engaño, no era sólo el haber matado a un semejante lo que le había trastornado. Adrián se había visto reflejado en el odio de Caleb. Y no era de extrañar puesto que un odio similar le había llevado a él a intentar dar caza a Darío.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —le preguntó el trago.

Por toda respuesta, Andras Sula le tendió la espada por la empuñadura. Darío la tomó sin vacilar. Esta vez el arma no se revolvió en su mano; la magia del panteón

también le afectaba.

—Quiero devolvarte la espada —le explicó—. La encontré fuera, tirada en el barro. No dejó de agitarse mientras la traía. Intentaba matar al dragón.

Darío no dijo nada, se limitó a observar al joven con el ceño fruncido.

—Es una espada de bausita —dijo Laertes—. Animada por los demiurgos oscuros de Mascarada. Hará lo imposible por matar todo lo que tenga cerca, sin distinciones.

—Como el fuego... —murmuró el piromante—. Eso mismo hace el fuego. Consume todo lo que encuentra a su paso. Sin conciencia, sin control —hablaba muy bajo, casi para sí mismo, desvió la mirada hasta las llamas que recorrían las palmas de sus manos—. Hasta que ya no queda nada. Entonces se extingue y muere solo. Solo entre las cenizas.

—Vale, está loco —dijo Natalia—. Bueno, más loco de lo que estaba antes. Podemos ignorarlo, ¿por favor? ¡Hurza tiene a nuestros amigos!

—¿A qué has venido? —Darío intentó tomarle del antebrazo para forzarle a mirarlo, pero el hechizo del panteón se lo impidió. Aun así, el piromante alzó la vista.

—Yo... —vaciló, como si ni siquiera él tuviera claro qué le había llevado allí—. Hoy he matado a un hombre —repitió— y no sé qué será de mí mañana. No sé si me consumiré o haré que el mundo arda. ¡No lo sé! —una única carcajada amarga brotó de sus labios—. Y vuelvo a tener miedo. De nuevo. Tengo miedo otra vez. Un miedo atroz.

—¿¡Qué has venido a hacer aquí?! —repitió el trago. Todos en el Panteón Real guardaban silencio. Ni siquiera se escuchaba el murmullo de las onyces.

—Me han pedido que me mantenga al margen —contestó el otro—. Dicen que si no me inmiscuyo, sobreviviré. Por lo visto les hace gracia mi dragón. Vengo a inmiscuirme. Vengo a luchar a vuestro lado.

—¿Por qué? —preguntó Natalia.

—Porque acabo de matar a un hombre. Y aunque sólo sea por esta noche... necesito volver a ser Adrián. Mañana volverá Andras Sula, lo sé... Pero hoy necesito a Adrián —tomó aliento antes de continuar—: Y él quiere luchar a vuestro lado —anunció—. Mi fuego y mi dragón, esta noche, son vuestros.

Dama Desgarro contempló a aquel muchacho extraviado con algo cercano a la lástima. El piromante se había perdido mucho tiempo antes de que saliera la Luna Roja, pero había sido con la llegada de ésta cuando su locura se había redoblado. Se preguntó si existía esperanza para él. Se preguntó si existía esperanza para alguien.

—Bien. Nuestras fuerzas acaban de aumentar considerablemente —se burló el gemelo Lexel—. Ahora contamos en nuestras filas con un piromante loco y un dragón maltrecho. ¡La victoria está asegurada!

—Es más de lo que teníamos antes —dijo Darío, todavía impresionado por el discurso errático de Adrián.



—Da igual —dama Desgarro sacudió la cabeza—. Es una batalla perdida. No hay nada que podamos hacer.

—Claro que hay algo que podemos hacer —terció Sedalar Tul mientras guardaba el collar en su gabán—. Lo único que podemos hacer de hecho: luchar. Eso es lo que viene ahora.

—Escucha al niño, dama Desgarro, escucha al niño —le rogó Argos, el guerrero anciano que ya no tenía fuerzas para blandir su espada—. ¡No podemos rendirnos! ¡Y tú menos que nadie! Sigues siendo la comandante de los ejércitos del reino —le recordó—. ¡Es tu responsabilidad dirigirnos en la batalla!

—¿Y qué ejércitos comandaré? —preguntó ella mientras negaba con la cabeza—. Sólo tenemos sombras, un dragón herido y un puñado de locos. Ésas son nuestras fuerzas. Es imposible, imposible...

—En Rocavarancolia no hay nada imposible —afirmó Natalia—. Si hay algo que sé, es eso.

—Dijiste que todos moriríamos —le recordó Darío—. ¡En la plaza, el día que llegamos! Dijiste que no éramos más que cadáveres que no sabían que estaban muertos y que no sobreviviríamos para ver la Luna Roja. Nos retaste a conseguir lo imposible. Y aquí estamos. Lo hemos hecho. Podemos hacerlo de nuevo.

Dama Desgarro miró a los muchachos allí reunidos: la bruja, el trago, el demiurgo y el piromante. Qué poco se parecían a los niños asustados que había tenido ante sí aquella mañana. Era cierto. Habían conseguido lo imposible.

—¿Un ejército? —le preguntó Sedalar—. ¿Eso necesitas? —se adelantó hasta situarse ante ella—. Creo que no hemos sido convenientemente presentados —señaló—. Me llamo Sedalar Tul y la Luna Roja me ha transformado en demiurgo. Soy capaz de dar vida a todo lo que se me antoje. ¿Quieres un ejército, dama Desgarro?

»Yo te conseguiré uno.

## XX

# El Corazón de las Tinieblas

Rocavaragáago fulguraba.

Brillaba a la luz de la Luna Roja de manera sobrecogedora, daba la impresión de que el edificio también había cobrado vida y que intentaba por todos los medios arrancar sus cimientos del suelo para marchar sobre Rocavarancolia. Las gárgolas infestaban el aire a su alrededor como avispas en torno a una colmena; muchas se posaban en los agujones y espolones que plagaban sus paredes y torretas, pero la mayoría se limitaba a volar en enjambre en torno a la estructura roja. La lluvia que empapaba sus muros los hacía relucir como sangre fresca, como si estuvieran tocados por un hechizo similar al que protegía el grimorio del Comeojos, el mismo grimorio que en aquel momento Marina transportaba en la esfera de dama Serena. Héctor ya no iba con ellas, era el propio Hurza quien lo llevaba. Lo había aferrado del cuello nada más abandonar la torre Serpentaria y lo arrastraba como a un pelele por los cielos. Había intentado resistirse, pero todo había sido inútil, daba igual la fuerza que opusiera o el modo en que aleteara, aquella mano permanecía igual de firme en su garganta.

Dejaron atrás los edificios de la ciudad para sobrevolar la amplia explanada que rodeaba la catedral. Héctor contuvo el aliento mientras se aproximaban. Ése era su destino. Ahí acabaría todo, en aquella aberración arrancada a la Luna Roja y modelada para producir espanto.

Cuando apenas los separaban doscientos metros, Héctor pudo ver la silueta monstruosa que aguardaba tras el foso. Era una sombra encorvada de la que emergía un verdadero caos de extremidades contrahechas. La tomó por otro de los engendros a los que Hurza había dado vida, sólo que aquél no estaba esculpido en piedra sino forjado a base de armas y armaduras. Medía más de tres metros y lo primero que pensó al verlo fue que si la guerra se encarnara alguna vez en un cuerpo físico adoptaría uno semejante a aquél. El yelmo era descomunal, con forma de cabeza de león cornudo representado a medio rugido; los colmillos superiores e inferiores se unían para formar la rejilla de protección del casco. La coraza era inmensa, digna de un gigante, sembrada de protuberancias afiladas y con la cintura rodeada de calaveras.

Aquel engendro contaba con una veintena de grandes brazos; la mayor parte de ellos empuñaba armas acordes con su apariencia colosal: guadañas, espadones, hachas de combate, mazas claveteadas... La criatura se apoyaba en dos piernas enormes, terminadas en escarpes de pezuña hendida.

Junto a aquel prodigioso ser se encontraban los cuatro miembros del consejo que habían acompañado a Hurza al Panteón Real. Aterrizaron junto a ellos. El calor que despedía el foso era sofocante, pero todavía asfixiaba más la proximidad de aquellos muros. Nada bueno podía ocurrir en sus cercanías. Aquél era un lugar de horror, un sumidero de oscuridad y perversión.

—Y henos a todos reunidos aquí, en feliz contubernio —canturreó el Lexel blanco—. En esta noche tan hermosa... En esta tierra tan mágica... Reunidos todos para cambiar la faz del mundo.

—Me alegra comprobar que habéis conseguido lo que fuisteis a buscar —le dijo el hijo de Belgadeu a Hurza, sin apartar sus cuencas vacías de Héctor.

El nigromante asintió.

—Todo marcha como debe —anunció—. Razón de más para ser precavidos y permanecer alerta. Es indudable que los del panteón intentarán rescatar a los suyos.

—Mi hermano es ladino y artero. Claro que intentará algo —vaticinó el Lexel blanco. La lluvia resbalaba por su máscara, teñida con el rojo de la lava del foso y el resplandor de Rocavaragálago.

—Fracasarán —vaticinó el esqueleto haciendo crujir las vértebras de su cuello—. Apestan a perdición y muerte. Pronto bailaremos con sus cadáveres.

Héctor miró a Marina. Permanecía aún en la esfera de la fantasma, en cuclillas y con la mirada perdida. La llamó en un susurro y ella se estremeció, asustada. Era evidente que todavía no se había recuperado de lo que Hurza le había hecho para recobrar el poder del grimorio. Buscó la manera de transmitirle ánimos, la forma de decirle que saldrían con bien de aquella pesadilla, pero no tuvo fuerzas para ello.

De pronto, la inmensa criatura metálica le habló:

—No se te ve tan engreído ahora, ángel negro —dijo una voz exultante desde el interior de aquella cosa. El gigante de hierro se inclinó hacia él. Todos sus movimientos venían punteados con un repiqueteo de metal contra metal—. Por lo que veo, Hurza ha tenido a bien mostrarte cuál es tu lugar en este mundo —rompió a reír y fue su risa lo que hizo que Héctor le reconociera:

—Alastor.

—Él mismo —se alzó de nuevo con aquel desagradable sonido de engranajes mal ajustados—. Como puedes comprobar al final no necesité a tu demiurgo para conseguir lo que quería. Me rebajé a hablar con vosotros por nada —murmuró con desprecio—. Ya tengo mi cuerpo y, por lo que tengo entendido, tú, dentro de poco, vas a quedarte sin el tuyo. Qué graciosa paradoja, ¿no crees?

El inmortal llevaba algo en una de sus manos. Era un cadáver. El cuerpo inerte de una criatura de piel azul, de aspecto anfibio; Alastor lo enarbolaba ante sí como si fuera algo que estuviera a punto de lanzar muy lejos.

Ujthan contempló con expresión hosca el trato degradante que Alastor dispensaba al cadáver del regente. El guerrero tatuado permanecía lo más alejado posible del inmortal, le costaba concebir que el curso de los acontecimientos le hubiera llevado a tener semejante aliado. Intentó consolarse recordando la euforia que había sentido durante la corta escaramuza mantenida a las puertas del Panteón Real. Eso era lo importante, no debía olvidarlo. En el cementerio, por un instante, se había sentido pleno otra vez.

—Ha llegado la hora —anunció Hurza—. Ha llegado el momento de que Rocavaragálagó vuelva a la vida.

Se acercó a la fachada de la catedral a grandes pasos, arrastrando al ángel negro consigo. Héctor intentó incorporarse para al menos marchar caminando, pero era tal el ímpetu del nigromante que no logró recuperar la vertical hasta que éste se detuvo. Hurza extendió la mano libre para acariciar la roca. Lo hizo con el mismo cariño con el que se acaricia a un amante reencontrado.

—Escúchame, piedra —su voz se volvió cavernosa, como si surgiera de las entrañas de la tierra—. Que tus cimientos se estremezcan y lo oculto se descubra. ¡Reconoce mi voz y despierta! He vuelto de la muerte, he regresado de lo más profundo de la tumba. ¡Oye mi voz! ¡Soy Hurza! Rocavaragálagó, altar de las tinieblas, fábrica del horror. ¡Abre tus puertas!

Los muros de la catedral comenzaron a brillar. Era un fulgor creciente, un rojo incandescente que iba virando al blanco. Héctor cerró los ojos cuando aquel destello salvaje alcanzó su sùmmum y, aun a través de los párpados cerrados, la luz lo cegó. El fulgor de la oscuridad tomó el mundo, lo hizo pedazos. Rocavaragálagó brillaba como una estrella caída de los cielos.

Una grieta negra nació en la fachada, a unos cinco metros de altura y comenzó a descender en mitad de la claridad. Cuando llegó a la base aparecieron dos nuevas grietas junto a ella que comenzaron ascender veloces en la piedra, curvándose ambas en busca de la primera. La unión de éstas acabó formando una figura tosca e inmensa, un remedo de puerta que parecía trazada por un niño poco diestro.

Dama Serena asistió admirada a aquel fenómeno. Corrían múltiples leyendas sobre la catedral roja. Muchas aseguraban que tras sus muros se escondían riquezas sin parangón: los tesoros de decenas de reinos, el botín mágico que Hurza y Harex habían traído consigo desde otros mundos; otras hablaban de cámaras de tortura donde los hermanos habían dado rienda suelta a toda su crueldad, de mazmorras donde yacían los antiguos pobladores de Rocavarancolia. Hasta aquel instante, dama Serena había pensado que esas historias no eran más que cuentos sin fundamento.

Siempre había creído, como la práctica totalidad de Rocavarancolia, que la catedral era simple roca lunar moldeada cubierta de sortilegios.

Hasta ahora.

El rojo brillante de la piedra llegó al fin al blanco incandescente para luego comenzar a apagarse. Se escuchó el sonido de un trueno, sólo que en esta ocasión no llegó de los cielos sino del edificio que tenían delante. A continuación una puerta que llevaba dos milenios sin existir comenzó a abrirse, despacio, en silencio.

Un repentino hálito de aire rancio envolvió a Héctor. Fue como respirar polvo y ceniza, como si todo el pasado del mundo, de pronto, le hubiera respirado en plena cara. El muchacho abrió los ojos, todavía medio cegado por el fulgor de Rocavaragáago, y contempló el pasaje que se adentraba en las entrañas de la catedral. Estaba salpicado de estalactitas y estalagmitas, formaciones de piedra que se alzaban del suelo y descendían del techo como colmillos retorcidos.

Por un momento, Héctor creyó estar ante las fauces abiertas de una bestia nacida para devorarlo, de una criatura concebida con el único propósito de arrancarle la vida. Luego, desalentado, se dijo que, en el fondo, así era.

Más allá de aquel pasaje le aguardaba la muerte.

\* \* \*

Dama Desgarro dibujó la última runa de protección en la frente de Sedalar. Nada más trazarla, el símbolo destelló con un tenue brillo perlado antes de ser absorbido por la piel. La custodia del Panteón Real se había encargado personalmente del demiurgo, mientras el Lexel y dama Acacia hacían lo propio con Natalia y Darío. Los hechizos que estaban anclando en ellos aumentarían su fortaleza y resistencia y evitarían que el enemigo los localizara.

—Una vez termines tu tarea te encontrarás extremadamente débil —advirtió dama Desgarro al demiurgo. Por supuesto no expresó en voz alta lo mucho que dudaba que pudiera llevar a cabo la proeza que pretendía—. Serás presa fácil si Hurza te localiza. Y ten por seguro que harán lo imposible por hacerlo. Tú serás la clave de todo. Recuérdalo.

—Lo sé —admitió Sedalar. Una extraña tranquilidad se había apoderado de él. No sentía temor alguno. El tiempo para ello ya había pasado—. Y también sé que puedo hacerlo —le aseguró, consciente de las dudas de la mujer.

—Nosotros le protegeremos —dijo Laertes—. Haremos lo que esté en nuestra mano por mantenerlo a salvo.

Dama Desgarro suspiró. Junto al demiurgo y los brujos malditos, irían Natalia y el Lexel negro: el grueso de sus fuerzas en suma.

—Si él cae, caemos todos —les recordó—. Nos lo jugamos todo a una baza.

—Vamos, vamos, vamos —les apremió Natalia, incapaz de estarse quieta. Dama Acacia susurró en un vano intento por tranquilizarla mientras dibujaba runas en su frente—. Tenemos que ponernos en marcha. ¡Tienen a Héctor! ¡Y a Marina! ¡Nos necesitan!

La puerta del panteón se abrió para dejar paso al piromante y la tormenta. El muchacho se les acercó a paso vivo, con la espada desenvainada envuelta en llamas. Esta vez el dragón le siguió al interior del mausoleo. Sus ojos amarillentos recorrieron a todos los presentes.

—La esfera de la fantasma ha llegado hasta Rocavaragálagó y el maldito lugar se ha puesto a brillar como si fuera a volar por los aires —les anunció el joven—. Luego han entrado dentro. Marina y Héctor están con ellos. Si es que sigue siendo Héctor, claro...

—¿Dentro? —dama Desgarro frunció el ceño. El demiurgo se colocó la chistera y la miró extrañado—. No hay un «dentro» en Rocavaragálagó —dijo—. La catedral es de piedra maciza.

—Eso me habían dicho. Pero por lo visto las sandeces de los dragoneros han resultado ser ciertas —murmuró Andras Sula mirando a la mujer gigante de reojo. Tanto ella como los tres guerreros que la acompañaban estaban revisando sus armas en un banco.

—El propio Hurza no era más que una leyenda hasta esta noche, mi señor —se disculpó Ara, la enorme mujer de un solo brazo. Alzó su hacha y estudió el filo mellado. Se encogió de hombros. Aunque estuviera afilado de poco le iba a servir contra gárgolas y estatuas.

—Me da igual dónde estén —terció Darío—. Entraremos allí y los rescataremos como sea. Aprovecharemos el revuelo que va a montar Sedalar para hacerlo. Además ése era el plan, ¿verdad?

Dama Desgarro sacudió la cabeza. Había tantas cosas que podían salir mal que ni siquiera se atrevía a llamar plan a aquella locura.

—¡Vamos, muchachos! —exclamó Argos. Dio una palmada y se incorporó—. ¡Ya está bien de preámbulos! ¡El campo de batalla nos reclama!

—No creo que sea oportuno que tú participes en esto, viejo carcamal —le espetó el Lexel negro mientras se reía de forma desagradable—. Puede que se te reviente el corazón al intentar levantar esa espada que llevas.

—¿Crees que me importa, mago? —le espetó el anciano mientras enarbolaba el puño como si pretendiera golpearlo—. ¡He llegado a viejo en Rocavarancolia! ¡¿No te parece un insulto?! Saldré y blandiré mi espada, y si los dioses quieren que muera al desenvainarla que así sea. Al menos moriré con un arma en la mano y un enemigo cerca.

Sexto Cala se echó a reír.

—¡Bien dicho! —llevó una mano artrítica a la empuñadura de su propia arma—. ¡Qué diablos! ¡Iré contigo! Mejor caer ahí fuera que languidecer aquí dentro. ¡Que nos entierren juntos para poder insultarnos a gritos durante toda la eternidad!

—Todo está dispuesto —anunció dama Acacia separándose de Natalia una vez trazó la última runa—. La muchacha ya está protegida.

Dama Desgarro asintió.

—Pues no lo retrasemos más —dijo. Se irguió todo lo que pudo y miró al estrafalario grupo reunido ante ella—. No hace falta que os recuerde lo que está en juego —anunció solemne mientras su mirada tuerta recorría a los cuatro cosechados—. No sólo sois la última esperanza de vuestros amigos, también sois la última esperanza de Roca...

—¿Esperanza? —le interrumpió el Lexel—. ¿Te has vuelto loca, Desgarro? —rio—. ¿Vas a arengar a la tropa con estupideces? —se plantó ante los muchachos y los señaló con su mano enguantada—: Oídme, oídme bien: la esperanza no vale nada. ¡Nada! No nos conducirá a la victoria, ni hoy ni nunca —por un instante, Darío se vio reflejado en la máscara del hechicero y su corazón dio un vuelco al contemplar su imagen deformada—. Olvidad la esperanza. Olvidadla. Lo que necesitamos aquí es lo que queda cuando esa perra ya no está: necesitamos desesperación. ¿Me oís? ¡Desesperación! Esa sí es una fuerza en la que puedo confiar, ése sí es un credo con el que puedo comulgar. La desesperación nunca os fallará: cuando no os quede nada siempre estará allí. ¿Y sabéis una cosa?

»No hay nada más peligroso que un hombre desesperado.



Los pasadizos de Rocavaragáago parecían excavados en la piedra a golpes y mordiscos. Todo era basto e irregular, como si alguien se hubiera abierto paso a base de encadenar explosiones. No había traza de arquitectura ni lógica en aquellos pasajes, tan pronto atravesaban amplias galerías como se adentraban en corredores tan estrechos que Alas-tor se veía en dificultades para seguirlos.

Las paredes emitían una ligera luminiscencia rojiza y la atmósfera estaba cargada de un antiguo olor a podredumbre, a descomposición. No había modo de acostumbrarse a ese hedor. A Héctor le recordaba a la peste que se respiraba en la gruta de los niños bestia, sólo que magnificada hasta el paroxismo.

«Estoy en las entrañas del monstruo», pensaba mientras se dejaba conducir a través de aquel horror. «La pesadilla me ha devorado. No saldré de aquí jamás. No. Es todavía peor. Mi cuerpo sí saldrá, sólo que yo ya no estaré en él».

Se llevó la mano al cuello y descubrió que las piedras del collar que Sedalar le había dado estaban quemadas: el simple contacto de la mano de Hurza las había destruido. Buscó con la mirada a Marina, necesitaba comprobar que estaba bien. En el fondo era por ella por quien se ofrecía al sacrificio. La vampira caminaba casi en último lugar, envuelta en la esfera verdosa de dama Serena y seguida por la mole acerada de Alastor.

La peste a podredumbre aumentó al dejar atrás una rampa ascendente. Se hizo tan intensa que con cada inspiración, Héctor sentía que algo le arañaba el cerebro, unos dedos afilados que removían sus pensamientos. Cuando se adentraron en una nueva galería descubrieron la fuente del hedor. En ambas paredes se disponían dos hileras gemelas de cadáveres; cada uno de ellos reposaba de pie, en el interior de un nicho excavado en la roca. Eran guerreros momificados, vestidos la mayoría con armaduras y yelmos tan herrumbrosos como las armas que empuñaban. Había seres humanos, pero también monstruos horripilantes, hombres bestias de todo tipo, criaturas serpiente, mino-tauros, engendros bicéfalos... Algunos parecían cadáveres recientes, pero otros estaban en avanzado estado de descomposición, hasta el punto de que algunos eran, como el hijo de Belgadeu, meros esqueletos. Cuando llegaron a la altura de los primeros cadáveres, Hurza hizo un gesto para detener la marcha.

—Aquí yace parte de la hueste con la que domamos este mundo —dijo. Su garra permanecía implacable en el cuello de Héctor—. Mi legión de muertos. Su presencia a veces bastaba para poner en fuga a ejércitos enteros —respiró hondo los pestíferos efluvios que los rodeaban y puso los ojos en blanco, como si para él aquel hedor fuera el más delicioso de los aromas—. A veces me olvido de quién soy —murmuró—. He robado tantos recuerdos, he arrebatado tanto poder y tanta magia que a veces olvido de lo que soy capaz por mí mismo —una sonrisa enfermiza se asomó a sus labios pardos—. Soy Hurza Comeojos —anunció y el orgullo hizo vibrar su voz—. Y no fui sólo el primer Señor de los Asesinos de Rocavarancolia. También fui el primer nigromante.

Al finalizar aquella frase soltó a Héctor; lo hizo con brusquedad, arrojándolo hacia atrás. El muchacho salió trastabillado y chocó contra Ujthan, que le aferró de los hombros sin delicadeza alguna. Hurza quedó inmóvil entre las hileras de muertos, encorvado hacia delante, con los brazos flexionados y las manos abiertas. No dijo una sola palabra. No hizo un solo gesto. Se limitó a pasear su mirada milenaria por los cuerpos quietos.

De pronto, todos los cadáveres se convulsionaron a un mismo tiempo, fue un espasmo simultáneo que despertó extraños ecos en la galería: un ruido grotesco de carne que se sacudía, de materia orgánica chapoteando. Héctor retrocedió al ver cómo los primeros muertos salían de sus nichos, envueltos en vaharadas de putrefacción. Caminaban a trompicones, con paso errático, pero sujetaban sus armas



con evidente energía. En los que aún contaban con ojos se adivinaba un brillo de inteligencia extraviada. Había cerca de cincuenta cadáveres en aquel pasaje.

—Años aguardando... —murmuró uno de ellos. Su voz en poco tenía que ver con las de los muertos del cementerio, era la voz del olvido, la voz del silencio. Tenía los ojos hinchados, uno miraba torcido hacia arriba y el otro aparecía girado en su cuenca—. Años aguardando en la oscuridad...

—Vuestra espera ha terminado —anunció Hurza—. De nuevo resuenan tambores de guerra en Rocavarancolia. De nuevo son necesarios vuestros servicios. Salid fuera —les ordenó—. Disponéos en formación defensiva ante Rocavaragálago y no permitáis que nadie se acerque.

Los cadáveres se pusieron en marcha. Pasaron entre el grupo, capitaneados por el que había hablado. Su paso atronó en la galería con un rumor de tormenta amortiguada. Héctor los contempló, asombrado, tapándose la boca y la nariz en un vano intento por no respirar su peste a ponzoña.

Hurza se aproximó a él, volvió a aferrarle del cuello y reemprendieron la marcha.

No tardaron mucho en detenerse otra vez, de nuevo en una sala repleta de cadáveres. Era más grande que la primera y no contenía medio centenar de muertos como aquélla: había cuatro veces ese número; inmóviles todos en sus nichos. Centauros y licántropos, guerreros descarnados y gigantes deformes, trasgos y arpías, bestias aladas y arácnidos; un muestrario de horrores que aguardaba paciente la llegada de Hurza Comeojos.

—He vuelto —anunció éste a los cadáveres de Rocavaragálago mientras se disponía a convertirlos en títeres a su servicio—. Congratulaos, mis siervos. Vuestro amo os reclama.

Un nuevo ejército se había puesto en marcha en Rocavarancolia.

\* \* \*

El dragón rugió mientras agitaba su enorme cabeza hacia la puerta. Quería salir. Quería volar. Durante treinta años le habían negado el cielo y estaba ansioso por recobrarlo. Andras Sula le palmeó en el lomo para intentar contenerlo.

—Pronto, amigo —le aseguró cuando la gran bestia le miró con ojos resplandecientes—. Pronto volarás. Te lo prometo.

Darío, sentado en un banco, contemplaba al dragón y la onyce, con la barbilla apoyada en las zarpas. La sombra de Natalia se había enraizado en el ala herida del animal, prácticamente se había fundido con ella. La negrura compartía ahora espacio con las escamas amarillas y verdes que jalonaban el cuerpo de la bestia. La onyce había restablecido el ala usándose a sí misma como prótesis, como muleta. El dragón

estaba preparado para volar de nuevo, sólo había que ver el vigor y la fuerza con la que agitaba ambas alas para darse cuenta.

Además de los muchachos, el dragón y la sombra, en el mausoleo sólo quedaba dama Acacia. La bruja arbórea había preferido no participar en lo que se avecinaba.

—Al contrario que Argos y Cala prefiero que mis últimos días transcurran en paz —anunció cuando los distintos grupos se pusieron en marcha—. Si se os niega la victoria, reservaré mis últimas fuerzas para ayudar a dama Gato con sus enfermos. Si ganáis, adornaré el cementerio con flores aromáticas en vuestro honor.

Un ruido leve hizo que Darío se girara hacia la izquierda. Por el suelo llegaba una araña de madera, caminando a ritmo frenético. Sus patas producían un tamborileo musical contra el mármol, un sonido ridículo, por lo alegre, fuera de lugar. El trasgo respiró hondo mientras se levantaba. Había llegado la hora.

—Están en posición —anunció.

Andras Sula asintió mirando también hacia el diminuto arácnido que, una vez cumplido su cometido, se había quedado inmóvil ante las piernas del trasgo.

—Pues pongámonos en marcha —dijo el piromante. Se afianzó al costado del dragón y se impulsó sobre su lomo.

El trasgo se acercó a ellos, frotándose el brazo izquierdo en un gesto de puro nervio. El hambre comenzaba a vencer el hechizo de dama Desgarro y volvía con fuerzas renovadas. Adrián le tendió una mano para ayudarle a subir al dragón. Darío dudó. Aquel mismo día había huido de aquella bestia, aquel mismo día el muchacho que ahora la montaba había intentado matarlo.

—¿Qué sucederá mañana? —alzó la vista para mirar al piromante—. ¿Qué ocurrirá cuando esto acabe? ¿Seguirás persiguiéndome?

—¿Mañana? —preguntó Andras Sula, en su tono no había atisbo de malicia o burla—. ¿Y quién te dice que habrá un mañana?

Darío sonrió. Adrián tenía razón. ¿Qué sentido tenía pensar más allá de aquella noche? Tomó la mano tendida y ayudado por ella y por su propio impulso se sentó tras el brujo. El cuerpo del dragón despedía una agradable tibieza y el rumor de su respiración era como el sonido de un mar secreto, un mar poderoso que se mostraba a los oídos pero no a la vista.

Andras Sula señaló al portón del mausoleo y éste se abrió, dejando pasar oleadas de lluvia y agitadas ventoleras. Las sombras de las estatuas se delinearon perfectamente a la luz de los relámpagos. Varias se giraron hacia ellos. Si la magia de los brujos del panteón había surtido efecto, Darío no debería ser visible para ellas. Ni tampoco para los hechizos de rastreo del enemigo.

—Vuela —ordenó el piromante mientras golpeaba los flancos del dragón con ambas piernas—. ¡Vuela!

La bestia de Transalarada se alzó, lanzó un rugido que hizo temblar la noche y

luego extendió las alas; la onyce enredada en la izquierda recubrió su superficie de ojos, como si no quisiera perderse detalle de lo que estaba por suceder. Darío contuvo la respiración mientras se afianzaba a las grandes escamas del lomo. Las alas comenzaron a batir, una, dos, tres veces, cada vez más fuerte, cada vez más rápido.

De pronto, el trasgo sintió que el mundo desaparecía y que la noche saltaba sobre él. Por un instante, un loco y maravilloso instante, pensó que caían hacia la Luna Roja.

\* \* \*

Llegar al castillo iba a resultar más complicado de lo que Karim había supuesto. Lizbeth y él se encontraban apostados en la última línea de edificios, a un paso de la gran explanada que separaba la ciudad propiamente dicha de las montañas. Habían atravesado Rocavarancolia todo lo deprisa que sus patas y la situación les habían permitido. Aun a pesar de marchar protegidos por hechizos de ofuscación, no les había quedado más alternativa que huir a la carrera en varias ocasiones al toparse con gárgolas y estatuas a tan corta distancia que los encantamientos no habían surtido efecto. Por suerte, habían dejado atrás con facilidad a aquellos engendros, de hecho, lo más complicado había sido evitar que Lizbeth se enfrentara a sus perseguidores.

Ahora aguardaban entre las sombras, alerta. Más allá estaban las montañas y el castillo: su destino. La cuestión era cómo llegar allí. Los hechizos de ofuscación que los protegían perderían eficacia en los alrededores de Rocavaragálago y sería todavía peor a medida que se aproximaran a las estribaciones de las montañas, cuando las defensas del castillo comenzaran a ser realmente efectivas. Toda la zona estaba infestada de gárgolas y estatuas y una vez sus salvaguardas quedaran anuladas no podrían dar un solo paso sin ser descubiertos.

Karim cavilaba sobre la forma de cruzar la explanada mientras contemplaba las enormes puertas que se abrían en la fachada de Rocavaragálago, puertas cuya existencia hasta entonces había ignorado. A pesar de la distancia que los separaba de ellas, les llegaba el aliento rancio y muerto que exhalaba el edificio. El cambiante miró alrededor. El número de gárgolas que sobrevolaba la explanada se había incrementado notablemente en los últimos minutos, así como el de estatuas que llegaban desde todos los puntos de la ciudad. Sus escasas posibilidades de alcanzar las montañas se iban reduciendo cada vez más. Un movimiento furtivo en Rocavaragálago le hizo mirar allí. Una riada de siluetas siniestras atravesaba las puertas, eran muertos regresados a la vida; un verdadero ejército de ellos. El tufo a corrupción se hizo aún mayor. De pronto, varias de las altas torres de la catedral comenzaron a temblar. Lizbeth retrocedió unos pasos, con el pelaje erizado y los ojos

muy abiertos.

Las torres se fueron inclinando despacio, entre crujidos y explosiones, hasta quedar convertidas en desproporcionados puentes levadizos que los cadáveres usaron para cruzar el río de lava de Rocavaragálago. Éste comenzó a desbordarse; su orilla interna se derrumbó sobre sí misma y pronto el límite del foso llegó hasta apenas medio metro del cuerpo central del edificio. La catedral roja parecía alzarse ahora sobre un mar de sangre burbujeante. Los muertos no dejaban de salir de su interior y el sonido de sus pasos se extendió, lúgubre, por la explanada, compartiendo estruendo con la tormenta y el batir de un sinfín de alas. Hurza los hizo detenerse cuatro veces más para continuar nutriendo de efectivos su ejército de cadáveres. Y en igual número de ocasiones, Héctor contempló cómo los muertos regresaban a la vida y pasaban entre ellos en un desfile pestilente. ¿Tendrían conciencia de su vida pasada?, se preguntó al verlos marchar. ¿Guardarían recuerdo de los tiempos en los que estuvieron vivos? Esperaba que no. Eso lo haría aún peor para ellos. Héctor se dejó arrastrar a través de las entrañas de aquel horror, con la mano de Hurza alrededor del cuello y la garganta rebotante del aliento fétido de los muertos.

Tras caminar a través de un zigzagueante pasaje sembrado de estalagmitas fueron a parar a un pasillo curvo. En aquella galería también se alineaban dos hileras de extrañas criaturas, aunque en esta ocasión no ocupaban nicho alguno en la pared; se encontraban encadenadas a los muros con grilletes que parecían fabricados en la misma piedra lunar que Rocavaragálago. Eran poco más que esqueletos recubiertos de piel. Cuando se aproximaron a ellas un revuelo de cadenas se dejó oír en el pasaje. Caras pálidas se alzaron para mirarlos, sólo que aquellos seres no tenían ojos desde los que mirar. Se adivinaba una sombra oscura donde debían haber estado sus cuencas, al igual que se podía vislumbrar una tenue línea en el lugar que antes debía haber ocupado la boca, pero a excepción de eso no había rasgo alguno sus rostros: era como si el paso del tiempo los hubiera borrado. Héctor hizo una mueca mientras se preguntaba qué era aquel nuevo horror. Hurza, como si hubiera leído su pensamiento, resolvió su duda.

—Ante vosotros se encuentran las primeras cosechas de Rocavarancolia — anunció—. Harex y yo los trajimos con nosotros de los mundos que visitábamos. Niños de esencia fuerte, niños que abrirían nuevos caminos en el tejido de la realidad.

—¿Están muertos? —preguntó dama Serena, temiendo la respuesta.

—No —contestó Hurza—. Están vivos. Rocavaragálago los ha mantenido con vida durante todo este tiempo. Forman parte del edificio, como la piedra que pisamos. ¿También quieres que los libere? Porque de ser así no me quedaría más remedio que negarme. La catedral roja no sería tan efectiva si sus muros no se alimentaran de su esencia.

Dama Serena contempló a aquellos desdichados con los ojos extremadamente

abiertos. Su condena palidecía en comparación con la que sufrían ellos. Esos cosechados llevaban más de dos milenios encadenados a esas paredes, dos mil años siendo digeridos por las entrañas de Rocavaragálago. Todavía se veían huecos libres entre las hileras, huecos que, sin duda, pronto encontrarían ocupantes.

«¿A cuántos estoy condenando para conseguir mi salvación?», se preguntó la fantasma. «¿Qué horrores voy a desatar entre los vivos por lograr mi muerte?».

—No pienses en ellos —le aconsejó Ujthan cuando pasó a su lado—. No tiene sentido que lo hagas, fantasma. No has sido tú quién los ha encadenado. Ya tenemos suficiente con nuestros propios pecados, no quieras cargar con los que no nos corresponden.

El pasillo de la cosecha encadenada desembocaba en una sala con forma de estrella de diez puntas. Cada brazo era una ramificación de un pasillo similar al que les había conducido hasta allí. Héctor vio a otros desdichados encadenados en aquellos pasajes, tan demacrados como los que acababa de contemplar.

Habían ascendido hasta el punto más alto de Rocavaragálago. En el techo y las paredes se abrían aberturas ovaladas, oquedades excavadas en la piedra que dejaban ver la noche negra y absoluta que pendía sobre Rocavarancolia. Entre los brazos de la estrella que dibujaba la planta de la estancia se levantaban atriles que no eran más que estalagmitas talladas, coronadas todas por cráneos a los que habían limado su parte superior para ofrecer una superficie estable donde apoyar enseres. A un gesto de Hurza, dama Serena condujo a Marina al más cercano y le indicó que dejara el grimorio allí. La vampira cumplió lo que le ordenaban, luego se apartó del libro sin dejar de frotarse las manos contra la blusa.

Alastor decidió también librarse de su carga, se acercó a una esquina y dejó caer el cadáver de Huryel al suelo. Lo hizo sin contemplaciones, como quien descarga un fardo. Aquel gesto enfureció a Ujthan. Se acercó al inmortal, rabioso.

—Era el regente de Rocavarancolia. Muéstrale el respeto que se merece.

—Fue el regente —señaló Alastor—. Ahora no es más que carroña —gruñó mientras miraba el cadáver—. Un despojo. Nada más que un despojo.

En el centro de aquella estancia se levantaba un altar de piedra roja. Lo más llamativo de él eran los brazos que emergían de los laterales y que se aferraban a la piedra como si pretendieran hundirla en el suelo. Aquellas extremidades pertenecían a cuerpos empotrados en el talle del altar, cadáveres fosilizados en contacto con la roca que prácticamente se hacían indistinguibles de ella. Héctor sintió de pronto una debilidad devastadora. Si no cayó de bruces fue por la presa férrea de Hurza en torno a su cuello. El muchacho pensó que estaba siendo víctima de algún sortilegio, pero no era el caso, simplemente sus piernas se negaban a sostenerlo, como si su cuerpo comprendiera, sin mediación del cerebro, que en aquel altar aguardaba el fin de su existencia.

No fue necesario que caminara hasta allí, el propio Hurza se encargó de arrastrarlo. Lo levantó sin ceremonias y lo dejó caer sobre la roca. Las alas se le retorcieron con violencia bajo la espalda. Cuando intentó incorporarse para liberarlas, los brazos que sobresalían del altar lo aprisionaron contra la piedra, con tal fuerza y presión que sintió desencajarse el ala izquierda. El dolor le hizo gritar, pero su lamento se vio ahogado por la mano de otro cadáver. Héctor respiró su peste rancia, sintió su sabor a polvo y carne. Escuchó gritar a Marina, pero cuando intentó mirar hacia ella, otra de aquellas manos se aferró a su frente, inmovilizándole la cabeza. Se quedó contemplando el techo de Rocavaragálogo, con aquella caída de estalactitas que tanto se asemejaban a goterones de sangre congelada.

Héctor resopló contra la mano muerta que le amordazaba. Hurza trazó con un dedo una runa en el aire, un esbozo mágico que, una vez finalizado, centelleó fugazmente. Cuando la luz se apagó, en el espacio que había ocupado el símbolo apareció flotando el cofre que contenía el cuerno de Harex, el mismo cofre que hasta aquel entonces había estado en la habitación secreta del castillo. El nigromante lo tomó entre sus manos y llamó con un gesto a Ujthan mientras lo abría. Extrajo el cuerno de su interior con delicadeza para luego pasarle la caja vacía al guerrero. Hurza Comeojos contempló lo único que quedaba de su hermano. El cuerno era cálido al tacto y se percibía bajo el hueso un tenue latido, un pulso de vida adormilada. Lo acarició con ternura, con devoción. Allí dentro reposaba Harex.

—Hermano —susurró—. Mi querido hermano...

Héctor vio aparecer al nigromante en su campo de visión. Los ojos del hechicero relucían. El ángel negro se convulsionó entre los brazos que lo mantenían sujeto. Tiró de ellos, jadeando asfixiado contra la palma recia que le tapaba la boca. Iba a morir. Y ni siquiera le permitían el consuelo de gritar.

La mirada de aquel horror pardo le recorrió de arriba a abajo como si estuviera sopesando qué punto en concreto de su cuerpo sería el adecuado para clavar el cuerno y liberar a su hermano. Pareció decidirse al fin. La mano empuñó con más fuerza aquel pedazo de hueso afilado. Y en ese instante, en el breve lapso de tiempo que Hurza necesitó para alzar el cuerno, el miedo a la muerte se apoderó de Héctor de manera terrible, sofocante; iba a dejar de existir, de ser, iban a empotrarlo en la oscuridad, en la nada. No podía ser. No era justo. No podía morir allí, sacrificado como una res en el matadero.

Entonces Marina gritó su nombre. Y su voz obró el milagro de sosegarlo.

«Ella vivirá», se dijo, sin permitirse albergar duda alguna al respecto. «Hurza cumplirá su promesa y ella vivirá», y gracias a ese pensamiento encontró la fuerza necesaria para mirar a los ojos del ser que se disponía a ejecutarlo. «Ella vivirá. Por eso mi muerte no será en vano. Y por eso no apartaré la mirada».

Hurza empuñó el cuerno con ambas manos y luego las impulsó hacia abajo. El

hueso se abrió camino en el pecho del ángel negro, destrozando todo lo que encontraba a su paso. Héctor se convulsionó en el altar. Los ojos desmesuradamente abiertos, pero sin ver ya nada. Marina volvió a gritar, hundida, deshecha, pero él ya no estaba ahí para escucharla.

El cuerno comenzó a brillar.



—¿Tiene que tardar tanto? —preguntó Natalia. Lo hizo en voz baja, mirando fijamente Bruno—. Para cuando termine, Héctor estará muerto —dijo mientras se retorció las manos nerviosa. Desde que habían llegado no había podido permanecer un segundo quieta.

—Ten paciencia —le recomendó Laertes—. Lo que está haciendo tu demiurgo sobrepasa las capacidades de un recién convertido. Es una tarea delicada y sí, lleva su tiempo.

—No es mi demiurgo —dijo ella, cortante y se apartó del brujo maldito como si aquel comentario la hubiera ofendido.

—Si el ángel negro estuviera ya muerto ten por seguro que lo sabríamos —dijo el hermano Lexel, apoyado con desgana en el almenar. Entre los brujos malditos y él habían dibujado un sinfín de runas de protección en las paredes que los rodeaban—. Los cielos se habrían abierto para anunciar el regreso de Harex o algo similar. Por ahora, la mejor noticia es que no haya noticia alguna.

Sedalar Tul apoyaba sus manos en el múrete que le rodeaba, estaba inclinado hacia delante con medio cuerpo prácticamente fuera. Sus ojos estaban recubiertos de niebla blanca y su gesto era de concentración absoluta: la frente arrugada, los dientes apretados y los labios entreabiertos. El dolor que sentía era inhumano, salvaje. Había perdido la cuenta de las veces que había practicado ya el hechizo de vida y no quería ni pensar en todas las que serían necesarias aún.

Desde donde se encontraba tenía una panorámica perfecta de Rocavarancolia, no podía ser de otro modo, era necesario para la tarea que estaba llevando a cabo. Por eso habían elegido aquel lugar. Junto a él estaba Medea. La bruja maldita mantenía una mano apoyada en su hombro mientras con la otra no dejaba de trenzar un hechizo de disipación que evaporaba al momento los rastros de magia que el demiurgo proyectaba con su arte. Sedalar apretó aún más los dientes, resopló y sus labios se mancharon de sangre. Dar vida a distancia no rebajaba el dolor que le atenazaba, al contrario, lo hacía más fuerte. Hurza había hecho algo semejante con las gárgolas y estatuas de Rocavarancolia, pero lo que Sedalar estaba haciendo allí era todavía más complejo.

El Lexel negro se acercó a él de dos rápidas zancadas.

—Para —le ordenó con voz tajante. Sedalar Tul le hizo caso y, al momento, se sintió a punto de desvanecerse. El brujo de la máscara negra le lanzó varios hechizos en rápida sucesión y el demiurgo sintió cómo su cuerpo se reponía del duro castigo al que le estaba sometiendo—. Continúa —le ordenó con el mismo tono seco el hechicero antes de retirarse.

Y Sedalar Tul continuó. Era su deber. Su cometido.

\* \* \*

Dama Desgarro flotaba en las alturas, muy por encima del faro de Rocavarancolia. Odiaba volar, lo odiaba con todas sus fuerzas. Se sentía indefensa a merced de los vientos; por muchos hechizos de raigambre que anclaran las distintas partes de su ser, por mucha energía mística que la rodeara, siempre tenía la impresión de ir a hacerse pedazos en cualquier momento. Y la tormenta que azotaba la ciudad en aquellos instantes no contribuía a tranquilizarla.

¿Cómo va el muchacho?, preguntó. Forjó esa pregunta en su cerebro y luego la lanzó a la ciudad que se extendía a sus pies. Esas cuatro palabras penetraron en la mente del gemelo Lexel de la máscara negra, que no tardó en responderle del mismo modo:

*Sigue con su labor. Despacio pero sin pausa. En cuanto esté todo listo, te pasaremos el control de las huestes. Si el demiurgo no revienta antes, claro.*

Dama Desgarro asintió, meditabunda. Ella comandaría aquel ejército, sí, ella sería la encargada de hacerlo avanzar. Pero no se engañaba: la pieza clave en todo aquello era el muchacho que había adoptado el nombre de Sedalar Tul. Denéstor estaría orgulloso de lo que aquel demiurgo estaba haciendo. Y más todavía de que hubiera elegido vestir su segundo nombre.

¿Has visto la legión de cadáveres que ha salido de Rocavaragálagos?, escuchó preguntar al Lexel en su cerebro. Era el único con el que la comunicación mental funcionaba en las dos direcciones. Ese enlace sólo podía producirse si ambos hechiceros dominaban la transmisión de pensamiento, y en el grupo del demiurgo sólo él cumplía ese requisito.

*Lo he visto* contestó ella, agradecida de que la pesadumbre no se pudiera transmitir mente a mente. El número de cadáveres que había vomitado Rocavaragálagos se acercaba ya a los dos millares. Se habían apostado al otro lado del foso y allí permanecían, inmóviles, a la espera... Si el mago de la máscara negra estaba en lo cierto y era desesperación lo que necesitaban para vencer, aquel ejército de muertos los había acercado aún más a la victoria, pensó con amargura.



*No contábamos con esas fuerzas, continuó el hechicero. Y no sabemos qué otras sorpresas nos puede tener reservadas el Comeojos. De pronto una salva de carcajadas ajenas se abrió camino en la mente de dama Desgarro. El Lexel reía. Quién nos lo iba a decir, ¿verdad? Henos aquí, de nuevo en el prelude de la batalla, de nuevo al borde del desastre. ¿No te parece magnífico?*

*Magnífico no es la palabra que usaría para definirlo, replicó ella mientras buscaba al dragón del piromante. Lo encontró sobrevolando a baja altura la plaza del Estandarte. Volaba enloquecido, efectuando todo tipo de piruetas imposibles entre las dos únicas torres que quedaban en pie en la plaza.*

*Permaneced atentos, ordenó a los muchachos que lo cabalgaban. En cuanto os dé la señal, poned rumbo a Rocavaragáago. E intentad no mataros mientras tanto.*

Darío asintió al escuchar aquella voz en su mente y se aferró con más fuerza si cabe al lomo del dragón. La ciudad pasaba veloz ante sus ojos, en una temblorosa sucesión de claroscuros y ruinas. Las pupilas del trago se habían agrandado hasta ocupar casi toda la órbita de sus ojos diminutos. Respiró el aire sofocante de la noche y la tormenta y alzó la cabeza para que la lluvia le corriera por el rostro. El dragón estaba disfrutando. Y él también.

«Me llamo Darío», pensó. «Nací y crecí en una favela, viví en la calle, fui ladrón y, probablemente, asesino. Y ahora estoy aquí, convertido en un monstruo en un mundo que no es el mío, volando a lomos de un dragón y dispuesto para la batalla».

Y se echó a reír, no pudo evitarlo. Visto en perspectiva todo era demasiado absurdo. El piromante le dedicó una mirada desconcertada, sacudió la cabeza y miró otra vez al frente.



Héctor recuperó la consciencia, confuso y aturdido, más cerca de la locura de lo que lo había estado nunca. El pecho le ardía, el dolor seguía allí, lacerante, y aunque había sufrido heridas más graves en Rocavarancolia, de algún modo, ésta las superaba a todas; era una herida extraña, una herida en la que se abría paso algo del todo ajeno a la existencia. Abrió los ojos y los techos estriados de Rocavaragáago se mostraron de nuevo ante su mirada. Intentó gritar para expulsar aquella agonía, pero la zarpa seguía tapándole la boca. Pensar era un prodigio, un milagro al que intentó abrazarse.

Sentía firme en su carne el cuerno que le había clavado Hurza, encajado entre las costillas. Héctor intuyó una presencia indescriptible, inhumana, en su interior, una presencia que se removía en la frontera ínfima que separaba el cuerno de su ser. Notó cómo unos finos zarcillos de conciencia se desplegaban de la superficie del cuerno y tanteaban en su interior. Su identidad se tambaleó, se sintió flaquear, perdió la noción

de sí mismo para sumirse en un confuso estado en el que no era nada.

De pronto, la presencia invasora que emergía del cuerno se retrajo; los zarcillos se replegaron y Héctor volvió a ser, sin duda alguna, él. El alivio que sintió fue tan grande que comenzó a llorar y el sabor de la sangre se mezcló con el de las lágrimas.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó dama Serena. Había asistido expectante a lo que sucedía en el altar, sabedora de que si todo se desarrollaba como debía su extinción estaría más cerca que nunca. Pero algo iba mal.

—El ángel negro lucha contra la posesión —dijo el hijo de Belgadeu, cruzado de brazos—. Tiene redaños, hay que reconocerlo. Pero Harex vencerá.

Hurza agitó la cabeza, consternado.

—No es él —anunció con sequedad.

—¿Qué? —dama Serena se giró hacia el nigromante—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Harex ya debería haberse hecho con el control de ese cuerpo —explicó. El poder de su hermano superaba con creces al suyo; él había necesitado días para dominar a Belisario, pero en el caso de Harex ese dominio debería ser inmediato—. No es él —repitió—. El ángel negro no es lo bastante fuerte como para contener la esencia de mi hermano. Harex lo ha rechazado —se pasó una mano por la cara. Ni por asomo había pensado que aquello pudiera suceder—. El niño no es el recipiente adecuado.

—Qué contratiempo —masculló el hijo del Belgadeu.

—¡Tiene esencia de reyes! —exclamó Ujthan—. ¡Lo vimos! Denéstor nos enseñó su fuerza y no se había visto nada igual en décadas.

—Soy consciente de ello —murmuró Hurza. Los recuerdos robados a los miembros del consejo le permitían reconstruir con total fidelidad lo que había ocurrido aquel día en el Salón del Trono—. Y aun así no es él. Su esencia es fuerte, sin duda, pero no lo bastante como para servir a Harex.

Los brazos que sujetaban a Héctor se retiraron y el muchacho se convulsionó. Intentó arrancarse el cuerno del pecho, pero antes de conseguirlo, Hurza se le adelantó. Lo desclavó con violencia, con rabia. Por un instante, el dolor se hizo insoportable. Esta vez no gritó. Todavía no tenía muy claro qué había sucedido, pero los planes de Hurza habían fracasado. Y él estaba vivo. Se sentó en el altar, con las manos pugnando por tapar la herida del pecho. El mundo giraba a su alrededor, plagado de centelleos y sombras movedizas. Vio a Marina y, a pesar del dolor, casi logró sonreír. No había esperado volver a verla jamás.

—Sin lugar a dudas no es Harex —anunció el Lexel blanco. Se había aproximado al altar y estudiaba a Héctor como si se tratara de una criatura singular, un ente nunca visto—. Sigue siendo el ángel negro. Por dentro y por fuera.

—Algo se me escapa —gruñó Hurza—. ¿Pero el qué?

—Podemos repetir la medición —se ofreció el mago. Acercó una mano a Héctor y

le tomó de la barbilla, obligándole a mirarlo—. Una leve punción en su alma nos indicará su esencia real.

—No será necesario —afirmó Hurza—. Ese análisis sólo confirmará lo que ya sabemos. No tiene esencia de reyes. De tenerla, Harex estaría ya entre nosotros.

Hurza recordó la magnífica esfera de luz dorada que había rodeado al Consejo Real en pleno cuando el demiurgo activó la cánula que recogía el análisis de la esencia de aquel muchacho.

—Denéstor dijo que nunca había visto resistirse tanto a nadie al humo de su pipa —dijo dama Serena. La decepción que sentía era abrumadora. ¿Habría traicionado a Rocavarancolia por nada? Estaba convencida de que Hurza no cumpliría su palabra hasta que Harex no hubiera renacido—. Y hubo que administrarle una dosis extra de polvo de sueño para mantenerlo dormido —recordó—. Con la primera no bastó, dama Araña se lo encontró vagando por las mazmorras.

Al oír aquello, Héctor se estremeció. Su mente estaba acelerada, abierta a todos los estímulos que recibía, y lo que acababa de decir la fantasma trajo a su memoria una conversación reciente. Y al recordarla, comprendió por qué Harex no se había reencarnado en su cuerpo.

—Sé todo eso, dama Serena —insistió Hurza. Una furia fría comenzaba a embargarle—. Estoy al tanto de...

—¡El niño sabe algo! —le interrumpió Solberino mientras se acercaba al altar de dos rápidos pasos—. Se lo he visto en la cara cuando la fantasma hablaba...

Héctor se dobló sobre sí mismo, con las manos firmes en el pecho abierto, en un intento de parecer ajeno a la conversación. Su actuación, por supuesto, no tuvo éxito.

—¿Qué es lo que sabes, pajarito? —preguntó el hijo de Belgadeu, apoyando sus manos descarnadas en el altar y mirándole con sus cuencas vacías.

—¿Saber? —murmuró él, furioso consigo mismo por haberse delatado. El dolor le enturbiaba la mente—. No sé nada —gruñó—. No sé qué está pasando ni qué os ha fallado —miró a Hurza—. He hecho lo que me has pedido, ¡cumple tu promesa y libera a Marina!

—Cómete sus ojos y saldremos de dudas —aconsejó Solberino.

—O arráncale un brazo a la vampira —sugirió el esqueleto mientras se frotaba las manos—. Conozco a los de su calaña. Les aterra más el dolor ajeno que el suyo propio. Hazle daño a ella y el pajarito cantará.

—¿Tienen razón, Héctor? —preguntó Hurza mientras se acercaba despacio al altar—. ¿Hay algo que quieras compartir con nosotros?

—No sé de qué estáis hablando —insistió él.

—Puedo hacerle daño a tu amiga como bien te han dicho —le amenazó Hurza—. Puedo hacer que sufra más de lo que estás en condiciones de imaginar. Así que atento porque sólo voy a preguntártelo una vez: ¿conoces el motivo por el que tu esencia no

es la que debería ser?

Héctor miró a Marina. Ujthan seguía manteniéndola sujeta. De pronto, la joven intentó liberarse de la presa del guerrero con una violenta embestida y éste respondió retorciéndole el brazo con fuerza. Marina chilló.

—¡Basta! —exclamó Héctor—. ¡No fui el único en despertar esa noche! ¡Hubo otro al que no le afectó esa droga!

—¿Quién? —quiso saber Hurza.

—Ricardo —respondió, casi sin pensar—. Despertó antes que yo, eso me dijo. Dama Araña me descubrió a mí y me dejó inconsciente, pero él logró escabullirse. Desperté en una celda que no era la mía. Y supongo que...

—Él se ocultó en la tuya —completó Ujthan—. Intercambiasteis vuestras mazmorras en mitad de las pruebas.

—Miente —dijo dama Serena—. La esencia del llamado Ricardo no era reseñable. Está mintiendo.

—No, no miento —aseguró él—. Es la verdad. Me contó que...

—No miente en la historia, pero sí en su protagonista —dijo Hurza y la rabia y la frustración dieron paso al alivio—. Y si miente es porque quien de verdad despertó sigue con vida. Y no es complicado averiguar de quién se trata. Aquella noche, varias mediciones superaron lo común —señaló—. Una de ellas pertenecía a nuestro ángel negro pero ya sabemos que no es él a quien buscamos. La segunda en magnitud era la del trago... —su sonrisa se afiló—: Él fue quién despertó esa noche, ¿verdad? Él fue quién se metió en tu celda.

—El trago... —rumió Ujthan.

Hurza asintió mientras visitaba los recuerdos de Denéstor Tul. No tardó en dar con el que buscaba. Se vio a sí mismo asumiendo el papel del demiurgo en la memoria robada, hablando con aquel muchacho en un callejón tan desangelado que bien podía haber pertenecido a Rocavarancolia. Pero era la Tierra, la Tierra durante la noche de cosecha. Denéstor no necesitó del humo de su pipa para convencer a Darío. El muchacho estaba tan desesperado por abandonar el horror en el que vivía que habría aceptado acompañarlo aunque le hubiera asegurado que su destino era el más oscuro de los infiernos.

—No tuvo que ejercer ningún tipo de influencia para convencerlo —murmuró el Comeojos. Con una frase similar a ésta se había referido Denéstor a su charla con el joven durante la reunión del consejo tras la cosecha—. Y mejor que fuera así —comentó—, porque la esencia de ese muchacho es tan fuerte que ni con todo el humo de Mor-feo del mundo habría podido convencerlo si se hubiera negado a venir.

Solberino hizo una mueca.

—¿Significa eso que debemos volver al cementerio? —preguntó.

—¿Al cementerio? —Hurza negó con la cabeza—. No será necesario. Sólo

tenemos que aguardar aquí —aseguró—. El trasgo vendrá a nosotros. No lo dudes. Vendrá a nosotros. Yo también conozco a los de su calaña.

\* \* \*

Sedalar Tul se desplomó hacia delante, sin un ápice de fuerza en su cuerpo. La bruja maldita le pasó un brazo sobre los hombros mientras el Lexel lo restablecía con el enésimo hechizo sanador. Y poco después apareció Natalia para ofrecerle también apoyo.

—Ya está hecho —anunció el muchacho cuando tuvo fuerzas para hablar—. Ya está hecho —repitió mientras miraba a la bruja. Y el tono de su voz demostraba que ni siquiera él podía creérselo.

—Enhorabuena, demiurgo —dijo el hechicero de la máscara negra—. Has llevado a cabo aquí una proeza digna de alabar. Te felicito. Ahora toca ver si todo esto sirve para algo.

—Dile a dama Desgarro que vivirán poco más de una hora... —dijo Sedalar mientras se enderezaba—. Que aproveche ese tiempo en lo que pueda.

Necesitaba descansar. La magia del Lexel había ido perdiendo eficacia a medida que lo curaba, debido, básicamente, a que los daños que se había provocado a sí mismo habían ido en aumento. Agradeció la lluvia que corría por su rostro, pero, sobre todo, agradeció el brazo de Natalia en torno a su cintura. Se apoyó en ella.

—Bruno, tus manos... —dijo la bruja de pronto. Para luego, sin solución de continuidad, añadir—: ¡Tu piel!

Sedalar Tul no se quejó esta vez por ser llamado por su antiguo nombre. Se limitó a contemplar el dorso de sus manos y comprendió el porqué de la sorpresa de Natalia. Ya no eran del tenue color rosado de antes, habían perdido color, no mucho, pero sí lo bastante como para apreciarse a simple vista. Sus manos y antebrazos y, supuso, el resto de su cuerpo, se habían vuelto grises. De un gris ceniza similar al del curioso personaje que le había visitado durante su última noche en la Tierra.

\* \* \*

Hurza empujó de nuevo a Marina contra el grimorio. Después la aferró con fuerza de la nuca y a través de ese contacto mínimo recuperó los últimos restos de la energía que había depositado dos mil años antes en aquel libro. El proceso apenas duró un segundo y fue menos traumático para ambos que el anterior. Marina no se derrumbó

cuando Hurza se apartó de ella, se limitó a acercarse a la pared y apoyarse allí, lívida y temblorosa. El nigromante se irguió ante su grimorio, satisfecho, pleno. Acababa de recuperar las energías que había gastado en revivir los cadáveres de su ejército.

—Visto el giro que ha tomado la situación no necesitamos al pajarito para nada ¿verdad? —dijo el hijo de Belgadeu mientras miraba apreciativamente a Héctor—. Siempre he querido probarme el pellejo de un ángel negro. ¿Puedo arrancárselo?

El muchacho se echó hacia atrás en el altar en un intento de alejarse del espanto de hueso. Estaba débil y aturdido, indefenso, pero a cada segundo que pasaba su mente ganaba en claridad y su cuerpo en fuerza. La herida en su pecho no dejaba de sangrar, pero ya no de forma tan abundante. Su ala izquierda era lo que más le preocupaba, estaba retorcida a su espalda, descoyuntada tras el trato bárbaro al que le habían sometido los brazos del altar.

Hurza calibró al ángel negro con la mirada. Luego miró a la vampira. ¿En verdad los necesitaba a ambos? Le bastaba con que un solo cosechado sobreviviera para que los vórtices continuaran abriéndose en Rocavarancolia. El trago no serviría a tal efecto una vez Harex ocupara su cuerpo. Un trago, cayó en la cuenta, el azar había deparado que ésa fuera la base de la nueva naturaleza de Harex. Y los tragos necesitaban carne fresca para poner su magia en funcionamiento.

—Siento no poder satisfacer tu deseo —le dijo al hijo de Belgadeu mientras volvía su atención hacia Héctor—. Pero el ángel negro todavía me es necesario. Tiene un último cometido que cumplir. Hasta que llegue la hora, encadenadlo con los primeros cosechados. Y a la vampira también —añadió.

—Maldito seas —murmuró Héctor—. ¡Prometiste liberarla!

—Mal que me pese nuestro trato ha quedado anulado —señaló Hurza—. Sigues vivo y sigues siendo tú. Harex no ha renacido, por lo tanto mi promesa ha quedado invalidada. Encadenadlos, he dicho.

Alastor movió al momento su inmensa masa en dirección al ángel negro, con una celeridad impropia de su tamaño. Héctor se incorporó e intentó esquivarlo, pero lo único que logró fue resbalar del altar y caer al suelo. El inmortal le aferró del ala herida, retorciéndosela aún más y lo levantó en el aire.

El hijo de Belgadeu hizo castañetear sus dientes, frustrada su ambición. En verdad le habría gustado vestir la piel del ángel negro. Sonrió de forma macabra al percatarse de que todavía podía hacerlo.

—Querido Hurza —empezó en tono zalamero—, no es buena idea permitir que un enemigo siga armado aun cuando lo tienes sometido —señaló mientras se acercaba al Comeojos—. ¿No piensas que sería oportuno desarmar al ángel negro?

—¿Desarmarlo? —preguntó Alastor en tono dubitativo mientras contemplaba al muchacho que pataleaba entre sus brazos—. ¿Qué dice ese loco? No lleva arma alguna...

—El hijo de Belgadeu tiene razón —aseveró el nigromante—. No podemos olvidar que tratamos con un ángel negro. Y siempre estará armado mientras cuente con sus alas —luego añadió con aspereza—: Cortádselas.



Dama Desgarro recibió la noticia de que todo estaba dispuesto entre los relámpagos y el restallar de los truenos. Cruzó sus brazos ante el pecho y entornó su único ojo.

Llevar al dragón hacia Rocavaragálogo, ordenó a los muchachos, aun a sabiendas de que sólo uno de ellos lo dirigía. Que los dioses de la oscuridad estén con nosotros porque llega el momento de la batalla.

A continuación, la comandante de los ejércitos del reino se giró para quedar encarada al norte. El fulgor de la cicatriz de Arax era visible en la tormenta, aquella brecha estaba grabada a fuego en la superficie de la tierra. Allí se apilaban los restos de los que habían participado en la última batalla de Rocavarancolia, en aquella brecha brutal, causada por la espada mágica de Sardaurar, reposaba la mayor parte del ejército que había tomado parte en ella.

—Ni a vosotros os dejamos descansar —anunció—. Qué tierra de locos habitamos. Qué delirio, qué locura...

Comenzó con el sonido de huesos agitándose, un tableteo que en nada tenía que ver con los vaivenes del viento. El sonido fue in crescendo de forma rápida, violenta. Los gusanos de la cicatriz de Arax se asomaron a la superficie de aquel osario incapaces de comprender a qué se debía tal agitación. A continuación, verdaderas olas de huesos rompieron contra los márgenes de la grieta, una multitud de garras y zarpas de todas las formas y tamaños se afianzó a la pared sur de la cicatriz para dar impulso a los cuerpos a los que estaban unidas. El estruendo de huesos entrechocando superó con creces al fragor de la tormenta.

La primera criatura en emerger de la grieta fue un coloso de más de diez metros de alto, un gigante construido con los esqueletos entremezclados de un dragón galeriano y dos gigantes de Esfronax. Los restos de los tres seres se amalgamaban en un único armazón de huesos blancos y grisáceos, dotado de cuatro brazos y de dos majestuosas alas en las que se enredaban varias onyces. A aquel ser lo siguieron muchos más. Algunos eran simples esqueletos animados por la demiurgia, otros, construcciones terroríficas en las que se mezclaban las más diversas criaturas. La armada de Sedalar Tul abandonó la tumba ciclópea en la que había yacido durante treinta años. Sus sombras se precipitaron sobre el mundo como jeroglíficos inverosímiles y, como si fueran un reflejo de éstas, las onyces de Natalia revolotearon en medio de aquel mar de huesos puesto en pie.

—A Rocavaragáago —ordenó entonces la comandante de los ejércitos del reino desde su puesto en las alturas—. ¡No era la última batalla! ¡¿Me oís?! ¡Y tampoco moristeis en vano! ¡De nuevo os reclama el reino! ¡Cargad monstruos! ¡Cargad espantos! ¡A Rocavaragáago! ¡Cargad!

Y así, los muertos de la cicatriz de Arax se pusieron otra vez en marcha. Y así, dio comienzo la nueva batalla de Rocavarancolia.



## XXI

# A sangre y fuego

Un ejército de hueso se abría camino por Rocavarancolia.

El sonido de sus pasos era un sordo retumbar, un trueno constante a ras de tierra. Aquel prodigioso ejército estaba capitaneado por colosos entre los que se mezclaban dragones y mastodontes, gigantes y mantícoras, titanes y quimeras... Encaramados a su estructura viajaban esqueletos más pequeños, afianzados a sus articulaciones, vértebras y costillas, como piratas dispuestos al abordaje.

Y entre las múltiples extremidades en las que se apoyaban aquellos titanes avanzaban todavía más, centenares de ellos; algunos empuñaban espadas herrumbrosas, otros cargaban con hachas y mazas; muchos iban desnudos, exhibiendo orgullosos la sucia blancura de su osamenta, otros a medio vestir con viejas corazas y armaduras. Y todos portaban en su seno una minúscula chispa de vida cedida por Sedalar, una porción de esencia vital que los hacía conscientes del mundo que les rodeaba y de la tarea encomendada: obedecer la voz de la mujer cicatriz, la voz que llegaba de las alturas.

Las onyces de Natalia compartían su marcha. Algunas, simplemente, volaban entre ellos, convertidas en remedos de los gusanos de la cicatriz; otras viajaban encaramadas a sus cráneos, sentadas entre sus fauces o agazapadas en el interior de sus cuencas vacías; pero había sombras que tenían una función clara que cumplir en la armada de Sedalar: se habían enredado en los huesos de lo que en otro tiempo fueron alas, adoptando la forma que habían tenido éstas.

La cicatriz de Arax había quedado vacía, sólo los gusanos deambulaban aturridos por el fondo, incapaces de comprender a qué se debía tanta luz y tanto vacío. No quedaba ni un cadáver en la grieta.

Dama Desgarro los había dividido en varias escuadras y desde las alturas, oculta por poderosos hechizos de ofuscación, coordinaba su marcha. La primera oleada ya había desembocado en el descampado que rodeaba Rocavaragálagó y aguardaba la orden de avance. Dama Desgarro los retenía allí, incitando al enemigo a dar el primer paso. Las gárgolas que infestaban el cielo oscurecían aún más la noche con sus idas y venidas mientras el ejército de cadáveres se mantenía firme en su puesto, sin

inmutarse por la cercanía de las huestes de Sedalar Tul. Sobre un obelisco se posaba Balderlalosa, el dragón negro, con la pálida reina vampira montada en su lomo. Muy cerca, el rey gigante de Esfronax, esculpido en piedra ingrávida, caminaba entre las nubes de la tormenta como si éstas fueran sólidas.

—Vamos, Hurza —dijo dama Desgarro—. ¿A qué esperas? Pon en marcha a los tuyos, malnacido bastardo —era muy consciente de que el tiempo jugaba en su contra.

La vida del ejército de Sedalar era muy limitada y no tenían ni un instante que perder.

Lo aconsejable sería que esperarais a que el enemigo se pusiera en marcha, dijo en la mente de los muchachos que montaban sobre el dragón de Transalarada. Pero si sigue empeñado en permanecer a la defensiva, no me quedará más remedio que llevar el combate a las puertas de Rocavaragálogo antes de lo que deseaba. Tendréis que encontrar el modo de entrar en medio del caos.

Andras Sula asintió y contuvo el vuelo del dragón. Desde donde estaban eran visibles tanto la catedral roja como la vanguardia de las fuerzas de dama Desgarro. Darío miró a su espalda y pudo comprobar que los nutridos grupos de estatuas dispersos por la ciudad ya no deambulaban al azar. Hurza les estaba ordenando replegarse hacia Rocavaragálogo, comprendió el trasgo. Y más allá de esas estatuas se podían ver varias hileras de titanes esqueléticos, avanzando en esa misma dirección. Era una visión pavorosa, una visión que enardecía el alma y los sentidos. Los gigantes aparecían borrosos entre la lluvia, pero con cada relámpago que asaltaba el cielo ganaban una solidez desproporcionada.

El dragón de Transalarada sobrevoló la prisión en la que los muchachos habían despertado hacía meses. La sombra de la bestia se deslizó por sus muros maltratados, aceitosa e imposible. Darío se reclinó para contemplar aquel edificio. Allí había empezado todo, allí había arrancando aquella extraordinaria odisea. Y aun así, Darío, el muchacho trasgo, tuvo la extraña sensación de que era ahora, en aquel preciso instante, volando a lomos de un dragón mientras hordas de prodigios se aprestaban a la batalla, cuando aquella historia realmente comenzaba.

\* \* \*

—La ciudad ha vuelto a la vida —anunció Laertes, el brujo maldito, con sus manos apoyadas en la almena mientras observaba admirado el caos de formas que se movía allí abajo—. Contempladla, porque esto que tenéis ante vuestros ojos es Rocavarancolia —abrió los brazos en un intento de abarcar por entero aquella urbe herida—. Lo imposible, la maravilla. Esta noche la ciudad ha resucitado, el reino vive

otra vez.

—A ver ahora lo que dura vivo... —murmuró Natalia, aunque su tono también dejaba claro lo impactada que se sentía.

El demiurgo estaba sentado en el suelo. Tenía las rodillas dobladas a la altura del pecho y la espalda apoyada en la pared húmeda. Era el único que permanecía ajeno al despliegue de fuerzas que tenía lugar en la ciudad. Intentaba recuperarse. Se pasó el dorso de la mano por la nariz y la retiró manchada de sangre.

Una sombra cayó sobre él. Era el Lexel de la máscara negra. El demiurgo alzó la vista al tiempo que el hechicero se acuclillaba ante él.

—Has estado a punto de matarte —le dijo, sin traza alguna de delicadeza. Hablaba en voz baja, como si aquella noticia fuera un secreto entre ambos.

Sedalar asintió mientras contemplaba cómo la sangre que manchaba su mano se diluía en la lluvia. Parecía hipnotizado por aquel fenómeno. El reloj de su abuelo salió de su chaleco y comenzó a trepar por su pecho.

—Y sabes que ahora viene lo peor —le indicó el mago—. Cuando arranque la batalla, tus criaturas comenzarán a caer. Y creo que estás al tanto de lo que significa eso, ¿verdad?

El demiurgo asintió de nuevo. Lo sabía. Claro que lo sabía.

—Dar vida duele —murmuró—. Sentirla morir, duele todavía más —levantó la mirada y sonrió, agradecido por la lluvia y el viento, agradecido por las nubes que discurrían por el cielo, por el latido de su corazón, por la maravilla inexplicable de estar allí, en ese preciso momento, iluminado por la luz de la Luna Roja.

\* \* \*

Hurza observaba la marcha de las tropas del demiurgo desde lo alto de Rocavaragálogo. Junto a él estaba la mayoría de su séquito, tan sólo Alastor permanecía abajo; se le podía ver a través de las oquedades que salpicaban el suelo, deambulando inquieto de un lado a otro por la estancia en la que habían intentado traer de regreso a Harex. La amplia plataforma en la que se encontraban hacía las veces de terraza y almenar, diez cuernos curvos sobresalían de sus bordes dándole forma de puño monstruoso a punto de cerrarse sobre ellos.

Desde allí tenían una visión privilegiada del ejército que se aproximaba. Contaba con varios frentes, el más cercano aguardaba inmóvil, apostado en los terrenos descubiertos que separaban Rocavaragálogo de la ciudad, mientras el resto avanzaba a buen ritmo hacia ellos. De pronto, varios de los engendros que los comandaban despegaron del suelo y echaron a volar, lenta, pesadamente. Sus alas no habrían sido capaces de sostenerlos en el aire, pero estaban reforzadas con las onyces de la bruja.

—Qué horroroso espectáculo para un alma sensible —aseguró el hijo de Belgadeu—. Han soliviantado a los míos y los han puesto en mi contra. De tener corazón me lo habrían roto —la criatura llevaba los brazos recubiertos con la piel que había arrancado a las alas del ángel negro. Se había confeccionado con ella unos guanteletes de los que sobresalían sus falanges y una capa dividida en dos largas lenguas desgarradas.

Dama Serena contempló las evoluciones del esqueleto de una ballena alada. Había algo hermoso y etéreo en su vuelo. El lento batir de sus alas envueltas en sombras provocaba remolinos turbios de lluvia. Aferrados a sus costillas se bamboleaban decenas de esqueletos, todos enarbolando sables y espadas.

—La cicatriz de Arax se ha desbordado —su voz traslucía admiración—. ¿Quién nos iba a decir que esos muchachos contaban con tales recursos?

—Rocavarancolia te enseña a esperar lo inesperado —señaló el Lexel, apoyado con languidez en el grotesco almenar que rodeaba la azotea—. Esos montones de hueso nos darán problemas, sin duda, pero no debemos olvidar que es el demiurgo quien los anima. Cuando muera, su ejército se derrumbará. Sólo tenemos que encontrarlo y cortarle la cabeza para detenerlos.

—Mientras tanto las estatuas y los muertos frenarán a esas bestias —dijo Solberino—. ¿Verdad? —preguntó en tono dubitativo mientras observaba a Hurza.

—No, no serán suficientes —afirmó éste—. Podríamos retrasar su marcha, pero no vencerlos si el combate se alarga —miró a dama Serena, meditabundo—: Ha llegado el momento de recurrir al regalo que te hice la noche en que salió la Luna Roja. ¿Te supone algún problema hacerlo? —quiso saber.

Dama Serena negó con la cabeza. Aquel sortilegio estaba grabado a fuego en su ser, Hurza se había preocupado mucho de que así fuera. La había transformado en una suerte de grimorio, un libro que contenía un solo hechizo junto al poder necesario para ejecutarlo.

—Hazlo entonces —le ordenó el Comeojos—. Cuanto antes. No perdamos más tiempo.

—Será lo último que haga por ti —le advirtió ella.

—Es lo último que te pido. Sonríe, fantasma. Si la suerte nos es propicia la próxima vez que nos veamos te concederé el descanso que mereces.

Dama Serena invocó su esfera y abandonó Rocavaragálago, dejando a su paso una estela esmeralda. El nigromante la observó volar en dirección a las montañas y el castillo. A continuación centró su atención en las huestes de dama Desgarro. Desde el este llegaba una nueva oleada de gigantes, más colosos de hueso y sombra para sumarse a los que los cercaban desde el norte.

—Debemos encontrar al demiurgo —murmuró—. Con él muerto la victoria no se nos puede escapar. Os encomiendo esa misión a vosotros —dijo mientras miraba al

Lexel blanco y al hijo de Belgadeu. Ambos asintieron en respuesta a su mandato—. Matadlo. Al demiurgo y a todos los que estén con él.

El hechicero de la máscara blanca salió despedido hacia la noche, como un relámpago que quisiera regresar al seno de la tempestad. A un gesto del esqueleto, la gárgola que Hurza le había proporcionado voló desde una torreta cercana hasta la terraza. La criatura se inclinó en la plataforma para permitirle subir. La capa hecha con la piel de las alas del ángel negro revoloteó en la tormenta mientras el hijo de Belgadeu azuzaba a su montura y ésta alzaba el vuelo. Pronto se confundieron con el resto de gárgolas que infestaba Rocavaragálago.

Entonces, Hurza se giró hacia el inmenso guerrero tatuado que observaba extasiado los primeros compases de la batalla. Las huestes de muertos vivientes ya se habían puesto en marcha. Avanzaban hacia el frente norte del ejército del demiurgo, acelerando cada vez más el paso. Las gárgolas y estatuas se agruparon en tierra y cielo.

—¿Lo ves, Ujthan? —le preguntó Hurza—. Te prometí una guerra y aquí la tienes. Antes de lo esperado, incluso.

—Ésta no es una guerra a mi altura —replicó él—. Por muy diestro que sea en combate nada puedo hacer contra esos monstruos de hueso. Me aplastarían como a un insecto.

—Pero no tienes por qué ir a ras de tierra, mi buen guerrero. Eres el comandante de los ejércitos del reino y te procuraré una montura en consonancia a tu cargo.

Una sombra se aproximaba veloz desde el este. Ujthan escuchó el poderoso batir de sus alas antes de distinguir la silueta de un dragón, enturbiada por la lluvia. Era un dragón de piedra roja, dotado de tres pares de patas y una larga cola. Los relámpagos lo iluminaron a medida que se acercaba, la luz centelleó en la piedra mojada y por un instante fue como si el dragón estuviera recubierto de un sinfín de venas de luz.

—Siempre cumplo mis promesas —dijo Hurza—. Siempre. Ahora vuela, Ujthan. Me has sido fiel a pesar de tus dudas y aquí llega tu recompensa: comanda a los míos en la batalla. Frena la acometida de ese ejército de traidores. Y si has de morir, que tengas una muerte digna de un guerrero.

Ujthan asintió. No era sólo lluvia lo que resbalaba por su rostro.

El dragón se aferró con sus garras a lo alto de la torreta inmediatamente inferior a aquella en la que se encontraban, alzó su cuello y emitió un rugido que sonó a rocas estallando, a avalancha ansiosa de desatarse.

—Ve —le ordenó Hurza Comeojos—. Pronto tendrás refuerzos. Me he encargado de ello.

Ujthan asintió todavía con más fuerza, se limpió las lágrimas y el agua de lluvia que le corrían por la cara y saltó sobre el lomo del dragón. La bestia desplegó sus alas, rugió de nuevo y, con el guerrero tatuado afianzado a su lomo, voló a la batalla.

En lo alto de la torre principal de Rocavaragálago sólo quedaron ya Hurza

Comeojos y Solberino, el náufrago.

—Un dragón de carne y hueso se aproxima —anunció éste, abrazado ansioso a su arpón como si estuviera considerando seriamente intentar capturar semejante presa con él—. Lo monta el piromante.

Hurza sonrió y asintió despacio. Hacía ya tiempo que había visto acercarse al dragón de Transalarada, volaba sin demasiada urgencia, como si no tuviera prisa en llegar a Rocavaragálagó. Era evidente que había estado a la espera de que el terreno en torno a la catedral se despejara.

—No viene solo. Le acompaña el trasgo —dijo, satisfecho. Tras el brujo de fuego montaba el muchacho de la esencia de reyes; estaba protegido por una infinidad de hechizos de ofuscación, pero la proximidad de la catedral los hacía inútiles—. Nos lo sirven en la proverbial bandeja —alzó la vista hacia la Luna Roja y contempló los estragos que Harex había causado en su superficie. ¿Qué nuevos portentos llevaría a cabo cuando regresara a la vida?—. Vamos dentro, náufrago, le prepararemos el recibimiento que merece.

\* \* \*

Dos relámpagos surcaron al unísono el cielo de Rocavarancolia, uno al norte y el otro al oeste, tan descomunales que por un segundo pareció que la realidad entera se había agrietado y que el mundo estaba a punto de hacerse pedazos. Bajo su luz violenta, Darío vio cómo las gárgolas abandonaban al fin las inmediaciones de Rocavaragálagó. Se habían dividido en varios grupos, formando compactos enjambres que enfilaban ya hacia las huestes de esqueletos más próximas a la catedral.

—Allá vamos —anunció Andras Sula. Se giró a medias para mirarlo—. Cuando lleguemos a la catedral te haré intangible para que puedas atravesar sus muros —le anunció—. A los trasgos os afecta menos la magia que a otras criaturas así que no sé cuánto tiempo durará el efecto. ¡Aprovéchalo!

Darío asintió. Recordaba muy bien cómo había resistido Roallen los hechizos de Natalia en la plaza. De pronto, el caos en Rocavarancolia se hizo mayor aún. Fue como si una segunda tormenta se hubiera abierto camino a empujones en la primera, una tempestad hecha con el entrechocar de las espadas y el crujir de los huesos, con el estrépito de las piedras al estallar y el aullido de un millar de sombras. La batalla acababa de dar comienzo.

El dragón aceleró el vuelo. Darío se aferró a sus escamas mientras veía crecer ante él la mole acerada de Rocavaragálagó. Aquello que contemplaba no era un edificio, no podía serlo, era una pesadilla que había cobrado solidez al otro lado del sueño. Allí dentro estaba Marina. Allí dentro estaba Héctor.

Varias protuberancias en los muros de la catedral se desprendieron de éstos cuando apenas les faltaban doscientos metros para llegar a ella. Eran gárgolas, enormes criaturas de piedra roja que volaron a su encuentro. Andras Sula guio al dragón directo hacia ellas. El brujo alzó un brazo envuelto en llamas a la par que preparaba un hechizo. Darío se afianzó como mejor pudo en el dragón, desenvainó su espada y se preparó para el combate.

La primera gárgola estalló en pedazos antes de que llegaran a ella, víctima de un hechizo de impacto. Dos más se abalanzaron hacia ellos, una desde abajo y otra desde un flanco. El dragón se escoró para esquivar a la segunda mientras de un zarpazo apartaba a la primera de su camino. Luego escupió su chorro de llamas hacia otro atacante. El fuego ennegreció la superficie de su atacante, pero aun en llamas continuó volando. Darío hundió la espada en su garganta cuando la tuvo a su alcance. No pudo rematarla. El dragón aceleró el vuelo y el trasgo la perdió de vista.

De pronto las torretas y pináculos de la catedral se precipitaron hacia ellos. Daban la impresión de haberse materializado de la nada, lanzas megalíticas que parecían aflorar de las entrañas de la tierra con el único propósito de ensartarlos. Volaron entre los arbotantes de Rocavaragálogo, rodeados de gárgolas, tan cerca de los garfios y espolones que emergían de la piedra que Darío se aplastó contra el lomo de su montura. Empuñó la espada con más fuerza si cabe, temeroso de perderla. Los muros se les vinieron encima. Cuando parecía que nada iba a poder evitar que chocaran contra ellos, el dragón viró con violencia y comenzó a ganar altura, volando en paralelo a la pared; varias gárgolas se estrellaron al intentar imitar su maniobra y se precipitaron al foso de lava.

El piromante se volvió hacia Darío y puso una mano sobre su hombro.

—¿Estás preparado?! —le preguntó a voz en grito. Los ojos le brillaban febriles.

—¡No! —gritó él—. ¡No lo estoy! ¡Esto es una locura!

—¡Perfecto! —dijo Andras Sula. El dragón hizo una nueva pirueta imposible. El arriba y el abajo intercambiaron su lugar al mismo tiempo que la mano del piromante atravesaba el hombro de Darío como si su cuerpo fuera de aire. El trasgo dejó de sentir el calor del dragón. Hubo un rápido parpadeo y cayó al vacío. La inercia del vuelo lo arrojó hacia Rocavaragálogo, directo a una de las lanzas estriadas que surgían de su superficie. Darío gritó cuando la punta de aquella cosa le atravesó el pecho.

El mundo se volvió rojo.

\* \* \*

Héctor abrió los ojos y al momento deseó haber permanecido inconsciente. El dolor de su espalda era brutal, inhumano, tan devastador que tenía la impresión de que le

estaban arrancando las alas una y otra vez. No gritó, pero no pudo evitar estremecerse. Su convulsión quedó punteada con un fuerte ruido de cadenas y un leve gotear de sangre. Por un delirante instante, creyó que iba a aparecer Esmael para decirle que había vuelto a fracasar en el ejercicio de las campanillas. En vez de eso, escuchó la voz de Marina:

—Héctor... Tus alas, por el amor del cielo... tus alas... —su amiga estaba llorando—. Esa cosa te ha arrancado las alas...

—Volverán a crecer... —aseguró y, a pesar del dolor extremo que se entrevió en sus palabras, pareció que de verdad no daba importancia a su pérdida—. Es cuestión de tiempo. Soy un maldito ángel negro.

Estaban encadenados donde la primera cosecha, en una de las galerías que conducían a la sala del sacrificio; tenían grilletes en muñecas, garganta y tobillos, aunque las cadenas eran lo bastante largas como para permitir algo de movilidad. Marina estaba prácticamente frente a él, a dos metros y medio de distancia, en el único hueco libre que quedaba en aquel tramo del pasadizo atestado de cuerpos macilentos. No había nadie cerca. Ni rastro del Comejos ni de sus secuaces. Sacudió la cabeza, no quería pensar en Alastor, no quería pensar en cómo aquel horror metálico le había tirado sobre el altar para arrancarle de cuajo las alas.

—Te ha arrancado las alas... —repitió Marina, como un eco de su pensamiento, mientras le miraba fijamente.

—La capacidad de regeneración de mi especie es fabulosa, ¿no lo sabías? —dijo él de forma automática—. Es un hecho demostrado. Me crecerán otra vez.

La vampira le contempló asombrada, como si no diera crédito a lo que oía. Tal vez pensara que además de las alas había perdido la razón. Hizo un esfuerzo por sonreír. Nunca se había sentido tan débil.

—Si algo me enseñó Esmael fue a convivir con el dolor —le explicó—. Ese loco me hizo mucho más daño del que puede hacerme Alastor, te lo aseguro. Parece más horrible de lo que es en realidad —escupió al suelo. La herida del pecho estaba casi curada, pero todavía había trazas de sangre en su saliva.

—Tienes una pinta horrible —le advirtió ella.

—Gracias —dijo con un educado movimiento de cabeza, lo más parecido a una reverencia que podía hacer encadenado—. Pero estoy vivo —afirmó—. Y eso es algo con lo que no contaba a estas alturas. ¿Cómo estás tú? —le preguntó.

—Me pica un tobillo y no puedo rascarme —contestó. Echó hacia atrás la cabeza y dio un golpe en la pared rugosa; el pelo le cayó sobre la cara como un cortinaje deshilacliado—. Y estoy débil. Y asustada. Y furiosa —guardó silencio un instante antes de añadir—: Y sedienta.

Héctor no dijo nada. Si él era capaz de oler la peste a sangre que despedía, aun a pesar del fuerte hedor de Rocavaragálogo, era más que evidente que Marina también



podía. Ella necesitaba sangre y él estaba bañado en ella. De pronto fue consciente de los ruidos que llegaban del exterior. A la tormenta se le había sumado un estrépito indefinible, un continuo y salvaje golpeteo en el que se mezclaba el ruido del acero al entrec chocar con el de piedras al derrumbarse.

—¿Qué está ocurriendo fuera?

—No lo sé —contestó Marina—. Ha comenzado hace poco. Y cada vez se oye más fuerte y más cerca. Creo que vienen a rescatarnos.

—¿A rescatarnos? —preguntó Héctor, perplejo. Era una verdadera batalla lo que se escuchaba tras los muros de Rocavaragáago—. ¿Quién y con qué ejército?

\* \* \*

Dama Serena no tardó en llegar al castillo. Se elevó sobre las torres de la fortaleza hasta quedar inmóvil a unos veinte metros de la principal. Allí se detuvo, diluyó la esfera que la rodeaba y se mantuvo firme en las alturas mientras la lluvia y el viento pasaban a través de ella. La fantasma fue testigo de los primeros compases de la batalla. Vio cómo varias formaciones de gárgolas se precipitaban en picado contra los gigantes que encabezaban las tropas de dama Desgarro; contempló cómo las sombras de la bruja se arrojaban sobre ellas, transmutadas en redes oscuras que se enredaban en sus alas para derribarlas de los cielos.

Los enfrentamientos pronto se extendieron por toda Rocavarancolia. Gárgolas y estatuas cargaban a lo largo de todo el frente enemigo, en pequeños grupos en algunos puntos, en verdaderas hordas en otros. Pero lo que de verdad impresionó a dama Serena fue ver el choque brutal que tuvo lugar entre la legión muerta de Hurza y los esqueletos de Sedalar Tul. Las fuerzas del nigromante atacaban las patas de los colosos en un intento desesperado por derribarlos. Muchos eran aplastados por ellas, pero otros tantos conseguían trepar a aquellas zarpas e intentaban destrozarse sus tobillos a golpes de espada y hacha. Decenas de esqueletos se deslizaban por tibias y peronés para acudir a su encuentro, empuñando armas tan viejas y oxidadas como las de sus adversarios.

En aquella llanura el tiempo dejaba de tener sentido. La batalla que contemplaba era continuación directa de la que treinta años antes había supuesto el ocaso del reino. ¿Cómo no iba a serlo si el demiurgo había dado vida a las osamentas de los que habían combatido en ella? En la distancia, dama Serena vislumbró el enorme cráneo y las alas desproporcionadas de Umbra Gala, el dragón de Basa compartía bando con las mismas criaturas que lo habían abatido. Pero es que, además, esa batalla era una prolongación de todas y cada una de las que habían tenido lugar en el reino, hasta remontarse al mismísimo origen sangriento de éste. Y para demostrarlo allí estaban

los muertos revividos de Hurza, los mismos que habían participado en la fundación y conquista de lo que más tarde sería Rocavarancolia. Allí, entre la horda de cadáveres, quizá luchara alguno de los pescadores que habían acudido a ayudar al barco encallado de Hurza y Harex...

Se llevó una mano a la frente, aturdida por aquella idea. La eternidad se hacía minúscula ante sus ojos, dos milenios de horror y batallar se daban cita ante los muros de Rocavaragálo. ¿Y qué iba a hacer ella si no contribuir a aquella demencia?, se preguntó mientras, a sus pies, colosos de piedra se enzarzaban en combate cuerpo a cuerpo con gigantes imposibles. El gigante de Esfronax hecho de piedra ingravida cayó de los cielos, aferrado a la ballena alada que tanto le había impresionado en su vuelo. Los vio estrellarse entre los edificios, levantando una nube de polvo y escombros. Y de pronto un verdadero dragón llegó desde Rocavaragálo, el mismo que durante treinta años había dormido envuelto en piedra en la plaza del Estandarte. Abrió su extraordinaria mandíbula y vomitó fuego sobre la retaguardia de la legión de Hurza.

Dama Serena unió las palmas de sus manos, lo hizo de prisa porque a cada segundo que pasaba más dudaba de sí misma y su cordura. Cerró los ojos, se aisló del caos que la rodeaba, del estruendo de la tormenta y la batalla y contempló su propio interior, sin pensar en nada más. Allí, grabado a fuego, estaba el hechizo de dominio que Hurza la había forzado a aprender. Lo recitó despacio. No comprendía las palabras que pronunciaba, pero notaba cómo éstas se removían en su interior, como criaturas vivas que ansiaban salir al exterior. Era un hechizo largo y complejo; los minutos transcurrieron, lentos y pegajosos, mientras ella iba desgranándolo en la tormenta. Cuando llegaba al final, dama Serena hizo una pausa para invocar el poder que Hurza le había prestado. Sin él el hechizo se malograría ya que no era lo bastante fuerte como para llevarlo a cabo por sí misma. Al momento se sintió inundada de una energía desproporcionada. Abrió los ojos a la noche salvaje. Por un instante pensó que el mundo había estallado. Pero era ella. Brillaba cegadora, una potente luz verdosa la inflamaba por dentro.

Era un faro, un faro en la tempestad.

Engastada en una pared del castillo había una diminuta esmeralda. En su interior estaba contenida la habitación infinita, un espacio mágico elaborado por los más poderosos hechiceros de Rocavarancolia para contener dentro a los fantasmas del reino.

La joya, de pronto, se partió en dos.

\* \* \*

Ujthan descargó un golpe de hacha contra las costillas del esqueleto al que se enfrentaba. Los huesos se quebraron y volaron hechos astillas ante tan salvaje acometida; su enemigo se vino abajo y él se giró para detener el ataque de otro adversario con la cimitarra. No se conformó con bloquearlo, de un formidable empujón lo arrojó fuera del cráneo del mamut sobre el que combatían.

El guerrero abandonó la calavera de un salto mientras inscribía de regreso el hacha en su tatuaje en el hombro izquierdo. Aterrizó sobre el lomo del dragón que, a una orden suya, batió alas para alejarse del coloso de hueso y los esqueletos que lo montaban. Una zarpa enorme voló tras ellos, pero no logró alcanzarlos. El viento y la lluvia borraban los contornos de los combatientes. Ujthan entornó los ojos y contempló la llegada en tromba de una riada de onyces, se aseguró sobre su montura y embistió contra ella. Notó cómo las garras de las sombras buscaban y encontraban su carne, pero él continuó descargando su cimitarra sin cesar de un lado a otro. Las onyces se disgregaron profiriendo tremendos alaridos y el dragón y el guerrero siguieron adelante, dejando a su espalda un rastro humeante de sangre negra.

Ujthan tomó aliento. La batalla lo rodeaba y él era feliz. Esa era la vida que anhelaba, ésa era la vida que la caída de Rocavarancolia le había negado durante treinta años.

Un repentino brillo verde le hizo mirar al castillo. Sobre la fortaleza había amanecido una nueva estrella. Un astro con forma de silueta humana que desprendía una potente luz esmeralda. Su resplandor se irradió con una rapidez inusitada por toda la ciudad, una ola de luz tiñó los edificios en ruinas y los ejércitos de piedra, hueso y sombra.

Ujthan apartó la mirada del fulgor y se giró en busca de un nuevo enemigo al que abatir. No tardó en encontrarlo: el dragón del piromante se aproximaba desde el oeste; se podía distinguir perfectamente la trayectoria que había seguido hasta allí por el río de llamas que consumía a los ejércitos de Hurza. Ujthan guardó la cimitarra en el interior de su piel y, a continuación, extrajo de su tatuaje la espada de Nago que había utilizado contra Denéstor y Esmael. Aquel brujo hedía a poder y esa arma podía arrebatárselo. Buscó luego en su pierna derecha el escudo que había conseguido en la campaña de Almaviva, la última victoria de Rocavarancolia. Una vez armado, lanzó un grito, encomendó su alma a los dioses de la guerra y cargó en su dragón de piedra contra el de carne y hueso.

El piromante espoleó a su propia bestia en cuanto lo vio aproximarse. Al momento, Ujthan sintió cómo un hechizo brutal trataba de descabalarlo. Pero no sólo había armas tatuadas en su cuerpo, con ellas compartía espacio un sinfín de hechizos protectores. Notó cómo varios eran destruidos por el salvajismo del sortilegio enemigo. Los dragones se abalanzaron el uno sobre el otro entre un caos de gárgolas y monstruos de hueso. El de Transalarada abrió sus fauces y vomitó su

caudal de fuego. Ujthan alzó el escudo y lo interpuso entre las llamas y él. Aquel objeto estaba forjado para resistir el aliento de los dragones de hielo de Almaviva. El guerrero sintió el empuje de las llamas contra el escudo y el calor sofocante producido por éstas.

Cuando el bramido del dragón de Transalarada cesó, Ujthan bajó el escudo y alzó la espada. Los dragones se cruzaron de nuevo en el aire. El guerrero descargó su arma contra el piromante al tiempo que éste invocaba una lanza ígnea y la arrojaba hacia él. El fuego burló esta vez la protección del escudo y Ujthan sintió su mordisco en el antebrazo, pero su espada también alcanzó el objetivo. El filo del arma de Nago abrió un profundo tajo en el costado del brujo. Le escuchó gritar, pero no por el dolor; gritó cuando toda su esencia mágica, todo su poder, fue absorbido por la hoja que acababa de herirle. Ujthan hizo retroceder a su dragón mientras apagaba las llamas de su brazo a manotazos; el escudo de Almaviva se desprendió de él con la cincha desecha y se perdió en el caos de gárgolas y relámpagos.

Ujthan encaró de nuevo a su enemigo. El brazo izquierdo le colgaba inútil a un costado; lo tenía en carne viva, recubierto de ampollas y sangre que hervía. No quiso ni pensar en todas las armas que había destruido aquel fuego impío. El piromante, aturdido, sacudía la cabeza sobre su dragón, a unos metros de distancia, mientras intentaba contener la hemorragia de su costado. Parecía a punto de precipitarse al vacío. Ujthan levantó la espada de Nago, señaló a su adversario con ella y cargó de nuevo.

El joven le miró de soslayo y luego se derrumbó hacia delante, lo bastante consciente para usar sus escasas fuerzas en aferrarse a las escamas del dragón. Éste lanzó un rugido descomunal, se giró en el aire y abrió de nuevo sus fauces. Ujthan maniobró para esquivar la llamarada, sabedor de que no podría sobrevivir a un impacto directo. Pero en vez de vomitar su chorro de fuego, el dragón le sorprendió con un prodigioso picado y una huida a la desesperada.

Ujthan intentó ir tras él, pero antes de poder iniciar siquiera la persecución, un coloso de hueso se interpuso en su camino y no le quedó más remedio que hacerle frente. Alzó otra vez la espada y cargó contra aquel nuevo adversario, con una sonrisa de felicidad pura en la cara.

\* \* \*

Sedalar Tul se llevó las manos a la cabeza y gimió. Otra de sus creaciones acababa de morir en la batalla y él sintió su muerte como una puñalada en pleno estómago. Otra la siguió. Y de nuevo a duras penas consiguió reprimir un grito. La bruja silenciosa le vio retorcerse aferrado al muro y se acercó a él. Se acuclilló a su lado para después

ponerle una mano en la frente. Luego trenzó una pregunta con los dedos en el aire a la que el demiurgo contestó con un encogimiento de hombros.

—Duele mucho, si es eso lo que preguntas. Pero me encuentro bien —le aseguró—. De verdad me encuentro bien. Puedo soportarlo. Puedo... —se mordió el labio inferior cuando le acometió otra nueva lanzada en el vientre. La bruja le miró con expresión sombría y, a continuación, lanzó un hechizo sanador que se llevó consigo la agonía de las últimas muertes. La calma fue instantánea. Notaba cómo las cuchilladas seguían produciéndose, pero su cuerpo había quedado anestesiado. Medea se sentó a su lado y le cogió de la mano, dispuesta a hacer más llevadero su sufrimiento. El demiurgo sonrió agradecido.

—Si eso es todo lo que pueden mandar contra nosotros, no tienen nada que hacer —dijo el Lexel negro mientras contemplaba la batalla desde el almenar.

El mago proyectó sus palabras a la mente de dama Desgarro al mismo tiempo que las pronunciaba. La comandante de los ejércitos del reino no compartía el optimismo del Lexel, habría sido insensato hacerlo, sobre todo teniendo en cuenta que los pesos pesados del enemigo todavía no habían entrado en liza. Los miembros renegados del Consejo Real apenas se habían dejado ver y nada se sabía del propio Hurza.

La lucha en la llanura era encarnizada, de una crueldad desmesurada. ¿Y acaso podía ser de otro modo? La voluntad de ambos ejércitos era inexistente, eran simples fuerzas elementales enfrentadas entre sí, títeres guiados desde el cielo y Rocavaragálogo. El miedo a la muerte no lastraba a aquellas tropas, ni ninguna pasión ni emoción reconocible más allá de la de querer destrozar al enemigo. Un brillo repentino en las montañas le hizo desviar su atención hacia allí.

*Algo ocurre en el castillo*, advirtió dama Desgarro al grupo de Sedalar Tul.

Todos miraron en el acto hacia la fortaleza. Allí, sobre la torre central había aparecido una estrella esmeralda, prendida en mitad de la noche y más luminosa todavía que la Luna Roja. Natalia frunció el ceño.

—Es la fantasma... —murmuró—. La fantasma asquerosa. ¿Qué está haciendo?

—Nada bueno —profetizó Laertes.

—Está lanzando un hechizo de dominio —les informó el Lexel.

La luz que emitía la figura se hizo más intensa a cada segundo que pasaba. Comenzó a irradiarla de tal manera que una verdadera ola de luz partió de ella. Una ola luminosa que se fue abriendo paso por el cielo, como un manto que alguien estuviera disponiendo sobre la realidad.

—Esto no me gusta nada —murmuró el brujo maldito.

De una de las torres del castillo brotó un nuevo surtidor de luz. Parecían fuegos de artificio; salían despedidos en un potente chorro para luego dispersarse en las alturas, formando un hongo luminoso multicolor. Sedalar Tul contempló aquel fenómeno con los ojos entrecerrados. Aquella nube estaba formada por una infinidad de siluetas

brillantes. Las había de todos los colores y formas. En cierto sentido le recordaron a las onyces de Natalia. Pero no eran sombras.

—Fantasmas... —murmuró.

—Cientos de ellos —dijo el Lexel negro—. Todos los fantasmas de la habitación infinita. Dama Serena debe de haber aprendido algún hechizo para controlarlos.

—¿Cómo se mata a un fantasma? —preguntó Natalia.

—Si conociéramos la respuesta a esa pregunta, dama Serena estaría ahora en nuestro bando —murmuró Laertes abatido.

Un instante después, la voz de dama Desgarro se escuchó de nuevo en la mente de todos, frenética, urgente.

*¡Al suelo!, ordenó ¡Tiraos todos al suelo!*

\* \* \*

El Lexel de la máscara blanca flotaba a gran altura sobre la ciudad. Se encontraba en el mismo centro de Rocavarancolia, girando despacio sobre sí mismo. Se había aislado completamente de la batalla, no era aquel caos lo que le interesaba. Su misión era otra: encontrar al esquivo demiurgo que había dado vida a la cicatriz de Arax. Aquel muchacho era quien sostenía con su poder al ejército adversario. Acabando con él pondrían punto y final a la contienda. Los ojos del hechicero escrutaban la ciudad en busca de magia o, en su defecto, de la total ausencia de ella. Las energías que había puesto en marcha el demiurgo deberían de haber dejado sin duda un poso a su alrededor, una marca fácilmente distinguible y rastreable, y su ausencia sólo significaba una cosa: el enemigo se había encargado de limpiarla, había erradicado cualquier traza de magia alrededor del muchacho para impedir que lo localizaran, pero los hechizos de disipación limpiaban no sólo la magia del hechicero, anulaban también cualquier otra que estuviera en sus cercanías. Por lo tanto, para encontrar al demiurgo, sólo tenía que encontrar un lugar en Rocavarancolia en el que, en aquel momento, no hubiera ni un ápice de magia.

Siguió con su escrutinio mientras la batalla arreciaba, hasta que, de pronto, un intenso destello sobre el castillo le hizo mirar allí. Dama Serena levitaba sobre una de las torres. La fantasma centelleaba. Emitía una potente luz verde, una luz que comenzó a extenderse por toda Rocavarancolia. El Lexel blanco se elevaba a tal altura que aquel resplandor no le afectó. Se limitó a contemplarlo avanzar: un mar imposible que convertía a la ciudad en ruinas en un paisaje ondulante.

Cuando la ola de luz llegaba al faro, se curvó como si se hubiera topado con una barrera invisible que le impidiera continuar. El Lexel observó aquel fenómeno con atención. La luz ondulaba alrededor de la construcción, trazando un círculo que tenía

al edificio como centro, como si una burbuja de energía hubiera aislado aquel lugar.

Potenció su mirada e intentó atravesar esa barrera. A duras penas lo consiguió, el edificio estaba protegido por algún tipo de hechizo. Pero alcanzó a distinguir las siluetas brumosas que se arracimaban en su cúpula. Vio una sombra tocada por una chistera, y alguien que portaba lo que bien podía ser una máscara negra. Un instante después observó cómo esas figuras se tiraban al suelo, en un intento de ocultarse de la potente luz.

El Lexel blanco alzó la palma de la mano y dejó que la lluvia la empapara. A continuación, dibujó con sus dedos una sonrisa torcida en la máscara que ocultaba su rostro.

Los había encontrado.

## XXII

### El cuento

Darío no sabía cuánto tiempo iba a durar el hechizo de intangibilidad de Adrián y braceó todo lo deprisa que pudo, adentrándose en la piedra de Rocavaragálogo como un buceador en aguas oscuras. No tardó en darse cuenta de lo urgente que era encontrar espacio abierto, y no por el riesgo a morir aplastado si el sortilegio acababa; había un peligro mucho más acuciante: la asfixia. En la piedra no había aire que respirar. Nadó en aquel mar sólido, desorientado, sin saber en qué dirección avanzaba. La catedral era enorme, sí, pero no debería resultar complicado encontrar algún pasillo o estancia en su interior. Y aun así, el tiempo transcurría sin que le saliera al paso otra cosa que negrura. Pronto comenzó a faltarle oxígeno. Se forzó a nadar más rápido todavía. Cuando la desesperación comenzaba a ganarle, dio con un pasillo.

Tomó aire a rápidas bocanadas, sin prestar atención a nada de lo que le rodeaba. El pecho le dolía, le abrasaba. Después de un largo minuto de resollar, miró al fin a su alrededor. Se encontraba en la curva de una galería alta, de rodillas entre una formación de estalagmitas. Se apartó de ellas y lo hizo justo a tiempo porque instantes después, tras sentir un intenso picor, regresó a la solidez. Y como si con su cambio de estado su sentido del olfato se hubiera agudizado, la atmósfera rancia de la catedral se le vino encima de golpe. Rocavaragálogo hedía a muerte, a carroña y descomposición.

Empuñó con fuerza su espada y echó a andar, sin apartarse mucho del muro. El pasillo se ensanchó poco después, convirtiéndose en una sala con forma de riñón de la que surgía media docena de nuevas galerías, calcos exactos de la que acababa de abandonar. Había tenido la esperanza de dar con el rastro de Marina o Héctor, pero la peste del lugar mataba cualquier otro olor. Buscó en un bolsillo del pantalón la piedra que le había dado el demiurgo antes de dejar el panteón. Era un guijarro blanco en el que Sedalar había anclado un sortilegio de rastreo que, según dijo, iría ganando en luminosidad a medida que se acercara a Héctor. Al entregársela se había podido percibir un diminuto punto de luz en el centro de la piedra, pero ahora estaba apagada por completo. O Rocavaragálogo no permitía esa clase de magia entre sus muros o es que ya no había nada que encontrar. Darío guardó la piedra y estudió los



pasadizos. Mientras se aproximaban habían distinguido movimiento en lo alto del edificio y, por eso, escogió el único de los cinco pasajes que conducía hacia arriba.

Al poco de avanzar por él se encontró con una pared cortándole el paso. Había dado con un callejón sin salida. Tardó un instante en darse cuenta de que aquel muro estaba construido con cráneos humanos, apilados unos sobre otros; el tiempo y la erosión habían difuminado los límites entre ellos, convirtiéndolos en una masa homogénea de cuencas vacías y mandíbulas sonrientes. Se giró, dispuesto a desandar el camino. Pero ya no había rastro del pasillo que le había guiado allí, en su lugar se erguía, a apenas dos pasos de él, una pared idéntica a la que cortaba el pasaje, sólo que los cráneos allí estaban girados dándole la espalda en un caos de occipitales, parietales y de sombras siniestras. Estaba atrapado, encerrado en un nicho de calaveras. Enseñó los dientes aunque allí no había nada a lo que atacar. La pared que tenía enfrente comenzó a deslizarse hacia él con un crujido siniestro. El trasgo sintió que su corazón se aceleraba. ¿Así acababa su rescate? ¿Aplastado en una trampa estúpida?

Se giró, rabioso, y lanzó un puñetazo brutal contra un cráneo. El hueso se vino abajo y, al instante, se escuchó un tremendo estallido a su espalda. Se giró a medias para ver asomar una zarpa monstruosa de la pared opuesta. Aquella garra desapareció en cuanto terminó de darse la vuelta, dejando sólo el hueco destrozado en el muro. Había algo al otro lado, se vislumbraba una sombra verdosa, cada vez más cerca a medida que la pared se aproximaba. Cuando ya creía que iba a morir aplastado, el muro se detuvo; lo hizo de pronto, con un repentino frenazo que le dejó el corazón en un puño. Darío resopló, apenas podía manejarse en el espacio que quedaba entre las paredes. Miró a través del hueco que había abierto al golpear el muro. Durante un instante no supo qué estaba mirando. Al otro lado había un ser retorcido, verdoso, atrapado en un espacio tan exiguo como el suyo.

Era él. Se estaba viendo a sí mismo. Había una única pared allí y, en un disparate de la lógica, Darío se encontraba a ambos lados de la misma. Era su propio brazo el que había destrozado tanto el muro delantero como el trasero, suya la garra que había visto atravesar la pared. Se contempló, aturdido, de espaldas, encorvado, espiándose a sí mismo. Introdujo una garra por el hueco para tocar el hombro nervudo que había al otro lado y, al momento, sintió cómo ésta le tocaba.

Cerró los ojos, mareado por aquella paradoja. Respiró hondo. Estaba atrapado en un encantamiento. De pronto fue consciente de que aquel nicho vibraba. Se movía. El agujero en el que estaba preso se estaba desplazando a través de Rocavaragálago, comprendió.

Poco después de hacer ese descubrimiento, la pared cedió y él se precipitó al vacío. Por un instante creyó estar a punto de arremeter contra sí mismo, pero el espejismo, se deshizo junto a la pared de cráneos y él cayó hacia delante. Chocó contra piedra y, sin tiempo de rehacerse, un sinfín de brazos se le echó encima, inmovilizándolo.

Estaba tumbado en una plataforma inclinada, una especie de altar. Vislumbró una figura enorme, un gigante de metal que esgrimía en sus múltiples brazos un arsenal de armas de filo. Y ante él estaba Hurza. El Comeojos inclinó la cabeza hacia la izquierda y le dedicó una sonrisa perversa.

—Te hemos estado esperando —anunció—. Llevamos dos mil años esperándote.

Las cadenas no servían sólo para mantenerlos prisioneros. De algún modo, los grilletes se estaban alimentando de ellos, al igual que se alimentaban del resto de cosechados. Héctor notaba la lenta succión aunque le resultaba imposible precisar qué era lo que le arrebataban. Lo único que sabía era que se encontraba cada vez más débil. Dentro de poco no tendría fuerza para nada que no fuera permanecer inmóvil, al igual que el resto de encadenados.

El escándalo del exterior iba en aumento. Ahí fuera debía de estar produciéndose una verdadera batalla campal. No podía concebir qué fuerzas estaban plantando cara al nigromante y los suyos, ni el modo en que sus amigos podían estar relacionados con ello. Levantó la vista y miró a Marina. La muchacha llevaba un rato tirando de sus cadenas, pero lo único que había conseguido era despellejarse las muñecas.

—Si no estuviera tan débil, podría liberarme —dijo la chica cuando le descubrió mirándola. Sus ojos relucían, dándole aspecto de animal hambriento. Se preguntó qué sería lo primero que haría Marina tras romper sus cadenas. ¿Podría resistir la tentación de saltarle encima? Sospechaba que no.

Intentó apartar de sí tan lúgubres pensamientos. Estaba vivo y ésa era suficiente razón para mantener la esperanza.

—Cuéntame cómo salimos de ésta —le pidió a Marina, en un súbito impulso al que no fue capaz de resistirse.

—¿Perdona? —preguntó ella. Dejó de esforzarse con las cadenas para mirarle fijamente—. ¿Que te cuente qué?

—Lo que has oído —dijo él—. Te estoy pidiendo que me cuentes cómo nos rescatan —especificó—. Eres capaz de ver el futuro, ¿verdad? Eso quiero que hagas: que eches un vistazo a lo que nos aguarda y me lo cuentes.

—No funciona así —le explicó mientras negaba pesarosa con la cabeza—. El futuro se me desvela a veces, sí, pero sólo cuando duermo. Además ni siquiera sé si es el futuro real; no es más que un futuro proba...

—Improvisa —le interrumpió él—. Lo único que quiero es oírte hablar. Lo único que quiero es que me cuentes un cuento, como hiciste la primera noche en el torreón, ¿recuerdas? —sonrió—. Cuéntame cómo nos salvamos, por favor.

Marina bajó la cabeza y guardó silencio, un silencio que resultó tan prolongado que Héctor temió que su amiga hubiera desechado sin más su idea o, aún peor, que los grilletes la hubieran dejado ya sin fuerzas.

—Marina... —la llamó y no obtuvo más respuesta que un lento cabeceo.

Héctor tiró por enésima vez de sus cadenas, pero se encontraba tan débil que no habría conseguido liberarse aunque hubiera estado atado con simples cuerdas. Lo único que logró fue avivar la agonía de su espalda. Iba a llamar a Marina otra vez cuando ésta comenzó a hablar:

—Es idea de Sedalar... —se detuvo, con la voz quebrada en la garganta. Tomó aliento y continuó—: No podía ser de otro. Tenía que ser él: Sedalar Tul, el último demiurgo de Rocavarancolia —bajó la voz—. En silencio, en secreto, ha construido la criatura más portentosa que se ha visto jamás en el reino. La ha fabricado a base de edificios: las torres más altas de la ciudad son sus brazos y sus piernas. Torres de hechicería, de acogida, las de la plaza de la batalla de piedra... —se echó a reír como si aquella idea de tan absurda le resultara divertida—. ¡Ni se te ocurra preguntarme cómo demonios ha podido construir semejante cosa sin que Hurza se entere!

—No pensaba hacerlo. Sedalar tiene muchos recursos. Es capaz de eso y de mucho más.

—Lo es. Y su gigante es asombroso. El torreón Margalar es su antebrazo izquierdo, ¿puedes creerlo? Su torso es el castillo de las montañas, su abdomen el palacete donde bailamos aquella tarde y su cabeza el faro que engañaba a los barcos.

»Es un coloso de piedra y ladrillo, tan enorme que sus pies dejan profundas huellas allí donde pisa. Los brujos lo han hechizado para hacerlo inmune a la magia... Y lo han mandado a Rocavaragálogo. ¿No oyes sus pasos? —le preguntó. Y los oía, por supuesto que los oía, tras los muros el estrépito era cada vez mayor—. Ya viene. Ya se acerca.

No era la voz de Marina lo que Héctor escuchaba en la galería, era un prodigio, un milagro, con cada frase, con cada palabra, trasladaba a su mente una imagen portentosa. Con los verbos y adjetivos construía, ladrillo a ladrillo, a aquel gigante que se aproximaba haciendo retumbar el mundo.

—Sobre sus hombros cabalgan las sombras de Natalia. Nunca se han visto tantas. En el faro que es su cabeza se encuentran los brujos malditos y el Lexel negro, armados de los más poderosos conjuros que se conocen... Hacia el gigante de Sedalar vuelan las gárgolas, cientos de ellas, las comanda el propio Hurza montado en el dragón vampiro.

»La batalla será brutal. Y mientras Hurza y los suyos hacen frente al coloso, nuestros amigos aprovecharán para colarse en Rocavaragálogo. Vendrán a liberarnos, ése es su plan, pero no hará falta que nos rescaten —aseguró—. En una de sus embestidas, el gigante golpeará la torre y nuestras cadenas se aflojarán. Y seremos libres. Y mientras intentamos salir de aquí, nos encontraremos con ellos —Marina se echó a reír—. Natalia me mirará y dirá: «¿Por qué siempre que venimos a rescatarte te rescatas tú sola? ¿Lo haces para llamar la atención o qué?». Pero luego me abrazará... Y las dos lloraremos como tontas porque creíamos que nunca íbamos a volver a

vernos. Sedalar curará nuestras heridas y nos contará que Hurza ha capturado a Darío y que pretende resucitar a Harex —Héctor sintió una punzada de culpa al oír aquello—. Intentaremos encontrarlo antes de que lo haga, pero llegaremos demasiado tarde.

»Lo que nadie sabe es que Darío es tan poderoso que Harex no podrá controlarlo. De hecho, ocurrirá lo contrario: Darío se hará con la magia del brujo muerto, se la robará del mismo modo en que pretendían robarle a él su cuerpo... Y gracias a esa magia, gracias a esa fuerza... será capaz de enfrentarse a Hurza. Y lo vencerá, acabará con él. Pero el combate le dejará tan débil que Harex aprovechará para hacerse, por fin, con el control de Darío. Y será entonces cuando comience la batalla final.

»Y Adrián aparecerá de pronto, montado en su dragón para luchar a nuestro lado. Se ha dado cuenta de que nos necesita, de que somos lo único que le ata a la humanidad y, a pesar de todo, no quiere dejar de ser humano. Y Maddie estará también allí. ¡Y Lizbeth! Y nos lanzaremos al combate, porque no nos queda más alternativa, porque es nuestro destino. Porque éste es, sin duda, el mundo al que pertenecemos. Y tenemos que luchar por él.

»Será increíble, será magnífico, será leyenda.

»Entre todos obligaremos a Harex a abandonar el cuerpo de Darío. El hechicero caerá. Y su alma, sin cuerpo que poseer, se desintegrará. Y luego... y luego...

—¿Luego qué? —preguntó Héctor, expectante.

—Todo habrá terminado. Habremos vencido. Y en medio del caos, habrá un momento en el que tú y yo nos quedaremos solos. Será en lo alto de Rocavaragálogo, en plena tormenta. Te acercaras a mí... Nos miraremos, sonreirás y me dirás que me quieres. Lo dirás de golpe, como si quisieras sacártelo de una vez por todas de adentro.

—¿Eso haré?

—Eso harás —le aseguró ella.

—¿Y qué dirás tú?

—Te diré que ya lo sabía... ¡No! —se corrigió al momento—. ¡Qué tonta! Lo que te diré será que tenías que habérmelo dicho antes y que ya es demasiado tarde, que no tenías que haber esperado tanto... Tú pondrás cara de idiota y no sabrás si estoy hablando en serio o no. Entonces me reiré de ti, y te diré que te quiero y que no lo entiendo porque la primera vez que te vi me pareciste patoso, cobarde y tonto. —Héctor se echó a reír y ella sonrió para quitar hierro a su comentario. Ambos se miraban, encadenados entre lo que una vez fueron cuerpos vivos—, te diré que no sé cuándo comencé a quererte... que fue poco a poco. Por tu modo de mirarme, por tu forma de preocuparte por mí... por... por ser tan tú. Y hablaré sin parar como una estúpida, como una imbécil, como ahora, más o menos. Y tú me callarás con un beso. Será un beso de película, de esos que acaban con un fundido en negro y la palabra fin en la pan...

—Qué tonta historia —le cortó de pronto una voz desabrida—. Qué necios sois albergando todavía esperanza —era Solberino, el náufrago. Héctor lo vio aproximarse por la galería y comprendió que llevaba tiempo allí. Probablemente lo había escuchado todo—. ¿No habéis aprendido nada? —gruñó con desprecio—. El amor nunca gana en Rocavarancolia. El amor no es más que un lastre que te destroza y aniquila. En esta historia no hay final feliz para nadie. Y menos aún para vosotros.

—Hablas por experiencia, ¿verdad? —le preguntó Héctor, y le dedicó una torva sonrisa—. No te salvó a ti. Ni a ella cuando la atravesaste con tu arpón.

—¿¡Qué?! —Solberino se tensó en mitad de la galería, incapaz de concebir que aquel despojo hubiera dicho lo que había creído oír.

—Sé quién eres, náufrago —le dijo Héctor con calculada desgana—. Te conozco y conozco tu historia.

—Mientes —aseguró Solberino. Mantenía los ojos fijos en el ángel negro.

Héctor negó con la cabeza.

—No miento —dijo con otra sonrisa mordaz. La respiración de Solberino sonaba entrecortada, rabiosa—. Eres el último náufrago de Rocavarancolia. Sobreviviste durante años entre los barcos encallados, luchando por tu vida día y noche. Y te enamoraste de la farera, la misma mujer que había guiado tu barco a la perdición. ¡Qué locura! ¡Y ella se enamoró de ti! ¡Qué idiota!

—¡Basta! —aulló Solberino, con los puños apretados. Dio un paso hacia él, furioso—. ¿Quién te ha contado eso? —quiso saber—. ¿Quién es el malnacido que te ha contado mi historia?

—Ella —respondió mientras señalaba a Marina—. No sólo es capaz de ver el futuro. También ve el pasado.

Y ha visto el tuyo. ¿Qué os contabais en vuestras cartas? ¿Te decía lo mucho que deseaba estrecharte entre sus tentáculos?

—Basta... —graznó Solberino. Retrocedió un paso y, al momento, avanzó dos—. ¡Basta!

—En sus sueños la mata una y otra vez —le contó Marina a Héctor con aire confidencial, como si el náufrago no estuviera allí, a unos metros de distancia—. En sus sueños no son sirenas ni monstruos marinos los que combate en la bahía. Es a ella a quien se enfrenta.

—¡Basta! —aulló Solberino en el mismo momento en el que en el exterior restallaba un trueno. Avanzó de nuevo hacia ellos, la expresión de sus ojos se había vidriado, tenía la boca entreabierta y el sudor punteaba su frente.

—Pobre desgraciado —Héctor sacudió la cabeza—. Pobre idiota. Lo que nos hemos reído a tu costa —Solberino se detuvo a apenas dos metros de él. Respiraba de forma tan agitada que su torso se estremecía—. No eres más que un chiste —escupió el muchacho—. No lo sabes, ¿verdad? —preguntó, con una media sonrisa en los

labios—. No te lo dijeron... Me pregunto por qué no lo harían. ¿Por piedad? No lo sé. No me lo explico. Yo lo habría hecho. Me habría encantado ver tu cara al saberlo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó con un rabioso hilo de voz. Se había llevado la mano a uno de los arpones a su espalda y comenzaba a sacarlo de las cinchas que lo sujetaban.

—No era un monstruo —le confesó Héctor. Habló entre dientes, cargando sus palabras con toda la mala intención de que fue capaz—. Te equivocaste. La farera no era el engendro que viste... Era una cambiante. ¿Me oyes? —se inclinó hacia delante para susurrarle—: Cambió de forma al oírte en la escalera. Se convirtió en un monstruo para asustar al intruso. ¡No sabía que eras tú!

—¡Mientes! —aulló Solberino. Algo se vino abajo en el interior del náufrago—. ¡Mientes! ¡Mientes! —enarboló el arpón y saltó hacia él. Las manos le temblaban. Estaba demasiado agitado para lanzar el arpón, pero no para ensartarlo en el cuerpo de aquel ángel sin alas.

Héctor invocó hasta el último ápice de fuerza que le quedaba. Flexionó las rodillas, apoyó la espalda en la pared e impulsó las piernas hacia delante justo cuando el náufrago saltaba hacia él. Sus pies impactaron en el pecho de Solberino que salió trastabillado violentamente hacia atrás.

—¡Cógelo! —le gritó a Marina.

La vampira se lanzó hacia delante todo lo que le permitían las cadenas. Solberino le cayó encima. Por un momento fueron un confuso montón de extremidades que se agitaban. Marina se le arrojó al cuello. El náufrago trató de resistirse, pero una vez los colmillos de la joven se hundieron en su garganta poco pudo hacer. Marina comenzó a alimentarse. Durante largo rato, en la galería sólo se oyó un rápido ruido de succión. Héctor intentó controlar su propia respiración mientras contemplaba a la vampira y su víctima. El caos del exterior era tan grande que dudaba que alguien hubiera escuchado los gritos de Solberino.

Marina estaba recuperando el color. Al principio fue sólo en torno a su boca, donde la piel, hasta entonces pálida, se fue sonrosando pero, a medida que se alimentaba, un intenso rubor se fue extendiendo por el resto del cuerpo. Héctor, desde donde estaba, podía ver perfectamente cómo la sangre de aquel hombre comenzaba a correr por las venas de la vampira. Resultaba hipnótico verla alimentarse. De pronto, Marina soltó un suspiro de satisfacción y dejó caer el cuerpo del náufrago. Parecía haberle contagiado la palidez a su víctima al mismo tiempo que ella le había arrebatado el color. Marina se veía perfecta, saludable y hermosa. Se limpió la sangre de los labios con el dorso de la mano y a continuación tiró de las cadenas. Héctor las vio desprenderse de la pared como si fueran de cartón piedra. La vampira se liberó de los grilletes para luego arrancar el que le aprisionaba el cuello. Después se levantó, sin ninguna señal de debilidad y se acercó a Héctor.

El muchacho la contempló aproximarse. Bella y terrible, saciada al fin.

Marina se acuclilló ante él y, una a una, le libró de las cadenas. El ángel negro cayó hacia delante y ella le sostuvo sin apenas esfuerzo. La vio comenzar un hechizo de sanación y se apresuró a detenerla.

—No creo que sea buena idea hacer magia aquí —le advirtió—. Estoy seguro de que Hurza sería capaz de detectarla...

La vampira frunció el ceño, asintió y le ayudó a incorporarse.

—¿Está muerto? —preguntó Héctor cabeceando en dirección a Solberino.

—No. Quería matarlo, pero me contuve. Y no puedes ni imaginarte lo que me ha costado —echó a andar con él de la mano, pero antes de que pudiera dar dos pasos Héctor la detuvo con toda la firmeza que fue capaz de reunir—. ¿Qué haces? —le preguntó ella—. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—No voy a esperar —dijo él—. Me niego a esperar al final para besarte. Lo voy a hacer ahora. Si algo me pasa esta noche, al menos me iré con un beso.

Marina le miró fijamente.

Fuera rugía la batalla. Fuera los gigantes de hueso caían despedazados bajo la embestida de las gárgolas y los muertos, la magia bramaba y la noche ardía inflamada por la mirada bestial de la Luna Roja. El mundo temblaba como si llegara el final. Pero en aquel momento, nada importaba. Algo impactó contra la torre, pero no miraron hacia allí. Sólo tenían ojos el uno para el otro.

—¿A qué esperas entonces? —le apremió ella. En su sonrisa se vislumbraba el brillo de sangre ajena.

Sus alientos se entremezclaron, se hicieron uno, luego fueron sus labios los que se unieron en un beso salvaje, acorde con los tiempos, con la batalla y la matanza. Ambos tenían los ojos cerrados. No necesitaban mirarse para verse, estaban grabados a fuego el uno en el otro.

\* \* \*

Hurza sostenía ante sí el cuerno espiral que contenía el alma de Harex. Estaba más caliente al tacto que la primera vez que lo había empuñado, como si el espíritu de su hermano se hubiera soliviantado con el intento fallido de resurrección. Ahora todo saldría bien, aquel muchacho era el correcto, estaba convencido. El nigromante se acercó al altar. El trasgo apenas podía moverse, sujeto como estaba por los brazos de los muertos.

—Déjate llevar —le aconsejó Hurza—. No tiene sentido que luches, con ello sólo prolongarás tu sufrimiento. Hazte un favor y ahórrate la agonía.

Darío trató de agitar la cabeza, resoplando contra la mano que le tapaba la boca,

mientras veía cómo aquel monstruo pardo alzaba el cuerno. Escuchó el hueso hendir el aire, sólo que en su imaginación no era un cuerno lo que Hurza empuñaba, era un relámpago robado a la tormenta. El golpe fue rápido, fulminante. Una explosión demoledora le partió el pecho y lo arrastró al instante al desmayo.

Pero en la inconsciencia no halló alivio. Algo le había seguido allí y a aquello, fuera lo que fuera, le bastaba con su mera presencia para mantenerlo despierto en la oscuridad de su propia mente. Era una entidad extraña, difícil de describir, una mancha viva que se le había adherido al envés del alma. Darío sintió cómo un sinfín de raíces oscuras se abría camino entre sus pensamientos, filamentos de negra conciencia que probaban, ansiosos, la consistencia de la carne donde habían ido a parar. El muchacho sintió que en algún lugar inconcreto de sí mismo dejaba de ser él para convertirse en aquello que llegaba.

De pronto, un recuerdo se abrió camino en su mente, de forma sorpresiva, sin haber sido llamado ni convocado por estímulo alguno. Se recordó en una calle de Sao Paulo, huyendo del hombre a quien acababa de robar un maletín. Su perseguidor resultó más rápido que él y no tardó en darle alcance. Darío se giró rabioso y le hundió la navaja en el estómago. La presa de su víctima se aflojó y él aprovechó para escapar, resbalando en los adoquines y perdiendo el maletín en la caída.

La oscuridad era densa. La oscuridad estaba viva y pretendía aniquilarlo. Darío la escuchó pensar. No. Fue todavía peor: la sintió robarle sus propios pensamientos y servirse de ellos para su uso y provecho.

Se recordó jugando con su padre. Andaban pegándole patadas a un balón hecho de trapos mal atados, pasándose el uno al otro. Darío cogió carrerilla para propinar un buen puntapié a la pelota, con tan mala fortuna que su alpargata se enredó con el extremo de uno de los trapos y el balón se desintegró. Su padre se echó a reír al verlo resbalar y caer con aquel caos de paños precipitándose sobre él.

Su mente comenzó a escindirse, una parte de ella dejó de ser suya. Se pensó ajeno, aletargado, se pensó muerto desde tanto tiempo atrás que ya ni recordaba lo que era estar vivo. Recordó la traición de la mujer con la que compartía lecho. Le había vertido veneno en el oído mientras dormía. Se preguntó qué habría sido de ella. Se preguntó qué habría sido de su hermano y de todos los que...

«¡No! ¡Me llamo Darío!», se obligó a pensar. El miedo que sentía era tremendo. Le estaban devorando desde dentro, sin piedad, sin concesión alguna; le estaban borrando de sí mismo y no podía concebir final más terrible ni amargo. «Nací en una favela de Sao Paulo y un hombre gris me trajo a un mundo imposible. Me llamo Darío. ¡Me llamo Darío!».

Una serie de recuerdos fragmentarios se proyectó en su mente, algunos tan acelerados que resultaba imposible identificarlos o acabar de darles forma. Se vio a sí mismo borracho en mitad de la calle, besando a una muchacha cuyo nombre



desconocía y a la que nunca más volvería a ver. Vio a Adelaida, la anciana del carrito, revolviéndole el pelo con cariño mientras le tendía un pedazo de pan con chocolate y le pedía que fuera bueno, que sólo tenía una vida y que procurara no malgastarla. Se vio hacinado junto a sus hermanos en el interior de una jaula maloliente, de camino por enésima vez al sacrificio, ahíto de odio y rabia; mantenía la frente apoyada en los barrotes y no dejaba de contemplar a los que ya le habían asesinado tantas y tantas veces. Tuvo a Marina ante sí, alimentándose de la sangre que manaba de su antebrazo mientras lo dejaba a él aterido de amor y náusea.

La presencia oscura continuaba expandiéndose. Ya había más de ella que de sí mismo en su interior. La presencia oscura estaba a punto de recordar su nombre, lo tenía en la punta de esa lengua que no era suya y, una vez lo pronunciara, condenaría al olvido a su anfitrión, a aquel niño implorante al que ya apenas le quedaba sitio dentro de sí mismo.

El desconocido le hizo abrir los ojos y de nuevo Darío pudo ver los techos rugosos de Rocavaragálagó. Los brazos que le habían aprisionado se habían retirado y aunque el muchacho ordenó a sus extremidades ponerse en marcha, éstas no obedecieron. Y no lo hicieron por el simple motivo de que ya no le pertenecían.

«Me llamo Darío. ¡Darío!», se obligó a pensar, acelerado, frenético. «Una Navidad mamá trajo pollo y una botella de vino a casa. Nos dijo que había encontrado trabajo y que todo iba a cambiar, que nos merecíamos un poco de suerte. Me llamo Darío. ¡Maldita sea! Me llamo Darío y no merezco morir así. ¡No merezco mo...!».

—Me llamo Harex —anunciaron los labios del trasgo.

## XXIII

### «Al final todos mueren»

Los fantasmas formaban una inmensa nube sobre el castillo, tan enorme que la Luna Roja parecía pequeña en comparación. Los había a cientos. A miles. Todos aullaban de manera desaforada, extraviados y furiosos. Durante mucho tiempo habían permanecido encerrados en la estancia infinita, adormecidos por el hechizo que pendía sobre ella; y ahora habían sido liberados, pero su libertad no era más que una burla, un insulto, simplemente habían cambiado una prisión por otra. Ahora eran esclavos de la voluntad de uno de los suyos.

La mezcla de resplandores en las alturas convertía tanto a la fortaleza como a la montaña en un enloquecido calidoscopio, una vorágine de luces cambiantes. Y justo bajo aquella luz movediza estaba dama Serena. Ella era el centro de la ira de los espíritus de Rocavarancolia.

—Perdonadme —imploró—. Perdonadme...

A continuación les dio la orden de abatirse contra el ejército del demiurgo y a ellos no les quedó más alternativa que obedecerla. La desbandada fue instantánea, un tropel de figuras etéreas salió despedido hacia la llanura de Rocavaragálago, con los rostros crispados por la rabia, profiriendo los alaridos que llevaban conteniendo desde hacía tanto, tanto tiempo.

El griterío de aquella tropa fantasmagórica no detuvo el vuelo del Lexel blanco. Se limitó a mirar sobre su hombro y contemplar aquella marabunta de espíritus que enfilaba hacia la llanura. Luego volvió a fijar su atención en el faro y las siluetas borrosas que se adivinaban tras la barrera. Sus dedos se agitaban, espasmódicos, sobre un hechizo de consunción negra; a él estaba adhiriendo una serie de pequeños sortilegios disolventes para intentar reventar la esfera que rodeaba el edificio.

Antes de que alcanzara la barrera, medio centenar de onyces aparecieron de la nada y le cortaron el paso. No llegaron solas. Desde el otro lado de los acantilados surgió una multitud de criaturas de hueso, más engendros de la cicatriz de Arax animados por el demiurgo. Todas pertenecían a la misma especie: una suerte de criaturas de pequeño tamaño, alas desproporcionadas y cráneo chato y picudo. Iban armadas de cuchillos y dagas y alguna todavía portaba encima piezas de antiguas

corazas. Aquellos esperpentos se unieron a las sombras de la bruja para formar una barrera entre él y su destino, un caos en el que se entremezclaba el blanco y el negro. Por un instante tuvo la impresión de estar contemplando un gigantesco tablero de ajedrez mal pintado en la tormenta.

El Lexel blanco evaluó las fuerzas que se interponían en su camino al faro. Al menos eran cien criaturas, entre onyces y espantos. Una cantidad considerable que hablaba bien a las claras de la importancia de lo que protegían.

—Presiento que hemos dado con algo, mi buen amigo —escuchó a su espalda. Se giró hacia la voz para descubrir al hijo de Belgadeu, embutido en la tétrica capa que se había confeccionado con el pellejo del ángel negro—. Sí, creo que hemos dado con algo —repitió—. Lo siento en los huesos.



La comandante de los ejércitos del reino contempló cómo las hordas de fantasmas se unían a la batalla. Al momento, el signo de la misma comenzó a variar de rumbo. Los espíritus podían ser intangibles, pero en mayor o menor medida todos eran capaces de interactuar con la materia física. Algunos generaban violentos torbellinos de aire, otros podían hacer levitar pequeños objetos de los que se servían como proyectiles; además contaban entre sus filas con muchos que habían sido hechiceros y brujos en vida y en sus almas agostadas todavía quedaban posos de su antiguo poder. Sí, las tornas estaban cambiando.

De pronto una figura escapó del campo de batalla. Era el dragón de Transalarada, con el piromante inconsciente sobre el lomo. Vio cómo ambos se acercaban en un vuelo frenético hacia el barrio en llamas, perseguidos de cerca por un gran número de gárgolas. Los perdió de vista cuando descendieron en picado entre las llamaradas quietas del incendio provocado por Arador Sala treinta años antes.

La batalla de Rocavaragálogo no era la única a la que dama Desgarro prestaba atención. Una pequeña escaramuza estaba teniendo lugar bastante más al este, muy cerca del faro sobre el que ella flotaba. Y esa lucha también se estaba decantando claramente a favor del enemigo. El Lexel blanco y el hijo de Belgadeu estaban dando buena cuenta de los guardianes que habían dejado a cargo de la seguridad del faro. La magia del hechicero y la fuerza bruta de la criatura del nigromante estaban diezmado sin piedad a los suyos. Pronto el camino les quedaría expedito. Demasiado pronto para su gusto.

*Dentro de poco caerá la barrera del faro, dama Desgarro dio forma a ese pensamiento para luego transmitirlo al grupo del demiurgo. Preparaos como mejor podáis. La suerte, nos guste o no, está echada.*

La noticia fue recibida con pesar en las almenas. Sólo el Lexel negro pareció indiferente a ella. Contemplaba desde la distancia a su hermano, derribando sombras y esqueletos. La impaciencia le corroía. Ardía en deseos de enfrentarse con aquella parte escindida de él.

Medea, sentada junto a Sedalar, miró con preocupación a Laertes. El brujo maldito había extraído de su vaina el cuchillo con el que se practicaba las heridas rituales de las que se alimentaba su magia. La hoja estaba tratada para curar las heridas que abría casi al instante pero también para amplificar el dolor que causaba. La bruja le sonrió y notó cómo las punzadas con las que había cosido sus labios le tiraban de la piel. A continuación palmeó la mano del demiurgo y, tras un gesto de disculpa, se levantó y se fue.

Sedalar respiró hondo. Se sentía anestesiado pero, bajo la magia sedante, percibía las muertes de sus criaturas. No necesitaba contemplar la batalla para saber que las cosas no iban bien. Lo que antes había sido un goteo de bajas se estaba convirtiendo en una verdadera riada. Alzó la vista en busca de Medea. El efecto de la magia pronto pasaría y de nuevo quedaría expuesto al dolor. La vio al pie del almenar, trenzando frases con sus manos ante Laertes y Natalia. El brujo tradujo sus palabras a la muchacha que, tras dedicar una mirada al demiurgo, se aproximó a él. Se dejó caer a su lado, con las manos enlazadas alrededor de las rodillas recogidas.

—Por lo visto me toca hacerte de niñera, Bruno —dijo mientras señalaba a los brujos del almenar. Ambos habían comenzado a trazar extraños signos en la piedra. Laertes, antes de dibujarlos, se apuñalaba repetidas veces en la muñeca—. Estarás contento.

—Estaría contento si me llamaras de una vez por mi nombre —masculló.

Natalia le miró con el ceño fruncido y soltó algo semejante a un gruñido. El demiurgo suspiró, dejándola por imposible. Tomó el báculo a su espalda y se lo tendió.

—Usa la energía almacenada en él —le pidió—. No malgastes la tuya conmigo. Puede que la necesites más tarde.

La joven vaciló un instante, pero luego asintió con desgana, recogió el báculo y se lo colocó entre las rodillas.

La lluvia empapaba sus cabellos y los hacía brillar en un reluciente tono negro. Se quedaron en silencio, contemplando cómo los brujos malditos se preparaban para repeler el ataque enemigo. El Lexel negro no parecía tener intención de ayudarlos, se limitaba a permanecer inmóvil, mirando al este con expresión ausente.

Sedalar Tul sintió un latigazo en la boca del estómago. Se echó hacia delante, con los dientes apretados y un grito en la garganta. El hechizo sedante acababa de terminar y volvía a sentir en toda su intensidad la muerte de sus creaciones. Natalia dio un respingo, sorprendida por aquella repentina convulsión, pero no tardó en

reaccionar y lanzarle un nuevo sortilegio. El demiurgo se relajó al momento, aunque una gota de sangre resbaló de su fosa nasal hasta su labio.

—¿Por qué estamos haciendo esto? —preguntó Natalia—. ¿Cómo nos hemos metido en este jaleo?

—Un tipo gris nos trajo a Rocavarancolia —contestó él mientras trataba de recuperar el resuello—. ¿Te acuerdas? Era muy pintoresco y no dejaba de fumar una pipa apestosa.

—Bobo. No me refiero a eso —sacudió la cabeza—. ¿De verdad estamos intentando salvar esta ciudad después de todo lo que nos ha hecho?

—No hacemos esto sólo por Rocavarancolia —dijo él—. Es también por nuestros amigos. Y por nosotros mismos —se encogió de hombros.

—Pero por la ciudad también —insistió ella, luego suspiró, con la mirada perdida más allá de la Luna Roja—. El tipo gris tenía razón —dijo—. Éste es nuestro lugar. En eso no mintió. Nos guste o no, pertenecemos a Rocavarancolia.

—No —concedió él—. En eso no mintió.

Natalia se sumió en el silencio, un silencio meditabundo presintió Sedalar por el modo en que fruncía el ceño y se mordía el labio inferior.

—Lo que dije aquel día —comenzó la bruja—. Aquel día en el torreón cuando confesaste lo que sentías por mí. Quiero disculparme —se frotó la frente con una mano, como si quisiera borrar algo pintado en ella—. Quiero pedirte perdón. Fui demasiado cruel. Y lo fui a propósito. Intentaba hacerte daño, y no te lo merecías.

—No tienes que disculparte por eso —dijo él—. Héctor me lo explicó. No era el momento. Cometí un error.

El demiurgo alzó la mirada al cielo, con la esperanza de que la lluvia consiguiera paliar el repentino calor que sentía en las mejillas. Sus ojos se fijaron en la Luna Roja, en aquel astro siniestro que había sido pieza clave en todas sus aventuras en Rocavarancolia. Fue entonces cuando se dio cuenta:

—No es una luna —dijo y rompió a reír ante aquella súbita y absurda revelación—. ¡Maldita sea! ¡No es una luna!

—¿Perdona? —Natalia le miró de reojo.

Sedalar señaló hacia el cielo y el inmenso astro que lo dominaba.

—La Luna Roja no es una luna. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? —sacudió la cabeza—. Su órbita es demasiado excéntrica para ser un satélite.

—¿Te has vuelto loco?

—Sí, hace tiempo, pero que esté loco no significa que no tenga razón —rio otra vez—. No es una luna —dijo mientras se inclinaba hacia ella—. Es un cometa. ¿Lo entiendes? Es un cometa que una vez al año pasa junto a este mundo.

—Oh —Natalia alzó la vista y contempló la esfera enrojecida que desde hacía días campaba a sus anchas por los cielos—. Vaya —frunció el entrecejo—. Pero eso no

cambia nada, ¿verdad?

—No, no lo cambia —dijo, sin dejar de sonreír—. Pero es curioso cómo a veces se nos escapa... —se echó hacia delante, con la boca entreabierta y la mirada desorbitada por la sorpresa. Natalia debió pensar que el dolor le asaltaba de nuevo, pero con un gesto la contuvo cuando a punto estaba de lanzarle un nuevo hechizo... lo obvio —terminó—. A veces cuesta ver lo obvio aunque lo tengas delante —¿Cómo había podido ser tan estúpido? Metió la mano en su chaleco y sacó el medallón con la joya lunar—. Funciona perfectamente —anunció y, de pronto, se echó a llorar. No pudo evitarlo—. Funciona perfectamente —repitió aun a pesar de que sus dedos estaban en contacto con la piedra y no pasaba absolutamente nada—. No era el momento adecuado —Natalia lo miraba asombrada—. Sólo eso. No era el momento —las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas, tintadas de sangre—. Las joyas lunares no funcionan cuando la Luna Roja está en el cielo, ¿comprendes? La influencia de la luna anula su efecto...

—No es una luna —dijo la muchacha. Le temblaba la voz y quizá, si le hubieran preguntado el motivo de la honda emoción de la que era presa, no habría sido capaz de responder. La bruja alzó la mirada como si allí arriba, prendida en el cielo, hubiera una verdad absoluta y definitiva, una revelación tan maravillosa que una vez conocida nada podría volver a ser igual—. No es una luna, Sedalar. Es un cometa.



Había regresado. Harex había vuelto a la vida. Hurza contempló cómo su hermano se incorporaba en el altar; lo hizo con un movimiento brusco, casi mecánico, con la espalda y los brazos rígidos. A continuación sacudió la cabeza de un lado a otro, en una sucesión de violentos giros, como si pretendiera comprobar la resistencia de su cuello. Hurza había necesitado días para controlar el cuerpo de Belisario. Pero él no era Harex.

—Hermano —le llamó. Alzó una mano en su dirección. Descubrió que le temblaba y la bajó al momento. Harex detestaba las muestras de emoción.

El trasgo abrió la boca todo lo que daban de sí sus mandíbulas, fue un bostezo descomunal que mantuvo durante un largo minuto; en ese tiempo permaneció completa y absolutamente inmóvil. Una vez cerró sus fauces, se levantó de un salto que, de tan descoordinado, a punto estuvo de llevarle al suelo. Después se arrancó el cuerno del pecho y lo arrojó lejos, con desprecio, con rabia.

Miró entonces a Alastor, en un movimiento tan rápido que se escuchó el crujir de las vértebras del cuello. El inmortal retrocedió impresionado por aquella mirada y a punto estuvo de aplastar el cadáver del regente contra la pared. La atención de Harex

por el gigante apenas duró un segundo. Con la misma velocidad desencajada, giró la cabeza hacia Hurza.

—Eres pardo —dijo de pronto mientras lo observaba con fijeza demente. Al momento alzó las manos ante su cara, otro gesto mecánico y acelerado—. Y yo soy un trasgo —miró alrededor—. ¿Cuánto tiempo he estado ausente?

—Dos mil años —contestó Hurza—. Han pasado dos mil años desde que nos asesinaron.

Harex asintió, como si siempre hubiera formado parte de sus planes pasarse dos milenios muerto. Su nariz se contraía y distendía en un olfateo continuo, saboreando todos y cada uno de los olores que llegaban a él. Echó a andar hacia una de las grandes oquedades que se abrían en los muros y, cuando ya parecía que su intención era atravesarla, frenó en seco, se apoyó en la pared y asomó medio cuerpo fuera, ajeno a la tormenta.

El fundador del reino observó la batalla que tenía lugar a los pies de Rocavaragálogo. Durante un minuto recorrió con la mirada a las huestes de fantasmas, sombras, esqueletos y cadáveres que se enfrentaban en la llanura.

Luego, durante otro minuto, estudió el estado ruinoso en el que se encontraba Rocavarancolia. Ese tiempo le bastó para hacerse una composición general de lo que estaba ocurriendo, no necesitó más. Volvió dentro.

—El cuerpo que me has procurado está vacío de poder —anunció—. No hay rastro de magia en él. Sólo hambre.

—Es un trasgo joven —le explicó Hurza—. Por lo que sé todavía no ha tenido la oportunidad de alimentarse como es debido.

—Lo siento dentro —apuntó Harex con un gruñido—. Se niega a irse. No sabe que ya está muerto —se llevó una mano a la cabeza y la enterró en el pelambre enredado que era su cabello—. ¿Qué fue de Icaria? —ese era el nombre de la mujer que confabulada con el primer Consejo Real había vertido en su oído el veneno que acabó con su vida.

—Lleva siglos reducida a polvo —contestó Hurza—. Ignoro cómo murió. En el tiempo que llevo aquí no he podido averiguarlo.

Harex asintió.

—Más tarde la traerás de regreso con la resurrección breve. Quiero despedazarla y obligarle a comerse sus propios miembros —soltó otro gruñido antes de continuar—: Este cuerpo está hambriento. Necesito carne. Necesito mi magia de regreso.

—Tengo dos cosechados dispuestos para tal contingencia —señaló Hurza—. Puedes servirte de uno como te plazca, al otro lo necesitaremos vivo si queremos que sigan abriéndose vórtices.

—Vivo no significa necesariamente entero —dijo Harex. Antes de ponerse en camino y seguir a su hermano, miró otra vez por la ventana—. No queda nada de la

gloria que nos robaron —murmuró—. ¿Esto es lo que han logrado en dos mil años? ¿En esto han convertido nuestro legado?

—Fueron grandes durante un tiempo. Un reino conquistador y temible. Al final sucumbieron.

—Al final todos sucumbimos. Es ley universal —dijo Harex—. Pero nosotros siempre regresamos, da igual lo profundo que nos entierren, siempre encontramos el camino de vuelta —se llevó la mano al vientre e hizo una mueca espantosa—. Guíame a tus cosechados. No he vuelto a la vida para morir de hambre.

\* \* \*

La estancia quedó en calma una vez los dos hermanos, seguidos por Alastor, la abandonaron. Durante unos instantes, los únicos movimientos allí fueron el de la sangre al gotear del altar y el de la sombra del cadáver de Huryel, agitada por el resplandor de los relámpagos.

De pronto del grimorio de Hurza comenzó a desprenderse una fina columna de polvo. Lo hacía despacio, muy despacio. Se deslizó por el cráneo y el tronco de la estalagmita que servían de atril al libro para ir acumulándose en el suelo. Enoch se había puesto en marcha. Cuando el vampiro logró que todo su ser hubiera abandonado el libro hizo rodar la infinidad de partículas que lo formaban hacia el regente muerto. Seguía mermado por el agotamiento pero se negaba a desaprovechar aquella oportunidad.

Las joyas de la Iguana lo llamaban. A él, al sucesor de Esmael en el cargo de Señor de los Asesinos.

Tras lo que al vampiro se le antojó una eternidad llegó hasta Huryel. Trepó por la mano del cadáver y se deslizó bajo los anillos. El brazo del regente dio una sacudida y luego otra, aún más brusca. A continuación, los anillos resbalaron fuera de la mano muerta. No llegaron a caer, los dedos de carne y hueso que los habían portado durante tantos años habían sido sustituidos por dedos fantasmales que flotaban en el aire. Por un instante dio la impresión de que un guante negro estaba tejiéndose desde la nada. Y justo cuando comenzaba a nacer un antebrazo de él, la capa movediza de polvo que se desperdigaba alrededor del cadáver se precipitó sobre el resto de joyas. Con cada nueva pieza que aquellos tentáculos granulados sustraían al cadáver más realidad ganaba la forma polvorienta que se cernía sobre éste. Pronto una silueta ya reconocible se alzó en la estancia.

Dos manos brumosas tomaron la última pieza de las joyas de la Iguana: la tiara que Hurza no había podido arrebatarse de la cabeza de Huryel. A continuación, con pausada solemnidad, el vampiro resucitado se coronó con ella.



No estaba completo. Donde debían estar sus ojos se abrían dos cuencas vacías, dos siniestras oquedades negras. El nuevo regente de Rocavarancolia siseó rabioso. No le hacían falta ojos para ver. No los había necesitado cuando no era más que polvo y ahora que había recobrado su cuerpo tenía la magia para sustituirlos. El vampiro ciego miró en dirección al pasaje por donde los fundadores del reino se habían marchado.

\* \* \*

Las sombras y los espantajos de hueso que custodiaban el faro fueron derribados sin piedad del cielo. Sus órdenes habían sido las de resistir durante el mayor tiempo posible, pero, a pesar de su número, el hechicero y el engendro del nigromante no tardaron mucho en barrerlos por completo. La última onyxe cayó destrozada justo cuando las gárgolas que habían abandonado la batalla para unirse a ellos llegaban a las inmediaciones del faro.

Su siguiente objetivo fue el campo mágico que rodeaba el edificio. Y no tardaron mucho en darse cuenta de que sería un enemigo más duro de batir que el pequeño ejército que lo había protegido.

El Lexel blanco descargaba hechizo devastador tras hechizo devastador y lo único que conseguía era ennegrecer la barrera. Las gárgolas colaboraban como podían en su destrucción; algunas la golpeaban con sus zarpas mientras otras trataban de echarla abajo a cabezazos y mordiscos. El hijo de Belgadeu se encaramó a aquella estructura invisible y, tras quitarse los guantes fabricados con la piel del ángel negro y atarlos en una de sus costillas, comenzó a golpearla con tal salvajismo que a cada golpe nacía una intrincada red de grietas bajo sus puños.

Dama Desgarro los observaba desde el cielo, oculta a sus ojos, sin la menor intención de intervenir. La barrera cada vez estaba más dañada, pero había logrado su propósito: frenar al enemigo. Pronto todos los que se ocultaban en el faro estarían muertos. Lo habían sabido desde el principio y habían aceptado su destino con valentía. No les importaba morir por Rocavarancolia.

En la llanura de Rocavaragálo la batalla arreciaba. Las hordas de Sedalar comenzaban a retroceder, superadas por la ferocidad de los fantasmas y las tropas de Hurza. Aquella batalla pronto llegaría a su fin. Sacudió la cabeza, el Lexel negro se había equivocado: ni siquiera la desesperación les había dado opción aquella noche. Mientras intentaba dirigir a sus cada vez más mermadas fuerzas, dama Desgarro fue testigo de cómo uno de los gigantes de hueso se derrumbaba. Aquel coloso no había sido víctima de la batalla, simplemente el tiempo de vida que le habían concedido había terminado. El hechizo del demiurgo comenzaba a extinguirse.

Poco después de que el gigante se viniera abajo, dama Desgarro notó cómo la protección mágica del faro recibía un impacto tan terrible que una gran porción de la misma estalló hecha añicos.

*Que los dioses de la oscuridad os protejan*, transmitió a las mentes de los que se encontraban en la cúpula. *Que vuestra muerte sea rápida y vuestro descanso eterno*.

El Lexel blanco entró como una exhalación a través de la brecha, seguido de cerca por una avalancha de gárgolas. El hechicero estaba preparado para un recibimiento hostil.

Probablemente su hermano estaría ahí dentro y, a pesar del odio cerval que sentía por él, no debía dejarse distraer de su objetivo principal.

Atravesó la pared del faro, sin hacerse intangible, simplemente la derribó con un hechizo de impacto que prolongó después al interior. Sus ojos recorrieron frenéticos la estancia en busca del demiurgo. Tuvo una vislumbre de una figura tocada con gabán y chistera y hacia allí enfocó su hechizo. De pronto se detuvo, perplejo.

Ante él estaba uno de los ancianos decrepitos del Panteón Real. Llevaba puesto un abrigo verde que le estaba demasiado grande y una chistera que le iba demasiado pequeña. El viejo le dedicó una carcajada burlona mientras le hacía una reverencia con su sombrero. Otra figura dejó caer la máscara de yeso que cubría sus rasgos para mostrarle el rostro desgastado del viejo que se había atrevido a retar a Hurza a un duelo. Allí estaban también los tres guerreros de cráneo tatuado y la mujer gigante de un solo brazo.

—¡Qué inesperada visita! —rio Sexto Cala—. Oíamos llamar a la puerta pero no nos atrevíamos a abrir. En esta noche tan desapacible cualquiera sabe con qué alimaña puede encontrarse uno.

—Bastardos —escupió el Lexel blanco. Le habían burlado. Y ellos habían caído en la trampa.

—¡Contén tu lengua, miserable! ¡Hay una dama presente! —exclamó Argos, desenvainando su arma con poco arte y dirigiéndose hacia él—. Te reto a duelo singular, despreciable ente. Que tu espada se mida a la...

—¡Bastardos! —aulló el hechicero. Alzó una mano, invocó un relámpago y voló en pedazos al anciano que se aproximaba.

\* \* \*

—Han escapado —anunció Hurza.

El Comejos contempló el cuerpo caído de Solberino y las cadenas y grilletes desperdigados en la galería. Gruñó contrariado. No era así como debían desarrollarse los acontecimientos. Importaba bien poco lo controlada que creyera tener la

situación, Rocavarancolia siempre encontraba la manera de sorprenderlo con un nuevo quiebro.

Harex no hizo ningún comentario ante aquel inesperado revés. Se limitó a acuclillarse ante el naufrago y observarlo con atención.

—Un vampiro se ha dado un festín con él, aunque no lo ha vaciado por completo —dijo—. Sigue vivo —se encorvó hacia delante, hasta casi pegar su hocico al pelo pajizo de Solberino—. ¿Es de los tuyos? —quiso saber. Sus intenciones resultaban más que evidentes, sólo había que ver el brillo hambriento de sus ojos.

Hurza asintió.

—¿Te une algún lazo especial con este hombre o puedo disponer libremente de su carne? —preguntó entonces Harex.

—Me ata una promesa —dijo—. Le prometí destruir Rocavarancolia y él juró servirme en todo lo que le ordenara. Hasta ahora había cumplido bien con su deber.

Aguarda un momento —le pidió—. La vampira y su amigo no pueden estar lejos.

—Iré a por ellos, Hurza —se ofreció Alastor. Nada le gustaría más que volver a poner sus manos en aquel muchacho. Había disfrutado arrancándole las alas. Mientras lo hacía no dejaba de pensar en Esmael, en la despreciable criatura que le había decapitado treinta años antes.

—No será necesario —dijo el Comejos—. Todavía están en Rocavaragálago. Y eso significa que continúan en nuestro poder —alargó un brazo y apoyó la mano en la piedra rugosa. Al instante sintió cómo la roca respiraba contra su piel. Cerró los ojos y la catedral se los mostró en la mente.

Ambos muchachos avanzaban por las entrañas del edificio, en busca de una salida. Habían llegado a las plantas intermedias pero allí se habían perdido en el intrincado laberinto de pasajes y estancias. El ángel negro apenas podía mantenerse en pie y avanzaba ayudado por la joven. Hurza cortó el ramal descendente en el que acababan de adentrarse. Hizo exactamente lo mismo que había hecho con el trago: con un simple pensamiento levantó un muro donde antes no había nada. La pareja se topó con la pared de cráneos, la tomó por un callejón sin salida y se giró. Al hacerlo, la trampa se selló en torno a ellos.

Hurza comenzó a mover la prisión. La celda se desplazaba despacio a través de la piedra. La vampira destrozó a golpes uno de los tabiques y se encontró con el mismo cubículo que acababa de abandonar. La escuchó gritar de pura frustración. El ángel negro miraba en todas direcciones, demasiado aturdido como para suponer un problema. Cuando apenas quedaban unos metros para hacerles desembocar en el mismo pasillo del que habían escapado, Rocavaragálago mostró, de pronto, otra imagen en su mente. Hurza contempló la estancia en la que habían traído a Harex a la vida. Allí una sombra iba tomando forma junto al cuerpo del regente; por un instante la tomó por una de las onyces de la bruja, pero éstas no podían traspasar los muros de

Rocavaragálogo. Poco a poco aquella silueta fue ganando en detalle. Intentó enfocar mejor la figura en su mente y, al hacerlo, descubrió que llevaba las joyas de la Iguana. Luego el rostro de una criatura a la que creía muerta se dibujó en lo que hasta unos segundos antes no había sido más que una nube de polvo.

—Enoch... —susurró, pasmado—. Enoch el Polvoriento.

El vampiro pareció reaccionar a su nombre. Miró hacia la galería donde se encontraban y, de pronto, se movió hacia allí, con tal celeridad que se convirtió en una estela oscura, en un relámpago de tinieblas que volaba en su dirección.

Hurza se adelantó para interceptar al vampiro que ya llegaba. Su hermano era extremadamente frágil en aquellos momentos, tan vulnerable como un recién nacido hasta que no recobrara su magia. Alastor se giró sorprendido, primero por el rápido movimiento del Comeojos y, segundo, por la repentina corriente de hechicería que llegaba del pasaje. Una ola de oscuridad se les venía encima y en ella creyó distinguir un rostro brumoso.

—¡Mis ojos! —escuchó gritar—. ¡Te comiste mis ojos!

El choque fue brutal. Alastor retrocedió varios pasos, arrastrado por la onda expansiva y por su devastador miedo a la muerte. Levantó y sacudió sus muchos brazos ante él, como si pudiera protegerse así de aquella magia salvaje.

Harex, en cambio, ni se inmutó. No varió ni un ápice su postura. Continuó en cuclillas, olfateando a Solberino mientras le acariciaba el pelo. No se movió ni siquiera cuando su hermano interceptó el sinfín de hechizos asesinos que volaban hacia él.

Hurza intentó asir los brazos del vampiro rabioso. Tenía que alejarlo cuanto antes de Harex. Enoch se defendió con una rabia desmedida aunque sin muestra alguna de control. Las joyas que portaba habían multiplicado su poder, pero su cerebro era incapaz de coordinar y asimilar toda aquella fuerza. Su mente bullía de posibles hechizos e intentaba ejecutarlos todos sin solución de continuidad, tan rápido que la mayoría se malograba.

El Comeojos y el vampiro salieron catapultados hacia delante. Chocaron con la pared de Rocavaragálogo, la hicieron pedazos y se perdieron en la noche como meteoros gemelos.

Harex seguía sin prestar atención al mundo. El rey resucitado acarició la barbilla del naufrago, lo hizo con delicadeza, con ternura. De pronto Solberino abrió los ojos. Seguía medio inconsciente, demasiado débil por la pérdida de sangre. Parpadeó al distinguir la forma borrosa de alguien inclinado hacia él. Trató de hablarle, de decirle que la vampira y el ángel negro habían escapado, pero la inconsciencia lo reclamó de nuevo. Se soñó de regreso a los barcos de la bahía. Las aguas burbujeaban y un sinfín de tentáculos rompía su superficie. Ella llegaba.

—Quiero que sepas que hago mía la promesa dada por mi hermano —dijo Harex, sin dejar de acariciar aquella carne pálida. Su tacto le hacía estremecerse—. Te doy mi

palabra de que haré lo imposible por arrasar esta ciudad. Hurza asegura que le has servido bien —desnudó sus colmillos, relucientes de saliva. Tras ellos una lengua negra y agrietada palpitaba, anticipando el festín—. Ahora soy yo quien te necesita —anunció.

Acto seguido se abalanzó sobre el náufrago.

\* \* \*

La delirante prisión que los estaba arrastrando por Rocavaragálogo se detuvo de pronto. Lo hizo de forma tan brusca que Marina cayó desequilibrada sobre Héctor y ambos acabaron rodando por el suelo, la una sobre el otro. El muchacho sintió cómo las heridas abiertas de su espalda se desgarraban al rozar contra el piso.

—Vale... —murmuró Marina, enredada entre sus piernas—. ¿No estamos acelerando mucho las cosas?

La joven le tendió una mano para ayudarlo a incorporarse. Héctor tomó aliento. La trampa de cráneos había desaparecido, pero no se encontraban en el mismo pasaje donde aquella cosa los había atrapado: estaban en un corredor estrecho, con las paredes recubiertas de lo que parecían venas pétreas.

Héctor casi no tenía fuerzas ni para respirar. Marina le pasó el brazo por la cintura y miró a ambos lados del pasillo.

—¿Y ahora por dónde? —preguntó.

El ángel negro se encogió de hombros, avivando sin querer el dolor de su espalda. Daba igual qué dirección tomaran. Tenía claro que sólo un golpe de suerte podría sacarlos de Rocavaragálogo. Marina miró dubitativa tanto a un extremo como al otro y maldijo en voz baja. Al final escogió el ramal de la izquierda.

Caminaban despacio, alerta. Tras unos minutos de tenso vagar por el caos de corredores fueron a parar al nacimiento de una galería de encadenados. No era la misma donde habían estado prisioneros, en las paredes que tenían ante ellos podía verse un entramado venoso similar al que habían contemplado poco antes. Marina miró interrogativamente a Héctor y éste señaló en dirección al pasaje. La vampira asintió, le hizo un gesto indicándole que aguardara y se separó de él. Héctor apoyó las manos en sus pantorrillas e intentó calmar su agitada respiración.

Vio cómo Marina se adentraba en el corredor; los cosechados alzaron sus cabezas borrosas pero, para alivio de Héctor, el tintineo de sus cadenas fue tan leve que quedó tapado por los sonidos de fuera. Aun así, la muchacha permaneció inmóvil unos instantes, vigilante. Luego llegó hasta el punto donde la galería se curvaba y miró con precaución al otro lado. Poco después retrocedió sobre sus pasos y regresó junto a Héctor.

—Lleva al altar —le informó en un susurro—. Mira tú qué gracia. Hemos vuelto a la casilla de salida. La buena noticia es que está desierto.

—Las ventanas... —dijo Héctor.

—No podemos escapar por ellas —le advirtió Marina—. Así que si estás pensando escalar la fachada, quítate esa idea de la cabeza.

—Sólo quiero echar un vistazo fuera. Tenemos que averiguar qué está pasando.

Ella le miró sombría. Se encogió de hombros y pareció darse por vencida.

Avanzaron por el pasadizo entre los despojos encadenados que una vez habían sido seres vivos. Pronto alcanzaron la estancia del altar. Héctor se estremeció al contemplarlo de nuevo. Allí habían intentado matarlo, allí le habían arrancado las alas. La sangre brillaba todavía fresca en la piedra. Aguardaron unos instantes en la arcada que comunicaba con la sala. Demasiados pasillos iban a desembocar allí como para estar seguros de que no iban a ser descubiertos en cualquier momento. A pesar de todo echaron a andar hacia la oquedad más cercana; era un óvalo perfecto, de metro y medio de alto y casi uno de ancho en su ecuador. A través de él fueron testigos de la locura que se había apoderado de Rocavarancolia. Sus bocas dibujaron un gesto de sorpresa gemelo. Costaba asimilar qué estaban contemplando. Sombras y titanes de hueso, muertos revividos, estatuas, gárgolas y una multitud de siluetas luminosas combatían allí abajo. Héctor creyó estar de regreso en la torre de Ataxia, donde dama Sueño había revivido para él la batalla que terminó con Varago. Marina, a su lado, contemplaba igual de asombrada aquel pandemonio.

No era un coloso fabricado con edificios a lo que había dado vida Sedalar Tul: había creado todo un ejército.

—La cicatriz de Arax... —murmuró Héctor—. Ese loco ha levantado la cicatriz de Arax.

Marina torció el gesto. Su nariz se agitaba en un frenético olfateo. Héctor la miró y vio cómo sus labios formaban claramente la palabra «sangre» sin llegar a pronunciarla. Él miró hacia el altar y ella negó con la cabeza. No se refería a ésa. «Recién derramada», dibujaron sus labios. Le hizo de nuevo el gesto para que aguardara y se acercó con cautela a uno de los pasadizos que partían de la sala. Tras un instante de duda, Héctor fue tras ella, a apenas un paso de distancia.

Del corredor hacia donde se dirigían llegaba un sonido luctuoso y desagradable. Era el ruido de un animal al masticar, un ruido frenético, nauseabundo.

La vampira se detuvo en la arcada del pasadizo. En la curva de la galería se agazapaba una silueta oscura, poco más que una sombra. De ahí procedía el continuo rasgar de carne, de rotura de cartílagos y el enervante sonido de una mandíbula que más que masticar trituraba. Era Darío. Darío estaba devorando a uno de los cosechados. Marina se llevó una mano a la boca y dio un paso atrás. Héctor retrocedió con ella.

El aturdimiento de contemplar aquella monstruosidad, el caos de la batalla y una serie prolongada de truenos les impidió escuchar a tiempo el ruido de engranajes mal ajustados que tuvo lugar a su espalda. Cuando Héctor se giró, alertado por un repentino cambio de luz, ya era tarde. Vio la mole de Alastor cerniéndose sobre ellos y, acto seguido, algo explotó contra su mandíbula inferior. Cayó a plomo al suelo. Y habría perdido la consciencia de no ser por lo que ocurrió después. Alastor, en un movimiento paradójicamente hermoso, atravesó a Marina de parte a parte con una espada de filo serrado. A continuación, con una sacudida salvaje, lanzó el cuerpo de la vampira hacia el altar. Marina chocó contra la piedra y se derrumbó desmadejada en el suelo.

Héctor rechazó el desmayo. Se levantó como pudo y saltó hacia el gigante de metal mientras intentaba afilar las alas que aquella misma criatura le había arrancado. Alastor le recibió con una brutal carcajada y un golpe de hacha que se hundió en su hombro y le cortó hasta la clavícula. Héctor cayó de nuevo. El mundo daba vueltas a su alrededor. Vio las calaveras que rodeaban la cintura de Alastor y tuvo la impresión de que todas ellas se burlaban de él.

Héctor volvió a levantarse. Y nada más recuperar la vertical, Alastor le empotró contra el suelo con el potente golpe de una maza claveteada que le destrozó el mismo hombro herido por el hacha.

Marina se convulsionaba junto al altar. La sangre robada al naufrago escapaba a borbotones de su cuerpo roto. El inmortal reía a carcajadas mientras veía cómo el ángel negro se levantaba y se abalanzaba otra vez contra él. A Héctor le sostenía la furia, pero aquella rabia era inútil sin una fuerza mínima que la respaldara y él estaba más allá del agotamiento. Alastor le mandó de regreso al suelo con un tajo brutal en el pecho.

—¡Respeto! —le gritó—. ¡Eso me tenías que haber mostrado! ¿Te crees mejor que yo? ¡Mírate! —exclamó—. ¡No eres nada a mi lado! ¡Eres un insecto! ¡Un parásito!

Héctor no escuchaba. Lo único que oía era un rugido constante, un sonido brutal que le empujaba a atacar una y otra vez. Alastor recibió una nueva embestida del muchacho con un potente golpe en pleno rostro que lo arrojó contra una pared. Cuando el ángel negro intentaba levantarse por enésima vez, harto ya del juego, hundió su pezuña hendida en la espalda del joven. Héctor sintió cómo su espinazo se quebraba, braceó en medio del dolor e intentó levantarse, pero ni el gigante apartaba la pezuña de su espalda ni sus piernas respondían a sus requerimientos.

Harex apareció por una de las arcadas. Tenía la cara manchada de sangre y jirones de carne, además de una expresión de satisfacción absoluta. No le había bastado con el naufrago, el apetito del cuerpo que vestía no había quedado satisfecho hasta que no hubo devorado media docena de cosechados. Pero el hambre se había desvanecido y, en su lugar, sólo quedaba el poder. El vehículo que le habían procurado era digno de

su valía, sin duda. La esencia del muchacho era magnífica. Y como muestra de ello allí, en lo más profundo de su ser, permanecía viva una chispa de la identidad del niño, horrorizada por la carnicería que acababa de cometer su cuerpo.

—¿Harex? —le llamó Alastor, todavía aplastando contra el suelo al ángel negro.

El hechicero resucitado no prestó atención a su requerimiento. Se limitó a atravesar la estancia como si ésta estuviera desierta y alejarse caminando en la noche tras dejar atrás una de las oquedades del muro.

—Algún día él también caerá —gruñó Alastor al verlo marcharse, enfurecido por semejante desprecio—. Algún día... —sacudió su inmenso corpachón y redobló la fuerza con la que aplastaba a Héctor—. Pero ahora es tu turno, sabandija. Esto es lo que pasa cuando le faltas al respeto a quien no debes.

Héctor braceaba en el suelo, desesperado. Sus dedos se toparon de pronto con la guarda de un arma. Alargó el brazo todo lo que pudo y la atrajo hacia la palma de su mano con la yema de los dedos. Luego la empuñó. Y al momento la espada salió despedida hacia delante, arrastrándolo con ella. El filo se hundió en uno de los cráneos que adornaban la cintura de Alastor, penetró con toda limpieza por la mandíbula entreabierta y Héctor sintió cómo atravesaba algo allí dentro. Al instante el cuerpo que le aplastaba dejó de presionar, quedó laxo, inerte. Héctor vio cómo la hoja que empuñaba se iba manchando de sangre.

La cabeza de Alastor no había estado protegida en el casco que coronaba su mole, comprendió, había estado oculta tras aquella calavera. Y el arma que empuñaba era la espada de Darío.

La dejó caer. Los dedos le ardían. Algo le estaba ocurriendo. Un calor tremendo comenzó a irradiarse por todo su cuerpo, de adentro afuera. Corrientes de energía desmedida fluían por sus terminaciones nerviosas y mordían sus venas. Héctor se encorvó en el suelo y aulló, sacudido por fuerzas más allá de su comprensión mientras el corazón se le disparaba en el pecho; pero no era sangre lo que bombeaba en su organismo: era poder.

Los ángeles negros necesitaban robar vidas para ser capaces de hacer magia.

Y él acababa de asesinar a un inmortal.



Dama Serena había regresado al salón del trono. Al punto exacto donde había encontrado, meses atrás, a Su Majestad Maryalé, el hombre que la había condenado a una eternidad de sufrimiento, regresado a la vida por obra y gracia de un hechizo de Esmael. Desde allí, la fantasma contemplaba las últimas embestidas de la batalla.

Los titanes de hueso se desmoronaban, sin que en la mayoría de casos las fuerzas



de Hurza tuvieran algo que ver en su desplome. El hechizo del demiurgo se extinguía, dejando tras él un caos de huesos revueltos. Las onyces se batían en retirada como pendones de un ejército vencido arrastrados por el viento. Las huestes del nigromante deambulaban desorientadas al no encontrar enemigo al que enfrentarse; los fantasmas continuaban con su danza frenética y sus alaridos entre los restos.



—Oh. Qué gran victoria habría sido ésta de haberse producido —murmuró el Lexel negro mientras sacudía la cabeza—. Qué de historias y leyendas habrían nacido a nuestro alrededor. Ahora sólo queda vender lo más cara posible nuestra derrota —y añadió con amargura—: Otra vez.

Sedalar sintió venirse abajo a la última de sus creaciones y, con ese estertor, todo terminó. El ejército que había sacado de la cicatriz yacía desparramado ahora por la llanura; la mitad de sus efectivos habían caído al extinguirse el hechizo de vida que los animaba, pero Sedalar no se engañaba: la derrota había sido inevitable; la llegada de las hordas fantasmales había puesto fin a sus opciones de victoria.

Se forzó a respirar despacio, con la vista fija en las puntas de sus botas. Era consciente de la presencia de Natalia a su lado; persistían todavía los efectos del último hechizo sedante que le había lanzado, como un cálido abrazo dado desde la distancia.

La miró de soslayo y, al momento, sintió una nueva punzada en su interior que nada tenía que ver con el dolor. La bruja tenía la vista perdida en el infinito y una expresión sombría en el rostro que la hermanaba con las onyces que dominaba. Era la viva imagen de la derrota, del desamparo. Verla así le destrozó. La amaba, y le importaba bien poco no ser correspondido, la había amado aun antes de saber que lo que sentía por ella tenía un nombre, la había amado sin esperanza. Y no le había importado hacerlo. El hecho de que él pudiera amar era un milagro que tenía sentido por sí mismo, una muestra de que la magia del universo podía estar presente en todos y cada uno de los seres que lo habitaban.

Y le había llamado Sedalar. ¿Acaso eso no significaba algo?

Apartó la mirada de la joven para contemplar el medallón que tenía entre las manos, reluciente por la lluvia. Ahí estaba su triunfo, pensó, sumido en el desaliento, porque aquella victoria, en definitiva, no significaba nada. Sus amigos no tendrían oportunidad de volver a ser humanos; iban a morir, asesinados por las criaturas oscuras que habían sumido Rocavarancolia en el caos. Y aunque no le costaba ningún esfuerzo aceptar la idea de su propia muerte, no ocurría lo mismo con la de ellos; su mente se rebelaba ante esa posibilidad, se le antojaba inconcebible. Sedalar Tul se

negaba a creer que todo el sufrimiento y el dolor de los últimos meses hubieran sido en vano.

Dama Desgarro anunció su llegada en sus cabezas unos segundos antes de aterrizar en lo alto de la torre. La comandante de los ejércitos del reino parecía tan derrotada como Natalia. Tan derrotada como Rocavarancolia.

—Los han matado a todos —anunció con pesadumbre—. Al menos ha sido rápido.

—Pronto correremos su misma suerte —murmuró Laertes.

Y fue entonces cuando Sedalar lo decidió. Se puso en pie, de forma tan brusca que se tambaleó y tuvo que apoyar la espalda contra el muro. Natalia se levantó tras él, temerosa tal vez de que pudiera precipitarse al vacío.

—¿Qué haces? —preguntó mientras le agarraba de la cintura—. ¿Dónde crees que vas?

—No pienso rendirme —le anunció. Se acercó a ella, necesitaba verse reflejado en sus ojos y contemplar así al extraño que había llegado desde la Luna Roja para sustituir a Bruno—. Me niego a rendirme —repitió.

Antes de que ella pudiera replicar, escapó de su abrazo y se acercó al almenar. Dama Desgarro le contempló pasar con el ceño fruncido. Treinta años antes había visto aquella misma fiera determinación en el rostro de otra persona: un rey que había decidido morir empuñando por última vez su espada. Los brujos malditos interrumpieron los hechizos de protección y respaldo que preparaban para mirar al demiurgo.

—Vamos a intentarlo de nuevo —les informó éste.

—¿Perdona? —Natalia le tomó del antebrazo y le obligó a girarse hacia ella—. ¿Que vas a intentar qué?

—Voy a darles vida otra vez. A todos los que pueda —apuntó Sedalar—. Y no será un préstamo en esta ocasión. Voy a anclar el hechizo de vida en ellos.

—¡No puedes hacerlo! ¿Tú te has visto? ¡Estás demasiado débil!

—Lo sé —admitió.

Medea se perdió en una serie de gestos rápidos, movimientos convulsos de dedos y manos que Laertes tradujo para ellos:

—Será imposible ocultar el rastro mágico en esta ocasión, no en su totalidad al menos —le explicó—. Los hechizos disipadores que anclamos en el almenar están casi agotados. Darán con nosotros en cuanto comiences. Y Medea y yo necesitaremos todo nuestro poder para contenerlos. No podremos velar por ti.

—No os preocupéis —dijo él. Contaba con eso—. Vosotros seguidme todo el tiempo que seáis capaces —luego se giró hacia Natalia. Mirarla esta vez le costó un gran esfuerzo—. Tienes que irte —le pidió y la voz se le estranguló en la garganta al decir aquello—. No puedes estar aquí cuando lleguen.

—¿De qué estás hablando? —preguntó la bruja. Le miraba con profunda suspicacia—. Me necesitas y lo sabes. Si te empeñas en continuar con esta locura, necesitarás a alguien que te cure y ya has oído que ellos no podrán hacerlo —agitaba el báculo como si estuviera tentada de golpearle con él.

—No —contestó Sedalar—. Tienes que irte. Porque no podré hacer lo que debo si te quedas.

Natalia sacudió la cabeza, como si no hubiera oído bien. Iba a volver a replicar, pero el Lexel negro la interrumpió:

—El muchachito quiere salvarte —le explicó con dejadez. No miraba hacia ella, miraba hacia el faro. A pesar de la distancia, era capaz de ver a su hermano allí. Estaba agazapado en la cúpula oteando la ciudad en su búsqueda—. Y no podrá hacerlo si te quedas porque nadie va a salir vivo de esta torre.

—¡No! —exclamó Natalia, con los ojos muy abiertos. Sedalar apartó la mirada de ella y ese gesto bastó para confirmar lo que acababa de decir el Lexel—. ¿¡Te has vuelto loco!? —le tiró de la manga para obligarle a mirarla—. ¡No ha funcionado antes! ¿Por qué va a ser diferente ahora? ¿Vas a morir para nada? ¿Es eso? ¿Quieres suicidarte?

—No —contestó—. Quiero vivir. Ahora que sé lo que es, quiero vivir. Pero si tengo que escoger entre mi vida y la vuestra... —se encogió de hombros—. Prefiero morir pensando que os estoy dando una oportunidad, aunque sea mentira y me esté engañando.

—Yo os libraré de mi hermano, demiurgo —dijo el Lexel—. Lo apartaré de la lucha y dirimiremos nuestras diferencias lejos de aquí.

—No voy a irme —dijo Natalia, rotunda, después de mirar al hechicero como si aquella interrupción hubiera sido la peor de las herejías que nadie pudiera cometer—. Me da igual lo que digas. No voy a irme.

—Lo harás. Y no porque yo te lo pida. Lo harás porque es lo único razonable que puedes hacer —le tendió el colgante con la joya lunar, la joya meteórica, se corrigió al pensarlo—. Guárdalo. Si todo sale bien, os será útil cuando todo acabe.

Ella no cogió el colgante, se limitó a mirarlo como si le estuviera ofreciendo el pellejo de una criatura nauseabunda. Él la tomó de la mano y dejó caer la joya en su palma. Los dedos de la bruja se crisparon sobre el talismán. No dejaba de mirarlo.

—No pienso irme —repitió.

—Quedándote no me salvarás —le aseguró Sedalar.

La muchacha tardó unos instantes en responder, y cuando habló, lo hizo con rabia:

—¿Y qué más da si me quedo o no, si al final todos vamos a morir? —preguntó—. Lo dijiste tú, ¿recuerdas? Dijiste que no existen los finales felices, que nadie te cuenta que al final todos mueren... Me diste mucho miedo esa noche.

—No fui yo quien dijo eso, Natalia —se apresuró a decir él—. Fue Bruno. Y tienes que perdonarle, por favor. Porque no es verdad... no es verdad.

—¡Claro que es cierto! ¡Estoy harta de ver morir a mis amigos!

Sedalar se adelantó un paso y la aferró de los antebrazos.

—Bruno no sabía lo que decía —insistió—. ¿Qué podía saber ese desdichado de finales felices? —la voz le temblaba—. Nada. No sabía nada. La felicidad es estar aquí y ahora, bajo la lluvia, mirándote a los ojos. La felicidad es tener un corazón capaz de amar. Es saber que has sido importante para alguien... Que de algún modo, en algún momento, has marcado la diferencia. Y la muerte no es nada en comparación con esos momentos.

Natalia se le quedó mirando, sin nada que decir. Luego hizo lo impensable: se acercó a él, con el ceño fruncido y la expresión sombría. Le tomó de la nuca con ambas manos y le besó en los labios. Fue un beso torpe, brusco, un beso repleto de dolor y angustia, un beso a las puertas de la muerte. Él respondió con más torpeza si cabe. Nunca había besado a nadie. Ni siquiera sabía cómo hacerlo.

Y aun así fue el mejor beso del mundo.

Natalia se apartó, sin mirarle, aferrada con fuerza al báculo.

—Éste era mi final feliz, ¿comprendes? —le dijo Sedalar Tul, atragantado por la más radiante emoción que hubiera sentido nunca—. Éste era mi final feliz —repitió—. Y ni siquiera la muerte podrá arrebatármelo.

## XXIV

### «¡Alzaos!»

En la Rocavarancolia soñada todo era quietud. Ni un soplo de viento hollaba la tranquilidad, ni el sonido más leve se escuchaba en la ciudad de dama Sueño. Los edificios destellaban al sol, sublimes y perfectos. El lugar entero respiraba paz. La hechicera se encontraba sentada en un banco de piedra junto al arco del triunfo que conducía a la ciudad. Contemplaba el cielo, era un cielo nuevo, recién creado, de un azul portentoso.

Al otro lado de ese cielo, al otro lado del sueño, la batalla ya debería haber terminado. De haber querido, dama Sueño habría podido asomarse a la vigilia y comprobarlo, pero no se atrevía a hacerlo. Era tan alta la probabilidad de que algo hubiera ido mal, que le daba miedo verlo.

Una pequeña réplica de sí misma se materializó en el sendero. La niña venía cantando una canción, bailoteando con sus pies descalzos.

—Caminamos en el lado equivocado de la medianoche —cantaba—, perdidas en el olvido de los que nunca fueron, en las canciones que nadie cantó... en los sueños que nadie soñó.

Llegó hasta ella y tras dedicarle una sonrisa perfecta le tendió sus pequeñas manos. Las de la dama Sueño anciana se crisparon sobre su falda.

—Es la hora —dijo la niña, en tono sereno—. No podemos demorarlo más.

—Pero ¿y si no acude? —preguntó la anciana con voz temblorosa. Parecía que se habían intercambiado los papeles y que ella era la niña angustiada y la pequeña la adulta sensata—. Puede que haya muerto.

—Entonces todo estará perdido —sentenció su réplica—. Harex conquistará Rocavarancolia y tarde o temprano destruirá la magia. Pero no es momento de tener miedo. Es la hora de hacer lo que llevamos preparando desde hace tanto tiempo.

Dama Sueño asintió despacio, respiró hondo y dejó que su yo infantil le ayudara a levantarse. Luego ambas emprendieron la marcha hacia la ciudad. A cada paso que daban una nueva dama Sueño aparecía en el lugar que acababan de abandonar y se ponía en camino a su vez. En un principio aquella riada de damas Sueño avanzó en procesión ordenada a través del arco, pero luego, al llegar a la plaza, sus caminos

fueron divergiendo. Todas tenían claro dónde dirigirse.

Cada dama Sueño se detuvo ante una de las cientos de estatuas que poblaban la plaza y la avenida. Sus manos acariciaron el cristal en un gesto lento, melancólico. Dispensaron el mismo cariño a los niños que a los monstruos. En el fondo, las almas de unos y otros eran idénticas, no había diferencia entre ellas: centelleos de luz y vida que ansiaban libertad. Idénticos también eran los movimientos de las hechiceras al acariciar las estatuas, una coreografía nunca ensayada y, aun así, perfecta en armonía y ejecución. Justo en el instante en que sus caricias terminaron, las estatuas estallaron al unísono; fue una explosión lenta, majestuosa, como si el cristal, simplemente, hubiera pasado, de forma súbita, del estado sólido al gaseoso. Las almas de los muertos quedaron libres. Su brillo aumentó al contacto con el aire soñado de la ciudad soñada y luego ellas mismas comenzaron a cambiar. Dejaron de ser mariposas de luz para ganar en solidez, sus alas se transformaron en brazos y piernas y en sus rostros recién formados comenzaron a dibujarse rasgos.

Despacio, muy despacio, el ejército de dama Sueño comenzó a despertar.

\* \* \*

Héctor se convulsionó en el suelo. Intentó gritar pero no hubo voz que surgiera de su garganta, en vez de ello brotó un resplandor nacarado, una voluta de humo blanco que salió de su boca desencajada como una lenta fumarola. Alzó una mano ante su rostro, el dedo pulgar estaba girado sobre sí mismo y el anular había desaparecido, cercenado a la altura de la primera falange. Pestañeó para librarse de las lágrimas, el sudor y la sangre que velaban su mirada.

Ignoró los sonidos líquidos que llegaban de sus pulmones e intentó recordar el hechizo de curación más simple que conocía. Fue fácil hacerlo, lo complicado fue vocalizar las palabras que lo componían al tiempo que realizaba los gestos pertinentes. Las frases se le quebraban en la garganta, se ahogaba en ellas. Hasta que, más por casualidad que por verdadero acierto, dio con los movimientos y las palabras correctas. El hechizo hormigueó en sus dedos, lo sintió crecer y, en esta ocasión, al fin, consumarse. No bien lo hubo lanzado notó cómo empezaba a recomponerse. Las heridas comenzaron a cicatrizar, los órganos dañados se regeneraron. Lanzó otro hechizo y el alivio todavía fue mayor. Las vértebras aplastadas recuperaron su forma normal y, al momento, recobró la sensibilidad de su tronco inferior. Sintió sus piernas vivas de nuevo. Héctor se incorporó, jadeando, ahíto de poder.

La magia vibraba a su alrededor, danzaba y ondeaba, perfecta, rutilante. Las cicatrices a su espalda comenzaron a temblar, a retorcerse. Sintió cómo las alas se removían bajo la carne. Alas nuevas, producto del poder de regeneración de su

especie y de la hechicería que acababa de convocar. El dolor era terrible, al igual que lo había sido durante la salida de la Luna Roja. No le importó. Como en aquel entonces necesitaba aquella agonía: era su ancla en la cordura.

Y mientras las alas pugnaban por atravesar otra vez su carne herida, el ángel negro se aproximó a la mujer que amaba.

\* \* \*

Dama Desgarro abandonó la torre poco después de que la bruja lo hiciera; ella no tomó el pasadizo de regreso al Panteón Real como había hecho aquélla, se limitó a perderse en la tormenta, confiando en los hechizos de ofuscación que todavía la amparaban. No tenía demasiadas esperanzas puestas en que Natalia permaneciera mucho tiempo en el mausoleo, con toda probabilidad se limitaría a dejar al cargo de dama Acacia tanto la joya lunar del demiurgo como aquel último regalo que éste le había dado y regresaría a la batalla. ¿Y acaso importaba lo que hiciera? Todos acabarían muertos antes de que saliera el sol.

Voló muy alto de nuevo, dispuesta a acometer por segunda vez la tarea de dirigir a las huestes de Sedalar. No se engañaba. Lo que estaban a punto de hacer no era más que un acto de desesperación, con el mismo valor que la mirada de desprecio que lanza un condenado al verdugo que se dispone a ajusticiarlo. Simplemente se negaban a irse en silencio. Era algo tan sencillo y primario como eso.

Contempló la ciudad a sus pies. La batalla podía parecer terminada, pero el trasiego allí abajo continuaba, como si Rocavarancolia supiera que todavía quedaba un último acto que representar. Los fantasmas vagaban entre los restos del ejército vencido, algunos caminaban entre los esqueletos con paso lento mientras otros volaban por la llanura profiriendo alaridos. Las gárgolas volvían a tomar los cielos mientras las estatuas se reagrupaban frente a Rocavaragálago junto a los supervivientes del ejército de no muertos de Hurza.

Una silueta sombría emergió de la catedral roja. La comandante de los ejércitos del reino potenció su mirada y la enfocó allí. Era Darío, el joven trasgo, quien ascendía por los aires, caminando como si fuera dueño absoluto de la creación. La mujer marcada vigiló a esa figura extraviada, incapaz de comprender qué sucesión de acontecimientos había llevado al trasgo a caminar por los cielos. ¿Y el ángel negro? ¿Y la vampira? ¿Qué había sido de ellos? El trasgo ascendía cada vez más alto. Lo perdió un instante entre las nubes, pero pronto las superó y volvió a hacerse visible. Y siguió ascendiendo, como si la mismísima Luna Roja fuera el objetivo de su marcha. Entonces supo a quién estaba mirando:

—Harex... —murmuró. El fundador del reino no había vuelto a la vida en el

cuerpo de Héctor; el primer rey de Rocavarancolia había resucitado en el trago.

Sin tiempo de asimilar aquello, un centelleo de magia llamó su atención al otro extremo de la ciudad. En la distancia, dama Desgarro distinguió dos formas difusas rodeadas de explosiones y destellos, como si cargaran con su propia tormenta a cuestas. ¿Quiénes eran? Se movían demasiado rápido como para precisarlo, aunque creyó reconocer a Hurza como uno de los combatientes. No, la batalla no había terminado; era todo una falsa tregua, un espejismo a punto de romperse.

Un violento vibrar de llamas al suroeste le hizo mirar ahora hacia allí. Buena parte del incendio quieto había vuelto a la vida, llamas que llevaban treinta años congeladas habían despertado y se agitaban desbocadas. El piromante permanecía inmóvil entre ellas, dejando que éstas restauraran el poder perdido en la batalla; el dragón, en cambio, daba furiosos mordiscos al fuego, como si pretendiera sofocarlo a bocados.

No, no había terminado.

En la torre, el demiurgo hizo un gesto de asentimiento, miró hacia la llanura y volvió a recurrir a su magia. Aun a pesar de la distancia, dama Desgarro pudo ver la terrible convulsión que recorrió al muchacho cuando devolvió a la vida al primero de los titanes de hueso.

—Hasta que el último de nosotros muera no habrá acabado —murmuró la custodia del Panteón Real. Luego, sin poder contenerse, extrajo de su túnica la concha que le había dado Marea. La abrió con manos temblorosas y dejó que la canción grabada en la perla la rodeara.



Ujthan regresaba a Rocavaragálago montado en el dragón de piedra. Tanto su montura como él mostraban las consecuencias de la batalla. El guerrero tenía el brazo izquierdo inutilizado y tantas heridas repartidas por su cuerpo que de ponerse a ello le llevaría horas contabilizarlas. Había sido glorioso, magnífico. Hurza había cumplido su promesa. La traición a Rocavarancolia había merecido la pena. Daba igual lo que su conciencia se empeñara en decir, las heridas que vestía y el agotamiento que arrastraba bastaban para silenciarla.

Descabalgó del dragón en la almenara de Rocavaragálago para luego saltar por una de las aberturas de la plataforma. Al momento se arrepintió de no haber comprobado qué aguardaba abajo. El cansancio y la victoria le habían hecho confiarse. Frunció el ceño al ver el enorme corpachón de Alastor tirado junto al altar, como una montaña de chatarra. El inmortal estaba muerto; su inmovilidad y su silencio lo dejaban bien claro. Ujthan miró alrededor al mismo tiempo que extraía la espada de Nago de su tatuaje. No había nadie en la estancia. Sólo los cadáveres de



Huryel y de Alastor. Entornó los ojos. Entre los brazos del engendro metálico descubrió un tercer cadáver, prácticamente oculto por las extremidades del inmortal.

El guerrero se acercó, con la espada dispuesta, alerta. Dado el estado de su brazo izquierdo tuvo que apartar los de Alastor a puntapiés para poder ver a quién pertenecía ese tercer cuerpo. Era la vampira, estaba inmóvil, tumbada en un inmenso charco de sangre.

—¿Truco o trato? —dijo de pronto alguien a su espalda.

Ujthan se giró para descubrir una sombra que en su anterior escrutinio había pasado por alto. Era un ángel negro, oculto en las tinieblas rojas de Rocavaragálago. Por un instante tuvo la convicción de que Esmael había regresado también de entre los muertos y un escalofrío recorrió su espalda. Pero no, era el cachorro. El muchacho en que habían pretendido resucitar a Harex. Era evidente que algo había salido mal.

Se incorporaba para enfrentarse a él cuando la vampira le saltó encima y le hundió los colmillos en la garganta en un rápido movimiento que Ujthan ni vio ni pudo evitar. La sangre comenzó a cambiar de cuerpo. El guerrero se irguió e intentó zafarse de ella, pero la joven se aferraba a su cuello como una sanguijuela descomunal. Dio un grito e intentó ensartarle el rostro con la espada. Una mano de hierro le sujetó el brazo del arma. El ángel negro se había movido a una velocidad portentosa para interceptar su ataque. Ujthan puso los ojos en blanco. La sangre se le escapaba y la vida con ella, y era tan placentero notar ese calor lánguido en la garganta... Era tan seductora la idea de dejarse llevar por el abrazo de la vampira...

No, no podía consentirlo. No había sobrevivido a la batalla para caer en la emboscada de dos cachorros recién transformados. Recurrió a todas sus fuerzas y saltó hacia atrás para aplastar a la vampira contra la pared. El golpe fue demoledor y la muchacha cayó al suelo tras el impacto. El ángel negro trastabilló también, cogido por sorpresa por el brusco movimiento. Ujthan se revolvió. Era un guerrero. El comandante de los ejércitos del reino. La visión se le nublabá, ¿cuánta sangre había perdido? Haciendo un supremo esfuerzo alzó la espada y cargó contra su enemigo.

Héctor se hizo a un lado con rapidez. Ujthan, aturdido, trató de corregir su embestida, tropezó en una de las pezuñas de Alastor y salió despedido. Su inmenso corpachón aceleró su caída y, para evitarla, se aferró a lo primero que encontró: un atril fabricado con una estalagmita y un cráneo. En un intento desesperado por recuperar la verticalidad se apoyó en el libro que sostenía el atril.

Era el Grimorio de Hurza Comeojos.

El alarido de Ujthan fue terrible. La sangre de la cubierta se alzó como una ola y cayó sobre la mano que había osado tocarla, luego ascendió por el brazo, con una rapidez sobrecogedora. Ujthan no podía dejar de gritar. Sentía cómo su propia sangre reaccionaba al contacto de aquella otra que se extendía por su cuerpo. La sangre en sus venas hervía. Aquel líquido cambiaba de estado, se hacía piedra, se hacía filo. Su

aullido de dolor se convirtió en un borboteo agónico cuando su lengua y sus cuerdas vocales se desintegraron al paso de la sangre cristalizada que despedazaba su cuerpo.

Héctor y Marina contemplaron cómo Ujthan desaparecía en medio de un estallido de sangre, carne y tejidos. Por un instante una nube roja flotó en el lugar que había ocupado el guerrero, luego ésta fue absorbida por la cubierta del grimorio, como una viruta de hierro atraída por un imán. En la estancia se escuchó un rápido repiqueteo metálico: el ruido de una multitud de objetos de acero cayendo al suelo, pero cuando los muchachos miraron en dirección al sonido no alcanzaron a ver nada.

\* \* \*

El Lexel blanco se irguió en lo alto del faro, había captado una traza de poder en el aire, un hálito de magia reciente apenas amortiguado por hechizos de disipación. Despegó de la cúpula, atento a ese chispazo mínimo. La gárgola en la que montaba el hijo de Belgadeu comenzó a aproximarse a él, pero a un gesto del hechicero, su jinete la detuvo. No quería distracciones. Aquella corriente de magia se avivó. Intentó enfocarla y encontrar la fuente.

No tardó en hacerlo. Y nada más conseguirlo no pudo evitar echarse a reír. Había sido obvio.

—¿Dónde si no podría ocultarse? —murmuró con voz cantarína. Luego se dirigió a su grotesco aliado—. Está en las montañas —le informó y en su voz quedó claro cuánto admiraba la osadía de dama Desgarro y los suyos—. De nuevo hay un demiurgo en Altabajatorre.

\* \* \*

—Ya vienen —anunció el Lexel negro y, mientras hablaba, subió de un salto a la almena de la vieja torre. Su capa aleteó al viento, como una bandera enloquecida.

Sedalar Tul apartó la mirada de la llanura de Rocavaragálago para echar un rápido vistazo hacia el oeste y, aun a pesar de los hechizos de Medea, hasta ese simple gesto supuso una auténtica agonía. El hechicero tenía razón: ya venían. Una nube de gárgolas se acercaba veloz, capitaneada por el gemelo del Lexel. La bruja maldita le lanzó un último hechizo sedante y se apartó de él tras apretarle con cariño el hombro.

—No tardarán en llegar —anunció el mago de la máscara negra. Se giró hacia ellos y por un instante pareció que la noche había cobrado forma humana para observarlos desde aquel rostro sin rasgos—. Aquí se separan nuestros caminos. No sé qué nos

reservará el futuro, pero si de algo estoy seguro es de que no volveremos a vernos. Que tengáis una muerte gloriosa —les deseó y, acto seguido, echó a volar al encuentro de su hermano.

Sedalar se partía por dentro. Con cada nueva criatura a la que revivía notaba cómo se le desgajaba la vida. Era su destino. Era su momento. Sus ojos desorbitados iban y venían por la llanura, dando vida otra vez a los colosos de hueso aunque ahora, esa vida, era muy diferente a la que les había regalado en primera instancia. El hechizo de anclaje requería más tiempo que el sortilegio normal, más si cabe con los añadidos que él estaba improvisando.

Dio vida a la osamenta que treinta años antes había sustentado el cuerpo tremendo de Umbra Gala, y el consiguiente estallido de dolor le hizo aferrarse a la almena.

—Quietos, quietos... —ordenaba a sus creaciones antes siquiera de que éstas despertaran—. No os mováis. Como antes, como en la cicatriz. Vida silenciosa. Vida quieta. Hasta que llegue el momento... —sonrió y una gota de sangre corrió desde la comisura de sus labios hasta el hoyuelo de su barbilla. Su rostro, sus manos, todo su cuerpo, iba adoptando un tono cada vez más gris.

La Luna Roja ganó de pronto en intensidad. Su luz se derramó sobre la ciudad y las montañas como un cortinaje inmenso. Su resplandor tintó el lomo de las nubes y la piedra viva de las gárgolas que se aproximaban. Sedalar Tul se pasó la lengua por los labios, recorriendo el perfil de esa otra boca que durante un instante se había detenido en la suya. Entre el sabor salado del sudor y el metálico de la sangre creyó encontrar el de los labios de Natalia. Sonrió. Allí, en el almenar de Alta-bajatorre, el hogar de tantos y tantos demiurgos a lo largo de los siglos, se sintió más vivo de lo que se había sentido nunca.

El Lexel blanco se detuvo al ver aproximarse a su hermano desde las montañas. Las gárgolas le adelantaron. Vio pasar junto a él al hijo de Belgadeu y le indicó con un gesto que se encargara de comandar el asalto. La criatura de hueso soltó una carcajada y azuzó a su montura para ponerse en cabeza del enjambre de gárgolas.

Su gemelo no tardó en llegar hasta él. Ambos quedaron flotando en el aire, levitando el uno frente al otro, de nuevo calcos simétricos, hasta el viento parecía dibujar las mismas figuras con sus capas y sus trajes. El Lexel negro fue el primero en hablar:

—Vengo a por tu vida —le anunció—. Reclamo el pago de mi apuesta. Apostaste tu alma, dos besos a las puertas de la muerte y una noche de masacre. Esos fueron los términos y yo vencí.

—La masacre se está produciendo. Resulta evidente —dijo el blanco mientras con un gesto lánguido señalaba su traje, manchado de salpicaduras de sangre.

—Uno de los besos ya ha sido dado —le informó su hermano—. Y el otro no

tardará.

—Y vienes a por mi alma.

—Eso es.

—Deberás arrebatármela. No la entregaré sin lucha.

—Será un placer.

—¿Qué armas utilizaremos? —preguntó el mago en tono distraído—. ¿Espada o hechicería?

El Lexel negro desenvainó su espada oscura y sonrió avieso tras su máscara.

—Ambas —y dicho eso se abalanzó sobre aquella parte de sí mismo que tanto aborrecía y a la que tanto necesitaba.

\* \* \*

La marabunta de gárgolas llegó a Altabajatorre.

Muchas se hicieron pedazos contra la protección mágica y al momento ésta comenzó a agrietarse. Tras ella, frenéticos en el almenar, los brujos malditos comenzaron a reparar las fallas que se iban abriendo en su superficie. Medea en absoluto silencio; Laertes torciendo el gesto cada vez que se clavaba el cuchillo en el antebrazo. Las gárgolas arremetían contra la barrera, ansiosas de atravesarla y hacer pedazos a los que se ocultaban tras ella. Era cuestión de tiempo que lo consiguieran. La fuerza bruta de la que hacían gala era tremenda. Y más cuando desde Rocavaragálago llegaron nuevos efectivos para unirse a los primeros.

El hijo de Belgadeu volaba en torno a Altabajatorre, sin entrar en liza directamente. Ya había colaborado en la destrucción de un campo mágico y se le antojaba redundante atacar un segundo, por mucho que el primero hubiera resultado ser un señuelo. Tras el caos de gárgolas se veía el frenético ir y venir de los brujos malditos. Medea abandonó de pronto la tarea de restaurar la barrera y comenzó a dibujar en sus antebrazos pequeñas runas que desde la distancia la criatura del nigromante no alcanzó a distinguir. El demiurgo permanecía inmóvil, ajeno al caos desatado a su alrededor. Cada poco tiempo una convulsión le estremecía. Estaba intentándolo de nuevo, comprendió el hijo de Belgadeu, estaba devolviendo la vida otra vez al hueso muerto. Sacudió su calavera, apesadumbrado. Aquello había dejado de suponer un reto. No había resistencia a la que enfrentarse, lo que estaba contemplando eran los estertores de un cuerpo que moría.

De pronto, un movimiento en las montañas captó su atención. Dos figuras ascendían trabajosamente por una ladera. El engendro frenó a su gárgola y observó durante un instante las evoluciones de las dos siluetas. A continuación se desatendió por completo de Altabajatorre.

Había encontrado otra cosa en la que entretenerse.

\* \* \*

—Eres especial, muchacho —le había asegurado Denéstor Tul en aquella lejana noche. El singular hombrecillo había aparecido de pronto entre dos estanterías de la biblioteca de su abuelo, como si fuera un personaje escapado de las páginas de un libro—. Me atrevería a decir que eres, óyeme bien, único.

—Todo individuo es por el mero hecho de existir especial y único —le interrumpió él mientras se frotaba los ojos por debajo de las gafas. El humo especiado que surgía de la pipa del extraño le hacía llorar.

—Una gran verdad —admitió Denéstor—. Pero dentro de ti hay más potencial que en la mayoría. Un potencial que nunca serás capaz de desarrollar en este mundo. En esta tierra languidecerás sin alcanzar tu destino, Bruno. No lo permitas y ven conmigo. Acompáñame a Rocavarancolia.

Sedalar Tul ya no sentía dolor. Al dar vida a la última criatura había pasado un umbral tras el cual éste no existía. Estaba roto por dentro, tan destrozado que era como si sus terminaciones nerviosas hubieran dejado de registrar el sufrimiento. Era un milagro que continuara con vida, pero Rocavarancolia era la tierra de los portentos, bien lo sabía él. Sedalar Tul, el demiurgo de Altabajatorre, el niño vacío, respiró hondo, se llenó los pulmones de aire de tormenta y miró alrededor. La torre era un hervidero de criaturas, un frenesí de violencia a un segundo de desencadenarse. Ahora sólo Laertes contenía aquella furiosa riada. Medea había retrocedido un paso y seguía dedicándose a dibujar runas en sus antebrazos y manos.

Todo aquello parecía estar pasando fabulosamente lejos. A universos de distancia. Sedalar se estaba marchando. Llegaba el final, deslumbrante, magnífico. Llegaba el final, perlado de luz y maravilla. Parpadeó y la sangre dibujó dos trazos gemelos en su cara. Posó de nuevo la vista en las osamentas inmóviles que yacían en la llanura de Rocavaragálagó, más allá del clamor de los engendros de piedra.

«Todos mueren», se dijo el demiurgo, «al final todos mueren... Pero qué vidas majestuosas podemos llevar mientras tanto. Qué de maravillas nos puede dar tiempo a contemplar».

No le quedaban fuerzas y, aun así, logró ejecutar el sortilegio una vez más. Parpadeó y más sangre se derramó por sus mejillas cenicientas.

Y de pronto, Sedalar dejó de estar en Altabajatorre para encontrarse de regreso a la tarde en la que decidieron olvidarse de Rocavarancolia para bailar en un palacete imposible. La música le rodeaba y él danzaba con Maddie a través de la sala donde pronto se desencadenaría la tragedia, aturdido por la cercanía de aquel cuerpo cálido.

«¡Dan ganas de bailar en el aire!», había exclamado la pelirroja poco antes.

—¿Quieres hacerlo? —escuchó Medea preguntar a aquel muchacho agonizante—. Puedo hechizarte para que lo hagas.

La pista de baile se desvaneció ante los ojos de Sedalar en pleno giro. Por un segundo volvió a tener ante sí la llanura y Rocavaragálago y las gárgolas enloquecidas que querían irrumpir en Altabajatorre, pero en el siguiente parpadeo el escenario volvió a cambiar. Se halló de regreso a la plaza de la torre Serpentaria. Una chica se acercaba desde las mazmorras donde habían despertado, acompañada de dos muchachos; iba vestida con un jersey enorme y llevaba la cara tiznada. Bruno se la quedó mirando, ignorante de que, unos instantes después, el hielo con el que había recubierto su alma comenzaría a resquebrajarse.

—Mi final feliz... —murmuró con un hilo de voz.

Se moría. Se estaba muriendo. Y era una sensación tan extraña, tan aniquiladora y, a la par, tan plena. Se echó a reír aferrado al almenar. Riendo y llorando al mismo tiempo mientras la vida se le escapaba. Pero aún quedaba una última cosa por hacer:

—¡Alzaos! —pidió a las criaturas a las que acababa de dar vida—. ¿Oís mi voz? ¿La reconocéis? Soy yo otra vez... Soy yo de nuevo. ¡Perdonadme porque no os puedo dejar descansar! ¡Os necesito, monstruos! ¡Os necesito, espantos! —tomó aliento—. ¡Alzaos! —gritó y en aquella última orden puso hasta el último ápice de las energías que le quedaban.

Luego se desplomó sobre el almenar. Estaba hecho. Consumado. La Luna Roja había dejado de tener sentido para él. Pero no se sumió en la oscuridad como había esperado. Lo que vio emerger ante él era un lugar sobradamente conocido: el escenario que había visitado en sueños durante toda su vida. A través de un velo de lágrimas se encontró de regreso en el centro de la escena, abrazado a su báculo, frente el patio de butacas que tan bien conocía.

Los muertos le contemplaban. Sus rostros ya no estaban expectantes, sus posturas en los asientos habían dejado de lado toda tensión. Le observaban sonrientes, admirados, muchos también con lágrimas en los ojos. Y él jadeó en mitad del escenario, desorientado por aquel cambio en el guión, y lo único que se le ocurrió decir fue la última palabra que había pronunciado en vida:

—Alzaos...

Y lo hicieron. Uno a uno se levantaron de sus asientos. Su padre, su madre, los criados, los tutores, su abuela, los niños del jardín de infancia... Todos. Alexander, Ricardo y Rachel también, el pelirrojo con una sonrisa en los labios que parecía ocultar una carcajada. Hasta el último de los muertos se levantó y comenzó a aplaudir. Era una ovación cerrada, rabiosa, el cierre perfecto para una función increíble, como si allí hubiera tenido lugar el mayor truco de magia que se hubiera llevado a cabo jamás. Sedalar se les quedó mirando, asombrado. Los muertos no

dejaban de aplaudir. Él dio un paso hacia delante. Luego otro. Y después hizo lo único razonable en aquella tesitura: se quitó la chistera, barrió el aire con ella y, rodeado de aplausos, hizo una reverencia.

Justo cuando se incorporaba, el escenario y las butacas desaparecieron, llevándose a casi todos los muertos con ellos. Sólo Rachel, Ricardo y Alexander permanecían allí, en aquella oscuridad que de pronto se le antojó extraña, aplaudiendo a rabiar.

—¡Tú sí que sabes salir de escena! —gritó el pelirrojo.

Luego, a su alrededor, comenzó a emerger una ciudad.

\* \* \*

La burbuja mágica de Altabajatorre estaba a punto de ceder. Sus grietas eran ya tan enmarañadas que resultaba imposible ver nada al otro lado que no fueran sombras fragmentarias. Medea dibujó una última runa explosiva en su piel y, a continuación, se acercó a Laertes. Contuvo la mano del brujo cuando se aprestaba a apuñalarse otra vez. El hombre la miró sin comprender. Estaba pálido y demacrado, pero aún conservaba la fuerza indómita de su mirada. Fuera las gárgolas continuaban golpeando el campo de magia.

Medea tomó el cuchillo de la mano lívida del brujo y se fue cortando con su filo, una a una, las puntadas con las que hacía tanto tiempo había sellado sus labios. Luego practicó sobre ella un antiguo hechizo de restauración. Era un sortilegio poderoso y para realizarlo necesitó buena parte de su energía. Tanto daba, después de eso poco más quedaba por hacer. La bruja sintió cómo la lengua mutilada comenzaba a crecer de nuevo.

Miró a los ojos de Laertes y sus labios se curvaron en una sonrisa radiante.

—Te quie... —alcanzó a decir, antes de que una explosión brutal barriera por completo el almenar de Altabajatorre y el enjambre de gárgolas que ya iba en su búsqueda.

## XXV

# El Sacrificio

Harex caminaba por la superficie de la Luna Roja.

Lo hacía a paso lento, extasiado por las sensaciones que despertaba en él aquel astro. No llevaba ninguna protección activa, los daños que provocaba en su organismo la atmósfera envenenada de la luna eran regenerados al instante por su magia. Paseaba por el borde de los tremendos cañones que él mismo había abierto dos milenios atrás cuando arrancó de aquella luna la piedra con la que luego construiría Rocavaragálogo. En aquel momento creyó que sería suficiente, pero ahora se daba cuenta de su error. En cuanto se hicieran con el control de Rocavarancolia, bajaría la luna entera del cielo y levantaría con ella la ciudad más prodigiosa que se hubiera visto nunca.

Harex tomó una roca y la mordió. La masticó despacio, deleitándose en su sabor. Sus colmillos se hacían añicos con cada mordisco, pero la magia los recreaba al instante. Allí no había nada que no pudiera hacer. La Luna Roja era su dominio. Su reino. Contempló aquella inmensidad carmesí, con la mente repleta de las futuras maravillas que iba a erigir con ella.

En su interior, un muchacho gritaba.

Aquel vampiro no era Esmael, desde luego. Carecía de su habilidad y de su inteligencia, y sus conocimientos mágicos ni de lejos eran comparables a los de aquél. En condiciones normales, Hurza lo habría derrotado en segundos, pero las joyas de la Iguana habían concedido a Enoch un caudal de poder difícil de frenar. Aquellas joyas, unidas al comportamiento impredecible de su rival, habían puesto al nigromante contra las cuerdas. La única ventaja con la que contaba era que el vampiro parecía incapaz de dominar toda la energía de la que ahora disponía.

Hurza quedó expuesto tras un sortilegio fallido y Enoch tuvo ahí la oportunidad de poner fin al combate. El hechizo más simple habría bastado para derrotarlo, pero en vez de eso el vampiro, contra toda razón y lógica, recurrió a la fuerza bruta, propinándole un directo en la mandíbula. El impacto, amplificado por las joyas mágicas, hizo salir despedido a Hurza; el Comeojos hendió la noche como un meteoro, se hundió en la Bahía de los Naufragios, destrozando a su paso la cubierta y



el casco de un barco, y penetró más de doscientos metros en el lecho marino antes de detenerse. Sacudió la cabeza, respirando agua turbia y barro. De pronto tuvo de nuevo al vampiro encima, oyó una explosión y otra vez se encontró en el aire.

Enoch no quería que aquella lucha terminara nunca. Era su momento de gloria. Estaba entrando en la leyenda, lo sentía, lo notaba en los huesos, en la mismísima alma marchita que lo animaba. Su nombre sería historia como el de Irhina, la primera reina vampiro, o como el de tantos otros de su especie. Enoch compartiría su gloria. Sin duda. Era lo que se merecía: había triunfado sobre todas las adversidades. Había burlado a la muerte y ahora estaba a punto de acabar con aquél que había osado poner en jaque al reino. En su deleite ya pensaba en el sobrenombre que iba a adoptar una vez terminara todo. «El Polvoriento» había dejado de hacerle justicia. ¿Quizá «el Salvador»?

Lanzó un hechizo destructivo sobre Hurza, dispuesto ya a aniquilarlo. Su enemigo esquivó el grueso del sortilegio, pero la onda expansiva del mismo lo arrastró por los aires. Hurza intentó rehacerse, pero no pudo hacer otra cosa que marchar atrapado en la estela del hechizo. La corriente mágica le acercaba a un destello entre nubes y por un instante pensó que el vampiro se había adelantado a su trayectoria para darle el golpe de gracia. Luego vio que Enoch volaba tras él, con una sonrisa espantosa en el rostro sin ojos, y comprendió que el fulgor al que se dirigía era un vórtice. Lo atravesó justo cuando el vampiro se abalanzaba sobre él con las manos repletas de magia oscura.

Tres soles los recibieron al otro lado del portal. Tres soles gigantescos, deslumbrantes. Enoch profirió un terrible alarido. No había magia en las joyas que le pudiera salvar de aquel resplandor asesino. La piel del vampiro centelleó plagada de destellos, de brillos caprichosos, como si su cuerpo al borde del desastre quisiera competir con la luz de los soles que lo mataban. Luego la carne ennegreció, se agrietó y estalló convertida en polvo, polvo muerto esta vez. Durante un segundo un esqueleto flotó en la nada, pero los huesos que lo formaban no tardaron en quedar reducidos a ceniza al capricho del viento. Hurza vio precipitarse las joyas de la Iguana al vacío y se lanzó tras ellas.

Se reía a carcajadas mientras volaba, incapaz de contenerse. Su mano se cerró sobre uno de los anillos y lo apretó con fuerza contra la palma. Al momento sintió el poder de aquella pieza transmitiéndose por todo su ser.

El polvo sin vida que una vez fue Enoch quedó esparcido en aquel mundo extraño, olvidado para siempre. A excepción de Hurza, nadie supo nunca que durante un tiempo mínimo, aquel vampiro llegó a ser regente de Rocavarancolia.

\* \* \*

La última mitad del ascenso, Karim la vivió con el corazón en un puño. Los hechizos de opacidad que los habían protegido hacía tiempo que habían dejado de tener efecto y se sentía terriblemente expuesto. Habían comenzado a fallar mientras atravesaban la llanura al amparo del ejército llegado de la cicatriz de Arax. Sin la aparición de aquella delirante armada nunca habrían conseguido alcanzar las montañas, eso era algo que Karim tenía claro, y aun así el trayecto hacia allí había sido una pesadilla. No había podido evitar preguntarse si entre aquellos horrores no estaría el esqueleto del niño que había estrangulado para ocupar su lugar en la cosecha.

El primer tramo de ascenso resultó sencillo. Los viejos caminos, aunque abruptos, cumplían bien su función y además la batalla les resultaba tan útil para pasar desapercibidos como cualquier hechizo de ocultamiento. Sólo se detuvieron cuando aquella intensa luz esmeralda inundó la ciudad desde el castillo. Poco después llegó la vociferante riada fantasmal, rumbo a la explanada. Lizbeth no dejó de aullar enloquecida mientras los espíritus los sobrevolaban y a él no le quedó más remedio que sujetarla para que no se precipitara al vacío tras ellos. Cuando consiguió tranquilizarla continuaron el ascenso. Tras la aparición de los fantasmas, la batalla no tardó en decidirse: el ejército de hueso sucumbió y las gárgolas regresaron de nuevo a los cielos. Sólo era cuestión de tiempo que los descubrieran.

Y creyó que al fin lo habían hecho cuando un descomunal batir de alas se escuchó desde el oeste. Karim se giró hacia allí. Una horda de gárgolas se aproximaba, capitaneadas por el hijo de Belgadeu. El desánimo que le embargó fue tal que a punto estuvo de caer. No era justo ser descubiertos cuando quedaba tan poco para llegar a su destino. Gritó de rabia y la emprendió a golpes contra la montaña mientras Lizbeth gruñía a la horda de espantos. Pero, para su sorpresa, aquellos horrores no iban tras ellos. Se lanzaron directos hacia Altabajatorre como una jauría de fieras hambrientas que hubiera olfateado a su presa. El cambiante respiró aliviado tras aquel giro de los acontecimientos, procuró sosegar y retomó el ascenso, sin prestar atención a la furia con la que las gárgolas asaltaban a la torre vecina.

Lizbeth fue la primera en alcanzar la plataforma rocosa donde se erguía el castillo. La loba olfateaba el suelo de forma sonora mientras se acercaban a la muralla. En el patio no había rastro de la manada, pero su olor todavía persistía aun a pesar de la continua lluvia. Los centinelas que habían custodiado la entrada yacían despedazados ante la verja y por la cantidad de restos de gárgola que los rodeaba quedaba claro que habían vendido caras sus vidas.

El cambiante dibujó en el aire las tres runas que hacían saber a la magia de la fortaleza que era uno de los suyos quien se aproximaba y las protecciones que imperaban en el lugar se relajaron para él. Lizbeth olfateaba frenética, corriendo de un lado a otro. Parecía dividida entre el ansia de seguir el rastro de los suyos y el deseo de continuar junto a Karim. El cambiante no aguardó a que se decidiera. Avanzó medio

encorvado en la lluvia al tiempo que se deshacía de su forma lobuna para adoptar de nuevo apariencia humana.

El portón principal yacía destrozado en la escalinata. Cuando Karim lo atravesó escuchó el trote de Lizbeth tras él y sonrió. La compañía de la loba lo sosegaba. «Los asesinos marchan juntos», pensó mientras se adentraba en el castillo con Lizbeth un paso más atrás, olfateando recelosa el olor a muerte que anegaba el lugar.

Al cambiante el castillo nunca se le había antojado tan abandonado. Aquella fortaleza parecía más un mausoleo que un lugar construido para los vivos. El corazón se le desbocó al percatarse de la silueta que se acuclillaba en una esquina. Era un criado, comprobó con alivio. Estaba allí sentado, temblando de forma convulsa mientras ocultaba la cabeza entre las manos.

Había más guardias muertos en la planta baja, y más gárgolas destrozadas. Karim atravesó despacio la sala, con Lizbeth tras él. Los aposentos de dama Sueño estaban en la última planta de la torre norte. Acarició la empuñadura del cuchillo que ocultaba en el pliegue que había moldeado en su cintura y se encaminó a las escaleras.

De pronto, Lizbeth soltó un tremendo rugido a su espalda, mezcla de sorpresa y dolor. Karim se giró a tiempo de ver volar a la loba por los aires, chocar contra un muro y quedar inmóvil en el suelo, con una pata tan destrozada y retorcida que apenas permanecía unida al cuerpo. Una sombra se adivinó más que verse en la penumbra. El cambiante preparó un hechizo de defensa y escudo a la par que trenzaba uno de combate, pero entonces la criatura que acababa de atacar a Lizbeth salió a la luz y comprendió que todo estaba perdido.

Era el hijo de Belgadeu, y ese maldito engendro era inmune a la magia.

—¡Un cambiante! —cloqueó el esqueleto mientras se aproximaba. Llevaba una absurda capa roja anudada a las vértebras del cuello y un par de retales del mismo color atados a las costillas—. ¿Podría ser Mistral, el miembro desaparecido del consejo? ¡Qué portento! ¡Todos te hacíamos ya cadáver!

Karim no se dignó a contestar, se giró y echó a correr hacia la escalera. El hijo de Belgadeu le dio alcance tras una carrera explosiva y le golpeó en la espalda con ambos puños. El cambiante cayó a plomo, sin aliento. Caminó a cuatro patas unos metros, con el monstruo de hueso riendo mientras seguía su penoso arrastrar. Le pateó en el estómago y Karim quedó bocarriba, atragantado de sangre blanca. En ese momento lanzó un sortilegio de intangibilidad e intentó huir a la desesperada a través del suelo; antes de lograrlo la mano de su enemigo se hundió en su espalda y, para su asombro, el hechizo se disipó. Parte de su cuerpo ya había traspasado el suelo y al revertir de forma tan brusca a la solidez, se desgajó de él. Fue como si el mundo entero hubiera explotado, como si la realidad se hubiera transformado de pronto en puro dolor y él fuera su centro, su fuente y su único receptor. Notó cómo perdía la consciencia y, para evitarlo y minimizar los daños, comenzó a reestructurar su organismo. Tosió un

pedazo de sí mismo.

—¿Sigues vivo? —preguntó el hijo de Belgadeu, sorprendido—. ¡Qué insólita resistencia! —exclamó mientras le propinaba una nueva patada, en el cuello esta vez. Karim sintió cómo se le quebraban varias vértebras.

Probó suerte con un hechizo de curación pero éste se disipó en cuanto el esqueleto volvió a golpearlo. Aquella criatura no era sólo inmune a la magia, también la disipaba. Como si fuera consciente de su turbación, el engendro se acuclilló junto a él y le dedicó una torva mueca mientras le mostraba sus antebrazos. Había runas talladas en sus huesos. Hechizos anclados capaces de anular los sortilegios más usados en combate. El hijo de Belgadeu le hundió las manos en el pecho y comenzó a desgarrar la carne que le daba forma. Karim aulló. Dejó de tener control sobre sí mismo y revirtió a su verdadero ser: se convirtió en un muñeco deshecho, en un montón de cuerdas deshilvanadas con vaga apariencia humana. Eso no detuvo al esqueleto. Siguió desgarrando aquel despojo, arrojando tras él los pedazos de hebra como antes había arrojado carne. Karim chillaba.

Una explosión devastadora hizo temblar los cimientos del castillo. El hijo de Belgadeu se desatendió de la carnicería que estaba cometiendo para mirar al norte. Había llegado de allí. De Altabajatorre. A los ecos de la explosión se le unió una frenética lluvia de cascotes. El monstruo gruñó, intranquilo. Se disponía a dar muerte de una vez por todas a la criatura que mantenía aprisionada contra el suelo cuando Lizbeth, salida de la nada, le embistió.

La loba le mordió las costillas y de un empujón lo apartó del cambiante. Los dos engendros rodaron entre el polvo. Karim, nada más verse libre, lanzó sobre sí mismo un hechizo de curación, pero no sintió mejoría alguna. Estaba demasiado roto como para que la magia pudiera recomponerlo. Comenzó a arrastrarse penosamente por el suelo, como un gusano mutilado. Tenía una promesa que cumplir.

\* \* \*

El hijo de Belgadeu no encontraba forma de librarse de su atacante. Las fauces de aquella bestia se cerraban una y otra vez sobre él en un prodigio de ferocidad. El esqueleto se defendía con igual fiereza. Sus dedos, convertidos en estiletes, se clavaron en el cuerpo de la loba pero apenas lograron hundirse en aquella carne nervuda. Lizbeth no le daba respiro, era una máquina de morder y patear, a pesar de las heridas, a pesar de la sangre, a pesar de esa pata que de colgar inerte pasó a desprenderse cuando el hijo de Belgadeu la acabó de destrozar de una patada. Bajo ella, el esqueleto se revolvía furioso. Las cuencas vacías de aquella aberración se giraron hacia donde debía yacer el cambiante. Un montón de hilo se amontonaba en

aquel lugar, y de allí partía un rastro de sangre blanca que conducía a las escaleras.

\* \* \*

Karim se arrastraba peldaño a peldaño, dejando tras él largas hilachas blancas que nunca volverían a cambiar de forma. Cada metro que ganaba era una victoria, cada escalón que salvaba un milagro. De abajo llegaban los gruñidos de Lizbeth y los golpes brutales que le propinaba el hijo de Belgadeu.

Su masa corporal se iba reduciendo a medida que avanzaba, se iba deshilachando como un muñeco que pierde relleno. No le quedó más remedio que alterar la arquitectura interna de su cuerpo. Redujo sus órganos vitales a un corazón rudimentario que hizo crecer en el centro de un cerebro que también le servía de pulmón. No necesitaba más.

Sólo tenía que burlar a la muerte unos minutos. El tiempo necesario para un último asesinato.

\* \* \*

Lizbeth era la encarnación de la furia. Su único objetivo era acabar con el engendro que tanto daño le había hecho.

Lanzó un bocado al cráneo de aquel monstruo y sus colmillos perforaron el hueso.

El hijo de Belgadeu intentó detenerla y al siguiente mordisco introdujo su mano derecha entre las mandíbulas de la bestia. Los dientes se cerraron alrededor del hueso y sólo la magia que le había dado forma impidió que se lo destrozara. Y aun así, continuaba masticándolo, con tal saña que, por primera vez en su existencia, temió por su integridad.

—¡MUERE, BESTIA INMUNDA! —aulló mientras hundía los dedos en la garganta de la loba y desgarraba todo lo que encontraba a su paso—. ¡MUERE DE UNA MALDITA VEZ! —Excavaba en el cuerpo de Lizbeth, lleno de la misma furia con que la bestia le embestía—. ¡MUERE! —sus dedos dieron con una masa palpitante, el corazón de lo que una vez fue una niña. Y en el colmo de lo absurdo hasta ese órgano parecía intentar golpearle con sus frenéticos latidos.

El hijo de Belgadeu tomó el corazón de aquella fiera en su puño, dio un grito, y apretó con todas sus fuerzas. Al momento la loba quedó inmóvil entre sus brazos, vacía, yerta...



Lizbeth abrió los ojos. La claridad era impresionante, una poderosa luz blanca lo dominaba todo. Le costó trabajo recordar quién era, pero le fue del todo imposible ubicarse. No sabía dónde estaba ni cómo había llegado allí.

La inmensa claridad comenzó a llenarse de sombras, siluetas que comenzaban a definirse ante sus ojos. Tomó aliento, sobrecogida. Le daba un miedo atroz averiguar qué se ocultaba tras la luz. Sintió una caricia, unos dedos delicados que se acababan de posar en sus sienes. Escuchó una voz que no articulaba palabra alguna, sólo un sonido suave, un susurro que pedía, a un mismo tiempo, silencio y calma.

La silueta que tema ante ella dejó de ser un bulto informe para convertirse en una figura que poco a poco se fue concretando y haciéndose humana. Y dolorosamente familiar.

Era Rachel.

Lizbeth jadeó. Todo regresó a su mente. Fue como si los recuerdos de los últimos meses se hubieran comprimido en uno solo: una bomba catastrófica que estalló en el interior de su cabeza. Recordó un mundo feroz y temible, recordó el odio, la rabia y los olores de otros como ella. Todo se le entremezcló con una música de baile, un destello y una luz roja que la devoró.

—Te maté... —anunció con la voz rota.

—No, cariño —dijo aquella visión imposible—. Me mató un hechizo, un hechizo terrible. Fuiste tan víctima como yo.

—Te maté —el llanto la desbordó. Se echó hacia delante y su amiga la acogió en sus brazos—. Te maté, te maté, te maté —no cesaba de repetir.



La oscuridad en el pasillo era total. Se forzó a avanzar, ayudándose de su mano izquierda para arrastrarse. No era más que medio torso, una cabeza deforme y dos brazos escuálidos. Las únicas partes de su ser que todavía recordaban a un ser humano eran sus ojos y la mano infantil que empuñaba el cuchillo.

De las entrañas del castillo llegó un grito terrible. Era el hijo de Belgadeu. Tras aquel grito, el ruido de lucha cesó. Ni por un instante pensó que Lizbeth pudiera haber vencido.

Karim siguió avanzando, consciente de lo cerca que estaba de su objetivo. Un obstáculo imprevisto le salió al paso al doblar una esquina: había telarañas por todas partes; cubrían el pasillo como un intrincado cortinaje, un laberinto de seda pegajosa

que caía desde el techo. Utilizó el puñal para cortar las zonas bajas de las telarañas y colarse al otro lado. El hijo de Belgadeu también se toparía con aquella barrera y a buen seguro ralentizaría su marcha. Karim pasó junto a otro guardia muerto, y, poco después, vio la puerta entreabierta que conducía a los aposentos de dama Sueño.

Lo primero que pensó al traspasar el umbral fue que había llegado demasiado tarde. La habitación parecía haberse derrumbado y nada podía haber sobrevivido a tal desastre. Todo estaba cubierto de escombros, polvo y más telarañas. A través de las ventanas se colaba la luz sangrienta de la Luna Roja, enturbiando todavía más aquella atmósfera de violencia y destrucción. Karim jadeó, destrozado, ¿todo había sido inútil? ¿Qué le quedaba entonces? ¿Morir? ¿Soltarse de la vida y dejarse caer?

De pronto se dio cuenta de que la estancia, a pesar de las apariencias, seguía entera, aunque tan llena de restos de gárgolas que su error era entendible. Del dosel de la cama caía ahora un profuso cortinaje tejido en tela de araña que ocultaba el interior del lecho. Avanzó renqueante hacia allí entre pedazos de estatua y muebles rotos. Apenas le quedaba torso ya, era un mero despojo amorfo. Pero aún le quedaban fuerzas para trepar a la cama y destrozarse las telarañas con el cuchillo.

En el lecho yacía dama Sueño, envuelta en un capullo de la misma tela que cubría el dosel. Sólo se veía su rostro. La cara de la anciana estaba cubierta de polvo y hebras de seda, y fue al ver aletear éstas cuando se dio cuenta de que todavía respiraba.

Un bronco sonido tras él le hizo girarse. Pero no era el hijo de Belgadeu quien llegaba, el ruido provenía de un bulto desmadejado en una esquina. Era dama Araña, destrozada contra la pared, bañada en sus propios líquidos internos, con las extremidades quebradas y los quelíceros a medio arrancar de la faz. Aquel monstruo todavía estaba, milagrosamente, vivo. El arácnido lo observaba con sus tres ojos supervivientes. Los espasmos que le recorrían eran las últimas sacudidas de la vida que se va, las convulsiones del moribundo. Karim miró de nuevo a la hechicera y, a continuación, al cuchillo que empuñaba. Tenía que acabar con dama Sueño antes de que el hijo de Belgadeu lo detuviera. Pero a pesar de la urgencia, a pesar de saber que el destino de un mundo dependía de él, Karim se dejó caer de la cama y se arrastró en dirección al arácnido agonizante. Apenas le quedaba magia en el cuerpo, sólo rescoldos, pero debía bastar. Salvaría a la araña. Salvaría la vida de aquel monstruo antes de arrebatársela a la anciana.

\* \* \*

El hijo de Belgadeu llegó a la última planta de la torre. La rabia lo consumía. No sabía qué estaba sucediendo, desconocía qué motivos habían llevado al cambiante al castillo, pero tenía la intención de detenerlo. Avanzó a grandes zancadas por el pasillo

para toparse con un intricado cortinaje de telarañas.

Él engendró comenzó a destrozarlo con sus garras. Desde donde estaba podía ver la puerta de los aposentos de la soñadora. El rastro de hilachas y sangre blanca iba a parar allí.

\* \* \*

La plaza y la avenida principal de la ciudad de dama Sueño eran un hervidero de agitación. Eran cientos los que se agolpaban en ella. Desde la balconada, la hechicera los contemplaba, sentada exangüe frente a la mesa del tablero ajedrezado.

Hasta a ella misma la sobrecogía el alcance de lo que había hecho. Que hubiera llevado a cabo semejante proeza le seguía pareciendo algo sorprendente. Y ahora estaba pagando el precio. Nunca había sentido un cansancio tan abrumador, tan definitivo. Casi todas sus representaciones se habían desvanecido, tan sólo sobrevivía una de sus copias infantiles, que en aquel momento correteaba entre las huestes de difuntos, despidiéndose de ellos. La tensión que soportaba su mente y su espíritu al custodiar en su interior tantas esencias vivas y conscientes era insoportable. No podría resistirlo durante mucho tiempo. Si el cambiante no se apresuraba todo estaría perdido.

No estaba sola en la balconada. Junto a ella estaban Denéstor Tul, el difunto custodio de Altabajatorre, dama Fiera y Esmael. El hasta hacía bien poco Señor de los Asesinos contemplaba aquel gentío con expresión inescrutable. La anciana hechicera había despertado a dama Fiera con la intención de aplacar la más que segura furia del ángel negro. Su burda triquiñuela había surtido efecto, sí, pero sólo en cierta medida.

Esmael se sentía manipulado. Una vez fue puesto en antecedentes, una vez le quedó clara la magnitud de la conspiración de dama Sueño, estuvo cerca de negarse a participar en ella. Comprendía demasiado bien cuáles habían sido las intenciones de la hechicera. Su objetivo no había sido sólo acabar con Hurza, también había sido sacarlo a él del juego. Su presencia habría hecho imposible la Rocavarancolia que la anciana deseaba.

—Nos has quitado de en medio a todos —le recriminó—. Has montado tu propia criba mientras nadie miraba y ahora nos necesitas para acabar con Hurza. Qué bien te ha salido la jugada, loca. Qué bien te ha salido.

—No había futuro para Rocavarancolia —le dijo la anciana—. La derrota que nos infligieron fue demasiado severa. Estábamos condenados. Pero ahora todo es diferente. Ahora hay esperanza. Hasta tú eres capaz de verla.

—Métete la esperanza donde te quepa. No colaboraré en esto. Tienes mi enhorabuena y mi aplauso. Nos has engañado a todos. Felicidades. Ahora, por favor,



muéstrame la salida de tu enferma cabeza.

—No puedes abandonar ahora —le pidió dama Fiera—. Unete a nosotros. Lucha a nuestro lado. El Esmael que conocía nunca rehuiría una pelea.

—¡El Esmael que conocías está muerto! —le espetó él. La furia que le embargaba era demasiado intensa como para dejarse cegar por sus sentimientos hacia ella.

—Medítalo un instante —terció la anciana—. Sólo te pido eso. No te dejes llevar por la rabia. Si fracasamos aquí esta noche, Rocavarancolia será olvidada. Y tú con ella. Nadie sabrá de tu existencia. Nadie quedará para recordarte. ¿Es eso lo que quieres?

Él no replicó. Se limitó a estudiar atentamente a la anciana con el ceño fruncido.

—Sé grande, Esmael —le rogó dama Sueño.

El ángel negro soltó un gruñido, abrió las alas y voló hasta la plaza. La hechicera todavía no había liberado las almas prisioneras y éstas continuaban su danza dentro de las estatuas de cristal. Esmael paseó entre ellas, deteniéndose cuando encontraba algún rostro conocido. Allí paraban dama Esencia, Glorin, Sendar, Acheron, Malnacido y tantos y tantos otros... Si eran derrotados, si Hurza triunfaba, ellos también serían olvidados.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó sorprendido al toparse con la estatua de alguien completamente fuera de lugar en aquella plaza. Había muerto siglos antes de la batalla que había dejado agonizante al reino.

—Una inspiración de última hora —contestó dama Sueño—. Esta adquisición en particular debo agradecértela a ti.

Esmael torció el gesto, harto de los tejemanejes de la anciana, y continuó paseándose entre las estatuas. Se detuvo frente a la de Dionisio; el gigantesco hombretón cargaba al hombro su maza claveteada. Y de pronto recordó el nombre con el que aquel guerrero había bautizado esa arma: la llamaba Destino.

Fue entonces cuando se decidió.

—Lo haré. Lo haré porque no me queda más alternativa. Pero no lo haré para cumplir tu sueño, hechicera —hizo un gesto despectivo a la Rocavarancolia que aquella mujer había construido en su interior—. No me interesa esta ciudad. No es la mía ni lo será nunca. Lo haré por venganza. Lo haré por justa ira. ¿Estás contenta, dama Loca? —quiso saber—. Haré lo que deseas.

—Pero por los motivos equivocados.

—¿Y dónde estriba la diferencia? —preguntó él.

\* \* \*

Dama Araña se convulsionó de forma violenta, como si intentara resistirse al hechizo

que pretendía traerla de regreso a aquel mundo de agonía. Los ojos supervivientes giraron en sus órbitas, las mandíbulas se soldaron de nuevo.

—Me dijo que vendrías... —croó entre temblores—. Dijo que vendrías a matarla... —por sus quijadas fluía un líquido oscuro y denso. Veneno, sangre, lágrimas. Tanto daba—. Y que debía dejarte hacerlo...

Karim no habló. Los ojos le ardían. Se había despojado de lacrimales hacía tiempo, pero el escozor de lo inexistente le taladraba el cerebro. No finalizó el hechizo, apenas le quedaba energía y la poca que atesoraba iba a necesitarla para el sortilegio de la empuñadura. Se apartó de la araña, había hecho suficiente por ella. Viviría. Sus heridas habían pasado de ser mortales a simplemente graves. Sólo esperaba que no intentara enfrentarse al hijo de Belgadeu cuando éste llegara. ¿O ése sería ahora el cometido del arácnido? ¿Dar su vida para evitar que aquel esqueleto demente pudiera interferir en lo que estaba a punto de suceder? ¿Hasta ese punto llegaba la manipulación de dama Sueño?

No pensó en ello. De nuevo recorrió el camino entre polvo y cascotes. Para cuando llegó a los pies de la cama no era más que una cabeza de la que surgían dos brazos esperpénticos, apenas palillos. Se aferró a la colcha y trepó por ella, clavando en el tejido el cuchillo para ayudarse en el ascenso. Fuera se oyó maldecir al hijo de Belgadeu y el rasgar de telarañas.

Pronto llegaría. Pronto estaría ahí. Pero no importaba. Karim se cernía ya sobre el cuerpo de la anciana a punto de descargar el golpe. Era apenas nada, un patético antebrazo que emergía de un ovillo de lana sucia en el que se abría una boca capaz de balbucear un último hechizo.

No, no era nada. Sólo un impulso, un delirio, un mal sueño.

El cambiante alzó el cuchillo en el preciso instante en que el hijo de Belgadeu irrumpía en la habitación.

\* \* \*

La anciana soñadora se recostó aún más en la silla mientras recorría con la vista a sus tropas. Cerca de la balconada se reunía un nutrido grupo de hechiceros, allí había tanto demiurgos como nigromantes y brujos. Annais Perlaverde, Balear Bal y dama Korma los comandaban. Ellos habían preparado el poderoso sortilegio que los devolvería a la vida, aunque sólo por tiempo limitado. El hechizo ya estaba listo; los magos se dedicaban ahora a contenerlo, a sujetar las riendas de aquella magia primordial recién forjada. Aguardaban el momento oportuno para dejarla libre.

Algo separados del grueso de las tropas estaban los niños cosechados. La niña loba había sido acogida de nuevo entre los suyos y al fin había logrado controlar su llanto.

El muchacho de la chistera contemplaba la ciudad con las manos en los bolsillos de su gabán y una sonrisa asombrada en los labios. De pronto, dama Sueño fue consciente de que tenía a Denéstor Tul a su lado.

—No fue justo lo que les hicimos —dijo el demiurgo con tristeza mientras observaba a los cosechados muertos—. Antepusimos el reino a la vida, la demencia a la cordura... Olvidamos lo importante a cambio de la gloria.

—Es hora de cambiar eso —murmuró la mujer en un hilo de voz—. Al menos es hora de intentarlo.

—¿Y a pesar de todo lucharán por nosotros? —señaló a los niños—. ¿Después de haberlos sacrificado?

—¿Luchar por nosotros? —negó con la cabeza. Un movimiento lento, más allá del cansancio—. ¿Acaso nos lo merecemos? No, lucharán por la ciudad que ves. Por esta ciudad de ensueño. ¿Sabes? Les pedí consejo para construirla. Ellos me ayudaron a... —La hechicera se estremeció. Una mancha roja nació en su pecho, una brecha mínima por la que comenzaba a fluir, acelerada, la sangre.

A pesar del dolor intenso, dama Sueño sonrió.

Estaba hecho.

\* \* \*

El hijo de Belgadeu entró en la habitación. Al principio no fue capaz de localizar al cambiante, le costó reconocer a aquel guiñapo blanco retrepado en la cama, más que un ser vivo parecía algo hermanado con las telarañas que colgaban del dosel. Era apenas un brazo de felpa, una marioneta deshecha. Pero aquel puño tenía fuerza suficiente para hundir un cuchillo en el pecho de la soñadora. El engendro de hueso sacudió la cabeza, incrédulo. ¿Para eso había acudido el cambiante al castillo? ¿Para asesinar a dama Sueño? Corrió a la cama, tomó entre sus garras lo que quedaba de Mistral y lo despedazó.

Miró a la anciana postrada. La puñalada del cambiante había sido mortal de necesidad, no necesitaba ver la abundante sangre que manaba de ella para saberlo.

Mientras miraba, la herida comenzó a brillar.

\* \* \*

—Ha llegado la hora —anunció dama Sueño—. Los cielos se abren. Los cielos me reclaman... —hizo un gesto a la multitud que se apiñaba en la plaza—. ¡Háblales,

Esmael! ¡Háblales por mí!

—Qué loca has estado siempre, dama Sueño.

—Qué locos hemos estado todos —dijo ella y alzó la mano hacia él, como si pretendiera acariciar en la distancia el rostro del ángel negro. La herida de la anciana había dejado de ser una herida para convertirse en una brecha de luz blanca.

—Haré lo que me pides —le anunció él—. Arengaré a las tropas, vieja. Muere en paz. Y avisa en los infiernos de que Rocavarancolia entera va hacia allí.

—La victoria. Señor de los Asesinos... Sólo nos vale... —boqueó sin aire y quedó rígida en la silla.

\* \* \*

Era un vórtice.

Lo que se estaba abriendo en el pecho de la anciana era un vórtice. El hijo de Belgadeu retrocedió un paso. La grieta de luz había superado el cuerpo de la hechicera y se había extendido a la cama y al aire que la rodeaba. Y se hacía más grande por momentos; en su superficie florecieron auroras boreales al tiempo que el cuerpo de dama Sueño se desintegraba, devorado por aquel desgarrón brillante.

La criatura no daba crédito a lo que veía. Su mandíbula se desencajó y, de pronto, cayó al suelo. Alzó un brazo ante sus cuencas vacías. El tegumento que había mantenido unidos los distintos huesos que le daban forma comenzaba a fallar, a desintegrarse. No había modo de protegerse de la magia primordial que le envolvía. El hijo de Belgadeu contempló cómo su mano se desarmaba, cómo las falanges caían a sus pies, demasiado sorprendido para hacer otra cosa que no fuera mirar. El radio y el cúbito se desgajaron, primero uno del otro y luego del húmero. Se estaba haciendo pedazos.

Miró de nuevo al portal, su calavera se tambaleaba sobre un caos de vértebras desequilibradas. La luz que llegaba de la grieta era cada vez más intensa, y a través de ella se adivinaba algo, una ciudad, una ciudad tremenda y luminosa.

El hijo de Belgadeu se derrumbó sobre sí mismo.

\* \* \*

Esmael dio un paso al frente y recorrió con la mirada a la multitud reunida en la plaza. A su espalda, la brecha que partía a dama Sueño se iba haciendo más y más grande. Denéstor y dama Fiera le flanqueaban.

—¡Oídmeme! —aulló y al momento se hizo el silencio—. ¡Todos me conocéis! ¡La mayoría habéis combatido conmigo! ¡Hemos matado juntos y más de uno ha muerto a mi lado! ¡Sabéis quién soy! —desplegó las alas. La multitud le contemplaba y él se sentía inmenso—. ¡Rocavarancolia nos convoca a una nueva batalla! ¡De nuevo resuenan tambores de guerra!

—¡Ni en la tumba nos dejan tranquilos! —exclamó alguien. Y su comentario fue recibido por un coro de carcajadas.

—¡Pero no os dejéis engañar! ¡La Rocavarancolia que nos llama no es la nuestra! ¡Nuestro reino agoniza ahí fuera y nada de lo que hagamos podrá salvarlo! —Denéstor se removió inquieto y la intranquilidad del demiurgo le sirvió de acicate—. ¡Bien se han encargado de ello! ¡Nos lo han arrebatado todo! ¿Me oís? ¡Todo!

»¡Y aun así estoy aquí para pedir que os dejéis engañar y que luchéis! ¡Porque fuimos grandes! ¡Somos monstruos y demonios! ¡Somos pesadillas y malos sueños! ¡Somos lo que el mundo teme! ¡Y si triunfa Hurza nos convertiremos en víctimas! ¡Y me niego a que ocurra eso! ¡No seremos víctimas de nadie! ¡Jamás! ¡Somos verdugos y asesinos! ¡Quisieron exterminarnos antes y no pudieron!

»¡Luchad, monstruos! ¿Me oís? ¡LUCHAD!

»¡Luchad por la nueva Rocavarancolia, si se os antoja! ¡O por el recuerdo de la antigua! ¡Luchad por Sardaurar y los reyes conquistadores! ¡Por las torres dragoneras, por la sangre que derramamos! ¡O por los malditos reyes araña si os apetece! ¡Luchad porque fuimos grandes y nadie que pretenda arrebatarnos eso va a conseguirlo! ¡Luchad por la gloria, por placer, por hacer daño! ¡No me importa el motivo! ¡No me importa qué fuerza os guíe! ¡Sólo quiero que luchéis! —tras él la creciente grieta de luz había desbordado ya la terraza y ahora se abría en los cielos y en la tierra, devorando el mundo y al griterío ensordecedor que se levantaba desde la plaza—. ¡Salid ahí fuera y arrasad con ellos! ¡Matadlos a todos! ¡Y si se levantan, si osan levantarse, matadlos de nuevo!

\* \* \*

Aquella ciudad se llamaba Rocavarancolia. Había tenido otro nombre mucho tiempo antes, pero aquél había caído en el olvido. Durante siglos fue la capital de un imperio terrible, el orbe de las pesadillas. Durante siglos sus cimientos se alimentaron de la perdición y el horror. Rocavarancolia medró a la sombra de la Luna Roja. Se hizo tremenda y perversa. Y su leyenda, oscura. Treinta años atrás el enemigo la arrasó, pero, a pesar de todo, el imperio se aferró a la vida con garras y colmillos, negándose a la extinción. Algo tan grande no podía perecer de ese modo. La derrota no era una opción. La propia ciudad se negaba a ello. No caería consumida. No así.

Rocavarancolia aguardó, sumida en el desaliento y la decadencia. La tierra de los portentos y los prodigios aguardaba un milagro.

Una figura sombría emergió de uno de los vórtices activos que se incrustaban en la noche. Era un hechicero pardo, exultante y embriagado de poder. Contemplaba las joyas que adornaban su cuerpo con extraño deleite. Las aborrecía al mismo tiempo que las amaba. Era magia. Pura magia.

Las nubes de tormenta se abrieron muy cerca del hechicero y un demonio con cuerpo de trasgo descendió de los cielos, todavía recubierto de polvo de Luna Roja y placas de hielo.

Un dragón se elevó desde el barrio en llamas. La mitad del fuego que había ardido allí se había extinguido tras treinta años de arder inmóvil. La indómita fuerza de aquel incendio residía ahora en las entrañas de la bestia y del piromante que la montaba.

Las puertas del Panteón Real se abrieron y una muchacha sombría salió fuera. Enarbolaba un cayado rematado por una suerte de pajarera. Su expresión estaba más allá de la furia. La escoltaba una legión de sombras.

En lo alto de la más alta torre de Rocavaragálago se dejó ver un ángel negro. Una vampira le acompañaba.

En la fortaleza del castillo una luz cegadora comenzó a abrirse paso en la torre norte. En su seno traía un ejército.

Todo estaba a un segundo de desencadenarse. A un segundo del final.



Los edificios de la Rocavarancolia soñada comenzaron a desvanecerse en el aire, diluyéndose poco a poco como pinceladas dadas en agua. En la plaza evanescente, antes abarrotada, se veían ahora sólo tres muchachos. Uno de ellos vestía chistera y gabán y contemplaba admirado el modo en que la ciudad se evaporaba. Sus ojos estaban fijos en las almenas de un castillo que se estaban deshilacliando en lentas fumarolas blancas. Una niña se le acercó. Caminaba despacio, como si arrastrara una gran fatiga.

—¿Por qué no has ido con ellos? —preguntó cuando llegó a su lado.

El joven se encogió de hombros.

—Ya he luchado mi batalla —anunció—. Y he tenido mi final. No tenía sentido seguir más adelante.

—¿Y no quieres saber cómo termina todo? —preguntó ella.

Le dedicó una sonrisa radiante antes de hablar:

—Ya sé cómo termina —aseguró.

Había otro muchacho cerca. Estaba acuclillado, con el rostro cubierto con las

manos y completamente inmóvil. El joven de la chistera y la niña se encaminaron hacia él. El otro alzó la vista, asustado al sentir su proximidad.

—Me miró... —dijo al verlos. No parecía una frase destinada a ellos, daba la impresión de no ser más que un pensamiento expresado en voz alta. Lloraba sin cesar —. Pasó a mi lado, me miró y dijo que me perdonaba... ¿Quién era? ¿Qué podía haber llegado a ser de no haberse topado conmigo?

—Lo que somos todos —contestó el joven de la chistera—. Milagros.

—Yo... —el niño negó con la cabeza—. Yo no soy ningún milagro —parecía perdido, pequeño y frágil—. Me llamo Karim —pronunció su nombre como si fuera de vital importancia que lo conocieran—. ¿Quiénes sois vosotros?

Mientras hablaban el mundo a su alrededor se iba desmontando. Ya no quedaba ni rastro de la ciudad que se había levantado allí, hasta la misma plaza se había evaporado: ahora se encontraban sobre un prado de inusitado verdor. El sueño moría. Y una vez lo hiciera, les tocaría el turno a ellos.

—Soy Sedalar Tul —se presentó el muchacho del gabán—. Soy mago. Hago trucos —nada más decirlo le hizo una reverencia rápida con la chistera. Del fondo de la misma emergieron diminutos pájaros de trapo. «Samhein, Samhein», trinaban.

—Yo me llamo Casandra —la niña alzó vista. Parecía cada vez más cansada—. ¿Qué os parece el color del cielo? —preguntó.

—Es muy bonito —contestó Karim mientras se incorporaba. Luego, como si se sintiera obligado a decir algo más, añadió—: Muy azul.

—Lo he hecho yo —confesó ella con una sonrisa magnífica en los labios.

Los tres miraban ahora hacia las alturas. Estaban muy juntos, hombro contra hombro. Casi sin darse cuenta entrelazaron las manos. Sobre sus cabezas había amanecido un sol que no era un sol. Un vórtice dorado que iba cobrando realidad y peso a medida que el sueño se desvanecía.

—Es hora de irnos —anunció Sedalar.

Cassandra asintió, sin apartar la mirada del fulgor. Ya lo dominaba todo.

—¿Qué va a ocurrir ahora? —preguntó Karim.

—Continuaremos viaje, pero no sé hacia dónde —contestó Casandra—. Nadie lo sabe con certeza llegado a este punto. Puede que nos aguarde el vacío, otro mundo u otra vida. O nada que podamos imaginar.

—No me soltéis —les pidió Karim—. No me soltéis, por favor...

En respuesta a su ruego, ellos estrecharon aún más fuerte las manos del muchacho. El tiempo se les agotaba, apenas quedaban segundos. Casandra cerró los ojos y alzó la cabeza hacia la claridad, bañándose en ella, con una sonrisa en los labios. De pronto su expresión cambió. Se giró hacia Sedalar, ansiosa.

—¡Has dicho que sabes cómo termina! —los ojos le brillaban—. Cuéntamelo, por favor ¿Cómo acaba? ¡Necesito saber si ha merecido la pena!

—No termina —Sedalar sonrió, la mirada alzada al cielo immaculado, a la claridad que se los llevaba—. Es ahora cuando empieza.



## XXVI

# El final

Dama Desgarro vio cómo los gigantes de hueso se alzaban de nuevo en la planicie. El demiurgo había dado vida a los mayores de todos ellos, a los que más daño podían causar al adversario. Umbra Gala sacudió sus alas y giró su calavera hacia Rocavaragálogo mientras sus hermanos se levantaban de regreso al mundo de los vivos. Un coloso fabricado a base de quimeras y mantícoras se irguió furioso de entre los restos de un sinfín de esqueletos y alzó sus brazos a la noche negra.

Eran poco más de treinta; un número escaso, ridículo en comparación a las fuerzas que Sedalar había puesto en liza en un primer momento, pero había algo nuevo en aquellos portentos. La primera armada del demiurgo había parecido artificial, meros juguetes de cuerda que alguien había arrojado a la batalla. Estos, en cambio, estaban indudablemente vivos.

Las huestes de Hurza reaccionaron nada más detectar que el enemigo revivía. Los fantasmas, estatuas y cadáveres se aprestaron de nuevo al combate, vociferando unos, en completo silencio otros. Dama Desgarro decidió disponer a los gigantes en formación defensiva para intentar resistir las embestidas del adversario. Justo cuando les daba la orden de formar un círculo, la explosión de Medea sacudió Altabajatorre. La onda expansiva alcanzó de lleno a la custodia del Panteón Real, la despedazó y lanzó sus restos por los cielos, acompañados de un sinfín de cascotes y nubes desgarradas.

Durante unos instantes todo fue caos y desconcierto. Intentó tomar conciencia de dónde se encontraba, pero era tal su confusión que le costaba trabajo hilvanar pensamientos lógicos. La explosión la había esparcido por la montaña, algunos de sus pedazos habían llegado incluso hasta el patio del castillo. Su cabeza estaba comprimida entre rocas y tuvo que esforzarse para hacerla girar y quedar encarada de nuevo hacia Rocavaragálogo. Tenía la mejilla izquierda hundida y el cráneo taladrado. Parpadeó para intentar sacar de su ojo toda la arenisca y el polvo que se le habían colado dentro. El mundo era un borrón informe.

Y de pronto la luz la deslumbró. Por un momento, dama Desgarro pensó que una segunda luna se había abierto camino en la montaña, una luna blanca, cegadora,

capaz de eclipsar al gigante rojo que constreñía las alturas. Tardó unos instantes en darse cuenta de qué estaba mirando realmente.

Era un vórtice, incrustado en la torre norte del castillo.



La tormenta salió al encuentro de la vampira y el ángel negro en cuanto abandonaron la sala del altar por una de las aberturas del techo. Marina iba abrazada a Héctor, pero se soltó en cuanto alcanzaron el grotesco almenar que remataba la torre. En su mano izquierda empuñaba una de las espadas de Alastor. Héctor llevaba la de Darío; sin esa espada ninguno de los dos habría salido vivo de allí, era muy consciente de ello. Apartó de su mente la imagen del trasgo devorando al cosechado y miró alrededor, entre las acometidas del viento y la lluvia. Su intención había sido huir volando de la catedral, pero pronto comprendió que aquella vía de escape era un suicidio. Los cielos rebosaban gárgolas y fantasmas. Indicó con un gesto a Marina uno de los grandes cuernos curvos que nacían del reborde de la plataforma y corrieron hasta allí para ponerse a cubierto.

Una treintena de titanes de hueso continuaba combatiendo a los ejércitos de Hurza en la llanura. Eran los únicos que quedaban en pie. Pero había algo extraño en ellos, como si no fueran los mismos que habían visto luchar poco antes. Habían ganado en rotundidad, en solidez. Varios fantasmas se arrojaron sobre uno de ellos, envueltos en torbellinos de magia destructora; cuando se dispersaron, agotado su poder, una de las patas del gigante se había volatilizado. El coloso se desplomó hacia delante. El impacto fue tremendo, tanto que muchos de los huesos de su osamenta saltaron por los aires. La criatura echó mano a los pedazos de sí mismo que acababa de perder y volvió a reubicarlos en su lugar. No sólo eso: para sustituir la pierna desaparecida, tomó los restos de sus congéneres abatidos y los fue adhiriendo donde antes había estado ésta. No se servía sólo de hueso, también usaba pedazos de estatua y hasta guijarros del suelo.

—Se reparan a sí mismos... —murmuró Héctor, asombrado, mientras contemplaba cómo el gigante volvía a levantarse. Justo entonces se percató de la presencia de un combatiente que en un principio había pasado por alto. Allí estaba Adrián, azuzando a su dragón contra una hilera de cadáveres.

Al menos ese detalle del cuento de Marina había resultado ser cierto. Iba a comentárselo cuando la vampira señaló alarmada al cielo.

Un grupo de gárgolas los había descubierto y se lanzaba en picado sobre ellos. El ángel negro se adelantó un paso, con el arma en la mano, las alas afiladas y la magia dispuesta. Se maldijo en voz baja. Apenas manejaba una veintena de hechizos,

bastante básicos en su mayor parte. Si hubiera empezado a aprender magia antes, todo sería muy distinto ahora.

—¡No podemos enfrentarnos con ellos en el almenar! —gritó sobre el fragor de la tormenta—. ¡Tenemos que volver abajo!

—¡No! —Marina negó con la cabeza, rotunda. Los ojos le brillaban con un fuego salvaje—. ¡Nos seguirán dentro y tendremos menos espacio para defendernos!

La primera oleada de gárgolas se les vino encima con un violento batir de alas. Héctor descargó un potente mandoble contra una serpiente alada y la espada de Darío la traspasó como si fuera de carne y hueso en vez de dura roca. La estatua cayó despedazada a sus pies, pero otra no tardó en ocupar su lugar. Marina, a su lado, hundió el pecho de una gárgola blanca de un puñetazo y luego intentó rematarla con un golpe de espada. El arma de Alastor se quebró al chocar contra la piedra y la muchacha se tambaleó. Héctor dio rienda suelta a la espada mágica y se giró hacia ella.

—¡No te separes de mí! —le gritó mientras lanzaba un hechizo de impacto múltiple a las gárgolas más cercanas. La vampira parecía una bestia salvaje, un animal acorralado que luchara por su vida. Paralizó a una estatua con un rápido sortilegio para luego arrojarla al vacío de una patada.

A cada segundo que pasaba más y más atacantes se sumaban a la contienda, atraídos por la agitación del almenar. Y no eran sólo gárgolas lo que la tormenta arrojaba sobre ellos, también varios fantasmas se unieron a la lucha, anunciando su llegada con aquellos chillidos que arañaban el alma.

Héctor soltó un gruñido feroz y cargó contra ellos.



Harex caminó en las alturas hasta llegar al lugar donde Hurza paraba. Ambos permanecían encarados hacia el refulgente sol que había amanecido sobre la fortaleza. Sus dimensiones crecían por segundos; en primera instancia había sido un chispazo argénteo, un destello que bien podría haber sido el reflejo de un relámpago; y aun entonces Hurza ya había sentido su poder.

—¿Esa magia tiene algo que ver con tus aliados? —preguntó Harex. En su piel aceitunada todavía se veían vestigios del hielo que había recubierto su cuerpo en su paseo por el vacío.

Hurza negó con la cabeza.

—Me temo que no —contestó—. Sospecho que es cosa de nuestros enemigos.

Era un portal lo que se estaba abriendo paso en la montaña, pero no se trataba de un vórtice común, tanto sus dimensiones como el color eran equivocados, erróneos.

El castillo desapareció, oculto por aquel deslumbrante rielar. En la superficie del portal apareció una mancha, un rasgón oscuro que crecía por momentos; junto a éste apareció otro, y otro más tras ellos. Eran sombras situadas al otro lado del resplandor, una multitud de ellas que se aproximaba veloz a la membrana de luz que daba forma al vórtice. Las joyas de la Iguana tiraron de Hurza con fuerza, alteradas por tanta magia.

A continuación las figuras atravesaron el portal, entre destellos líquidos y centelleos. Parecían proyectiles de luz, balas de cañón fraguadas a fuego blanco. Salieron despedidas a una velocidad endiablada para desperdigarse en las alturas como una lluvia de estrellas fugaces que hubiera equivocado el rumbo. Al frente del fulgor que coronaba cada estela se apreciaba una sombra.

—Magos —anunció Harex. Su hocico chato temblaba en un olfatear frenético—. Cientos de ellos. Hechiceros, demiurgos, nigromantes, brujos... Cerca de un millar.

—Hace años que no hay tal número de hechiceros en Rocavarancolia —dijo Hurza siguiendo con la vista aquella lluvia de luz. Apretó los puños. Daba igual qué fuera aquello. Su hermano y él podían enfrentarse a cualquier cosa. Ya nada tenían que temer.

—Y hace siglos que no hay hechiceros como nosotros en este reino —afirmó Harex, en sintonía con el pensamiento de Hurza—. Mil magos... Como si son cien mil —anunció con desdén—. Su número es intrascendente. Que vengan. De uno en uno, o todos a un tiempo. Tanto da —Harex sonrió bajo la tormenta—. Vamos a matarlos a todos —anunció, con los ojos entrecerrados. Era bueno estar vivo—. A todos.



Era tal la cantidad de estelas que descendía por la montaña que daba la impresión de que una catarata de luz se derramaba por ella. Las sombras que anidaban en su interior se fueron concretando a medida que se liberaban de las orlas luminosas que las cubrían. Aquellos capullos de luz les habían servido de protección a la hora de salir del sueño, pero ya habían dejado de ser necesarios y pronto no quedó rastro de ellos. Las figuras acabaron de definirse y dieron forma a una tropel vociferante que se aproximaba a la carrera por la explanada; un alud de espantos que clamaba por una nueva muerte gloriosa. Los ángeles negros comandaban la carga, seguidos de cerca por arpías y ángeles de alas blancas, armados con espadas fulgurantes. Tras ellos, en tierra, marchaba un pandemonio de trasgos y licántropos, vampiros y guerreros, minotauros y gigantes... La legión de espantos se aprestaba a la batalla, entre los aullidos de la manada y el retumbar atronador de sus propios pasos.

Allí estaba Barranta, el coloso asesinado pocas horas antes por las gárgolas de Hurza, y el duque Desidia, girando el hacha sobre su cabeza con tal vigor que parecía querer abrir una nueva cicatriz de Arax con ella. Y Dionisio con su maza, a la que había bautizado Destino porque, según aseguraba, en ella habían encontrado su destino final muchos de sus enemigos. Y Malazul, el comandante muerto en la defensa de la última torre de guerra de Rocavarancolia. Los habían vencido. Los habían derrotado. Y aun así regresaban de la tumba, decididos a rescatar su porción de gloria de las cenizas. Habían vuelto a por la victoria que les habían negado treinta años antes.

Y así, aullando enardecidos, animados por el fuego de la vida prestada y la magia, cargaban las huestes de Rocavarancolia. Los gigantes de hueso no se inmutaron ante la llegada de aquel nuevo ejército, en cambio las fuerzas de Hurza sí los identificaron como enemigos y se prepararon para recibirlos.

Barranta saltó al encuentro de las primeras gárgolas, enarbolando su maza. Había languidecido durante años mientras aguardaba la muerte y ahora Rocavarancolia le regalaba lo imposible: la oportunidad de irse en una ráfaga de gloria. De un solo golpe hizo añicos a dos gárgolas y luego, sin frenarse, saltó sobre la colosal estatua de un dios elefante. El duque Alestes blandió su espada contra los horrores de roca, dando órdenes imprecisas a los que compartían flanco con él, órdenes que, por supuesto, como habían hecho en vida, todos ignoraban. Dama Equinoccio invocó una malla ácida que devoró la piedra que daba forma a Su Majestad Arachnihetheradon, el tercer rey arácnido, mientras a su lado, dama Korma destrozaba una columna de estatuas con un sortilegio de impacto.

El fragor de la batalla se extendió de nuevo por Rocavarancolia, la ciudad de los milagros y los portentos, la ciudad de lo imposible, como una canción enloquecida, como el preludio de las leyendas por venir.

\* \* \*

Los supervivientes de la manada habían buscado refugio en el torreón Margalar. Roja los había conducido allí nada más distinguir en la distancia la silueta familiar del edificio. No guardaba recuerdos reales de ese lugar, pero la forma, el color, hasta el aura que desprendía le inspiraban seguridad.

Los olores que le salieron al paso al entrar la alteraron profundamente, tanto que marchó a trompicones a través del caos de muebles y enseres. Se sentía tan extraña que, por un instante, le pareció perturbador caminar a cuatro patas, como si hubiera algo equivocado en ello. Allí se topó también con su olor y también le resultó extraño, como si no terminara de ser el suyo.

La loba guio a los cinco supervivientes de la manada a las mazmorras. Refugiarse en ellas no fue una decisión consciente, estaba tan aturdida que se limitó a seguir su propio rastro hasta allí. Pero aquel lugar sobre todo olía a Lizbeth. Su olor impregnaba hasta las mismas piedras. Entre aquellas paredes reinaba un silencio absoluto. Roja no tenía forma de recordar que se debía al sortilegio de silencio de Bruno, pero esa calma, por muy poco natural que fuera, resultaba un alivio tras aquel día de pesadilla.

Gris montó guardia ante la puerta entreabierta, alerta, como si temiera que los engendros que los habían masacrado pudieran irrumpir allí en cualquier momento. Azor y los otros tres lobos se recostaron unos sobre otros, agotados. Roja permaneció sentada ante una celda, sumida en el desconcierto que le provocaba tanto el lugar como los olores que respiraba.

Las horas transcurrieron lentas, sin que tuvieran modo de saber qué estaba sucediendo fuera. Roja llegó a adormecerse varias veces y en cada una de esas ocasiones le asaltaron extraños sueños en los que caminaba sobre dos patas. Tras un brusco despertar, se encontró con Gris caído de costado ante la puerta. Se acercó a él, deprisa, temerosa de que hubiera muerto. El lobo respiraba de manera bronca, pero continuaba vivo. Simplemente estaba agotado.

Mientras lo observaba, Gris mostró los colmillos y gruñó en dirección a la puerta antes de incorporarse con dificultad. Un nuevo olor se abría camino en las mazmorras, procedente del exterior. Los lobos que dormitaban se levantaron a la par, venteando el aire. Los ojos de Roja se desorbitaron. Conocía ese olor. Antes de ser consciente de lo que estaba haciendo ya corría hacia la puerta.

Ese olor traía consigo sentimientos olvidados, recuerdos fragmentarios, tan lejanos que se remontaban hasta el mismo inicio de su existencia. Ese olor despertaba emociones tan complejas que era incapaz de darles forma con el lenguaje mínimo de la manada. Llegaba de una de las estancias que compartían el sótano con las mazmorras. Hacia allí fue, frenética, ansiosa. Escuchó el sonido de metal al ser removido justo en el instante en que entraba, con los ojos muy abiertos y el corazón encogido.

Alexander estaba allí. Su hermano estaba allí. Vivo y radiante. Hermoso hasta la locura, hasta el paroxismo. Se encontraba de espaldas a la puerta, con el torso desnudo punteado de sudor. Se estaba abrochando un cinturón del que colgaba la vaina de una espada de empuñadura negra.

Se giró al oírla entrar. Y en sus ojos verdes y en su sonrisa se adivinó una rotunda dicha.

—¡Maddie! —exclamó.

Se hincó de rodillas a su lado y se abrazó a ella con tal fuerza que le hizo daño. No le importó. Aquel contacto era un milagro, sentir aquel cuerpo contra el suyo era la

felicidad. La loba temblaba de puro vértigo. Sintió una extraña corriente de pudor, de vergüenza. Su hermano era hermoso y ella era... un monstruo. A Alexander no parecía importarle su aspecto, enterró el rostro en el pelaje de su hermana y cerró los ojos, ajeno al mundo que le rodeaba. Permaneció así durante un largo minuto, sintiendo el latir del corazón de Maddie contra su cara, el rumor del discurrir de su sangre, el aliento a vida que exudaba su cuerpo.

—No podía tocarte... —murmuró cuando la loba comenzó a lamer las lágrimas que corrían por sus mejillas—. Me estaba muriendo y ni siquiera podía tocarte... ¿Cómo no iba a volver, maldita sea? ¿Cómo no iba a volver?

\* \* \*

El almenar que se alzaba en el centro de Rocavaragálogo estaba infestado de estatuas y fantasmas. Y allí combatían el ángel negro y la vampira, cercados por un mar de espantos.

—¡No te alejes! —le gritó Héctor de nuevo cuando la lucha volvió a separarlos.

—¡No te alejes tú! —escuchó que le replicaba ella, apenas a un metro de distancia.

El caudal de magia que circulaba por su interior no parecía disminuir con el uso. Practicaba hechizo tras hechizo sin sentir que éste se redujera. ¿Sería siempre así o tendría que ver con el hecho de haber asesinado a un inmortal? Invocó un sortilegio de empuje y, acto seguido, uno de disipación para contrarrestar el hechizo maléfico de un fantasma. Y del mismo modo en el que aquel poder mágico parecía no tener visos de agotarse, tampoco tenía apariencia de hacerlo el número de adversarios contra los que se enfrentaban. Era cuestión de tiempo que impusieran su número y los derrotaran.

Una figura enorme eclipsó al resto de atacantes: era un dragón de piedra roja, con el lomo y la cabeza ennegrecidos por el fuego. Aterrizó entre la vampira y el ángel negro, separándolos en mitad de la contienda. Héctor intentó correr hacia su amiga, pero aquella inmensa bestia se interpuso en su camino. Cuando iba a echar a volar, una corriente de aire frío, plagada de cuchillas, mordió su pantorrilla izquierda y le hizo perder pie. Trenzó un sortilegio de curación para restaurarla y esquivó la acometida del dragón con un salto que pronto consiguió convertir en vuelo. Buscó a Marina con la mirada, pero no logró encontrarla.

—¡Marina! —llamó y su grito se perdió en la tormenta.

Voló entre las gárgolas en busca de su amiga. Era tal la agitación que le rodeaba que ni siquiera prestó atención a los repentinos destellos que se sucedieron en los cielos. Los tomó por magia o por el reflejo de los relámpagos. Un espíritu se abalanzó sobre él rodeado de ascuas de hechicería negra, Héctor preparaba ya un sortilegio de

disipación cuando el espectro se contrajo de manera ridícula, comprimido y confinado en una burbuja de no más de medio metro de diámetro aparecida de la nada. Aquella esfera se elevó en mitad del temporal, como un globo escapado de la mano de un niño. Héctor no se permitió sorprenderse. Gritó llamando a Marina otra vez y creyó oírla responder desde algún punto a su izquierda. Cuando intentaba abrirse camino hacia allí, fue testigo de cómo un nuevo espíritu quedaba prisionero en otra esfera que, como la primera, se perdió en las alturas.

Héctor aterrizó en medio del caos. Y nada más hacerlo la espada de Darío intentó ensartar al fantasma de un guerrero barbudo; era la primera ocasión en que el arma se revolvía contra un espíritu y se forzó a contenerla, antes siquiera de ver que aquel a quien había tomado por un espectro estaba hundiendo la cabeza de una estatua a mazazos.

—¡Atrás, muchacho! —le gritó el desconocido mientras le hacía un gesto brusco con la mano—. ¡Atrás! ¡Saca a tu dama de aquí antes de que os destripen!

Héctor retrocedió, perplejo por la repentina aparición de aquel hombre. Había más extraños en el almenar enfrentándose a las gárgolas y los fantasmas. Parecían haberse materializado desde la nada. Vio a una horripilante criatura peluda, de cabeza enorme y garras descomunales, destrozar una estatua a mordiscos. Y cada vez se veían más espectros atrapados en burbujas.

No tenía tiempo para preguntas ni vacilaciones. Héctor aceptó la aparición de aquellos extraños y reemprendió la búsqueda de Marina. La encontró al fin, acorralada por varias estatuas contra una almena de la pared sur. La muchacha se batía con furia y varios de sus inesperados aliados estaban haciendo todo lo posible por liberarla del cerco. Héctor se aproximó a ellos tras despejar su camino con más magia de impacto.

—¡Harex y Hurza! —gritó de pronto alguien en medio de la algarabía. La simple mención de esos nombres le hizo estremecer—. ¡Que los demonios nos lleven! ¡Esos bastardos vienen hacia aquí!

Arriesgó un vistazo a las alturas. Entre el vuelo de las gárgolas pudo ver un sinfín de figuras acercándose.

Llegaban a centenares. Vislumbró ángeles negros entre aquel caos, y un gigante acorazado con dos majestuosas alas de cuervo.

—¡Marina! —gritó mientras avanzaba a trompicones hacia ella, entre magia y acero—. ¡Marina! —no sabía qué estaba ocurriendo, pero tenía la absoluta certeza de que debían abandonar la torre cuanto antes.

La vampira reaccionó a su llamada, abrió brecha entre las estatuas y, justo cuando echaba a correr hacia él, desapareció de su vista tragada por el suelo que pisaba. Acababa de precipitarse por una de las oquedades del piso. Varias gárgolas se lanzaron tras ella por esos mismos huecos. Héctor miró a su alrededor, frenético, pero



no vio ninguna abertura cerca. Durante el combate había evitado el hechizo de intangibilidad, por temor a hacerse pedazos al revertir a la forma sólida, pero se decidió a usarlo para ir tras su amiga. Cuando estaba a punto de lanzar el sortilegio, un frío presentimiento le hizo mirar hacia arriba.

Sobre la torre flotaban Hurza y Darío, el uno junto al otro, y era tal el aura de poder que desprendían que la realidad vibraba en torno a ellos, se retorció, inestable, ante la cantidad de magia contenida en tan reducido espacio. El Comejos hizo un gesto con su mano, como si barriera el aire ante él y, al momento, un brutal hechizo de empuje hizo que hasta el último ser que combatía en el almenar, ya fuera estatua, hombre o fantasma, saliera despedido de allí.

Héctor cayó junto a ellos, proyectado hacia la noche por la hechicería del nigromante. La espada de Darío escapó de su mano y cayó girando sobre sí misma. El ángel negro desplegó las alas, pero el hechizo de empuje era tan poderoso que le costó un duro batallar hacerse con el control de la situación y convertir la caída en vuelo. Antes de que pudiera estabilizarse tuvo a varias gárgolas encima. Una de ellas le golpeó con fuerza en la mandíbula mientras otra le desgarraba el vientre de un zarpazo. Apartó a la primera con un empujón mágico, pero llegaron más para ocupar su lugar. Una le aferró de las alas y él se desequilibró por completo. El círculo a su alrededor se cerró y un sinfín de garras y colmillos se abatió sobre él.

—¡Héctor! —escuchó gritar muy cerca. Al momento varios de sus contrincantes salieron despedidos.

El ángel negro aprovechó el respiro para escabullirse del cerco y paralizar a varias gárgolas. Estas se precipitaron al vacío como las simples piedras que eran. El resto de sus atacantes se desintegró sin que él tuviera nada que ver. Curó sus heridas y buscó el origen de la voz y de la magia que le había salvado.

El dragón del piromante iba a su encuentro, volando a una velocidad infernal. Adrián estaba inclinado hacia delante, escupiendo sangre. La espada de Darío le había atravesado un costado. El muchacho la sujetaba con firmeza de la empuñadura y por la tensión de su gesto parecía evidente que el arma que tenía clavada buscaba hacer más daño todavía. Se la arrancó de un tirón y, tras vacilar un momento, la guardó en una de las vainas que colgaban de su cinto. Héctor obvió al dragón y a su jinete y miró hacia lo alto, hacia el almenar central de Rocavaragálago. Hurza y Darío acababan de aterrizar allí. Y los cielos a su alrededor bullían de magia. Cientos de siluetas se aproximaban a ese mismo punto, aceleradas, rabiosas.

El ángel negro se dispuso a volar de regreso hacia la torre, pero antes de poder hacerlo, el dragón se interpuso en su camino.

—¡No puedes volver! —le gritó Adrián. El muchacho y su montura irradiaban un calor sofocante—. ¿Te has vuelto loco?

—¡Marina está en la torre! —le gritó a su vez—. ¡Tengo que ir por ella! —y antes

de acabar su frase ya volaba hacia allí.

El cielo en torno a la torre hervía de actividad. Las figuras que había visto aproximarse habían llegado ya. En torno a la catedral roja volaban arpías y hechiceros, ángeles negros y extrañas criaturas de todo tipo y condición. No se paró a preguntarse de dónde habían salido, no le interesaba, no le importaba, lo realmente importante estaba en lo alto de aquella torre.

—Si lo que pretendes es suicidarte, adelante —escuchó decir a alguien a su espalda—. Pero la muerte es un lugar sumamente aburrido, te lo advierto. Está lleno de estatuas mal hechas, ciudades nauseabundas y viejas chifladas.

Héctor se giró hacia la voz, aturdido al reconocerla.

—No te miento —le aseguró Esmael—. Vengo de allí.

Rocavarancolia entera había resucitado.

Dama Serena observaba la nueva batalla en la planicie, más allá de la sorpresa, más allá del estupor. Observaba cómo el ejército vuelto a la vida embestía contra los muertos de Hurza, cómo sus hechiceros atrapaban a los fantasmas en esferas de contención similares a la que ella usaba para desplazarse. Contempló cómo los nuevos colosos del demiurgo arrasaban líneas de estatuas y cadáveres, recomponiéndose cuando el enemigo los abatía. El desaliento pudo con ella. Nunca se libraría de aquella condena. Aquella falsa vida la perseguiría por toda la eternidad. Cayó de rodillas y gritó, desesperada. Su traición había quedado en nada. Iba a vencer. Rocavarancolia iba a vencer de nuevo a sus fundadores.

Allí, doblada por la angustia, dama Serena se dio cuenta de que Rocavarancolia jamás sería derrotada. Era imposible vencerla, esa maldita ciudad era una fuerza primaria cuya característica principal era la de sobrevivir a todo y a todos. Nada ni nadie podría terminar jamás con ella. Se estremeció en el salón del trono, sin parar de gritar, convulsa, perdida.

Por eso no le oyó entrar, por eso no escuchó sus pasos hasta que estuvo a su lado. Fue su voz lo que la alertó.

—Serena —oyó.

Y allí estaba él: Maryalé, su amante esposo, el rey que la había condenado a siglos de existencia vana. Llevaba puesta la misma armadura que había vestido la última vez que lo había visto, en aquella misma estancia, resucitado por la magia de Esmael y el grimorio de Hurza.

Saltó hacia él, crispada de dolor y angustia.

—¿Por qué? —le preguntó, rabiosa—. ¿¿Por qué me hiciste esto?!

Sin esperar respuesta, invocó a su magia para hacerlo pedazos; dispuesta a matarlo de nuevo, como lo había hecho al poco de ser transformada en fantasma. En aquella ocasión él no se había defendido, se había dejado asesinar. Ahora, Maryalé contrarrestó su ataque con dos gestos y una barrera mágica. Aquella defensa era

fácilmente salva-ble. De haber querido, dama Serena habría logrado acabar con él, pero tras aquel primer arrebató se detuvo. Estaba tan cansada, tan harta...

—¿Por qué? —preguntó otra vez, con apenas un hilo de voz.

—Porque te amaba —contestó él—. Te amaba más que a mi propia vida. Más que a la lógica y a la razón. Te amaba, y amarte lo era todo. ¿Cómo iba a consentir perderte si existía el modo de retenerte a mi lado? —preguntó con dureza—. Si aquel mago me hubiera pedido que redujera Rocavarancolia a cenizas para salvarte, lo habría hecho sin dudar. Te amaba, y no me arrepiento de lo que hice.

—Me condenaste —le acusó ella, sin fuerzas para dar más argumento que ése.

—Lo sé —concedió Maryalé—. Pero sonrío, dama Serena —ella alzó la mirada, extrañada por el tono de la voz del rey muerto. Sonaba desolado—. Tu condena está a punto de finalizar. Vengo a liberarte —aseguró—. Porque ya no te amo —en sus ojos se vio tal desprecio que ella estuvo a punto de gritar—. Porque desde donde estaba me han permitido ver lo que has hecho, lo que has ayudado a desencadenar. He visto tu egoísmo, tu hipocresía, te he visto convertirte en algo tan mezquino que ni siquiera consigo reconocerte. Mi amor formó parte del hechizo que te convirtió en fantasma, pero ahora reniego de él, reniego de ti. Reniego de lo que eres. Eso debería bastar... Eso debería ser suficiente... El sortilegio está roto.

La fantasma notó cómo se retorció por dentro, fue una sensación devastadora, como si el mismo tejido de la realidad tratara de expulsarla de su seno, como si la vida se hubiera dado cuenta al fin de su presencia y procediera a repudiarla.

—La persona que amaba ya no existe —murmuró Maryalé con tristeza—. Así que no tiene sentido que existas tú. Que la oscuridad te lleve —dijo—, seas quien seas.

Dama Serena se estremeció. La muerte la reclamaba. Y justo en ese instante tuvo miedo, un miedo atroz. No sabía qué le aguardaba al otro lado, ¿y si era algo peor de lo que abandonaba? ¿Y si se había equivocado? No sintió alivio alguno al comenzar a extinguirse, más bien al contrario: una angustia tremenda se apoderó de ella.

—Maryalé, Maryalé —le llamó mientras se desdibujaba. La muerte tiraba con saña de ella—: El cuerno de Hurza —le anunció, con urgencia, con apremio. No buscaba el perdón, no buscaba redención: lo único que quería era que comprendiera que, en algún lugar recóndito de su interior, seguía siendo la mujer que había amado—. Su alma está en el cuerno. Arrancádselo y acabaréis con él.

Luego se desvaneció.

\* \* \*

La riada de sombras surcaba las calles como una serpiente descomunal y enfurecida, como un río turbio que hubiera abandonado su cauce. La bruja cabalgaba en cabeza,

montada en una mole que había adoptado forma de unicornio humeante. Natalia se aferraba a su lomo con una mano mientras empuñaba en la otra el báculo de Sedalar Tul.

La expresión de su rostro inquietaba hasta a las mismísimas onyces. Jamás habían visto tanta furia contenida, tanta desesperación. Natalia marchaba llorando, pero las lágrimas no suavizaban su expresión, al contrario: la subrayaban.

En Rocavarancolia sólo cabía la muerte y la devastación. No había espacio para más. Todos habían ido cayendo, uno a uno. Alexander en la torre, Rachel en el palacete, Ricardo en la plaza, Marco... Marco ni siquiera había sido Marco... Y ahora Bruno. ¿Quién quedaba? Nada sabía de Marina ni de Héctor, ni del trasgo ni de Adrián que habían ido a rescatarlos. ¿Y Lizbeth? ¿Y Maddie? No le costaba trabajo imaginárselos a todos muertos.

—Final feliz... —musitó y aquellas palabras le ardieron en la garganta. Así había llamado ese idiota, ese loco, a ese beso rápido y mal dado en Altabajatorre. ¿Cómo se había atrevido? ¿Quién le había mandado sacrificarse por ella?

Se dirigía a Rocavaragálogo. A la catedral roja. Allí estaban sus amigos. Los salvaría o moriría a su lado. Porque todos morían, absolutamente todos. Ésa era la única verdad. La muerte dominaba el mundo. Y había decidido que no quería morir sola.

La ciudad enloquecía por momentos. Primero un sinfín de cometas y fulgores surcó la noche y, poco después, Rocavaragálogo se convirtió en el centro de una actividad frenética. Cientos y cientos de figuras movedizas pusieron bajo asedio los cielos sobre la catedral. Aquella zona de Rocavarancolia pronto bulló bajo el imperio de la magia.

Cuando les quedaba poco para alcanzar la línea de edificios que separaba la ciudad de la planicie, las gárgolas y los fantasmas cayeron sobre ellas. Llegaron de improviso, desde las alturas y a través de las callejuelas que desembocaban en la avenida por la que avanzaban. La bruja enarboló el báculo al verlos aparecer, contenta de tener al fin algo que destrozar. Dio un grito y la pajarera vomitó un haz de luz que hizo pedazos a todos los engendros de piedra que encontró a su paso. Los espíritus ni se inmutaron ante aquel rayo, se limitaron a atravesarlo y saltar sobre las sombras y la bruja.

—¡Destruídllos! —gritó Natalia, llorando a lágrima viva. La sombra que montaba se encabritó al tiempo que hacía emerger de sus costados un sinfín de afiladas extremidades—. ¡Matadlos a todos! —aulló, como si las criaturas que los habían emboscado fueran las culpables de todos los males del mundo.

Las onyces se arrojaron sobre el enemigo, transformadas en demonios rebosantes de tentáculos y agujones. Cientos de sombras confluyeron en aquel cruce, olas oscuras que rompían contra las estatuas como un reflejo de la furia de la bruja.

Natalia estaba en el centro de la vorágine con el báculo en las manos, lanzando descarga de magia tras descarga de magia.

No moriría allí, se negaba a hacerlo. Moriría junto a sus amigos.

Un sortilegio de empuje le acertó de pleno en el pecho. Las runas de protección que dama Acacia había dibujado en su piel chisporrotearon al desvanecerse, pero cumplieron con su cometido de mitigar el daño que el hechizo habría causado.

Consiguió levantar una pantalla defensiva a tiempo de detener un segundo hechizo que, de haberle acertado, la habría abierto en canal. La barrera neutralizó el sortilegio, pero no impidió que la descabalgara de la onyxe. Cayó al suelo encharcado, retorciéndose de dolor. Logró invocar un hechizo de curación y sintió un alivio inmediato. Antes de poder incorporarse, el espectro de una mujer demacrada se cernió sobre ella dando gritos. La bruja intentó convocar un nuevo sortilegio protector, pero el espíritu fue más rápido. Natalia sintió el impacto de aquel nuevo hechizo y luego no sintió nada. Quedó paralizada, inerte en el suelo. El fantasma rompió a reír y a llorar al mismo tiempo, dio otro grito y salió volando, trazando espirales en la tormenta.

Un muro se vino abajo a unos metros de distancia. Entre los cascotes, el polvo y la mampostería destrozada, se abrió paso una estatua enorme. Era un dragón negro, de cuatro largas alas y cabeza espigada. Avanzó a la carrera por la calle, indiferente al batallar de sombras y gárgolas, dando mordiscos furiosos al aire. Iba a por Natalia. Sobre su lomo montaba una mujer de piedra, una sombría criatura que le dedicó una sonrisa cuajada de colmillos.

Balderlalosa y la reina vampiro parecían todavía más irreales al resplandor de los relámpagos y los destellos de magia que llegaban desde Rocavaragálogo. Un torbellino de sombras les salió al paso. Natalia no pudo hacer otra cosa que contemplar cómo aquel horror negro despedazaba a las onyces mientras se aproximaba. Las sombras no podían contenerlo, caían bajo su embestida una tras otra, convertidas en humo viscoso. La bruja intentó moverse, pero el hechizo del espectro se lo impedía. Estaba indefensa, a merced del monstruo que ya llegaba. El dragón abrió las fauces y se abalanzó sobre ella, arrastrando una estela de onyces.

Natalia cerró los ojos y se preparó para morir. En lo último que pensó fue en aquel beso rápido en Altabajatorre. Escuchó el chasquido de las fauces de la bestia al cerrarse y sintió en el rostro la corriente de aire que provocaron. Pero seguía viva, viva y entera. La boca del dragón se había cerrado a apenas unos centímetros de su cara. Alguien mantenía sujeto al monstruo por la cola, impidiéndole alcanzarla. Aquel engendro intentó morderla de nuevo, pero tiraron de él hacia atrás y tan descomunal era la fuerza de quienquiera que lo aferrara que lo arrastró por la calle como si no fuera más que un cachorro. Natalia intuyó una silueta enorme tras el dragón, oculta en el torbellino de oscuridad que eran las onyces. Era un gigante. La reina vampiro se

giró hacia el recién llegado y, al momento, un poderoso puño la estrelló contra el muro de la casa vecina. Luego aquella cosa la emprendió a golpes contra su montura. El dragón se retorció mientras lo hacían pedazos contra el empedrado.

Natalia jadeó, incapaz de comprender qué estaba ocurriendo. Seguía paralizada y su campo de visión era demasiado limitado como para hacerse una idea de lo que sucedía a su alrededor. Vio varios fantasmas atrapados en esferas salir volando por los aires, intuyó siluetas difusas que saltaban sobre las gárgolas. Escuchó gruñidos y el paso de bestias desplazándose veloces. Alguien rio. Y Natalia reconoció esa risa, pero era imposible, del todo imposible. Ni siquiera en Rocavarancolia podría suceder algo semejante...

Un muchacho se acuclilló a su lado. Era un joven negro, de ojos castaños y pelo rizado. La lluvia hacía que el color oscuro de su piel refulgiera. Natalia no lo había visto nunca y, aun así, supo quién era. Había conocido a alguien que había intentado copiar esos mismos rasgos en su cara.

—Tranquila —dijo. Le miró con timidez mientras sonreía—. Estás a salvo. No vamos a dejar que te pase nada, ¿de acuerdo?

A continuación, disipó el sortilegio de inmovilidad del que era víctima. Natalia se incorporó al momento y se apartó del joven, resoplando aturdida. El muchacho levantó las manos, como si con ese gesto pretendiera demostrarle que era inofensivo. La bruja miró alrededor. Había lobos en la calle, varios ejemplares enormes, abalanzándose sobre las gárgolas; reconoció a Maddie entre ellos, a su lado corría una loba de pelaje castaño, un ejemplar magnífico que recordaba en cierto modo a la cosa deforme en la que se había convertido Lizbeth. Se fijó entonces en la criatura medio humana y medio bestia que combatía junto a ellas. Era una suerte de licántropo. Sus manos eran zarpas lobunas, aunque lo bastante articuladas como para permitirle empuñar una espada; su cabeza y el pecho eran de lobo, y su pelaje tan rojo que parecía en llamas. Reconoció sus ojos verdes nada más verlos. Resultaba imposible olvidarlos.

Retrocedió en el suelo, sin aliento.

Y entonces vio a Rachel. La joven empuñaba dos cimitarras, y prácticamente, danzaba entre las estatuas que intentaban alcanzarla. Sus movimientos eran perfectos, increíbles, de una fluidez casi poética. Las armas destrozaban la piedra sin resultar dañadas. Con cada criatura abatida, la muchacha reía, dichosa, feliz. Mientras Natalia contemplaba más allá del asombro a su amiga muerta, el gigante que había destrozado a la reina vampiro y su dragón emergió de las sombras. Medía más de cuatro metros de altura y era todo puro músculo y nervio. Natalia también lo reconoció. Era Ricardo. Las lágrimas corrían por su cara, pero ya no eran de rabia, eran obra de un sentimiento extraño, enloquecedor, un sentimiento que comprendía alegría y alivio, sorpresa y locura.

Y de pronto tuvo a Alexander a su lado. Llegó a ella convertido todavía en medio bestia, pero mientras se acuclillaba su faz de lobo se transformó en la del muchacho que había sido. Lo hizo con una rapidez portentosa. El hocico se convirtió en una nariz humana, el pelo se retrajo, la frente se hundió y las mandíbulas pronunciadas dieron paso a una sonrisa que ella conocía muy bien.

—¡Por todos los infiernos, Natalia! —exclamó Alexander—. ¡La Luna Roja te ha vuelto guapa! ¡Y dicen que el gordito ha adelgazado! ¿Es que los portentos en esta ciudad nunca acaban?

\* \* \*

No era allí donde quería estar.

Héctor combatía junto a los resucitados, luchaba junto a vampiros y demonios, trasgos y gigantes. Luchaba codo con codo con los habitantes de Rocavarancolia y ya no distinguía diferencia alguna entre esos espantos y él. Eran hermanos de luna, habitantes de la oscuridad. Era un ángel negro al fin, un monstruo más entre monstruos. Hizo estallar la estatua de un antiguo rey y luego decapitó con sus alas al engendro putrefacto que intentó ensartarlo con su tridente. ¿Había sido el día antes cuando Darío había llegado con Marina gritando en brazos? ¿Cómo era posible? El tiempo había dejado de tener sentido, los acontecimientos se precipitaban y él se veía forzado a seguir su ritmo.

Pero llegaba el final. Para bien o para mal todo estaba a punto de concluir. Y él no se encontraba donde debía estar. Miró por enésima vez a las alturas, a esa otra batalla que tenía lugar en Rocavaragáago. Allí estaban Darío y Hurza, sitiados por cientos de hechiceros; allí estaba Marina. Mientras miraba una de las torretas del edificio se resquebrajó y se vino abajo. Héctor apretó los dientes, furioso. Era allí donde debía estar, luchando por salvar a Marina. Pero Esmael tenía razón, habría sido un suicidio acercarse a la catedral roja.

—Si quieres ser de alguna utilidad, ahí abajo tienes una batalla en la que sí puedes participar —le había dicho el ángel negro tras interceptarlo cuando volaba de regreso al almenar.

La sorpresa de encontrar vivo a Esmael le había aturdido de tal forma que durante unos instantes sólo consiguió balbucear.

—Estás muerto —dijo finalmente.

—No, pero tampoco estoy vivo. Lo que me sostiene en este mundo es la magia primordial y pronto se extinguirá el hechizo —torció el gesto—. En el fondo no soy más que un espejismo. Un títere en manos de una loca —sonrió y le miró de arriba abajo. Los ojos le brillaban—. Por lo que veo ya has aceptado lo que eres. Apestas a

magia. ¿Te dolió mucho traicionar tus principios?

La contestación que le vino a los labios fue un «Le dolió más a él»: una respuesta muy propia de un ángel negro.

—Fue sin querer —murmuró en cambio, aunque aquello no fuera del todo cierto—. No tenía intención de matarlo.

Esmael se echó a reír.

—Mi primera vez también fue por accidente —dijo—. La segunda la disfrutarás más, te lo aseguro.

—¡Esmael! —se escuchó entonces. En el cielo, entre la batalla salvaje que asolaba las alturas y ellos, había otro ángel negro: una mujer de belleza despiadada, el tipo de belleza por el que alguien podría asesinar o dejarse matar—. ¡Te necesitamos aquí, deja que el polluelo muera como le venga en gana! ¡Ya no es tiempo de lecciones!

—Lucha o muere —le dijo Esmael con una torva sonrisa antes de volar al encuentro de la mujer alada.

Tras un instante de vacilación, Héctor se había unido a la batalla de la planicie. Aquella locura la podía manejar, el infierno de magia que prendía fuego a las alturas le superaba.

Luchaban entre montoneras de esqueletos. La llanura entera estaba sembrada con los restos del primer ejército de Sedalar. Héctor se dejó llevar; era lo único que podía hacer, diluirse en aquel combate desquiciado e intentar no pensar en lo que ocurría en el cielo. Las alas del ángel negro se abatían sobre las tropas muertas de Hurza, sajando, destripando y mutilando mientras usaba la poca hechicería que sabía manejar para acabar con las estatuas. Contra los fantasmas poco podía hacer, salvo interceptar sus hechizos o sufrirlos cuando burlaban sus defensas.

Las sombras de Natalia también estaban allí, habían llegado poco después de que él se uniera a la contienda; llegaron en riada, abalanzándose sobre el enemigo convertidas en pesadillas aceradas. Durante un instante, creyó reconocer a la propia Natalia entre ellas, pero pronto la perdió de vista. También vio a un hombre lobo de pelo rojo que, sin motivo aparente, le resultó terriblemente familiar. Embestía contra sus adversarios con una furia desmedida.

Las arpías, los ángeles negros y otras criaturas aladas sobrevolaban la llanura, en duelo contra gárgolas y fantasmas. Adrián compartía cielo con ellos, a lomos de su dragón. Con una mano descargaba hechizos de consunción mientras con la otra hacía arder a los enemigos que contaban con carne en sus huesos.

Héctor dio un grito y se abalanzó contra dos muertos resucitados. Sí, la Luna Roja corría por sus venas; Rocavarancolia le había reclamado como suyo y él había aceptado. En aquel campo de batalla, Héctor estaba rubricando un nuevo contrato, otro que le ligaba en cuerpo y alma a aquella ciudad demencial.

Y de nuevo lo firmaba con sangre.





Había mil magos en el cielo, y el poder conjunto de todos ellos no conseguía arañar siquiera las defensas desplegadas por los fundadores del reino en torno al almenar. Allí se daban cita los más poderosos hechiceros que habían combatido junto a Sardaurlar. Allí paraban Arador Sala, el piromante, junto a Annais Perlaverde y Balear Bal, el demiurgo que a punto había estado de ser custodio de Altabajatorre. Allí estaban Bocafría y dama Esencia, dama Locura y Tara Dun... El duque Roído, Balacera, dama Agonía... Cientos de brujos, hechiceros y magos habían unido sus fuerzas para combatir a las dos criaturas que caminaban en lo alto de la torre.

Pero nada podían contra ellas.

Los cielos ardían. La magia era consumida a tal velocidad que la tormenta se concentró sobre la catedral; las nubes que le daban forma se comprimieron en torbellinos que giraban con tal virulencia que parecían querer atraer la Luna Roja a tierra. El almenar estaba rodeado de varias esferas de protección y eran pocos los sortilegios de las huestes de magos que lograban traspasarlas, además, los que lo lograban eran neutralizados con facilidad por Harex y Hurza. En cambio, los hechizos de ambos no tenían problema en atravesar las defensas del enemigo. De las esferas de magia concentrada que rodeaban la torre surgía una miríada de rayos de luz, un continuo juego de luces asesinas que se impulsaban hacia los hechiceros que cercaban el almenar.

Denéstor Tul, el difunto demiurgo de Rocavarancolia, también participaba en la batalla. Aunque denominar de tal manera a lo que estaba sucediendo en las alturas era un sinsentido; aquello no era una batalla: era una carnicería. Uno a uno los hechiceros del reino eran derribados del cielo. La magia de sus adversarios los hacía estallar o colapsaba sus mentes y apagaba sus conciencias, o paralizaba sus cuerpos o...

La muerte adoptaba mil formas sobre Rocavaragálago.

—Es imposible —le dijo al demiurgo un hechicero de barba negra. Era Ungra Tadeo, un mago rojo de indudable poder—. No hacemos la menor mella en sus defensas y mientras tanto esos malnacidos nos destrozan uno tras otro. ¿Para eso hemos vuelto a la vida? —preguntó desolado—. ¿Para ser humillados de nuevo?

Denéstor Tul no respondió, aunque mucho temía que así fuera.

El combate en la planicie estaba llegando a su fin. Las fuerzas enemigas se habían visto reducidas de tal forma que a duras penas encontraban los suyos engendros que combatir. De todos modos, Denéstor no se engañaba: aquella victoria no significaba nada. Si no tomaban los cielos no sería más que un espejismo. Una vez el ejército de dama Sueño abandonara el mundo de los vivos, Rocavarancolia pertenecería a Hurza y Harex.

Rocavaragálago debía caer.

\* \* \*

No todos los resucitados participaban en la lucha.

Varios de los niños cosechados por Denéstor habían optado por eludirla y disfrutar de aquella prórroga de vida para vagabundear por la ciudad o volar por los cielos. No querían desperdiciar en batallas el escaso tiempo que la hechicería les había otorgado.

Una muchacha de ojos verdes a la que la Luna Roja le había concedido el don de la brujería y el dominio de las espadas se adentró en los restos de una vieja casona. Allí se había refugiado tras ser cosechada y allí había sido devorada por una alimaña. No necesitó mucho tiempo para encontrar lo que buscaba. La muñeca estaba en la misma mesita donde la había dejado, cubierta de polvo y telarañas.

La limpió con cuidado, con mimo, y, a continuación, se sentó en el suelo, acunándola despacio entre sus brazos.

Uno de los niños devorados por Roallen agitó las alas de gaviota que salían de su espalda y llegó hasta uno de los muchos obeliscos que se repartían por la ciudad. Se posó en su cúspide y miró más allá del faro, a la superficie tenebrosa que se mecía entre los barcos zozobrados y el horizonte. Respiró hondo y sonrió: nunca había visto el mar.

Comenzó a amanecer.

\* \* \*

Arador Sala voló hasta el barrio en llamas y descendió al corazón del incendio que él mismo había contribuido a crear. El fuego volvió a la vida aun antes de que tomara tierra; lo hizo con violencia, como si hubiera reconocido a su creador y la emoción le desbordase. El piromante extendió ambos brazos, cerró los ojos y se dejó abrazar por las llamas. En unos segundos, el incendio buscó refugio en el cuerpo del brujo dejando tras él un caos de derrumbes, ceniza y edificios abrasados. Arador Sala comenzó a brillar, henchido de poder. Eran tales las fuerzas que recorrían su ser que él mismo no tardaría en ser consumido por ellas.

El brujo voló entonces hasta Rocavaragálago, convertido en una nova con forma humana. Consciente del poco tiempo que le quedaba, concentró toda su energía en un único golpe, una llamarada de tal potencia que debería haber reducido la catedral a

escoria fundida. El torrente de llamas consiguió atravesar las protecciones de los dos hermanos y, por un instante, el piromante se permitió albergar esperanza. Al segundo siguiente el fuego quedó reducido a nada a un gesto de Harex. Luego, un hechizo de desastre desintegró a Arador Sala, llevándose también por delante a una de las arpías oráculo de Beteles.

\* \* \*

Los magos seguían cayendo del cielo.

Harex y Hurza continuaban consumando la matanza, sin que se viera el menor atisbo de flaqueza en ellos. Harex luchaba con gesto imperturbable. No se permitía disfrutar de la masacre. Ya era bastante horrible tener que recurrir a la magia para enfrentarse a la magia, no pensaba cometer el abominable horror de solazarse con ello. El sólo era el instrumento de su propio odio, un escalpelo frío cuyo único cometido era extirpar la hechicería del tejido de la creación.

Hurza, en cambio, gozaba de cada instante. La magia restallaba en los cielos y le resultaba imposible no dejarse llevar por aquella locura inconcebible. De hecho, a veces, no podía contener las lágrimas. Con cada hechicero que derribaban recordaba una de las miles de muertes que había sufrido a manos de los aesín.

—No puede durar mucho más —escuchó decir a Harex—. El hechizo que los anima no tardará en desvanecerse. Regodéate, hermano. Esto está terminado.

—Ojalá no terminase nunca —deseó Hurza—. Ojalá durara para siempre...

\* \* \*

Daba igual la fuerza con la que lucharan, daba igual la intensidad de la magia que ponían en liza: el almenar de Rocavaragálagó era inexpugnable. Esmael rugió, furioso, mientras lanzaba el enésimo hechizo de consunción con el mismo vano resultado. Voló en torno a la torre, buscando algún punto débil en su estructura. Pero no había nada. Hasta la puerta que se había abierto en su fachada había desaparecido; en aquel momento las únicas aberturas que se veían en el edificio estaban bajo el almenar, dentro del sinfín de protecciones alzadas alrededor de la torre.

El ángel negro apretó los puños. Se negaba a consentir que aquella alimaña le venciera otra vez. No, no iba a derrotarlo de nuevo.

Vio cómo un lanzazo de oscuridad salía despedido de las manos de Hurza en dirección a dama Fiera. Esmael aceleró el vuelo y levantó un escudo entre la magia

asesina y la mujer alada. El impacto los hizo retroceder en el aire.

—Muy impetuoso por tu parte, querido —le dijo ella cuando hubo recuperado el aliento—. Pero yo misma podía haber contenido ese ataque.

—No quiero verte morir otra vez —dijo.

Dama Fiera se echó a reír.

—Creo que es lo más romántico que has dicho jamás —hizo un gesto hosco—. Que sea la última vez que me salvas —le advirtió.

Antes de que Esmael pudiera replicar, escuchó una voz llamándolo a gritos desde la planicie. Se giró hacia allí. Una diminuta figura se aproximaba volando. Era una suerte de águila blanca, con cabeza medio humana y brazos bajo las alas. Un cambiante, sin duda. Los dos ángeles negros abandonaron la batalla para acercarse a él.

—¡Me envía Malazul, Esmael! —le gritó éste, sin aliento, mientras señalaba hacia la llanura. Ambos ángeles pudieron ver que la contienda allí ya había finalizado—. El rey llorica le ha desvelado el punto débil de esos bastardos —les informó y Esmael entrecerró los ojos al oír eso—. El cuerno, el cuerno de su frente —explicó el cambiante. Hablaba rápido, como si tuviera un tiempo limitado para transmitir la noticia—. Allí reside su alma, dice. Arrancádselos y los destruiréis, asegura.

Esmael se echó a reír. Aquella información no vaha nada. De los dos hechiceros que los estaban masacrando sólo uno tenía cuerno, pero aunque ambos hubieran contado con él nadie podría acercarse a ellos, no con toda esa magia en danza.

—Fastuosa noticia —dictaminó el ángel negro—. Consíguete una espada, cambiante, atraviesa ese infierno y córtale el cuerno tú mismo. La gloria será sólo para ti. Y a buen seguro que te levantarán una bonita estatua en la Rocavarancolia absurda de la soña... —calló de pronto, de manera brusca.

Estudió con atención la magia brutal que los dos hermanos habían convocado para proteger el almenar, los ojos entornados, la expresión atenta. Su mirada recorrió los campos de energía tras los que Harex y Hurza se resguardaban, con una concentración total, absoluta.

Después sonrió.

\* \* \*

La batalla en tierra había acabado. No quedaban enemigos que abatir. Todavía se veía algún fantasma vagar por la llanura, pero éstos ya no hacían el menor ademán por continuar la lucha. Parecía como si hubieran perdido de pronto el interés por ella. Héctor se secó el sudor de la frente y echó a andar entre las montoneras de hueso. Se sentía perdido, sacudido por una honda sensación de irrealidad. En los últimos

compases de la lucha se había olvidado hasta de su nombre.

—Te estoy diciendo que ésta es mi osamenta —oyó aseverar a un guerrero que mostraba a otro el esqueleto pelado que acababa de recoger del suelo—. Observa las cicatrices del antebrazo. Mordiscos de dragón en Almaviva. ¡Qué maravillosa paradoja sentir estos mismos huesos dentro de mi carne!

—Eres, ciertamente, una persona muy curiosa —le dijo el otro mientras observaba con expresión atenta la calavera que sostenía entre manos.

Héctor agitó la cabeza mientras se alejaba de aquel diálogo delirante. La planicie era un caos de huesos y cascotes, en el centro de aquel demencial campo de batalla se levantaban los colosos de Sedalar. Varios habían sufrido graves daños en las postrimerías de la batalla y ahora estaban reparándose con los restos más cercanos. Alrededor de los gigantes se había reunido una nutrida multitud, y entre ella distinguió un gran número de onyces. Natalia debía de estar cerca. Se encaminó hacia allí.

La lucha en el cielo continuaba. Las estelas de los magos caídos destellaban en la noche como estrellas fugaces. Estuvo tentado de pedir un deseo al ver relumbrar una de ellas.

—¡Chico! —escuchó cerca. Un guerrero se aproximaba a paso vivo en su dirección—. ¡Chico! —al principio no consiguió reconocerlo. Luego sus ojos y la arquitectura de su nariz le sirvieron para ponerle nombre: era Sexto Cala, uno de los ancianos del Panteón Real, aunque ahora contaba con un aspecto notablemente más joven—. ¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó—. ¿Estás vivo o eres de los nuestros?

—No lo tengo claro —murmuró el ángel negro con talante sombrío.

—¡Sonríe, diantre! —le espetó Sexto—. ¡La victoria nos ha concedido su gracia hoy! ¡Sonríe! ¡Ah, el maldito Argos ha tenido el honor de morir en batalla dos veces en el mismo día! ¡Rufián!

—Puede que tú corras pronto la misma suerte —apuntó Héctor—. Esto todavía no ha terminado —dijo mientras señalaba con la cabeza a la matanza que se seguía produciendo sobre Rocavaragálogo. Mientras miraba distinguió una arpía cayendo en picado al mar de lava que rodeaba al edificio.

—Ni se te ocurra poner en duda nuestra victoria, muchachito, ni se te ocurra. ¡Ten confianza! Los nuestros encontrarán el modo de acabar con esas ratas. ¡Tenlo por seguro!

Héctor resopló y continuó su camino. La mayor parte de las criaturas con las que se cruzaba mantenían la vista fija en las alturas. Él mismo realizó buena parte del trayecto hacia los gigantes mirando al cielo.

El dragón de Transalarada aterrizó a su espalda con Adrián a cuestas cuando llegaba junto a Natalia y sus sombras. Las alas del monstruo batieron con fuerza y la temperatura subió varios grados. Hasta las onyces parecían exhaustas. La bruja se

abrazaba a sí misma como si intentara contener los temblores que recorrían su cuerpo. Parecía en estado de shock. Se acercó a ella, sin prestar atención a la gente que los rodeaba. Natalia se estremeció al verlo llegar.

—Sedalar ha muerto —fue lo primero que le dijo. Y de pronto sonrió, como si esa noticia fuera tan maravillosa que no tenía más alternativa que compartirla cuanto antes con él. Héctor retrocedió un paso. Los ojos de la bruja estaban húmedos y mientras la contemplaba, aturdido, se echó a llorar, pero aquella sonrisa no se borraba de sus labios.

El ángel negro tuvo la impresión de que se desarmaba por dentro, notó que la garganta se le cerraba. Seda-lar Tul había muerto. El mago de la chistera. El niño al que Rocavarancolia había enseñado a sentir. Al final todos morían, había dicho en su primera noche en el torreón Margalar. Pero él no había aguantado hasta el final. Y Natalia seguía sonriendo.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó. No era un nudo lo que tenía en la garganta, era un animal vivo y pulsátil—. Bruno ha muerto. Por favor, no sonrías... Por favor...

—Sedalar —dijo la bruja—. Se llamaba Sedalar —y a continuación añadió algo que sonó sumamente absurdo—: Y la luna no es una luna.

—Héctor —le llamó entonces el piromante. Su voz sonó estrangulada, pero él le ignoró. No podía dejar de mirar a Natalia—. ¡Héctor! —gritó Adrián de nuevo y fue tal la emoción encerrada en ese grito que no le quedó más remedio que prestarle atención.

El muchacho estaba llorando, lloraba a lágrima viva, sin poder ni querer contenerse. Y no era por la muerte del demiurgo.

El ángel negro miró en la misma dirección en que lo hacía el piromante. Contempló el pequeño grupo reunido ante Natalia, el mismo frente al que acababa de pasar sin prestar atención. Por un segundo no los reconoció. Y cuando lo hizo sintió que el corazón le fallaba. Se tambaleó, sofocado por la irrealidad de todo aquello. Aquel gigante era Ricardo. Ricardo, su amigo muerto en la plaza, su amigo atravesado por una espada rota. A su lado estaba Alexander, con una sonrisa lobuna en los labios, una espada en la mano de acero verde que parecía forjada a propósito para él y aspecto de tenerlo todo bajo control. Rachel también estaba allí, vestida con una armadura oscura y con dos cimitarras a la cadera. Junto a ellos había un muchacho negro, un extraño que no lo era tanto. Y dos lobas, una era Maddie, por supuesto, el pelaje rojo la delataba, y la otra sólo podía ser Lizbeth, pero era una Lizbeth nueva, perfecta y hermosa. Héctor sintió que las piernas le fallaban. No estaba preparado para eso. Nada le habría preparado jamás para ello.

Y, sin poder evitarlo, cayó de rodillas al suelo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Alexander, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Se sigue cayendo! ¡Tiene alas y se sigue cayendo! ¡Ni la Luna Roja puede

conseguir que se mantenga en pie!

—Alexander, por amor del cielo —dijo Ricardo. Su voz era sonora, rotunda, y Héctor pensó que si las montañas hablaran lo harían con una voz parecida a la suya—. ¿Ni muerto vas a parar de hacer bromas?

—¡Métete con alguien de tu tamaño, enano! —le espetó el pelirrojo.

Héctor, desde el suelo, desplegó las alas y, de una sola sacudida recuperó la vertical. Miró a sus amigos, más allá del asombro. No articuló palabra alguna. No existían las que ahora necesitaba, no había verbo, sustantivo ni adjetivo que pudiera usar para recibir a aquellos a los que no había esperado ver jamás. Echó a andar hacia ellos. Adrián fue tras él. Y allí, en mitad del campo de batalla, al amparo de los gigantes de hueso de Sedalar y de la luna que no era tal, la cosecha de Samhein, la última cosecha de Denéstor Tul, se fundió en un abrazo imposible.

—Te prometí llevarte a casa —dijo Alexander, sus ojos verdes fijos en los de Adrián—. Lo siento... No pude cumplir mi promesa. Me habría gustado hacerlo, pero no fui capaz...

Andras Sula sonrió. Las lágrimas seguían rodando por sus mejillas. Le resultaba extraño sentir el contacto del agua en su piel. Se había acostumbrado demasiado pronto al fuego.

—Me salvaste —le dijo al pelirrojo—. Nos salvaste a todos. Sin ti no habríamos entrado en la torre Serpentaria. Sin ti no habríamos tenido la magia y sin ella estaríamos todos muertos... ¿Y llevarme a casa, dices? —sonrió—. ¿Dónde crees que estoy?

Durante unos instantes el mundo a su alrededor se borró. No había espacio para nadie más que no fueran ellos. Los poderosos brazos de Ricardo, acuclillado, los abarcaban a todos, y más allá no había nada. La noche se rompía sobre Rocavaragálogo, Rocavarancolia llegaba a su fin, pero en aquellos momentos nada importaba. Rachel se abrazó a Héctor y sentir contra sí aquel cuerpo que él mismo había transportado hasta el cementerio fue tan sobrecogedor que el llanto le pudo.

—Ya ha pasado, ya ha pasado... —le dijo la muchacha al oído—. Ya acaba todo. Y va a salir bien. Porque os lo merecéis. Porque es así como debe ser. Porque por una vez en esta maldita ciudad tiene que haber justicia.

De pronto las dos lobas se apartaron del grupo y comenzaron a gruñir. Alguien se aproximaba desde la ciudad, con la vista puesta en Rocavaragálogo. Era un hombre y estaba llorando. Eso fue en lo primero en que se fijó Héctor. No en su cara, ni en el traje y la capa que vestía, tan manchados de barro y sangre que era imposible distinguir su color; ni siquiera miró las máscaras que llevaba, una en cada mano, blanca una y negra la otra: sólo tuvo ojos para aquellas lágrimas. Se dijo que si no dejaba de verterlas de tal manera pronto erosionarían su rostro, borrando de él toda expresión, como si fuera uno de los cosechados de Rocavaragálogo.

—Lexel... —dijo Adrián, contemplando al hechicero que llegaba.

Al oír aquel nombre, el aludido miró al grupo por primera vez. Los estudió largo rato, a ellos y a los gigantes bajo los que se resguardaban. Luego, sin mediar palabra, continuó la marcha. Parecía dirigirse al castillo.

Natalia le salió al paso.

—¿Quién ha ganado? —le preguntó mirándolo a él y a las máscaras que portaba.

—¿Acaso importa? —contestó el Lexel mientras seguía su camino, con andar lento, desolado—. Mi hermano ha muerto —anunció.

Lo vieron alejarse arrastrando sus pasos entre las montoneras de huesos y los resucitados.

Una voz desagradable carraspeó a sus espaldas. Alguien había aprovechado la distracción que había representado el Lexel para acercarse a ellos. Era Esmael, el ángel negro había tomado tierra a unos pasos de distancia y los contemplaba con una mueca desdeñosa. La mayoría todavía tenía húmedos los ojos.

—Acabad con vuestros lloriqueos, por favor —les pidió—. Os necesitamos para resolver esto de una vez por todas. Tenemos magos que matar.

\* \* \*

Alrededor de la catedral roja lo imposible alcanzó un nuevo grado. Al albor de la magia, el cielo se llenó de fractales, de enloquecidas figuras geométricas que se plegaban y despleaban; a través de las quemaduras que la magia practicaba en la noche se alcanzaba a distinguir el entramado que daba forma a la realidad, allí se vislumbraba el espejismo que se oculta en los copos de nieve, la pauta común de las telarañas, el embrujo de la matemática y la música, el misterio de la luz y las tinieblas...

Hurza jadeaba, ahíto de poder, embriagado por la hechicería. Sus manos, su ser, su misma alma vibraba en sintonía con aquel espectáculo de luces y tramas. Las huestes de Rocavarancolia podían haber vencido la batalla de la planicie, pero su victoria quedaría en nada en cuanto terminara el combate en los cielos. Y quedaba poco para que eso ocurriera.

De la llanura brotó lo que el Comejos tomó por una llamarada negra. Era un cuajaron de oscuridad, una erupción de tinieblas que rugía sobre el mundo y la tormenta en dirección a Rocavaragálago. Eran las onyces de la bruja, comprendió, unidas para formar un coloso. El nigromante enfocó su poder a través de las joyas de la Iguana, canalizó varios hechizos ardientes, trenzó relámpagos y maldiciones y luego dejó que salieran despedidos hacia aquella amalgama de sombras.

La magia volatilizó la primera capa de onyces e hirió de muerte a las que se



ocultaban debajo. El cuerpo principal siguió su ascenso, dejando tras de sí una estela aceitosa. El Comejos entrevió algo oculto en aquel leviatán negro. Atacó de nuevo y de nuevo las sombras se desintegraron consumidas por la magia. Entonces pudo ver lo que ocultaban.

Era el dragón, el dragón del piromante viajaba en el corazón de las onyces, con el brujo encaramado a su lomo y un gigante sentado tras él. Pronto hasta la última sombra que escoltaba a la bestia quedó reducida a una mancha grasienta en la tormenta, pero el dragón continuó su ascenso. El piromante se inclinó sobre la bestia que montaba y Hurza vislumbró el destello de un hechizo que fue a morir en la primera barrera que protegía el almenar. Se centró en el dragón. La resistencia de aquellos engendros a la magia era bien conocida, pero sus hechizos eran demasiado poderosos como para que eso supusiera alguna diferencia. Juntó las manos mientras murmuraba un hechizo de desastre. Le dio forma y lo disparó hacia la criatura que ya había salvado la mitad de la altura de Rocavaragálago. El piromante intentó levantar una barrera de protección, pero el sortilegio la atravesó como si no existiera.

Hurza sonrió al ver cómo el ala izquierda del dragón volaba en pedazos mientras el muchacho que lo cabalgaba salía despedido, envuelto en sangre, humo y llamas. El segundo jinete se incorporó en aquel cuerpo que comenzaba a caer, se dio impulso y saltó hacia la torre. Por un instante, Hurza pensó que aquel loco pretendía salvar la distancia que los separaba con la simple potencia de sus piernas, luego se dio cuenta de que los hechiceros del enemigo habían anclado sortilegios de vuelo en él. De nuevo invocó a su poder y al de las joyas de la Iguana, y se dispuso a volatizar a aquel coloso resucitado.

\* \* \*

En las sombras se escondía un dragón, en el dragón un gigante...

\* \* \*

Ricardo volaba hacia la alta torre de Rocavaragálago. Sabía que se dirigía a la muerte, pero poco le importaba. ¿Por qué iba a hacerlo si ya estaba muerto? No había rastro de miedo ni inquietud, sólo quedaba espacio para la euforia. Su muerte, esta vez, sí marcaría la diferencia; su sacrificio, esta vez, tendría sentido.

El muchacho vio los hechizos de negrura que volaban a su encuentro. Buena parte de su cuerpo estaba recubierto de runas protectoras. Los magos de dama Sueño le

habían preparado para resistir el mayor tiempo posible la magia de Harex y Hurza. No le habían engañado al respecto, los sortilegios inscritos en su piel se limitarían a conseguirle unos pocos segundos de vida.

El gigante que había sido Ricardo sonrió, dispuesto a disfrutarlos al máximo. Las saetas negras le desgarraron la carne y frenaron su vuelo, pero no lo detuvieron. El dolor era inhumano, una explosión de agonía que se transmitía a cada una de sus células. A pesar de ello, su sonrisa no flaqueó. Estaba allí, volando hacia un cielo abierto en canal. Estaba en la cima del mundo y la realidad entera contenía la respiración. Ricardo había sido grande en sus sueños, un héroe capaz de las más portentosas hazañas, en sus sueños había salvado mundos y universos, en sus sueños había sido aclamado una y otra vez.

Pero ni siquiera en ellos había podido imaginar lo enorme que iba a ser en su momento final. Y, francamente, poco le importaba estar salvando al mundo, al universo o a la creación entera; poco le importaba que con su sacrificio estuviera colaborando en salvaguardar la magia o a conseguir que la ciudad de la soñadora se hiciera realidad. Estaba dando la vida por sus amigos.

Y no podía haber mayor gloria que ésa. Ninguna.

En el almenar, Hurza preparaba una nueva andanada de magia y Ricardo sólo necesitó verla para saber que no sobreviviría a ese nuevo hechizo. Había llegado el momento. Se llevó la mano a la espalda. Aferrada a su cuello estaba Rachel. La muchacha neutra, la joven inmune a la magia. Su enorme puño se cerró en torno a su cintura. Ella sonreía, tan eufórica como él. Cuando la magia asesina llegaba a su encuentro lanzó a Rachel hacia el hechicero, con la misma potencia y precisión con la que había arrojado las lanzas en el patio del torreón Margalar.

Vio a su amiga volar hacia el almenar y supo que lo había conseguido. Luego la magia lo borró del mundo. Y se fue con una sonrisa en los labios.

\* \* \*

Rachel reía a carcajadas mientras el impulso de Ricardo la llevaba por los aires. Siempre había querido volar.

—Más alto, más alto, más alto... —susurraba al viento.

\* \* \*

En el gigante una niña...

\* \* \*

Hurza contempló morir a Ricardo justo después de que éste lanzara a la muchacha que había aparecido de la nada en su mano. Había algo allí que no alcanzaba a entender, algo oculto. Invocó por enésima vez la magia de las joyas y descargó un torrente de hechicería maligna sobre la joven. El Comejos vio cómo la magia la atravesaba sin hacerle el menor daño. Y la vio traspasar después las barreras de contención del almenar una a una, como si éstas no fueran más que aire. Fue entonces cuando la reconoció: era la muchacha inmune a la magia. Sólo la primordial la afectaba, pero no había tiempo de recurrir a ella. Enseñó los dientes y se dispuso a zanjar aquel inesperado ataque con la fuerza física. Rachel ya llegaba, sin dejar de reírse. Se revolvió en el aire, más rápido de lo que Hurza habría podido imaginar y enarboló el arma que había llevado oculta tras ella.

—¡Abracadabra! —gritó mientras volaba al encuentro de la muerte.

\* \* \*

Y en la niña una espada.

\* \* \*

Rachel amagó un ataque hacia Hurza que no llegó a consumar. El nigromante, de un solo golpe, atravesó la coraza, la carne y el corazón de la joven. Ella dio una sacudida y, en su último aliento, todavía con la risa en los labios, soltó el arma que empuñaba: la espada de Darío. Esta, al verse libre, se aprovechó de la inercia del último movimiento de Rachel para buscar el blanco vivo más cercano. Hurza no tuvo tiempo ni modo de reaccionar a aquella maniobra. Su atención estaba fija en la niña muerta, no en el arma que ésta había soltado en su último estertor. Cuando se dio cuenta, ya era tarde. La espada se hundió en su frente y con un brutal movimiento arrancó el cuerno y parte del cráneo del hechicero.

El nigromante no llegó a caer. Quedó en pie, más allá de la incredulidad. Lo habían matado. El mundo se apagaba y la oscuridad voraz de nuevo le saltaba encima. La vida se le iba, era un simple cuerpo sin alma, un ser vacío que caía, irremisiblemente, hacia la nada.

Lo último que vio fue a Harex, volando hacia él.

El primer rey de Rocavarancolia, el fundador del reino, tomó entre sus brazos el cadáver de Hurza antes incluso de que éste se desplomara. No era la primera vez que sostenía a su hermano muerto. Contempló aquel rostro pardo con desgana. No sentía dolor ni pena. Aquel cuerpo vacío no era más que un instrumento, un vehículo agotado al que nada le ligaba.

A un gesto del hechicero el cuerno que contenía el alma de Hurza voló a su mano. Lo guardó en un bolsillo del pantalón desastrado que vestía. A continuación intentó hacerse con la tiara que adornaba la cabeza del cadáver. Ni siquiera logró moverla. Permanecía encajada con firmeza al cráneo, como si formaran una única pieza. Las joyas de la Iguana no le reconocían ninguna potestad sobre ellas, pero él no podía saberlo. No se preguntó más al respecto, simplemente se levantó, con el cadáver de Hurza en brazos, y se acercó al borde del almenar.

Los magos supervivientes habían vuelto a la carga, tal vez pensaran que con su hermano muerto el curso de los acontecimientos iba a ser distinto, tal vez tuvieran la esperanza de que al enfrentarse ahora sólo a él la victoria les resultaría más fácil. Se equivocaban. Harex dejó caer el cuerpo que había habitado Hurza desde lo alto del almenar y observó cómo se hundía en el foso de Rocavaragálago.

Se frotó las manos. Las distintas esferas que contenían los ataques del enemigo se mantenían firmes en torno al almenar. La tormenta bramaba. La Luna Roja, clavada en el cielo, parecía flotar entre los relámpagos, ajena a lo que ocurría en aquella ciudad minúscula. Harex retomó la tarea de matar magos.



—Es imposible... —dijo Denéstor. Hurza podía haber muerto, pero nada había cambiado. Estaban en la misma situación en la que se habían encontrado unos instantes antes, exactamente en la misma. Nada hacía mella en las barreras del hechicero—. ¿Qué es esa cosa? —se preguntó.

Y como si hubiera escuchado su pregunta, el mago contra el que combatían alzó la voz desde lo alto de Rocavaragálago.

—¡SOY HAREX! —exclamó—. ¡SOY EL PODER Y LA GLORIA! ¡DE MI SANGRE NACIÓ LA MAGIA! ¡NO TENÉIS NINGUNA OPORTUNIDAD! ¡NO SOIS NADA! ¡NADA!

Con cada palabra un hechicero caía. Los ataques de Harex se habían vuelto más virulentos todavía, como si quisiera suplir así la ausencia de su hermano. El cielo, poco a poco, se fue quedando vacío.

Héctor en esta ocasión había acompañado a los magos en el ataque. Pero no podía hacer otra cosa que mirar horrorizado. La mujer ángel negro que acompañaba a

Esmael le indicó con un gesto que se apartara y él obedeció. Mientras se retiraba para ponerse fuera del alcance de los latigazos de magia que emergían de la torre, vio moverse algo tras Darío.

Aguantó la respiración, incrédulo. Era Marina. Acababa de aparecer por una de las aberturas del techo, a espaldas del hechicero. Empuñaba la espada verde de Ujthan y la guarda era tan grande que necesitaba de ambas manos para abarcarla. Harex no se había percatado de su presencia.

—¡La espada! —exclamó Denéstor, incrédulo, al reconocer el arma que portaba la vampira—. ¿Por qué tiene la niña esa espada? ¿De dónde la ha sacado?

—¿Qué ocurre con ella? —pregunto dama Fiera.

Esmael soltó una carcajada.

—Ocurre que nos va a dar la victoria —contestó con una sonrisa voraz en los labios.

Estaba hecho. Iban a vencer. Ujthan debía de haber muerto y lo había hecho sin que aquella espada estuviera anclada en su cuerpo: sólo así podía haber quedado desvinculada de él. Y era más que probable que la vampira ni siquiera conociera la naturaleza del arma que empuñaba. A veces el destino pende de la más inesperada de las casualidades.

—Tenemos que evitar que la descubra —dijo Esmael—. Tenemos que darle la oportunidad de acercarse a él —el demiurgo asintió—. ¡A la carga! —gritó—. ¡Al asalto! ¡Rocavarancolia! —llamó—. ¡No os dejéis nada! ¡Ya descansaremos en la otra vida! ¡Cargad! ¡Cargad! ¡CARGAD!

Los hechiceros arremetieron contra la barrera. La última carga de la vieja guardia de Rocavarancolia. La magia rugía en las alturas, la hechicería hacía temblar el mundo. Héctor se quedó donde estaba, contemplando a Marina acercarse, despacio, a aquel hechicero demente.

—¡SOY HAREX! —gritaba éste mientras continuaba la masacre—. ¡YO SOY LA MAGIA!

Marina estaba ya muy cerca. Héctor la vio blandir el arma y comenzar a alzarla. Por un momento, temió que flaqueara, que le faltaran fuerzas o el ánimo necesario para atacar por la espalda a alguien a quien, hasta hacía bien poco, había considerado un amigo. Si tuvo las dudas, las resolvió en un segundo; en un movimiento acelerado la vampira proyectó el arma hacia delante y atravesó al trasgo con tal violencia que la hoja apareció, reluciente de sangre, a través de su vientre. Los resplandores que rodeaban al mago se desvanecieron al momento. Harex quedó inerte, ensartado en el arma. Fue como si alguien hubiera apagado un interruptor. Las barreras de protección y los hechizos defensivos dispuestos alrededor del almenar se disiparon. Hasta la tormenta pareció vacilar.

—¡Deteneos! —gritó Denéstor, temeroso de que en el arrebato de la refriega algún

hechizo alcanzara a la muchacha.

La vampira soltó la espada y retrocedió un paso, horrorizada por lo que acababa de hacer.

Harex contemplaba la hoja que le salía del vientre. El dolor era brutal, pero eso poco le importaba. Había convivido durante siglos con la agonía. Lo realmente terrible era que la magia le había abandonado, aquella espada le había succionado hasta el último poso de ella. Estaba vacío, indefenso, como en el principio de los tiempos, cuando los aesín comenzaron a darle muerte una y otra vez. Siempre había acabado encontrando el camino de regreso, siempre lo había hecho... No tendría esa opción ahora. En esta ocasión, comprendió, no escaparía de la tumba.

—Soy Harex, soy la magia. No puedo caer así... —murmuró mientras se giraba tambaleándose para ver quién le había matado—. Soy... —mientras se daba la vuelta, su conciencia parpadeó, se hizo nada. Y fue sustituida por esa otra esencia que había permanecido arrinconada en lo más profundo de su ser—. Soy Darío —anunció, contemplando, moribundo, el rostro de Marina.

—¿Darío? —preguntó ella, dubitativa. El estupor dio paso a la esperanza. Se abalanzó sobre él, con un hechizo de curación ya dispuesto en la punta de los dedos. El trago encontró fuerzas para sujetarla de la muñeca e impedirselo.

—No lo hagas —su voz estaba quebrada, rota; su voz reflejaba a la perfección el daño que aquella espada había causado—. Sigue aquí. Lo tengo dentro. Se remueve, aturdido, furioso... Puede volver en cualquier momento.

—Perdóname... —Marina rompió a llorar. Pero no eran lágrimas lo que corría por sus mejillas: era sangre, la sangre del naufrago, la sangre de Ujthan, la del propio Darío—. Perdóname, por favor, perdóname... Tenía que hacerlo. Tenía que matarte... Tenía que parar esto.

—No me has matado —le aseguró él, con la espada firme en las entrañas—. Ha sido Hurza. Hurza me mató y metió un monstruo en mi cuerpo. Acabas de salvarme. Me has liberado —y a las puertas de la muerte alargó la mano para acariciar el rostro de la joven.

De pronto Marina se echó hacia delante, tomó la cabeza del trago entre sus manos y le besó. Darío se dejó arrastrar por sus labios. El dolor dejó de existir. La vida era aquello, la vida, toda su vida, quedaba reducida a ese momento, a ese instante imposible. ¿Por qué no? Eligió los segundos mínimos en que sus bocas se unieron para definir su existencia. No era un beso, era un epitafio. Un epitafio que afirmaba que, pese a todo, había merecido la pena vivir.

Entonces regresó Harex.

El trago abrió los ojos. Marina, por instinto, apartó la boca de aquellos labios que ya no besaban y buscaban morder. Harex la aferró de la cintura y la empujó contra la espada que le perforaba el vientre. La hoja atravesó de parte a parte el tórax de la

vampira.

—No voy a morir solo —anunció aquella cosa y, manteniendo sujeta a la muchacha contra el arma que lo mataba, se dejó caer del almenar.

\* \* \*

Héctor los vio precipitarse al vacío. Rompió a volar hacia allí, en un movimiento tan acelerado que un calambre de puro dolor se transmitió por su espalda. Ni eso le detuvo. El tiempo se frenó en Rocavaragálago. Los veía caer despacio, lentamente, como si dispusieran de toda la eternidad para cubrir la distancia que los separaba de la lava. Pero daba igual lo lentos que cayeran en su imaginación, Héctor no era lo bastante rápido. Todavía le faltaban veinte metros para llegar a ellos cuando el foso les salió al encuentro.

Héctor gritó y su grito fue tan desgarrador que fue como si hasta aquel instante nadie hubiera gritado jamás en toda la creación, como si desde el inicio de los tiempos todo hubiera estado sumido en el más absoluto silencio.

Entonces llegó Esmael. Tomó a Marina de la cintura, mientras, con un giro imposible de sus alas cercenaba las manos que la mantenían apresada y la desclavaba de la espada. Harex desapareció en la lava al mismo tiempo que el ángel negro comenzaba a ganar altura con la vampira en brazos. Las salpicaduras de fuego líquido que volaron a su alrededor adoptaron la forma de una garra extendida, desesperada por conducirlos a su seno.

Luego, tras aquella furiosa erupción, la lava quedó en calma.

\* \* \*

—Eres demasiado lento —le espetó Esmael cuando llegó hasta él—. Por los dioses oscuros, vas a ser el ángel negro más patético que ha existido nunca —auguró mientras le tendía a Marina.

Héctor tomó a la muchacha entre sus brazos. La herida de su vientre había desaparecido, curada por Esmael. No podía dejar de mirarla. El milagro de aquel cuerpo contra el suyo le desbordaba. Esa era la única magia que en verdad le importaba.

Marina abrió los ojos.

—Ha muerto... —se limitó a decir. Tenía la cara manchada de sangre. Intentó limpiársela, pero sólo consiguió extenderla más por su rostro.

—Ha muerto —le confirmó él.

—Y nosotros hemos vencido —murmuró Esmael con desgana—. Y justo ahora empiezan a tirar de nuestras cuerdas. Quienquiera que maneje nuestros hilos pretende guardarnos ya en la caja —sentía removerse en su interior las corrientes del olvido. Contempló a Héctor y a la vampira—. Nuestro tiempo termina y ahora llega el vuestro —les anunció—. Espero que seáis conscientes de la responsabilidad que conlleva.

Héctor lo miró dubitativo un momento, como si no supiera de qué estaba hablado. A continuación asintió. Esmael soltó un bufido descreído.

—¿Dónde quedó el implacable Señor de los Asesinos de Rocavarancolia? —preguntó dama Fiera con tono mordaz a su espalda.

—La última vez que lo vi iba de cabeza a la lava —contestó Esmael sin mirarla. Luego alzó la vista para contemplar la Luna Roja. Aquella esfera escarlata los observaba desde lo alto, indiferente a lo ocurrido allí. Respiró hondo, se llenó los pulmones de aquel aroma a Rocavarancolia y matanza que tanto admiraba. Sonrió. Las fuerzas a las que habían burlado esa noche continuaban reclamando lo que ya era en definitiva suyo. No sabía cuánto tiempo les quedaba, pero no podía ser mucho—. Hay una última cosa que me queda por hacer —dijo—. ¿Me acompañas, dama Fiera? —preguntó—. Será algo digno de verse, te lo aseguro.

—Creo saber qué tienes en mente —dijo ella, con una sonrisa picara.

—Claro que lo sabes —le confirmó él—. ¿Por qué crees que he participado en esta charada? ¿Sólo por el placer de combatir en una última batalla? —rompió a reír.

Echaron a volar, sin palabras de despedida para la pareja que dejaban atrás, sin una última mirada siquiera. Héctor y Marina quedaron abrazados en el aire, rodeados de hechiceros. De pronto una vorágine de onyces voló en torno a ellos. Sobre la mayor de todas ellas cabalgaba Natalia.

—Lo hemos conseguido —dijo cuando llegó hasta ellos—. ¿Lo podéis creer?

—No —contestó Marina—. No puedo creerlo —sus ojos contemplaron el foso de lava que a punto había estado de devorarla con expresión inescrutable—. Vámonos de aquí, por favor. No soporto estar cerca de esa catedral...

\* \* \*

Una sombra se cernió sobre la cabeza de dama Desgarro. La custodia del Panteón Real escuchó un fuerte batir de alas y antes de que supiera lo que estaba ocurriendo alguien la arrastraba por los cielos. Le resultaba imposible ver de quién se trataba. Su ojo giraba enloquecido en su órbita.

—¿Esmael? —alcanzó a preguntar.



—No, Desgarro —oyó que le contestaba una voz femenina—. Soy dama Fiera. Ya lo ves. Esmael y yo deberíamos estar aprovechando el tiempo que nos queda en alguna actividad más gratificante pero aquí me tienes: recogiendo pedazos de carne muerta.

La mujer alada enfiló veloz hacia el castillo con la cabeza entre las manos. Entró como una exhalación por una de las ventanas del salón del trono, dejando a su paso un enloquecido agitar de cortinajes. Esmael estaba allí, de pie en el centro de la sala, contemplando fijamente el trono. Se giró hacia ellas en cuanto las oyó entrar. Estaba más hermoso que nunca. La muerte y la batalla lo habían vuelto, simplemente, perfecto.

—Qué feliz encuentro —dijo mientras les hacía una pequeña reverencia—. Mi querida dama Desgarro, ¿me engañan mis moribundos ojos o habéis crecido desde la última vez que tuve el placer de veros?

Dama Fiera rio.

—Yo también me alegro de verte, Señor de los Engreídos —murmuró dama Desgarro—. Por extraño que pueda parecer, te he echado de menos.

Ahora le tocó a Esmael el turno de reír:

—Vamos, no perdamos tiempo —dijo—. Siento cómo el olvido tira de mí. Llega la muerte verdadera. ¿La notas, Fiera?

—Llevo en su umbral treinta años —contestó ella mientras dejaba la cabeza de dama Desgarro sobre la mesa del Consejo Real—. Ya va siendo hora de pasar al otro lado.

—Después de tanto tiempo de batallar, después de tanta sangre, llega el final —el ángel negro sonrió—. Y qué vida hemos llevado, por todos los infiernos, qué vida... Ha sido gloriosa, ¿no es así?

—Lo ha sido —asintió ella. Se acercó a él—. Ha sido magnífica, Esmael. Nuestra vida y lo que hemos hecho aquí esta noche. Rocavarancolia ha resucitado.

—Te equivocas —dijo y soltó otra carcajada—. Rocavarancolia también muere esta noche. Rocavarancolia muere con nosotros. Tal y como quería esa maldita soñadora. Dama Sueño ha vencido. Nos ha vencido a todos.

Dama Desgarro no podía dejar de mirarlos. Sabía para qué la habían llevado allí. No necesitó ver a Esmael echar a andar hacia el trono sagrado para saber lo que venía a continuación. A medio camino el ángel negro extendió las alas, transformándolas en una suerte de majestuosa capa. Su sombra se proyectaba inmensa contra los tapices arruinados de la sala. Se giró ante el trono cuando llegó a él. Su rostro había adoptado una solemnidad tremenda. Los tentáculos acerados del asiento negro temblaban ante su presencia.

—Te aseguré que algún día me sentaría en este trono —señaló Esmael.

—Y yo te dije que daría mi vida por verlo —le recordó dama Desgarro.

—Por suerte para ti, eso no será necesario —dijo él.

A continuación, sin apartar la vista de ella, con calculada lentitud, se sentó en el trono de Rocavarancolia. Los tentáculos se estremecieron y por un instante una sombra de duda nubló el rostro del ángel negro. Pero luego, los tentáculos comenzaron a retraerse, a enterrarse en la piedra. Desaparecieron en ella.

Y en Rocavarancolia hubo nuevo rey.

No hubo fanfarrias que lo anunciaran, ni gritos de júbilo, sólo la sonrisa de satisfacción de Esmael, la risa de dama Fiera y la sincera admiración de dama Desgarro.

—Un ángel negro rey —anunció.

—El primero de la historia —dijo él. Luego se inclinó en el trono—. Cuéntaselo a todos, dama Desgarro. Diles que fui grande. Que no me olviden. Diles que regresé de la muerte para reclamar lo que era mío. Cuéntaselo a todos. Haz que me recuerden.

—¿Y si guardo esto para mí? —le preguntó ella—. ¿Y si decido que esto no ha sucedido?

No vio vacilación alguna en el ángel negro. El rey de Rocavarancolia se limitó a reír, sentado en aquel trono majestuoso.

—Lo contarás, dama Desgarro. Claro que lo harás.

—Por supuesto que lo haré —concedió. No tenía sentido negarlo—. Lo haré porque tienes razón y soy blanda y patética y porque te lo has ganado —luego se obligó a adoptar un tono de seria reverencia—: Que los dioses oscuros os guarden, Su Majestad Esmael, que os guarden a vos, el primer rey ángel negro de Rocavarancolia. No seréis olvidado, lo juro.

Esmael respiró hondo y, afianzado en los brazos del asiento real, contempló con ojos relucientes el salón que tenía ante sí, en su imaginación lo vio repleto de súbditos que proclamaban su gloria, de engendros y monstruos que le ovacionaban. Escuchó su nombre brotar de miles de gargantas, convertido en grito, en historia, en leyenda.

El rey de Rocavarancolia miró a dama Fiera. Estaba hecho. Ya no había por qué esperar más. Ella comenzó a sonreír. Y, a mitad de su sonrisa, ambos se desvanecieron, dejando en la estancia la sombra y el eco de su grandeza.

\* \* \*

Tomaron tierra junto a los gigantes de Sedalar, muy cerca del dragón de Transalarada. La enorme bestia yacía de costado y respiraba con dificultad. Andras Sula había conseguido salvarlo, el piromante se había sobrepuesto a sus propias heridas para frenar la caída del monstruo y conducirlo a tierra. Aun así, el daño causado por la magia de Hurza era realmente severo.

Adrián estaba sentado cerca del dragón, tan agotado como el resto. Ni una sola llama se veía ahora en su cuerpo, sólo una expresión de infinito cansancio. Acuclillado a su lado estaba Alexander, el pelirrojo mantenía los brazos alrededor de Maddie mientras la loba no dejaba de lamerle la cara. Lizbeth estaba echada a los pies del piromante y aunque intentaba mantener los ojos abiertos, éstos se le cerraban, como si le estuviera ganando un profundo sopor. El muchacho llamado Marco se encontraba algo alejado del resto. Natalia se acercó a él y, sin mediar palabra, le tomó de la mano y lo condujo junto a los demás.

Héctor y Marina se sentaron en el suelo, apoyados el uno en el otro. Aquella larga noche había terminado, aunque pasarían días hasta que se recuperaran por completo. En el este comenzaba a ascender el sol, un sol sin fuerzas, un sol mínimo, pero su luz, al menos, ya lograba compartir espacio con la sanguínea claridad de la Luna Roja.

Denéstor Tul, el hombrecillo gris que los había sacado de la Tierra se acercaba con paso lento a ellos tras examinar al dragón. Junto a la enorme bestia había varios hechiceros, lo bastante poderosos como para conseguir que sus sortilegios funcionaran en la criatura. Mientras Denéstor se acercaba, uno de los magos dio un paso atrás y, sin previo aviso, se desvaneció en el aire.

—El dragón sobrevivirá —les aseguró el demiurgo. Sonrió a los muchachos allí reunidos, tanto a los vivos como a los muertos. Una profunda emoción lo embargaba, una emoción devastadora que en nada tenía que ver con aquel vacío que tiraba de su espíritu hacia el más allá—. Cuando os traje no podía ni imaginar de lo que ibais a ser capaces —dijo—. Sois la mejor cosecha que ha tenido nunca el reino. Habéis salvado Rocavarancolia. Y nos habéis salvado a nosotros. No hay manera de agradeceros eso.

—Ojalá hubiéramos podido salvarlos a todos —murmuró Natalia, abrazada con fuerza al báculo de Sedalar.

—Ahora depende de vosotros que su sacrificio no haya sido en vano. Es... —El tiempo se le acababa, notó cómo su alma, su esencia, comenzaba a deshilacharse—. Aquella tarde en la plaza, me preguntaste cuál era el valor de un reino construido sobre pilas de niños muertos —le dijo a Natalia—. No te respondí entonces, te respondo ahora: no vale nada, no puede valer nada —Denéstor Tul, el último custodio de Altabajatorre comenzó a desaparecer, pero aún tuvo tiempo de añadir una última frase—: no lo olvidéis jamás.

Al mismo tiempo que el demiurgo desaparecía, Lizbeth se incorporó de un brinco, abrió los ojos de par en par y lanzó un corto aullido. Su mirada centelleaba, como si estuviera contemplando algo maravilloso, algo que hasta entonces había estado oculto a su vista y que se le mostraba al fin. La más radiante felicidad se vislumbró en su faz mientras se desvanecía en la nada. Y quizá no fue más que un nuevo delirio en aquella noche demencial, pero mientras lo hacía creyeron escuchar la risa de Rachel en el aire.

Los supervivientes del ejército de dama Sueño se iban diluyendo. Su esencia regresaba al vacío, algunos se transformaban por unos instantes en mariposas luminosas, otros, simplemente, dejaban de ser.

Marco, el verdadero Marco, fue el siguiente en partir. Los miró a todos, con una extraña expresión de disgusto en su rostro.

—Me habría gustado tanto conoceros —dijo. Su cuerpo vibró, tembló, de pronto dejó de ser de carne y hueso para convertirse en un ser humanoide que parecía entretejido con cuerdas de un intenso color negro—. Me habría gustado tanto... — antes de que pudieran contestarle, se desvaneció en la noche.

—Llega mi turno —anunció Alexander. El pelirrojo acarició el pelaje de su hermana con brío y a continuación se incorporó—. Ya nos despedimos una vez —dijo—. Y no pienso hacerlo de nuevo —aseguró—. ¿Quién sabe?

Quizá algún día volvamos a encontrarnos —respiró hondo, como un nadador que toma oxígeno antes de sumergirse—. ¡Por todos los dioses! —exclamó de pronto—. ¡Qué grande ha sido todo esto! —dijo en el preciso instante en que, con media reverencia, se desvanecía.

El ejército de dama Sueño no tardó en dejar la escena. Había cumplido su cometido. La explanada quedó en calma. La tormenta había cesado y el viento, por primera vez en mucho tiempo, les concedió una tregua. Aquí y allá se veía el lento vagar de los fantasmas. En las estribaciones de las montañas se veían dos lobos que caminaban de regreso al castillo, uno gris enorme; otro más pequeño, de pelaje negro con mechones claros. Junto al dragón, al abrigo de los monstruos de hueso de Sedalar Tul se sentaba lo que quedaba de la cosecha de Samhein: un ángel negro, un piromante, una bruja, una vampira y una loba.

Un silencio extraño flotaba entre ellos, un silencio atento. Natalia se encargó de romperlo.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Héctor cerró los ojos. Estaba agotado, exhausto. Y aun así encontró las fuerzas necesarias para expresar en palabras lo que había sucedido allí esa noche:

—Ahora Rocavarancolia es nuestra.

## XXVII

# Vórtice

Era la víspera de todos los santos, la última noche de octubre, y en el cielo flotaba una brillante luna en cuarto menguante, como una sonrisa incrustada en las nubes.

Aún era temprano y las calles eran una procesión continua de niños disfrazados. Sarah, ataviada de vampiresa de rostro pálido y labios ensangrentados, corría junto a sus amigos. Llevaba un enorme bolsón con caramelos contra el pecho y una capa negra aleteando a la espalda. La noche se estaba presentando magnífica: en todas las casas a las que llamaban les daban una buena cantidad de dulces.

Sarah iba tan deprisa que la zapatilla izquierda se le salió del talón y tuvo que detenerse para calzársela de nuevo. El resto del grupo continuó su carrera hasta el porche de una casa cercana entre voces y risas. Cuando la niña se preparaba para salir disparada hacia ellos escuchó un extraño sonido sobre su cabeza: un fuerte aleteo que le hizo pensar en un pájaro enorme que se le venía encima. Alzó la vista, alarmada, pero lo único que vio fue la sonrisa de la luna allá en lo alto.

—¿Truco o trato? —preguntó alguien a su espalda.

Se giró y abrió la boca, admirada. Tras ella se encontraba un chico de unos quince años, con el disfraz más increíble que había visto en la vida. Tenía el cuerpo pintado de negro y unas espectaculares alas rojas que parecían de verdad. Vestía un calzón verde oscuro y llevaba el torso desnudo.

—Jo. Qué pedazo de disfraz —dijo, asombrada.

El muchacho le hizo una reverencia. Las alas se agitaron al compás de su movimiento y Sarah no pudo evitar echarse a reír.

—El tuyo tampoco está mal —el joven sonreía. Era muy guapo, aunque tenía que hacer algo con ese pelo, daba la impresión de que no se lo había peinado ni cortado en meses.

—Me lo ha hecho mi madre —dijo la niña y dio una vuelta completa sobre sí misma para que pudiera verlo bien—. ¿Cómo te llamas? No te había visto nunca por el pueblo. O a lo mejor sí y no te reconozco porque vas todo pintado —entornó los ojos y dio un paso al frente—. ¿Te conozco? —preguntó.

La sonrisa del joven vaciló un momento.

—No, no me conoces —dijo—. Me llamo Héctor y no soy del pueblo. Estoy de visita.

Su voz era muy agradable. Y había algo especial en ella, algo inexplicable que le hacía sentir alegre y triste al mismo tiempo. Era extraño. La voz de aquel muchacho le recordaba sueños que siempre olvidaba al despertar.

Una silueta se movió de pronto tras él.

—¡Qué guapa! —Sarah se llevó las manos a la cara al ver aparecer entre las sombras a una joven preciosa.

Iba disfrazada de vampiro, pero no como ella. Parecía una vampira de verdad. Caminaba descalza y sus pasos eran tan elegantes que daban ganas de batir las palmas. Llevaba un vestido de encaje negro, demasiado fino para una noche tan fría, que se agitaba a su alrededor como si no fuera más que aire coloreado. Su pelo era precioso, con unos llamativos mechones blancos.

—Oh. Qué cosita tan adorable —dijo la recién llegada. Se agachó para mirarla a los ojos—. Sarah, ¿verdad? Eres una chiquilla deliciosa, ¿lo sabías?

La niña retrocedió un paso, intimidada. Había algo inquietante en esa joven. ¿Cómo sabía su nombre?, se preguntó. No recordaba haberlo dicho...

—Marina... —Héctor miró con el ceño fruncido a la chica vampiro, que ladeó la cabeza y sonrió de manera inocente.

—Es que lo es. No es culpa mía —se encogió de hombros mientras señalaba a Sarah con ambas manos—. Totalmente adorable. ¿Nos la podemos quedar?

—No. No podemos quedárnosla.

—Qué lástima.

—¡Sarah! —le gritaron sus amigos desde el porche de la casa—. ¡No hables con desconocidos!

—¿De dónde habéis sacado esos disfraces? —preguntó Sarah. Saber que sus amigos estaban cerca y atentos a ella le hizo sentir más segura—. ¡Me encantan!

La pareja cruzó una rápida mirada. Fue él quien contestó:

—¿Nos puedes guardar un secreto?

—Claro.

—No son disfraces. Son de verdad.

—¡Qué tonto! ¡Quieres tomarme el pelo!

—No te engaño. Mi amiga es una vampira y yo puedo volar.

—No me lo creo. Demuéstramelo. ¡Vuela!

—Quizá el año que viene. Y si te portas bien te llevaré a dar una vuelta.

—¿Y por qué no este año?

—Porque no tenemos tiempo. Estamos de paso.

—¿Sois novios? —quiso saber la niña.

El joven pareció envararse con la pregunta, en cambio la muchacha se echó a reír.

Tenía una risa hermosa pero, como todo en ella, daba un poco de miedo.

—Oh, sí que lo somos, aunque todavía le cuesta admitirlo en voz alta... —la chica tomó a Héctor del brazo—. Tenemos que irnos, cariño. Nos queda mucho por hacer y los invitados deben de estar a punto de llegar.

—Yo también tengo que marcharme —dijo la niña—. Me están esperando.

—Cuídate, ¿vale? —le pidió Héctor—. Y haz caso a tus amigos: no hables con desconocidos.

Sarah rio entre dientes, algo nerviosa, y a continuación echó a correr. Héctor la siguió con la mirada.



—¿Cómo estás? —le preguntó Marina poco después. Caminaban cerca de la calle donde Héctor había vivido en otro tiempo.

—Extraño. Feliz. Vacío. Tengo ganas de echarme a reír y, al mismo tiempo, ponerme a llorar —agitó la cabeza—. ¿Sabes qué me gustaría? Acercarme a casa, llamar a la puerta y pedir caramelos.

—¿Y por qué no lo hacemos? —preguntó.

—Duele que tu hermana no te reconozca —se acarició el pelo—. Y eso que sabía que iba a suceder. No creo que pueda soportar revivir la experiencia con mis padres —sonrió—. Y también me da un poco de miedo que pase lo contrario... que me reconozcan. —Marina apoyó la cabeza en su hombro—. ¿Y tú? —le preguntó él—. ¿No has cambiado de idea? Podríamos acercarnos a París y ver a tu familia.

—Hoy no —contestó—. No estoy preparada. Quizá mañana, cuando arrojemos las cenizas de Ricardo al mar —se retiró el pelo de la cara—. O quizá más adelante, no lo sé... Tendré tiempo de decidirlo ahora que hemos anclado el portal a la Tierra.

Héctor asintió. La comprendía. La comprendía muy bien. Tenían mucho que asimilar; al traspasar el vórtice de regreso se habían dado cuenta de que lo que aguardaba al otro lado ya no era su hogar. Aquel mundo ya no era el suyo. Marina sonrió mientras le aferraba con más fuerza del brazo. Lucía un aspecto saludable, sus mejillas habían ganado en color en el tiempo que llevaban en la Tierra y Héctor sabía muy bien a qué se debía: la muchacha había estado de caza mientras estaban separados. La sangre era su vida ahora, la necesitaba. Pero no mataría, eso era algo que decía tener claro, era consciente de los apetitos brutales que anidaban en sus entrañas, pero podía contentarlos sin tener que matar a nadie.

—Ellos existen para mantenerme viva —había dicho—, no al revés.

Marina comenzaba a disfrutar de su naturaleza vampírica. Era evidente. Héctor se preguntaba cuánto tardaría en buscar un nuevo nombre, como ya había hecho

Natalia. Se detuvo de pronto y miró alrededor, aquel había sido su mundo, su marco de referencia, y ahora todo se le antojaba extraño, ajeno. Pero ésta era la tierra donde había nacido, éste había sido el punto de arranque de su historia. No pensaba renegar de ese origen. Sería un ángel negro, pero también seguiría siendo Héctor, aquel niño que, justo un año antes, andaba por esas mismas calles con su hermana a cuestas. Lo necesitaba. Si olvidaba quién era, correría el riesgo de convertirse en alguien como Esmael.

—¿Volvemos a casa? —preguntó el ángel negro.

—Volvamos a casa —contestó la vampira.



La tormenta les salió al encuentro al atravesar el vórtice sobre Altabajatorre. El cielo bullía con los pájaros ígneos de Andras Sula. Por un instante se vieron rodeados por una frenética bandada que regresaba de la Tierra y fue como si, de pronto, la noche hubiera estallado en llamas. Las aves volaban sin dejar de soltar sus graznidos, mezcla de crepitar y voz gutural.

—¡Samhein! ¡Samhein! —decían.

La magia del piromante no había conseguido que aprendieran más palabras, ni había podido concederles la autonomía con la que habían estado dotados los pájaros de Denéstor Tul. Pero cumplían su cometido y eso era más que suficiente. Andras Sula y dama Desgarro los habían hechizado para que el fuego que les daba forma no quemara. De no haberlo hecho, aquella noche habrían causado verdaderos estragos en los planetas que visitaban. Y no era esa Rocavarancolia la que querían levantar allí.

Dama Sedalar paseaba nerviosa de un lado a otro del almenar de Altabajatorre. La explosión de Medea apenas había dañado el edificio, la magia que protegía el lugar lo había mantenido a salvo. Dama Araña seguía a la bruja en su deambular, llevando en sus manos una tetera y una copa. La joven se estaba mordiendo las uñas de manera compulsiva mientras recitaba para sí partes del discurso con el que daría la bienvenida a los recién cosechados. Lo habían escrito entre todos.

—~... podréis regresar a vuestra casa en cualquier momento —la escucharon decir cuando aterrizaron en el almenar—, la memoria de los que os conocían será restaurada y la vuestra borrada para que olvidéis por completo Rocavarancolia —les hizo un gesto con la mano al verlos llegar, y se aproximó en una corta carrera—. ¿De veras tengo que encargarme yo? —les preguntó—. ¡No me gusta hablar en público! ¡Me pondré nerviosa y les soltaré alguna barbaridad!

—Mientras no les digas que sólo ves muertos que no saben que lo están... —apuntó Marina—. Y eres un desastre, ven aquí, vuelves a llevar la chistera torcida —le



dijo mientras se la enderezaba.

—A mí me gusta así —gruñó ella, inclinándosela otra vez. El reloj que Sedalar le había regalado correteaba sobre sus hombros, abriendo y cerrando la tapa, contagiado por la inquietud de su dueña—. ¡No quiero hacerlo! —chilló—. ¡Estoy muy nerviosa!

—Si te bebieras la infusión en vez de derramarla por toda la torre, tus nervios se aplacarían, niña incordio —gruñó la arácnida tras ella. De nuevo estaba embutida en una rancia levita. Y esperaba no tener que quitársela nunca más.

—Lo harás bien, dama Chistera —le dijo Maddie. La pelirroja miraba a su amiga sonriente, acodada en una almena. Su melena roja estaba dispartada en manos del viento—. Sólo déjate llevar y disfruta.

—Hazlo tú —la animó mientras acariciaba el reloj—. Eres más guapa que yo.

—Soy más pelirroja. Eso te lo concedo —y se echó a reír.

La muchacha llevaba al cuello el talismán de Sedalar Tul. Con él había conseguido recuperar su antigua forma. Se había sentido extraña al principio, de hecho todavía era incapaz de decidir si había sido un cambio a mejor o no. Echaba en falta la intensidad que tenía el mundo siendo loba, era como si a la realidad le faltaran dimensiones. Quizá se transformara de nuevo. Le había tranquilizado saber que todavía existía esa posibilidad aunque para ello debería esperar hasta que saliera otra vez la Luna Roja. Faltaba mucho para que eso ocurriera, así que tenía tiempo para pensarlo. Y, eligiera lo que eligiera, la decisión, esta vez, sería únicamente suya. Gracias a Bruno, gracias a Sedalar. Maddie acarició el colgante a su cuello.

La enorme figura del dragón de Transalarada irrumpió en la tormenta a través del vórtice que unía Rocavarancolia con el mundo de Uratania, una tierra repleta de islas pobladas por pescadores. Tras él aparecieron dama Desgarro y el Lexel. El mago había vuelto a cubrir su rostro con una máscara sin rasgos, que ahora se hallaba dividida en dos mitades simétricas, una blanca y otra negra; por lo visto no tardaría mucho en escindir-se de nuevo. El Lexel y la mujer marcada hacían le vitar ante ellos a cuatro nuevos cosechados. Los transportaban, con suma delicadeza, hacia el torreón Margalar. Allí los criados del castillo se encargarían de velar por ellos hasta que llegara el momento de darles la bienvenida.

Ni el hechicero ni dama Desgarro, los únicos supervivientes del antiguo consejo, habían intentado evitar el trasvase de poder que se había producido en la ciudad. La última cosecha de Denéstor Tul había formado lo que daban en llamar el Consejo de Rocavarancolia, su intención, decían, era tomar todas las decisiones en conjunto, sin que nadie sobresaliera sobre el resto. Dama Desgarro les deseaba suerte. Iban a necesitarla. Al menos por el momento el tiempo de los reyes parecía haber pasado en Rocavarancolia. Y no podía decir que le importara. De hecho hasta había colaborado con Héctor y el piromante para arrancar el Trono Sagrado y llevarlo hasta Rocavaragálogo. Allí lo habían arrojado al foso. Al verlo hundirse en la lava no pudo

evitar preguntarse qué habría pensado Esmael de aquello. Sospechaba que, aunque jamás lo habría expresado en voz alta, el ángel negro se sentiría orgulloso de haber sido el último en sentarse en aquel trono.

El dragón se posó en el almenar, entre un caos de murciélagos y pájaros en llamas. El ala izquierda de la bestia estaba reforzada otra vez por una de las onyces de dama Sedalar, aunque estaba progresando tanto que no tardaría en prescindir de ella. Andras Sula se inclinó para mirar al grupo reunido en lo alto de la torre.

—He convencido a otros cuatro mocosos —les anunció haciendo un gesto hacia los muchachos que dama Desgarro y el Lexel llevaban por los cielos—. Uno es bastante prometedor. Me mordió una pierna al verme aparecer. ¿Os lo podéis creer?

—¿Y no ha muerto envenenado? —preguntó dama Sedalar.

—Ja —respondió el brujo y añadió—: Ja.

La algarabía de los pájaros de fuego era abrumadora. Formaban verdaderos ríos flamígeros que fluían por el cielo, rumbo a los distintos vórtices que se habían abierto en las últimas semanas.

—¡Samhein! ¡Samhein! —gritaban.

Era un espectáculo sobrecogedor verlos avanzar en la tormenta. Héctor contuvo el aliento. Esa noche comenzaba todo. Esa noche la nueva Rocavarancolia daba sus primeros pasos.

La ciudad seguía en ruinas, plagada de sombras y peligros. Pero la domarían. Lo conseguirían entre todos. Una nueva Rocavarancolia emergería de aquella urbe desolada. Paseó la vista por esas calles que tan familiares le resultaban ya. Contempló la cicatriz de Arax, vacía de huesos y de espantos; y la silueta familiar del torreón Margalar, que ya acogía a sus primeros huéspedes, dormidos aún, ignorantes de las maravillas que pronto contemplarían. ¿En qué se convertirían? ¿Qué nuevas formas tomarían sus cuerpos? Era pronto para averiguarlo. Lo que tenían muy claro era que no permitirían transformaciones que no estuvieran preparados para controlar, de encontrar casos así devolverían al cosechado a su mundo. Junto al torreón paraba uno de los gigantes de Sedalar Tul. Le habían encargado custodiar aquella torre y proteger con su vida a los muchachos que iban a vivir allí. La ley de no interferir en la cosecha, por supuesto, había sido derogada. El resto de colosos estaba esparcido por toda la ciudad, inmóviles y a la espera, como solemnes y rocambolescos monumentos. Eran sus tropas, las tropas de Rocavarancolia. El último regalo de Sedalar Tul.

A continuación paseó la mirada por el cementerio, repleto todavía de las flores aromáticas con que dama Acacia lo había engalanado para festejar la victoria; allí los muertos seguían con sus charlas; no estaban solos, ahora por sus senderos caminaban los fantasmas, cientos de ellos. Y eran todavía más los que habitaban el bosque y los pasillos del Panteón Real.

No quiso mirar hacia Rocavaragálago. Aquella noche no. La catedral roja

representaba, mejor que nada, toda la oscuridad del reino. Héctor no podía olvidar tampoco que allí continuaba esclavizada la primera cosecha, aquellos desdichados todavía permanecían encadenados a esas paredes rojas; habían intentado entrar para liberarlos y destruir también el Grimorio de Hurza, pero tras la muerte de los dos hermanos la catedral volvía a ser maciza, sin pasillos en su interior ni el menor recoveco entre sus muros. Héctor prefirió fijar la vista en el anfiteatro donde había vivido Caleb. Allí, además, se había producido un pequeño milagro: habían encontrado viva a una de las hienas, un cachorro que por lo visto había escapado de la voracidad del dragón ocultándose en los sótanos. Si todo iba bien, no tardarían en conseguirle compañía.

Héctor respiró el aroma eléctrico de la tormenta y la magia desatada. Y, para su asombro, descubrió que era feliz.

—¿Qué va a ocurrir ahora? —se preguntó en voz alta.

Marina se abrazó a su cintura y le miró de medio lado.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó—. Porque puedo contártelo.

El muchacho sonrió.

—¿Otro cuento de los tuyos?

—Otro cuento de los míos. Y éste se hará realidad, te lo advierto. No me ha hecho falta verlo en sueños para saberlo. Así que medita bien tu respuesta, pequeño: ¿quieres saber lo que va a pasar ahora? ¿Quieres que te desvele lo que nos depara el futuro?

—Claro que quiero —contestó él.

Ella, al momento, acercó los labios a su oído. Lo que iba a contarle era sólo para él.

—Levantaremos una nueva Rocavarancolia —comenzó—. Nos costará todavía más de lo que pensamos, pero será magnífica. Una ciudad más allá de los sueños de los dioses y los delirios de los monstruos. Una ciudad en el filo de las tinieblas, porque nunca nos podremos librar por completo de ellas: las tenemos muy metidas dentro. No, no será fácil. ¿Crees que los que derrotaron a Rocavarancolia permitirán que vuelva a resurgir? Vendrán a por nosotros, Héctor, vendrán a por nosotros en cuanto sepan que los portales se han vuelto a abrir, no lo dudes ni un segundo —sonrió—. Pero lo superaremos, ya sea con la espada o la palabra. Y eso sólo será el principio. Habrá nuevas batallas, nuevos enemigos a los que combatir y vencer... Traicionaremos y nos traicionarán. Viviremos al límite, en la vorágine, en la maravilla... Héctor, Héctor, Héctor... Vamos a vivir aventuras que ni siquiera puedes imaginar... Será duro, será peligroso —se echó a reír—. ¡Será increíble! Sí... tengo muy claro lo que nos espera a partir de ahora, desde este preciso instante hasta el final de nuestros días. ¿Y sabes qué es?

Él la miró a los ojos, prendido de sus palabras y, a pesar de todo, deseando que callara para besarla bajo el fragor del millar de alas que anunciaba que Rocavarancolia había renacido.

—¿Qué? —preguntó.

—Lo imposible.

# La cosecha de Samhein

Así se denomina el grupo de doce muchachos que Denéstor Tul ha traído desde la Tierra a Rocavarancolia.

**Héctor:** un joven tímido y algo torpe que inicialmente intenta pasar desapercibido; aunque con el paso de meses y penurias se fortalecen su físico y carácter. A pesar de su apariencia frágil, su esencia mágica parece ser abrumadora.

**Natalia:** una joven arisca, muy activa y propensa a enfadarse. Ve sombras que nadie más puede ver y sobre las cuales parece adquirir control durante la llegada de la Luna Roja.

**Ricardo:** un líder natural, que no tarda en ponerse a la cabeza del grupo. Muchacho atlético y de carácter noble.

**Bruno:** un extraño muchacho, frío y distante. Es el cosechado que mejor utiliza la magia, lo cual resulta con frecuencia indispensable para la supervivencia del grupo. La Luna Roja le dota de unos sentimientos y poderes que nunca pudo imaginar.

**Adrián:** el más joven. Tras recuperarse de la herida que recibe en el primer libro, su personalidad cambia por completo, tornándose huraño y violento y obsesionándose con vencer a Darío. La Luna Roja le permite dominar el fuego que antaño tanto temía.

**Marco:** no es lo que parece.

**Marina:** una hermosa joven de ojos azules. Siente atracción tanto por Darío como por Héctor, lo que la coloca en una difícil posición. La Luna Roja la sume en un extraño letargo que recuerda a la muerte.

**Alex:** un joven extrovertido, con un sentido del humor muy peculiar. Se sentía culpable por haber metido a su hermana en esta aventura.

**Maddie:** una belleza pelirroja, hermana de Alex. Tras perderlo se vuelve más seria y distante. La Luna Roja parece transformarla en un ser de las mismas características que Lizbeth, aunque completo.

**Lizbeth:** una muchacha con unas extraordinarias dotes de mando y muy maternal. Un accidente previo a la aparición de la Luna Roja la transforma, aunque de forma incompleta.

**Rachel:** logra aprender la lengua de Rocavarancolia gracias a Ricardo. Tras esto, se descubre como una muchacha alegre y vivaz. Era inmune a la magia no primordial.

**Darío:** no se ha unido al grupo. Hierde de gravedad a Adrián, ganándose así su enemistad. Según Roallen, va a acabar transformándose en un ser de sus mismas características.

**Denéstor Tul:** demiurgo de Rocavarancolia y custodio de Altabajatorre. Tiene capacidad para dar vida a la materia inanimada.

**Dama Serena:** una fantasma cuyo mayor deseo es morir. Se une a una conspiración a cambio de obtener la muerte definitiva.

**Dama Desgarro:** una mujer pálida, plagada de cicatrices. Es la comandante de los ejércitos del reino y la custodia del Panteón Real. Pugna con Esmael por ocupar el puesto de regente. Interfiere en la cosecha ayudando a Héctor.

**Ujthan:** un guerrero con el cuerpo cubierto de tatuajes. De talante belicoso, se une a Hurza bajo la promesa de una guerra.

**Esmael:** un ángel negro. El Señor de los Asesinos. Es una criatura tan hermosa como cruel, cuyo mayor deseo es ser rey de Rocavarancolia.

**Belisario:** un anciano mago. Va envuelto en un sinfín de vendas debido a su terrible estado físico. Su muerte trae de vuelta a Hurza, quien usa el cuerpo de su ancestral seguidor.

**Rorcual:** el alquimista del reino. Hace años se volvió invisible al cometer un error y desde entonces no ha podido revertir el proceso.

**Enoch, el Polvoriento:** un vampiro. Llevaba más de treinta años sediento y desesperado. Estuvo a punto de matar a Adrián, pero al final consiguió resistirse. Hurza le tendió una trampa.

**Dama Sueño:** una hechicera con extraordinarios poderes. Ha predicho que llega el final de Rocavarancolia. En secreto, se dedica a reunir almas y las almacena en sus sueños.

**Mistral, el cambiante:** se ha infiltrado en la cosecha. Ha prometido a Alexander que cuidará de su hermana, y por ello permanece más tiempo del planeado entre los chicos. Finge suicidarse en la cicatriz.

**Los hermanos Lexel:** seres extraños que se odian a muerte, perpetuamente enfrentados.

**Huryel:** el regente del reino. Agoniza desde hace tiempo. Dama Desgarro y Esmael pugnan por hacerse con su puesto una vez muera.

**Dama Araña:** no pertenece al consejo. Es un arácnido de gran tamaño que actúa casi como sirviente de los demás.

**Hurza:** junto a su hermano Harex fundó Rocavarancolia. Fue también el primer Señor de los Asesinos. Ha despertado gracias a Belisario, usando su cuerpo como recipiente. Trama una oscura conspiración.

**Dama Ponzña:** una estrafalaria bruja que pasa a formar parte del Consejo Real en sustitución de un miembro fallecido.

**El hijo de Belgadeu:** esqueleto que viste la piel del nigromante Belgadeu, su creador. Forma parte del renovado consejo.

**Solberino:** náufrago que llegó a Rocavarancolia por las corrientes Uncidas y, sin ser un cosechado, se hizo un lugar en el consejo tras la muerte de Belisario.

**Roallen:** trasgo que fue expulsado del consejo y desterrado al desierto Malyadar tras engullir a los niños de la cosecha anterior. Poco tiempo antes de la llegada de la Luna Roja, regresa de su condena y ataca a los cosechados.

Gracias a los foreros de [rocavarancolia.es](http://rocavarancolia.es) por la redacción de este glosario.

# Agradecimientos

A los que ya aparecían en el primer libro, por más motivo todavía.

Gracias, de manera especial, a María Martín, porque forma tan parte de esta historia como la propia Rocavarancolia o como los miembros de la cosecha; sin ella escribir este libro hubiera sido más complicado de lo que ha sido, sin ella este viaje no hubiera merecido la pena. Gracias también a Eva Díaz Riobello y a su hacha; a Cristina Macía, por el apoyo y la sonrisa afilada; a Javier Ruescas, por su entusiasmo y simpatía; a Marta C. Dehesa, por la ayuda, los consejos y por dejarme ganar de cuando en cuando al Dominion; a Laura Gallego y Andrés Carrión por los comentarios críticos y por ser tan geniales. Y gracias, muchas, a Gabriella Campbell, por la risa, la locura y las correcciones violetas.

Y, no podía faltar, un agradecimiento especial a toda la gente que puebla [www.rocavarancolia.es](http://www.rocavarancolia.es), el foro de la saga. Sólo por vosotros ya tiene sentido escribir.

Gracias por leerme. Gracias por estar ahí. El Ciclo de la Luna Roja ha terminado. Seguimos la marcha. Todavía quedan, espero, muchas historias que contar.

**JOSÉ ANTONIO COTRINA**  
**Vitoria. Agosto 2011**